León Trotsky

[Obras Escogidas]

ediciones
ips

STALIN
EL GRAN ORGANIZADOR DE DERROTAS

LA III INTERNACIONAL DESPUES DE LENIN

ediciones ips

ediciones ips

ediciones
ips

LEÓN TROTSKY

STALIN
EL GRAN ORGANIZADOR DE DERROTAS

LA III INTERNACIONAL DESPUES DE LENIN

Œ

[Obras Escogidas 1]

Instituto del Derecho de Asilo
Museo Casa de León Trotsky, A.C.

Centro de Estudios, Investigaciones
y Publicaciones "León Trotsky"
Buenos Aires

León Trotsky

Stalin, el gran organizador de derrotas : la III Internacional despúes de Lenin . - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones IPS, 2012 // 368 p. ; 23x15,5 cm. - (Obras escogidas de Léon Trotsky)
Traducido por: Rossana Cortez y Gabriela Liszt

ISBN 978-987-27589-1-2

1. Trotskismo. 2. Historia Política. I. Cortez, Rossana, trad. II. Gabriela Liszt, trad.
CDD 320.532 3

Obras escogidas de León Trotsky
Volumen uno

CEIP "León Trotsky" // Buenos Aires
editado en conjunto con el
Instituto del Derecho de Asilo
Museo Casa de León Trotsky, A.C. // México

Arte en cubierta e interior: Julio Patricio Rovelli

ISBN: 978-987-27589-1-2

© Ediciones IPS, 2012
De la traducción y la edición en castellano.

Riobamba 144 // C1025AAB
[54 11] 4951 5445
Of. Comercial:
Av. Entre Ríos 140 5to. A // C1079ABO
[54 11] 4372 0590
Ciudad Autónoma de Buenos Aires // Argentina
edicionesips.com.ar // edicionesips@gmail.com
ceip.org.ar // infoceiplt@gmail.com

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // *Printed in Argentina*

ÍNDICE

Palabras preliminares
9 Esteban Volkov

Presentación
11 Gabriela Liszt

Prólogo
17 León Trotsky

23 La crisis de la Internacional

Parte I
41 ¿Y AHORA?

I. Objetivo de esta carta
II. ¿Por qué no ha habido un Congreso de la IC durante más de cuatro años?
III. La política de 1923 a 1927
IV. Radicalización de masas y problemas de dirección
V. Cómo se ha preparado el desplazamiento hacia la izquierda que se está produciendo actualmente en el Partido Comunista de la Unión Soviética
VI. Un paso adelante, medio paso atrás
VII. ¿Maniobra o nuevo curso?
VIII. Las bases sociales de la crisis actual
IX. La crisis del Partido

Parte 2
CRÍTICA AL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL
81 COMUNISTA

I. ¿Programa de la revolución internacional
83 o programa del socialismo en un solo país?

131 II. La estrategia y la táctica en la época imperialista

194 III. Balance y perspectivas de la revolución china

Parte 3
241 LA CUESTIÓN CHINA DESPUÉS DEL VI CONGRESO

Parte 4
285 Prefacio a una edición alemana
288 ¿QUIÉN DIRIGE HOY LA INTERNACIONAL COMUNISTA?

Anexo
314 ¿SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?

355 Breves notas biográficas

PALABRAS PRELIMINARES

Esteban Volkov

La humanidad está entrando en un período de asombrosos avances científicos y tecnológicos, pero las estructuras ancladas en el pasado, basadas en la codicia y el parasitismo de un caótico y obsoleto capitalismo, rechazan toda innovación y progreso en el terreno socio-económico.

Más que nunca, el dilema es "barbarie o socialismo": para salir de la barbarie del capitalismo, solo queda retomar el camino al socialismo. Tras una interminable secuencia de mortíferas guerras imperialistas de expoliación de recursos, así como traiciones y derrotas de muchas revoluciones a manos de burocracias parasitarias, la humanidad por desgracia se está deslizando a paso veloz hacia la barbarie. Solo hay dos opciones: que los avances, como hasta ahora, sirvan para poder explotar cada vez más eficientemente a la gran mayoría de la humanidad, aumentando su miseria y sufrimiento, desperdiciando valiosos recursos no renovables, así como contaminando y destruyendo nuestra morada terrestre; o bien, hacer posible la aplicación de los avances científicos y tecnológicos al hasta ahora vedado terreno de la organización socio-económica de la sociedad para construir una estructura social justa, para que estos avances se utilicen en traer bienestar a toda la humanidad, así como para cuidar y conservar nuestro planeta, maravilloso oasis que nos ha tocado en suerte habitar en el cosmos.

Para lograr estos objetivos, nada más valioso que el inmenso arsenal ideológico legado por el indomable revolucionario León Trotsky durante sus 43 años de lucha, 42 de los cuales militó bajo las banderas del marxismo. Su experiencia fue invaluable: fue, junto con Lenin, un personaje clave en la preparación, realización y triunfo de la primera revolución socialista en la tierra, en Octubre de 1917 en Rusia. Muerto Lenin, se enfrentó al inesperado surgimiento de un proceso contrarrevolucionario llevado a cabo por una voraz burocracia dirigida por José Stalin. Nadie como Trotsky analizó y desentrañó este nuevo acontecer histórico. Como protagonista de uno de los capítulos más trascendentes de la historia contemporánea, como fue la Revolución Rusa, tuvo el privilegio de ser testigo de primer orden en dichos eventos, y tuvo el mérito de haber transcrito minuciosamente, con gran precisión y certero análisis marxista, este trascendente capítulo de la historia. Gracias a ello nos deja un vasto y muy valioso arsenal revolucionario marxista imperecedero, de experiencias y armas ideológicas, para los revolucionarios presentes y futuros.

Una de las tareas que Trotsky consideraba primordial era la educación política de los revolucionarios. En este sentido, solo me resta felicitar al Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones "León Trotsky" por continuar esta importantísima labor con el valioso trabajo editorial que están llevando a cabo con este nuevo emprendimiento, la publicación de las *Obras escogidas de León Trotsky*, que comprende títulos tales como *La revolución traicionada*, *1905*, *Escritos sobre España*, *Mi vida*, *Historia de la Revolución Rusa*, *La lucha contra el fascismo* y tantos otros escritos que son claves para la causa socialista. Un proyecto que aporta a retomar la experiencia de esta generación de revolucionarios, sus enseñanzas y tradiciones, así como a plantear la actualidad que conservan para preparar un nuevo porvenir sin opresión.

Ciudad de México, marzo de 2012

ediciones IPS

PRESENTACIÓN

Gabriela Liszt

Con este libro, comenzamos un nuevo proyecto de Ediciones IPS y el Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones (CEIP) "León Trotsky", con el apoyo de Esteban Volkov, nieto de León Trotsky y en coedición con el Instituto del Derecho de Asilo-Museo Casa de León Trotsky, A. C. de México, con el que nos proponemos publicar una serie de *Obras escogidas* de León Trotsky, teniendo en cuenta que muchas de ellas hace décadas que han dejado de ser editadas (como el presente libro) en lengua castellana y que todas ellas pueden ser mejoradas, dada la mayor existencia de centros y fuentes dedicados al trotskismo, sobre todo, desde la década de los '80, así como la calidad editorial y de su traducción.

No es casual que el presente libro sea el N.º 1 de esta colección (que abarcará alrededor de 30 títulos y no guardará una numeración cronológica), ya que se lo puede considerar como uno de los textos fundacionales de lo que será la futura IV Internacional. Las nuevas generaciones, no pueden comenzar desde cero. Las tradiciones y las lecciones revolucionarias dejadas por revolucionarios como Lenin, Trotsky o Rosa Luxemburgo en el siglo XX (atravesado por los más grandes procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios) tienen que ser la base desde donde partir para pensar cómo conquistar socialismo futuro. Esperamos que esta colección cumpla con este objetivo.

* * *

El siguiente libro fue publicado como tal bajo la autorización de Trotsky, por la editorial Rieder en Francia en 1930, y editado varias veces el mismo año. Ya desde el '29, grupos o militantes que se habían ligado a la Oposición por el conocimiento de estos textos los publicaron, muchas veces como folletos separados, en numerosos idiomas[1].

La mayoría de estos documentos fueron escritos por Trotsky en su destierro, en Alma Ata, entre julio y octubre de 1928. Como aclara Trotsky en su prólogo de 1929, ya desde su exilio en Turquía, las dos primeras partes fueron dirigidas al VI Congreso de la Internacional Comunista (IC), y las dos últimas fueron posteriores a su realización. El documento más importante, la "Crítica al Proyecto de Programa" (la Parte 2 del presente libro), fue redactado en julio de 1928 y acompañado por una declaración donde Trotsky reclama el cese

1 La presente edición está basada en traducciones castellanas pero ha sido cotejada y modificada según la edición original francesa. Julián Gorkin realizó una traducción al español en 1930.

de las persecuciones, deportaciones y cárcel a los Oposicionistas (bolcheviques-leninistas) y su readmisión en el PCUS[2], al mismo tiempo que se niega a renunciar a su lucha ("Sólo funcionarios corruptos hasta la médula pueden exigir semejante abjuración –la renuncia a toda actividad política en general y, en especial, en la Internacional– de un revolucionario. Sólo renegados despreciables podían hacer semejantes promesas"[3]), para buscar el "enderezamiento" del curso centrista que había adoptado la Internacional, luego de la muerte de Lenin. A su vez, los oposicionistas exiliados mostraban una gran combatividad, organizando grandes huelgas en Kiev, y manifestaciones contra la represión en Ucrania y Georgia.

La "Crítica al Proyecto de Programa", que fue impresa y circuló inicialmente "por error" y luego clandestinamente durante el VI Congreso, permitió la formación de la Oposición de Izquierda Internacional, la futura IV Internacional. La Oposición china, entre otras, surgió luego de la lectura y discusiones de Chen Du-xiu y Peng Shu-tsé del "Balance y perspectivas de la revolución china" y "La cuestión china después del VI Congreso"[4]. Su lectura también ganó para la Oposición al futuro dirigente del SWP norteamericano, James P. Cannon. Junto a los documentos y resoluciones de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, estos textos constituyen para Trotsky el basamento y programa de la Oposición.

Recurrentemente a lo largo del libro Trotsky resalta cómo, en el "Proyecto de Programa de la IC" escrito por Bujarin, existen varias formulaciones teóricas y programáticas que en general y tomadas aisladamente podrían ser consideradas correctas. Sin embargo, al mismo tiempo, resalta cómo esas definiciones, al no estar al servicio de sacar las conclusiones fundamentales de los principales procesos de la lucha de clases a nivel mundial ocurridos desde el IV Congreso (1922), tras el cual habían transcurrido hechos importantísimos donde había participado la IC y sus secciones: la derrota de la revolución en Alemania de 1923, la traición del Comité anglo-ruso a la huelga general inglesa de 1926 y la derrota de Cantón en 1927 a manos del Kuomintang, y ligadas a una justa orientación, dieron lugar a un eclecticismo teórico y a un desbarranque en el plano de la táctica y de la estrategia.

La unión de las 4 partes fue realizada por Trotsky bajo el título de *La III Internacional después de Lenin*. Sin embargo, pasó a ser más reconocido como *Stalin, el gran organizador de derrotas*[5].

---

2 Los oposicionistas fueron expulsados del PCUS en el XV Congreso (1927).

3 Ver "La crisis de la Internacional", p. 23 de esta edición. Más adelante, en una carta del 16 de diciembre de 1928, frente al ultimátum de expulsión de la URSS, Trotsky cita esta parte de la declaración, agregando: "No tengo nada que quitar ni añadir a estas palabras" (León Trotsky, *Mi Vida*, Bs. As., Pluma, 1979, p. 444).

4 Cf. Pierre Broué, *Histoire de l'International communiste*, París, Fayard, 1997, p. 570.

5 Para esta edición, hemos agregado tres textos no incluidos en anteriores ediciones españolas. El primero, la declaración ya nombrada; el segundo, un "Prefacio a una edición alemana" como

Entre otros conceptos, Trotsky explicita la relación orgánica entre el desarrollo de la teoría del socialismo en un solo país (como expresión teórica de la reacción sobre la Revolución de Octubre, producto de su aislamiento) y el abandono, por parte del stalinismo, de los principios estratégicos forjados por el Partido Bolchevique en la Revolución Rusa y de la III Internacional en sus cuatro primeros Congresos: "La imposibilidad de construir una sociedad socialista aislada –no en utopía, en la Atlántida, sino en las condiciones concretas geográficas e históricas de nuestra economía terrestre– está determinada para diversos países, en grados diversos, tanto por la extensión insuficiente de ciertas ramas como por el desarrollo 'excesivo' de otras. De conjunto, esto significa justamente que las fuerzas de producción contemporáneas son incompatibles con las fronteras nacionales" (p. 121 de la presente edición).

A diferencia de la II Internacional (época de desarrollo relativamente pacífico del capital), la III fue fundada en una época de guerras, crisis y revoluciones, la época imperialista. Hasta la III Internacional el concepto de estrategia era prácticamente ajeno al marxismo. Se discutía en términos de táctica, no había diferenciación entre uno y otro concepto: "la labor estratégica se reducía a nada, se disolvía en el 'movimiento' cotidiano con sus consignas sacadas de la táctica cotidiana. Sólo la III Internacional restableció los derechos de la estrategia revolucionaria del comunismo, a la cual subordinó completamente los métodos tácticos" (p. 132 de la presente edición). Y luego agrega que, con Bujarin y Stalin, "El problema fundamental del programa, es decir, la estrategia del golpe de Estado revolucionario (las condiciones y los métodos que conducen a la insurrección, la insurrección propiamente dicha, la conquista del poder) es examinada secamente y con parsimonia [...]. Es decir, se consideran los grandes combates del proletariado sólo como acontecimientos objetivos, como expresión de 'la crisis general del capitalismo', y no como la experiencia estratégica del proletariado (p. 133 de la presente edición). Trotsky da una importancia fundamental a la estrategia, a la que entiende como algo que no es reductible a los objetivos y los fines que se establecen en el programa, al mismo tiempo que destaca la unidad inescindible entre ambos. Es decir, no alcanza con responder "qué pretendemos conquistar" sino también "cómo nos proponemos conquistarlo", pregunta propia de la estrategia.

Como destaca, la falta de una estrategia revolucionaria y las tácticas en función de ésta, lleva a la adaptación a las distintas corrientes reformistas y centristas, no revolucionarias e incluso contrarrevolucionarias.

La toma del poder en un país sólo es una estrategia en la medida que conduce a la revolución mundial (concepción totalmente alejada de la caricatura de Bujarin, según la cual la "permanencia" de la revolución significaba que esta se

---

folleto de la Parte 4 ("¿Quién dirige hoy la Internacional Comunista?"), y un anexo: "¿Socialismo en un solo país?". Las notas entre corchetes que dicen NdEF pertenecen a la edición francesa; las que dicen NdEE pertenecen a la edición española; las que dicen NdLT y LT, que tambien aparecen entre paréntesis son del autor. Las signadas con NdE pertenecen a esta edición.

podía dar en todo momento y lugar) y ésta a su vez, a la revolución internacional. Dice Trotsky: "El carácter revolucionario de la época no consiste en que permite, en todo momento, realizar la revolución, es decir, tomar el poder. Este carácter revolucionario está asegurado por profundas y bruscas oscilaciones, por cambios frecuentes y brutales. [...] Si no se comprende de una manera amplia, generalizada, dialéctica, que la actual es una época de cambios bruscos, no es posible educar verdaderamente a los jóvenes partidos, dirigir juiciosamente desde el punto de vista estratégico la lucha de clases, combinar legítimamente sus procedimientos tácticos ni, sobre todo, cambiar de armas brusca, resuelta, audazmente ante cada nueva situación" (pp. 135, 138 y 139 de la presente edición).

Ese objetivo está indisolublemente ligado a la autoorganización de las masas, como lo hicieron las masas rusas bajo la forma de soviets, organismos que no aparecen "por decreto", como intentó el stalinismo en Cantón, luego de haberse negado durante años a impulsar su formación entre las masas: "En la acción, las masas deben sentir y comprender que el soviet es su organización, de ellas, que reagrupa sus fuerzas para la lucha, para la resistencia, para la autodefensa y para la ofensiva. No es en la acción de un día ni, en general, en una acción llevada a cabo de una sola vez como pueden sentir y comprender esto, sino a través de experiencias que adquieren durante semanas, meses, incluso años, con o sin discontinuidad" (p. 220 de la presente edición).

Pero la autoorganización de las masas no es suficiente, ya que "El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo el yugo de la época pasada, se inclina siempre a subestimar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de la dirección revolucionaria. Esto se manifestó plenamente durante las discusiones sobre las lecciones del Octubre alemán, del Comité anglo-ruso y la Revolución china. En estas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista intervino siguiendo una línea política que contaba demasiado directamente con las 'masas', negando los problemas de la 'cima' de la dirección revolucionaria. Desde un plano teórico general, este enfoque es erróneo y en la época imperialista aparece como fatal" (p. 137 de la presente edición).

Con la III Internacional burocratizada, Trotsky va a ser el único que encarará en profundidad el balance de los principales procesos de la lucha de clases enriqueciendo enormemente el acervo estratégico del marxismo.

Establece una relación compleja entre lo político y lo económico, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la crisis capitalista, los momentos de estabilización y el papel que cumplen en estos las derrotas de la clase obrera: "No hay situaciones absolutamente sin salida' –dice Trotsky, siguiendo a Lenin–. La burguesía puede superar sus contradicciones más difíciles únicamente siguiendo la ruta abierta por las derrotas del proletariado y los errores de la dirección revolucionaria.

Pero lo contrario también es verdad. No habrá un nuevo ascenso del capitalismo mundial [...] si el proletariado sabe encontrar el medio de salir por el

camino revolucionario del presente equilibrio inestable" (p. 125 de la presente edición). La revolución de 1923 y su derrota es una gran fuente de enseñanzas. Para Trotsky la dirección del partido alemán, luego de haber tenido una orientación ultraizquierdista en 1921, se volcó, tal como le recomendó el III Congreso de la IC, a la "lucha por las masas"; pero se había vuelto incapaz de deshacerse de la rutina y de esta forma la táctica terminó desplazando a la estrategia. Trotsky advierte sobre este peligro cuando plantea que "La lucha cotidiana para conquistar a las masas absorbe toda la atención, crea su propia rutina en la táctica e impide ver los problemas estratégicos que se deducen de los cambios en la situación objetiva" (p. 142 de la presente edición).

A través del ejemplo del Comité anglo-ruso y de las relaciones con el Kuomintang chino, que terminaron en una derrota aplastante, Trotsky demuestra cómo la política de la IC es convertir acuerdos temporales o circunstanciales en alianzas estratégicas, aunque esto signifique incluso, la masacre de miles de comunistas chinos. La IC, como todo centrismo, sostenía una política de derecha llevando a grandes derrotas y luego, con una relación de fuerzas desfavorable, se lanzaba a aventuras ultraizquierdistas para cubrir las consecuencias de sus propios actos.

A partir del VI Congreso la IC comenzó su giro "ultraizquierdista", el que llegó a su punto culminante cuando permitió el ascenso del fascismo en Alemania, por negarse a realizar un frente único con la socialdemocracia, a la que acusaba de "socialfascista". Este curso seguirá hasta el VII Congreso de la IC, en 1935, cuando vota la aplicación en todos los países de la política de los "frentes populares", frentes de colaboración de clases que llevaron a la derrota procesos revolucionarios como los de Francia y España (derrotas que allanaron el camino a la Segunda Guerra Mundial), para luego desembocar en la alianza con el nazismo en 1939, a través del pacto Hitler-Stalin.

El derrotero de la teoría del socialismo en un solo país llegó a sus últimas consecuencias cuando Stalin, como demostración de su actitud conciliadora hacia los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, disuelve la Internacional en 1943 por carecer de "funcionalidad". La renuncia a la revolución internacional por la burocracia stalinista fue lo que permitió que dos sistemas de por sí antagónicos (a pesar de las deformaciones burocráticas) pudieran coexistir durante tantos años. Inevitablemente, como planteó Trotsky, un sistema iba a terminar triunfando sobre el otro.

Por el contrario, Trotsky desarrollará y generalizará su teoría de la revolución permanente, plasmada en una polémica con Karl Radek alrededor de la política hacia la revolución china y el Kuomintang, que finaliza en sus 14 "Tesis fundamentales"[6]. Aunque a través de esta polémica demostrará que el imperialismo ha dejado de lado la vieja distinción entre países maduros o in-

6 Ver León Trotsky, *La teoría de la revolución permanente* (compilación), 3.º ed., Bs. As., Ediciones IPS, 2011, p. 239.

maduros para la dictadura del proletariado, sean países avanzados como Alemania, imperios decadentes como Rusia o países atrasados como China, ya en la "Crítica al Proyecto de Programa", adelanta esta generalización de su teoría: "Por sí misma, la tesis de la falta de madurez económica y cultural, tanto de China como de Rusia (evidentemente mayor todavía en China que en Rusia) no puede ser discutida. Pero no se puede deducir de esto que el proletariado deba renunciar a la conquista del poder, cuando esta es dictada por todas las condiciones históricas y por una situación revolucionaria en el país.

La cuestión histórica concreta, política, se reduce a saber, no si China está económicamente madura para establecer su propio socialismo, sino más bien si, políticamente, está madura para la dictadura del proletariado. Estas dos cuestiones no son de ninguna manera idénticas. Lo serían si no existiese en el mundo una ley del desarrollo desigual. En el presente caso, esta ley, que se extiende enteramente a las relaciones mutuas entre la economía y la política, es perfectamente aplicable. ¿Está China, entonces, madura para la dictadura del proletariado? Sólo la experiencia de la lucha podrá decirlo de una forma indiscutible" (p. 223 de la presente edición).

Las "Tesis fundamentales" demostraron frente a cada nuevo fenómeno de la lucha de clases como el fascismo, la guerra civil española o los bonapartismos "sui generis", la perspectiva de la revolución proletaria internacional. La IV Internacional se fundó en 1938, como continuación de la Oposición de Izquierda Internacional, preparándose para ser una alternativa a las direcciones que, como la socialdemocracia o el stalinismo, eran (y son) un obstáculo para la revolución internacional, para conducir al triunfo a los procesos revolucionarios que, seguramente, se desarrollarían, tanto en los países imperialistas como en las semicolonias, debido a los padecimientos de las masas durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque la IV Internacional no pudo dirigir estos procesos, consideramos que la aguda crisis del capitalismo mundial actualmente en curso pone de relieve, nuevamente, la necesidad de llevar adelante esta tarea.

* * *

Esta obra fue realizada por un equipo de Ediciones IPS y el CEIP. La edición general estuvo a cargo de Gabriela Liszt, quien junto a Rossana Cortez tuvieron a su cargo las traducciones del francés. Demian Paredes y Valeria Foglia fueron los responsables de la corrección de estilo. Y Julio Patricio Rovelli de la producción editorial.

Agradecemos especialmente a Pablo Oprinari y a Bárbara Funes por sus gestiones para la coedición de las *Obras escogidas de León Trotsky* con el Instituto del Derecho de Asilo-Museo Casa de León Trotsky, A. C.

PRÓLOGO

La presente obra comprende cuatro partes independientes una de otra, pero que presentan, no obstante, una unidad indisoluble: en su conjunto está consagrada a los problemas fundamentales de la Internacional Comunista (IC)[1]. El libro abarca todos los aspectos de la actividad de la IC: su programa, su estrategia y su táctica, su organización y los miembros de su dirección. Por el hecho de que el Partido Comunista soviético, partido dirigente de la Unión Soviética, juega un papel decisivo, en todos los aspectos, como partido principal de la IC, el presente trabajo incluye también una apreciación de la política interna de este partido en el último período, el que se abre con la enfermedad y muerte de Lenin. En este sentido, al menos así lo espero, la obra constituye un material bastante completo. Mi trabajo no ha sido publicado en ruso; fue escrito en este período (1928) en donde ya las obras marxistas se habían convertido, en la República soviética, en la más prohibida de todas las formas de publicaciones. Con el fin de asegurar una cierta difusión a mis textos he puesto como las dos primeras partes de este libro documentos oficiales dirigidos al VI Congreso de la IC, que se reunió en Moscú durante el verano del año pasado. La tercera y la cuarta partes, escritas después del Congreso, han circulado de mano en mano en forma de manuscritos. La transmisión de estos conducía y todavía conduce a la deportación a los rincones perdidos de Siberia, e incluso, en los últimos tiempos, a la dura reclusión en el presidio de Tobolsk.

Únicamente la segunda parte, es decir, la "Crítica al programa", ha sido publicada en alemán. Hasta el momento actual, el libro en su conjunto sólo ha conocido el estado de manuscrito, de forma embrionaria. Aparece por primera vez en la forma que le da la edición francesa. No obstante, y dado

---

1 La Internacional Comunista (IC), III Internacional o Comintern fue creada bajo la dirección de Lenin y Trotsky luego de su ruptura con la II Internacional en 1914, cuando la socialdemocracia apoyó los créditos de guerra del imperialismo en la Primera Guerra Mundial. Luego de distintos intentos, el I Congreso se realizó en 1919, el II en 1920, el III en 1921 y el IV en 1922, en medio de la guerra civil contra los ejércitos contrarrevolucionarios que intentaban derribar el poder de los soviets. Trotsky consideró a los cuatros primeros congresos de la IC como la base programática de lo que luego sería la Oposición de Izquierda. El V Congreso (1924), ya muerto Lenin, fue controlado por la troika (Stalin-Zinoviev-Kamenev). El VI se realizó recién cuatro años después (1928) y allí fue donde Trotsky y los oposicionistas bolcheviques-leninistas presentaron los documentos contenidos en este libro. El VII Congreso de 1935, votó la política de los frentes populares (frentes de conciliación de clases). En 1943, Stalin disolvió la IC como concesión a los Aliados en la Segunda Guerra Mundial [NdE].

que mis diferentes manuscritos han circulado por vías diversas en países de Europa y América y en China occidental, debo declarar aquí que la presente edición francesa es la primera y la única de la que puedo responsabilizarme ante los lectores.

Por decisión del VI Congreso, el proyecto de programa criticado en este libro se ha convertido en el programa oficial de la Internacional. Mi crítica no ha perdido nada de su actualidad. Todo lo contrario. Todos los errores fatales del proyecto han permanecido: se encuentran simplemente fundamentados en derecho y consagrados como artículos de fe. En el Congreso, la Comisión del Programa planteó la cuestión de saber qué había que hacer con una crítica cuyo autor no sólo había sido excluido de las filas de la IC, sino que se encontraba exiliado en Asia Central. Algunas voces tímidas y aisladas se elevaron para decir que también hay que aprender de los adversarios, y que las opiniones correctas continúan siéndolo sea cual fuera la persona que las formula. Pero otro grupo mucho más sólido triunfó casi sin resistencia y sin lucha. Una vieja señora respetable (la que en otro tiempo fue Clara Zetkin) declaró que no podían considerarse correctas ideas que proviniesen de Trotsky. Simplemente ejecutaba la tarea que le había sido encomendada entre bastidores. Es el método de Stalin: confiar las tareas indignas a personas de una dignidad indiscutible. La voz tímida de la razón se calló pronto y, cerrando los ojos, la Comisión dejó de lado mi "crítica". Por esto, todo lo que he dicho sobre el proyecto mantiene plena vigencia cuando se trata del programa oficial. Este programa no tiene ninguna consistencia teórica y es políticamente perjudicial; debe ser cambiado y lo será.

Los delegados del VI Congreso, "por unanimidad" como siempre, condenaron una vez más al "trotskismo": para eso los habían convocado a Moscú. En su mayor parte, sólo ayer o anteayer pisaron por primera vez la arena política. Ni uno solo de estos delegados ha tomado parte en la creación de la IC; son muy pocos los que han participado en uno o dos de los cuatro congresos que se desarrollaron bajo la dirección de Lenin. Todos son reclutas del nuevo curso político y de los agentes de la organización del nuevo régimen. Al acusarme –o más exactamente, al firmar la acusación lanzada en mi contra– de haber violado los principios leninistas, los delegados del VI Congreso han dado más una prueba de docilidad que de claridad en sus ideas teóricas o de conocimiento de la historia de la IC. Hasta el VI Congreso, la Internacional no tenía programa establecido; los manifiestos y las resoluciones de principios lo suplían: los dos primeros congresos dirigieron manifiestos a la clase obrera internacional (el manifiesto del II Congreso, en particular, presentaba todas las características de un programa bajo todos sus aspectos). Yo había escrito estos documentos, que fueron aprobados sin enmiendas por nuestro Comité Central (CC) y ratificados por los dos primeros congresos, asambleas cuya importancia constitutiva fue destacable.

El III Congreso aprobó las cuestiones estratégicas y tácticas relativas a los problemas fundamentales del movimiento obrero mundial. Yo intervine en ese congreso para defender las tesis que había elaborado. Las enmiendas que se propusieron –no en el mejor sentido– estaban dirigidas tanto contra Lenin como contra mí. Abordando una lucha resuelta contra la oposición de entonces –representada por Thaelmann, Bela Kun, Pepper y otros confusionistas–, Lenin y yo logramos hacer aprobar mis tesis por el Congreso casi por unanimidad.

Lenin compartió conmigo la presentación del informe principal al IV Congreso, informe consagrado a la situación de la República de los Soviets y a las perspectivas de la revolución mundial. Intervinimos juntos, y me tocó formular las conclusiones después de cada uno de los dos informes. No hace falta decir que estos documentos –piedras angulares de la IC–, elaborados por mí o con mi colaboración, exponían y aplicaban las mismas bases del marxismo que los reclutas del período stalinista condenan ahora bajo el título de "trotskismo".

No está demás agregar que el actual dirigente de estos reclutas no tuvo la más mínima participación –ni directa ni indirecta– en los trabajos de la IC no sólo en los congresos y comisiones, sino tampoco en las tareas preparatorias cuyo mayor peso recaía sobre el partido ruso. No existe un solo documento que pueda testimoniar la existencia de una actividad creativa de Stalin en los trabajos de los cuatro primeros congresos, ni siquiera que se haya interesado en ellos.

Pero las cosas no terminan ahí. Si se toman las listas de los delegados a los cuatro primeros congresos, es decir, las listas de los primeros y más fervientes amigos de la Revolución de Octubre, de los fundadores de la IC, de los colaboradores internacionales más próximos a Lenin, puede verse que, salvo una excepción, todos han sido (después de la muerte de Lenin), no sólo apartados de la dirección, sino también expulsados de la IC. Esto es cierto a un mismo grado, tanto para la Unión Soviética, Francia y Alemania como para Italia, Escandinavia o Checoslovaquia, Europa o América. ¡Así resulta que la línea leninista es atacada por aquellos que la elaboraron junto a Lenin! ¡Así resulta que la línea leninista va a ser defendida por aquellos que lucharon contra ella en tiempos de Lenin, o que sólo en los últimos años se adhirieron a la IC, no sabiendo lo que ha ocurrido antes ni pensado en el mañana!

Los resultados de los cambios de orientación política y del personal dirigente son muy conocidos. Desde principios de 1923 la IC no ha sufrido más que derrotas: en Alemania y Bulgaria, en Inglaterra y China. En otros países, las derrotas no han sido tan dramáticas, pero también son graves. En todos los casos, la causa inmediata de esas derrotas es la ceguera oportunista de la dirección. Resta decir que la más grave de esas derrotas es la que Stalin prepara en la República soviética: parece que se ha fijado como objetivo pasar a la historia con el título de gran organizador de derrotas.

En la República soviética, los militantes de la IC leninista se encuentran en prisión, exiliados o deportados. En Alemania o Francia las cosas no van tan lejos, pero no es por culpa de los Thaelmann ni de los Cachin. Estos "jefes" exigen a la policía capitalista que no tolere la presencia de los compañeros de Lenin en el territorio de la democracia burguesa[2]. En 1916, Cachin justificaba mi expulsión de Francia con argumentos furiosamente chovinistas; ahora exige que se me prohíba entrar en territorio francés: de esta manera no hace más que continuar su tarea, como yo continúo la mía.

Como se sabe, durante el período de los cuatro primeros congresos yo estuve particularmente ligado a los asuntos franceses. Me tocó con frecuencia, junto con Lenin, estudiar los problemas del movimiento obrero francés. A veces, Lenin me preguntaba, medio en broma en la forma, pero muy serio en el fondo: "¿No es usted demasiado indulgente con los tránsfugas parlamentarios como Cachin?". Yo le respondía que los Cachin representaban solamente un puente provisorio que permitía llegar a la masa de los obreros franceses y que cuando surgiesen y se organizasen verdaderos revolucionarios ellos barrerían de su camino a todos los Cachin y consortes. Ciertamente, por razones que son estudiadas en este libro, el asunto tiende a alargarse, pero no dudo ni por un momento que los tránsfugas serán tratados como merecen: el proletariado necesita herramientas de acero, no de hojalata.

El frente único de Stalin, de la policía burguesa, de Thaelmann y Cachin contra los compañeros de Lenin es un hecho indiscutible y de una importancia relativa en la Europa actual...

¿Cuál es la conclusión general que se puede extraer de este libro? Desde diversas partes se nos atribuye el proyecto de crear una IV Internacional: es una idea totalmente falsa. El comunismo y el "socialismo" democrático representan dos profundas tendencias históricas, cuyas raíces se hunden en las relaciones entre las clases. La existencia y la lucha de la II[3] y la III Internacionales forman un largo proceso íntimamente ligado a la suerte de la sociedad capitalista. En un momento determinado, las tendencias intermedias o "centristas" pueden ejercer una gran influencia, pero esto no ocurre nunca por mucho tiempo. El intento de Friedrich Adler y compañía de crear una Internacional intermedia (II y media) parecía prometer mucho

---

2 Luego de su expulsión de la URSS, Trotsky, mientras residía en Turquía, trató de obtener una visa en un país europeo cuyo gobierno se reclamara de la democracia burguesa. En 1929, todos se la rechazaron. Los dirigentes de los PC hicieron campaña en sus respectivos países contra el otorgamiento de la visa. Cf. León Trotsky, *Mi Vida*, "El planeta sin visado" [NdEF].

3 La II Internacional, también conocida como la Internacional Socialista, fue fundada en 1889. En ella se desarrollaron importantes posiciones reformistas que terminaron en el apoyo de la mayoría de los partidos socialistas a sus burguesías en la Primera Guerra Mundial [NdE].

al principio…, pero fracasó[4] rápidamente. Aunque apoyándose sobre otras bases y otras tradiciones históricas, la política de Stalin se presenta como una variedad del mismo centrismo. Con la regla y el compás en la mano, Friedrich Adler intentó construir una diagonal política entre el bolchevismo y la socialdemocracia. Stalin, por su parte, no tiene pretensiones tan doctrinarias. La política stalinista es una sucesión de zigzags empíricos entre Marx y Vollmar, entre Lenin y Chiang Kai-shek, entre el bolchevismo y el socialismo nacional; pero si reducimos la suma de todos estos zigzags a su expresión fundamental, llegamos al mismo total aritmético: II y media. Después de todos los errores que ha cometido y todas las derrotas que ha provocado, el centrismo stalinista estaría liquidado políticamente desde hace mucho tiempo de no haber tenido la posibilidad de apoyarse sobre los recursos ideológicos y materiales de un Estado surgido de la Revolución de Octubre. Sin embargo, ni siquiera el aparato más poderoso puede salvar una política desesperada. Entre el marxismo y el socialpatriotismo no hay lugar para el stalinismo. Después de haber atravesado una serie de pruebas y de crisis, la IC se liberará del yugo de una burocracia sin principios ideológicos, capaz solamente de ofrecer tensiones, zigzags, represión y preparación de la derrota. No tenemos ninguna razón para construir una IV Internacional. Continuamos y desarrollamos la línea de la III Internacional que hemos preparado durante la guerra y en cuya fundación hemos participado junto con Lenin después de la Revolución de Octubre. No hemos dejado escapar el hilo de la herencia ideológica ni un solo instante. Nuestros juicios y nuestras previsiones han sido confirmados por hechos de una gran importancia histórica. Jamás hemos estado más firmemente convencidos de la justeza de nuestras ideas y de lo inevitable que es su victoria que en la actualidad, en estos años de persecución y de exilio.

León Trotsky
Constantinopla, 15 de abril de 1929

4 Friedrich Adler y Otto Bauer trataron de reunir a los partidos socialistas que habían roto con la II Internacional, reconstituida en Berna en 1919, pero que se negaban a unirse a la IC. La organización así creada en 1920 fue llamada irónicamente "Internacional II y media"; se fusionó con la II Internacional en el Congreso de Hamburgo en 1923 [NdEF].

ediciones
ips

LA CRISIS DE LA INTERNACIONAL[5]

El Congreso se reúne actualmente después de un intervalo de más de cuatro años, marcados por acontecimientos internacionales importantísimos y por crueles errores de la dirección. La Oposición, constituida por los bolcheviques-leninistas, y de la que forma parte el abajo firmante, ha emitido muchas veces su apreciación sobre estos acontecimientos y sobre estos errores en una serie de documentos, artículos y discursos. El curso de los acontecimientos ya ha justificado y justifica cada vez más el punto de vista de la Oposición en todas sus consideraciones fundamentales y esenciales (su juicio sobre la derrota de 1923 en Alemania, así como sobre las previsiones del futuro desarrollo de la estabilización; su apreciación de la era democrática pacifista y de la evolución del fascismo y de la socialdemocracia; las relaciones entre América y Europa; la consigna de los Estados Unidos soviéticos de Europa; los problemas estratégicos de la Revolución china y del Comité anglo-ruso[6]; las cuestiones relativas al desarrollo económico de la URSS; el de la construcción del socialismo en un solo país, etc.). Dentro de los límites fijados en esta declaración no es posible ni tampoco necesario volver sobre estas cuestiones que ya hemos clarificado suficientemente. Alcanza con repetir que todos los errores de principio de la dirección son consecuencia del desplazamiento causado por el abandono de la línea de conducta marxista, bolchevique, hacia una línea centrista, que últimamente se desvió cada vez más hacia la derecha. La falsa orientación seguida con ensañamiento en el curso de los últimos años está, desde 1923, indisolublemente ligada a la degeneración del régimen interno de los partidos, régimen de funcionarismo burocrático que hace estragos en toda la IC y en una serie de secciones, especialmente en el PC de la URSS (PCUS). La burocratización alcanzó, en el curso de este período, proporciones absolutamente inauditas; se presenta bajo formas que amenazan los

5 Esta declaración dirigida al VI Congreso de la IC, con la misma fecha que la carta y el texto comprendidos en "¿Y ahora?", no forma parte de la edición de 1930 de la editorial Rieder, pero creemos que formaban parte de un mismo documento. Fue publicada por primera vez en *Contre le courant*, el 25 de octubre de 1928. Traducción especial para esta edición de www.marxists.org/francais [NdE].

6 El Comité anglo-ruso fue formado en 1925 con representación paritaria de las direcciones de las federaciones sindicales británica y rusa. Sirvió a los dirigentes sindicales británicos como máscara de izquierda contra la crítica del Partido Comunista mientras liquidaban la huelga general de 1926. Cuando no pudieron sacarle más provecho, los dirigentes británicos abandonaron el comité [NdE].

fundamentos mismos del Partido del proletariado internacional. El espíritu burocrático y arbitrario del aparato del Partido se manifiesta de la manera más patente, indiscutible, en el hecho de que la dirección, llamada a dirigir los mayores acontecimientos que se desarrollan en el mundo entero, evitó, durante más de cuatro años, convocar al Congreso de la IC; al mismo tiempo, el Comité Ejecutivo (CE), electo en el V Congreso, sufrió una completa reorganización interna, emprendida por fuera de todo el congreso, con el objetivo de eliminar el núcleo dirigente designado durante el V Congreso. Las consecuencias de esta errónea línea de conducta, así como las lamentables derrotas que ha ocasionado, son las siguientes: retraso en el crecimiento de la IC y en la extensión de su influencia, debilitamiento de la posición de la URSS desde el punto de vista internacional, disminución de la velocidad de la evolución económica y de la construcción del socialismo en el primer Estado obrero.

La tendencia de las masas a orientarse hacia la izquierda, que comienza a esbozarse en Europa, atraviesa ahora su primera etapa y plantea frente a la IC problemas muy importantes, exigiendo un cambio radical de orientación y un nuevo reagrupamiento de las fuerzas internas. Por otra parte, la situación política y económica de la República de los Soviets refuerza con la misma agudeza estas exigencias. El VI Congreso se reunió en el momento en que, bajo la presión de los acontecimientos, el quiebre de la línea seguida por la dirección ya se había manifestado; el impulso hacia la izquierda es esbozado tanto en una serie de resoluciones y medidas prácticas adoptadas por el CC del PC de la URSS como en algunas decisiones del pleno del CE de la IC que se realizó en febrero. Este impulso incoherente hacia la izquierda se refleja parcialmente en el proyecto de programa presentado al VI Congreso; precisamente por eso, este documento presenta un carácter ecléctico; no puede, en ninguna medida ni en ningún grado, servir de directiva para la vanguardia proletaria internacional. Los abajo firmantes intentaron presentar en dos amplios estudios, escritos para el VI Congreso, una apreciación del proyecto de programa, examinado a la luz de las modificaciones que se producen en la situación política internacional (más particularmente durante los cinco últimos años), así como un juicio sobre el último cambio de actitud del CC del PC de la URSS en el último pleno del CE de la IC. Uno de estos trabajos ya fue expedido, el otro será dirigido al VI Congreso al mismo tiempo que la presentación. El objetivo de esto es plantear frente a la instancia suprema de la IC la cuestión de la readmisión en el Partido de los bolcheviques-leninistas (Oposición), basándose para ello en un exposición clara y precisa de sus convicciones con relación a la situación actual y a la tareas que incumben a la IC.

El aislamiento al que son reducidos los partidarios de la "Plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición)", alejados de la capital y separados entre ellos por centenares y miles de kilómetros (deportados a Siberia, Asia

Central, etc.), les impide elaborar en común una declaración colectiva. Las cartas dirigidas a los oposicionistas exiliados (así como los envíos recomendados) sólo llegan excepcionalmente: llega una carta de tres o cuatro –y esto después de interrupciones de uno, dos o tres meses–; frente a esta situación, la presente declaración sólo puede forzosamente llevar mi nombre. Es muy probable, e incluso seguro, que si este documento hubiera sido sometido a una discusión colectiva se habrían aportado modificaciones esenciales. Sin embargo, la correspondencia que mantengo actualmente con los que se sienten afines a mis ideas, por más restringida y sofocada que sea, me permite afirmar con una perfecta seguridad que, en su esencia, esta carta expresa la opinión, si no de la totalidad, al menos de la aplastante mayoría de los partidarios de la plataforma de la Oposición y, ante todo, de la de varios centenares de deportados.

Es imposible concebir una política correcta dentro de la URSS sin una política correcta de la IC. También, la cuestión de la línea de conducta a adoptar por la IC, es decir, la elección estratégica del camino a seguir por la revolución internacional, domina para nosotros todas las demás cuestiones. Pero la historia quiso que la clave de la política de la IC sea formada por la del PC de la URSS. No hace falta hablar aquí de las condiciones y causas que, han reservado, con pleno derecho, el rol de partido líder en la IC. Sólo gracias a la dirección ejercida por el PC de la URSS, la IC adquirió, en el curso de los primeros años de su existencia, conquistas realmente admirables. Pero la política de errores practicada luego por los dirigentes del PC de la URSS, así como la burocratización de su régimen interno, hicieron que la fecunda influencia ejercida por el bolchevismo sobre la IC, desde el punto de vista político doctrinal, sea cada vez más eliminada y reemplazada por "artimañas", obra de funcionarios y administradores. Esto explica tanto la ausencia de congresos durante cuatro años, como el voto, en el último pleno del CE de la IC, de una resolución afirmando que "la Oposición del PCUS pretende el derrocamiento del poder de los soviets"; esta afirmación sólo desacredita a aquellos que la han inspirado en el CE y a los que la votaron; de ninguna manera alcanza a manchar el valor revolucionario de los bolcheviques-leninistas (Oposición). La tarea presente es salvaguardar, o más exactamente, hacer renacer la influencia decisiva de las ideas y la política bolcheviques sobre los jóvenes partidos de la IC, liberándolos con ello, al mismo tiempo, de los mandamientos burocráticos. Esta tarea está indisolublemente mezclada con la de las modificaciones para aportar a la orientación y al régimen interno del propio PC de la URSS. Basándonos así en las perspectivas internacionales y en los intereses esenciales de la IC, en la presente declaración concentramos la atención en la crisis del PC de la URSS, en los agrupamientos que existen en su seno y en las circunstancias que son consecuencia de ello, tal como se presentan, según nuestra opinión, ante la Oposición.

Sólo un espíritu superficial dejaría de ver las inmensas dificultades objetivas que se levantan, y se levantarían por cierto, contra toda la dirección del PCUS en la situación actual. Ante todo, estas dificultades se deben a causas fundamentales como el carácter pequeñoburgués del país y el cerco capitalista. Los errores cometidos por la dirección durante cinco años significan, por otro lado,… [Aquí se produce un espacio en blanco en el documento. NdEF]

El hecho de censurar los errores no destruye sus consecuencias, que se convierten, en un momento, en una condición objetiva. Toda dirección estaría obligada a tomar como punto de partida la difícil situación objetiva, complicada, en última instancia, por una acumulación obstinada de errores. Esto significa que no existe una solución rápida y simple. Incluso se puede admitir hasta cierto punto que una solución que vaya resueltamente hacia la derecha, ampliando los límites de la NEP[7] y restringiendo los del monopolio del comercio exterior daría resultados más rápidos y directos que una orientación hacia izquierda. Únicamente estos resultados conducirían hacia otro camino. Una fuerte importación de mercancías y capitales extranjeros, seguida de la abolición o limitación del monopolio, la baja de los precios de los productos industriales, la extensión de la exportación, etc.; todo esto conduciría en el período inmediatamente siguiente a una atenuación de la desproporción, una reducción de la separación de las "tijeras", cierta regularización del mercado, el enriquecimiento de la aldea, es decir, de los elementos ricos de ésta e incluso a cierta disminución de la desocupación. Pero estos serían éxitos obtenidos siguiendo el camino del capitalismo que, después de algunas breves etapas, integraría a la URSS en la cadena imperialista. "La Rusia N.º 2" sería nuevamente el eslabón débil de esta cadena, de lo que resultaría una vida de semicolonia para ella. Sin embargo, antes de que el camino hacia la derecha aparezca como el del capitalismo atrasado y esclavista, el de la odiosa explotación de los trabajadores, el de nuevas guerras al servicio de los amos del imperialismo mundial, los resultados inmediatos de la política de derecha, ante considerables masas de la población del campo e incluso de las ciudades, podrían ser aceptados como una salida del *impasse* en el que se encuentra actualmente la economía, frente a la falta de mercaderías, a las filas en las puertas de las panaderías y a la creciente desocupación. Precisamente en esto reside, desde el punto de vista político, el peligro de la orientación de derecha: después de la lamentable experiencia de la

7 La Nueva Política Económica (NEP) fue planteada como una salida del período del comunismo de guerra. Constituía un retroceso táctico, al introducir elementos de economía de mercado capitalista en pos de preservar la alianza de obreros y campesinos que sustentaba al gobierno y se encontraba amenazada. Permitió un crecimiento limitado del comercio libre al interior de la URSS y la existencia de empresas mixtas, o sea, estatales con participación de inversores extranjeros. Estimuló el crecimiento de un sector de campesinos ricos (kulaks) y de una pequeñoburguesía comercial (*nepman*). También introdujo métodos de racionalización de la producción industrial. En un inicio estas medidas permitieron el restablecimiento de las relaciones económicas entre el campo y la ciudad [NdE].

política centrista podría dar resultados engañosos y atrayentes luego de haber cumplido la primera etapa del camino que lleva directamente al abismo del capitalismo. No existe, no puede existir una simple receta de izquierda que permita triunfar de un plumazo sobre las dificultades que se levantan en el camino del socialismo. En general, en los límites de una sola nación es imposible vencer completamente las dificultades que provienen del retraso de la revolución mundial. Esto debe ser dicho clara, firme, honestamente, de forma marxista, leninista.

Sin embargo, es tan ilógico sacar deducciones pesimistas para la URSS basándose en la indefectible dependencia que liga la construcción del socialismo a la revolución internacional como llegar a conclusiones del mismo tipo para la Revolución alemana, porque ella depende directamente del éxito de la dictadura en la URSS. Esta misma idea, la de que el pesimismo se deriva lógicamente del hecho de que nuestra edificación socialista está en función de las relaciones internacionales, es una vergüenza para un marxista.

Pero aunque la suerte de la revolución esté en función de su carácter internacional no resulta de ello que el partido de cada país esté liberado del deber de hacer los máximos esfuerzos en todos los sentidos. Por el contrario, esta obligación sólo se acrecienta: efectivamente, los errores económicos cometidos dentro de la URSS no sólo retrasan la construcción del socialismo en nuestro país, sino que golpean de manera directa a la revolución mundial. Si en el momento oportuno, es decir desde el XII Congreso[8], se hubiera fijado como objetivo vencer la desproporción que existe en el terreno económico a través de una política correcta de reparto de los ingresos nacionales y de una intensa industrialización, nuestra posición sería ahora mucho más ventajosa. Desde luego, incluso en este caso, las dificultades esenciales se levantaban aún frente a nosotros. Pero en la lucha mundial que llevamos adelante lo que importa son la velocidad y los plazos. Si el desarrollo económico tenía una velocidad más rápida, si en consecuencia las relaciones entre las fuerzas de clase dentro del país nos eran más favorables, podríamos marchar con mucha más seguridad hacia los triunfos del proletariado en los países más

8 El XII Congreso del PCUS se realizó en abril de 1923. Trotsky presentó allí un informe sobre la industria, en el que fijó los rasgos esenciales de la política económica del proletariado durante la NEP. La tesis principal de este informe afirma que la base fundamental de la dictadura del proletariado está constituida por la industria socializada, capaz de orientar también hacia el socialismo a la economía campesina. Se adoptó una resolución conforme a este informe, presentando como tarea primordial de la política económica la extensión del lugar ocupado por la industria en el conjunto del sistema económico, es decir, la industrialización del país. Sin embargo, muy pronto la dirección de Zinoviev-Stalin, cediendo frente a la presión de los elementos pequeñoburgueses, renunció a llevar adelante esta resolución del XII Congreso. Las dificultades económicas, cada vez más acentuadas, con las que se choca la URSS durante los últimos años provienen en parte del abandono de la línea de conducta correcta desde el punto de vista económico que había fijado el XII Congreso según el informe de Trotsky [NdEF]. Cf. León Trotsky, "Tesis sobre la industria", en *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*, Bs. As., CEIP, 1999, p. 266 [NdE].

avanzados. El curso a izquierda no implica en sí mismo la construcción del socialismo íntegro por medio de nuestras propias fuerzas. Ni siquiera puede implicar el triunfo completo de las contradicciones existentes dentro del país, durante tanto tiempo como subsista en todo el mundo; pero puede establecer gradualmente un reglamento más correcto de los contrastes internos de clase, más correctamente desde el punto de vista del socialismo en construcción: adelantando la velocidad del crecimiento, gracias a una política más correcta de reparto del ingreso nacional, llegando a un fortalecimiento más serio y más sistemático de las posiciones dominantes ocupadas por el proletariado, fortaleciendo desde el punto de vista político una línea de conducta de clase más clara y más firme, estableciendo lazos más profundos con la obra de la IC, finalmente, asegurando la previsión y la dirección marxista en los problemas fundamentales de la revolución proletaria mundial. Todo esto constituye precisamente lo que hace falta para ganar desde el punto de vista internacional. El curso a izquierda presupone un plan económico repartido en varios años, un plan meditado profundamente, un plan audaz, de gran envergadura, que no oscilaría de un lado al otro bajo los golpes de las maniobras debidas a los cambios de coyuntura, maniobras absolutamente necesarias, pero que no deben tener una importancia decisiva. El curso a izquierda también presupone la existencia de una dirección muy coherente, capaz de remar contra la corriente, de salvaguardar en su estrategia la línea de conducta general y de mantenerla a través de todas las sinuosidades impuestas por la táctica. Ahora bien, esto exige un optimismo real frente a las cuestiones de la revolución proletaria internacional y, sobre este cimiento inquebrantable, una fe profunda en la posibilidad de construir con éxito el socialismo en nuestro país. Puede haber circulares que conduzcan a un zigzag hacia la izquierda. Pero es imposible aplicar el curso a izquierda a fuerza de circulares. Para realizar este curso proletario, leninista, nuestro partido, desde la base hasta la cima, necesita una nueva orientación, un nuevo reagrupamiento de sus fuerzas. Hay que devolver al Partido su pensamiento colectivo libre, su voluntad elástica. Es necesario que el Partido deje de tener miedo de sus cuadros. Es necesario que los cuadros no puedan ni se atrevan a aterrorizar al Partido. Es necesario que el Partido vuelva a ser el Partido. Es posible que una política de derecha conduzca a "victorias" evidentes y relativamente rápidas… para el capitalismo. Una política de izquierda también es posible como política de dictadura del proletariado, de construcción del socialismo y de la revolución internacional. Pero lo que no puede existir como política duradera y victoriosa (y *tanto más* como política bolchevique) es algo llamado "curso a izquierda" practicando los métodos de las "artimañas" centristas, estrangulando al Partido y demoliendo a su ala izquierda. A menos que el Partido imponga su transformación en curso de izquierda, un zigzag del centrismo de "izquierda" de este tipo fracasará inevitablemente; por otra parte, esto se producirá mucho antes de que haya podido llevar a

resultados prácticos de alguna importancia. En ese momento, la derecha podrá tener todas las ventajas de su lado, se fortalecerá inmediatamente en detrimento del centro actual, eligiéndose a los jefes quizás incluso entre las filas del centro.

Aquellos que sólo piensan que el giro a izquierda ejecutado por el aparato del Partido reduce a nada al peligro de derecha se engañan radicalmente. Por el contrario, este peligro nunca fue mayor, más amenazante, más inminente que hoy. La posición más peligrosa de un coche subiendo una cuesta muy difícil es aquella en que las ruedas de adelante ya han pasado la cima, mientras que las traseras, con el pesado fardo de los pasajeros, todavía están del otro lado de la pendiente. Entonces es precisamente cuando es necesario el máximo esfuerzo de los caballos y del conductor; entonces sobre todo se necesita que los propios pasajeros empujen las ruedas.

Pero es lamentable para ellos si están soñolientos o si dudan apretándose unos contra otros, mientras que el cochero, volviéndose hacia atrás, agita como un azote el artículo 58 del Código Penal[9] para expulsar a aquellos que, con las mangas arremangadas, empuñan los rayos, empujan el vehículo y lo sostienen por detrás con su espalda. Es justamente en ese momento que el coche puede precipitarse con todo su peso hacia atrás y rodar sobre la pendiente abrupta. El peligro de derecha nunca fue tan grande, tan amenazante, tan inminente como en la actualidad.

¿Cuál es el significado de este peligro de derecha hoy? Es menor el peligro de una contrarrevolución burguesa completa y actuando abiertamente que el de un Termidor[10], es decir, un golpe de Estado o de un impulso contrarrevolucionario parcial que, precisamente por ser inacabado, puede aún por bastante tiempo disimularse bajo formas revolucionarias, pero revistiendo ya en el fondo un carácter claramente burgués.

En este caso, el retorno del Termidor a la dictadura del proletariado sólo podría efectuarse a través de una revolución. Afirmamos más de una vez (especialmente en el pleno del CC en febrero de 1927) que la dirección centrista,

---

9 El artículo 58 del Código penal concierne a los crímenes de la actividad contrarrevolucionaria dirigidos contra el Estado soviético. Fue utilizado para reprimir a los comunistas que se oponían a la política de la dirección stalinista [NdEF].

10 El 9 de Termidor (27 de julio) de 1794, de acuerdo con el calendario implantado por la Revolución francesa, fue el día que el ala derecha de los revolucionarios derrocó a los jacobinos radicales encabezados por Robespierre. Aunque los termidorianos iniciaron una etapa de reacción política que culminó el 18 Brumario (19 de noviembre de 1799) con la toma del poder por Napoleón Bonaparte, no llegaron hasta la restauración del sistema feudal. Trotsky llamaba termidoriana a la conservadora burocracia stalinista porque consideraba que su política le allanaba el camino a la contrarrevolución capitalista. Hasta 1935 la analogía con el Termidor se refería a la posibilidad de un verdadero traspaso del poder de una clase a otra, es decir, del triunfo de la contrarrevolución burguesa en la URSS. Ese último año Trotsky precisó este concepto utilizando la analogía para referirse a la reacción que se dio "sobre las bases sociales de la revolución" sin alterar el carácter del Estado [NdE].

persiguiendo a la izquierda, conduce inevitablemente a su remolque a una larga fila de seguidores que llegan de la derecha del Partido, saliéndose incluso de los límites de este, y que terminan como termidorianos conscientes y combativos. Predijimos que esta pesada fila terminaría ineluctablemente levantando cabeza y que este choque podría ser el punto de partida de un reagrupamiento profundo dentro del Partido, es decir, de la afirmación cada vez más insolente del ala derecha, de un desplazamiento hacia la izquierda más brutal y más audaz del núcleo proletario del Partido y de una agitación convulsiva de la fracción centrista del aparato, que perdería poco a poco sus fuerzas. La insurrección de los kulaks en 1927-28, que se produjo sin efusión de sangre y que tuvo el apoyo de miembros del Partido que deseaban vivir en paz con todas las clases constituye precisamente uno de estos remolinos donde la cola empuja la cabeza. La misma *Pravda* ahora reconoció oficialmente (en un artículo de fondo aparecido el 15 de febrero de 1928) que en nuestro partido existía un ala termidoriana o semitermidoriana influyente; efectivamente, ¿qué otros termidorianos puede haber en un partido proletario más que aquellos que están dispuestos a demoler a la Oposición en cualquier momento y que quieren vivir en paz con el kulak, conduciendo con él al campesino medio contra el poder de los soviets? No queremos decir con esto que todos los que aplican esta política quieren conscientemente que llegue un Termidor. No, los termidorianos, y con más razón los semitermidorianos, en general, jamás se han destacado por su profunda perspicacia histórica; sólo esto les permite a muchos de ellos cumplir su rol de defensores de otra clase. Por lo tanto, se produjo el choque del cola empujando la cabeza; choque serio, pero que sin embargo hasta el presente sólo tuvo el valor de una señal o advertencia. Se comienzan a formar reagrupamientos en el Partido, aunque aún muy imprecisos e insuficientes. Una de las formas por las que este proceso se manifiesta es la transformación de la maniobra izquierdista ejecutada en las esferas superiores y que crece hasta convertirse en un zigzag serio hacia la izquierda. Así, las dos ruedas [del carro. NdE] de adelante del Partido –incluso sólo puede estar una de ellas– parecen ya haber alcanzado la cima de la cuesta, pero el carro entero, tan pesadamente cargado, está aún en pleno ascenso y este ascenso puede convertirse para él en un descenso terrible.

En estas circunstancias tan críticas, ¿cuál es el deber de la Oposición hacia el Partido? Evidentemente hablamos de la Oposición leninista y no de estos ocasionales compañeros de ruta, que si se les pregunta con insistencia siempre están dispuestos a abandonar sus opiniones para adherir a otras ideas más fáciles de defender. Para responder más claramente a la pregunta acerca del deber de la Oposición es necesario comenzar por examinar la peor de las eventualidades: hay que suponer que utilizando año tras año los errores cometidos por la dirección, la desorganización crónica del mercado, la carestía de la vida, la desocupación, la tirantez ejercida por la administración, etc., la

fila termidoriana, del kulak, burguesa, burocrática, intente en el futuro, en el momento más difícil, cuando las dificultades sean aún mayores, levantar cabeza seriamente, es decir, que intente pasar de las formas semilegales de sabotaje capitalista a las que recurre actualmente a la guerra civil directa.

¿Se puede excluir esta posibilidad *a priori*? No. Lamentablemente no. Sobre todo si se producen complicaciones internacionales. El que afirme lo contrario adormecería al Partido traicioneramente.

¿Se puede tener miedo de que una parte bastante grande de los pilares del falso monolitismo del Partido en Smolensk, Artiemovsk, Chakhty, incluso en Leningrado y Moscú hagan su juego en un momento difícil o traicionen directamente? No solamente se puede tener miedo de eso, sino que se debe. Las recientes divulgaciones apenas levantan el borde del telón burocrático. En este terreno, el Partido debe estar en guardia contra los grandes peligros.

¿Por otro lado, uno podría imaginarse a un oposicionista diciendo: "¡Ellos crearon esta situación por su política: que se arreglen ellos!"? No, no se puede concebir que un oposicionista tenga este lenguaje, a menos que sea un agente de los guardias blancos, un provocador entrando en las filas de la Oposición con la intención de perjudicarla. Los oposicionistas combatirán por el Partido, por la dictadura, por la Revolución de Octubre, como deben hacerlo los revolucionarios abnegados, sin segundas intenciones, tal como se han afirmado defendiendo el estandarte del bolchevismo en las circunstancias históricas más penosas, mientras que caían sobre ellos persecuciones y represiones como una lluvia de granizo. Los cuadros de la Oposición soportaron la prueba. Si el burocratismo y la estupidez del aparato del Partido llegaran a impedir a los oposicionistas ocupar sus lugares en las filas del ejército regular en un momento de peligro extremo, ellos combatirían al enemigo de clase como francotiradores, ya que un revolucionario defiende la revolución en caso de necesidad sin recibir la orden… Se podría no hablar de todo esto si los enfurecidos gritos histéricos no anunciaran el derrotismo de la Oposición apostando a la caída del poder de los soviets.

Alegar que la actitud de los oposicionistas no tiene ninguna importancia para la defensa de la dictadura debido a su debilidad numérica aparece, sobre todo ahora, como habiendo fracasado. Si la Oposición es tan débil, ¿por qué el aparato, la prensa, los oradores oficiales, los profesores de las escuelas del Partido durante cinco años y la GPU durante el último período se han asignado como tarea principal la lucha contra la Oposición? ¿Por qué todos los discursos, artículos, circulares, las instrucciones, los libros toman esta lucha como punto de partida y gravitan alrededor de ella? Cualquiera sea el valor de la influencia ejercida por la Oposición, el que se ve y el que existe potencialmente, el de hoy y el de mañana, una sola cosa es indiscutible: el partido de la dictadura del proletariado puede contar con este destacamento que le pertenece, en cualquier circunstancia, completa e indiscutiblemente.

Sea como sea, otra cuestión de actualidad sigue siendo más candente: ¿qué es lo que la Oposición puede y debe hacer ahora en este período, período crítico de crisis? Queremos hacer claramente aquí todas las preguntas con el objetivo de no dejar lugar a ninguna confusión ni malentendido. ¿La Oposición puede apoyar a la derecha contra los centristas que formalmente detentan el poder para ayudar a derribar a estos últimos, para vengarse por la odiosa persecución sufrida, la brutalidad, la deslealtad, el "oficial wrangeliano"[11], el artículo 58 y por otros asuntos con oscuras intenciones? Durante las revoluciones existieron semejantes combinaciones entre la derecha y la izquierda. Estas combinaciones también arruinaron revoluciones. La derecha representa en nuestro partido la cadena a la que se enganchan secretamente las clases burguesas para conducir la revolución hacia el camino del Termidor. Por ahora el centro intenta resistir, o resistir a medias. Está claro que la Oposición no tiene nada en común con este espíritu de "combinación" aventurera que espera derribar al centro con el ala derecha. La Oposición apoya cada paso, incluso vacilante, hacia una línea de conducta proletaria; apoya toda tentativa, incluso vacilante, de resistir a los elementos termidorianos. La Oposición lo hace y lo hará completamente independiente del hecho de que el centro apoyándose en la derecha, lo quiera o no. La Oposición no plantea para esto ninguna condición de acuerdo, concesión, etc. Simplemente tiene en cuenta que el zigzag esbozado actualmente por la táctica del centro, sigue paralelamente a cierta distancia la línea observada por la estrategia de la política bolchevique. Ya dijimos (y por última vez en nuestra declaración leída por el camarada Smilga al XV Congreso) que la Oposición, incluso expulsada del Partido, no se consideraría desligada de los problemas de este, ni de la responsabilidad que incumbe al Partido en su conjunto frente al país. Sólo podemos repetir aquí completamente lo que decíamos entonces. Esto significa en particular que, a pesar de las persecuciones, las exclusiones, el artículo 58, etc., cada oposicionista está dispuesto a ejecutar, como otras veces, las misiones que el Partido le confiera, independientemente de su actitud hacia la dirección de este y del régimen que esta dirección aplica. Sin embargo, ¿la Oposición, desde el punto de vista político, puede ser responsable frente al Partido del giro ejecutado actualmente, calificándolo de un curso leninista correcto? No, no lo puede ser. El apoyo acordado por la Oposición a todo movimiento, incluso parcial, que conduzca a una línea de conducta proletaria jamás será una aprobación al centrismo (incluso de izquierda), como expresan los mediocres del Partido, silenciando su facultad de hacer las cosas sólo a medias, su incoherencia, los errores que siguen cometiendo o cerrando hipócritamente los ojos para no ver sus teorías revisionistas que

11 El stalinismo acusó a los oposicionistas de imprimir y publicar documentos con la ayuda de un oficial de Wrangel, un ex general zarista, luego de las Guardias Blancas [NdE].

preparan nuevos errores aún más graves para mañana. No obstante, apoyamos contra la derecha cada paso del centro hacia la izquierda.

La Oposición debe (y lo hará) criticar la insuficiencia completa de estas conductas y la inseguridad de este giro en la medida en que conserva el carácter de las medidas ejecutadas por orden, pero que no emanan verdaderamente del Partido. Con intransigencia, la Oposición divulgará al Partido los inmensos peligros que provienen de la inconsecuencia, de la falta de reflexión política, de las contradicciones políticas del curso actual, persistiendo en apoyarse en el bloque del centro con la derecha contra el ala izquierda. En estas condiciones, ¿la Oposición puede renunciar a su plataforma? Ahora menos que nunca. Abjurar así equivaldría a renunciar al fundamento meditado, generalizado y sistematizado del curso de izquierda; sería brindarle el mejor servicio a la derecha, cuyas esperanzas y cálculos para llegar a la victoria se basan con razón en los zigzags y la incoherencia de la orientación centrista. La continuación de la lucha por las ideas y las propuestas expresadas en la plataforma es el único apoyo justo, serio y honesto que puede ser acordado para cualquier acercamiento progresivo con el centro. Esta es la única condición que puede alimentar la esperanza de ver que el Partido logre, a través de una reforma interna, transformar el zigzag centrista de izquierda de la dirección en un verdadero curso leninista.

¿Esta lucha por la plataforma de la Oposición es compatible con la unidad del Partido? Puede ser provisoriamente incompatible con esta unidad, frente a un régimen burocrático, es decir, injusto y enfermo; la exclusión de la Oposición del Partido lo ha demostrado. Pero la circular lanzada por el CC el 3 de junio constituye ante todo la flagrante confesión (casi forzada) del carácter enfermo e insostenible del régimen que se creó en nuestro partido durante los últimos cinco años.

En un régimen sano, la crítica más rigurosa de los errores de principio cometidos por el CC es perfectamente compatible con la unidad del Partido y la disciplina de hierro en la acción. En cuanto a las divergencias de opinión (ahora que han pasado la prueba gigante de los acontecimientos), serían relativamente fáciles de liquidar por el Partido si este reconquistara sus derechos elementales; en la actualidad todas las cuestiones convergen hacia allí.

¿La lucha por las convicciones expuestas en la plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición) es compatible con la renuncia a los métodos fraccionales empleados para defender estas opiniones? Frente a un régimen que, según la expresión empleada en la misma circular del 3 de junio, "está afectado por el burocratismo más odioso", toda crítica de las opiniones del CC, del Comité provincial, del Comité de distrito, del secretario de célula, es censurada con el término de "espíritu fraccional" y la mayor parte del tiempo obligatoriamente reprimida en el camino del trabajo fraccional. La Oposición sólo está íntegra y completamente dispuesta a defender sus puntos de vista a través de los métodos rigurosamente normales dentro del Partido,

tomando firmemente como base el conjunto de las resoluciones del X Congreso referidas a la democracia en el Partido y la prohibición de constituir fracciones. Sin embargo, incluso ahora, después de los últimos manifiestos y circulares, la Oposición no se hace ilusiones en cuanto al régimen interno del Partido. La alegre credulidad que consiste en tomar las palabras como actos, los manifiestos contradictorios como un seguro curso hacia la izquierda, no fue y nunca será considerada como una cualidad para un proletario revolucionario, sobre todo si vive y medita seriamente la experiencia de los últimos cinco años. Nunca el espíritu fraccional carcomió al Partido tanto como en la actualidad, después del intento de amputar mecánicamente a la Oposición. La derecha, el grupo tapón, las dos secciones de la dirigencia de la Oposición de Leningrado, los bolcheviques-leninistas (Oposición), estos son los agrupamientos principales que existen ahora en el Partido, sin contar las subfracciones. El centrismo de la fracción dirigente, con su falta de precisión y su incoherencia en las ideas y en la política, es un verdadero caldo de cultivo para el espíritu fraccional de derecha e izquierda.

Medidas externas, manifiestos, arrestos no serán la salida de esta situación. Únicamente un curso correcto, elaborado y aplicado por todo el Partido puede triunfar sobre el espíritu de fracción que lo devora. Este curso sólo se obtendrá mediante el ejercicio de la crítica por el Partido, el examen de las desviaciones esenciales y de los vicios del régimen establecido durante los últimos cinco años. Hay que condenar el curso erróneo para abrir el camino a lo que es correcto. En cuanto a la "autocrítica" anunciada en los manifiestos y artículos, hasta el momento se reduce al hecho que se deja expresar el descontento de la base contra errores secundarios, o que se sacrifica un centenar o dos de burócratas como chivos expiatorios. La crítica hacia la actuación se presenta como buena, sana, seria. La [crítica] de la dirección se presume destructiva, perniciosa, oposicionista. Si la autocrítica no supera estos límites, todo el zigzag centrista a izquierda sólo será un aborto y nada más. Sacar de este *impasse* a la "autocrítica" burocrática y legalizada, conducirla hacia el camino de la democracia dentro del Partido, es hasta ahora una necesidad que tiene que ejecutar el mismo Partido. Del logro más o menos grande de esta obra depende el éxito de la profunda reforma sin la cual el Partido no sacará a la revolución de la crisis que atraviesa. Para resolver este doble problema: sanear sus propias filas y al Estado soviético, el Partido necesita ante todo claridad en las ideas. La Oposición tiene entonces como deber levantar la voz en la autocrítica que algunos centristas, burócratas muy influyentes, consideran como válvula de seguridad dejando escapar el descontento acumulado; debe, en realidad, ser parte integrante del régimen de la democracia en el partido. Ante todo, la Oposición debe ayudar a la masa del Partido (no sólo en el PCUS sino en toda la IC) a resistir a los burócratas que quieren "proteger" de la autocrítica a los problemas fundamentales de la línea de conducta política y de la dirección del partido. La experiencia de la dirección

económica en la URSS, la del movimiento revolucionario alemán en 1923-28, la de la Revolución china y del Comité anglo-ruso debe ser controlada, aclarada, estudiada en todas partes. Al mismo tiempo, la Oposición debe vigilar rigurosamente que la "autocrítica" (que, posteriormente, se chocará cada vez más, inevitablemente, con los obstáculos del burocratismo) no siga un camino dirigido contra el partido y no pueda llevar agua al molino de los anarco-mencheviques.

La política oportunista y el régimen burocrático dan nacimiento inevitablemente a reacciones dañinas en las propias masas obreras. Únicamente la Oposición puede proteger al Partido contra este mal, o al menos reducir esta reacción al mínimo, haciendo renacer, fortaleciendo la confianza de los obreros en el Partido, barriendo implacablemente toda escapatoria, todo camuflaje del aparato, luchando abiertamente por todas nuestras consignas, en una palabra, siguiendo firmemente la línea de conducta leninista.

Tal como lo planteamos, el conjunto de nuestros principios nos ahorra la pena de refutar nuevamente la idea que se nos quiere atribuir haciéndonos decir que el Partido se volvería termidoriano y que el Termidor o el golpe de Estado contrarrevolucionario ya sería un hecho consumado. El encarnizamiento verdaderamente histérico con el que se propaga esta idea, que no tiene absolutamente nada en común con nuestra posición, sólo beneficia a nuestros enemigos de clase, sólo da testimonio de la impotencia de nuestros adversarios en la lucha de ideas, nacida de la incapacidad general de los centristas de captar y comprender la dialéctica viviente del proceso histórico. El mismo resultado se alcanza cuando se intenta atribuirnos la concepción de que la IC debe dejar de ser la vanguardia del llamado proletariado mundial y debe ser reemplazada por cualquier unión internacional.

Ya hemos declarado, y lo repetimos, que incluso no podemos tomar ni un ápice de responsabilidad por aquellos que creen terminado el proceso de desplazamiento de la dirección del PCUS y de la IC apartándose de la línea de clase (proceso que, indudablemente, existe durante los últimos años) y que, por esta razón, directa o indirectamente dan la espalda a estas organizaciones. Por eso mismo no somos responsables en cuanto a la política de las candidaturas oposicionistas paralelas a las del PC, política que hemos condenado por adelantado y contra la que advertimos en una carta enviada al extranjero. Esta fue publicada en *Pravda* (15 de enero de 1928). Las afirmaciones que persisten en anunciar nuestra solidaridad con la política de las candidaturas paralelas forman parte de numerosos intentos de engañar a su propio partido para justificar, en cierta medida, la aplicación de la represión.

Basamos nuestros cálculos en el hecho de que existen dentro del PCUS y de la IC enormes fuerzas revolucionarias internas, aplastadas por la falsa dirección y el lamentable régimen pero que, con el efecto de la experiencia, de la crítica y de la marcha de la lucha de clases en todo el mundo, son perfectamente capaces de enderezar la línea seguida por la dirección y asegurar

un curso proletario correcto. Los intentos realizados actualmente por la dirección para escapar a las consecuencias de su propia política, siguiendo el camino de la izquierda y no el de la derecha, repitiendo y utilizando en parte las ideas y las consignas de la Oposición, se hacen bajo la presión imprecisa aún del núcleo proletario del Partido; estos constituyen una de las pruebas de la exactitud de nuestro análisis general y de nuestros cálculos. Con todas nuestras fuerzas, ayudaremos a las fuerzas internas del Partido y de la clase a provocar un enderezamiento de la política haciendo tambalear lo menos posible al PC de la URSS, al Estado obrero y a la Internacional. Rechazamos formalmente la acusación que afirma que nuestras declaraciones anteriores sobre el cese del trabajo fraccional no habrían sido sinceras. Estas declaraciones suponían un mínimo de buena voluntad por parte de la mayoría para establecer un régimen que permita la defensa de puntos de vista diferentes a través de métodos normales, elaborados a través de toda la historia del Partido. Siempre es posible para el todopoderoso aparato burocrático, que lucha por su inviolabilidad e inamovilidad, cerrar mecánicamente todas las vías frente a los miembros del Partido a excepción de las del trabajo fraccional. Formulando nuestras declaraciones, anunciando nuestras intenciones de renunciar a los métodos fraccionales, siempre nos hemos referido a las enseñanzas de Lenin sobre el partido proletario y sobre las condiciones fundamentales de una sana existencia de este. Nos basamos particularmente en la decisión del 6 de diciembre de 1923 que decía que el burocratismo empuja a los mejores miembros del Partido al camino del aislamiento y el espíritu de fracción. Esta declaración no era una pura formalidad, expresaba la esencia misma de la cuestión. Las acusaciones formuladas contra la Oposición sólo eran más inoportunas y más indignas cuando decían que esta, incluso después del XV Congreso, a pesar de su declaración de sometimiento a las resoluciones del Partido y del cese del trabajo fraccional, en realidad, habría continuado. La promesa que hicimos al Congreso suponía nuestra continuidad en el Partido y, en consecuencia, la posibilidad de defender nuestras opiniones permaneciendo en sus filas. En el caso contrario, este compromiso sólo hubiera sido una renuncia a toda actividad política en general, el compromiso de dejar de servir al Partido de la revolución internacional. Sólo funcionarios corruptos hasta la médula pueden exigir semejante abjuración de un revolucionario. Sólo renegados despreciables podían hacer semejantes promesas. Basándonos en estas posiciones desde el punto de vista de los principios, en consecuencia, no podemos tener nada en común con la política de los llamados leninistas que engañan al Partido haciendo diplomacia en la lucha de clases, jugando a las escondidas con la historia, reconociendo aparentemente sus errores, afirmando haber tenido razón, creando el mito del "trotskismo", demoliéndolo, intentando constituirlo nuevamente, en una palabra, ellos aplican al Partido la política de la "paz de Brest", es decir, la de una capitulación provisoria, hipócrita y hecha con la esperanza de la revancha; esta

política, que es admisible hacia un enemigo de clase, se convierte en un acto de aventureros cuando se practica en el mismo Partido. Experimentamos repugnancia hacia la filosofía bizantina del arrepentimiento por la cual el cuidado de la unidad del Partido implicaría, en la época de la dictadura proletaria, renunciar a las opiniones de principio, que la dirección actual estima como inadmisibles por razones de prestigio y que incluso se atreve perseguir a través de los medios del Estado.

Nos consideraríamos como criminales si durante cinco años hubiéramos llevado adelante nuestra áspera lucha dentro del Partido en nombre de principios bastante elásticos para renunciar a ellos por una orden o bajo la amenaza de la expulsión. Servir al Partido está indisolublemente ligado a la lucha por el establecimiento de una línea de conducta política correcta. Condenamos entonces al desprecio a todo miembro del Partido para quien el temor a perder su carnet provisoriamente, por doloroso que sea, haga dejar de lado la preocupación por la lucha por las tradiciones fundamentales del Partido y por su futuro.

Esos discursos que anuncian que la actitud actual de la Oposición (fiel a sus convicciones, luchando por ellas) sería incompatible con sus declaraciones sobre la unidad del Partido destilan falsedad. Si creyéramos que el ciclo de la evolución del Partido está acabado, en el XV Congreso no habría entonces otra salida histórica que la creación de un segundo partido. Pero ya hemos dicho que no tenemos nada en común con esta apreciación. Si durante el momento del problema del *stock* de trigo[12], en correlación con él, y como por azar, pareció que existía en el Partido una fracción influyente que quería vivir en paz con todas las clases; si, en un lapso de tiempo muy corto, surgieron los problemas de Chakhty, Artiemovsk, Smolensk y muchos otros, todo esto muestra que el inevitable proceso de diferenciación del Partido, de su clarificación, de su autodepuración está aún por hacerse; el núcleo proletario tendrá aún suficientes ocasiones de convencerse de que nuestra apreciación de la política del Partido, de su composición, de las tendencias generales de su desarrollo están confirmadas por hechos de importancia decisiva, y aunque ubicados momentáneamente fuera del Partido a través de un régimen mentiroso y enfermo, continuamos viviendo con el Partido, trabajando por su futuro. Al ser correctas nuestra línea de conducta y nuestras perspectivas, al tener nuestros métodos de lucha por las convicciones leninistas el verdadero carácter del Partido, ninguna fuerza del mundo podrá arrancarnos de él, hacernos enfrentar a la vanguardia proletaria internacional y a la revolución comunista. Pero será más imposible aún llegar allí con la aplicación del artículo 58 que sólo deshonra a aquellos que nos lo aplican. La contradicción

12 Sobre la crisis del *stock* de trigo de 1927-28 ver punto III del "¿Y ahora?", p. 47 de esta edición [NdE].

que nos obliga a permanecer por fuera de los límites del Partido en la forma, siempre combatiendo por él contra los que lo desorganizan y minan desde adentro, es una contradicción inevitable, formada por la vida misma en el curso de la historia. No se puede salir de ella a través de un sofisma de jurista y más que terminando en un solo lugar: el despreciable lugar de la negación de las ideas. La contradicción que nos fue impuesta sólo es un ejemplo particular de las contradicciones más profundas, más generales; sólo podrá ser resuelta realmente por el empleo de métodos leninistas hacia los problemas fundamentales planteados ante la IC y el PC de la URSS. Hasta entonces, la cuestión de la Oposición será la piedra angular que permita juzgar la línea de conducta y el régimen del Partido. El castigo aplicado a la Oposición por su crítica al CC, crítica completamente confirmada por los hechos y fortalecida por las recientes resoluciones e intervenciones parciales del mismo CC, es una de las manifestaciones más flagrantes de los peores métodos del régimen del funcionariado y de los peores aspectos de la dirección del Partido. Nuevas expulsiones y deportaciones de los oposicionistas todavía siguen aterrorizando al Partido, a pesar de las circulares tranquilizadoras. La cuestión de la readmisión de los oposicionistas en el Partido, el regreso de los deportados, la liberación de los prisioneros, se convierte en la prueba esencial, el medio de control infalible y el primer índice del grado de seriedad y de profundidad de todos los recientes pasos hacia la izquierda. El Partido y la clase obrera juzgarán, no según las palabras sino según los actos. Era la enseñanza de Marx, fue la de Lenin, es la de la Oposición. El VI Congreso de la IC puede facilitar, en gran medida, el restablecimiento de la unidad del Partido aconsejando con firmeza a las instituciones centrales del PCUS derogar inmediatamente la aplicación del artículo 58 a la Oposición, aplicación basada en una burda deslealtad política y en un pérfido abuso de poder. La reintegración de los bolcheviques-leninistas (Oposición) en el Partido es una condición indispensable e inevitable para un retorno al camino de Lenin. Esto es verdad indiscutiblemente, no sólo para el PCUS sino también para todas las otras secciones de la IC. Todo oposicionista, retomando el lugar que le pertenece en su partido por derecho, en el que, repetimos nuevamente, ninguna fuerza ni ninguna resolución podrá arrancarlo de él, hará todo lo que pueda para ayudarlo a salir de la crisis actual y para suprimir el espíritu de fracción. No puede haber ninguna duda de que semejante compromiso encontrará el apoyo unánime de todos los bolcheviques-leninistas (Oposición).

Alma Ata, 12 de julio de 1928

PARTE I

¿Y AHORA?

ediciones
ips

¿Y AHORA?
Carta al VI Congreso de la IC

I. Objetivo de esta carta

El presente intento de explicación sólo tiene sentido con la condición de liberarse de toda reticencia, de toda hipocresía, de toda diplomacia; lo que exige que las cosas sean llamadas por su nombre, aunque resulte desagradable y doloroso para el Partido. Por lo general, en casos semejantes, uno se escandaliza bajo el pretexto de que el enemigo se sirve de la crítica y la utiliza. Hoy en día sería torpe plantear la pregunta de qué ha beneficiado más al enemigo de clase: la política de la dirección que ha conducido a la Revolución china a crueles derrotas o las advertencias ahogadas de la Oposición intentando destruir el falso prestigio de la infalibilidad.

Sin duda, en toda una serie de casos, la socialdemocracia ha estado tentada de utilizar a su favor las críticas de la Oposición. Lo contrario hubiera sido extraño. En un sentido histórico amplio, la socialdemocracia es en la actualidad un partido parasitario. Satisfaciendo la necesidad de proteger a la sociedad burguesa "por abajo", la socialdemocracia, en el período de posguerra (y muy especialmente desde 1923), en el curso de su decadencia manifiesta, vive de las faltas y los errores de los partidos comunistas, de sus capitulaciones en los momentos decisivos o, por el contrario, de sus tentativas aventureras de volver a una situación revolucionaria ya pasada. La capitulación de la IC en el otoño de 1923, la obstinación posterior de la dirección en no comprender el significado de esta gigantesca derrota, la línea aventurera y ultraizquierdista de 1924-25, la política groseramente oportunista de 1926-27: esto es lo que fortalece a la socialdemocracia, esto es lo que le ha permitido reunir más de nueve millones de votos en las últimas elecciones alemanas. Bajo estas circunstancias, recordar los elementos que en ocasiones la socialdemocracia retiene de las críticas de la Oposición para presentarlos a los obreros es agarrarse de minucias. La socialdemocracia no sería ella misma si en ocasiones no fuera todavía más lejos en este camino, si no expresase por medio de su ala izquierda –válvula de seguridad del partido socialdemócrata de la misma forma que éste lo es de la sociedad burguesa– una "simpatía" intermitente y falsa por la Oposición. La socialdemocracia puede permitírselo en tanto que la Oposición continúa

siendo una pequeña minoría oprimida, y en la medida en que esta "simpatía" no le cuesta nada o incluso le asegura una recepción favorable entre los trabajadores.

En la actualidad, la socialdemocracia no tiene ni puede tener una línea propia sobre los problemas más esenciales: su línea le es dictada por la burguesía. Pero, de todos modos, si la socialdemocracia repitiese simplemente todo lo que dicen los partidos burgueses dejaría de ser útil para la burguesía. Sobre las cuestiones menores, no actuales o lejanas, la socialdemocracia no solamente puede, sino que debe presentar todos los colores del arco iris, hasta el rojo más vivo. Apropiándose de alguna idea de la Oposición, la socialdemocracia espera provocar una división dentro del Partido Comunista; pero para quien ha captado el carácter de este mecanismo, las tentativas de comprometer a la Oposición bajo el pretexto de que un maquinador o un izquierdista socialdemócrata cite una frase cualquiera de nuestra crítica manifiestan estrechez mental. De hecho, en todas las cuestiones políticas importantes (sobre todo las de China o el Comité anglo-ruso) las simpatías de la socialdemocracia internacional han estado del lado de la política "realista" de la dirección y de ninguna manera de nuestro lado.

Bastante más importante es el juicio formulado por la burguesía sobre las tendencias en lucha en el seno del Partido Comunista de la URSS y la IC: la burguesía no tiene ninguna razón para tergiversar o disimular nada en esta cuestión. Y sobre este punto hay que decir que todas las publicaciones de cierta seriedad, autoridad e importancia del imperialismo mundial a ambos lados del océano consideran a la Oposición como su enemigo mortal: en el curso del período transcurrido, o bien han manifestado una simpatía interesada y prudente ante toda una serie de pasos de la dirección oficial, o bien han expresado el consejo de la liquidación completa de la Oposición, su destrucción total (Austen Chamberlain exigía incluso fusilamientos) era la condición indispensable para la "evolución normal" del poder soviético hacia el régimen burgués. Incluso de memoria, sin disponer de ninguna fuente de información, se pueden citar numerosas declaraciones de este tipo: boletín de información de la industria pesada francesa (enero de 1927), reporte del informante de los ministros y millonarios americanos, apreciaciones del *Times*, del *New York Times* y de Austen Chamberlain reproducidas en numerosas publicaciones y en particular en el diario americano *The Nation*, etc. Es muy significativo que después de sus primeras e infructuosas tentativas, la prensa del Partido haya renunciado a comunicar las apreciaciones realizadas por nuestros enemigos de clase sobre la crisis que ha atravesado el Partido en los últimos meses y que atraviesa todavía hoy: estos juicios revelaban de manera demasiado clara la naturaleza de clase revolucionaria de la Oposición.

Es por ello que pensamos que se ganaría mucho en claridad si, a propósito de este VI Congreso, se editasen dos libros muy cuidadosamente elaborados: un "libro blanco" conteniendo los análisis de la prensa capitalista seria

sobre las divergencias existentes en el seno de la IC y un "libro amarillo" conteniendo las apreciaciones de la socialdemocracia.

En cualquier caso, el miedo de ver a la socialdemocracia intentar inmiscuirse en nuestra discusión no nos impedirá ni por un minuto indicar con claridad y precisión aquello que consideramos peligroso en la política de la IC y aquello que consideramos saludable. Podremos derrotar a la socialdemocracia, no mediante la diplomacia, no jugando a las escondidas, sino por medio de una política revolucionaria correcta que todavía falta elaborar.

II. ¿Por qué no ha habido un Congreso de la IC durante más de cuatro años?

Más de cuatro años han transcurrido desde el V Congreso. Durante este período, la línea de la dirección ha cambiado radicalmente y su composición, lo mismo que la de los diferentes partidos y la de la IC en su conjunto, ha sido modificada. El presidente de la Internacional no solamente ha sido eliminado de su puesto, sino también excluido del Partido, antes de ser admitido de nuevo en vísperas de este VI Congreso[13]. Estos acontecimientos se han desarrollado sin que se haya reunido ningún congreso, a pesar de que no haya existido ningún obstáculo objetivo para su convocatoria. Cuando se planteaban problemas vitales al movimiento obrero mundial y a la República de los Soviets, la reunión del Congreso de la IC parecía superflua: se posponía año tras año, como si se tratase de una traba y un peso muerto; solamente se la convocó cuando se creyó que se estaba frente a hechos consumados. Durante estos cuatro años –llenos de acontecimientos importantes y desgarrados por profundas divergencias– se ha encontrado el tiempo necesario para reunir numerosos congresos y conferencias burocráticas: conferencias repugnantes del Comité anglo-ruso, Congreso de la Liga Democrática de Lucha contra el Imperialismo, Congreso teatral de los "Amigos de la Unión Soviética"[14]. ¡Pero el tiempo y el lugar sólo han faltado para los tres congresos regulares de la IC!

Durante la guerra civil y el bloqueo, cuando los delegados extranjeros encontraban enormes dificultades y algunos morían en el camino, los congresos del Partido Comunista soviético y de la IC fueron, a pesar de todo,

---

13 Expulsado del PC de la Unión Soviética en noviembre de 1927, Zinoviev había hecho una declaración de capitulación política luego del XV Congreso de diciembre del mismo año y fue reintegrado al Partido en el curso del año siguiente [NdEF].

14 Hasta 1927, la IC dirigió su actividad hacia los partidos y sindicatos obreros. En ocasión de los festejos del décimo aniversario de Octubre se creó una organización de personalidades, los "Amigos de la Unión Soviética". Este fue el inicio de un sistema que tomó una amplitud considerable, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial con la creación del "Movimiento de la Paz" [NdEF].

convocados regularmente, conforme a los estatutos y al espíritu del partido proletario. ¿Por qué no se actúa así ahora? Pretender que hoy tenemos demasiado "trabajo práctico" es reconocer que el pensamiento y la voluntad del Partido alteran las labores de la dirección, que los congresos son una carga en los asuntos más serios e importantes. En realidad, es abrir la vía a la liquidación burocrática del Partido.

En apariencia, en el curso de estos cuatro años todas las cuestiones han sido resueltas por el CE de la IC o por su Presídium; en los hechos, lo han sido por el Buró Político del Partido Comunista de la URSS o, más exactamente, por su Secretariado apoyado sobre el aparato del Partido que depende de él. No se trata aquí, evidentemente, de la influencia ideológica del Partido Comunista soviético, que en tiempos de Lenin era más considerable que ahora y tenía un poderoso significado creativo; se trata de la omnipotencia del Secretariado que se ejerce por medio de la omnipotencia del aparato; en la época de Lenin no existía, y Lenin había advertido severamente contra este peligro en los últimos consejos que dirigió al Partido.

La IC fue proclamada "partido internacional único"; todas las secciones nacionales se subordinaron a ella. En esta cuestión, Lenin jugó hasta el final un papel moderador; multiplicó las advertencias contra las tendencias burocráticas de la dirección temiendo que, en ausencia de una base política, el centralismo democrático pudiese desembocar en el burocratismo. Sin embargo, cuando Lenin abandonó el trabajo, triunfó el ultracentralismo. El CE fue proclamado CC con plenos poderes dentro del partido mundial único y responsable únicamente ante los congresos. Pero, en realidad, ¿qué hay detrás de esta cuestión? Los congresos no fueron convocados cuando existía la mayor necesidad (la Revolución china, por sí sola, justificaba la convocatoria de dos congresos). Teóricamente, el CE es el centro poderoso del movimiento obrero mundial, pero en varias ocasiones, en el curso de los últimos años, ha sido profundamente reorganizado; algunos de sus miembros, elegidos en el Congreso para ejercer un papel en la dirección, fueron eliminados; lo mismo ocurre con las secciones de la IC o, por lo menos, con las más importantes de ellas. ¿Quién ha modificado el CE, responsable únicamente ante el Congreso..., si el Congreso no se ha reunido? La respuesta es perfectamente clara: es el núcleo dirigente del Partido Comunista soviético quien, tras cada cambio en su composición, modifica el CE, despreciando los estatutos de la IC y las decisiones de su V Congreso.

Los cambios en el seno del núcleo dirigente del Partido Comunista de la URSS han sido realizados a espaldas, no sólo de la IC, sino también del propio Partido Comunista soviético, entre los congresos, e independientemente de ellos, mediante golpes de Estado del aparato. El "arte" de dirigir consistía en colocar al Partido ante el hecho consumado; a continuación, las designaciones al Congreso, retrasado conforme a un mecanismo de inspiración tortuosa, se llevaban a cabo según la voluntad de la nueva dirección

instalada, mientras que el anterior núcleo dirigente era simplemente calificado de "cumbre antipartido".

Sería muy largo enumerar todas las etapas de este proceso; me limitaré a citar un hecho, uno más, pero que los ilustra a todos. El grupo de Zinoviev fue, no sólo desde un punto de vista formal sino también en la realidad, el que estuvo a la cabeza del V Congreso, y fue precisamente este grupo el que dio el tono fundamental a los trabajos de este Congreso: la lucha contra el supuesto "trotskismo". Sin embargo, esta fracción dirigente del V Congreso no pudo mantenerse hasta el VI Congreso en ninguno de los partidos de la IC; y es el grupo central de esta fracción –compuesto por Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov y otros– el que proclama en su declaración de julio de 1926:

> "A partir de ahora no puede haber ninguna duda en cuanto al hecho de que el núcleo principal de la Oposición de 1923 había dado la alerta con justa razón contra los peligros existentes de apartarse de la línea proletaria y contra las amenazas de desarrollo del régimen del aparato".

Hay más: en la sesión plenaria del CC y de la Comisión Central de Control (14-23 de julio de 1926), Zinoviev (dirigente e inspirador del V Congreso) declaraba (y esta declaración, taquigrafiada, fue publicada de nuevo por el CC antes del XV Congreso) que él, Zinoviev, consideraba que los dos principales errores de su vida eran el error de 1917 y la lucha contra la Oposición en 1923: "Yo considero el segundo error –decía Zinoviev– como más peligroso, porque la falta de 1917, cometida en tiempos de Lenin, fue corregida por Lenin... mientras que mi error de 1923 consistió en que...

> Ordojonikize: –¡Usted entonces ha engañado a todo el Partido!
> Zinoviev: –¡Sí, en la cuestión del desplazamiento y en la de la opresión burocrática del aparato, Trotsky tenía entonces la razón contra ustedes!".

Pero la cuestión del desplazamiento, es decir, de la *línea política,* y el problema del régimen *existente en el Partido* constituyen la suma de las divergencias. En 1926, Zinoviev estimaba que la Oposición de 1923 tenía razón sobre estas cuestiones y que, en lo que a él le concernía, el más grave error de su vida –más grave aún que su hostilidad a la iniciación de la Revolución de Octubre– fue la lucha que había desatado contra el "trotskismo" en 1923-25. No obstante, en estos últimos días la prensa ha publicado una decisión de la Comisión Central de Control reintegrando a Zinoviev y a otros al Partido porque han "renunciado a sus errores trotskistas". Toda esta historia, aunque esté confirmada completamente en los documentos, parecerá a nuestros hijos y nietos algo absolutamente fantástico; puede ser que no mereciese ni siquiera ser mencionada si se tratase sólo de una persona o un grupo, si este asunto no estuviese íntimamente ligado a toda la lucha de ideas que se ha desarrollado dentro de la IC a lo largo de los últimos años, y si no se hubiese desarrollado orgánicamente bajo las condiciones que han permitido

la ausencia de todo congreso durante cuatro años, es decir, el poder infinito de los métodos burocráticos. En la actualidad no se dirige la ideología de la IC: se la administra. La teoría ya no es un instrumento para el conocimiento y la previsión, sino que se ha convertido en una herramienta técnica para la administración. Se atribuye a la Oposición ciertas opiniones y, basándose en ellas, se la juzga. Se designa a diversas personas como "trotskistas" y luego se las vuelve a llamar, ¡como si se tratase de funcionarios de una cancillería!

Los cambios ideológicos de este tipo se acompañan inevitablemente de golpes de Estado en la organización; provienen siempre de arriba y, logrando construirse en sistema, se convierten en el régimen normal, no sólo del Partido Comunista de la URSS, sino también de los restantes partidos de la IC. Los motivos oficiales de cada cambio brusco en una dirección coinciden rara vez con los motivos reales. La hipocresía en el terreno de las ideas es la consecuencia inevitable de la burocratización del régimen. Más de una vez, durante estos últimos años, los dirigentes de los partidos de Alemania, Francia, Inglaterra, Norteamérica, Polonia, etc., han tomado caminos oportunistas sin ser condenados, porque su posición con respecto a las cuestiones internas del Partido Comunista de la URSS les servía de protección.

Los últimos ejemplos están todavía bien frescos en la memoria. La dirección china de Chen Du-xiu, Tan Pin-sian y compañía, profundamente menchevique[15], se ha beneficiado hasta el último momento del apoyo total del CE de la IC contra las críticas de la Oposición; esto no tiene nada de extraño, ya que con ocasión del VII Pleno del CE de la IC, Tan Pin-sian había declarado: "Desde la primera aparición del trotskismo, el Partido Comunista y la Juventud Comunista china adoptaron una resolución unánime contra él" (Actas taquigráficas, p. 205).

En el mismo CE de la IC, y dentro de su aparato, ejercen un papel importante elementos que se opusieron a la revolución proletaria y que la entorpecieron todo lo que pudieron en Rusia, Finlandia, Bulgaria, Hungría, Polonia y en otros países; pero, por el contrario, todos estos elementos hicieron su experiencia en el momento oportuno en la lucha contra el "trotskismo".

Ignorar y violar los estatutos, producir toda clase de trastornos en la organización y las ideas, atrasar los congresos y las conferencias, desarrollar la arbitrariedad, todo esto no puede ser simplemente el fruto del azar, todo esto debe tener razones profundas.

Sería una insuficiencia del marxismo explicar todos estos hechos única o principalmente por razones personales (lucha de grupos por el poder, etc.),

---

15 Ver más adelante la *Crítica al programa de la IC* sobre la Revolución china de 1925-27. Posteriormente, Chen Du-xiu reexaminó la política que había seguido y se unió a la Oposición de Izquierda. Cf. su *Carta a los miembros del PC chino* (en *La cuestión china en la IC*). En los documentos oficiales sobre la historia de China, los actuales dirigentes chinos le atribuyen únicamente a Chen Du-xiu la responsabilidad de la política y de la derrota de 1925-27 y hacen silencio sobre el rol de la IC [NdEF].

aunque haya ciertos momentos en los que estos motivos puedan ejercer un papel (cf. el *Testamento*[16] de Lenin). Por el contrario, nos encontramos ante un proceso profundo y de larga duración que debe tener, no únicamente causas psicológicas, sino, sobre todo, causas políticas; y las tiene, efectivamente.

La burocratización de todo el sistema en el Partido Comunista de la URSS y en la IC tiene su origen principal, en el curso de los cinco últimos años, en el aumento de la separación entre la política de la dirección y las perspectivas históricas del proletariado. Cuanto más divergente sea esta separación, los acontecimientos condenarán esta política con mayor fuerza, y esta se aplicará respetando menos las reglas del Partido y la crítica; por lo tanto, y cada vez más, debe ser impuesta al Partido desde arriba, a través del aparato e incluso con la ayuda de los medios propios del Estado.

Bajo estas condiciones, la dirección ya no tolerará la crítica marxista. El régimen burocrático es formalista: la escolástica es la ideología que mejor conviene a sus intereses. Los cinco últimos años han sido un período de deformación del marxismo, que ha sido convertido en escolástica para ocultar el desplazamiento político y servir a la usurpación burocrática.

III. La política de 1923 a 1927

Sin ninguna duda, uno de los motivos que ha incitado a retrasar en varias ocasiones el VI Congreso ha sido el deseo de lograr alguna gran victoria internacional; en casos semejantes, la gente olvida con más facilidad las derrotas recientes. Pero el acontecimiento exitoso no ha llegado... ¡y esto no se debió al azar!

Durante este período el capitalismo europeo y el capitalismo mundial se han beneficiado de un nuevo y serio respiro. Desde 1923, la socialdemocracia se ha visto fortalecida considerablemente. Los partidos comunistas sólo han crecido en un grado insignificante. Es imposible que alguien se atreva a decir que estos han sabido, en el curso de los cuatro o cinco últimos años, asegurar la continuidad, la estabilidad y la autoridad de sus direcciones. Por el contrario, esta continuidad y esta solidez se han visto gravemente quebrantadas, incluso el partido en el que en otro tiempo estuvieron mejor garantizadas: en el Partido Comunista de la Unión Soviética.

En el curso de este período, la República soviética ha realizado importantes progresos en los terrenos económico y cultural, progresos que muestran a los ojos de todo el mundo la fuerza y el significado de los métodos socialistas

16 Se considera el "testamento de Lenin" a la carta de su autoría del 25 de diciembre de 1922, con una posdata del 4 de enero de 1923. En ella proponía al Partido Comunista soviético que se removiera a Stalin del puesto de secretario general. Luego de ser negada su existencia, recién fue publicada en la URSS en 1956, tres años después de la muerte de Stalin, aunque la Oposición de Izquierda lo hizo circular clandestinamente y en el exterior [NdE].

de gestión y las grandes posibilidades que contienen. Pero estos éxitos se han desarrollado sobre la base de la supuesta estabilización del capitalismo, que fue ella misma el resultado de una serie de derrotas de la revolución mundial.

Contrariamente a las afirmaciones optimistas, la relación interna de fuerzas, tanto en el ámbito económico como en el ámbito político, se ha modificado en un sentido desfavorable al proletariado; de ahí proviene toda una serie de crisis dolorosas de las que no logra salir el Partido Comunista de la URSS.

La causa *fundamental* de la crisis de la Revolución de Octubre reside en el retraso de la revolución mundial tras una serie de graves derrotas del proletariado. Hasta 1923 fueron las derrotas de los movimientos e insurrecciones de posguerra por causa de la desaparición de toda una parte de la juventud y como consecuencia de la debilidad de los partidos comunistas. A partir de 1923 la situación se modifica radicalmente: no se trata ya solamente de derrotas del proletariado, sino de derrotas de la política de la IC. Los errores de esta política en Alemania, Inglaterra, China y en menor medida en otros países son tales que resulta imposible encontrar semejanzas en toda la historia del Partido Bolchevique: para lograrlo es necesario remontarse a la historia del menchevismo en los años 1905-17, o incluso remitirse a décadas anteriores. El retraso en el desarrollo de la IC se presenta como el resultado inmediato de la política falsa seguida en los cinco últimos años. Únicamente se puede lanzar la responsabilidad sobre la "estabilización" concibiendo su naturaleza de una forma escolástica y con el objetivo de huir de esta responsabilidad. La estabilización no ha caído del cielo, ni es el fruto de un cambio automático en las condiciones de la economía capitalista mundial: es el resultado de un cambio desfavorable en la relación de fuerzas en el ámbito político entre las clases. El proletariado ha sido debilitado en Alemania por la capitulación de la dirección en 1923; ha sido engañado y traicionado en Inglaterra por una dirección con la que la IC formaba bloque todavía en 1926; en China, la política del CE de la IC ha arrojado al proletariado a la trampa del Kuomintang[17] en 1926-27. Estas son las causas inmediatas e indiscutibles de las derrotas. Intentar demostrar que incluso con una política adecuada las derrotas resultaban inevitables es caer en un fatalismo sin esperanza y renunciar a la comprensión bolchevique del papel y la importancia de una dirección revolucionaria.

Las derrotas del proletariado producto de una política errónea han dado un respiro político a la burguesía, del que esta se ha aprovechado para

17 El Kuomintang era el partido nacionalista burgués fundado por Sun Yat-sen, líder de la Primera Revolución China (1911). En la Segunda Revolución China (1925-27), la línea de Stalin obligó a los comunistas chinos a disolver su partido para entrar al Kuomintang, bajo la dirección de Chiang Kai-shek, partido al que se admitió en la IC como organización simpatizante en 1926. Después de haber usado al Kuomintang para limitar y frenar la revolución, Chiang Kai-shek pudo, en marzo de 1927, lanzar una de las peores masacres de la historia moderna contra los obreros y campesinos comunistas y revolucionarios [NdE].

consolidar sus posiciones económicas. Ciertamente, la consolidación de estas posiciones influye, por su parte (como factor de "estabilización"), sobre la situación política; sin embargo, la causa fundamental del ascenso del capitalismo durante estos cinco años de "estabilización" reside en el hecho de que la IC no se ha encontrado en ningún momento a la altura de los acontecimientos. Las situaciones revolucionarias no han faltado, pero, de forma crónica, no se supo sacar partido de ellas. Esta falta no es producto del azar ni tiene nada de especial: es la consecuencia inevitable del curso centrista que, si bien en un período ordinario puede ocultar su inconsistencia, debe provocar inevitablemente catástrofes en una situación revolucionaria, cuando se están produciendo cambios bruscos.

Para captar el significado del actual giro hacia la izquierda es necesario tener una visión completa, no solamente de lo que fue el desplazamiento hacia la línea general de centroderecha, que se presentó totalmente desenmascarada en 1926-27, sino también del precedente período ultraizquierdista de 1923-25 que preparaba ese desplazamiento. Por lo tanto, se trata de valorar los cinco años que siguieron a la muerte de Lenin.

Ya en la época del XII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en la primavera de 1923, se manifestaron claramente dos posiciones sobre los problemas económicos de la Unión Soviética; estas se desarrollaron a lo largo de los cinco años siguientes y pudo procederse a su verificación a propósito de la crisis de *stock* de trigo en 1927-28. El CC consideraba que el principal peligro que amenazaba a la alianza con el campesinado provenía de un desarrollo prematuro de la industria y veía en ello la confirmación en la supuesta "crisis de ventas" del otoño de 1923. Por el contrario, yo había sostenido en el XII Congreso la idea de que el peligro principal que amenazaba a la alianza con el campesinado (*smytchka*[18]) y a la misma dictadura del proletariado estaba representado por las "tijeras" que simbolizaban el distanciamiento entre los precios agrícolas y los precios industriales, que reflejaba el retraso de la industria; el mantenimiento y, con mayor razón, el crecimiento de esta desproporción debía entrañar inevitablemente una diferencia en el seno de la economía agrícola y la producción artesanal, y el crecimiento generalizado de las fuerzas capitalistas. He desarrollado claramente este análisis durante el XII Congreso. Fue también entonces cuando formulé la idea de que, *si la industria se retrasaba*, las buenas cosechas se convertirían en una fuente que alimentaría, no ya el desarrollo socialista, sino las tendencias capitalistas, y proveerían así una herramienta de desorganización de la economía socialista a los elementos capitalistas.

Estas orientaciones fundamentales presentadas por las dos partes volverían a encontrarse en las luchas que han marcado los cinco años siguientes, en los que resonarán continuamente contra la Oposición acusaciones absurdas y

18 Cf. León Trotsky, "¿Qué es la *smychtka*?", *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición* (compilación), Bs. As., CEIP, 1999, p. 417 [NdE].

reaccionarias en su esencia: que "teme al *mujik*", "a una buena cosecha", que "rechaza el enriquecimiento del campo" o, mejor aún, que "quiere saquear al campesino". De esta forma, desde el XII Congreso y, sobre todo, durante la discusión de otoño de 1923, la fracción oficial rechazaba los criterios de clase, limitándose a nociones como "campesinado", "cosechas", "enriquecimiento", todo en general. En esta manera de concebir las cosas aparece ya la presión de las nuevas capas sociales que se han formado sobre la base de la NEP; ligadas con el aparato del Estado, se muestran cuidadosas de no ser molestadas en su ascenso.

En este proceso, los acontecimientos internacionales han cobrado una importancia decisiva. La segunda mitad del año 1923 fue un período de espera ansiosa de la revolución proletaria alemana. La situación fue comprendida demasiado tarde; se actuó con vacilaciones. En el seno de la dirección oficial aparecieron fricciones sordas (permaneciendo Zinoviev y Stalin, es cierto, en una línea centrista común). A pesar de todas las advertencias, el cambio de táctica no fue adoptado hasta el último momento. Todo terminó con la sorprendente capitulación del Partido Comunista alemán, cediendo al enemigo posiciones decisivas[19].

Esta derrota tenía en sí misma un carácter alarmante. Pero cobró un significado mucho más doloroso aún desde el momento en que la dirección del CE de la IC, responsable en gran medida de la derrota, no midió su amplitud, no estimó su profundidad, en definitiva y simplemente, no supo reconocerla como tal.

La dirección repetía sin cesar que la situación revolucionaria continuaba desarrollándose y que en un futuro próximo se librarían batallas decisivas. *Fue sobre la base de este juicio fundamentalmente falso sobre el que se estableció toda la orientación del V Congreso a mediados de 1924.*

Durante toda la segunda mitad de 1923, la Oposición hizo sonar la alarma a propósito del desenlace político que se aproximaba, exigió un curso

19 En enero de 1923, luego del no pago de las reparaciones de guerra previstas por el Tratado de Versalles, las tropas francesas y belgas ocuparon el Ruhr como garantía. El Gobierno alemán respondió decretando la "resistencia pasiva" para privar a los ocupantes de todos los productos de esta región. Esto condujo a Alemania al caos financiero y económico. La inflación no tardó en tomar proporciones vertiginosas. A partir del mes de mayo del mismo año hubo movimientos obreros cada vez más amplios y creció el Partido Comunista alemán. En agosto una huelga general espontánea condujo a la caída del Gobierno Cuno, que fue reemplazado por el Gobierno Stresemann de "gran coalición". La cuestión de la toma del poder por el Partido Comunista alemán estaba a la orden del día. Su principal dirigente, Brandler, volvió a Moscú a fines de agosto. Se estableció un plan. Para preparar el terreno, se establecieron gobiernos locales de frente único entre socialistas de izquierda y comunistas en Sajonia y Turingia el 12 de octubre. Bajo el pretexto de restablecer el orden, el Gobierno central envió sus tropas a estas dos regiones y expulsó a los gobiernos locales. Las vacilaciones que se produjeron en el Partido Comunista (y también, como se verá más adelante, en la dirección de la IC) hicieron anular a último momento la orden de insurrección. Una sublevación se produjo el 23 de octubre sólo en Hamburgo, donde el mensajero que llevaba la contraorden no llegó; duró algunos días [NdEF].

que se dirigiera verdaderamente hacia la insurrección, porque en momentos históricos semejantes varias semanas, a veces varios días, deciden la suerte de una revolución para un período de varios años. Por el contrario, en el semestre que precede a la celebración del V Congreso, la Oposición repetía sin cesar que la situación revolucionaria ya había pasado y que "se deben cambiar las velas teniendo en cuenta que el viento es contrario y ya no es favorable": lo que debe estar a la orden del día no es ya la insurrección, sino la unificación de las masas mediante reivindicaciones parciales en batallas defensivas contra un enemigo que ha tomado la ofensiva, la creación de puntos de apoyo en los sindicatos, etcétera.

A pesar del reflujo político, el V Congreso se orientó, significativamente, hacia la insurrección: así desorientó a todos los partidos comunistas y sembró la confusión.

El año 1924, el del giro claro y brusco hacia la estabilización, se convierte en el año de las aventuras en Bulgaria y Estonia[20]; el curso ultraizquierdista chocó cada vez más claramente con la marcha de los acontecimientos; a partir de este momento se empezó a buscar fuerzas revolucionarias ajenas en todo sentido al proletariado; de ahí la idealización de ciertos partidos seudocampesinos en ciertos países, el coqueteo con Raditch y La Follette, la exageración del papel de la Internacional Campesina[21] en detrimento de la Internacional Sindical[22], los juicios erróneos sobre los sindicatos ingleses, la amistad por encima de las diferencias de clase con el Kuomintang, etc. Todas estas muletas mediante las cuales trató de mantenerse el curso ultraizquierdista y aventurero se convirtieron pronto en el apoyo principal a la orientación abiertamente derechista que se instauró cuando los ultraizquierdistas, incapaces de hacerse dueños de la situación, se estrellaron contra el proceso de estabilización de 1924-25.

---

20 En junio de 1923, un golpe de Estado reaccionario derrocó al gobierno del líder campesino Alexandre Stambuilsky. Se produjo una lucha armada que duró algunos días y en la que fue asesinado Stambuilsky. El Partido Comunista búlgaro, que tenía el apoyo electoral de un cuarto de los ciudadanos, bajo el pretexto de que se trataba de una lucha entre "dos sectores de la misma clase capitalista", adoptó una actitud pasiva. El CE de la IC criticó fuertemente esta política. A ello le siguió un cambio de dirección. Pero la nueva dirección intentó responder al terror del régimen de Tsankov con un levantamiento que no se correspondía con la situación del país. El levantamiento, que los insurgentes sostuvieron entre el 19 y el 28 de septiembre, fue aplastado. Del mismo modo, en diciembre de 1924 se organizó en Estonia un levantamiento que no se correspondía con la situación del país. Sólo participaron poco más de doscientos miembros del Partido Comunista estonio, que fueron aplastados en algunas horas. Sobre estos acontecimientos, ver el libro de A. Neuberg (Heinz Neumann), *La insurrección armada* [NdEF].

21 La Internacional Campesina fue creada en Moscú en octubre de 1923 bajo la égida de la IC. Sólo tuvo una actividad restringida y desapareció al cabo de algunos años sin que se hiciera ninguna comunicación oficial sobre este hecho [NdEF].

22 La Internacional Sindical Roja, también conocida como Profintern (sigla de sus iniciales en ruso), fue fundada en Moscú en 1921, en oposición a la Federación obrera internacional reformista ("amarilla") con sede central en Ámsterdam. Fue disuelta en 1937 como parte de la política del stalinismo de impulsar los frentes populares [NdE].

El ultraizquierdismo de 1924-25, desorientado ante la situación, fue brutalmente reemplazado por una desviación de derecha que, bajo el sello de la teoría de "no saltar por encima de las etapas", hizo aplicar una política de adaptación a la burguesía nacional, a la democracia pequeñoburguesa, a la burocracia sindical, a los kulaks (bautizados como "campesinos medios") y a los funcionarios... bajo el pretexto de la disciplina y el orden.

La política de centroderecha, que guardaba las apariencias del bolchevismo en las cuestiones secundarias, fue pronto arrastrada por la corriente de los acontecimientos y encontró su coronación mortal, de naturaleza menchevique, en las cuestiones de la Revolución china y el Comité anglo-ruso.

Sería, ciertamente, dar una prueba de pedantería superficial afirmar que el proletariado alemán, con una dirección correcta, habría conquistado el poder *sin ninguna duda*, o que el proletariado inglés, conducido por una dirección con una política correcta, habría apartado de su camino al Consejo General[23] y adelantado la hora de la victoria de la revolución *sin ninguna duda,* o que el proletariado chino, si no se hubiera extraviado bajo la bandera del Kuomintang, habría alcanzado victoriosamente la revolución agraria y se habría adueñado del poder en alianza con los campesinos pobres. *Pero estas tres posibilidades estaban abiertas.* Por el contrario, la dirección, despreciando la lucha de clases, fortaleció al enemigo en detrimento de su propia clase y, así, hizo todo lo posible para asegurar la derrota.

La cuestión del ritmo de toda lucha es decisiva, tanto más cuando se trata de una lucha de envergadura mundial. La suerte de la República de los Soviets es inseparable de la suerte de la revolución mundial. Nadie ha puesto a nuestra disposición siglos, ni siquiera varias décadas para que podamos disponer de ellos. La cuestión es planteada por la dinámica de la lucha, en la que el enemigo se aprovecha de cada error, de cada desacierto, y ocupa cada centímetro de terreno no defendido. A falta de una política correcta de la IC, la revolución mundial se verá retrasada, sufrirá un retraso histórico indeterminado: pero es el tiempo el que decide. Lo que se pierde para la revolución mundial es ganado por la burguesía. La construcción del socialismo es una lucha del Estado soviético, no solamente contra la burguesía interna, sino también contra la burguesía mundial. Si la burguesía arranca al proletariado un nuevo y prolongado retraso histórico es seguro que con el potente avance de su técnica, su riqueza, su ejército y su flota derribará la dictadura soviética (y resulta una cuestión ya secundaria preguntarse si lo hará por medios económicos, políticos o militares, o por una combinación de los tres).

El tiempo es un factor decisivo en política, particularmente en momentos de cambios bruscos en el curso de la historia, cuando se desarrolla una lucha a muerte entre dos sistemas. Debemos disponer del tiempo con

23 Se trata del Consejo General del Trade Unions Congress [TUC], dirección de la Confederación de Sindicatos británicos [NdEF].

una gran economía: la IC no resistirá cinco años más de errores parecidos a los que se han cometido. La IC se mantiene gracias al atractivo que ejerce sobre las masas la Revolución de Octubre y la bandera de Marx y Lenin, pero en el curso de los últimos años ha vivido despilfarrando su capital. *La IC no se mantendrá cinco años más con semejantes errores*. Y si la IC se derrumba, la URSS no resistirá mucho tiempo. Los salmos de Stalin proclamando que el socialismo está ya realizado en sus nueve décimas partes en nuestro país no parecen más que charlatanería estúpida. Es cierto que, incluso en ese caso, la revolución proletaria terminará por abrirse nuevos caminos hacia la victoria; pero, ¿cuándo?, ¿y al precio de qué sacrificios y de cuántas innumerables víctimas? La nueva generación de revolucionarios internacionales debería recoger el hilo roto de la herencia y conquistar de nuevo la confianza de las masas en el más grande acontecimiento de la historia, el cual puede verse comprometido por una serie de errores, virajes y falsificaciones ideológicas.

Estas palabras deben decírseles clara y específicamente a la vanguardia proletaria internacional, sin ningún miedo de los alaridos, burlas y persecuciones de aquellos cuyo optimismo sólo se mantiene a base de cerrar temerosamente los ojos ante la realidad.

Es por ello que, en nuestra opinión, la política de la IC domina todas las cuestiones restantes. La estabilización de la burguesía europea, el fortalecimiento de la socialdemocracia, el retraso en el desarrollo de los partidos comunistas, el fortalecimiento de las tendencias capitalistas en la URSS, el desplazamiento hacia la derecha de la política de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la IC, la burocratización de todo el sistema, la campaña desatada contra el ala izquierda, acosada y por esto mismo forzada a convertirse en la Oposición, son procesos todos ellos ligados entre sí que marcan un debilitamiento –provisiorio, ciertamente, pero profundo– de las posiciones de la revolución mundial, que expresan la presión de las fuerzas enemigas sobre la vanguardia proletaria.

IV. Radicalización de las masas y problemas de dirección

En su discurso, o más bien en la andanada de injurias que ha lanzado contra la Oposición, Thaelmann ha declarado en el transcurso del Pleno de febrero del CE de la IC:

> "Los trotskistas no ven la radicalización de la clase obrera internacional y no señalan que la situación se está haciendo cada vez más revolucionaria" (*Pravda*, 17 de febrero de 1928).

Más adelante pasa, como es conveniente, a la demostración ritual de que enterraríamos con Hilferding la revolución mundial. Podríamos no preocuparnos por estos cuentos de niños si no se tratase de un partido de

la IC (el segundo en importancia por su cantidad de miembros) representado por Thaelmann en el CE de la IC. ¿Dónde está la radicalización de la clase obrera que la Oposición no señala? Thaelmann y muchos otros han hablado de "radicalización" igualmente en 1921, 1925, 1926 y 1927. Para ellos, en 1923, el descenso de la influencia del Partido Comunista y el crecimiento de la socialdemocracia no existían; no se preguntaban siquiera cuáles eran las causas de estos fenómenos. Es difícil hablarle a un hombre que no quiere aprender las primeras letras del alfabeto político. Desgraciadamente no se trata solamente de Thaelmann, e incluso su persona no tiene ninguna importancia. El III Congreso fue plenamente una escuela de estrategia revolucionaria. *Enseñó a distinguir*. Es la primera condición en todo problema. Existen períodos de flujo y de reflujo. Tanto unos como otros pasan, además, por diversas fases. La táctica política debe ser adaptada a cada una de las fases, pero se debe al mismo tiempo mantener una línea de conducta general orientada hacia la toma del poder a fin de no ser tomado desprevenido en el caso de que la situación cambie bruscamente. El V Congreso ha subvertido todas las enseñanzas del III. Ha ignorado la situación objetiva y ha sustituido el análisis de los acontecimientos por la consigna de agitación que todo lo arregla: "La clase obrera se radicaliza, la situación es cada vez más revolucionaria".

En la realidad, la clase obrera alemana recién desde el año pasado ha comenzado a recuperarse de las consecuencias de la derrota de 1923. En un documento publicado por la Oposición, al que hace referencia Thaelmann, se dice:

> "Sin duda alguna, hay en la clase obrera europea un movimiento hacia la izquierda. Se manifiesta por el aumento de las huelgas y el crecimiento del número de votos obtenidos por los comunistas. Pero esto no es más que la primera etapa. El número de los electores socialdemócratas crece paralelamente al de los electores comunistas y a veces lo supera. Si este proceso se desarrolla y se profundiza, en el estadio siguiente comenzará el movimiento que llevará de la socialdemocracia al comunismo" ("En la nueva etapa").

En la medida en que se pueden valorar los resultados de las últimas elecciones en Alemania y en Francia, esta apreciación sobre la situación interna de la clase obrera europea (y sobre todo la clase obrera alemana) puede ser considerada como casi indiscutible. Desgraciadamente, la prensa de la IC, incluida la del Partido Comunista de la URSS, no ofrece ningún análisis serio, profundo, documentado e ilustrado mediante cifras de la situación de la clase obrera. Las estadísticas, cuando se utilizan, son simplemente ajustadas al propósito de marcar una tendencia que sirva para preservar el prestigio de la dirección. Se esconden datos de hechos de una gran importancia para el establecimiento de un gráfico del movimiento obrero en el período 1923-28, en la medida en que se oponen a los juicios erróneos y a las directivas falsas.

Todo esto hace que sea muy difícil juzgar la dinámica real de la radicalización de las masas, su ritmo y potencialidades.

Thaelmann no tenía ningún derecho a decir en el Pleno de febrero del CE de la IC que "los trotskistas no ven la radicalización de la clase obrera internacional". No solamente habíamos visto la radicalización de la clase obrera europea, sino que desde finales del año pasado habíamos hecho una valoración de la coyuntura. Nuestra opinión se vio confirmada completamente por las elecciones de mayo (1928) al Reichstag. La radicalización atraviesa su primera fase y, por el momento, dirige a las masas hacia la socialdemocracia. En febrero, Thaelmann no quería ver este hecho y decía: "La situación se hace cada vez más revolucionaria". Una afirmación tan general no es más que una frase hueca. ¿Se puede decir que la situación se está haciendo "cada vez más (¿?) revolucionaria" cuando se fortalece la socialdemocracia, principal sostén del régimen burgués?

Para acercarse a una situación revolucionaria, la "radicalización" de las masas debe alcanzar el estadio en que los obreros pasan de la socialdemocracia al Partido Comunista, lo que verdaderamente se está produciendo ya de forma parcial. Pero éste no es el sentido general de la corriente. Tomar un estadio preliminar, mitad pacifista y mitad colaboracionista, por una fase revolucionaria, es preparar el terreno para crueles errores. Hay que aprender a distinguir. Quien se dedica a repetir año tras año que "las masas se radicalizan, que la situación es revolucionaria" no es un dirigente bolchevique, sino un agitador verborrágico: se puede tener la seguridad de que no reconocerá la revolución cuando esta llegue realmente.

La socialdemocracia es el principal sostén del régimen burgués. Pero este sostén es, en sí mismo, contradictorio; si los obreros pasaran del Partido Comunista a la socialdemocracia se podría hablar con certeza de la consolidación del régimen burgués. Así ocurrió en 1924. Thaelmann y los demás dirigentes del V Congreso no lo comprendieron entonces: por eso respondieron a nuestros argumentos y consejos mediante injurias. Ahora la situación es distinta. El Partido Comunista crece, de la misma forma que lo hace la socialdemocracia, pero su crecimiento no se realiza todavía directamente en detrimento de esta última. Las masas afluyen simultáneamente a los dos partidos, y hasta el momento la corriente que va a parar a la socialdemocracia es más fuerte. Los obreros abandonan los partidos burgueses, se despiertan y salen de su apatía política; hay ahí un proceso nuevo que no significa, evidentemente, un fortalecimiento de la burguesía. Pero el desarrollo de la socialdemocracia tampoco constituye una situación revolucionaria. Hay que aprender a distinguir. En este caso, ¿cómo calificar la situación actual? Se trata de una situación transitoria, llena de contradicciones, en la que las tendencias no se encuentran todavía diferenciadas y que encierra posibilidades diversas. Es preciso seguir atentamente el desarrollo posterior del proceso, sin aturdirse con frases sin significado, y preparados para hacer frente a los cambios bruscos de la situación.

La socialdemocracia no está pura y simplemente satisfecha con el crecimiento del número de sus votos; observa con ansiedad la afluencia de los obreros hacia ella, lo que le causa grandes dificultades. Antes de que los obreros pasen en masa de la socialdemocracia al Partido Comunista –el hecho se producirá– hay que esperar nuevas y grandes fricciones en el seno mismo de la socialdemocracia, la formación de nuevos agrupamientos, la aparición de nuevas escisiones. Esto abrirá probablemente el campo a maniobras activas y ofensivas del Partido Comunista, en la línea del "frente único", con el objetivo de acelerar la diferenciación revolucionaria de las masas y, sobre todo, de arrancar los obreros a la socialdemocracia. Pero será una desgracia si las maniobras del Partido Comunista se reducen a mirar de nuevo en la boca de los socialdemócratas de "izquierda" (y pueden moverse todavía mucho hacia la izquierda), esperando que empiecen a salirles las muelas de juicio. Hemos visto tales "maniobras" practicadas a pequeña escala en Sajonia en 1923 y a gran escala en Inglaterra y China en 1925-27. En todos estos casos dejaron pasar la ocasión revolucionaria y provocaron grandes derrotas.

La opinión de Thaelmann no es de su propia cosecha; aparece claramente formulada en el proyecto de programa, que dice:

> "El fortalecimiento del proceso de radicalización de las masas, el crecimiento de la influencia y la autoridad de los partidos comunistas... todo esto muestra claramente que se está produciendo un nuevo ascenso revolucionario en los centros del imperialismo".

Esta generalización sobre la que se basa el programa es radicalmente falsa. La época del imperialismo y las revoluciones proletarias ha conocido ya y conocerá, no solamente "un fortalecimiento del proceso de radicalización de las masas", sino también períodos en los que las masas se desplacen hacia la derecha; no solamente períodos de crecimiento de la influencia de los partidos comunistas, sino también períodos de declive provisorio, particularmente en el caso de errores, derrotas y capitulaciones. Si se trata de una valoración "coyuntural", más o menos cierta para un período determinado, en ciertos países, pero no en el mundo entero, entonces esta valoración no debe hacerse en un programa, sino dentro de una resolución circunstancial: el programa está escrito para toda una época de la revolución proletaria. Desgraciadamente, en el curso de los cinco últimos años, la dirección de la IC no ha dado prueba de una comprensión dialéctica a propósito del desarrollo y la desaparición posterior de las situaciones revolucionarias. Se ha quedado en una escolástica permanente sobre la "radicalización" y no ha reflexionado sobre las etapas vivientes de la lucha llevada a cabo por la clase obrera mundial.

A causa de la derrota sufrida por Alemania en la Gran Guerra, la vida política de este país ha estado particularmente marcada por las crisis, lo que, en cada ocasión, ha colocado a la vanguardia revolucionaria del proletariado

ante una situación llena de graves responsabilidades. La causa inmediata de las derrotas sufridas por el proletariado alemán fue, durante los cinco primeros años, la extrema debilidad del partido revolucionario y, en los cinco años siguientes, los errores de su dirección.

En 1918-19, frente a la situación revolucionaria, faltaba todavía un partido proletario revolucionario. En 1921, cuando se produjo el reflujo, el Partido Comunista alemán, que era ya bastante fuerte, intentó hacer un llamamiento a la revolución, pero faltaban las condiciones previas. El trabajo preparatorio ("la lucha por las masas") que siguió provocó en el Partido una desviación hacia la derecha. Desprovista de talla revolucionaria y de iniciativa, la dirección se deshizo ante el giro brusco de una situación que evolucionaba hacia la izquierda (otoño de 1923). El ala derecha fue sustituida por el ala izquierda, cuyo predominio ha coincidido con el reflujo de la revolución. Pero no han querido comprender esto, y mantuvieron el "curso hacia la insurrección". De ahí provinieron nuevos errores que debilitaron al Partido y provocaron la eliminación de la dirección de izquierda. El actual CC, apoyándose secretamente sobre una parte de los "derechistas", ha luchado encarnizadamente contra la izquierda durante todo el tiempo, limitándose a repetir mecánicamente que las masas se radicalizan y la revolución se aproxima.

La historia del Partido Comunista alemán ofrece un cuadro de fracciones que se alternan bruscamente en el poder y que representan a los diversos segmentos del gráfico político: cada grupo dirigente, después de cada giro hacia arriba o hacia abajo de la curva política, es decir, hacia una crisis revolucionaria o, por el contrario, hacia una "estabilización" provisoria, fracasa y deja el lugar al grupo competidor. La debilidad del grupo de derecha estaba en su incapacidad para orientar la actividad del Partido en el camino de la lucha revolucionaria por el poder en el caso de un cambio en la situación. La debilidad del grupo de izquierda provenía de su incomprensión de la necesidad de movilizar a las masas tras las reivindicaciones transitorias impuestas por la situación objetiva en el período de preparación. La debilidad de un grupo tenía como complemento simétrico la debilidad del otro. La dirección era cambiada en cada inversión del signo de la situación, y los cuadros más altos del Partido no podían adquirir una experiencia amplia, abarcando al mismo tiempo el ascenso y el declive, el flujo y el reflujo, la maniobra y el ataque. Una dirección sólo puede educarse en un sentido plenamente revolucionario si comprende el carácter de nuestra época, su movilidad repentina y sus alteraciones bruscas. Realizar al azar y "designar" de este modo a los dirigentes es, inevitablemente, correr el riesgo de una nueva derrota en la próxima crisis social.

Dirigir es prever. En el momento adecuado hay que dejar de adular a Thaelmann únicamente porque recoge en el fango las palabras más groseras para lanzárselas a la Oposición, como se adulaba a Tan Pin-sian en el VII

Pleno, simplemente porque traducía al chino las injurias de Thaelmann. Hay que decir al partido alemán que el juicio sostenido por Thaelmann en febrero sobre la situación política es burdo, sumario, erróneo. Hay que reconocer con franqueza los errores de estrategia y táctica cometidos durante los cinco últimos años, y estudiarlos seriamente, antes de que las heridas que han producido no puedan curarse: las lecciones de la estrategia sólo pueden dar todo su fruto si se siguen los acontecimientos paso a paso.

V. Cómo se ha preparado el desplazamiento hacia la izquierda que se está produciendo actualmente en el Partido Comunista de la Unión Soviética

Las dificultades absolutamente excepcionales encontradas este año (1928) en el *stock* del trigo han tenido una gran importancia, no sólo en el plano económico, sino también en el terreno político y sobre el propio Partido. No es por azar que han provocado un giro hacia la izquierda. Además, por sí mismas, estas dificultades establecen el balance general de la economía y de la política.

El paso del comunismo de guerra a la economía socialista no habría podido hacerse sin grandes retrocesos más que en el caso de que la revolución proletaria se hubiera extendido inmediatamente a los países avanzados. El retraso de este desarrollo nos llevó, en la primavera de 1921, a la gran, profunda y duradera retirada que constituyó la NEP. Las proporciones de esta retirada indispensable fueron establecidas, no sólo por la reflexión teórica, sino también mediante sondeos prácticos. A partir del otoño de 1921 hubo que retroceder aún más.

El 29 de octubre de 1921, es decir, siete meses después del comienzo de la NEP, Lenin declaraba ante la Conferencia provincial del Partido en Moscú:

> "Este paso a la Nueva Política Económica que se ha llevado a cabo en la primavera, esta retirada que hemos efectuado... ¿parece ya suficiente como para que detengamos el retroceso, para que nos preparemos para la ofensiva? No, nos encontramos con que no es suficiente todavía... Tenemos el deber de reconocerlo ahora si no queremos esconder la cabeza en la tierra, si no queremos aparentar que no vemos nuestra derrota, si no tenemos miedo de mirar al peligro frente a frente. Debemos confesar que la retirada ha sido insuficiente, que hay que acentuarla, que debemos replegarnos aún más para pasar del capitalismo de Estado a la puesta en marcha de una reglamentación del comercio y la reglamentación monetaria por el Estado. Esta es la razón por la que nos encontramos en la obligación de retroceder aún más para poder, más tarde, pasar por fin a la ofensiva"[24].

---

24 V. I. Lenin, *Obras Completas*, vol. XVIII, pp. 397-398 [NdEE].

Y más adelante, en el mismo discurso:

> "Disimular ante nosotros mismos, ante la clase obrera, ante las masas, que continuamos todavía la retirada comenzada en la primavera de 1921, que persiste hoy, en el otoño y en el invierno de 1921-22, sería condenarnos a la inconsciencia total, sería carecer del coraje para mirar frente a frente la situación creada. En estas condiciones, el trabajo y la lucha serían imposibles"[25].

No es hasta la primavera del año siguiente, en 1922, que Lenin se decide a llamar al alto a la retirada. Habla por primera vez de ello el 6 de marzo de 1922, en una sesión de la fracción del Congreso de los Metalúrgicos:

> "Podemos decir ahora que este retroceso, en el sentido de las concesiones que hemos hecho a los capitalistas, ha terminado... Espero y estoy seguro de que el Congreso del Partido lo dirá también oficialmente, en nombre del partido dirigente de Rusia"[26].

E inmediatamente una explicación franca, honesta, como siempre, verdaderamente leninista:

> "Las palabras sobre el final de la retirada no significan que hayamos colocado ya las bases de la nueva economía y que podamos avanzar tranquilamente. No, esas bases aún no están"[27].

El XI Congreso [del PCUS. NdE], sobre la base del informe de Lenin, adoptó a este respecto la resolución siguiente:

> "El Congreso, constatando que el conjunto de medidas aplicadas y fijadas en el curso del último año comprenden las concesiones que el Partido reconoció indispensable hacer al capitalismo de la economía privada, considera que en este sentido la retirada está terminada" (Actas taquigráficas, p. 143).

Esta resolución, profundamente meditada y –lo hemos visto– celosamente preparada, suponía que las nuevas posiciones de partida darían la posibilidad de lanzar la ofensiva socialista, a un ritmo efectivamente lento, pero sin nuevos retrocesos. Sobre este punto, las previsiones del último congreso dirigido por Lenin no se realizaron. En la primavera de 1925 surgió la necesidad de llevar adelante una nueva retirada: reconocer a los ricos del campo el derecho a explotar a los más desfavorecidos arrendando la mano de obra y la tierra.

La necesidad de esta nueva retirada, de inmensas consecuencias y que no había previsto en 1922 el plan estratégico de Lenin, provenía no sólo del hecho de que se hubiera trazado la línea demasiado bruscamente (como lo

25 Ibíd., pp. 399-400 [NdEE].

26 Ibíd., vol. XVIII, 2ª parte, p. 13 [NdEE].

27 Ídem [NdEE].

exigía la prudencia más elemental) limitando la retirada anterior, sino también de que en 1923-24 la dirección no había comprendido la situación y perdía tiempo cuando creía estar "ganándolo".

Además, este retroceso tan penoso de abril de 1925 no fue presentado como una derrota y una dura retirada –que es lo que habría hecho Lenin–, sino que fue celebrado como un avance victorioso de la alianza obrero-campesina, como un simple eslabón del mecanismo general de la construcción del socialismo. Es precisamente contra tales procedimientos acerca de los cuales durante toda su vida Lenin trató de advertir, sobre todo en el otoño de 1921, cuando había que mantener y acentuar el retroceso de la primavera:

> "Es menos peligroso sufrir una derrota que tener miedo a reconocerla, que tener miedo a sacar todas las consecuencias... No se debe tener miedo de confesar las propias derrotas. Hay que sacar de cada una todas las enseñanzas que implica. Si admitimos que la confesión de una derrota, como el abandono de una posición, provoca entre los revolucionarios desmoralización y debilitamiento de la energía en la lucha, habrá que decir que tales revolucionarios no sirven para nada... Nuestra fuerza ha consistido y consistirá siempre en considerar las más graves derrotas con la mayor sangre fría, en aprender de ellas a modificar nuestra acción. Esta es la razón por la que hay que hablar francamente. Esto es interesante e importante no solamente por la verdad teórica, sino también desde el punto de vista práctico. Jamás aprenderemos a abordar nuestras tareas de una forma nueva si la experiencia de ayer no nos ha abierto los ojos sobre los errores de los antiguos métodos"[28].

Pero se ha olvidado esta importante advertencia dos días después de que Lenin dejó la dirección, y no se ha vuelto a recordar más. Por lo tanto, las decisiones de abril de 1925 legalizaban la diferenciación que se estaba desarrollando en el campo y abrían ante ella todas las compuertas, la *smytchka* significaba que, en el futuro, el comercio entre el Estado obrero y el kulak iba a crecer. En lugar de reconocer este grave peligro se esforzaban por crear la teoría servil de la integración del kulak en el socialismo.

En 1926, a propósito de la alianza obrera y campesina, la Oposición formulaba en estos términos la discusión comenzada en la primavera de ese mismo año:

> "Pregunta: –¿Es verdad que la política de la Oposición es una amenaza para la alianza entre el proletariado y el campesinado?
> Respuesta: –Esta afirmación es totalmente falsa. La alianza se encuentra amenazada en la actualidad, por un lado, por el atraso de la industria, y por otro, por el crecimiento del kulak. La falta de productos industriales introduce una cuña entre el campo y la ciudad. Desde el punto de vista

28 Ibíd., vol., XVIII, 1ª parte, p. 396 [NdEE].

económico y político, el kulak ha comenzado a dominar a los campesinos pobres y medios oponiéndolos al proletariado. Este proceso está por ahora solamente en sus inicios. El peligro que amenaza a la alianza reside precisamente ahí. La subestimación del retraso de la industria y el crecimiento del kulak amenazan a la dirección correcta, leninista, que se propone la unión de las dos clases, base de la dictadura en las condiciones de nuestro país" ("Preguntas y respuestas").

Debemos señalar aquí que sobre esta cuestión la Oposición no exageraba de ninguna manera a pesar de la aspereza de la disputa. Levantándonos contra la teoría de los renegados que apunta a la integración del kulak en el socialismo (vía de la integración en el capitalismo) declarábamos, en 1926, que el peligro del kulak recién empezaba. Habíamos indicado de dónde venía este peligro desde 1923, y habíamos descrito su crecimiento en cada nueva etapa. ¿En qué consiste, entonces, el arte de dirigir si no es en reconocer el peligro cuando este se encuentra todavía en sus comienzos, a fin de prevenir su posterior desarrollo?

El 9 de diciembre de 1926, durante el VII Pleno del CE de la IC, Bujarin, a propósito de la *smytchka* y el *stock* de trigo, denunciaba a la Oposición en los términos siguientes:

"¿Cuál era el argumento más poderoso utilizado por nuestra Oposición contra el CC del Partido (me refiero al otoño de 1925)? Decían entonces: las contradicciones se agrandan considerablemente y el CC es incapaz de comprenderlo. Decían: los kulaks, que concentran todo el excedente de trigo en sus manos, han organizado contra nosotros la 'huelga del trigo'. Por eso el trigo llega tan mal. Todo el mundo entendió esto... La Oposición consideraba que todo lo demás era la expresión política de este fenómeno fundamental. Enseguida, estos mismos camaradas intervenían para decir: el kulak se está fortaleciendo, el peligro aumenta aún más. Camaradas, si la primera y la segunda afirmaciones hubieran sido correctas, tendríamos ahora contra el proletariado una huelga de los kulaks todavía más fuerte… La Oposición miente cuando afirma que estamos ayudando al crecimiento del kulak, que vamos todo el tiempo por el camino que conduce a la derrota, que ayudamos a los kulaks a organizar la huelga del trigo; los verdaderos resultados testimonian lo contrario" (Actas taquigráficas, volumen II, p. 118).

¿No demuestra esta cita de Bujarin la ceguera total de la dirección en torno a la cuestión esencial de nuestra política económica?

Bujarin no constituye una excepción. No ha hecho más que "generalizar", en el plano teórico, la ceguera de la dirección. Los más altos dirigentes del Partido y de la economía afirmaban, cada uno con más énfasis, que hemos salido de la crisis (Rikov), que tenemos controlado el mercado campesino y que la cuestión del *stock* se ha convertido en un simple problema de organización del aparato soviético (Mikoyan). Una resolución de julio de 1927

del Pleno del CC anunciaba: "El desarrollo de la actividad económica en el curso de este año es, en conjunto, completamente satisfactorio". Al mismo tiempo, la prensa oficial proclamaba al unísono que la escasez de mercancías en el país no estaba superada, pero al menos era considerablemente menor.

La Oposición, por el contrario, escribía de nuevo en sus tesis para el XV Congreso:

> "La disminución de la masa global de los cereales almacenados es, por una parte, el testimonio aplastante del problema que existe en las relaciones entre la ciudad y el campo y, por otra parte, una fuente de dificultades nuevas y amenazantes".

¿Dónde está la raíz de nuestras dificultades? La Oposición respondía: "En el curso de estos últimos años, la industria se ha desarrollado muy lentamente, con retraso respecto al desarrollo de la economía nacional en su conjunto... Por este hecho, la economía estatizada depende cada vez más de los elementos kulaks y capitalistas en el dominio de las materias primas, de la exportación, de los víveres".

Si no hubiese sido por todo el trabajo precedente de la Oposición, comenzando por las tesis de 1923 y terminando por el llamamiento del 7 de noviembre de 1927[29], si la Oposición no hubiese levantado un programa correcto y alertado, acertadamente, en las filas del Partido y de la clase obrera, la crisis de *stock* de trigo habría acelerado el desarrollo del curso derechista y provocado una expansión posterior de las fuerzas capitalistas.

Más de una vez, en el curso de la historia, le ha tocado a la vanguardia del proletariado, incluso a la vanguardia de la vanguardia, pagar con su propia destrucción física el precio de un nuevo paso hacia adelante de su clase o de una disminución de la ofensiva enemiga.

VI. Un paso adelante, medio paso atrás

A diferencia de la crisis china y de la crisis del Comité anglo-ruso, a las que no podían ocultar, la crisis de *stock* de trigo determinó un nuevo período político. Tuvo repercusiones inmediatas no solamente sobre la economía en general sino sobre la vida cotidiana de cada obrero. Es por ello que la nueva política data del comienzo de esta crisis.

El Partido ha podido leer, en *Pravda* del 15 de febrero, un artículo de fondo que hubiera podido tomar por una transposición e incluso, a veces, por

---

29 En el momento del X aniversario de Octubre, la Oposición de Izquierda decidió manifestarse en Moscú y Leningrado con sus propias consignas: contra los *nepmen*, los kulaks y la burocracia. Los manifestantes fueron atacados por la policía. Diez años más tarde, durante los Juicios de Moscú y las grandes purgas, esta manifestación fue presentada por Stalin como un intento de golpe de Estado [NdEF].

una reproducción casi textual de la plataforma de la Oposición para el XV Congreso. Este artículo insólito, al que ninguna continuidad unía a todo el pasado reciente, y que fue escrito bajo la presión engendrada por la crisis de *stock* de trigo, anunciaba:

> "Entre las diversas causas que han provocado las dificultades de *stock* de trigo, hay una que es necesario señalar: el campo ha prosperado y se ha enriquecido. En primer lugar, el que ha prosperado y se ha enriquecido es el kulak. Tres años de buenas cosechas no han pasado en vano".

De esta forma, si los campesinos se niegan a entregar el trigo a la ciudad es porque ellos se han enriquecido, es decir, que han realizado en la medida de sus fuerzas la consigna de Bujarin: "Enriquézcanse". Pero, ¿por qué entonces el enriquecimiento del campo destruye la alianza obrero-campesina en vez de fortalecerla? Porque, responde el artículo, "es primeramente el kulak el que ha prosperado y se ha enriquecido". De esta forma, la teoría que afirmaba que el campesino medio había prosperado durante todos estos años en detrimento del kulak y del campesino pobre fue rechazada de un plumazo. "Es primeramente el kulak el que ha prosperado y se ha enriquecido".

Sin embargo, por sí mismo, el enriquecimiento de los kulaks en el campo no explica la desorganización de los intercambios entre el campo y la ciudad. La alianza con el kulak no es una alianza socialista. Pero la crisis de los cereales está originada en que ni siquiera existe esta especie de *smytchka.* Esto significa que no solamente el kulak ha prosperado y se ha enriquecido, sino que incluso no encuentra necesario cambiar sus productos naturales por rublos; en cuanto a las mercancías que quiere y que puede comprar en la ciudad, las paga con los cereales que escasean absolutamente en esta. *Pravda* señala también una segunda causa, que es, en el fondo, la razón esencial de la crisis de los cereales:

> "El aumento de las rentas del campesinado... frente al retraso en la oferta de productos industriales ha dado la posibilidad al campesinado en general, y al kulak en particular, de guardar los productos cerealeros".

Ahora está claro el panorama. La causa fundamental es el retraso de la industria y la falta de productos terminados. En estas condiciones no solamente no existe alianza socialista con los campesinos medios y pobres, sino que ya no hay tampoco alianza capitalista con los kulaks. Si comparamos las dos citas de *Pravda* con los extractos de los documentos de la Oposición presentados en el capítulo precedente, se puede decir que *Pravda* repite, casi textualmente, las ideas y las expresiones de las "preguntas y respuestas" de la Oposición, cuya reproducción hace poco suponía la expulsión del Partido.

El artículo de *Pravda* no se detiene ahí. Aun asegurando que el kulak no es "el principal poseedor de los cereales", este texto reconoce que es "la autoridad económica en el campo", que ha establecido una alianza con el

especulador de las ciudades, que paga el trigo "más caro", que "el kulak tiene la posibilidad de arrastrar tras de sí al campesino medio"...

Si admitimos la cifra bastante dudosa del 20% como correspondiente a la parte actualmente atribuida al kulak en el comercio de los cereales, el hecho de que pueda "arrastrar tras sí" en el mercado al campesino medio (es decir, llevarle a sabotear el *stock* de trigo para el Estado) se revela en toda su gravedad. Los bancos de Nueva York tampoco poseen la totalidad de las mercancías en circulación, lo que no impide que dirijan con éxito dicha circulación. Quien insistiese sobre la modestia de este 20% no haría más que subrayar con ello que al kulak le basta con tener en sus manos la quinta parte del trigo para controlar el mercado. ¡Tal es la debilidad de la influencia del Estado sobre la economía del campo *cuando la industria se encuentra retrasada*!

Otra consideración inevitable consiste en decir que el kulak ha tenido este papel determinante sólo en algunas regiones, no en todas: este matiz no arregla nada; al contrario, acentúa el carácter amenazante de lo que está sucediendo. "Algunas" regiones han sido capaces de sacudir en sus bases la alianza entre la ciudad y el campo. ¿Qué hubiera ocurrido entonces si este proceso se hubiese extendido en la misma medida a todas las regiones?

Nos enfrentamos a un proceso económico vivo, y no a un promedio estadístico estable. En este proceso complejo y diversificado no se trata de proceder a medidas cuantitativas detalladas, pero es necesario definir sus aspectos cualitativos, es decir, en qué sentido se desarrollan los fenómenos. ¿En detrimento de quién ha ganado autoridad el kulak en el campo? En detrimento económico del Estado obrero y sus instrumentos, las industrias estatales y las cooperativas. Si el kulak ha tenido la posibilidad de arrastrar tras sí al campesino medio, ¿contra quién lo ha dirigido? Contra el Estado obrero. En esto es en lo que consiste la ruptura seria y profunda de *la alianza económica*, premisa de un peligro mucho más grande: *la ruptura de la alianza política*.

Pero después del paso hacia adelante que representa el artículo de *Pravda*, se ha dado medio paso hacia atrás.

El manifiesto-programa del CC del 3 de junio de 1928 dice:

> "La resistencia de los kulaks crece sobre un fondo general de desarrollo de las fuerzas productivas del país, a pesar del crecimiento más rápido todavía del sector socialista de la economía". Si es así, si esto es verdad, entonces no debe haber razón alguna para alarmarse. Entonces, sin cambiar de línea, no queda más que construir tranquilamente "el socialismo en un solo país".

Si el peso de los elementos capitalistas, es decir, sobre todo de los kulaks, disminuye en la economía año tras año, ¿por qué entonces este repentino "pánico" frente a los kulaks? La cuestión la resuelve la relación dinámica entre las dos fuerzas en lucha, socialismo y capitalismo –¿quién ganará?–, y el kulak es "terrible" o "inofensivo" según que esta relación varíe en uno

u otro sentido. El manifiesto del CC intenta en vano salvar mediante esta afirmación la resolución del XV Congreso basada sobre la certidumbre de un predominio progresivo de los elementos socialistas de la economía sobre los elementos capitalistas.

Pero el artículo de *Pravda* del 15 de febrero es un desmentido público infligido a esta falsa tesis, que ha sido refutada en la práctica por el curso de las operaciones de *stock* de trigo. ¿Dónde está la lógica? Si el sector socialista hubiese prosperado durante estos tres años de buenas cosechas con más rapidez que el sector no socialista, sin duda habríamos podido conocer todavía una crisis comercial e industrial (exceso de productos de la industria estatal, ausencia de equivalentes agrícolas); pero lo que hemos tenido es una crisis de *stock* de trigo de la que *Pravda* da una explicación correcta: es el resultado de la acumulación por los campesinos (y sobre todo por los kulaks) de productos agrícolas que no encuentran equivalente en los productos industriales. La agravación de la crisis del *stock* de trigo –es decir, de la crisis de la *smytchka*– inmediatamente después de tres buenas cosechas significa solamente que en la dinámica general del proceso económico el sector socialista se ha debilitado con relación al sector capitalista y al comercio privado en general.

La corrección introducida en este informe bajo la presión administrativa, corrección absolutamente inevitable, no cambia en nada la conclusión fundamental. Se trata en esta cuestión de la fuerza política de la que el kulak ha acumulado ya una parte (es verdad que limitada). Sin embargo, la necesidad misma de recurrir a métodos retomados del comunismo de guerra es el testimonio de un cambio desfavorable de la relación de fuerzas en el terreno económico.

Ante este control económico objetivo realizado por la vida misma se derrumban los intentos de demostración por medio de las "estadísticas" del crecimiento del sector socialista. Es como si, después de la retirada, el jefe de un ejército que ha cedido importantes posiciones se pusiera a esgrimir coeficientes estadísticos para demostrar que la superioridad se encuentra de su lado. No; el kulak ha probado (y sus argumentos son más convincentes que las optimistas invenciones estadísticas) que en este importante combate, librado con las armas económicas, ha triunfado. Ante esta pregunta (¿quién ganará?) es la dinámica viviente de la economía la que decidirá. Si las cifras contradicen a la vida significa que las cifras mienten o, en el mejor de los casos, que responden a otro problema.

Incluso si hacemos abstracción del servilismo de las estadísticas (que, como todo lo demás, sufren las arbitrariedades del aparato) no por ello desaparece el problema de que estas, particularmente entre nosotros, funcionan con retraso siempre debido a la dispersión de los procesos más importantes: dan una visión instantánea, pero no reflejan las tendencias. Es aquí donde la teoría puede venir en nuestra ayuda. Nuestro correcto

juicio teórico sobre la dinámica del proceso subrayaba de antemano que el retraso sufrido por la industria haría que incluso con buenas cosechas llevaría al perjuicio de la construcción del socialismo, provocando el crecimiento de la autoridad del kulak en el campo y la formación de filas ante las panaderías en las ciudades. Los hechos han llegado y la verificación que aportan es totalmente irrefutable

El balance de las enseñanzas suministradas por la crisis del *stock* de trigo, tal como ha sido establecido en febrero por el artículo de *Pravda*, ofrece una confirmación forzada (pero, por eso mismo, más indiscutible todavía): la desproporción ha aumentado; el déficit recae sobre la economía estatizada, es decir, que las bases de la dictadura del proletariado se están contrayendo. Por otra parte, este balance confirma la existencia dentro del campesinado de una diferenciación tan profunda que la suerte del *stock* de trigo (dicho de otra forma, la suerte de la alianza) se encuentra bajo el control directo e inmediato del kulak, que arrastra tras sí a los campesinos medios.

Si el desequilibrio entre el campo y la ciudad es la herencia del pasado, si un cierto crecimiento de las fuerzas capitalistas es la consecuencia inevitable de la naturaleza misma de nuestra economía, esto no quita que el aumento del desequilibrio en estos últimos años y el desplazamiento de la relación de fuerzas a favor de los kulaks sean los resultados de una política inadecuada de la dirección en la distribución de la renta nacional; aquella, o suelta las riendas o las tensa nerviosamente.

Desde 1923, y para hacer frente a este peligro, la Oposición ha mostrado que para dar a la industria estatal un papel predominante en las relaciones con el campo se debe abordar la cuestión con un plan firme de lucha contra el desequilibrio; la Oposición ha demostrado que el retraso de la industria agravaría inevitablemente las contradicciones de clase en el país y debilitaría las posiciones económicas ocupadas por la dictadura del proletariado.

A diferencia de lo que intentaron hacer Zinoviev y Kamenev en el XIV Congreso[30], nosotros pensábamos que era necesario considerar al kulak, no como algo aparte, sino en el marco de las relaciones entre el conjunto de la industria estatizada y la agricultura, que compete a la economía privada. En los límites de la economía de las aldeas veíamos al kulak, no ya aisladamente, sino en relación con la influencia que él ejerce. Finalmente, no examinábamos estas relaciones fundamentales en sí mismas, sino en relación con el mercado mundial que, por medio de las exportaciones y las importaciones, influye de una forma cada vez más determinante sobre nuestro desarrollo económico.

A partir de estas consideraciones, escribíamos en nuestras tesis para el XV Congreso:

---

30 En el XIV Congreso (diciembre de 1925) se produjo de manera inesperada la ruptura pública de la oposición denominada "de Leningrado" (Zinoviev, Kamenev, etc.) con la mayoría (Stalin, Bujarin, etcétera) [NdEF].

> "Ya que es sobre todo de las capas acomodadas del campo que recibimos el excedente de cereales y materias primas destinados a la exportación, ya que son sobre todo precisamente estos ámbitos los que guardan el trigo, se deduce de ello que es fundamentalmente el kulak quien nos 'regula' a través de nuestras exportaciones".

Pero, ¿quizá la Oposición había planteado "demasiado pronto" cuestiones a las que la dirección ya había asignado una fecha en su calendario? Después de todo lo que hemos dicho, parece inútil detenerse en este argumento que se derrama sobre el Partido cada vez que se necesita recuperar el tiempo perdido. Citemos solamente un testimonio rico en enseñanzas; el 9 de marzo de 1928, en una sesión del Soviet de Moscú, Rikov declaraba a propósito del *stock* de trigo:

> "Esta campaña implica, ciertamente, todos los rasgos de una campaña de choque. Si se me preguntase si no hubiera sido mejor vencer la crisis del *stock* de trigo por una vía más normal, respondería francamente que sí. Debemos reconocer que hemos perdido el tiempo, que no hemos sido capaces de reaccionar cuando empezaron a presentarse las dificultades en el almacenamiento, que no hemos tomado, tempranamente, una serie de medidas necesarias para que esta campaña por el almacenamiento se desarrollase con éxito" (*Pravda*, 11 de marzo de 1928).

Si estos argumentos reconocen el retraso, lo sitúan principalmente en el terreno administrativo; pero no es difícil aportar un complemento político. Para que fuesen aplicables en el momento deseado las medidas indispensables hubiese hecho falta que el partido que inspira y dirige el aparato del Estado recibiese a tiempo las directivas que le permitieran orientarse, indicaciones como las que contenía en sus grandes líneas el artículo de *Pravda* del 15 de febrero. Hubiera sido necesario escuchar en el momento adecuado las advertencias de la Oposición en el terreno de los principios y discutir atentamente sus propuestas prácticas.

El año pasado la Oposición había propuesto, entre otras medidas, imponer al 10% de las explotaciones agrícolas (es decir, a las más grandes) un empréstito forzoso de ciento cincuenta a doscientos millones de puds[31] de trigo. Esta propuesta fue rechazada como si se tratase de una medida de comunismo de guerra. Se enseñaba al Partido que no podía presionarse al kulak sin herir al campesino medio (Stalin), o que el kulak no presentaba ningún peligro porque estaba *a priori* encerrado en los límites de la dictadura del proletariado (Bujarin). Pero este año es preciso acudir al artículo 107, es decir, a la represión para obtener trigo... ¡después de lo cual el CC tuvo que explicar que hablar de comunismo de guerra es una calumnia contrarrevolucionaria!

---

31 Un pud equivale a 16,38 kg. [NdEF].

Mientras lo blanco se llame blanco y lo negro, negro, consideraremos que es correcto aquello que permite comprender los acontecimientos y prever el futuro próximo. ¡Exigir ahora, después de la campaña de invierno del *stock* de trigo y de la crisis profunda de la política y la ideología oficiales, que la Oposición reconozca su error, no es más que evidenciar un ataque agudo de histeria jerárquica!

VII. ¿Maniobra o nuevo curso?

¿Cómo hay que juzgar el actual viraje hacia la izquierda? ¿Hay que ver una maniobra o una modificación seria del curso?

La pregunta "¿maniobra o nuevo curso?" plantea la cuestión de las relaciones entre las clases y sus repercusiones sobre el Partido Comunista de la Unión Soviética, cuyos elementos, dado que es el único partido en el país, reaccionan de forma diversa bajo la presión de las diferentes clases.

Sobre este problema de las repercusiones que tienen sobre nuestro partido las nuevas relaciones entre las clases hay en el artículo "histórico" de *Pravda* del 15 de febrero una confesión sorprendente (es la parte más destacable de este artículo). En él se afirma:

> "En nuestras organizaciones, tanto en las del Partido como en las demás, han surgido determinados elementos que no ven la realidad de las clases en el campo, que no comprenden los fundamentos de nuestra política de clase e intentan, en todo su trabajo, no molestar a nadie, vivir en paz con el kulak y, en general, conservar su popularidad en todos los ámbitos".

Aunque se trate en estas líneas de los miembros del Partido, estas frases caracterizan casi totalmente al político realista, al nuevo burgués, al termidoriano opuesto al comunista. Sin embargo, *Pravda* no dice una palabra para intentar explicar la aparición de estos elementos dentro del Partido. "Han surgido", y esto es todo. ¿De dónde vienen, por qué puerta entraron, han penetrado en él disimulando astutamente, han crecido dentro de él y sobre qué base? Y este fenómeno se ha producido mientras el Partido "se bolchevizaba" con respecto la cuestión campesina[32].

El artículo no explica cómo el Partido, a pesar de estar advertido, ha podido ignorar a los termidorianos hasta el momento mismo en que han manifestado su fuerza administrativa en la política del *stock* de trigo; de la misma manera, el Partido subestimó al kulak hasta el momento en que este,

---

32 Luego de la muerte de Lenin la dirección Zinoviev-Stalin lanzó la consigna de "bolchevización" de los partidos comunistas. En la URSS, esta operación consistió en hacer adherir a una masa de personas sin formación política, lo que contribuyó a despolitizar al Partido Bolchevique. En las demás secciones de la IC la "bolchevización" sirvió ante todo para crear nuevas direcciones dispuestas a llevar adelante la lucha contra el "trotskismo" [NdEF].

habiendo cobrado autoridad, arrastró al campesino medio y saboteó el almacenamiento. *Pravda* no explica nada de todo esto. Pero poco importa. Por primera vez hemos oído decir, por medio del órgano del CC, lo que ya sabíamos desde hacía tiempo, lo que habíamos afirmado más de una vez: en el Partido de Lenin no solamente "ha nacido", sino que ha tomado forma un ala derecha sólida que tiende hacia una "neo NEP", es decir, hacia el capitalismo por etapas.

De este modo, el ala derecha "nacida" de una causa desconocida aparece oficialmente por primera vez debido al *stock* de trigo. Al día siguiente, luego del XV Congreso, que hizo de nuevo la demostración de su monolitismo al 100%, vemos que si el kulak no entregaba su trigo es porque, entre otras razones, había dentro del Partido agrupamientos influyentes deseosos de vivir en paz con todas las clases. Estos "kuomintanguistas" del Partido no se afirmaron para nada ni en la supuesta discusión ni en el Congreso. Estos brillantes "militantes" fueron los primeros en votar, evidentemente, la expulsión de la Oposición, bautizada como "desviación socialdemócrata". Votaron también todas las resoluciones de izquierda porque han comprendido, desde hace mucho tiempo, que no son las resoluciones las que importan. Los termidorianos, dentro del Partido, no son charlatanes, sino hombres de acción. Forman su propia *smytchka* con los nuevos propietarios, con los intelectuales pequeñoburgueses, con los burócratas, y dirigen las ramas más importantes de la economía, de la cultura e incluso del trabajo del Partido bajo un ángulo "nacional-estatal". ¿Los derechistas son quizás tan débiles que no hay necesidad de combatirlos?

Una respuesta clara a esta pregunta es de una importancia decisiva para la apreciación del actual giro hacia la izquierda. La primera impresión es que la derecha es extremadamente débil. Un grito desde arriba ha sido suficiente para que la política campesina dé directamente un giro "hacia la izquierda". Pero es precisamente la notoria facilidad con la que se han obtenido estos resultados la que nos indica que debemos evitar toda conclusión demasiado precipitada sobre la debilidad de los derechistas.

El ala derecha es pequeñoburguesa, oportunista, burocrática, colaboracionista; se inclina del lado de la burguesía. Sería absolutamente inconcebible que, en un partido que ha formado los cuadros bolcheviques y que cuenta con centenares de miles de obreros, el ala derecha pudiese convertirse en varios años en una fuerza dotada de un valor propio, que desarrolle abiertamente sus tendencias, que movilice a las masas obreras. Esto no puede ser. La fuerza del ala derecha no es más que la de un aparato que hace repercutir la presión de las clases no proletarias sobre el proletariado. Esto significa que la fuerza del ala derecha del Partido se encuentra fuera de este, más allá de sus fronteras. Es la fuerza del aparato burocrático, de los nuevos propietarios, de la burguesía mundial; es una fuerza gigantesca. Pero, precisamente porque traduce en el seno del Partido la presión de las otras clases, el ala derecha no puede

presentar abiertamente su plataforma y movilizar dentro del Partido a la opinión general. Debe camuflarse, adormecer la vigilancia del núcleo proletario: el régimen del Partido le ofrece esas posibilidades. El monolitismo rimbombante permite disimular el ala derecha a los ojos de los trabajadores revolucionarios, reservando sus golpes para la Oposición, expresión consciente de las inquietudes del proletariado sobre la suerte de su dictadura.

¿Significa esto que el zigzag actual podrá transformarse en una línea de izquierda? La política desarrollada por la dirección –no solamente en el curso de los últimos años, sino todavía hoy– hace que nos sintamos inclinados a responder a esta pregunta de manera escéptica. Pero la maniobra se ha ampliado; se ha convertido en un viraje político que implica a importantes grupos dentro del Partido, a amplias capas entre las masas. Es por ello que, y sería erróneo negarlo, el zigzag actual puede transformarse en una línea política consecuente y proletaria. En todo caso, la Oposición debe hacer todo lo que pueda, dado el compromiso de sus objetivos y sus aspiraciones, para que a partir de este zigzag tenga lugar una transformación política que vuelva a poner al Partido sobre el camino leninista. Una salida de este tipo sería la más saludable, es decir, sería la que provocaría los menores cimbronazos posibles para el Partido y para la dictadura. Sería la vía de una reforma profunda de aquel, premisa indispensable para una reforma del Estado soviético.

VIII. Las bases sociales de la crisis actual

El murmullo de la lucha en el seno del Partido no es más que el eco de un estruendo mucho más profundo. Si los cambios que se han acumulado en las clases sociales no son traducidos a tiempo al lenguaje del bolchevismo provocarán una crisis dolorosa para la Revolución de Octubre en su conjunto.

La precipitación con la que dos meses después del XV Congreso la dirección ha roto con una orientación considerada como correcta por este congreso muestra que las transformaciones de clase que se están produciendo en el país –en relación con toda la situación internacional– han llegado a una etapa crítica, al momento en el que una cantidad económica se transforma en calidad política. Respecto a esto se elaboró un pronóstico, varias veces, desde 1923; se encuentra expresado tal como sigue en la tesis de la Oposición al XV Congreso:

> "En un país en el que existe una aplastante mayoría de pequeños, e incluso de muy pequeños campesinos, y donde en general predomina la pequeña propiedad, los procesos más importantes se desarrollan bajo la superficie para salir repentinamente de forma 'inesperada'".

"Inesperada", evidentemente, sólo para aquellos que son incapaces de juzgar en términos marxistas los procesos en curso cuando apenas se encuentran al comienzo de su desarrollo.

El hecho de que, en la crisis del *stock* de trigo, los kulaks arrastrasen en sus huelgas a los campesinos medios, en connivencia con los capitalistas; la protección o la semiprotección acordada a los kulaks huelguistas por una parte influyente del aparato del Estado o del Partido; el hecho de que los comunistas hayan cerrado los ojos ante las intrigas contrarrevolucionarias de los técnicos y los funcionarios; la cobarde arbitrariedad en Smolensk[33] o en otras partes, camuflándose tras la "disciplina de acero": todos estos hechos tienen ahora, sin duda alguna, una gran importancia. En las tesis publicadas por la Oposición para el XV Congreso se dice:

> "La ligazón entre el kulak, el propietario, el intelectual burgués y numerosos eslabones de la burocracia no sólo del Estado, sino también del Partido, es el proceso más indiscutible y al mismo tiempo más alarmante de nuestra vida social. Están naciendo sobre ella gérmenes de dualidad de poder que amenazan a la dictadura del proletariado".

La circular del CC del 3 de junio de 1928 reconoce la existencia "del peor burocratismo" dentro del aparato del Estado, y también dentro del Partido y los sindicatos. La circular intenta explicar este burocratismo por las siguientes causas: 1º) la supervivencia del viejo cuerpo de funcionarios; 2º) el oscurantismo, la falta de cultura de las masas; 3º) su falta de conocimientos administrativos; 4º) la insuficiente rapidez de su intervención en la administración estatal. Efectivamente, estas cuatro causas existen y explican en alguna medida el burocratismo; pero ninguna de ellas explica su fulgurante extensión. La cultura de las masas hubiera debido progresar en los cinco últimos años. El aparato del Partido debería haber aprendido a hacerlas intervenir con mayor rapidez en los asuntos administrativos. Los viejos funcionarios deberían haber sido reemplazados, en gran parte, por una nueva generación educada en las condiciones de la vida soviética. El burocratismo debería, como consecuencia, declinar. Pero el fondo del problema consiste en que ha aumentado monstruosamente. Se ha convertido en "el peor de los burocratismos", ha elevado a la categoría de sistema métodos tales como la opresión ejercida por las autoridades, la intimidación, la represión con medidas económicas, el favoritismo, la complicidad entre los funcionarios, la tolerancia hacia los fuertes, el aplastamiento de los débiles. La muy rápida resurrección de estas tendencias del viejo aparato de clase, a pesar de los progresos realizados por la economía soviética y la cultura de las masas, resulta de causas de *clase*, y más exactamente de la consolidación social de los propietarios, de su ligazón con el aparato del Estado y de las presiones que, por medio del aparato, ejercen sobre el Partido. Si no se comprenden las razones de clase del progreso del burocratismo dentro del régimen, la lucha

33 Alusión a los escándalos de corrupción en los que estaban implicados en esa época miembros del Partido con *nepmen* y kulaks (cf. M. Fainsod, *Smolensk à l'heure de Staline)* [NdEF].

contra este mal será algo parecido a un molino cuyas aspas diesen vueltas y que, sin embargo, no tuviera nada que moler.

La lentitud del crecimiento industrial creó unas "tijeras" que los precios no podían soportar. La lucha burocrática por la baja de los precios perturbó al mercado, quitándole al obrero sin dar al campesino.

Las importantes ventajas obtenidas por el campesinado gracias a la revolución agraria de Octubre han quedado reducidas por el alza de los precios de los productos industriales. Este desequilibrio corroe la *smytchka* y empuja a amplias capas de la población rural al lado de los kulaks, bajo la consigna de "libertad de comercio interior y exterior". Bajo esas condiciones, las operaciones mercantiles del interior pueden ser disimuladas y la burguesía extranjera encuentra ahí un punto de apoyo.

Como es natural, el proletariado abordó la revolución con inmensas esperanzas. La lentitud del desarrollo, la extremada mediocridad del nivel de vida, entrañarían lógicamente una disminución de la confianza depositada en el poder soviético y en su capacidad para cambiar toda la estructura de la vida en un futuro más o menos próximo.

En este mismo sentido han actuado las derrotas de la revolución mundial, particularmente en estos últimos años, cuando la dirección estaba ya en manos de la IC. No podían tener otro efecto que el de cambiar la actitud de la clase obrera ante la revolución mundial: hemos visto aparecer la moderación en las esperanzas, el escepticismo en los elementos fatigados, la desconfianza e incluso la exasperación en los individuos con menos madurez.

Estos nuevos pensamientos y opiniones buscan expresarse. Si hubieran podido hacerlo dentro del Partido, los espíritus más avanzados habrían adoptado una actitud distinta frente a la revolución internacional y, sobre todo, frente a la Revolución rusa: hubiera sido menos inocente y entusiasta, pero más crítica y equilibrada. Pero los pensamientos, las opiniones, las aspiraciones y las angustias han sido reprimidos. Durante cinco años, el proletariado ha vivido bajo una consigna bien conocida: "Prohibido razonar; los de arriba, que son más inteligentes que ustedes, son los que deciden". Esto provocó primero la indignación, después la pasividad y finalmente la introversión en materia de política. Desde todas partes se decía al obrero: "Para ti, ya no estamos en el año '18", quien terminó diciéndoselo a sí mismo.

Las clases y los grupos hostiles o semihostiles al proletariado han sentido que su peso estaba disminuyendo no solamente en el aparato del Estado o en los sindicatos, sino también en la economía cotidiana. De ahí proviene la confianza en sí misma que se manifiesta en los círculos políticos de la pequeñoburguesía y de la burguesía media en proceso de crecimiento. Esta última ha formado lazos de amistad y de parentesco en todos los "aparatos" y confía plenamente en que su hora se acerca.

En el plano internacional, la posición de la URSS ha empeorado bajo la presión del capitalismo mundial arrastrado por la burguesía británica (la

más experimentada y feroz de las burguesías); esto permite a los elementos más intransigentes de esta clase levantar la cabeza dentro del Estado obrero.

Estos son los factores más importantes de la crisis de la Revolución de Octubre. La última huelga de trigo de los kulaks y los burócratas no ha sido más que una manifestación particular. La crisis en el Partido es el resultado más general y también el más peligroso.

Para que dentro del Partido Bolchevique se haya podido formar y consolidar un ala influyente que "no reconoce las clases"; para que la existencia de este ala no haya sido señalada oficialmente por el Partido y para que haya sido negada oficialmente por la dirección del mismo durante años; para que este ala, que el XV Congreso no descubrió, se manifestase por primera vez (*no dentro del Partido... sino en la Bolsa del trigo*) se necesitaron cinco años de propaganda continua a favor de una orientación nueva, miles de recordatorios sobre la integración del kulak en el socialismo, bromas con respecto a la mentalidad asistencialista que se prestaba a los hambrientos, la destrucción de las oficinas de estadísticas que habían osado simplemente registrar la existencia de los kulaks, el triunfo en toda la línea de un cuerpo de funcionarios desprovisto de ideas, la formación de una nueva escuela de propagandistas, socialistas de cátedra, sofistas del marxismo y muchas otras cosas más. Pero sobre todo ha sido necesario atacar con maldad y arbitrariamente al ala izquierda proletaria. Al mismo tiempo, los elementos termidorianos que se han formado y consolidado dentro del Partido[34] extendían más allá sus lazos y simpatías. No es con una circular, ni siquiera con la más brutal, como puede cambiarse esto. Es necesario reeducar. Es necesario revisar. Es necesario llevar a cabo reagrupamientos. Es necesario trabajar intensamente con la hoz del marxismo en el campo invadido por las malas hierbas.

Sólo nos libraremos completamente de las crisis, no solamente externas sino también internas, mediante el desarrollo victorioso de la revolución mundial. Esta es una idea marxista, pero la separa un abismo del fatalismo desesperado. Hay crisis y crisis. Por su misma naturaleza, la sociedad capitalista no puede liberarse de las crisis. Esto no significa que la política de la burguesía en el poder no tenga ninguna importancia: una política correcta ha levantado a los Estados burgueses, mientras que una política errónea les ha resultado funesta o perjudicial.

La escolástica no quiere comprender que entre el determinismo mecánico (fatalismo) y la arbitrariedad subjetiva está la dialéctica materialista. El

34 La presencia de elementos no bolcheviques en el Partido ya había sido señalada en el XI Congreso de 1921, en vida de Lenin, en la siguiente resolución: "Buscando un campo de acción, grupos y capas entraron en las filas del partido único, legal; en otras circunstancias, se hubieran encontrado, no en las filas del Partido Comunista sino en las de la socialdemocracia o en las de algún partido socialista pequeñoburgués. Estos elementos, a veces sinceramente convencidos de su comunismo, en realidad no se quitaron su vieja piel pequeñoburguesa e introducen en el PCUS su psicología y su manera de pensar" [NdEF].

fatalismo dice: "Cuando se es tan atrasado, se haga lo que se haga, no se llegará a ninguna parte". El subjetivismo vulgar dice: "¡Milagro!, basta con quererlo y se construye el socialismo". El marxismo dice: "Si tomamos conciencia de la interdependencia que existe entre las condiciones mundiales y el estado atrasado del país, por medio de una política correcta nos levantaremos, nos fortaleceremos y nos integraremos en la revolución mundial victoriosa".

IX. La crisis del Partido

Una política económica, como una política general, no es necesariamente correcta porque lo sea la forma de abordar las cuestiones (forma que no tenemos desde 1923).

La política de la dictadura proletaria exige la audición y el análisis permanente de las clases y las diversas capas de la sociedad; no puede ser llevada adelante por un aparato burocrático y rígido; debe serlo por un partido proletario vivo y activo, que tenga sus exploradores, pioneros y constructores. Antes de que las estadísticas registren la extensión del papel de los kulaks, antes de que los teóricos saquen de ello las conclusiones generales y que los políticos las traduzcan al lenguaje de las directivas, el Partido, gracias a sus numerosas ramificaciones, debe sentir el hecho y hacer sonar la alarma. Pero para esto hace falta que su masa entera tenga una sensibilidad extrema y sobre todo que no tema mirar, comprender ni hablar.

El carácter socialista de nuestra industria de Estado –dada su extrema dispersión, la competencia de los diversos trusts y fábricas, la difícil situación material de las masas obreras, el insuficiente nivel cultural en amplios círculos de trabajadores–, el carácter socialista de nuestra industria, decimos, está determinado de forma decisiva por el papel del Partido, por los lazos voluntarios formados en el interior de la vanguardia proletaria, la disciplina consciente de los economistas, de los militantes sindicales y de los miembros de las células de fábrica. Si esta red se relaja y se disgrega es evidente que en un breve plazo no quedará nada del carácter socialista de la industria, de los medios de transporte, etc. Los trusts y las diversas fábricas se dedicarán a vivir su propia vida. No quedará el más mínimo rastro del plan, que ya hoy es insuficiente. La propiedad del Estado sobre los medios de producción se transformará primero en ficción jurídica, luego será barrida. Así, en este terreno como en los demás el problema consiste en mantener los lazos conscientes dentro de la vanguardia proletaria y en protegerla contra la corrosión del burocratismo.

No se puede establecer el sistema que constituye una línea política correcta sin tener buenos métodos a la vez en la elaboración y en la aplicación. Si en tal o cual cuestión, y bajo el efecto de ciertas presiones, la dirección vuelve a encontrar los rastros de la línea correcta, no se puede tener la garantía de que la seguirá efectivamente o que no la perderá al día siguiente.

En las condiciones actuales de la dictadura del Partido, su dirección posee un poder como jamás lo tuvo organización política alguna en la historia humana. También (esto tiene un interés vital) es preciso respetar más escrupulosamente que nunca los métodos de dirección proletarios comunistas. Toda desviación burocrática, toda deformación, repercute rápidamente en el conjunto de la clase obrera. Sin embargo, la dirección posleninista ha extendido gradualmente la hostilidad que la dictadura del proletariado alimenta contra la seudodemocracia burguesa a las garantías fundamentales de la democracia proletaria sobre las que descansa el Partido, y sin las que no sería capaz de dirigir a la clase obrera ni al Estado obrero.

Esta fue una de las mayores preocupaciones de Lenin en el último período de su vida. Meditó sobre este problema en su extensión histórica y en los aspectos de la vida cotidiana. Cuando volvió al trabajo después de la primera enfermedad quedó aterrorizado por el crecimiento del burocratismo, particularmente en el Partido. De allí proviene su idea de la Comisión Central de Control, pero es evidente que no se trataba de la que existe actualmente, que está en las antípodas de sus concepciones. Lenin recordaba al Partido que en la historia más de una vez los vencedores han degenerado adoptando las costumbres de los vencidos. Se crispaba de indignación cada vez que tenía noticia de la injusticia o la brutalidad de un comunista que ejercía algún poder con respecto a un subordinado –el episodio de Ordjonikidze[35]–. Advirtió al Partido contra la brutalidad de Stalin, no contra la rudeza exterior, que no reviste ninguna gravedad, sino contra la brutalidad moral interna, hermana de la perfidia que, cuando se dispone de todo el poder, se convierte en un instrumento temible y trabaja por la destrucción del Partido. Es por ello que Lenin lanzó ardientes llamados a favor de la cultura y del desarrollo cultural; no se trataba de los esquemas mezquinos y baratos de Bujarin, sino de un pensamiento comunista en la lucha contra las costumbres asiáticas, los vestigios de la servidumbre, la explotación por parte de los funcionarios de la ingenuidad e ignorancia de las masas.

Sin embargo, a lo largo de los cinco últimos años, el aparato del Partido siguió un camino opuesto; las desviaciones burocráticas del aparato del Estado lo han deformado completamente; las desviaciones especiales –mentira, camuflaje, hipocresía–, que sólo pertenecen generalmente a la democracia burguesa y parlamentaria, se han juntado a las primeras. Por consiguiente, se ha creado una dirección que, en lugar de aplicar la democracia consciente del Partido, modificó y falsificó al leninismo de tal forma que fortaleciese la burocracia partidaria; hemos visto abusos de poder intolerables en detrimento de los comunistas y los obreros, todos los mecanismos de representación en el Partido han sido trucados, métodos de los que podría sentirse

35 Lenin exigió que Ordjonikidze fuera excluido del Partido por haber golpeado a un camarada que criticaba su política [NdEF].

orgulloso un poder burgués fascista, pero de ninguna manera un poder proletario (destacamentos de combate, interrupciones con silbidos por encargo, expulsión de los oradores arrancados de la tribuna), se han extendido en la discusión; finalmente, una falta completamente dramática de la cohesión entre camaradas en todas las relaciones entre el aparato y el Partido.

En *Pravda* del 16 de mayo, un artículo de un dirigente de la Comisión Central de Control con respecto al asunto de Smolensk saca la siguiente moraleja:

> "Debemos cambiar radicalmente de actitud hacia los miembros del Partido y los obreros conscientes que se callan conociendo los abusos".

"¿Cambiar de actitud?". ¿Es que puede haber entonces dos actitudes? Sí, y es un miembro del Presídium de la Comisión Central de Control el que lo reconoce, es Yakovlev, suplente del comisario del pueblo para la Inspección Obrera y Campesina. La gente que tiene conocimiento de un crimen y guarda silencio es considerada culpable. Sólo su propia ignorancia o el terror suspendido sobre su cabeza pueden atenuar su culpabilidad. Pero Yakovlev habla, no de personas ignorantes, sino de "miembros del Partido y obreros conscientes". ¿Cuál es entonces esta presión, cuál es entonces este terror que hace que obreros miembros del Partido se vean obligados a callar los crímenes de hombres que oficialmente han sido elegidos por ellos y que, siempre oficialmente, están obligados a responder ante ellos? ¿Sería el terror ejercido por la dictadura del proletariado? No, ya que está dirigido contra el Partido, contra los intereses del proletariado. ¿Se trata entonces de la presión y el terror ejercido por otras clases? Evidentemente, ya que no existe terror social que no sea el producto de una clase. Ya hemos definido el carácter de clase del yugo que pesa sobre nuestro partido. Conspiración que une a todos los miembros del aparato, ligados entre una buena parte de sus vínculos y la burocracia del Estado, los intelectuales burgueses, la pequeñoburguesía, los kulaks en el campo; presión de la burguesía mundial sobre el mecanismo de las fuerzas internas. Todo esto crea los elementos de una dualidad de poder que, por intermedio de su aparato, pesa sobre el Partido. Es precisamente esta presión social, creciente en el curso de los últimos años, lo que utilizó el aparato para aterrorizar al núcleo proletario del Partido, para perseguir a la Oposición y aniquilarla a través de medidas administrativas. Todos estos hechos forman parte de un proceso único e indivisible.

Hasta cierto punto, la presión de las otras clases ha permitido al aparato dominar al Partido, fortalecerlo y alentarlo con ello; este aparato no veía por sí mismo de qué fuente podía extraer su fuerza. Con autocomplacencia, atribuía a su propia astucia las victorias conseguidas sobre el Partido, sobre la línea leninista. Pero, aumentando la presión sin encontrar resistencia, ha sobrepasado el límite, y lo que amenaza no es sólo la dominación del aparato, sino intereses de otra importancia. ¡La cola golpea a la cabeza!

Cuando la masa de los militantes y los obreros conscientes tiene miedo de hablar de los crímenes que han sido cometidos por los hombres del aparato del Partido estamos en presencia de una situación que no ha sido creada por azar, en un día, y de la que no es posible desembarazarse mediante un plumazo. No solamente vemos que el aparato está marcado por una fuerte rutina burocrática, sino también que se halla encerrado en una red de intereses y de relaciones. *Y la dirección es impotente ante su propio aparato.* Y así se cumple, de alguna manera, una ley histórica: cuanto menos depende una dirección de su partido, más se encuentra prisionera de su aparato. Los comentarios según los cuales la Oposición querría debilitar la dirección centralizada son ridículos y absurdos. Una línea proletaria no se puede concebir sin un fuerte centralismo. Pero en este caso la desgracia consiste en que la dirección actual sólo es omnipotente por su fuerza burocrática en sus relaciones con los miembros del Partido dispersados artificialmente, siendo impotente frente a su propio aparato.

Los funcionarios han encontrado una respuesta cómoda a la cuestión histórica; es la fórmula siguiente: "Debemos cambiar radicalmente". Pero el Partido debe responderles: "Esto no es para que ustedes cambien, sino que es a ustedes a quienes hay que cambiar radicalmente: eliminándolos de su puesto y reemplazándolos lo más ampliamente posible".

Alma Ata, 12 de julio de 1928

edicions IPS

ediciones
ips

PARTE II

CRÍTICA AL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

ediciones ips

ediciones
ips

CRÍTICA AL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA[1]

Alma Ata, 1928

A la memoria de mi hija Nina, muerta en su puesto de combate a los veintiséis años[2]

El proyecto de programa, es decir, el documento de mayor importancia destinado a orientar el trabajo de la IC para una serie de años, fue publicado algunas semanas antes de la convocatoria del Congreso, que se reúne cuatro años después del V Congreso[3].

---

1 Este texto constituye la crítica elaborada por Trotsky al "Proyecto de Programa" de la IC. El proyecto oficial fue redactado por Stalin y Bujarin y luego sancionado en el VI Congreso que sesionó en 1928 en Moscú. Trotsky dio a su crítica el carácter de un documento oficial, con el fin de lograr una amplia difusión del mismo. El punto I de esta crítica está tomado de *La teoría de la revolución permanente*, Bs. As., Ediciones IPS, 3.º ed., 2011, pp. 173-222. Los puntos II y III fueron cotejados y modificados para esta edición según la versión francesa de 1930 [NdE].

2 Nina era la segunda hija de Trotsky, de su primer matrimonio con Alexandra Luvovna. Colaboró con las actividades de la Oposición de Izquierda. Luego de la deportación de su marido y privada de su trabajo enfermó gravemente y murió de tuberculosis el 9 de junio de 1928. Trotsky recibió la noticia en el exilio de Alma Ata [NdE].

3 En el IV Congreso (noviembre de 1922) fueron presentados un primer proyecto redactado por Bujarin; uno por Thalheimer en nombre del Partido Comunista alemán; un proyecto redactado por Kabaktchieff en nombre del Partido Comunista búlgaro; un programa de acción por el Partido Comunista italiano. El Congreso adoptó la siguiente resolución:

"1. Todos los proyectos de programa serán transmitidos al CE de la IC designado a este efecto, para ser estudiados y elaborados en detalle. El Ejecutivo se ocupará de publicar en el más breve plazo todos los proyectos de programa que le alcancen;
2. El Congreso confirma que las secciones nacionales de la IC que aún no tienen un programa nacional se ocuparán de comenzar inmediatamente a elaborar uno para poder someterlo al CE, tres meses a más tardar antes del V Congreso, para su ratificación;
3. En el programa de las secciones nacionales, la necesidad de la lucha por las reivindicaciones transitorias debe ser motivada con precisión y claridad; las reservas sobre las relaciones de estas reivindicaciones con las condiciones concretas de tiempo y lugar deben ser mencionadas;
4. Los fundamentos teóricos de todas las reivindicaciones transitorias y parciales deben ser absolutamente formulados en el programa general. El IV Congreso se pronuncia también con la misma firmeza tanto contra la tentativa de presentar la introducción de reivindicaciones en el programa como oportunismo como contra toda tentativa tendiente a atenuar o a reemplazar

Esto no puede justificarse por el hecho de que el primer proyecto ya había sido presentado antes del Congreso precedente, precisamente porque han transcurrido varios años desde entonces: el nuevo proyecto difiere del primero por su estructura e intenta establecer un balance del desarrollo en el curso del último período. Sería completamente imprudente e irreflexivo adoptar en el VI Congreso este proyecto –en el cual son evidentes las huellas del apresuramiento y la negligencia– sin que previamente haya aparecido en la prensa una crítica seria y sin que lo hayan discutido ampliamente todas las secciones de la IC.

Durante los pocos días de que hemos podido disponer desde el momento en que recibimos el proyecto hasta el del envío de la presente carta no ha sido posible detenernos más que en algunas cuestiones fundamentales tratadas en él.

A causa de la falta de tiempo, hemos debido dejar de lado una serie de tesis muy importantes del proyecto sobre problemas de una actualidad menos apremiante, pero que pueden adquirir mañana una extrema agudeza (no es entonces menos necesario examinarlas que a las partes del proyecto a las cuales está consagrado nuestro trabajo).

Es preciso agregar que nos vemos obligados a trabajar sobre el nuevo proyecto en condiciones en que no nos es posible obtener las informaciones más indispensables. Bastará decir que ni siquiera hemos podido procurarnos el primer proyecto de programa y que hemos debido fiarnos, así como en otros dos o tres puntos, de nuestra propia memoria. Va de suyo que todas las citas han sido hechas según los textos originales y cuidadosamente comprobadas.

---

los objetivos revolucionarios fundamentales por reivindicaciones parciales;
En el programa general deben ser claramente enunciados los tipos históricos fundamentales entre los que se dividen las reivindicaciones transitorias de las secciones nacionales, conforme a las diferencias esenciales de estructura económica y política de los diversos países; por ejemplo, Inglaterra por un lado, la India por otro, etcétera".

En el V Congreso (junio de 1924) se adoptó la siguiente resolución:

"1. El Congreso acepta el proyecto de programa elaborado por la Comisión como base de discusión en las secciones;
2. Una Comisión de redacción es encargada de asegurar la redacción definitiva del proyecto conforme a las resoluciones de la Comisión;
3. El Congreso propone la institución a través del Ejecutivo de una Comisión permanente del programa, que publicará lo más rápido posible el proyecto con los materiales explicativos necesarios, con el objetivo de orientar la discusión internacional y convertirla en fecunda;
4. La decisión definitiva sobre el programa está reservada al próximo Congreso".

Del V al VI Congreso, la discusión permaneció en la cima. En el VI Congreso (julio-septiembre de 1928), los antiguos proyectos habían desaparecido y los delegados se encontraron en presencia de un único proyecto redactado principalmente por Bujarin y presentado en nombre de él y de Stalin. El Congreso votó este proyecto insertándose en él algunas enmiendas menores [NdEF].

I. ¿Programa de la revolución internacional o programa del socialismo en un solo país?

La cuestión más importante del orden del día del VI Congreso es la adopción del programa. Su carácter puede definir y fijar por mucho tiempo la fisonomía de la Internacional.

La importancia de este programa no deviene tanto de formular tesis teóricas generales (ellas se reducen finalmente a una "codificación", es decir, a una exposición condensada de verdades generales definitivamente adquiridas), sino más bien de lo que erija como balance de la experiencia económica y política mundial del último período; se trata aquí de la lucha revolucionaria de los cinco últimos años, ricos en acontecimientos y en errores. De la manera en que el programa comprenda y aprecie estos hechos, faltas y divergencias, depende también la suerte de la IC durante los años próximos.

1. Estructura general del programa

En nuestra época, que es la del imperialismo, es decir, la de la economía y la política *mundiales* dirigidas por el capitalismo, no hay un solo partido comunista que pueda establecer su programa teniendo esencialmente en cuenta, en mayor o menor grado, las condiciones o las tendencias de su desarrollo nacional. Esto se aplica igualmente y por entero al partido que ejerce el poder en los límites de la URSS.

Partiendo de estas consideraciones, escribíamos en enero de este año:

> "Es preciso pasar a la elaboración del programa de la IC (el de Bujarin no es más que un mal programa de sección nacional de la IC y no el del partido comunista mundial)" (*Pravda*, 15 de enero de 1928).

No hemos cesado de insistir en estas mismas consideraciones desde 1923-24, años en que el crecimiento de los Estados Unidos de América se planteó en toda su amplitud como problema de política mundial y, en el sentido más directo de esta palabra, de política europea. La hora de la desaparición de los programas nacionales ha sonado definitivamente el 4 de agosto de 1914. El partido revolucionario del proletariado no puede basarse más que en un programa internacional que corresponda al carácter de la época actual, la de máximo desarrollo y hundimiento del capitalismo. Un programa comunista internacional no es, ni mucho menos, una suma de programas nacionales o una amalgama de sus características comunes. Debe tomar directamente como punto de partida el análisis de las condiciones y de las tendencias de la economía. Y del estado político del mundo, como un todo, con sus relaciones y sus contradicciones, es decir, con la

dependencia mutua que opone a sus componentes entre sí. En la época actual, infinitamente más que durante la precedente, sólo debe y puede deducirse el sentido en que se dirige el proletariado desde el punto de vista nacional a partir de la dirección seguida en el dominio internacional y no al contrario. En esto consiste la diferencia fundamental que separa, en el punto de partida, al internacionalismo comunista de las diversas variedades del socialismo nacional.

Al recomendar el nuevo proyecto, *Pravda* decía que el programa comunista "difiere radicalmente del programa de la socialdemocracia internacional no sólo en el fondo, en sus tesis fundamentales, sino también por el internacionalismo característico de su estructura" (*Pravda*, 29 de mayo de 1928).

Esta fórmula, un poco vaga, expresa evidentemente la idea que hemos expuesto un poco más arriba (la que antiguamente se rechazó con obstinación). Sólo puede aprobarse la ruptura con el primer proyecto presentado por Bujarin, el que debido a su inconsistencia no dio lugar a un serio intercambio de opiniones. Si el primer proyecto presentaba una descripción esquemática, árida, del desarrollo de un país abstraído del resto del mundo, en evolución hacia el socialismo, el nuevo proyecto, por el contrario, intenta (desgraciadamente, sin éxito y sin espíritu de continuidad, como veremos después) tomar como base la economía mundial en su conjunto para determinar la suerte de sus diferentes partes.

Uniendo entre sí a países y continentes que se encuentran en etapas diferentes de desarrollo a través de un sistema de dependencia y oposición, aproximando estos diversos niveles de desarrollo y alejándolos inmediatamente después, oponiendo implacablemente todos los países entre sí, la economía mundial se ha convertido en una realidad poderosa que domina la de los diversos países y continentes. Por sí mismo, este hecho fundamental confiere un carácter profundamente realista a la idea de un partido comunista mundial.

Al llevar la economía mundial total al punto máximo de desarrollo que se puede alcanzar basándose en la propiedad privada, el imperialismo, como dice justamente el proyecto en su introducción, "agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y Estados".

No se puede avanzar hacia la solución de los grandes problemas de la política mundial y de la lucha revolucionaria si no se comprende bien este hecho, que se manifestó con toda claridad ante la humanidad en el curso de la última guerra imperialista.

El cambio radical en la orientación del nuevo proyecto podría ser aprobado si no fuera por el hecho de que el esfuerzo por conciliar esto, la única posición correcta, con tendencias de carácter directamente opuesto ha convertido al proyecto en un escenario de las más crueles contradicciones, que anula por completo la importancia de principios de la nueva manera de abordar el asunto en sus aspectos fundamentales.

2. Los Estados Unidos y Europa

Para caracterizar el primer proyecto –felizmente abandonado– bastará decir, en la medida en que nuestra memoria es fiel, que no hace mención siquiera a los Estados Unidos de América. Los problemas esenciales de la época imperialista, debido al carácter de esta época, no pueden ser considerados solamente bajo el ángulo de la abstracción teórica, sino también en sus realidades materiales e históricas; sin embargo, en el primer proyecto se perdían en el esquema sin límites de un país capitalista "en general". El nuevo proyecto (y hay en esto evidentemente un serio paso adelante) habla ya del "desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos de América", de la "transformación de la república del dólar en explotador mundial", del hecho de que los Estados Unidos "han conquistado ya la hegemonía mundial". Finalmente, dice que la rivalidad (el proyecto emplea la desgraciada palabra "conflicto") existente entre los Estados Unidos y el capitalismo europeo, y el capitalismo británico en primer lugar, "pasa a ser el eje de los conflictos mundiales". Es absolutamente evidente en la actualidad que un programa que no defina claramente y con precisión esos hechos y factores fundamentales de la situación en el mundo no tiene nada de común con el programa del partido de la revolución internacional.

Por desgracia, los hechos esenciales, las tendencias principales del desarrollo en la situación mundial actual son simplemente mencionados en el texto del proyecto, sin ligarlos ni a consideraciones teóricas ni a la estructura del programa, sin deducir de ellos ninguna conclusión desde el punto de vista de las perspectivas y de la estrategia.

Este texto no aporta ningún juicio sobre el nuevo rol desempeñado por Norteamérica en Europa desde la capitulación del Partido Comunista alemán y la derrota del proletariado de ese país en 1923. No explica de ninguna manera que hay una relación estrecha, en el plano material e intelectual, entre la "estabilización", la "normalización" y la "pacificación" de Europa, el "renacimiento" de la socialdemocracia y, por otro lado, los primeros pasos de la intervención norteamericana en los asuntos europeos.

Además, no demuestra que el inevitable posterior desarrollo de la expansión norteamericana (con el retraimiento de los mercados del capital europeo, incluso en la misma Europa) es portador de las más graves perturbaciones militares, económicas y revolucionarias que se hayan visto jamás.

No explica que Estados Unidos, prosiguiendo implacablemente su presión sobre Europa, reducirá cada vez más su parte en la economía mundial, lo que significa, evidentemente, que las relaciones entre los Estados europeos no sólo no mejorarán, sino que, por el contrario, adquirirán una tensión extrema que los conducirá a nuevas guerras; en efecto, los Estados, lo mismo que las clases, luchan con más furia cuando la ración es escasa que cuando están provistos en abundancia.

El proyecto no explica que el caos interno, debido a los antagonismos entre los Estados europeos, priva a estos de toda esperanza de resistir con un poco de seriedad y con éxito a la República norteamericana, cada vez más centralizada, y que para superar este caos europeo se debe ir por el camino de los Estados Unidos Soviéticos de Europa: es una de las primeras tareas de la revolución proletaria, la que está más próxima en Europa que en América (debido precisamente a la división de Europa en Estados), y que tendrá, muy probablemente, que defenderse contra la burguesía norteamericana.

Además, no se señala (lo que es un aspecto no menos importante del problema mundial) que la potencia de Estados Unidos en el mundo y el expansionismo que se deriva de ella son los que obligan a este país a introducir en los basamentos de su edificio los explosivos del mundo entero: todos los antagonismos de Occidente y de Oriente, la lucha de clases en la vieja Europa, las insurrecciones de los pueblos coloniales, todas las guerras y todas las revoluciones. Así, en esta nueva época, el capitalismo de América del Norte constituirá la fuerza principal de la contrarrevolución mostrándose cada vez más interesado en que se mantenga el "orden" en cada rincón del globo terrestre; pero, por otro lado, se prepara la gigantesca explosión revolucionaria de esta potente fuerza imperialista que ya domina el mundo y no cesa de crecer. La lógica de las relaciones mundiales indica que esta explosión no está muy lejos, luego del desencadenamiento de la revolución proletaria en Europa.

Por haber explicado la dialéctica de las relaciones mutuas que unen a Europa y a Norteamérica se han lanzado contra nosotros, en los últimos años, las acusaciones más diversas: se nos ha tratado de pacifistas que niegan las contradicciones europeas; se ha dicho que aceptábamos la teoría del superimperialismo de Kautsky, etc. No debemos detenernos a refutar esas "acusaciones" que, en el mejor de los casos, dan testimonio de una ignorancia completa de los procesos reales, así como de nuestra opinión sobre ellos. Sin embargo, nos vemos obligados a indicar que sería difícil emplear más esfuerzos para embrollar esta cuestión esencial de la política mundial que los que emplearon particularmente los autores del proyecto de programa en su lucha mezquina contra nuestra manera de plantear la cuestión. No obstante, el desarrollo de los acontecimientos ha confirmado completamente nuestra posición.

En estos últimos tiempos, los órganos principales de la prensa comunista se esfuerzan por disminuir –sobre el papel– la importancia de la hegemonía norteamericana, haciendo referencia a la proximidad en los Estados Unidos de una crisis comercial e industrial. No podemos detenernos aquí a examinar la duración de la crisis norteamericana y la profundidad que puede alcanzar. Esta no es una cuestión de programa sino de coyuntura. Evidentemente, no dudamos del carácter inevitable de la

crisis; incluso pensamos que esta se va a producir quizás de forma más aguda y profunda debido a la potencia mundial que posee actualmente el capitalismo norteamericano. Pero intentar deducir de ello que la hegemonía de los Estados Unidos se debilita no se corresponde con nada y sólo puede llevar a errores muy groseros de orden estratégico. Lo que sucede es justamente lo contrario. *En períodos de crisis, la hegemonía de los Estados Unidos se hará sentir más completa, más abierta, más implacablemente que durante el período de crecimiento.* Estados Unidos liquidará y superará sus dificultades y perturbaciones ante todo en detrimento de Europa; poco importa dónde ocurra esto, en Asia, en Canadá, en América del Sur, en Australia o en la misma Europa; poco importa que sea por procedimientos "pacíficos" o por medios militares.

Es preciso comprender claramente que si el primer período de intervención norteamericana tuvo para Europa consecuencias estabilizadoras y una consolidación, que en gran medida siguen vigentes hoy, y que pueden incluso episódicamente afirmarse (sobre todo en caso de nuevas derrotas del proletariado), por el contrario, la línea general de la política de Norteamérica, sobre todo en épocas de crisis y dificultades económicas propias, provocará en Europa, así como en el mundo entero, profundas conmociones.

La conclusión que se deduce de ello, sin negligencia, es que no faltarán situaciones revolucionarias durante la década próxima, como no han faltado durante la que acaba de transcurrir.

Por eso mismo es necesario comprender juiciosamente los engranajes fundamentales del desarrollo para no ser sorprendidos por los acontecimientos. Si durante la década pasada las consecuencias inmediatas de la guerra imperialista fueron la fuente principal de las situaciones revolucionarias, por el contrario, en el curso de la segunda década después de la guerra, esas situaciones surgirán, sobre todo, de las relaciones recíprocas entre Europa y Norteamérica. Una gran crisis en los Estados Unidos sería la señal de nuevas guerras y revoluciones. Lo repetimos: situaciones revolucionarias no faltarán. Su resultado depende del partido internacional del proletariado, de la madurez y de la capacidad de lucha de la IC, de la justeza de su estrategia y de sus métodos tácticos.

El proyecto de programa de la IC no expresa ninguna de estas ideas. Un hecho tan importante como "el desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos" sólo es una observación periodística, nada más. Es imposible justificar esto por la falta de espacio; en efecto, precisamente, ¿no son las cuestiones fundamentales las que deben tratarse en un programa? A este respecto es preciso señalar que el proyecto se extiende demasiado sobre los problemas de segundo y de tercer orden, en un estilo relajado, sin hablar de las numerosas repeticiones. Suprimiéndolas, se podría reducir una tercera parte de texto.

3. La consigna de los Estados unidos soviéticos de Europa

No hay justificación posible para la supresión en el nuevo proyecto de programa de la consigna de los Estados unidos soviéticos de Europa (que ya había sido aprobada por la IC en 1923 después de una lucha interior bastante larga). ¿Es que quieren "volver" los autores a la posición de Lenin en 1915? Pero para eso sería necesario comprender bien esta posición.

Como es sabido, durante el primer período de la guerra, Lenin vaciló alrededor de esta consigna. Primero fue introducida en la tesis de *El Socialdemócrata*, órgano central del Partido en aquella época; Lenin la rechazó después. Esto significa simplemente que no se trataba de rechazarla para siempre, por razones de principio, sino simplemente que era preciso juzgarla desde el punto de vista táctico en relación con una situación dada. Es superfluo decir que Lenin consideraba que los Estados unidos no se realizarían en el marco de la Europa capitalista. Yo juzgaba el problema de la misma manera cuando, adelantando la consigna de los Estados unidos únicamente como la forma de la dictadura del proletariado para el futuro, escribía:

> "Una unión económica de Europa bastante completa, realizada desde arriba, como resultado de un acuerdo entre gobiernos capitalistas, es una utopía. Por este camino, no se puede ir más allá de los compromisos parciales y provisorios. Por eso mismo, la unión económica de Europa, capaz de aportar enormes ventajas al productor y al consumidor y, en general, a todo el desarrollo cultural, es la tarea revolucionaria del proletariado europeo en su lucha contra el proteccionismo imperialista y su instrumento, el militarismo"[4].

Y agregaba:

> "Los Estados unidos de Europa constituyen, ante todo, la forma, la única forma concebible de la dictadura del proletariado europeo"[5].

Pero durante ese período Lenin exponía ciertos peligros. Teniendo en cuenta que no se había hecho la experiencia de la dictadura del proletariado en ningún país, y también la falta de claridad teórica ante ese problema (incluso en el ala izquierda de la socialdemocracia de entonces), la fórmula de los Estados unidos de Europa podía dar nacimiento a la concepción de que la revolución proletaria debía comenzar simultáneamente, al menos, en todo el continente europeo. Es precisamente contra ese peligro de interpretación contra el que Lenin alertaba. Pero sobre esta cuestión no había el menor desacuerdo entre Lenin y yo. Yo escribía entonces:

---

4 León Trotsky, "El programa de la paz", *1917*, vol. III, parte I, p. 85, ed. rusa [NdEF], *Fourth International*, vol. 3, N.º 5, mayo de 1942, p. 156, en www.ceip.org.ar [NdE].

5 León Trotsky, op. cit., p. 92 [NdEF], y *FI*, op. cit., p. 158 [NdE].

"Que ningún país debe 'esperar' a los otros para empezar su lucha es una verdad elemental que es útil y necesario repetir para que no se sustituya la idea de la acción internacional paralela por la de la inacción internacional y la espera. Sin aguardar a los otros, comenzamos a luchar y continuamos luchando en el terreno nacional, con la certidumbre absoluta de que nuestra iniciativa dará un impulso a la lucha en los otros países"[6].

Después vienen mis palabras, que Stalin citó en el VII Pleno del CE de la IC como la expresión más perversa del "trotskismo", es decir, de la "desconfianza" hacia las fuerzas internas de la revolución y la esperanza de recibir socorro de afuera:

"Y si esto [la extensión de la revolución a otros países. NdLT] no se producía no habría ninguna esperanza que permita creer (como lo prueban la experiencia histórica y las consideraciones teóricas) que una Rusia revolucionaria podría resistir frente a una Europa conservadora o que una Alemania socialista podría subsistir aislada en el mundo capitalista"[7].

En esta cita y en dos o tres del mismo tipo se basa la condena pronunciada por la VII reunión plenaria contra el "trotskismo", que, al parecer, ha adoptado en esta "cuestión fundamental" una actitud que "no tiene nada en común con el leninismo".

Detengámonos entonces un instante para escuchar al propio Lenin.

El 7 de marzo de 1918, Lenin decía, a propósito de la paz de Brest-Litovsk:

"Es una lección, pues no cabe duda alguna de que sin la revolución alemana pereceremos"[8].

Una semana después:

"El imperialismo universal y la marcha triunfal de la revolución social no pueden coexistir".

Algunas semanas después, el 23 de abril, Lenin declaraba:

"El hecho de estar atrasados nos ha empujado hacia adelante, pero pereceremos si no sabemos resistir hasta el momento en que encontremos el poderoso apoyo de los obreros *insurrectos* de los otros países"[9] [Palabras subrayadas por nosotros. NdLT].

Pero, ¿se pronunciaban acaso estas palabras bajo la influencia particular de la crisis de Brest-Litovsk? No; en marzo de 1919, Lenin repite nuevamente:

---

6 León Trotsky, op. cit., p. 90 [NdEF].

7 Ídem.

8 V. I. Lenin, *Obras Completas*, vol. XXVII, p. 95, ed. francesa [NdEF].

9 Ibíd., p. 239 [NdEF].

"Vivimos no sólo en un Estado, sino en un sistema de Estados; no se puede concebir que una república soviética exista durante largo tiempo al lado de Estados imperialistas. Finalmente, una u otros vencerán"[10].

Incluso un año después, el 7 de abril de 1920, Lenin recordaba:

"El capitalismo, si se lo toma a escala internacional, continúa siendo más fuerte que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta consideración fundamental y no olvidarla jamás"[11].

El 27 de noviembre de 1920, Lenin decía a propósito del problema de las concesiones:

"Ahora hemos pasado de la guerra a la paz, pero no hemos olvidado que la guerra volverá. Mientras el capitalismo coexista con el socialismo no podemos vivir en paz; a fin de cuentas, uno u otro vencerá. Se cantará el réquiem, ya sea de la República de los Soviets, o del capitalismo mundial. Esto es un aplazamiento de la guerra"[12].

Pero, ¿es que acaso la existencia prolongada de la República de los Soviets ha llevado a Lenin a "reconocer su error", a abandonar "su desconfianza en las fuerzas internas" de la Revolución de Octubre?

En el III Congreso de la IC, es decir, en julio de 1921, Lenin afirmaba:

"Se ha creado un equilibrio sumamente frágil, sumamente inestable; un equilibrio tal que la República socialista puede existir, aunque seguramente no por mucho tiempo, rodeada del cerco capitalista"[13].

Pero hay más: el 5 de julio de 1921, en una sesión del Congreso, Lenin declaró abiertamente:

"Para nosotros estaba claro que sin la ayuda de la revolución mundial el triunfo de nuestra revolución proletaria era imposible. Tanto antes como después de la revolución pensábamos: o bien la revolución estallará inmediatamente en los países capitalistas que están más evolucionados, o, en el caso contrario, tendremos que perecer. A pesar de esta convicción, hemos hecho todo lo que podíamos, en todas las circunstancias, para salvar al sistema soviético, pues sabemos que trabajamos no solamente para nosotros sino también para la revolución internacional"[14].

---

10 V. I. Lenin, *OC,* vol XVI, p. 102 de la ed. rusa [NdEF].

11 Ibíd., vol. XXX, p. 518 [NdEF].

12 Ibíd., vol. XVII, p. 398 [NdEE].

13 V. I. Lenin, "Tesis sobre la táctica del Partido Comunista ruso" [NdEE].

14 V. I. Lenin, *OC*, vol. XVIII, parte I, p. 321 [NdEE].

¡Cuán alejadas están estas palabras, en su simplicidad, que impulsa el espíritu del internacionalismo, de las invenciones actuales de los epígonos[15] tan satisfechos de sí mismos!

En todo caso, tengo el derecho de preguntar: ¿en qué difieren todas esas declaraciones leninistas de lo que yo afirmaba en 1915, es decir, que la futura Rusia revolucionaria (o la futura Alemania socialista) no podrían subsistir aisladas en el mundo capitalista? Los plazos no son los fijados ni en mis previsiones ni en las de Lenin, pero la idea fundamental conserva todo su vigor, ahora quizás más que nunca. En lugar de condenarla, como lo hizo la VII reunión plenaria (basándose en un informe incompetente e hipócrita), es indispensable introducirla en el programa de la IC.

Para defender la consigna de los Estados unidos soviéticos de Europa habíamos señalado, en 1915, que la ley del desarrollo desigual no constituye por sí misma un argumento en su contra; efectivamente, la *desigualdad* del desarrollo histórico es, a su vez, *desigual* con relación a diversos Estados y continentes; los países de Europa se desarrollan desigualmente en comparación unos de otros; sin embargo, se puede decir con seguridad, desde el punto de vista histórico, al menos en el período de la historia que podemos prever, que ninguno de esos países posee sobre los otros la ventaja que Norteamérica ha tomado sobre Europa. Hay *una* escala de desigualdad para Norteamérica y otra para Europa. Las condiciones históricas y geográficas han predeterminado entre los países de Europa una relación orgánica tan cerrada que les es imposible deshacerse de ella. Los actuales gobiernos europeos burgueses parecen asesinos unidos con la misma cadena. La revolución europea, como ya se ha dicho, tendrá, *en última instancia*, una importancia decisiva para Norteamérica. Pero, *en lo inmediato*, en el corto plazo, la revolución en Alemania tendrá una mayor importancia para Francia que para los Estados Unidos de Norteamérica. Es esta relación impuesta por la historia la que asegura la validez política de la consigna de la Federación soviética de Europa. Nosotros hablamos de validez *relativa*, pues es evidente que a través del inmenso puente que constituye una Unión Soviética, esta federación se extenderá hacia el Asia, para entrar luego en la Unión de las repúblicas socialistas del mundo. Pero eso será ya una segunda época o el gran capítulo siguiente de la época imperialista; cuando lo abordemos, encontraremos las fórmulas convenientes para él.

Con otras citas se podría demostrar fácilmente que el desacuerdo con Lenin en 1915 con respecto a los Estados unidos de Europa sólo se refiere a consideraciones tácticas; pero el curso seguido por los acontecimientos es una prueba mejor: en 1923, la IC hizo suya la fórmula en litigio. Si en 1915 la consigna de los Estados unidos de Europa era inadmisible por razones de principio –como intentan afirmar los autores del proyecto de programa–,

15 Los epígonos son los discípulos que corrompen las enseñanzas de su maestro [NdE].

la IC no habría podido adoptarla ocho años después; es preciso creer que la ley del desarrollo desigual no había dejado de actuar durante ese lapso de tiempo.

La manera de plantear la cuestión, tal como se indica más arriba, parte de la dinámica del proceso revolucionario tomado en su conjunto. Se considera la revolución internacional como un proceso que comprende todo un conjunto de relaciones internas, si bien no se puede prever ni determinar concretamente la sucesión de todas sus fases, pero cuyos rasgos históricos generales son perfectamente claros: sin esta comprensión es absolutamente imposible orientarse correctamente en política.

Pero las cosas cambian radicalmente si se parte de la idea del desarrollo socialista realizado e incluso terminado en un solo país. Existe ahora una "teoría" según la cual la construcción completa del socialismo es posible en un solo país, y que las relaciones con el mundo capitalista podrían basarse en la "neutralización" de la burguesía mundial (Stalin).

Desde esta óptica –que es un punto de vista nacionalista reformista y no revolucionario e internacionalista–, la necesidad de la consigna de los Estados unidos de Europa desaparece, o al menos se debilita. Pero, precisamente, esta consigna nos parece de una importancia vital porque contiene la condena a la idea de que es posible el desarrollo socialista aislado en un solo país. Para el proletariado de cada país europeo, en un grado mayor aún que para la URSS (aunque hay sólo una diferencia de grado), la extensión de la revolución a los países vecinos, el apoyo que cada uno le dará al otro a través de las armas, se impone como una necesidad absoluta; no en el nombre de una solidaridad internacional abstracta, que es incapaz de hacer entrar en movimiento a las clases, sino por un argumento, sino por una exigencia vital formulada centenares de veces por Lenin: sin la ayuda, *en el tiempo requerido*, de la revolución internacional, no nos sostendremos. La consigna de los Estados unidos soviéticos corresponde a esta dinámica de la revolución proletaria; esta no surge simultáneamente en todos los países, pero se extiende de uno a otro; exige que exista una ligazón estrecha entre todos los países, sobre todo los europeos, con el objetivo de que organicen la defensa contra las potencias enemigas externas y su economía.

Se podrá objetar que después de la crisis del Ruhr, durante la cual, por última vez, esta consigna fue propuesta, esta no jugó ningún rol importante en la agitación de los partidos comunistas europeos y, si se lo puede decir, no echó raíces. Pero lo mismo se puede decir de las consignas "gobierno obrero", "soviets", etc., dicho de otra manera, de todas las *que preceden directamente a la revolución.* El desafecto en que cayó la idea de los Estados unidos soviéticos de Europa se explica por el hecho de que, contrariamente al juicio político erróneo del V Congreso, el movimiento revolucionario decayó desde fines de 1923 en el continente europeo. Pero justamente por eso sería peligroso elaborar un programa o algunas de sus partes tomando sólo en

cuenta este período. No fue por azar que la consigna de los Estados unidos soviéticos de Europa fue adoptada, a pesar de todas las aprehensiones, justamente en 1923, cuando se esperaba que la revolución estallase en Alemania, y cuando los problemas de las relaciones recíprocas entre los Estados de Europa presentaban una dificultad particular. Todo nuevo agravamiento de la crisis interna de Europa y, con mayor razón, de la crisis mundial, si es bastante profundo para plantear nuevamente los problemas fundamentales de la política, creará seguramente las condiciones absolutamente favorables para relanzar la consigna de los Estados unidos soviéticos de Europa. Es, entonces, un error radical no hacer mención a ella en el proyecto de programa, sin por ello rechazarla claramente; dicho de otro modo, se la guarda en reserva, "por las dudas". Sin embargo, en las cuestiones de principio, la política de reservas no sirve para nada.

4. El criterio del internacionalismo

Como ya sabemos, el proyecto se esfuerza –lo que merece ser elogiado– en tomar como punto de partida la economía mundial y sus tendencias internas. *Pravda* tiene completamente razón cuando dice que es en eso en lo que nos distinguimos fundamentalmente de la socialdemocracia nacionalpatriota. Sólo partiendo de la economía mundial, que domina a sus diversas partes, se puede establecer el programa del partido internacional del proletariado. Pero, precisamente al analizar las tendencias esenciales de la evolución del mundo, el proyecto no sólo revela las lagunas que lo desvalorizan –como hemos señalado más arriba–, sino que cae en groseras deformaciones que conducen a graves errores.

Repetidas veces, y no siempre oportunamente, el proyecto se refiere a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, presentándola como una ley fundamental, que determina casi todo. Una serie de errores del proyecto y, entre ellos, uno que es esencial desde el punto vista teórico, se basan en una concepción unilateral y errónea, ni marxista ni leninista, de la ley del desarrollo desigual.

En su capítulo primero el proyecto dice:

> "La desigualdad en el desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. Esta desigualdad aumenta y se acentúa aún más en la época del imperialismo".

Es verdad. Esta fórmula condena la manera en que Stalin planteó recientemente la cuestión, afirmando que la llamada ley del desarrollo desigual había sido desconocida por Marx y Engels y descubierta por Lenin. El 15 de septiembre de 1925, Stalin decía que Trotsky no podía de ninguna manera recurrir a Engels, pues este escribía en una época en que no se podía ni

siquiera hablar de la cuestión (¡!) de la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas. Aunque esas palabras parezcan inverosímiles, sin embargo Stalin (coautor del proyecto) las repitió varias veces. El texto del proyecto da en ese punto, como vemos, un paso adelante. Si, no obstante, se deja de lado esta corrección que repara una falta elemental, lo que el proyecto dice de la ley del desarrollo desigual es, en el fondo, unilateral y muy incompleto.

En primer lugar, sería más justo decir que toda la historia de la humanidad se desarrolla bajo el signo del desarrollo desigual. El capitalismo encuentra a las diferentes partes de la humanidad en grados de desarrollo ya diferenciados, cada uno de los cuales contiene profundas contradicciones internas. La gran variedad del nivel alcanzado y la extraordinaria desigualdad del ritmo de desarrollo de las diversas partes de la humanidad, en el curso de los diferentes períodos, constituyen la *posición de partida* del capitalismo. Sólo gradualmente este domina la desigualdad que ha heredado, la manifiesta y la modifica empleando sus propios métodos y siguiendo sus propios caminos. Distinguiéndose en esto de los sistemas económicos que le precedieron, el capitalismo tiene la propiedad de tender continuamente hacia la expansión económica, de penetrar en regiones nuevas, de vencer las diferencias, de transformar las economías provinciales y nacionales, encerradas en sí mismas, en un sistema de vasos comunicantes, y equipara así el nivel económico y cultural de los países más avanzados y más atrasados. Sin ese proceso fundamental no se podría explicar la nivelación relativa, primero de Europa e Inglaterra, después de Norteamérica y Europa, la industrialización de las colonias, que disminuye la diferencia existente entre India y Gran Bretaña, así como todas las consecuencias de los procesos enumerados, en las cuales se basa no sólo el programa de la IC, sino su propia existencia.

Pero al aproximar económicamente los países y al igualar el nivel de su desarrollo, el capitalismo obra con sus métodos, es decir, con métodos anárquicos, que atentan continuamente contra su propio trabajo, oponiendo un país a otro y una rama de la producción a otra, favoreciendo el desarrollo de ciertas partes de la economía mundial, frenando o paralizando el de otras. Sólo la combinación de esas dos tendencias fundamentales, consecuencias ambas de la naturaleza del capitalismo, nos explica el vivo entrelazamiento del proceso histórico.

El imperialismo acentúa aún *esas dos tendencias*, debido a la universalidad, la movilidad y la dispersión del *capital financiero*, esta fuerza viva del imperialismo. Este, con mucha más rapidez y una profundidad hasta entonces desconocida, une en un todo los diversos grupos nacionales y continentales, creando entre ellos una estrecha y vital dependencia; aproxima sus métodos económicos, sus formas sociales y sus niveles de desarrollo. Al mismo tiempo, persigue su objetivo con procedimientos tan contradictorios, dando tales saltos, efectuando tales *razzias* en los países y regiones atrasados, que la unificación y la nivelación de la economía mundial se realizan cada vez

con más violencia y convulsiones que en todas las épocas precedentes. Sólo esta concepción dialéctica, y no mecánica, de la ley del desarrollo desigual permite evitar el error radical al cual no ha podido escapar el proyecto de programa propuesto al VI Congreso.

Inmediatamente después de haber caracterizado esta ley de la manera unilateral como hemos señalado más arriba, el proyecto dice:

> "De ahí se deduce que la revolución internacional del proletariado no puede considerarse como un acto que se realiza simultáneamente en todas partes a la vez. De ahí resulta que el triunfo del socialismo es posible en algunos países poco numerosos e incluso en un solo país capitalista, considerado aisladamente".

Que la revolución proletaria internacional no puede ser "un acto simultáneo" nadie puede negarlo, sobre todo después de la experiencia de la Revolución de Octubre, realizada por la clase obrera de un país atrasado, bajo la presión de la necesidad histórica y sin esperar a que el proletariado de los países avanzados "rectificase el frente". Dentro de estos límites, la referencia a la ley del desarrollo desigual es absolutamente correcta y plenamente oportuna. Pero no lo es en la segunda parte de la conclusión, y más precisamente la liviana afirmación relativa a la posible victoria del socialismo en "un solo país capitalista, considerado aisladamente". Como prueba, el proyecto dice simplemente: "De ahí resulta"; es decir, esta posibilidad se deduciría de la ley del desarrollo desigual. Sin embargo, eso no es verdad. "De ahí resulta" directamente lo contrario. Si los diversos países evolucionan, no sólo desigualmente, sino también *independientemente unos de otros*, aisladamente unos de otros, entonces, sin ninguna duda, podría deducirse de la ley del desarrollo desigual la posibilidad de construir el sistema socialista en un solo país: en primer lugar en el más avanzado; después, a medida que fuesen llegando a la madurez, en los más atrasados. Esta era la concepción corriente de la transición al socialismo en la socialdemocracia de preguerra y constituía, precisamente, la consagración teórica del socialpatriotismo. El proyecto, por cierto, no se detiene en este punto, pero se desliza hacia él.

El error teórico del proyecto es intentar extraer de la ley del desarrollo desigual lo que esta no contiene y no puede contener. La desigualdad o el desarrollo no coordinado de los diversos países quebranta continuamente los lazos que los unen y la interdependencia económica creciente que existe entre ellos: después de una carnicería infernal que duró cuatro años, se ven obligados a intercambiar carbón, trigo, petróleo, pólvora y tirantes. En este punto fundamental, el proyecto presenta los hechos como si la evolución histórica se realizase solamente a saltos; pero el terreno económico que los provoca queda completamente por fuera del campo visual de los autores del proyecto o es arbitrariamente olvidado por ellos. Así proceden para defender la indefendible teoría del socialismo en un solo país.

Después de lo que se ha dicho, no será difícil comprender que la única manera justa de plantear el problema es la siguiente: ya durante la época preimperialista, Marx y Engels habían llegado a la conclusión de que, por un lado, la desigualdad, es decir, las sacudidas del desarrollo histórico, extenderán la revolución proletaria a toda una época que arrastrará a las naciones, unas tras otras, hacia el torrente revolucionario; pero, por otro lado, la interdependencia orgánica de los diversos países, que se ha desarrollado hasta el punto de convertirse en división internacional del trabajo, excluye la posibilidad de la construcción del socialismo en un solo país. Ahora más que nunca, mientras el imperialismo ha extendido, profundizado y avivado estas dos tendencias antagónicas, la doctrina marxista, que proclama que se puede comenzar la revolución socialista dentro de los límites de una nación, pero que no se puede construir la sociedad socialista en el marco nacional, es *dos y tres veces más verdadera.* Lenin no ha hecho más que ampliar y concretar la manera en que Marx planteó la cuestión y la solución que le dio.

El programa de nuestro partido[16] parte de la idea de que la Revolución de Octubre y la construcción del socialismo están condicionadas por la situación internacional. Para demostrarlo bastaría simplemente con volver a copiar la parte teórica de nuestro programa. Señalemos solamente que cuando, en el VIII Congreso del Partido, el difunto Podbielsky sospechó que ciertas fórmulas del programa sólo se referían a la revolución en Rusia, Lenin le respondió, en el discurso de clausura (19 de marzo de 1919):

> "Podbielsky ha atacado uno de los párrafos que habla de la revolución social que se prepara [...]. Indudablemente, este argumento no tiene base, pues en nuestro programa *se habla de revolución social de dimensión mundial*"[17].

No será superfluo mencionar que, poco más o menos, hacia la misma época Lenin proponía que se llamara a nuestro partido, no Partido Comunista Ruso, sino Partido Comunista simplemente, para subrayar con mayor fuerza que es el partido de la revolución *internacional.*

En el CC, Lenin sólo tuvo mi voto en favor de esta propuesta. Sin embargo, no planteó esta cuestión ante el Congreso, teniendo en cuenta que en ese momento se organizaba la III Internacional. Esta actitud excluía la idea misma del socialismo en un solo país. Es por esto que el programa del Partido *no condena* esta teoría, sino que simplemente la *ignora.*

Pero en el programa de las Juventudes Comunistas –adoptado dos años más tarde– fue necesario ya, para educar a los jóvenes en el espíritu del internacionalismo, ponerles directamente en guardia contra las ilusiones nacionales con respecto a la revolución proletaria. Volveremos sobre este problema más adelante.

---

16 Programa adoptado en el VIII Congreso (marzo de 1919) en reemplazo de lo que había sido adoptado en el Congreso de 1903 [NdEF].

17 V. I. Lenin, *OC*, vol. XVI, p. 131 [NdEE].

Algo totalmente diferente ocurre con el nuevo proyecto de programa de la IC, que conforme a la evolución reformista de sus autores desde 1924, entra, como vemos, en un camino directamente opuesto. Sin embargo, la manera en que la cuestión del socialismo en un solo país sea resuelta determina el valor del proyecto entero como un documento marxista o uno revisionista.

Evidentemente, el proyecto, con cuidado y obstinación, pone de manifiesto, subraya, explica las diferencias que existen entre las maneras comunista y reformista de plantear las cuestiones. Pero eso no resuelve el problema. Es como si estuviéramos en un barco abundantemente provisto de aparatos y mecanismos marxistas pero que tuviese todas sus velas abiertas a los vientos revisionistas y reformistas. Aquel que, gracias a la experiencia adquirida durante las tres últimas décadas y, sobre todo, a la reciente y rica enseñanza de la acontecimientos de China, ha comprendido la poderosa interdependencia dialéctica que existe entre la lucha de clases y los programas de los partidos, nos comprenderá también cuando digamos que el nuevo velamen revisionista puede detener el funcionamiento de los aparatos de seguridad y de salvataje del marxismo y del leninismo. He aquí por qué nos vemos obligados a ocuparnos más en detalle de esta cuestión esencial, que determinará por mucho tiempo el desarrollo y el destino de la IC.

5. La tradición teórica del Partido

El proyecto de programa, en la cita señalada más arriba, emplea con manifiesta intención la expresión "triunfo del socialismo en un solo país" para llegar a una identidad puramente superficial y verbal, con el artículo de Lenin de 1915. Se abusó así de Lenin de una manera cruel, por no decir criminal, en el curso de las discusiones que se realizaron sobre la edificación de la sociedad socialista en un solo país. El proyecto recurre al mismo procedimiento en otro caso, cuando "alude" a las palabras de Lenin para consolidar su posición. Esta es su "metodología" científica.

De toda la rica literatura marxista, del tesoro de los trabajos de Lenin, dejando de lado todo lo que él escribió, dijo e hizo; despreciando los programas del Partido y de las Juventudes Comunistas; ignorando la opinión de todos los dirigentes del Partido, sin excepción, durante la época de la Revolución de Octubre, cuando se planteó (¡y cuán claramente!) la cuestión; abandonando lo que los mismos autores del proyecto –Stalin y Bujarin– habían dicho hasta 1924. [De todo ello. NdE] se conserva, en definitiva, para defender la teoría del socialismo nacional que nació a fines 1924 o a principios de 1925, de las necesidades de la lucha contra el llamado "trotskismo", sólo dos citas de Lenin: una extraída de un artículo sobre los Estados unidos de Europa, escrito en 1915; otra, sacada de su obra póstuma, inacabada,

sobre la cooperación. Todo lo que contradice esas dos citas de algunas líneas, todo el marxismo, todo el leninismo, es simplemente dejado de lado. Estas dos citas, arbitrariamente aisladas del contexto, interpretadas por los epígonos de una manera groseramente errónea, sirven de base para una nueva teoría puramente revisionista, de la cual aún no se pueden entrever todas las consecuencias políticas. Así, frente a nuestros ojos, recurriendo a métodos escolásticos y sofísticos, se trata de injertar en el tronco marxista una rama de una especie muy distinta; si este injerto resulta, infectará y matará a todo el árbol.

En la VII reunión plenaria, Stalin declaró (y no por primera vez):

> "La cuestión de la organización de la economía socialista en un solo país fue, *por primera vez,* planteada en el Partido por Lenin en 1915" (Actas taquigráficas, p. 14. Palabras subrayadas por nosotros. NdLT).

Así, pues, se admite aquí que *antes* de 1915 no se planteó la cuestión del socialismo en un solo país. Esto significa que Stalin y Bujarin no se reivindican de toda la tradición precedente del marxismo y del Partido sobre el problema del carácter internacional de la revolución proletaria. Tomemos nota de esto.

Pero, ¿qué declaró Lenin, "por primera vez", en 1915, contradiciendo lo que Marx y Engels habían dicho y lo que él mismo había dicho hasta ese año?

En 1915, Lenin escribió:

> "La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De ahí resulta que el triunfo del socialismo es posible primero en un pequeño número de países capitalistas e incluso en un solo país capitalista aislado. El proletariado triunfante de este país, después de haber expropiado a los capitalistas y *organizado la producción socialista en su país,* se alzará contra el resto del mundo capitalista, atraerá a las clases oprimidas de los otros países, las incitará a sublevarse contra los capitalistas empleando para ello incluso, en caso de necesidad, la fuerza militar contra las clases explotadoras y sus Estados"[18] (Palabras subrayadas por nosotros. NdLT).

¿Qué quería decir Lenin al escribir esto? Simplemente, que el triunfo del socialismo, en el sentido del establecimiento de la dictadura del proletariado, es posible primero en un solo país, encontrándose así en oposición con el mundo capitalista. El Estado proletario, para rechazar los asaltos del enemigo y pasar a la ofensiva revolucionaria, deberá previamente organizar "la producción socialista en su país", es decir, dirigir él mismo el trabajo en las fábricas arrebatadas a los capitalistas. Es todo. Como es sabido, ese "triunfo del socialismo" lo obtuvimos, por primera vez, en Rusia; para rechazar la

18 Ibíd., Vol. XIII, p. 133, *El Socialdemócrata* N.º 44, 23 de agosto de 1915 [NdEF].

intervención armada mundial, el primer Estado obrero tuvo, en primer lugar, que organizar "la producción socialista", o bien trusts de "tipo socialista consecuente". Lenin entendía, pues, por "triunfo del socialismo en un solo país", no una sociedad socialista fantasmagórica, que viva para sí misma –sobre todo en un país atrasado–, sino algo mucho más realista: precisamente, lo que la Revolución de Octubre realizó en nuestro país desde el primer período de su existencia.

¿Acaso es preciso aportar más pruebas para demostrar esto? Las hay tan numerosas que sólo la elección es difícil.

En sus tesis sobre la guerra y la paz (7 de enero de 1918), Lenin habla de "la necesidad en Rusia, de cierto lapso, no menos de algunos meses, para el éxito del socialismo..."[19].

A principios del mismo año 1918, en un artículo dirigido contra Bujarin y titulado: "Del infantilismo izquierdista y de la pequeñoburguesía", Lenin escribía:

> "Establecer en nuestro país, por ejemplo, en seis meses, el capitalismo de Estado, sería un éxito inmenso y la garantía más segura de que, de aquí a un año, el socialismo estaría consolidado en Rusia y sería invencible"[20].

¿Cómo podía fijar Lenin un plazo tan breve para la "consolidación definitiva del socialismo"? ¿Qué sentido material y social, relativo a la producción, daba a estas palabras?

Esta cuestión presentará otro aspecto si se recuerda que, el 29 de abril del mismo año 1918, Lenin decía, en su informe al CE Central Panruso de los Soviets:

> "Es dudoso que incluso la generación siguiente, que estará más desarrollada que nosotros, pueda realizar el pasaje completo al socialismo"[21].

El 3 de diciembre de 1919, en el Congreso de los arteles agrícolas y de las explotaciones colectivas, Lenin se expresó con más vigor aún:

> "Sabemos que no podemos introducir ahora el orden socialista; Dios quiera que se establezca en nuestro país en vida de nuestros hijos, o, al menos, en la de nuestros nietos..."[22].

¿En cuál de estos dos casos Lenin tenía razón? ¿Cuando fijaba un plazo de doce meses para "la consolidación definitiva" del socialismo o cuando encargaba, no a nuestros hijos, sino a nuestros nietos el establecimiento del "orden socialista"?

---

19 Ibíd., vol. XV, p. 64 [NdEE].

20 Ibíd., p. 263 [NdEE].

21 Ibíd., p. 240 [NdEE].

22 Ibíd., vol. XVI, p. 398 [NdEE].

Lenin tenía razón en los dos casos, pues se refería a etapas diferentes, completamente inconmensurables, de la construcción del socialismo.

En el primer caso, Lenin entendía por "consolidación definitiva del socialismo", no la edificación de la sociedad socialista en el plazo de un año o incluso de "algunos meses" (es decir, la supresión de las clases, la liquidación de las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo), sino *la puesta en marcha de las fábricas en manos del Estado proletario*, garantizando así la posibilidad de intercambiar productos entre la ciudad y el campo. La escasa duración del plazo fijado constituye por sí misma una clave que permite interpretar sin error el pensamiento del autor.

Es cierto que para esta tarea muy elemental el plazo previsto a principios de 1918 era demasiado corto. A propósito de este "error" puramente práctico Lenin ironizaba frente al IV Congreso de la IC: "Nosotros éramos más tontos que ahora". Pero "nosotros" habíamos visto correctamente la perspectiva general, sin creer, ni mucho menos, que se pueda en doce meses erigir integralmente "el orden socialista" (y mucho más en un país atrasado). Lenin contaba para alcanzar el objetivo fundamental y final –la realización de la sociedad socialista– con tres generaciones: nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos.

¿No está claro que en su artículo de 1915 Lenin entiende por organización de "la producción socialista", no la creación de una sociedad socialista, sino una tarea infinitamente más simple, que ya hemos realizado en la URSS? De otro modo, sería necesario llegar a la conclusión absurda de que, según Lenin, el partido proletario, después de haber conquistado el poder, debe aplazar la guerra revolucionaria hasta la tercera generación.

He aquí en qué situación verdaderamente lamentable queda el punto de apoyo fundamental de la nueva teoría: la cita de 1915. Pero lo que la hace más lamentable aún es que según Lenin esta cita no se refería de ninguna manera a Rusia. Hablaba de Europa por oposición a Rusia, como se desprende, no solamente del contenido del artículo citado, consagrado a los Estados unidos de Europa, sino de todas las posiciones de Lenin en ese entonces. Algunos meses después, el 20 de noviembre de 1915, Lenin escribía especialmente sobre Rusia:

> "De esta situación de hecho se deduce, evidentemente, la tarea del proletariado: lucha revolucionaria audaz, sin vacilación, contra la monarquía (consigna de la Conferencia de enero de 1912, los 'tres pilares'[23]), lucha que arrastrará a todas las masas democráticas, es decir, sobre todo a los

23 Los "tres pilares" o las "tres ballenas" de los bolcheviques: expresión empleada para designar las tres principales consignas defendidas por los bolcheviques entre las revoluciones de 1905 y 1917, a saber: la república democrática, la jornada de trabajo de ocho horas, la confiscación de la tierra en beneficio de los campesinos. Para los bolcheviques, estas consignas sólo eran realizables con el derrocamiento del zarismo. Las oponían a los "liquidadores" que reivindicaban, en el marco del zarismo, las libertades democráticas (derecho de organización, de prensa, etc.). La expresión tenía su origen en una leyenda según la cual el mundo reposaba sobre tres ballenas [NdEF].

campesinos. Y, al mismo tiempo, lucha implacable contra el chovinismo, lucha por la revolución socialista en Europa en alianza con su proletariado europeo... La crisis nacida de la guerra ha fortalecido los factores económicos y políticos que conducen a la pequeñoburguesía, así como a los campesinos, hacia la izquierda. Estas son las condiciones objetivas *de una victoria de la revolución democrática en Rusia*. No es necesario que demostremos aquí que *las condiciones objetivas de la revolución socialista están completamente maduras en Europa occidental*; este hecho era reconocido antes de la guerra por todos los socialistas influyentes de todos los países avanzados"[24] (Palabras subrayadas por nosotros. NdLT).

Así, pues, en 1915, Lenin hablaba claramente de la revolución democrática en Rusia y de la revolución socialista en Europa occidental, y de paso señalaba, como algo que cae de maduro, que en Europa occidental, a diferencia de y en oposición con Rusia, las condiciones para la revolución socialista "están completamente maduras". Pero los autores de la nueva teoría, que son, al mismo tiempo, los del programa, dejan simplemente de lado esta cita entre otras muchas que se refieren directamente a Rusia, y obran del mismo modo con centenares de otras y con las obras completas de Lenin. Por el contrario, como hemos visto, se apoderan de una cita que concierne a Europa occidental, le dan un sentido que no tiene ni puede tener; atribuyen su significación arbitraria a Rusia, a la cual no se refiere, y sobre esta "base" erigen su nueva teoría.

¿Cómo planteaba Lenin esta cuestión durante el período que precedió inmediatamente a la Revolución de Octubre? Al partir de Suiza, después de la Revolución de Febrero de 1917, Lenin se dirigió a los obreros suizos en una carta en la que decía lo siguiente:

"Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede triunfar en él enseguida y espontáneamente. Pero el carácter campesino del país puede, sobre la base de la experiencia de 1905 y dadas las inmensas propiedades agrarias conservadas por los nobles terratenientes, dar a la revolución burguesa y democrática en Rusia una extensión inmensa y hacer de la nuestra el prólogo de la revolución socialista mundial, una etapa hacia ella [...]. El proletariado ruso no puede, por sus propias fuerzas, acabar victoriosamente la revolución socialista. Pero puede dar a su revolución tal extensión que creará las mejores condiciones para la revolución socialista, y la comenzará, en cierto modo. Puede facilitar la intervención en las batallas decisivas de su aliado principal, el más fiel y más seguro, el proletariado socialista europeo y americano"[25].

---

24 V. I. Lenin, *OC*, vol. XIII, pp. 212-213 [NdEE].

25 Ibíd., vol. XIV, parte II, pp. 407-408 [NdEE]. Es el primer texto, poco antes de las "Tesis de abril", donde Lenin se ubica integralmente en el plano de la revolución permanente tal como la formuló Trotsky [NdEF].

Estas líneas contienen todos los elementos de la cuestión. Si Lenin estimaba, como se trata de hacérnoslo creer, en 1915, durante un período de guerra y de reacción, que el proletariado en Rusia podía por sí solo construir el socialismo y después declarar la guerra a los Estados burgueses, ¿cómo, entonces, a principios de 1917 –después de la Revolución de Febrero–, podía afirmar tan categóricamente la imposibilidad para la Rusia campesina de organizar el socialismo por sus propias fuerzas? Habría que ser, al menos, un poco lógico y, digámoslo francamente, respetar un poco más a Lenin.

Sería inútil multiplicar las citas. Una exposición correcta de los puntos de vista de Lenin sobre el carácter económico y político de la revolución socialista exigiría un estudio especial y comprendería muchos temas, salvo el de la construcción en un solo país de una sociedad socialista con su propia existencia como fin: Lenin no conocía ese tema.

Debemos, sin embargo, detenernos en otro artículo de Lenin; en efecto, el proyecto de programa parece citar el artículo póstumo de Lenin "De la cooperación", sirviéndose de una expresión sacada de contexto y sin relación con el objetivo del artículo. Nos referimos al capítulo V del proyecto de programa que afirma que los obreros de las repúblicas soviéticas "poseen en el país las condiciones previas *materiales*, necesarias y suficientes... para construir el socialismo integral" (Palabra subrayada por nosotros. NdLT).

Si este artículo, dictado por Lenin durante su enfermedad y publicado solamente después de su muerte, decía verdaderamente que el Estado soviético posee las condiciones *materiales*, necesarias y suficientes (es decir, en primer lugar, de *producción*) para construir por sí solo el socialismo integral, no quedaría otra opción que suponer que el autor había dejado escapar un lapsus durante el dictado, o bien que se trataba de un error de taquigrafía. Cualquiera de las dos hipótesis sería más probable que el hecho de ver a Lenin renunciar en dos líneas cualquiera al marxismo y a todo lo que había enseñado durante su vida. Felizmente, es inútil recurrir a esta explicación. El notable artículo "De la cooperación", aunque inacabado, está ligado por una unidad de pensamiento a otros, no menos notables, aparecidos durante el último período de la existencia de Lenin y que forman, en cierto modo, los capítulos de un libro que no pudo terminar y que trata *del lugar que ocupa la Revolución de Octubre en el encadenamiento de las revoluciones de Occidente y de Oriente.* El artículo "De la cooperación" no dice para nada lo que le atribuyen, con tanta ligereza, los revisionistas de las enseñanzas de Lenin.

Lenin explica en él que la cooperación "mercantil" puede y debe cambiar completamente su papel social en el Estado obrero; gracias a una política correcta, puede coordinar en la vía socialista el interés particular del campesino con el interés general del Estado. Lenin expone en las líneas siguientes este pensamiento indiscutible:

> "Efectivamente, el poder del Estado sobre los principales medios de producción, este poder en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con

los millones de pequeños y muy pequeños campesinos, la seguridad de la dirección del campesinado por este proletariado, etc., ¿no es todo lo que se necesita para construir a partir de la cooperación, de la cooperación sola –que antes tratábamos de mercantil y que para algunas consideraciones tenemos el derecho de tratar hoy, bajo la NEP, de la misma manera–, no es todo lo que se necesita para edificar una sociedad socialista integral? No es aún la construcción de la sociedad socialista, pero es todo lo necesario y suficiente para ello"[26].

El texto de la cita, que contiene la frase inacabada "de la cooperación sola", prueba indiscutiblemente que estamos en presencia de un borrador no corregido y que además ha sido dictado y no escrito por la mano del autor. Por eso mismo tanto más imperdonable es agarrarse a palabras aisladas del texto en lugar de meditar sobre el sentido general del artículo. Por suerte, sin embargo, la *letra* misma y no sólo el *espíritu* de esta cita, no da ningún derecho a cometer el detestable abuso practicado por los autores del proyecto. Hablando de las condiciones "necesarias y suficientes", Lenin delimita rigurosamente su tema en este artículo. En él examina simplemente por qué métodos y procedimientos llegaremos hasta el socialismo, partiendo de la dispersión de las explotaciones campesinas, sin nuevos conflictos de clase, debido a las condiciones aportadas por el régimen soviético. El artículo está enteramente consagrado *a las formas sociales de organización* de la transición entre la pequeña economía privada y la economía colectiva; de ninguna manera se refiere *a las condiciones materiales de producción* durante este período. Si hoy triunfase el proletariado europeo y viniera a socorrernos con su técnica, la cuestión de la cooperación planteada por Lenin –como método social de organización que combina el interés privado con el interés general– conservará, sin embargo, toda su importancia. La cooperación indica el camino por el cual la técnica en desarrollo (en particular la electrificación) puede reorganizar y unir a millones de explotaciones campesinas en el marco del régimen soviético; pero no sustituye la nueva técnica ni la crea en su seno. Como hemos visto, Lenin habla simplemente y en general de las condiciones previas "necesarias y suficientes" y las enumera con precisión. Estas son: 1º "El poder del Estado que se aplica a todos los medios de producción" (la frase no está corregida); 2º "El poder del Estado en manos del proletariado"; 3º "La alianza del proletariado y de numerosos millones de campesinos"; 4º "La garantía de la supremacía del proletariado con relación a los campesinos". Y sólo después de haber enumerado estas *condiciones estrictamente políticas* (no se habla aquí de las condiciones materiales), Lenin saca su conclusión: "Esto (es decir, todas las condiciones enumeradas. NdLT) es todo lo necesario y suficiente para construir la sociedad socialista". Todo lo que es necesario y suficiente *en el plano político*, y nada más. Y Lenin añade

26 Ibíd., vol. XVIII, parte II, p. 140 [NdEE].

inmediatamente que "no es aún la construcción de la sociedad socialista". ¿Por qué? Porque las condiciones políticas solas, aunque sean indispensables, no resuelven todo. Queda aún la cuestión de la cultura. "Sólo ella", dice Lenin, y subraya las palabras "sólo ella" para demostrar la enorme importancia de lo que falta. Lenin sabía tan bien como nosotros que la cultura está relacionada con la técnica: "Para ser cultos –decía, haciendo descender a los revisionistas de las nubes– es preciso que haya cierta base material"[27]. Basta recordar el problema de la electrificación, que Lenin ligaba, dicho sea de paso, a la cuestión de la revolución socialista internacional. La lucha por la cultura, en el marco de las condiciones políticas "necesarias y suficientes" (*pero no materiales*), ocuparía completamente toda nuestra actividad si no existiera el problema de la lucha –permanente e implacable– que se desarrolla en el plano económico, político, militar y cultural entre la sociedad socialista en construcción sobre una base atrasada y el capitalismo mundial en decadencia, pero aún poderoso por su técnica.

"Yo diría que –subraya Lenin hacia el final del mismo artículo– a pesar de que para nosotros el centro de gravedad se desplaza hacia la acción educativa, sin las relaciones internacionales, el deber que tenemos es defender nuestra posición a escala internacional"[28].

Este es el verdadero pensamiento de Lenin, incluso si se aísla el artículo sobre la cooperación de sus demás obras. Después de esto, ¿cómo llamar de otra manera que falsificación al método de los autores del proyecto de programa, que toman deliberadamente de Lenin sus palabras a propósito de las condiciones previas "necesarias y suficientes", pero le añaden, por iniciativa propia, la condición fundamental, es decir, la material? Mientras que Lenin subrayaba precisamente que esta última faltaba en Rusia y que sólo podía ser realizada a través de la lucha, "por nuestras posiciones en el plano internacional", es decir, la revolución proletaria mundial. He aquí lo que queda del segundo y último fundamento de la teoría.

Conscientemente no citamos aquí los innumerables artículos y discursos en que Lenin, desde 1905 hasta 1923, afirma y repite de la manera más categórica que sin la revolución mundial triunfante estamos amenazados de muerte; que no se puede vencer económicamente a la burguesía en un solo país (sobre todo en un país atrasado); que la tarea de construir la sociedad socialista es esencialmente internacional. Lenin saca conclusiones quizás "pesimistas" para los creadores de la teoría nacional-reaccionaria pero suficientemente optimistas desde el punto de vista del internacionalismo revolucionario. Sólo nos detenemos en las citas escogidas por los autores del proyecto para crear las condiciones "necesarias y suficientes" de su utopía. Y vemos que todo su edificio se derrumba en cuanto se le toca con el dedo.

---

27 Ibíd., p. 175 [NdEE].

28 Ibíd., p. 177 [NdEE].

Creemos, sin embargo, que es normal citar aquí al menos un testimonio directo de Lenin sobre esta cuestión en litigio, testimonio que no necesita ser explicado y que no puede ser mal interpretado:

> "Hemos señalado en toda una serie de obras, en todas nuestras intervenciones, en toda la prensa, que no ocurre lo mismo en los países capitalistas que en Rusia, donde tenemos una minoría de obreros ocupados en la industria y una mayoría enorme de pequeños cultivadores. En un país así, la revolución social no puede triunfar definitivamente más que con dos condiciones. En primer lugar, que sea apoyada por el tiempo requerido por la revolución social en uno o varios países avanzados [...]. La otra condición es el acuerdo entre el proletariado que ejerce su dictadura o tiene en sus manos el poder del Estado y la mayoría de la población campesina […].
> Sabemos que no es el acuerdo con los campesinos lo que puede salvar a la revolución socialista en Rusia en tanto no se produzca la revolución en otros países..."[29].

Esperamos que esta cita sea suficientemente ilustrativa; en primer lugar, Lenin mismo señala que las ideas que expone las ha desarrollado "en toda una serie de obras, en todas [sus] intervenciones, en toda la prensa"; en segundo lugar, ha sido escrita, no en 1915 (dos años antes de Octubre), sino en 1921 (cuatro años después), cuando él define esta perspectiva.

Nos atrevemos a creer que, en lo que concierne a Lenin, la cuestión está ya suficientemente clara. Pero uno puede preguntarse aún: ¿cómo planteaban anteriormente los autores del proyecto de programa la cuestión que nos interesa?

Stalin decía, a este respecto, en noviembre de 1926:

> "El Partido admitió siempre como principio que el triunfo del socialismo en un solo país es la posibilidad de construirlo en este país, y que esta tarea puede realizarse con sus propias fuerzas" (*Pravda*, 12 de noviembre de 1926).

Sabemos ya que el Partido jamás admitió este principio. Por el contrario, en "toda una serie de obras, en todas nuestras intervenciones, en toda la prensa", como dice Lenin, el Partido adoptó la posición contraria, de la que se encuentra su expresión fundamental en el programa del Partido Comunista de la URSS. Pero, Stalin al menos, ¿partió siempre de la falsa idea de que "el socialismo puede ser construido con las fuerzas de un solo país"? Veamos esto.

Ignoramos totalmente cómo consideraba Stalin esta cuestión en 1905 o en 1915, ya que carecemos de cualquier documento sobre este tema. Pero, en 1924, Stalin expuso de la manera siguiente el punto de vista de Lenin sobre la construcción del socialismo:

---

29 Ibíd., vol. XVIII, parte I, pp. 137-138 [NdEE].

> "Derribar en un país el poder de la burguesía e instaurar el del proletariado en un solo país no significa asegurar el triunfo completo del socialismo. Queda aún por realizar la tarea principal de este: la organización socialista de la producción. ¿Se puede resolver este problema, se puede obtener la victoria definitiva del socialismo en un solo país sin que concuerden los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados? No, es imposible. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo prueba la historia de nuestra revolución. Para que el socialismo triunfe definitivamente, para organizar la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país campesino como Rusia, ya no bastan; es preciso para ello el esfuerzo de los proletarios de varios países avanzados [...].
> Estos son, en general, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria"[30].

Hay que reconocerlo, "los rasgos característicos de la teoría leninista" están expuestos aquí con bastante exactitud. Sin embargo, en las ediciones posteriores del libro de Stalin esta frase ha sido corregida en un sentido directamente opuesto y "los rasgos característicos de la teoría leninista" fueron denunciados un año después como... trotskismo. El VII Pleno del CE de la IC adoptó su decisión, no según la edición de 1924 sino la de 1926.

Esta es la cuestión con Stalin. No podría ser más lamentable. Es verdad que aún podríamos consolarnos si la actitud de la última reunión plenaria del CE de la IC no hubiera sido tan lamentable como la de Stalin.

Queda una última esperanza; es que, al menos Bujarin, el verdadero autor del proyecto de programa, haya admitido siempre la posibilidad edificar el socialismo en un solo país. Veamos.

He aquí lo que Bujarin escribía a este respecto en 1917:

---

30 Stalin, J., *Sobre Lenin y el leninismo*, Ediciones del Estado, sección de Moscú, 1924, pp. 40-41. El libro *Sobre Lenin y el leninismo* fue publicado por Stalin en 1924 con una tirada de cincuenta mil ejemplares. Constaba de dos artículos, "Sobre Lenin" y "Los fundamentos del leninismo", basado en un discurso dado por Stalin en la Universidad Sverdlov una semana después de la muerte de Lenin. Trotsky cita la edición original; sin embargo, según pudimos constatar en las ediciones posteriores y que circulan actualmente en español, ruso, alemán, francés e inglés, el texto difiere de aquella: "Pero derrocar el poder de la burguesía e instaurar el poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Después de haber consolidado su poder y arrastrado consigo a los campesinos, el proletariado del país victorioso puede y debe edificar la sociedad socialista. Pero, ¿significa esto que, con ello, el proletariado logrará el triunfo completo, definitivo, del socialismo, es decir, significa esto que el proletariado puede, con las fuerzas de un solo país, consolidar definitivamente el socialismo y garantizar completamente al país contra una intervención y, por tanto, contra la restauración? No. Para ello es necesario que la revolución triunfe, por lo menos, en algunos países. Por eso, desarrollar y apoyar la revolución en otros países es una tarea esencial para la revolución que ha triunfado ya. Por eso, la revolución del país victorioso no debe considerarse como una magnitud autónoma, sino como un apoyo, como un medio para acelerar el triunfo del proletariado en los demás países […].

Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria" [NdEF].

"Las revoluciones son las locomotoras de la Historia. Sólo el proletariado, incluso en la atrasada Rusia, puede ser el maquinista irreemplazable de estas locomotoras. Pero el proletariado no puede permanecer ya en los límites de las relaciones de propiedad de la sociedad burguesa. Marcha hacia el poder y hacia el socialismo. Sin embargo, esta tarea que 'está a la orden del día' también en Rusia, no puede ser realizada 'dentro de las fronteras nacionales'. Aquí la clase obrera tropieza con un muro infranqueable [Destaquémoslo bien: "con un muro infranqueable". NdLT], en el que sólo se puede abrir una brecha con el ariete de la revolución obrera internacional"[31].

No es posible expresarse más claramente. He aquí cuál era la opinión de Bujarin en 1917, dos años después del supuesto "cambio repentino" de Lenin en 1915. Pero la Revolución de Octubre, ¿no habrá enseñado algo nuevo a Bujarin? Veámoslo.

En 1919, Bujarin escribía sobre "la dictadura del proletariado en Rusia y la revolución mundial" en el órgano teórico de la IC:

"Dada la existencia de la economía *mundial* y las relaciones entre sus diversas partes, dada la interdependencia de los diversos grupos burgueses organizados en Estados, va de suyo que no puede acabarse la lucha en un país aislado sin que una de las partes obtenga una victoria decisiva en varios países civilizados" (Palabra destacada por nosotros. NdLT).

En esta época, esto iba "de suyo". Más adelante:

"En las publicaciones marxistas y semimarxistas de antes de la guerra se planteó más de una vez la cuestión de si era posible la victoria del socialismo en un solo país. La mayoría de los escritores respondieron negativamente [¿y Lenin, entonces, en 1915? NdLT], de lo cual no se puede deducir que sea imposible o inadmisible comenzar la revolución y apoderarse del poder en un país aislado".

¡Precisamente!
Más adelante en este mismo artículo decía:

"El período de progresión de las fuerzas productivas no puede comenzar más que con el triunfo del proletariado en varios países importantes, de lo que se deduce que es necesario desarrollar por todos los medios la revolución mundial y formar un bloque económico sólido entre los países industriales y Rusia soviética"[32].

La afirmación de Bujarin de que la progresión de las fuerzas productivas, es decir*, la verdadera progresión socialista,* no comenzará en nuestro país hasta después de la victoria del proletariado de los países avanzados de Europa

31 N. Bujarin, *La lucha de clases y la revolución en Rusia*, 1917, pp. 3-4, edición rusa [NdLT].

32 N. Bujarin, "La dictadura del proletariado en Rusia y la revolución mundial", *La Internacional Comunista* N.º 5, septiembre de 1919, p. 614 [NdLT].

es precisamente la frase que está en la base de todas las actas de acusación dirigidas contra el "trotskismo" (entre otras ocasiones en el VII Pleno del CE de la IC). Lo que es curioso es que Bujarin –que debe su salud a su corta memoria– actuase como acusador. Al lado de este aspecto cómico hay otro trágico: es Lenin quien está en el banquillo, ya que él ha expresado este mismo pensamiento elemental docenas de veces.

Así pues, en 1921, seis años después del supuesto cambio de actitud de Lenin en 1915, cuatro años después de Octubre, el CC, con Lenin a la cabeza, aprobó el programa de las Juventudes Comunistas, establecido por una comisión dirigida por Bujarin y en cuyo párrafo cuarto se dice:

> "El poder del Estado se encuentra ya en la URSS en manos de la clase obrera. Durante tres años de luchas heroicas contra el capital mundial se ha mantenido y desarrollado el poder soviético. Aunque Rusia posee inmensas riquezas naturales es, sin embargo, desde el punto de vista industrial, un país atrasado donde predomina una población pequeñoburguesa. Rusia no puede llegar al socialismo más que a través de la revolución proletaria mundial: hemos entrado en la época de este desarrollo".

Por sí mismo, este párrafo del programa de las Juventudes Comunistas (¡un programa, no un documento cualquiera!) demuestra cuán ridículas e indignas son las tentativas de los autores del proyecto que apuntan a demostrar que el Partido "consideró siempre posible la construcción del socialismo en un solo país, y más precisamente en Rusia". Si esto fue "siempre" así, ¿por qué Bujarin formuló de esta manera ese párrafo del programa de las Juventudes Comunistas? ¿Dónde tenía Stalin en ese momento los ojos? ¿Cómo Lenin y todo el CC habrían podido aprobar semejante herejía? ¿Cómo nadie en el Partido habría observado ese "detalle" y no habría planteado la cuestión? ¿No se parece demasiado todo esto a una siniestra farsa con la cual se ridiculizan cada vez más el Partido, su historia y la IC? ¿No es ya hora de poner fin a todo esto? ¿¡No llegó el momento de decirle a los revisionistas: ustedes ya no pueden seguir camuflándose detrás de Lenin y la tradición teórica del Partido!?

En el VII Pleno del Comité ejecutivo de la IC, Bujarin –que sobrevive gracias a su corta memoria–, en la discusión de la resolución condenatoria del "trotskismo", declaró:

> "La teoría de la revolución permanente del camarada Trotsky (y el camarada Trotsky la profesa aún) dice también que, a causa de nuestra situación económica atrasada, pereceremos inevitablemente sin la revolución mundial" (Actas taquigráficas, p. 115).

En el VII Pleno, yo había hablado de las lagunas existentes en la teoría de la revolución permanente tal como la había formulado en 1905-06. Pero es evidente que no había ni siquiera pensado en renunciar a lo fundamental de esta teoría, a lo que me aproximaba y me aproximó a Lenin, a lo que actualmente no me permite admitir la revisión del leninismo.

Había dos tesis fundamentales en la teoría de la revolución permanente.

Primero: a pesar del atraso histórico de Rusia, la revolución puede dar el poder al proletariado ruso antes de dárselo al de los países avanzados. Segundo: para superar las contradicciones con que tropezará la dictadura del proletariado en un país atrasado, cercado por el mundo de enemigos capitalistas, se deberá avanzar a la arena de la revolución mundial. La primera de estas ideas se basa en una correcta concepción de la ley del desarrollo desigual. La segunda se deriva de una comprensión exacta de la realidad de los lazos económicos y políticos que unen a los países capitalistas. Bujarin tiene razón cuando dice que yo persisto en profesar estas dos ideas fundamentales de la teoría de la revolución permanente. Ahora más que nunca, pues las considero enteramente comprobadas y confirmadas; en el dominio teórico, por las obras completas de Marx y de Lenin, y, en el dominio práctico, por la experiencia de la Revolución de Octubre.

6. ¿Dónde está, entonces, la "desviación socialdemócrata"?

Las citas mencionadas son más que suficientes para caracterizar la posición teórica de Stalin y Bujarin de ayer y de hoy. Pero para caracterizar sus procedimientos políticos es preciso recordar que, después de haber cosechado en los escritos de la Oposición declaraciones completamente análogas a las que ellos mismos hicieron hasta 1925 (*hasta ese momento*, en perfecto acuerdo con Lenin), Stalin y Bujarin, basándose en ellas, pusieron en pie la teoría de nuestra "desviación socialdemócrata". Al parecer, sobre el problema esencial de las relaciones entre la Revolución de Octubre y la Internacional, la Oposición pensaría como… Otto Bauer, quien niega la posibilidad de construir el socialismo en Rusia. Se podría creer que no se ha inventado la imprenta hasta 1924 y que todo lo que le precede está condenado al olvido. Se cuenta de antemano con que la gente tiene poca memoria.

Sin embargo, sobre la cuestión del carácter de la Revolución de Octubre, el IV Congreso de la IC ya arregló las cuentas con Otto Bauer y los filisteos de la II Internacional. El informe sobre la nueva política económica y las perspectivas de la revolución mundial[33] –que presenté en nombre del CC– contenía un juicio sobre la actitud de Otto Bauer que expresaba los puntos de vista de nuestro CC de entonces; no encontró ninguna objeción en el Congreso, y considero que ha conservado hasta hoy toda su fuerza. Bujarin renunció, después de mi informe, a volver sobre el aspecto político del problema, ya que "muchos camaradas, entre ellos Lenin y Trotsky, habían

33 León Trotsky, "Informe sobre la nueva política económica soviética y las perspectivas de la revolución mundial", 14 de noviembre de 1922, *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*, Bs. As., CEIP, 1999, p. 233 [NdE].

hablado ya de él"; en otros términos, Bujarin se solidarizó, entonces, con mi informe. He aquí lo que dije en el IV Congreso a propósito de Otto Bauer:

> "Reconociendo, por un lado, en sus artículos de domingo, que el capitalismo, y especialmente en Europa, ha sobrevivido y frena el progreso histórico; expresando, por otra parte, la afirmación de que la evolución de la Rusia soviética debe inevitablemente terminar en un triunfo de la democracia burguesa, los teóricos socialdemócratas caen en una contradicción banal y lamentable, bastante digna de estos estúpidos, torpes y pomposos. Nuestra Nueva Política Económica está calculada para condiciones muy específicas de espacio y tiempo. Es la política de maniobra de un Estado obrero que se mantiene rodeado por el capitalismo y que apuesta al desarrollo revolucionario en Europa. Operar con categorías absolutas de capitalismo y de socialismo, y con superestructuras políticas que le corresponden 'adecuadamente', para decidir acerca del destino de la República soviética, muestra una incapacidad absoluta para comprender las condiciones propias de una época de transición. Es el sello de un escolástico y no de un marxista. Jamás hay que excluir el factor tiempo de los cálculos políticos. Si piensan que el capitalismo continuará existiendo en Europa durante cincuenta años o un siglo, y que la Rusia soviética deberá ajustar su política económica al capitalismo, la cuestión queda automáticamente resuelta. Porque, asegurando esto, suponen por adelantado el hundimiento de la revolución proletaria en Europa y el comienzo de una nueva época de renacimiento capitalista. ¿Sobre qué bases posibles? Desde que Otto Bauer ha descubierto síntomas milagrosos de una resurrección capitalista en la vida austríaca actual, se habla de predestinación para la Rusia soviética. No vemos aún milagro alguno, y en absoluto creemos en ellos.
> Para nosotros, la perpetuación del dominio de la burguesía europea, durante algunos decenios, no significaría, en las condiciones mundiales actuales, el florecimiento del capitalismo, sino una decadencia económica y la descomposición cultural de Europa. No se puede negar que tal variante del desarrollo histórico arrastraría a la Rusia soviética a un abismo. En ese caso, que nuestro país atraviese la etapa de la 'democracia' o sufra la decadencia en alguna otra forma es una cuestión de segundo orden. Pero no tenemos aún motivos para enrolarnos bajo el estandarte de la filosofía de Spengler. Contamos firmemente con el desarrollo revolucionario en Europa. La Nueva Política Económica es simplemente nuestro modo de adaptarnos al ritmo de este desarrollo".

Esta manera de plantear la cuestión nos lleva al punto por el cual hemos comenzado a juzgar el proyecto de programa: en la época del imperialismo no se puede tener en cuenta la suerte de un país aislado más que partiendo de las tendencias del desarrollo mundial considerado como un todo en el cual este país está incluido con todas sus particularidades nacionales, y del cual depende. Los teóricos de la II Internacional aíslan a la URSS del resto

del mundo y de la época imperialista; le aplican, considerándola como país aislado, el criterio árido de la "madurez" económica; establecen que no está preparada para construir el socialismo con sus solas fuerzas, y de ahí deducen que es inevitable la degeneración capitalista del Estado obrero.

Los autores del proyecto de programa se colocan en el mismo plano teórico; aceptan enteramente la metodología metafísica de los teóricos socialdemócratas; exactamente como ellos, olvidan la unidad del mundo y de la época imperialista; toman como punto de partida la ficción del desarrollo aislado; aplican a la etapa nacional de la revolución mundial el árido criterio económico; pero, por el contrario, su "sentencia" es contraria a la de aquellos. El "izquierdismo" de los autores del proyecto consiste en que reproducen en sentido inverso el juicio socialdemócrata. Sin embargo, la manera como los teóricos de la II Internacional plantean la cuestión no tiene importancia para nosotros. Es preciso adoptar la de Lenin, que *elimina* simplemente el juicio y el pronóstico de Bauer como los ejercicios dignos de un alumno del preparatorio.

He aquí lo que queda de nuestra "desviación socialdemócrata". No es a nosotros, sino a los autores del proyecto a quienes se debe clasificar entre los parientes de Bauer.

7. La dependencia de la URSS de la economía mundial

Herr Vollmar –y ningún otro– fue el precursor de los defensores de la sociedad socialista nacional. Al trazar, en un artículo titulado "El Estado socialista aislado", la perspectiva de la construcción del socialismo en Alemania por las propias fuerzas del proletariado de este país (que había superado ampliamente a la avanzada Inglaterra), Vollmar en 1878 se refería con una claridad y una precisión absolutas a la ley del desarrollo desigual que, según cree Stalin, era ignorada por Marx y Engels. Vollmar deduce de esta ley una incontrovertible conclusión:

> "En las condiciones que prevalecen actualmente, y que se mantendrán durante todo el período que podemos prever ahora, la hipótesis de una victoria simultánea del socialismo en todos los países civilizados queda absolutamente excluida...".

Desarrollando este pensamiento más adelante, Vollmar dice:

> "Llegamos así al Estado socialista aislado, que es –espero haberlo demostrado– si no el único posible, al menos el más probable...".

En la medida en que, como se lo puede comprender, este Estado aislado es una dictadura del proletariado, Vollmar expone una opinión indiscutible, que era la misma que la de Marx y Engels, y que Lenin expresó en el artículo de 1915 citado más arriba.

Pero después vienen los hallazgos que corresponden únicamente a Vollmar, y cuya formulación es menos unilateral e incorrecta que la de nuestros teóricos del socialismo en un solo país. La argumentación de Vollmar se basa en el hecho de que una Alemania socialista mantendría relaciones económicas estrechas con la economía capitalista mundial, disponiendo de las ventajas que constituyen un alto desarrollo técnico y bajos costos de producción. Esta hipótesis se basa en la perspectiva de la *coexistencia pacífica* de los sistemas socialista y capitalista. Y como con el tiempo el socialismo demostrará de una manera cada vez más espectacular su superioridad en el terreno de la producción, la necesidad de la revolución mundial desaparecerá por sí misma: el socialismo triunfará sobre el capitalismo a través del mercado y por la intervención de los bajos precios.

Bujarin, autor del primero y coautor del segundo proyecto de programa, basa enteramente su construcción del socialismo en un solo país en la idea de la economía aislada considerada como fin en sí mismo. En su artículo titulado "Del carácter de nuestra revolución y de la posibilidad de la instauración victoriosa del socialismo en la URSS" (*El Bolchevique* N.º 19 y 20, 1926) –producción suprema de la escolástica multiplicada por la sofística–, todo el razonamiento se desarrolla en el marco de una economía aislada. El principal y único argumento es el siguiente:

> "Ya que tenemos todo lo 'necesario y suficiente' para construir el socialismo, consecuentemente, en el proceso mismo de esta construcción no hay un solo momento en que pueda volverse imposible. Si tenemos en el interior de nuestro país una combinación de fuerzas tal que cada año que transcurre la preponderancia del sector socialista de nuestra economía se fortalece y si el sector socialista crece más rápido que el sector privado, entonces comenzaremos cada nuevo año con fuerzas crecientes".

Es un razonamiento irrefutable: "*Ya que* tenemos todo lo necesario y suficiente", *entonces*... lo tenemos. Tomando como premisas sus conclusiones, Bujarin construye un sistema de economía socialista cerrado sobre sí mismo, sin entradas ni salidas. Bujarin, lo mismo que Stalin, no se acuerda del exterior, es decir, del mundo entero, más que desde el punto de vista de la intervención militar. Cuando Bujarin habla en este artículo de la necesidad de "hacer abstracción" del factor internacional se refiere a la intervención militar y no al mercado mundial. No necesita abstraerse de este último: simplemente se olvida de él en toda su construcción. Apoyándose en este esquema, Bujarin defendió en el XIV Congreso la idea de que si una intervención militar no venía a oponernos un obstáculo construiríamos el socialismo "aunque sea a paso de tortuga". La lucha incesante entre los dos sistemas, el hecho de que el socialismo sólo puede basarse en fuerzas productivas superiores, en una palabra, la dinámica marxista de la sustitución de una formación social por otra, basada en el crecimiento de las fuerzas productivas, todo eso fue

totalmente abandonado. Reemplazó la dialéctica revolucionaria e histórica por una utopía reaccionaria, la rapiña de un socialismo que se edificaría sobre una base técnica inferior, se desarrollaría "a paso de tortuga" en los límites nacionales y sin otra relación con el mundo exterior que el temor a la intervención armada. El hecho de no aceptar esta caricatura lamentable de la doctrina de Marx y de Lenin ha sido calificado de "desviación socialdemócrata". En este artículo de Bujarin, por primera vez, con la ayuda de toda una "argumentación", son caracterizadas nuestras opiniones. La historia registrará que fuimos condenados por "desviación socialdemócrata" porque no hemos admitido el retorno a la teoría de Vollmar sobre el socialismo en un solo país, retorno que, invirtiéndola, la vuelve aún más errónea.

El proletariado de la Rusia zarista no se habría apoderado del poder en Octubre si este país no hubiera sido el eslabón *más débil* de la cadena de la economía *mundial*; sin embargo era un eslabón. La conquista del poder por el proletariado no aisló ni mucho menos a la República de los soviets del sistema de la división internacional del trabajo creada por el capitalismo.

Del mismo modo que el prudente murciélago no levanta el vuelo hasta el crepúsculo, la teoría del socialismo en un solo país surgió en el momento en que nuestra industria –que consume cada vez mayores proporciones del antiguo capital fijo, que representaba dos tercios la dependencia de nuestra industria con respecto a la industria mundial– necesitaba renovar y extender urgentemente sus relaciones con el mercado mundial y en que se planteaban claramente ante la dirección de la economía los problemas de comercio con el exterior. En el XI Congreso, es decir, en el último en que pudo hablar, Lenin previno al Partido de que había que sufrir un nuevo examen, "un examen que organizarían el mercado ruso y *el mundial, al cual estamos subordinados, con el cual estamos ligados y del cual no podemos escapar*".

Nada hiere tan mortalmente a la teoría del "socialismo integral" aislado que el simple hecho de que las cifras de nuestro comercio exterior hayan pasado a ser, en el curso de los últimos años, la piedra angular de nuestros planes económicos. La "parte más débil" de toda nuestra economía, incluida nuestra industria, es la importación, que depende enteramente de la exportación. Pero como la resistencia de una cadena depende del eslabón más débil, los cálculos de nuestros planes económicos son adaptados a la medida de la importación.

Leemos en un artículo consagrado al sistema del establecimiento del plan, aparecido en la revista *Planovia Joziairtro* (*La economía planificada*), órgano teórico del Plan de Estado, enero de 1927, página 27: "Al establecer las cifras de control del año corriente hemos debido, metodológicamente, tomar como base los planes de nuestra exportación e importación, orientarse según ellos para establecer los planes de las diversas ramas de la industria y, por consiguiente, todo el plan general industrial y particularmente la construcción de nuevas fábricas".

Este enfoque metodológico a propósito del Plan de Estado significa, sin ninguna duda, que las cifras determinan la dirección y el ritmo de nuestro desarrollo económico, pero que el control de estas cifras se ha desplazado del lado de la economía mundial; y esto es así, no porque seamos más débiles, sino porque, habiéndonos vuelto más fuertes, hemos salido del círculo vicioso del aislamiento.

Por las cifras de las exportaciones e importaciones el mundo capitalista nos demuestra que tiene otros medios de coacción que los de la intervención militar. Dado que en las condiciones del mercado la productividad del trabajo y del sistema social en su conjunto se miden por la relación de los precios, la economía soviética está más bien amenazada por una intervención de mercancías capitalistas a bajo precio que por una intervención militar. Por esta razón, lo importante no es obtener un triunfo aislado, desde el punto de vista económico, contra la "propia burguesía". "La revolución socialista que avanza en el mundo entero no consistirá solamente en que el proletariado de cada país triunfe contra su burguesía"[34]. Se trata de una lucha a muerte entre dos sistemas sociales, uno de los cuales ha comenzado a construirse a partir de fuerzas productivas atrasadas mientras que el otro se apoya todavía hoy en fuerzas productivas de una potencia mucho mayor.

El que considera como "pesimismo" el hecho de reconocer que dependemos del mercado mundial (Lenin decía francamente que le estamos *subordinados*) revela toda su pusilanimidad de pequeñoburgués provinciano frente al mercado mundial y el carácter miserable de su optimismo local, ya que escapa a esta economía mundial a través de sus propios medios.

La nueva teoría considera como una cuestión de honor la idea extraña de que la URSS puede perecer a causa de una intervención militar, pero en ningún caso por su atraso en el dominio económico. Pero, puesto que las masas trabajadoras de una sociedad socialista están mucho más dispuestas a defender el país que los esclavos del capital a atacarlo, uno se pregunta: ¿cómo podemos perecer a causa de una intervención militar? Porque el enemigo es infinitamente más fuerte desde el punto de vista técnico. Bujarin sólo reconoce la superioridad de las fuerzas productivas en su aspecto militar técnico. No quiere comprender que el tractor Ford es tan peligroso como el cañón Creusot, con la diferencia de que este último no puede obrar más que de vez en cuando, en tanto el primero hace continuamente presión sobre nosotros. Además, el tractor sabe que detrás de sí está el cañón como última reserva.

Nosotros, primer Estado obrero, somos una parte del proletariado internacional, y con este dependemos del capitalismo mundial. Se ha puesto en circulación la palabra "relación", indiferente, neutra, castrada por los burócratas, para disimular el carácter, sumamente penoso y peligroso para nosotros, de estas "relaciones". Si produjésemos según los precios del mercado mundial,

34 V. I. Lenin, *OC*, 1919, vol. XVI, p. 388 [NdEE].

continuaríamos bajo su dependencia, pero esta sería mucho menos rigurosa. Pero, por desgracia, no ocurre así. El monopolio del comercio exterior prueba por sí mismo el carácter peligroso y cruel de nuestra dependencia. La importancia decisiva que tiene ese monopolio para nuestra construcción del socialismo se deriva, precisamente, de la correlación de fuerzas desfavorable para nosotros. No se puede olvidar un solo instante que el monopolio del comercio exterior sólo regulariza nuestra dependencia del mercado mundial, pero no la suprime.

> "Mientras nuestra República de los soviets –escribió Lenin– siga siendo un *mercado aislado* de todo el mundo capitalista, creer en nuestra independencia económica completa y en la liquidación de ciertos peligros sería dar prueba de un espíritu fantástico y utópico"[35] (Palabras subrayadas por nosotros. NdLT).

Los peligros esenciales son la consecuencia de la situación objetiva de la URSS como "mercado aislado" en la economía capitalista, que nos es hostil. Sin embargo, esos peligros pueden crecer o disminuir. Eso depende de la acción de dos factores: nuestra construcción del socialismo, de una parte, y la evolución de la economía capitalista, de otra. Evidentemente, *en última instancia*, el segundo factor, es decir, la suerte del conjunto de la economía mundial, es el que tiene una importancia decisiva.

¿Puede ocurrir –y en qué caso preciso– que la productividad de nuestro sistema social esté cada vez más atrasada con respecto a la del capitalismo? Pues, a fin de cuentas, eso provocaría inevitablemente el hundimiento de la República socialista. Si dirigimos con inteligencia nuestra economía durante esta fase –durante la cual debemos crear la base de la industria, lo que exige cualidades mucho mayores en la dirección–, la productividad de nuestro trabajo aumentará. ¿Se puede suponer, no obstante, que la productividad del trabajo de los países capitalistas o, para hablar con mayor precisión, de los países capitalistas predominantes, crecerá más rápidamente que la nuestra? Si no se da a esta pregunta una respuesta que tenga en cuenta las perspectivas, las proclamas jactanciosas sobre nuestra marcha suficiente "por sí misma" (sin hablar de la filosofía ridícula del "paso de tortuga") no significan nada. Pero la sola tentativa de resolver el problema de la lucha entre los dos sistemas nos lleva al terreno de la economía y de la política mundiales, es decir, al terreno en que actúa y decide la Internacional revolucionaria (y no una República soviética que tenga como fin su propia existencia y recurra de vez en cuando a la ayuda de la Internacional).

El proyecto de programa dice que la economía estatal de la URSS "desarrolla la gran industria a un *ritmo* que sobrepasa el de los países capitalistas". En este ensayo de confrontación de los dos ritmos es preciso reconocer que se da un paso adelante, en el dominio de los principios, con relación al período en que los autores del proyecto negaban categóricamente la necesidad de un coeficiente de comparación entre nuestra evolución y la del mundo. Es inútil

35 Ibíd., vol. XVII, p. 409 [NdEF].

"mezclar a estos problemas con el factor internacional", decía Stalin. Construiremos el socialismo "aunque sea a paso de tortuga", anunciaba Bujarin. Precisamente siguiendo esta línea se desarrollaron las discusiones de principio durante varios años. *Formalmente*, esta línea ya triunfó. Pero si, en vez de deslizar en el texto una comparación entre los diferentes ritmos del desarrollo económico, se comprende lo que el problema tiene de esencial, se verá que no se puede hablar en otro capítulo del proyecto de un "mínimo suficiente de industria", basándose sólo en las relaciones internas, sin relación con el mundo capitalista; no sólo no se puede resolver a priori sino ni siquiera plantear la cuestión de saber si es "posible" o "imposible" para el proletariado de un país construir el socialismo por sus propias fuerzas. La cuestión se resuelve en la dinámica de la lucha de dos sistemas, entre dos clases mundiales; a pesar de los coeficientes elevados de nuestro crecimiento durante el período de reconstrucción, sigue siendo un hecho esencial e indiscutible que:

> "El capitalismo, si se le considera en una escala mundial, continúa siendo más fuerte que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta tesis fundamental y no olvidarla jamás"[36].

El problema de la relación entre los diferentes ritmos entre sí no está resuelto. No depende solamente de nuestra habilidad para abordar la alianza entre la ciudad y el campo, asegurar el almacenaje de trigo, intensificar las importaciones y las exportaciones; dicho de otro modo, no depende únicamente de nuestros éxitos en el interior (que son, ciertamente, un factor de importancia excepcional en esta lucha), sino que está ligado muy fuertemente a la marcha de la economía y de la revolución mundiales. Por consiguiente, la cuestión no será esclarecida en los límites de una nación, sino en el terreno mundial de la lucha económica y política.

Es así que, casi en cada punto del proyecto de programa, vemos una concesión directa o disimulada a la crítica de la Oposición. Esta concesión se manifiesta por una aproximación teórica a Marx y a Lenin, pero las conclusiones revisionistas permanecen completamente independientes de las tesis revolucionarias.

8. La contradicción entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales, causa del carácter utópico y reaccionario de la teoría del socialismo en un solo país

La argumentación de la teoría del socialismo en un solo país se reduce, como hemos visto, de una parte, a interpretar sofísticamente algunas líneas de Lenin, y, de otra, a explicar escolásticamente "la ley del desarrollo

36 Ibíd., vol. XVII, p. 102 [NdEF].

desigual". Interpretando juiciosamente tanto esta ley histórica como las citas en cuestión, llegamos a una conclusión directamente opuesta, es decir, a la que sacaban Marx, Engels, Lenin, a la que deducimos todos nosotros, incluso Stalin y Bujarin hasta 1925.

Del desarrollo desigual y espasmódico del capitalismo se deriva el carácter desigual y espasmódico de la revolución socialista; en tanto que de la interdependencia mutua de los diversos países, llegada a un grado muy avanzado, se desprende la imposibilidad, no sólo política sino también económica, de organizar el socialismo en un solo país.

Examinemos una vez más, y más de cerca, el texto del proyecto de programa bajo este ángulo. Ya hemos leído en la introducción:

> "El imperialismo [...] agudiza la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y Estados hasta llevarlas a una tensión extrema".

Ya hemos dicho que esta tesis era, o más bien debería ser, la piedra angular de un programa internacional. Pero precisamente esta tesis excluye, refuta y barre a la teoría del socialismo en un solo país como una teoría reaccionaria, porque está en contradicción irreductible no sólo con la *tendencia fundamental* del desarrollo de las fuerzas productivas, sino también con los *resultados materiales* que este desarrollo ya ha provocado. Las fuerzas productivas son incompatibles con las fronteras nacionales. Este hecho es el que domina, no sólo el comercio exterior, la exportación de hombres y de capitales, la conquista de territorios, la política colonial, la última guerra imperialista, sino también la imposibilidad económica para una sociedad socialista de vivir aisladamente. Las fuerzas productivas de los países capitalistas están, desde hace mucho tiempo, limitadas dentro del marco de las fronteras nacionales. La sociedad socialista sólo se puede construir basándose en las fuerzas productivas modernas, en la electrificación, en el empleo de la química en el proceso de producción (incluida la agricultura), en la combinación y generalización de los elementos más avanzados de la técnica contemporánea más desarrollada.

Desde Marx no cesamos de repetir que el capitalismo es incapaz de dominar el espíritu de la nueva técnica que él mismo ha engendrado; espíritu que hace desbordar no sólo la envoltura de la propiedad privada burguesa, sino que rompe también, como lo ha demostrado la guerra de 1914, el marco nacional del Estado burgués. En cuanto al socialismo, no sólo debe apoderarse de las fuerzas productivas más desarrolladas del capitalismo, sino que debe llevarlas inmediatamente más lejos, elevarlas, asegurándoles un crecimiento imposible bajo el régimen capitalista. ¿Cómo entonces, se preguntará, reducirá el socialismo las fuerzas productivas para hacerlas entrar en los límites del Estado nacional, de los cuales trataban de salir violentamente ya bajo el régimen burgués? ¿O acaso será preciso que renunciemos a las

fuerzas productivas "indomables" que están tan comprimidas en las fronteras nacionales como en la teoría del socialismo en un solo país? ¿Deberemos limitarnos a las fuerzas productivas domésticas, es decir, a una técnica económica atrasada? Pero, entonces debemos, desde ahora y en toda una serie de ramas, no subir sino bajar por debajo incluso del lamentable nivel técnico actualmente alcanzado, que ligó indisolublemente a la economía mundial la Rusia burguesa y la llevó a participar en la guerra imperialista *para extender el territorio de las fuerzas productivas* que rebasaban el marco del Estado nacional.

Heredero de estas fuerzas, el Estado obrero, después de haberlas restablecido, está *obligado* a exportar e importar.

La desgracia es que sólo se introduce mecánicamente en el texto del proyecto de programa la tesis de la incompatibilidad de la técnica capitalista actual con las fronteras nacionales y luego se razona como si esta incompatibilidad existiese. En el fondo, todo el proyecto es una combinación de tesis revolucionarias de Marx y de Lenin con conclusiones oportunistas o centristas absolutamente inconciliables con ellas. He aquí por qué es necesario, *sin dejarse seducir por algunas fórmulas revolucionarias* del proyecto, ver claramente hacia dónde *van sus tendencias esenciales.*

Ya hemos citado el capítulo primero que habla de la posibilidad del triunfo del socialismo en "un solo país, considerado aisladamente". Esta idea está expresada más clara y brutalmente en el cuarto capítulo, donde se dice:

> "La dictadura (?) del proletariado mundial [...] no puede realizarse más que a continuación del triunfo del socialismo (?) en diversos países, cuando las repúblicas proletarias nuevamente constituidas se federen con las ya existentes".

Si las palabras "triunfo del socialismo" sólo se usan para designar la dictadura del proletariado, entonces estamos en presencia de un lugar común indiscutible, que habría debido formularse mejor en el programa para evitar una doble interpretación. Pero no es ése el pensamiento de los autores del proyecto. Por "triunfo del socialismo" no entienden simplemente la conquista del poder y la nacionalización de los medios de producción, sino la organización de la sociedad socialista en un solo país. En su pensamiento, no se trata de una economía socialista mundial basada en la división internacional del trabajo, sino de una federación de comunas socialistas, cada una de las cuales tendrá como fin su propia existencia, con las intenciones del bienaventurado anarquismo, con la única diferencia de que los límites de estas comunas son ampliados hasta los del Estado nacional.

El proyecto de programa, en su deseo de disimular de forma ecléctica la nueva manera de abordar la cuestión con antiguas fórmulas, recurre a la tesis siguiente:

> "Sólo después de la victoria completa del proletariado en el mundo, después de que su poder mundial se haya consolidado, vendrá una época duradera de construcción intensiva de la economía socialista mundial" (Cap. IV).

Esta tesis, destinada a servir de disfraz en el dominio teórico, desenmascara en realidad la contradicción esencial. Si se quiere decir que la época de la verdadera construcción socialista sólo podrá comenzar después de la victoria del proletariado en varios países avanzados, entonces se renuncia simplemente a la teoría del socialismo en un solo país, y se adopta la posición de Marx y de Lenin. Pero si se parte de la nueva teoría de Stalin-Bujarin –que ha echado raíces en diversas partes del proyecto de programa– se obtiene la perspectiva de la realización del socialismo integral en una serie de países diferentes antes del triunfo mundial y completo del proletariado; y es con estos países socialistas que se construirá la economía socialista mundial, del mismo modo en que los niños construyen una casa con tarugos de madera. En realidad, la economía socialista mundial no será, de ninguna manera, la suma de las economías socialistas nacionales. Sólo podrá constituirse, en sus rasgos esenciales, sobre la base de la misma división mundial del trabajo creada por la evolución precedente del capitalismo. En sus fundamentos ella se formará y se reconstruirá, no después de la construcción del "socialismo integral" en una serie de países, sino en medio de los huracanes y de las tempestades de la revolución proletaria mundial, que se prolongará durante varias décadas. Las victorias económicas obtenidas por los primeros países de la dictadura proletaria no se medirán según el grado de aproximación al "socialismo integral", sino por la estabilidad política de la dictadura, por los éxitos obtenidos en la preparación de los elementos de la futura economía socialista mundial.

El pensamiento revisionista se expresa con más precisión y, si esto es posible, con más brutalidad aún en el quinto capítulo; ocultándose tras una línea y media del artículo póstumo de Lenin, que desfiguran, los autores del proyecto de programa afirman que la URSS "posee en el país las premisas *materiales* necesarias y suficientes, no sólo para vencer a los propietarios agrarios y a la burguesía, sino también para construir el socialismo integral".

¿Gracias a qué circunstancias hemos heredado privilegios históricos tan excepcionales? A ese respecto leemos en el segundo capítulo del proyecto:

> "El frente imperialista se rompió [gracias a la Revolución de 1917] por su *eslabón más débil*: la Rusia zarista" (Palabras destacadas por nosotros. NdLT).

He aquí una magnífica fórmula leninista. En el fondo, significa que Rusia era el Estado imperialista más atrasado y más débil desde el punto de vista económico. Justamente por eso las clases dominantes en Rusia fueron las primeras en hundirse por haber cargado las fuerzas productivas *insuficientes* del país con un fardo que no pudieron soportar. El desarrollo desigual, por sacudidas, obligó así al proletariado de la potencia imperialista más atrasada a ser el primero en tomar el poder. Antes se nos enseñaba que, precisamente por esta razón, la clase obrera "del eslabón más débil" encontraría mayores dificultades para acceder al socialismo que el proletariado de los países avanzados; este tendría

mayores dificultades para tomar el poder pero, conquistándolo mucho antes de que nosotros hubiéramos vencido nuestro atraso, no solamente nos sobrepasaría, sino que nos conduciría en la construcción completa del socialismo, basada en una técnica mundial superior y en la división internacional del trabajo. He aquí la concepción con la cual entramos en la Revolución de Octubre, concepción que el Partido formuló decenas, centenares, miles de veces en la prensa y en las reuniones, pero que se intenta sustituir, desde 1923, con una noción absolutamente opuesta. ¡Ahora nos encontramos con que la antigua Rusia zarista –el "eslabón más débil"– pone en manos del proletariado de la URSS, heredero de la Rusia zarista y de sus debilidades, la ventaja inapreciable de poseer sus propias bases nacionales para construir "el socialismo integral"!

La desgraciada Inglaterra no dispone de semejante privilegio a causa del desarrollo *excesivo* de sus fuerzas productivas, que necesitan casi al mundo entero para abastecerse de materias primas y colocar sus productos. Si las fuerzas productivas de Inglaterra fueran más "moderadas", si mantuviesen un equilibrio relativo entre la industria y la agricultura, entonces, sin duda, el proletariado inglés podría construir el socialismo integral en su isla "considerada aisladamente", protegida por su flota contra una intervención extranjera.

El proyecto de programa, en su capítulo cuarto, reparte los Estados capitalistas en tres grupos:

> "1.º Los países de capitalismo avanzado (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, etc.).
> 2.º Los países donde el capitalismo ha alcanzado un nivel de desarrollo medio (Rusia antes de 1917, Polonia, etc.).
> 3.º Los países coloniales y semicoloniales (India, China, etcétera)".

Aunque "Rusia antes de 1917" estuviera infinitamente más cerca de la China actual que de los Estados Unidos de ahora, se podría no hacer objeciones especiales a este reparto esquemático si no fuera –en relación con otras partes del proyecto– una fuente de falsas deducciones. Teniendo en cuenta que el proyecto estima que los países "de desarrollo medio" disponen "de un mínimo de industria suficiente" para construir por sus propias fuerzas el socialismo, con mayor razón esto es cierto para los países de capitalismo superior. Así, pues, *sólo* los países coloniales y semicoloniales necesitan la ayuda exterior; este es precisamente, como veremos en otro capítulo, el rasgo distintivo del proyecto de programa.

Sin embargo, si abordamos los problemas de la construcción del socialismo con este único criterio, haciendo abstracción de las riquezas naturales del país, de las relaciones que existen en su interior entre la industria y la agricultura, del lugar que ocupa en el sistema mundial de la economía, caeremos en nuevos errores no menos groseros. Hablemos de Inglaterra. Siendo

indiscutiblemente un país de capitalismo superior, pero *precisamente por esto,* no tiene ninguna posibilidad de construir con éxito el socialismo en el marco de sus fronteras insulares. Inglaterra simplemente se ahogaría al cabo de algunos meses.

Ciertamente, las fuerzas de producción superiores, si todas las demás condiciones son iguales, constituyen una ventaja enorme para la construcción del socialismo. Dan a la economía una flexibilidad excepcional, incluso cuando esta es cercada por el bloqueo (como lo ha probado la Alemania burguesa en el curso de la guerra). Pero para estos países avanzados la construcción del socialismo sobre bases nacionales correspondería a una baja general, a una disminución global de las fuerzas productivas; esto iría directamente en contra de las tareas socialistas.

El proyecto de programa olvida la tesis fundamental de la incompatibilidad entre las fuerzas productivas actuales y las fronteras nacionales; consecuentemente las fuerzas productivas más desarrolladas no son un obstáculo menor para la construcción del socialismo en un solo país que las fuerzas poco desarrolladas, aunque estas obren de manera contraria: si las segundas son insuficientes por su base, para las primeras, por el contrario, la base es demasiado limitada. Se olvida la ley del desarrollo desigual precisamente cuando más se la necesita, cuando tiene mayor importancia.

El problema de la construcción del socialismo no se resuelve simplemente por la "madurez" o la "inmadurez" industrial del país. Esta inmadurez es también desigual. En la URSS, en la que ciertas ramas de la industria (y en primer lugar, la construcción de máquinas) son muy insuficientes para satisfacer las necesidades internas más elementales, otras, por el contrario, no pueden, en las circunstancias dadas, desarrollarse sin una exportación vasta y creciente. Entre estas últimas, algunas son de primera importancia: las explotaciones forestales y la extracción de petróleo y de manganeso, sin hablar de la agricultura. Por otro lado, las ramas "insuficientes" no podrán tampoco desarrollarse seriamente si las ramas que producen "en superabundancia" (relativa) no pueden exportar. La imposibilidad de construir una sociedad socialista aislada –no en utopía, en la Atlántida, sino en las condiciones concretas geográficas e históricas de nuestra economía terrestre– está determinada para diversos países, en grados diversos, tanto por la extensión insuficiente de ciertas ramas como por el desarrollo "excesivo" de otras. De conjunto, esto significa justamente que las fuerzas de producción contemporáneas son incompatibles con las fronteras nacionales.

"¿Qué fue la guerra imperialista? Una insurrección de las fuerzas productivas, no sólo contra las formas burguesas de propiedad, sino también contra las fronteras de los Estados capitalistas. La guerra imperialista significaba, de hecho, que las fuerzas productivas se encontraban insoportablemente constreñidas en los límites de los Estados nacionales. Siempre hemos afirmado que el capitalismo no está en condiciones de dominar las fuerzas de

producción que ha desarrollado, y que sólo el socialismo es capaz, cuando después de su crecimiento rebasan el marco nacional, de incorporarlas en un conjunto económico superior. Ya no hay caminos que conduzcan hacia atrás, hacia el Estado aislado..." (Actas taquigráficas del VII Pleno del CE de la IC, discurso de Trotsky, p. 100).

Al tratar de justificar la teoría del socialismo en un solo país, el proyecto de programa comete un doble, triple, cuádruple error: exagera la altura del nivel de las fuerzas productivas de la URSS; cierra los ojos para no ver la ley del desarrollo desigual de las diversas ramas de la industria; olvida la división mundial del trabajo; y, finalmente, no se acuerda de la contradicción esencial que existe entre las fuerzas productivas y las barreras nacionales en el curso de la época imperialista.

Para no dejar fuera de nuestro examen ni un solo argumento, nos queda por recordar aún una consideración, la más general desde luego, formulada por Bujarin al defender la nueva teoría.

La relación existente en el conjunto del mundo, dice Bujarin, entre el proletariado y los campesinos no es más favorable que en la URSS. Si el retraso en el desarrollo de la industria es la causa por la cual no ha podido construirse el socialismo en la URSS, tampoco es realizable a escala de la economía mundial.

Debería introducirse este argumento en todos los manuales de dialéctica como ejemplo clásico de procedimiento de reflexión escolástica. Primeramente: es muy probable que la relación entre el proletariado y los campesinos en el conjunto del mundo no difiera mucho de la existente en la URSS. Pero la revolución mundial como, desde luego, la revolución en un solo país, no se realiza según el método de la proporción media aritmética. Así, la Revolución de Octubre se produjo y se afirmó sobre todo en el Petrogrado proletario; no eligió una región en que la relación entre los obreros y los campesinos correspondiese a la proporción media de toda Rusia. Después de que Petrogrado, y más tarde Moscú, hubieron creado el poder y el ejército revolucionarios, tuvieron durante varios años que vencer a la burguesía a través del país; sólo después de este proceso, que se llama revolución, se ha establecido en los límites de la URSS la relación existente actualmente entre el proletariado y los campesinos. La revolución no se realiza según el método de la proporción media aritmética. Puede incluso comenzar en un sector menos favorable, pero mientras no se haya consolidado en las partes decisivas, tanto del frente nacional como del mundial, no se puede hablar de su victoria definitiva.

En segundo lugar: la relación entre el proletariado y los campesinos, en el marco de un nivel "medio" de la técnica, no es el único factor que resuelve el problema. Existe aún la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. La URSS está rodeada, no por un mundo obrero y campesino, sino por el sistema capitalista. Si derribase a la burguesía en el mundo entero, es

evidente que este hecho en sí mismo no modificaría aún ni la relación entre el proletariado y los campesinos ni el nivel medio de la técnica en la URSS ni en el mundo entero. Sin embargo, la construcción del socialismo en la URSS vería abrirse ante ella, inmediatamente, otras posibilidades y tomaría otra envergadura, absolutamente incomparable con la actual.

En tercer lugar: si las fuerzas productivas de cada país avanzado sobrepasaran en un grado cualquiera las fronteras nacionales, habría que concluir, según Bujarin, que las fuerzas productivas de todos los países han sobrepasado los límites del globo terrestre y, por consiguiente, que el socialismo sólo debe ser construido a escala del sistema solar.

Lo repetimos: el argumento bujarinista que se basa en la proporción media de obreros y de campesinos debería introducirse en los abecedarios de la política, no como se hace probablemente ahora, para defender la teoría del socialismo en un solo país, sino como prueba de la incompatibilidad completa que existe entre la casuística escolástica y la dialéctica marxista.

9. La cuestión sólo puede ser resuelta en la arena de la revolución mundial

La nueva doctrina dice: puede construirse el socialismo sobre la base de un Estado nacional *a condición de que no se produzca una intervención armada.* De ahí puede y debe desprenderse una política colaboracionista hacia la burguesía del exterior, a pesar de todas las declaraciones solemnes del proyecto de programa. El fin es evitar la intervención: en efecto, esto garantizará la construcción del socialismo, el problema histórico fundamental estará resuelto. La tarea de los partidos de la IC toma de esta manera un carácter secundario: preservar a la URSS de las intervenciones y no luchar por la conquista del poder. Se trata, evidentemente, no de las intenciones subjetivas, sino de una lógica objetiva del pensamiento político.

> "La divergencia de opiniones consiste –dice Stalin– en que el Partido considera que estas contradicciones (internas) y estos conflictos eventuales se pueden *superar perfectamente* sobre la base de las propias fuerzas de nuestra revolución, mientras que el camarada Trotsky y la Oposición estiman que sólo se pueden resolver a escala internacional, en la arena de la revolución mundial del proletariado" (*Pravda* N.º 262, 12 de noviembre de 1926).

Sí, la divergencia es expresada precisamente en estos términos. No se podría formular mejor la contradicción existente entre el nacional-reformismo y el internacionalismo revolucionario. Si nuestras dificultades, nuestros obstáculos, nuestras contradicciones internas, que reflejan las contradicciones mundiales, pueden ser superadas simplemente por "las propias fuerzas de nuestra revolución", fuera de la arena de la revolución internacional,

entonces la Internacional es una institución medio auxiliar, medio decorativa, cuyos congresos pueden convocarse cada cuatro años, cada diez o incluso nunca. Si se agrega que el proletariado de los otros países debe proteger nuestra construcción contra una intervención militar, la Internacional debe, según ese esquema, desempeñar el papel de un instrumento *pacifista.* Su rol fundamental, el de instrumento de la revolución mundial, pasa entonces, inevitablemente, al último plano. Y, lo repetimos, se llega a estas conclusiones, no conscientemente (por el contrario, toda una serie de párrafos del programa prueban que las mejores intenciones animan a los autores), sino como consecuencia de la lógica interna de la nueva teoría, lo que es mil veces más peligroso que las peores intenciones subjetivas.

En efecto, ya en el VII Pleno del CE de la IC Stalin había tenido la audacia de desarrollar y demostrar el siguiente pensamiento:

> "Nuestro partido no tiene derecho a engañar (!) a la clase obrera; de lo contrario, debería haber dicho, francamente, que la *falta de seguridad* (!) sobre la posibilidad de construir el socialismo en nuestro país lleva hacia el abandono del poder y a la transformación de nuestro partido de partido dirigente a partido de oposición" (Actas taquigráficas, vol. II, p. 10. Palabras subrayadas por mí. NdLT).

Esto significa: "Sólo tienes derecho a poner tus esperanzas en los escasos recursos de la economía nacional; no esperes nada de los recursos inagotables del proletariado mundial. Si no puedes prescindir de la revolución internacional, cede el poder, ese poder de Octubre que hemos conquistado en interés de la revolución internacional". ¡He aquí a qué decadencia se puede llegar cuando se parte de una posición radicalmente falsa!

El proyecto desarrolla una idea inobjetable cuando dice que los éxitos económicos de la URSS no pueden ser disociados de la revolución proletaria mundial. Pero el peligro político de la nueva teoría reside en la comparación errónea entre las dos palancas del socialismo mundial: nuestras realizaciones económicas y la revolución proletaria mundial. Sin que esta última triunfe no construiremos el socialismo. Los obreros de Europa y del mundo entero deben comprender esto claramente. La construcción económica tiene una importancia enorme. Si la dirección se equivoca, la dictadura del proletariado se debilita; su caída asestaría tal golpe a la revolución mundial que esta necesitaría una larga serie de años para reponerse. Pero la decisión del proceso histórico entre el mundo del socialismo y el del capitalismo depende de la segunda palanca, es decir, de la revolución proletaria mundial. La enorme importancia de la Unión Soviética consiste en que constituye la base en que se apoya la revolución mundial y no en que, independientemente de ella, será capaz de construir el socialismo.

Con un tono de superioridad injustificable, Bujarin nos pregunta repetidas veces:

> "Si existen ya premisas, puntos de partida, una base suficiente e incluso ciertos éxitos en la obra de construcción del socialismo, ¿dónde está, entonces, el límite a partir del cual todo 'se hace en sentido inverso'? Ese límite no existe" (Actas taquigráficas del VII Pleno del CE de la IC, p. 116).

Esto es mala geometría y no dialéctica histórica. Ese "límite" puede existir. Pueden existir varios en el plano interno e internacional, y también en los terrenos político, económico y militar. El "límite" más importante y más amenazador sería una consolidación seria y duradera, un nuevo ascenso del capitalismo mundial. La cuestión económica y política desemboca entonces en la arena mundial. ¿La burguesía puede asegurarse una nueva época de crecimiento capitalista? Negar esa eventualidad, contando con "la situación sin salida" del capitalismo, sería simplemente verborrea revolucionaria. "No hay situaciones absolutamente sin salida" (Lenin). El estado actual de equilibrio inestable de las clases que existe en los países europeos no puede durar en forma indefinida precisamente porque es inestable.

Cuando Stalin y Bujarin demuestran que la URSS puede prescindir, como Estado (es decir, en sus relaciones con la burguesía mundial), de la ayuda del proletariado extranjero, demuestran la misma ceguera que en todas las consecuencias de su error fundamental, pues la simpatía activa actual de las masas obreras nos protege de la intervención armada.

Es absolutamente innegable que, después del sabotaje socialdemócrata de la insurrección del proletariado europeo contra la burguesía, luego de la guerra, la simpatía activa de las masas obreras salvó a la República soviética.

Durante estos últimos años, la burguesía europea no encontró fuerzas suficientes para sostener una gran guerra contra el Estado obrero. Pero creer que esa correlación de fuerzas puede mantenerse durante muchos años (por ejemplo, hasta que hayamos construido el socialismo en la URSS) es dar prueba de una gran ceguera y juzgar toda una curva según un pequeño segmento. Esa situación inestable, en que el proletariado no puede tomar el poder ni la burguesía se siente firmemente dueña de la situación, debe, más pronto o más tarde, un año antes o un año después, decidirse brutalmente en un sentido o en otro, hacia la dictadura del proletariado o hacia una consolidación seria y duradera de la burguesía, que se instalará sobre las espaldas de las masas populares, sobre los huesos de los pueblos coloniales y... ¿quién sabe?, sobre los nuestros.

> "No hay situaciones absolutamente sin salida". La burguesía puede superar sus contradicciones más difíciles únicamente siguiendo la ruta abierta por las derrotas del proletariado y los errores de la dirección revolucionaria. Pero lo contrario también es verdad. No habrá un nuevo ascenso del capitalismo mundial (en la perspectiva de una nueva época de grandes conmociones) si el proletariado sabe encontrar el medio de salir por el camino revolucionario del presente equilibrio inestable.

> "Es preciso que los partidos revolucionarios demuestren ahora a través de la acción práctica –decía Lenin el 19 de julio de 1920 en el II Congreso– que tienen suficiente conciencia, sentido de la organización, lazos con las masas explotadas, resolución y habilidad para utilizar esta crisis en beneficio de un triunfo de la revolución"[37].

Nuestras contradicciones internas, que dependen directamente de la marcha de la lucha europea y mundial, pueden reglamentarse y atenuarse inteligentemente gracias a una política interna correcta, basada en una previsión marxista; pero sólo se las podrá vencer totalmente eliminando las contradicciones de clases, lo que no puede ocurrir antes de que triunfe la revolución en Europa. Stalin tiene razón: la divergencia es justamente esta, la que separa fundamentalmente el reformismo nacional del internacionalismo revolucionario.

10. La teoría del socialismo en un solo país, fuente de errores socialpatriotas inevitables

La teoría del socialismo en un solo país conduce inevitablemente a subestimar las dificultades que hay que vencer y a exagerar las realizaciones conseguidas.

No se podría encontrar afirmación más antisocialista y antirrevolucionaria que la declaración de Stalin pretendiendo que las nueve décimas partes del socialismo ya están realizadas en nuestro país. Parece especialmente calculado por el burócrata vanidoso. De esta manera, se puede comprometer irremediablemente la idea de la sociedad socialista ante los ojos de las masas trabajadoras. Los éxitos obtenidos por el proletariado soviético son grandiosos si se tienen en cuenta las condiciones en que han sido obtenidos, así como el bajo nivel de cultura heredado del pasado. Pero estos resultados constituyen una muy pequeña cantidad si se los pesa en la balanza del ideal socialista. Para no cortar los brazos al obrero, al jornalero, al campesino pobre –que en el undécimo año de la revolución ven en torno suyo la miseria, la pobreza, la desocupación, las colas ante las panaderías, el analfabetismo, los niños vagabundos, la embriaguez, la prostitución–, hay que decir la verdad, por más cruel que sea, y no una dulce mentira. En lugar de mentir, asegurándoles que las nueve décimas partes del socialismo están ya realizadas, es preciso decirles que actualmente nuestro nivel económico, condiciones de vida y de cultura están mucho más cerca del capitalismo atrasado e inculto que de la sociedad socialista. Hay que decirles que sólo comenzaremos la *verdadera* construcción del socialismo después de que el proletariado de los países más avanzados haya conquistado el poder; que hay que trabajar sin descanso en esta construcción, sirviéndonos de las dos palancas: una corta,

37 Ibíd., vol. XVII, p. 264 [NdEE].

la de nuestros esfuerzos económicos internos, y la otra larga, la de la lucha internacional del proletariado.

En una palabra, en lugar de las frases de Stalin sobre las nueve décimas partes del socialismo, hay que recordarles las palabras de Lenin:

> "Rusia (indigente) sólo conocerá la abundancia si rechaza todo desaliento y toda fraseología, si, apretando los dientes, concentra todas sus fuerzas y pone en tensión cada nervio y cada músculo, si comprende que la salvación es posible *sólo* en el camino de la revolución socialista internacional, en cuya época hemos entrado"[38].

* * *

Nos hemos visto obligados a oír a militantes de la IC expresar el argumento siguiente: evidentemente, la teoría del socialismo en un solo país no tiene consistencia, pero ofrece, en condiciones difíciles, una perspectiva a los obreros rusos, y por eso mismo les da valor. Es difícil medir la profundidad de la caída, desde el punto de vista teórico, de los que no buscan en un programa un medio de orientarse, un medio de clase con una base científica, sino un consuelo moral. Las teorías consoladoras, que contradicen los hechos, forman parte de la religión y no de la ciencia, y la religión es "el opio del pueblo".

Nuestro partido ha atravesado su período heroico con un programa enteramente centrado en la revolución internacional, y no en el socialismo en un solo país. Bajo el estandarte que decía que Rusia atrasada no construiría el socialismo por sus propias fuerzas, la juventud comunista ha atravesado los años más duros de la guerra civil, con el hambre, el frío, los penosos sábados y domingos comunistas, las epidemias, los estudios hechos con el estómago vacío, las víctimas innumerables que jalonaban cada movimiento hacia adelante. Los miembros del Partido y de las Juventudes Comunistas combatieron en todos los frentes, acarrearon vigas en las estaciones, no porque esperaban con estas construir el edificio del socialismo nacional, sino porque servían a la revolución internacional, que exige que la fortaleza soviética resista, y para la fortaleza soviética cada nueva viga tiene su importancia. He aquí como abordábamos la cuestión. Los plazos han cambiado, se han prolongado (no tanto, por otro lado), pero la manera de plantear el problema desde el punto de vista de los principios conserva aún toda su fuerza. El proletario, el campesino pobre insurrecto, el joven comunista, han demostrado de antemano, por toda su conducta anterior a 1925, época en la cual se predicó el nuevo Evangelio por primera vez, que no lo necesitaban. Pero lo necesitaba el funcionario que mira a la masa de arriba a abajo, el administrador que lucha por migajas

38 Ibíd., vol. XX, p. 165 [NdEE].

y no quiere que se le inquiete, el hombre de la burocracia que trata de mandar ocultándose tras la fórmula saludable y consoladora. Son ellos los que creen que el pueblo oscuro necesita una "buena nueva", que no se le puede dominar sin doctrinas consoladoras. Son justamente ellos los que aprovechan las palabras falsas sobre las "nueve décimas partes del socialismo", pues esta fórmula consagra su posición privilegiada, su derecho al orden, al mando, su aspiración a liberarse de la crítica de los "hombres de poca fe" y de los "escépticos".

Las quejas y acusaciones según las cuales poner en duda la posibilidad de construir el socialismo en un solo país extingue el espíritu y mata la energía se parecen mucho, a pesar de que las condiciones sean diferentes, a los reproches que los reformistas lanzaron siempre contra los revolucionarios. "Ustedes les dicen a los obreros que no pueden obtener una mejora decisiva de su situación en los límites de la sociedad capitalista –objetaban los reformistas–; de esta forma matan en ellos la energía de lucha". En realidad, sólo bajo la dirección de los revolucionarios los obreros lucharon efectivamente por conquistas económicas y reformas parlamentarias.

El obrero que comprende que no se puede construir el paraíso socialista como un oasis en el infierno del capitalismo mundial, que el destino de la República soviética (y, por consiguiente, el suyo) dependen enteramente de la revolución internacional cumplirá su deber para con la URSS con mucha más energía que el obrero al cual se ha dicho que lo que existe son ya las "nueve décimas partes del socialismo". En este punto, como en todos los demás, la manera reformista de abordar la cuestión perjudica no sólo a la revolución sino también a la reforma.

En el artículo de 1915 ya citado, consagrado a la fórmula de los Estados unidos de Europa, escribíamos:

> "Examinar las perspectivas de la revolución social dentro de los límites nacionales sería ser víctima del mismo espíritu nacional limitado que constituye el fondo del socialpatriotismo. Hasta el fin de sus días, Vaillant creyó que Francia era la tierra prometida de la revolución social; precisamente por eso quería defenderla hasta el fin. Lensch y consortes (unos hipócrita y otros sinceramente) estimaban que la derrota de Alemania significaría, en primer lugar, la destrucción del fundamento de la revolución social [...]. En general, no hay que olvidar que, al lado del reformismo más vulgar, existe también en los socialpatriotas un mesianismo revolucionario que canta las proezas de su Estado nacional porque considera que, ya sea por su situación industrial, su forma 'democrática' o sus conquistas revolucionarias, está llamado a conducir a la humanidad al socialismo o la 'democracia'. Si pudiera realmente concebirse la revolución triunfante en los límites de una nación mejor preparada, el programa de defensa nacional ligado a ese mesianismo tendría una justificación histórica relativa. Pero en realidad no ocurre nada de esto. Luchar por conservar la base nacional de la revolución mediante métodos que minan las relaciones internacionales del proletariado es

socavar la revolución. Esta sólo puede comenzar en el terreno nacional, pero no puede acabarse en este marco teniendo en cuenta la interdependencia económica, política y militar de los Estados europeos (que nunca se ha manifestado con tanta fuerza como en el curso de la guerra actual). Justamente esta interdependencia, que condicionará directa e inmediatamente la coordinación de los actos del proletariado europeo en el curso de la revolución, se expresa en la consigna de los Estados unidos de Europa"[39].

Partiendo de la falsa interpretación que daba a la polémica de 1915, Stalin intentó más de una vez presentar las cosas como si la mención del "espíritu nacional limitado" apuntaba contra Lenin. Sería difícil imaginar un absurdo mayor. Cuando polemicé con Lenin, lo hice siempre abiertamente, pues siempre me guié únicamente por consideraciones ideológicas. En este caso no se trataba de ninguna manera de Lenin. El artículo nombra francamente a aquellos contra quienes van dirigidas las acusaciones: Vaillant, Lensch, etc. Es preciso recordar que 1915 fue el año de la orgía socialpatriótica y que nuestra lucha contra ella alcanzaba su punto culminante. Con esta piedra de toque abordábamos todas las cuestiones.

El problema fundamental está planteado correctamente en la cita precedente: *prepararse para construir el socialismo en un solo país es un procedimiento socialpatriota.*

El patriotismo de los socialdemócratas alemanes era, al principio, un patriotismo muy legítimo que sentían hacia su partido, el más poderoso de la II Internacional. La socialdemocracia alemana quería construir "su" sociedad socialista basándose en la alta técnica alemana y en las cualidades superiores de organización del pueblo alemán. Si se deja de lado a los burócratas empedernidos, a los arribistas, a los negociantes parlamentarios y a los estafadores políticos en general, el socialpatriotismo del socialdemócrata de base se derivaba precisamente de la esperanza de construir el socialismo alemán. No se puede pensar que los centenares de miles de militantes que formaban los cuadros socialdemócratas (sin hablar de los millones de obreros de base) tratasen de defender a los Hohenzollern o a la burguesía. No, querían proteger la industria alemana, las rutas y los ferrocarriles alemanes, la técnica y la cultura alemanas y, sobre todo, las organizaciones de la clase obrera alemana como fundamentos nacionales "necesarios y suficientes" del socialismo.

En Francia se producía también un proceso del mismo tipo. Guesde, Vaillant, y con ellos miles de los mejores militantes del Partido, centenares de miles de simples obreros creían que era justamente Francia –con sus tradiciones insurreccionales, su proletariado heroico, su población altamente culta, dotada de flexibilidad y talentos– la tierra prometida del socialismo. No eran ni a los banqueros ni a los rentistas a quienes defendían el viejo Guesde, el

39 León Trotsky, *Obras Completas*, vol. III, parte I, pp. 90-91 [NdLT]. Se refiere a sus obras editadas por el Estado ruso interrumpidas [NdE].

comunero Vaillant y con ellos millares y centenares de miles de honrados obreros. Creían sinceramente defender la base y la fuerza creadora de la sociedad socialista futura. Adoptaban enteramente la teoría del socialismo en un solo país; creían que sacrificaban "provisionalmente", en beneficio de esta idea, la solidaridad internacional.

Esta comparación con los socialpatriotas puede ser objetada de la manera siguiente: con relación al Estado de los soviets, el patriotismo es un deber revolucionario, mientras que hacia el Estado burgués constituye una traición. Esto es verdad. ¿Hay algún revolucionario mayor de edad que pueda discutir semejante cuestión? Pero cuanto más se avanza más sirve una tesis indiscutible para disfrazar, por medios escolásticos, un punto de vista falso que no nos debe engañar.

El patriotismo revolucionario sólo puede tener un carácter de clase. Comienza por ser el patriotismo del partido y del sindicato y se eleva hasta convertirse en patriotismo del Estado cuando el proletariado se apodera del poder. Allí donde el poder está en manos de los obreros, el patriotismo es un deber revolucionario. Pero este patriotismo debe ser parte integrante del internacionalismo revolucionario. El marxismo ha enseñado siempre a los obreros que incluso la lucha por los salarios y la limitación de la jornada de trabajo no puede tener éxito si no es internacional. Y ahora, he aquí que se descubre que el ideal de la sociedad socialista puede realizarse con las solas fuerzas de una nación. Es un golpe mortal asestado a la Internacional. La convicción inquebrantable de que el objetivo fundamental de clase no puede alcanzarse, aún menos que los objetivos parciales, por medios nacionales o en el marco de una nación, constituye la médula del internacionalismo revolucionario. Si se puede llegar al objetivo final en el interior de las fronteras nacionales por los esfuerzos del proletariado de una nación, entonces se rompe la espina dorsal del internacionalismo. La teoría de la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país rompe los lazos que unen al patriotismo del proletariado vencedor con el derrotismo del proletariado de los países burgueses.

Hasta ahora el proletariado de los países capitalistas avanzados no hace otra cosa que marchar hacia el poder. ¿Cómo marchará hacia él, qué caminos seguirá en su marcha? Las soluciones dependerán completa y enteramente de la respuesta que dé a este problema: ¿la construcción de la sociedad socialista es concebible a nivel nacional o es una tarea internacional?

En general, si es posible realizar el socialismo en un solo país se puede admitir esta teoría, no solamente *después* de la conquista del poder, sino también *antes*. Si el socialismo es realizable en el marco nacional de la URSS atrasada, lo será mucho más en el de la Alemania avanzada. Mañana, los responsables del Partido Comunista alemán desarrollarán esta teoría. El proyecto de programa les da ese derecho. Pasado mañana le tocará el turno al Partido Comunista francés. Será el comienzo de la descomposición de la IC,

que seguirá la línea política del socialpatriotismo. El partido comunista de cualquier país capitalista, convencido de que su país posee todas las premisas "necesarias y suficientes" para construir por sus propias fuerzas "la sociedad socialista integral" no se distinguirá en nada, en el fondo, de la socialdemocracia revolucionaria, que tampoco comenzó con Noske, pero que naufragó definitivamente frente a este peligro el 4 de agosto de 1914.

Cuando se dice que el hecho mismo de la existencia de la URSS es una garantía contra el socialpatriotrismo –pues el patriotismo hacia la república obrera es un deber revolucionario–, se expresa justamente un espíritu nacional limitado que aplica unilateralmente una idea justa: sólo se mira a la URSS y se cierran los ojos ante el proletariado mundial. Sólo se puede orientar a este hacia el camino del derrotismo del Estado burgués abordando en el programa el problema esencial desde el punto de vista internacional, rechazando sin piedad el contrabando socialpatriota que se oculta aún, infiltrándose en el dominio teórico del programa de la Internacional leninista.

Aún no es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos, para retornar la senda de Marx y de Lenin. Este retorno abrirá el único camino que puede permitir ir hacia adelante. Para facilitar este cambio saludable presentamos al VI Congreso de la IC esta crítica del proyecto de programa.

II. La estrategia y la táctica en la época imperialista

1. Total inconsistencia del capítulo principal del proyecto

El proyecto de programa comprende un capítulo consagrado a los problemas de la *estrategia* revolucionaria. Sólo se puede reconocer la legitimidad de tal previsión, que se corresponde absolutamente con los fines y el espíritu de un programa internacional del proletariado durante la época imperialista.

El concepto de estrategia revolucionaria sólo se formó en los años de posguerra, bajo la influencia inicial, indudablemente, de la terminología militar. Pero no fue por azar que se ha afirmado. Antes de la guerra, sólo habíamos hablado de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía exactamente con los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no sobrepasaban el marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular de actualidad o a un terreno separado de la lucha de clases. La estrategia revolucionaria cubre todo un sistema combinado de acciones que tanto en su relación y sucesión como en su desarrollo deben llevar al proletariado a la conquista del poder.

Es evidente que los principios fundamentales de la estrategia revolucionaria han sido formulados desde que el marxismo planteó ante los partidos

revolucionarios del proletariado el problema de la conquista del poder sobre la base de la lucha de clases. Pero la I Internacional sólo logró formular esos principios desde el punto de vista teórico y a comprobarlos en parte gracias a la experiencia de diferentes países. La época de la II Internacional dio nacimiento a métodos y concepciones tales que, en su aplicación, seguían la famosa expresión de Bernstein, "el movimiento es todo, el objetivo final no es nada". En otros términos: la labor estratégica se reducía a nada, se disolvía en el "movimiento" cotidiano con sus consignas sacadas de la táctica cotidiana. Sólo la III Internacional restableció los derechos de la estrategia revolucionaria del comunismo, a la cual subordinó completamente los métodos tácticos. Gracias a la experiencia inapreciable de las dos primeras Internacionales, sobre cuyos hombros se levanta la III; gracias al carácter revolucionario de la época actual y a la inmensa lección histórica de la Revolución de Octubre, la estrategia de la III Internacional adquirió inmediatamente una combatividad llena de energía. Pero la primera década de la nueva Internacional desarrolla ante nosotros un panorama donde no hay sólo inmensas batallas, sino también, a partir de 1918, crueles derrotas del proletariado. He aquí por qué los problemas de estrategia y de táctica deben, evidentemente, ocupar el lugar principal en el programa de la IC. Sin embargo, de hecho, el capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y la táctica de la IC, que lleva como subtítulo "La ruta hacia la dictadura del proletariado", es el más débil; parece incluso casi sin consistencia; en cuanto a la parte concerniente al Oriente sólo es una generalización de los errores cometidos, preparando de esta manera nuevos errores.

La introducción a este capítulo se ocupa de la crítica del anarquismo, del sindicalismo revolucionario, del socialismo constructivo, del socialismo guildista, etc.[40]. Es una imitación puramente literaria del *Manifiesto Comunista*, que inauguró la era de una política proletaria basada en la ciencia a través de una crítica severa y genial de las diversas variedades del socialismo utópico.

Criticar rápida y pobremente, con ocasión del X aniversario de la IC, las "teorías" de Cornelissen, de Arturo Labriola, de Bernard Shaw o de guildistas muy poco conocidos no responde a una necesidad política sino que es la consecuencia de una pedantería estrictamente literaria. Todo esto puede sacarse, sin duda, del programa, y dejarlo para las publicaciones de propaganda.

En lo que concierne a los problemas estratégicos propiamente dichos, el proyecto se limita a dar modelos apropiados para las escuelas primarias:

> "Conquistar (¿?) influencia en la mayoría de los miembros de su propia clase...".

---

40 El socialismo constructivo defendido por la extrema derecha de la II Internacional se proponía "impregnar" de socialismo el aparato del Estado burgués. El socialismo guildista apuntaba a hacer del Estado democrático el "propietario de los medios de producción en nombre de los consumidores", mientras que los sindicatos serían definitivamente reconocidos por el Estado como los dirigentes normales de la industria [NdEF].

"Conquistar (¿?) influencia en vastos medios de los trabajadores en general...".
"El trabajo efectuado cotidianamente para conquistar sindicatos es particularmente importante...".
"La conquista de vastos medios entre los campesinos pobres tiene también (¿?) una importancia enorme...".

Todas estas verdades elementales, indiscutibles en sí mismas, son simplemente enumeradas unas tras otras sin unirlas nuevamente con el carácter histórico de la época; es por ello que, bajo la forma escolar y abstracta que ellas revisten *actualmente*, podrían figurar fácilmente en una resolución de la II Internacional.

El problema fundamental del programa, es decir, la estrategia del golpe de Estado revolucionario (las condiciones y los métodos que conducen a la insurrección, la insurrección propiamente dicha, la conquista del poder) es examinada secamente y con parsimonia en un pasaje esquemático que ocupa menos espacio del que se consagra al socialismo "constructivo" y "guildista"; este estudio está hecho de una manera abstracta, pedante, sin recurrir nunca a la experiencia viva de nuestra época.

Sólo se mencionan las grandes batallas del proletariado en Finlandia, Alemania y Austria, la República de los soviets de Hungría, las jornadas de septiembre en Italia, los acontecimientos de 1923 en Alemania, la huelga general en Inglaterra, etc., en una deslucida enumeración cronológica, y no en el capítulo VI, que trata de la estrategia del proletariado, sino en el capítulo II, que expone "la crisis del capitalismo y la primera fase de la revolución mundial". Es decir, se consideran los grandes combates del proletariado sólo como acontecimientos objetivos, como expresión de "la crisis general del capitalismo", y no como la experiencia estratégica del proletariado. Bastará decir que en el proyecto se condenan las aventuras revolucionarias ("el *putschismo*") sin intentar siquiera determinar si, por ejemplo, la sublevación de Estonia, la explosión de la catedral de Sofía en 1924 o la última insurrección de Cantón fueron manifestaciones heroicas de aventurerismo o, por el contrario, acciones metódicas que forman parte de la estrategia revolucionaria del proletariado. Un proyecto que sobre el problema del "*putschismo*" no responde a esta cuestión urgente es simplemente un plagio de un documento diplomático y no un documento de estrategia comunista.

Evidentemente, esta manera abstracta de plantear los problemas de la lucha revolucionaria del proletariado no se debe al azar. A la forma literaria, pedante, razonadora, bujariniana, de abordar las cuestiones, se añade otra causa: los autores del proyecto, por razones demasiado comprensibles, prefieren, en general, no tocar muy de cerca las lecciones estratégicas de los últimos cinco años.

No se puede, sin embargo, considerar un programa de acción revolucionaria como una recopilación de tesis abstractas, independientes de todo lo que ha ocurrido durante estos años históricos. Evidentemente, un programa

no puede narrar todo lo sucedido, pero debe ser su punto de partida y de apoyo, debe contener todos estos acontecimientos y referirse a ellos. Es preciso que a través de todas sus tesis permita comprender los grandes acontecimientos de la lucha del proletariado y todos los hechos importantes de la lucha ideológica en el seno de la IC. Si esto es verdad para el conjunto del programa, lo es mucho más para la parte especialmente consagrada a la estrategia y a la táctica. Es preciso, según la expresión de Lenin, *registrar lo que se ha conquistado*, así como lo que se ha dejado escapar y que se podrá transformar en "conquista" si se comprenden y asimilan bien las lecciones del pasado. La vanguardia proletaria necesita un manual de acción y no un catálogo de lugares comunes. Examinaremos, pues, los problemas de este capítulo relacionándolos muy estrechamente con la experiencia de la lucha en la posguerra, y sobre todo durante los cinco últimos años de errores trágicos de la dirección.

2. Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y rol del partido

El artículo consagrado a la estrategia y a la táctica no caracteriza siquiera de una manera un poco coherente, desde el punto de vista "estratégico", la época imperialista como época de revoluciones proletarias, confrontándola con la de antes de la guerra.

Es verdad que en el capítulo primero el proyecto caracteriza la época del capitalismo industrial en su conjunto como "un período de evolución relativamente continua, de propagación del capitalismo por todo el globo terrestre gracias al reparto de las colonias aún no ocupadas, apoderándose de ellas con las armas en la mano...".

Esta apreciación es, en verdad, bastante contradictoria; por cierto, ella embellece manifiestamente la época del capitalismo industrial, época de conmociones grandiosas, de guerras y revoluciones, que sobrepasan en violencia a todo el pasado. Pero, ¿no hubiera sido necesario caracterizarla como un idilio para justificar en algo la reciente afirmación burlesca adelantada por los autores del proyecto y según la cual en la época de Marx y Engels "no se podía siquiera hablar" de la ley del desarrollo desigual? Sin embargo, si es falso considerar toda la historia del capitalismo industrial como una "evolución continua", es correcto subrayar lo siguiente: mientras que en la época en que vivió Europa entre 1871 y 1914 o, al menos, hasta 1905, las contradicciones se acumularon, las relaciones entre las clases, sin embargo, han permanecido dentro de los límites de la lucha legal y las relaciones entre Estados en el marco de la paz armada. Fue entonces que surgió, se desarrolló y luego se petrificó la II Internacional, cuyo rol progresivo terminó con la guerra imperialista.

La política, considerada como fuerza histórica de masas, está siempre retrasada con respecto a la economía. Si el reinado del capital financiero y de los monopolios y trusts comenzó a fines del siglo XIX, la nueva época que refleja este hecho en la vida política mundial comenzó con la guerra imperialista, la Revolución de Octubre y la creación de la III Internacional.

Lo que domina el carácter explosivo de la nueva época, la brusca alternancia de flujos y reflujos políticos, los espasmos continuos de lucha de clases entre el fascismo y el comunismo, es que, históricamente, el sistema capitalista mundial está agotado; ya no es capaz de progresar *en bloque*. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no crezcan o no crecerán más. Pero este desarrollo se realiza y se realizará en detrimento de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista mundial devoran cada vez más sus beneficios. Ahora bien, Europa, habituada a dominar el mundo, debido a la fuerza de la inercia adquirida por su rápido y continuo crecimiento de antes de la guerra ha chocado más brutalmente que las otras partes del mundo contra una nueva relación de fuerzas, un nuevo reparto del mercado mundial, contra contradicciones cada vez más profundas; también es por esto que para Europa el cambio de la época del desarrollo "orgánico" de la preguerra a la de las revoluciones es más brutal.

Es verdad que teóricamente no se puede excluir la posibilidad de un nuevo período de progreso capitalista *general* en los países más avanzados, dominadores y líderes. Pero para eso el capitalismo tendría que saltar previamente inmensas barreras en el dominio de las clases y en el de las relaciones entre Estados: aplastar por largo tiempo la revolución proletaria, reducir definitivamente a China a la esclavitud, derribar la República de los Soviets, etc. Todo esto está aún muy lejos. Una eventualidad teórica difiere mucho de una probabilidad política. En esto, muchas cosas dependen de nosotros mismos, es decir, de la estrategia revolucionaria de la IC. En último análisis, esta cuestión se resolverá por la lucha de las fuerzas mundiales. Pero, en la época actual, para la cual está precisamente establecido el programa, el desarrollo general del capitalismo se choca con barreras infranqueables hechas de contradicciones, entre las cuales este desarrollo conoce furiosos remolinos. Es esto lo que le da a la época un carácter de revolución, y a la revolución un carácter permanente.

El carácter revolucionario de la época no consiste en que permite, en todo momento, realizar la revolución, es decir, tomar el poder. Este carácter revolucionario está asegurado por profundas y bruscas oscilaciones, por cambios frecuentes y brutales: se pasa de una situación directamente revolucionaria, en la que el partido comunista puede pretender arrancar el poder, a la victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista y de esta última al régimen provisional del "justo medio" ("Bloque de las izquierdas", entrada de la socialdemocracia en la coalición en Alemania, advenimiento

al poder del partido de Mac Donald, etc.[41]) para hacer de nuevo, luego, las contradicciones cortantes como una navaja de afeitar y plantear claramente el problema del poder.

¿A qué hemos asistido en Europa en el curso de las últimas décadas que precedieron a la guerra? En el plano económico, a un potente ascenso de las fuerzas productivas a través de las oscilaciones "normales" de la coyuntura. En el plano de la política, al crecimiento de la socialdemocracia zigzagueante en detrimento del liberalismo y de la "democracia". En otras palabras, un proceso metódico en el curso del cual se intensificaba la agudeza de las contradicciones económicas y políticas; en este sentido, se creaban las premisas de la revolución proletaria.

¿Frente a qué nos encontramos en Europa después de la guerra? En la economía: compresiones y relajaciones irregulares y convulsivas de la producción que permanece, en general –a pesar de los grandes progresos de la técnica en ciertas ramas–, casi al nivel de antes de la guerra. En política: oscilaciones brutales de la situación, a izquierda y a derecha. Es absolutamente evidente que los cambios bruscos que operan en esta situación en el curso de uno, dos o tres años no están determinados por modificaciones de los factores fundamentales de la economía, sino por causas e impulsos que provienen únicamente de la superestructura y simbolizan la extrema inestabilidad de todo el sistema, cuyos fundamentos son carcomidos por contradicciones insuperables.

Es sólo de este carácter que se deduce el pleno significado de la estrategia revolucionaria por oposición a la táctica, y así como el nuevo sentido del partido y de su dirección. El proyecto se contenta con dar del partido (vanguardia, teoría del marxismo, encarnación de la experiencia, etc.) una definición formal que no produciría ninguna disonancia en el programa de la socialdemocracia de izquierda de antes de la guerra. Actualmente todo eso es absolutamente insuficiente.

Frente a un capitalismo en expansión, la mejor dirección no podía hacer otra cosa que precipitar la formación del partido obrero. Por el contrario, los errores de la dirección no podían tener otro resultado que retrasar esa formación. Las premisas objetivas de la revolución proletaria maduraban lentamente; el trabajo del partido conservaba su carácter de preparación. Actualmente, cada nueva variación brusca de la situación política hacia la izquierda pone la decisión en manos del partido revolucionario. Si este deja pasar el momento crítico en que la situación cambia, esta se transforma en su contrario. En tales circunstancias, el rol de la dirección del partido adquiere

41 En 1924, en Francia, la "Alianza de las izquierdas" –coalición del Partido Radical y del Partido Socialista– llevaba la ventaja en las elecciones legislativas y un gobierno de izquierda llegaba al poder por primera vez desde el fin de la guerra de 1914-18. En Gran Bretaña, el Partido Laborista dirigido por Ramsay Mac Donald lograba un éxito electoral y formaba por primera vez un gobierno [NdEF].

una importancia excepcional. Cuando Lenin decía que dos o tres días pueden decidir la suerte de la revolución internacional, no habría podido ser comprendido en la época de la II Internacional. Por el contrario, en nuestra época esas palabras sólo han tenido demasiadas confirmaciones negativas, a excepción de Octubre. El conjunto de esas condiciones es lo que explica el lugar, absolutamente excepcional, que la IC y su dirección ocupan en el mecanismo general de la época histórica presente.

Es preciso comprender que la causa fundamental de la supuesta "estabilización" es la contradicción existente entre la inestabilidad general que sufrió toda la vida económica y social de la Europa capitalista y el Oriente colonial, por un lado y, por otro, la debilidad, la falta de preparación, la irresolución de los partidos comunistas y los errores crueles de su dirección. No es una estabilización, venida no se sabe de dónde, la que detuvo el desarrollo de la situación revolucionaria de 1918-19 o de los años posteriores, sino que, por el contrario, por no haber sabido aprovechar la situación ésta retrocedió, permitiendo a la burguesía luchar con un relativo éxito a favor de la estabilización. Las contradicciones cada vez más agudas de esta lucha por la "estabilización" o, mejor dicho, por la perpetuación y el desarrollo del capitalismo, preparan en cada nueva etapa las premisas de nuevas conmociones al nivel de las clases y de las relaciones internacionales, es decir, de nuevas situaciones revolucionarias, cuyo desarrollo depende enteramente del partido proletario.

El rol del factor subjetivo puede permanecer de forma completamente secundaria durante la época de la lenta evolución orgánica, cuando nacen justamente los diversos proverbios de la gradualidad: "Quien lento avanza, mucho perdura", "nadie está obligado a hacer más de lo que puede", etc., que reflejan la sabia táctica de la época del crecimiento orgánico, en la que no se puede "saltar etapas". Pero cuando las premisas objetivas están maduras, la clave de todo el proceso histórico pasa al factor subjetivo, es decir, al partido.

El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo el yugo de la época pasada, se inclina siempre a subestimar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de la dirección revolucionaria. Esto se manifestó plenamente durante las discusiones sobre las lecciones del Octubre alemán, del Comité anglo-ruso y la Revolución china. En estas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista intervino siguiendo una línea política que contaba demasiado directamente con las "masas", negando los problemas de la "cima" de la dirección revolucionaria[42]. Desde un plano teórico general, este enfoque es erróneo y en la época imperialista aparece como fatal.

---

42 La importancia del rol de la dirección en un período revolucionario fue tratada particularmente por Trotsky en *Lecciones de Octubre* [NdEF]. Cf. León Trotsky, "Lecciones de Octubre", en *La teoría de la revolución permanente (compilación)*, Bs. As., Ediciones IPS, 2011, pp. 117-171[NdE].

La Revolución de Octubre fue el resultado de una especial relación de fuerzas de clases en Rusia y en el mundo entero y del desarrollo particular que habían adquirido en la guerra imperialista. Esta tesis general es elemental para un marxista. Sin embargo, no se contradice de ninguna manera al marxismo al plantear, por ejemplo, la pregunta siguiente: ¿habríamos tomado el poder en Octubre si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia a tiempo? Numerosos signos demuestran que no. La resistencia fue considerable, incluso en presencia de Lenin, en las esferas superiores del Partido (que, dicho sea de paso, son en gran parte los mismos hombres que determinan la política actual). La resistencia hubiera sido infinitamente más fuerte si Lenin no hubiera estado presente. El Partido habría podido no lograr adoptar a tiempo la orientación necesaria, y el tiempo se agotaba. En períodos semejantes, algunos días son a veces decisivos. Las masas obreras habrían ejercido su presión con un gran heroísmo, pero, sin una dirección consciente y decidida, la victoria habría sido poco probable. Entre tanto, después de haber cedido Petrogrado a los alemanes y después de haber aplastado las insurrecciones proletarias dispersas, la burguesía habría podido consolidar su poder, probablemente bajo una forma bonapartista, concertando una paz separada con Alemania y adoptando otras medidas. La marcha de los acontecimientos habría podido seguir otro camino durante una serie de años. Durante las revoluciones alemana de 1918 y húngara de 1919, en el movimiento del proletariado italiano de septiembre de 1920, en la huelga general inglesa de 1926, en la insurrección vienesa de 1927, durante la Revolución china de 1925-27, en grados diferentes y bajo formas diversas, se expresa siempre la misma contradicción política: en una situación revolucionaria madura, no solamente por sus bases sociales, sino también, frecuentemente, por el estado de ánimo combativo de las masas, falta el factor subjetivo, es decir, un partido revolucionario de masas o, si este existe, carece de una dirección perspicaz y valiente. Desde luego, la debilidad de los partidos comunistas y de su dirección no ha llovido del cielo, sino que es un producto de todo el pasado de Europa. Puesto que las condiciones revolucionarias objetivas están actualmente maduras, los partidos revolucionarios podrían desarrollarse, evidentemente, con un ritmo rápido si la dirección de la Internacional obrase juiciosamente, activando el proceso de su madurez y no retrasándolo. Si, en general, la contradicción es el resorte más importante del movimiento hacia adelante, entonces, actualmente, para la IC –o al menos, para su parte europea– el resorte principal del movimiento histórico que la impulse hacia delante debe ser una comprensión clara de la contradicción existente entre la madurez general (a pesar de los flujos y reflujos) de la situación objetiva y la falta de madurez del partido internacional del proletariado.

Si no se comprende de una manera amplia, generalizada, dialéctica, que la actual es una época de cambios bruscos, no es posible educar verdaderamente a los jóvenes partidos, dirigir juiciosamente desde el punto de vista

estratégico la lucha de clases, combinar legítimamente sus procedimientos tácticos ni, sobre todo, cambiar de armas brusca, resuelta, audazmente ante cada nueva situación. Dos o tres días de cambio brusco deciden a veces la suerte de la revolución internacional para varios años.

El capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y a la táctica habla de la lucha del partido por conquistar al proletariado *en general*, de la huelga general y de la insurrección *en general*, pero no analiza para nada el carácter particular y el ritmo interno de la época actual; si no se comprende este ritmo en teoría, si no se lo "siente" en política, no se puede constituir una dirección verdaderamente revolucionaria.

Por eso este capítulo es tan pobre, tan pedante, tan inconsistente, desde el comienzo hasta el fin.

3. El III Congreso y la cuestión de la permanencia del proceso revolucionario según Lenin y Bujarin

En la evolución política que Europa ha seguido en la posguerra se pueden distinguir tres períodos: el primero, de 1917 a 1921; el segundo, de marzo de 1921 a octubre de 1923, y el tercero, de octubre de 1923 a la huelga general inglesa e incluso hasta ahora. El movimiento revolucionario de masas después de la guerra era completamente suficiente para derribar a la burguesía. Pero no había nadie para dirigirlo. La socialdemocracia, que estaba a la cabeza de las viejas organizaciones de la clase obrera, concentró todas sus fuerzas para salvar el régimen burgués. Esperando que en ese período el proletariado conquistase directamente el poder, pensábamos que el partido revolucionario maduraría rápidamente en el fuego de la guerra civil. Pero los plazos no coincidieron. La ola revolucionaria de la posguerra se retiró antes de que, en su lucha contra la socialdemocracia, los partidos comunistas hubieran crecido y se hubieran fortalecido suficientemente para dirigir la insurrección.

En marzo de 1921, el Partido Comunista alemán hace una tentativa para utilizar el reflujo y derribar de un golpe el Estado burgués. El pensamiento que guiaba al CC alemán era salvar a la República de los Soviets (todavía no había surgido la teoría del socialismo en un solo país). El CC se encontró, sin embargo, con que para vencer no alcanzaban la resolución de la dirección y el descontento de las masas; eran necesarias otras condiciones y, sobre todo, un estrecho contacto entre la dirección y las masas, así como la confianza de estas hacia la dirección. Esta condición faltaba.

El III Congreso de la IC tiene lugar entre el segundo y el tercer período; constatando que los recursos políticos y la organización de los partidos comunistas eran insuficientes para conquistar el poder, lanza la consigna "hacia las masas", es decir, hacia la conquista del poder *por la conquista previa de las*

masas, en su lucha y en su vida cotidiana. Pues incluso en una época revolucionaria las masas viven, a pesar de todos los cambios, la vida cotidiana.

Esta manera de abordar el problema se chocó en el Congreso con una resistencia, cuyo inspirador teórico era Bujarin, quien se ubicó entonces desde el punto de vista de su revolución permanente y no del de Marx: *ya que* el capitalismo está muerto, *entonces* es preciso llevar adelante sin cesar la ofensiva revolucionaria con el objetivo de obtener la victoria. La argumentación de Bujarin se redujo siempre a silogismos de este tipo.

No creo necesario decir que no he compartido nunca la teoría de Bujarin sobre la revolución "permanente", según la cual no se puede concebir en el proceso revolucionario ninguna discontinuidad: período de estancamiento, retrocesos, reivindicaciones provisorias, etc. Por el contrario, desde los primeros días de Octubre he combatido esta caricatura de la revolución permanente.

Cuando hablaba, como Lenin, de la incompatibilidad existente entre la Rusia soviética y el mundo del imperialismo, yo tenía en cuenta la gran curva de la estrategia y no sus sinuosidades tácticas. Por el contrario, Bujarin, antes de transformarse en su contrario, desarrolló invariablemente su caricatura escolástica de la concepción marxista de la revolución continua. Durante toda la época del "comunismo de izquierda", Bujarin estimó que la revolución no admitía ni retiradas ni compromisos provisionales con el enemigo. Mucho tiempo después de Brest-Litovsk –donde mi actitud no tuvo nada en común con la de Bujarin–, este, con toda el ala ultraizquierdista de la IC de entonces, adoptó la línea política de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania, estimando que si no se "electrizaba" al proletariado de Europa, si no se producían nuevas explosiones revolucionarias, el poder de los soviets iba a perecer inevitablemente. A pesar de que tuviese conciencia de los peligros reales que se alzaban ante el poder de los soviets, ello no me impidió, en estrecho acuerdo con Lenin durante el III Congreso, luchar implacablemente contra esta parodia *putschista* de la concepción marxista de la revolución permanente. Durante este Congreso, repetimos decenas de veces a los izquierdistas impacientes: no se apresuren por salvarnos, así sólo harán que perdamos, ustedes y nosotros; sigan el camino de la lucha sistemática por conquistar a las masas para llegar a la conquista del poder; necesitamos su victoria y no un combate en condiciones desfavorables; en la Rusia soviética, a través de la NEP, nos mantendremos en nuestras posiciones y avanzaremos un poco; ustedes podrán venir en el momento oportuno en nuestra ayuda, si preparan sus fuerzas y aprovechan una situación favorable.

Incluso después del X Congreso [del PCUS. NdE], que prohibió la formación de fracciones, Lenin tomó la iniciativa de crear el núcleo de una nueva fracción para luchar contra el ultraizquierdismo; en nuestras reuniones restringidas, Lenin planteaba claramente la cuestión de los caminos a seguir

más tarde si el III Congreso hacía suya la posición de Bujarin. Nuestra "fracción" de entonces no se amplió porque el frente de los adversarios, ya en el Congreso, disminuyó sensiblemente.

Naturalmente, Bujarin se alejaba a la izquierda del marxismo más que los otros. En ese mismo III Congreso y después de él, Bujarin combatió una de mis ideas: la inevitabilidad de un mejoramiento de la coyuntura económica en Europa. Yo pensaba que después de una serie de derrotas del proletariado, este mejoramiento, lejos de dar un golpe a la revolución, desencadenaría, por el contrario, un nuevo impulso revolucionario. Bujarin, apoyándose en su permanente escolástica tanto de la crisis económica como de la revolución en su conjunto, me combatió mucho, hasta que los hechos le obligaron a reconocer –como siempre con mucho retraso– que se había equivocado.

En el III y IV congresos, Bujarin combatió la política del frente único y de las reivindicaciones transitorias, partiendo de su concepción mecánica de la permanencia del proceso revolucionario. Se podría seguir la lucha de estas dos tendencias en toda una serie de cuestiones, tanto de detalle como de primera importancia: la concepción marxista, sintética, del carácter continuo de la revolución proletaria y, por otro lado, la parodia del marxismo (que no es, ni mucho menos, una particularidad individual de Bujarin). Pero es inútil: en el fondo, la actitud actual de Bujarin vuelve a ser la misma escolástica ultraizquierdista de la revolución "permanente" sólo que al revés. Si, por ejemplo, hasta 1923, Bujarin estimaba que sin crisis económicas y sin guerra civil permanentes en Europa la República de los Soviets perecería, por el contrario, ahora ha descubierto una receta que permite construir el socialismo prescindiendo de la revolución internacional. La permanencia bujariniana vuelta del revés no es mejor que antes, sobre todo porque frecuentemente los dirigentes actuales de la IC combinan su actitud oportunista de hoy con el espíritu aventurero de ayer e inversamente.

El III Congreso fue un jalón de gran importancia. Sus enseñanzas permanecen vivas y fecundas aún hoy día. El IV Congreso no ha hecho más que concretarlas. La consigna del III Congreso no decía simplemente: *hacia las masas*, sino: *hacia el poder conquistando previamente a las masas.* Al final del Congreso, en el curso del cual, en todas las sesiones, la fracción dirigida por Lenin (que este llamaba significativamente el ala "derecha") recomendó insistentemente mayor moderación, Lenin convocó a una pequeña conferencia en la que lanzó una advertencia profética: "Recuerden que lo importante simplemente es tomar bien el impulso para llevar adelante el salto revolucionario; la lucha por las masas es la lucha por el poder".

Los acontecimientos de 1923 demostraron que esta posición leninista no era siempre aceptada, no sólo por los "dirigidos" sino también por numerosos dirigentes.

4. Los acontecimientos de 1923 en Alemania y las *Lecciones de Octubre*

Un nuevo período se abre en la evolución de la IC con los acontecimientos de 1923 en Alemania. La ocupación del Rhur por las tropas francesas (a principios de 1923) significaba que Europa volvía a caer en el caos guerrerista. Aunque este segundo acceso de la enfermedad fuese incomparablemente más débil que el primero, era preciso esperar, desde el principio, complicaciones revolucionarias agudas, ya que se abatía sobre una Alemania profundamente agotada. La dirección de la IC no lo tuvo en cuenta a tiempo. El Partido Comunista alemán seguía todavía la consigna del III Congreso, consigna que le había alejado seguramente del camino del *putschismo* amenazante, pero que asimiló de una manera unilateral. Ya hemos dicho más arriba que en nuestra época de cambios bruscos lo que es más difícil para una dirección revolucionaria es saber, en el momento oportuno, tomar el pulso a la situación política, percibir su cambio brusco y dar, en el momento necesario, un firme golpe de timón. Una dirección revolucionaria no adquiere semejantes cualidades por el hecho de prestar juramento de fidelidad a la última circular de la IC: su conquista exige, además de las bases teóricas indispensables, la experiencia personal y la práctica de una verdadera autocrítica. No sin dificultad se realizó el giro brutal que llevó de la táctica de las jornadas de marzo de 1921 a la actividad revolucionaria sistemática en la prensa, en las reuniones, en los sindicatos y en el parlamento. Cuando la crisis, debida al cambio de situación, fue superada creció el peligro de que se desarrollase una nueva desviación unilateral de carácter claramente opuesto. La lucha cotidiana para conquistar a las masas absorbe toda la atención, crea su propia rutina en la táctica e impide ver los problemas estratégicos que se deducen de los cambios en la situación objetiva.

En el verano de 1923 la situación interna de Alemania, sobre todo debido al fracaso de la táctica de resistencia pasiva, tomó el carácter de una catástrofe. Se volvía perfectamente claro que la burguesía alemana sólo lograría salir de esta situación "sin salida" si el Partido Comunista alemán no comprendía claramente este hecho y no sacaba para su acción todas las conclusiones revolucionarias necesarias. Pero el Partido Comunista, que tenía precisamente la llave en sus manos, le abrió las puertas a la burguesía.

¿Por qué la revolución alemana no alcanzó la victoria? Las causas del fracaso deben buscarse enteramente en la táctica, y no en las condiciones o el azar. Tenemos aquí un ejemplo clásico de cómo se deja pasar una situación revolucionaria. Habría sido posible llevar al proletariado alemán al combate si este hubiera podido convencerse de que esta vez el problema de la revolución estaba claramente planteado, que el Partido Comunista estaba dispuesto a ir a la batalla y que era capaz de asegurar el triunfo. Pero el Partido Comunista realizó el cambio de orientación sin convicción y con un retraso extraordinario. No sólo los derechistas, sino también los izquierdistas, a pesar de la

lucha encarnizada que sostenían entre ellos, consideraron hasta septiembre-octubre el proceso del desarrollo de la revolución con un gran fatalismo. Corresponde a un pedante –y no a un revolucionario– sentarse a analizar ahora hasta qué punto la conquista del poder habría sido "garantizada" con una política correcta. Limitémonos a citar a este respecto este magnífico testimonio de *Pravda*, debido estrictamente al azar, ya que fue completamente aislado y contradicho por todos los demás juicios publicados en el mismo periódico. "Si en mayo de 1924, frente a una cierta estabilización del marco, una relativa consolidación de la burguesía, el pasaje de las capas medias de la población y la pequeñoburguesía a los nacionalistas, después de una crisis profunda del Partido y de una cruel derrota del proletariado, los comunistas han logrado reunir 3.700.000 votos, es evidente que en octubre de 1923, con una crisis económica sin precedentes, la segmentación completa de las clases medias, la confusión más espantosa en las filas de la socialdemocracia, mientras que contradicciones internas poderosas y brutales debilitaban a la burguesía y que la combatividad de las masas proletarias en los centros industriales era extraordinariamente mayor, es claro que entonces el Partido Comunista tenía consigo a la mayoría de la población; habría podido y debido combatir, pues tenía todas las probabilidades de triunfar" (*Pravda*, 25 de mayo de 1924).

Citemos también las palabras que un delegado alemán –cuyo nombre desconozco– pronunció en el V Congreso:

> "No existe en Alemania un solo obrero consciente que no sepa que el Partido habría debido comprometerse entonces con el combate en lugar de evitarlo. Los dirigentes del Partido Comunista alemán olvidaron que el rol del partido es tener su valor propio, y esta es una de las causas principales de la derrota de octubre" (*Pravda*, 24 de junio de 1924).

Durante las discusiones se han contado muchas cosas respecto a lo que ha ocurrido en el transcurso de 1923, sobre todo en el segundo semestre, en las esferas superiores del Partido Comunista alemán y de la IC; pero lo que se ha dicho está frecuentemente lejos de corresponder con lo que realmente ha pasado. Es sobre todo Kuusinen quien ha introducido la confusión en estas cuestiones; en 1924-26 tenía como misión demostrar que la dirección de Zinoviev había sido saludable; luego, a partir de cierta fecha de 1926, se puso a probar que esta dirección fue funesta. Lo que da a Kuusinen la autoridad necesaria para poder establecer tales juicios es el hecho de que él mismo, en 1918, hizo todo lo que le permitieron sus modestas fuerzas para hacer naufragar a la revolución del proletariado finlandés.

Más de una vez se ha intentado atribuirme, posteriormente, una cierta responsabilidad en la línea de acción de Brandler; en la URSS esto se hacía disimuladamente, porque allí eran muchos los que sabían lo que había sucedido; en Alemania se procedía abiertamente, porque allí nadie sabía nada.

Por casualidad, tengo entre las manos un recorte de periódico que habla de la aguda lucha ideológica que se desarrolló en nuestro CC en torno a los problemas de la Revolución alemana. En la documentación concerniente a la Conferencia de enero de 1924, el Buró Político me acusó claramente de haber adoptado una actitud desconfiada y hostil hacia el CC del Partido Comunista alemán en el curso del período que *precedió* a su capitulación. He aquí lo que se cuenta en ese documento:

> "El camarada Trotsky, antes de abandonar la reunión del CC (sesión plenaria de septiembre de 1923), pronunció un discurso que conmocionó profundamente a todos los miembros presentes; decía que la dirección del Partido Comunista alemán no valía nada, que el CC de ese partido estaba saturado de fatalismo, que sólo estaba en Babia, etc. Por consiguiente, declaró el camarada Trotsky, la revolución alemana está condenada a perecer. Este discurso produjo en todos los presentes una impresión deprimente. Pero la enorme mayoría de ellos estimaba que este discurso se vinculaba con un episodio (¿?), sin relación con la revolución alemana, que se había producido en la reunión plenaria del CC, y que este discurso *no se correspondía con la situación objetiva*" ("Materiales para la Conferencia del Partido Comunista ruso", enero de 1924, p. 14; subrayado por nosotros. NdLT).

Los miembros del CC habrán podido interpretar como hayan querido mi alerta, que no era la primera, pero estaba únicamente dictada por la preocupación que me causaba la suerte de la revolución alemana. Desgraciadamente, la marcha de los acontecimientos me dio enteramente la razón, entre otras cosas porque la mayoría del CC del partido dirigente, según su propia confesión, no había comprendido a tiempo que mi advertencia "se correspondía" absolutamente con la "situación objetiva". Ciertamente, no propuse que se sustituyese precipitadamente al CC brandleriano por otro cualquiera (semejante sustitución en vísperas de acontecimientos decisivos hubiera sido una simple demostración de aventurerismo). Propuse, desde el verano de 1923, una manera más oportuna y decisiva de abordar la cuestión del paso a la insurrección y, por consiguiente, de movilizar nuestras fuerzas para ayudar al CC del partido alemán. La tentativa posterior de hacerme solidario con la línea de conducta del CC brandleriano, cuyos errores no eran más que el reflejo de las faltas generales de la dirección de la IC, se debe, sobre todo, a que *después de la capitulación* del partido alemán me he opuesto a que se haga de Brandler un chivo expiatorio, *aunque* (o, más bien, *porque*) juzgaba la derrota alemana mucho más seria de lo que creía la mayoría del CC. En ese caso, como en otros, me he opuesto a un sistema inadmisible que, para salvar a la dirección de la Internacional, destrona periódicamente a los comités centrales nacionales, sometidos después a una persecución salvaje e incluso siendo expulsados del partido.

En las *Lecciones de Octubre*, que escribí bajo la impresión de la capitulación del CC alemán, desarrollé la idea de que, en la época actual, una situación

revolucionaria puede perderse, en algunos días, por varios años. Parece increíble, pero es verdad: se calificó esta opinión de "blanquismo" y de "individualismo". Los innumerables artículos escritos contra las *Lecciones de Octubre* demostraron cómo se había olvidado a fondo la experiencia de la Revolución de Octubre y cuán insuficientemente asimiladas habían sido sus lecciones. Atribuir a las masas la responsabilidad por los errores de la dirección, o reducir *en general* el rol de esta última para disminuir su culpabilidad, es una actitud típicamente menchevique, que se deriva de la incapacidad de comprender dialécticamente la "superestructura" en general, la superestructura de la clase que es el partido, la superestructura del partido que es su centro dirigente. Hay épocas en que Marx y Engels no podrían hacer avanzar ni una pulgada el desarrollo histórico ni aunque lo criticaran fuertemente; hay otras en que hombres de una pequeña talla, si tienen el timón en la mano, pueden retrasar el desarrollo de la revolución internacional durante una serie de años.

Los intentos recientes por hacer creer que he repudiado las *Lecciones de Octubre* son completamente absurdos. Es verdad que he "reconocido" un "error" secundario: cuando escribí las *Lecciones de Octubre*, es decir, en el verano de 1924, me parecía que Stalin había tenido en el otoño de 1923 una actitud que estaba más a la izquierda (es decir, centroizquierda) que la de Zinoviev. No estaba al corriente de la vida interna del grupo que ejercía las funciones de centro secreto de la fracción que se había constituido en el aparato de la mayoría. Los documentos publicados después de la escisión de esta fracción, sobre todo la carta puramente brandleriana de Stalin a Zinoviev y a Bujarin [el texto de esta carta se encuentra más adelante en este libro, en "¿Quién dirige hoy la IC?"[43]. LT], me han convencido de que el juicio que yo había formulado sobre este grupo de personalidades era erróneo; sin embargo, esta inexactitud no tiene nada que ver con el fondo de los problemas planteados. De hecho, el error desde el punto de vista de las personas no es grave; el centrismo es capaz, es verdad, de grandes zigzags hacia la izquierda, pero –como lo ha demostrado la evolución de Zinoviev nuevamente– es incapaz de seguir una orientación revolucionaria aunque sea un poco sistemática.

Las ideas que desarrollé en las *Lecciones de Octubre* conservan aún hoy toda su fuerza. Es más: después de 1924 han sido confirmadas nuevamente.

Entre las numerosas dificultades de la revolución del proletariado, hay una completamente precisa, concreta, específica, que se deriva de la situación y de las tareas de la dirección revolucionaria del partido. Cuando se produce un cambio brusco en los acontecimientos, los partidos, incluso los más revolucionarios, corren el riesgo de quedarse retrasados y de proponer las consignas o los métodos de lucha de ayer para las tareas y las necesidades

43 Ver Parte 4, p. 288 de esta edición [NdE].

nuevas. No puede haber, en general, cambio más brusco que el que crea la necesidad de la insurrección del proletariado. Precisamente aquí surge el peligro de que la dirección del partido, la política del partido en su conjunto, no se corresponda con la conducta de la clase y con las exigencias de la situación. Cuando la vida política se desarrolla con relativa lentitud, esas discordancias acaban por reabsorberse; causan daños, aunque no provocan catástrofes. Por el contrario, en períodos de crisis revolucionaria aguda no se tiene, precisamente, *tiempo* para superar los desequilibrios y, de alguna manera, rectificar el frente bajo el fuego; los períodos durante los cuales la crisis revolucionaria alcanza su grado máximo de intensidad tienen, por su propia naturaleza, un ritmo rápido. La discordancia entre la dirección revolucionaria (vacilaciones, oscilaciones, espera, mientras que la burguesía ataca furiosamente) y las tareas objetivas puede en algunas semanas, e incluso en algunos días, causar una catástrofe, haciendo perder el beneficio de varios años de trabajo. Evidentemente, el desequilibrio entre la dirección y el partido, o bien entre el partido y la clase, puede tener también un carácter opuesto: cuando la dirección sobrepasa el desarrollo de la revolución, confundiendo el quinto mes de embarazo con el noveno. El ejemplo más claro de un desequilibrio de este género lo suministró Alemania en marzo de 1921[44]. Tuvimos entonces en el partido alemán una manifestación extrema de la "enfermedad infantil de izquierda" y, por consiguiente, del *putschismo* (aventurerismo revolucionario). Este peligro es completamente real, incluso para el futuro. Las lecciones del III Congreso de la IC conservan aquí toda su fuerza. Pero la experiencia alemana de 1923 nos ha mostrado cruelmente un peligro de naturaleza contraria: la situación estaba madura y la dirección, atrasada. Cuando la dirección logra alinearse con la situación, esta cambia: las masas se retiran y la relación de fuerzas se convierte bruscamente en desfavorable.

En el fracaso alemán de 1923 hubo, evidentemente, muchas particularidades nacionales, pero también se encuentran allí rasgos típicos que manifiestan un peligro general. Se podría definir este peligro como *la crisis de la dirección revolucionaria en vísperas del tránsito a la insurrección.* La base del partido proletario, por su naturaleza misma, está menos inclinada a sufrir la presión de la opinión pública burguesa, pero es sabido que ciertos elementos de las capas superiores y medias del partido sufrirán inevitablemente, en mayor o menor medida, la influencia del terror material e intelectual ejercido por la burguesía en el momento decisivo. No se puede cerrar los ojos para no ver este peligro. Ciertamente, no existe contra él ninguna receta saludable aplicable en todos los casos. Pero el primer paso en la lucha contra un pe-

44 En marzo de 1921, en contra de los consejos de Lenin y Trotsky, los dirigentes ultraizquierdistas de los comunistas alemanes organizaron una insurrección cuando las condiciones objetivas y subjetivas no estaban dadas, una política de tipo *putschista* que terminó en una seria derrota [NdE].

ligro es comprender su origen y su naturaleza. La aparición inevitable o el desarrollo de un grupo de derecha en cada partido comunista en el curso del período del "pre-Octubre" refleja, por un lado, las dificultades objetivas inmensas y los peligros de dar el "salto" y, por otro, la presión furiosa de la opinión pública burguesa. Este es el fundamento y el significado de un grupo de derecha. Precisamente por esto es inevitable que surjan en los partidos comunistas vacilaciones y reticencias justamente en el momento en que son más peligrosas. En nuestro país, en 1917, las vacilaciones, que se apoderaron de una minoría de las capas superiores del Partido, fueron vencidas gracias a la severa energía de Lenin. En Alemania, vaciló toda la dirección, y esta vacilación se transmitió al Partido y, a través de él, a la clase obrera. Así dejó escapar una situación revolucionaria. En China, donde los obreros y campesinos pobres luchaban por la toma del poder, la dirección central trabajó en contra de esta lucha. No serán éstas las últimas crisis de dirección en los momentos históricos decisivos. Reducir esas crisis inevitables al mínimo constituye una de las tareas más importantes de cada partido comunista y de la IC en su conjunto. Sólo se puede llegar a ello después de haber comprendido la experiencia de Octubre de 1917 (y el fundamento político de la oposición de derecha de aquella época en el seno de nuestro partido) confrontándola con la experiencia del Partido Comunista alemán en 1923. En esto reside el significado de las *Lecciones de Octubre*.

5. El error estratégico fundamental del V Congreso

A partir de fines de 1923 hemos podido leer una serie de documentos de la IC y escuchar declaraciones de sus dirigentes respecto al "error de ritmo" cometido en el otoño de 1923, en los que se alude inevitablemente a Marx, que también, al parecer, se había equivocado al fijar los plazos de la revolución. Al mismo tiempo, conscientemente, no se precisaba si el "error de ritmo" de la Internacional consistía en no haber percibido o, por el contrario, en haber exagerado la proximidad del momento crítico de la toma del poder. En conformidad con el sistema de doble compatibilidad que ha llegado a ser, durante los últimos años, una costumbre de la dirección, se dejaba vía libre para una y otra interpretación.

Sin embargo, no es difícil concluir de toda la política de la IC en este período que, en el curso 1924 y buena parte de 1925, su dirección consideró que la crisis alemana no había llegado aún a su punto culminante. No es conveniente entonces referirse a Marx en este caso. Si, algunas veces, él vio la revolución más cerca de lo que en realidad estaba, por el contrario, en ningún caso dejó de verla cuando ella avanzaba, ni se obstinó en pretender que la situación seguía siendo revolucionaria cuando claramente se había transformado.

En la XIII Conferencia del Partido Comunista ruso, Zinoviev declaró, lanzando la fórmula con doble sentido del "error de ritmo":

> "El CC y la IC deben decirles que si se produjesen acontecimientos semejantes, en la misma situación, deberíamos hacer lo mismo" (*Pravda* N.º 20, 25 de enero de 1924).

Esta promesa sonaba como una amenaza. El 2 de febrero de 1924, Zinoviev declaró, en la Conferencia del Socorro Rojo Internacional[45], que en toda Europa la situación era la siguiente:

> "No hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de tranquilidad, aunque sea sólo aparente, ni cualquier pacificación [...]. Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos [...]. Alemania se dirige, al parecer, hacia la guerra civil aguda..." (*Pravda*, 2 de febrero de 1924).

A principios de febrero de 1924, el Presídium del CE de la IC dice, en una resolución sobre las lecciones de los acontecimientos de Alemania:

> "El Partido Comunista alemán no debe borrar del orden del día la cuestión de la insurrección y de la conquista del poder. Por el contrario (!), debemos plantearnos esta cuestión con toda urgencia y concretamente..." (*Pravda*, 7 de febrero de 1924).

El 26 de marzo de 1924, el Comité ejecutivo de la IC escribía en su mensaje al Partido Comunista alemán:

> "El error de juicio sobre el ritmo de los acontecimientos [¿cuál? LT] que se produjo en octubre de 1923 causó gran número de dificultades a nuestro partido. Pero, sin embargo, esto *sólo es un episodio*[46]. El juicio fundamental sigue siendo el mismo" (*Pravda*, 20 de abril de 1924. Palabras subrayadas por nosotros. NdLT).

El CE de la IC extrae de todo esto la conclusión siguiente:

> "El Partido Comunista alemán debe, como antes, continuar con todas sus fuerzas su trabajo de armamento de los obreros" (*Pravda*, 19 de abril de 1924).

¡El inmenso drama histórico de 1923 –el abandono sin combate de una posición revolucionaria grandiosa– era considerado, seis meses después,

---

45 Organismo creado por la IC en 1922 y que se encargó de conducir campañas de solidaridad con los prisioneros comunistas y de reunir apoyo material y humanitario. Estaba dirigido por Clara Zetkin, entre otros. Hacia 1924 tenía filiales nacionales en diecinueve países. Fue disuelto en 1942 [NdE].

46 Hay que destacar que diez años más tarde, luego de la llegada de Hitler al poder, la primera reacción de la IC (informe de F. Heckert adoptado unánimemente en abril de 1933) fue presentar este trágico acontecimiento de una manera similar, como una peripecia que no detenía el progreso de la clase obrera alemana [NdEF].

como un episodio! "Nada más que un episodio". Hasta el día de hoy, Europa sufre las penosas consecuencias de este "episodio". El hecho de que, durante cuatro años, la IC no haya podido reunir su congreso, y el aplastamiento continuo de su ala izquierda, constituyen en igual medida resultados del "episodio" de 1923.

El V Congreso [de la IC. NdE] se reunió ocho meses después de la derrota del proletariado alemán, cuando todas las consecuencias de la catástrofe aparecían ya de una manera manifiesta. La necesidad más urgente entonces era examinar el presente más que prever el futuro. Las tareas esenciales del V Congreso deberían haber consistido, en primer lugar, en llamar clara e implacablemente a la derrota por su nombre y poner al desnudo su causa "subjetiva", y no permitir que nadie se ocultase detrás de las condiciones objetivas; en segundo lugar, señalar que iba a comenzar una nueva etapa, en la que las masas se retirarían, la socialdemocracia crecería, el Partido Comunista perdería influencia; en tercer lugar, preparar a la IC para este retroceso a fin de que no la tome de improviso, armarla con los métodos necesarios para las batallas defensivas y consolidar su organización hasta el próximo cambio de situación.

En todas estas cuestiones, el Congreso adoptó la actitud opuesta.

En este, Zinoviev definió de la manera siguiente el significado de lo que había ocurrido en Alemania:

> "Esperábamos la revolución alemana, pero no ha llegado" (*Pravda*, 22 de junio de 1924).

En realidad, la revolución tendría derecho a responder: yo he llegado, pero ustedes, señores, han llegado tarde a la cita.

Los dirigentes del Congreso, así como Brandler, estimaban que habíamos "sobrestimado" la situación, mientras que, en realidad, "nosotros" le habíamos atribuido, demasiado tarde, un escaso valor. Zinoviev se consolaba fácilmente de su supuesta "sobrestimación"; veía el mal principal en otra parte:

> "Sobrestimar la situación no fue lo peor. Lo peor es que, como lo ha probado el ejemplo de Sajonia, hubo en las filas en nuestro partido muchas supervivencias de la socialdemocracia" (*Pravda*, 24 de junio de 1924).

Zinoviev no veía la catástrofe, y no era el único. Con él, todo el V Congreso pasó al lado de la mayor derrota de la revolución mundial sin verla. Los acontecimientos de Alemania fueron analizados sobre todo desde el punto de vista de la política de los comunistas… en el Landtag de Sajonia. En su resolución, el Congreso aprobó al CE por haber: "Condenado la actitud oportunista del CC alemán y sobre todo la desviación de la táctica del frente único que se ha producido durante la experiencia gubernamental de Sajonia" (*Ibíd.*). Es casi como condenar a un asesino "sobre todo" por no haberse quitado el sombrero al entrar en casa de la víctima.

> "La experiencia de Sajonia –insistía Zinoviev– ha creado una situación nueva. Esta amenazaba con inaugurar la liquidación de la táctica revolucionaria de la IC" (*Ibíd.*).

Puesto que la "experiencia de Sajonia" estaba condenada y Brandler destituido, no quedaba más que seguir el orden del día.

> "Las perspectivas políticas generales –dice Zinoviev y con él, el Congreso– siguen siendo esencialmente las de antes. La situación lleva en sí la revolución. Ya están en marcha nuevas batallas de clases, se desarrolla una lucha gigantesca..., etc." (*Ibíd.*).

¡Qué frágil y poco seguro es este "izquierdismo", que retiene en su tamiz los mosquitos y deja pasar impasiblemente los camellos! A los que sabían ver la situación con buenos ojos, a los que subrayaban la importancia de la derrota de octubre, a quienes preveían la inevitabilidad de un largo período de reflujo revolucionario y una consolidación provisoria ("estabilización") del capitalismo (con todas las consecuencias políticas que de ella derivan), los dirigentes del V Congreso intentaban desprestigiarlos como oportunistas y liquidadores de la revolución. Este era el objetivo principal de Zinoviev y Bujarin. Ruth Fischer, que como ellos subestimaba la importancia de la derrota del año pasado, veía en la Oposición rusa "la pérdida de la perspectiva de la revolución mundial, la ausencia de fe en la proximidad de las revoluciones alemana y europea, un pesimismo sin esperanza, la liquidación de la revolución en Europa, etc." (*Pravda*, 25 de junio de 1924).

No hace falta decir que los responsables más directos de las derrotas eran los más ardientes en gritar contra los "liquidadores", es decir, a los que no querían llamar victorias a los fracasos. Así, por ejemplo, Kolarov gritaba contra Radek, quien tuvo la audacia de considerar la derrota del partido búlgaro como decisiva:

> "Ni en junio ni en septiembre la derrota del Partido fue decisiva. El Partido Comunista de Bulgaria es sólido y se prepara para nuevas batallas" (Discurso del camarada Kolarov en el V Congreso).

En lugar del análisis marxista de las derrotas, la fanfarronada burocrática irresponsable se despliega en toda la línea. Sin embargo, la estrategia bolchevique es incompatible con la *kolaroviquiada* vanidosa e inerte.

En los trabajos del V Congreso hubo muchas cosas correctas e indispensables. La lucha contra las tendencias de derecha que trataban de levantar la cabeza no podía diferirse. Pero esta lucha se perdió en la confusión y se desvió a causa del juicio falso sobre la situación; todas las cartas fueron mezcladas, y se clasificó en el campo de la derecha a los que, simplemente, comprendían mejor y más claramente la jornada de ayer, de hoy y de mañana. Si en el III Congreso hubieran triunfado los izquierdistas de entonces, Lenin, por las mismas razones, hubiese sido clasificado en el ala derecha

junto a Levi, Clara Zetkin y otros. La confusión ideológica que engendró la falsa orientación política del V Congreso fue más tarde una fuente de nuevas y grandes desgracias.

En el terreno económico se aplicó también enteramente el juicio establecido por el Congreso en materia política. Los síntomas de la consolidación económica de la burguesía alemana fueron negados o ignorados. Varga, que presenta siempre los hechos económicos adaptándolos al enfoque de la tendencia política, señalaba esta vez en su informe:

> "No hay ninguna perspectiva de saneamiento del capitalismo" (*Pravda*, 28 de junio de 1924).

Un año después, cuando se rebautizó con algún retraso al "saneamiento" con el nombre de "estabilización", Varga la descubrió cuidadosamente... *a posteriori*. Pero en este momento la Oposición ya era acusada de no admitir la estabilización, pues había tenido la audacia de señalar su comienzo año y medio antes, y desde 1925 señalaba las tendencias que la amenazaban *(¿Adónde va Inglaterra?)*.

El V Congreso veía los procesos políticos fundamentales y los grupos ideológicos en el espejo cóncavo de su falsa orientación; de ahí nació la resolución que clasificaba a la Oposición rusa entre las desviaciones "pequeñoburguesas". La historia, a su manera, corrigió este error dos años después, obligando a Zinoviev, el acusador principal del V Congreso, a admitir públicamente que el núcleo central de la Oposición de 1923 había tenido razón en las cuestiones fundamentales de la lucha.

El error estratégico del V Congreso condujo a la incomprensión del proceso que se producía en la socialdemocracia alemana e internacional. En el Congreso sólo se habló de su decadencia, de su descomposición, de su hundimiento. Refiriéndose a los resultados de las últimas elecciones parlamentarias, que dieron al Partido Comunista 3.700.000 votos, Zinoviev decía: "Si en Alemania tenemos en el parlamento la proporción de sesenta y dos comunistas por cada cien socialdemócratas, esto debe probar a todo el mundo cuán *próximos estamos de la conquista* de una mayoría en la clase obrera alemana" (*Pravda*, 22 de junio de 1924).

Zinoviev no comprendía en absoluto la marcha del proceso; la influencia del Partido Comunista no aumentó, sino que disminuyó durante este año y los siguientes; los 3.700.000 votos no eran más que un resto apreciable de la influencia decisiva que el Partido había ejercido sobre la mayoría del proletariado alemán; en las verificaciones posteriores esa cifra debía caer inevitablemente.

Mientras que durante el año 1923 la socialdemocracia se deshilachaba como un entretejido podrido, por el contrario, después de la derrota de la revolución, se fortaleció sistemáticamente y creció en parte en detrimento del comunismo. Como lo habíamos previsto (¿cómo no preverlo?), se atribu-

yó nuestra predicción a nuestro "pesimismo". ¿Es necesario demostrar, aún ahora, después de las últimas elecciones de mayo de 1928 en las que la socialdemocracia recogió más de nueve millones de votos, que teníamos razón cuando a principios de 1924 decíamos y escribíamos que era inevitable que la socialdemocracia renaciese por un cierto período, y que los "optimistas" se equivocaban groseramente cuando le cantaban entonces el réquiem[47]? Fue sobre todo el V Congreso el que cometió este gran error.

La segunda juventud de la socialdemocracia, que tenía todos los rasgos del verano de San Martín[48], no es evidentemente eterna. Su muerte es inevitable. Pero su fecha de defunción no está escrita en ninguna parte. Depende también de nosotros. Para acortar los plazos, es preciso saber mirar los hechos de frente, distinguir a tiempo los cambios de la situación política, llamar derrota a una derrota, aprender a prever el mañana.

Si la socialdemocracia alemana representa aún hoy una fuerza de varios millones en la clase obrera es por dos causas inmediatas. Primero: la cobarde derrota del Partido Comunista alemán en otoño de 1923. Segundo: la falsa orientación estratégica del V Congreso. Si en enero de 1924 la proporción entre electores comunistas y socialdemócratas era casi de 2 a 3, por el contrario, cuatro años y medio después, esta proporción ha bajado, ya que no es más que de 1 a 3; dicho de otra manera, durante este período, tomado en su conjunto, no nos hemos acercado sino alejado de la conquista de la mayoría en la clase obrera. Y esto a pesar del fortalecimiento indudable de nuestro partido en el curso del último año, el que –con una política correcta– puede y debe ser el punto de partida de la verdadera conquista de la mayoría. Volveremos más adelante a hablar sobre las consecuencias políticas de la posición del V Congreso. Pero, ¿no está claro, desde ahora, que no se puede hablar seriamente de estrategia bolchevique si no se sabe abarcar con una mirada tanto la curva dibujada por nuestra época en su conjunto como a sus diferentes sinuosidades que, a cada momento dado, tienen para la dirección del partido la misma importancia que los cambios de vía para el mecánico de la locomotora? Marchar a toda velocidad en un giro crucial conduce, inevitablemente, hacia el abismo.

Sin embargo, hace sólo unos meses que *Pravda* ha reconocido, de forma más o menos clara, la exactitud del juicio que habíamos emitido precisamente a fines de 1923. El 28 de enero de este año *Pravda* escribía:

> "La fase de apatía y depresión relativa [¡!] que comenzó después de la derrota de 1923, y que permitió al capital alemán consolidar sus posiciones, llega a su fin".

---

47 Misa de los difuntos en la religión católica [NdE].

48 Saint-Martin o San Martín es una isla ubicada en el mar Caribe, aproximadamente a 240 km. al este de la isla de Puerto Rico [NdE].

La "relativa" depresión que comenzó en el otoño de 1923 sólo llega a su fin en 1928. Estas palabras, publicadas con un retraso de cuatro años, constituyen una condena implacable de la orientación errónea seguida por el V Congreso, y también del sistema de dirección que, lejos de divulgar y aclarar los errores cometidos, los oculta, aumentando así la confusión ideológica. Un proyecto de programa que no contiene un juicio ni sobre los acontecimientos de 1923 ni sobre el error fundamental cometido por el V Congreso sólo hace dar la espalda a los verdaderos problemas de la estrategia del proletariado durante la época imperialista.

6. "La era democrático-pacífica" y el fascismo

La capitulación del Partido Comunista alemán en el otoño de 1923, la desaparición de la terrible amenaza proletaria, debilitó no sólo, necesariamente, la posición del Partido Comunista sino también la del fascismo. Una guerra civil, incluso victoriosa para la burguesía, mina las condiciones en que se ejerce la explotación capitalista. Ya entonces, es decir, a fines de 1923, nos pronunciamos contra la sobrestimación de las fuerzas del fascismo alemán y del peligro que representaba; insistimos en que el fascismo, durante cierto período, pasaría a segundo plano, mientras que el centro de la escena política sería ocupado por las organizaciones democráticas y pacifistas ("Bloque de las Izquierdas" en Francia, Labour Party en Inglaterra), cuyo fortalecimiento contribuiría a hacer crecer, nuevamente, a la socialdemocracia alemana. En lugar de comprender este proceso inevitable y de organizar siguiendo una línea de frente *nueva*, la dirección oficial continuó identificando fascismo y socialdemocracia y profetizando su muerte simultánea en el curso de la próxima guerra civil.

La cuestión del fascismo y de la socialdemocracia estaba ligada al problema de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. La derrota de la Revolución alemana fue la que permitió en 1923 al capitalismo norteamericano abordar de lleno la realización de sus planes "pacíficos" para reducir a la servidumbre a Europa (por el momento). En estas condiciones, era necesario plantear el problema norteamericano en toda su amplitud. Sin embargo, la dirección del V Congreso dejó simplemente la cuestión de lado. La dirección consideró únicamente la situación al interior de Europa, sin observar que un aplazamiento prolongado de la revolución europea había desplazado, de un plumazo, el eje de las relaciones mundiales a una ofensiva de Norteamérica contra Europa. Esta ofensiva tomaba el carácter de "consolidación" económica de Europa, de su normalización, pacificación y del "saneamiento" de los principios democráticos. No sólo el pequeñoburgués arruinado sino también el obrero de alto rango se decían: si el Partido Comunista no supo triunfar, acaso la socialdemocracia nos dé, no la victoria (no se espera

eso de ella), sino un pedazo de pan, reanimando la industria gracias al oro norteamericano. Habría sido necesario comprender que la infame ficción del pacifismo norteamericano, recubierto de dólares, debía convertirse (después de la derrota de la revolución alemana) y se convertía en el factor político más importante de la vida de Europa.

La socialdemocracia alemana creció gracias a esta levadura y, también en gran medida, es gracias a ella que prosperaron los radicales franceses y el Labour Party.

Para enfrentar a este nuevo frente enemigo hubiera sido necesario demostrar que la Europa burguesa no podía subsistir más que como vasallo financiero de los Estados Unidos; que el pacifismo de este país equivalía a la aspiración de imponer a Europa un racionamiento de hambre. Pero en lugar de tener en cuenta precisamente esta perspectiva para luchar contra la socialdemocracia con su nuevo culto del norteamericanismo, la dirección de la IC se orientó en el sentido opuesto: se nos atribuyó una mezquina e imbécil teoría sobre el imperialismo normalizado, sin guerras ni revoluciones, basado en el racionamiento norteamericano.

Durante esta reunión de febrero del CE de la IC en la que, cuatro meses antes del Congreso, puso al orden del día del Partido Comunista alemán la insurrección "en toda su urgencia concreta", el Presídium apreciaba la situación en Francia en la que, justamente entonces, se aproximaban las elecciones parlamentarias de "izquierda" de la siguiente manera:

> "Esta animación preelectoral afecta tanto a los partidos más mediocres e insignificantes como a las organizaciones políticas muertas. Así, el Partido Socialista, bajo los rayos solares de las elecciones que se aproximan, se reanima y se extiende…" (*Pravda*, 7 de febrero de 1924).

Mientras que en Francia avanzaba manifiestamente una ola de izquierdismo pacifista pequeñoburgués que se apoderaba también de vastos círculos obreros, debilitando simultáneamente al partido del proletariado y a los destacamentos fascistas del capital; mientras que, en otras palabras, se aproximaba la victoria del "Bloque de las Izquierdas", la dirección de la IC partía de una perspectiva directamente opuesta y negaba totalmente la posibilidad de una fase de pacifismo; en vísperas de las elecciones de 1924, hablaba del Partido Socialista francés, es decir, del defensor del ala izquierda del pacifismo pequeñoburgués, como de un agrupamiento "ya muerto". Protestamos, en una carta especial dirigida a la delegación del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, contra un juicio sobre el Partido socialpatriota formulado tan a la ligera. ¡Fue en vano! La dirección de la IC consideraba obstinadamente que cerrar los ojos para no ver los hechos era dar prueba de "izquierdismo". De ahí nació la polémica sobre el pacifismo democrático, polémica que, desfigurada, desequilibrada y ensuciada –como siempre en los últimos años–, aportó tanta confusión en

la conciencia de los partidos de la IC. Los representantes de la Oposición fuimos acusados de tener prejuicios reformistas, simplemente porque no compartíamos los de la dirección de la IC y porque habíamos previsto a tiempo que la derrota sin combate del proletariado alemán haría, inevitablemente, entrar en escena (después de una breve intensificación de las tendencias fascistas) a los partidos pequeñoburgueses y fortalecería a la socialdemocracia.

Ya hemos señalado más arriba que, en la Conferencia del Socorro Rojo Internacional, tres o cuatro meses antes de la victoria del Labour Party en Inglaterra y del "Bloque de las Izquierdas" en Francia, Zinoviev, polemizando visiblemente conmigo, declaró:

> "En casi toda Europa la situación es tal que no hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de tranquilidad, ni cualquier tipo de pacificación… Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos… Alemania se dirige, al parecer, hacia una guerra civil aguda" (*Pravda*, 2 de febrero de 1924).

Zinoviev ha olvidado totalmente, al parecer, que ya en el IV Congreso, en 1922, yo había logrado –a pesar de su obstinada resistencia y la de Bujarin– que la comisión introdujese una enmienda (bastante atenuada, por cierto) en la resolución del Congreso, en la que se hablaba de la próxima instauración de una era "pacifista y democrática" que constituiría probablemente una etapa de declive político del Estado burgués y serviría de antecámara de la dominación del comunismo o... del fascismo.

En el V Congreso, que se reunió después de la aparición de los gobiernos de "izquierda" en Inglaterra y Francia, Zinoviev se acordó, muy oportunamente, de mi enmienda y la leyó en voz alta:

> "La situación internacional política en el momento presente se caracteriza por el fascismo, el Estado de sitio y la oleada de terror blanco contra el proletariado. Pero esto no excluye la posibilidad de que, en un futuro muy próximo, en los países más importantes una 'era democrática y pacífica' sustituya a la reacción burguesa abierta".

Zinoviev agregó con satisfacción: "Esto fue dicho en 1922. Así, pues, hace ya año y medio que la IC predijo claramente la era democrático-pacífica" (*Pravda*, 22 de junio de 1924).

La verdad es la verdad. La previsión, de la que se me reprochó durante largo tiempo como una desviación "pacifista" (que sería *mi* desviación y no la del desarrollo de los acontecimientos), se había realizado oportunamente en el V Congreso, en plena luna de miel de los ministerios Mac Donald y Herriot. Esto ocurre lamentablemente, en general, con las previsiones. Hay que agregar que Zinoviev y la mayoría del V Congreso toman demasiado al pie de la letra la antigua perspectiva de la "era pacífica y democrática" como etapa de descomposición del capitalismo. Es lo que predicó Zinoviev

en el V Congreso: "La era democrático-pacífica es un síntoma de la descomposición del capitalismo". Y dijo nuevamente en el discurso de clausura:

> "Repito que precisamente la era democrático-pacífica es un síntoma de la descomposición capitalista y de su crisis incurable" (*Pravda*, 1 de julio de 1924).

Esto habría sido verdad si no se hubiese producido la crisis del Ruhr, si el desarrollo se hubiese efectuado más regularmente, sin este "salto" de la historia. Esto hubiese sido doble y triplemente verdad si el proletariado alemán hubiese triunfado en 1923. En ese caso, el régimen de Mac Donald y de Herriot sólo habría tenido el sentido del "kerenskismo" inglés y francés. Pero la crisis del Ruhr se desencadenó planteando claramente la cuestión de quién sería el dueño de la casa. El proletariado alemán no logró una victoria sino una derrota decisiva, de forma tal que esta debía alentar y fortalecer al más alto grado a la burguesía alemana. La fe en la revolución fue socavada en toda Europa por varios años. En estas condiciones, los gobiernos de Mac Donald y Herriot no representaban de ninguna manera un kerenskismo ni, en general, una descomposición de la burguesía: podían y debían convertirse en los efímeros precursores de gobiernos burgueses más serios, más sólidos, más seguros de sí mismos. El V Congreso no lo comprendió; efectivamente, no habiendo estimado en su justa medida las proporciones de la catástrofe alemana, habiendo reducido ésta a la simple cuestión de la comedia en el Landtag de Sajonia, no vio que el proletariado de Europa, en todo el frente, ya había comenzado una retirada política; que la tarea a llevar adelante no era la insurrección, sino una orientación nueva, batallas de retaguardia, la consolidación de las posiciones del Partido en el terreno de la organización, sobre todo en el seno de los sindicatos.

En relación con estos problemas se desarrolló una polémica sobre el fascismo, tan desfigurada y desequilibrada como la anterior. La Oposición explicaba que la burguesía sólo hace avanzar su muro de contención fascista cuando un peligro revolucionario inmediato amenaza las bases de su régimen, cuando los órganos normales de su Estado burgués son ya insuficientes. En este sentido, el fascismo activo es un estado de guerra civil de la sociedad capitalista contra el proletariado insurrecto. Por el contrario, la burguesía se ve obligada a hacer avanzar su muro de contención de izquierda, a la socialdemocracia, sobre todo en dos momentos: en los tiempos que preceden a la guerra civil con el objetivo de engañar, apaciguar y disgregar al proletariado o bien tras una serie de derrotas de las más amplias masas del pueblo, cuando para restablecer el régimen normal se ve forzada a movilizarlas hacia la vía parlamentaria, y con ellas a los obreros que han perdido la confianza en la revolución. Para contradecir este análisis teórico indiscutible, que ha verificado todo el desarrollo de la lucha, la dirección de la IC lanza una afirmación absurda y simplista sobre la *identidad* de la socialdemocracia

y del fascismo[49]. Partiendo del hecho indiscutible de que la socialdemocracia está tan ligada como el fascismo a las bases fundamentales de la sociedad burguesa y que siempre está dispuesta, en el momento de peligro, a hacer avanzar a sus Noske, la dirección de la IC borra de un plumazo toda diferencia política entre socialdemocracia y fascismo, borrando al mismo tiempo la distinción entre el período de guerra civil abierta y el de "normalización" de la lucha de clases. En una palabra, se dio vuelta, enredó y confundió todo para conservar la apariencia de una orientación hacia el desarrollo inmediato de la guerra civil, como si nada especial hubiese pasado, en el otoño de 1923, en Alemania y en Europa: ¡simplemente un episodio!

Para mostrar la dirección y el nivel de esta polémica debe citarse el artículo de Stalin "A propósito de la situación internacional" (*Pravda*, 20 de septiembre de 1924).

> "Algunos piensan –decía Stalin polemizando contra mí– que la burguesía ha llegado al 'pacifismo' y a la 'democracia', no por necesidad sino por su propia voluntad, como resultado de su libre decisión".

Dos conclusiones políticas de importancia, de orden histórico y filosófico, seguían a esta tesis fundamental (sobre la que es inútil insistir):

> "Primero, es falso que el fascismo sólo sea una organización de combate de la burguesía. El fascismo no sólo es una categoría (¿?) militar y técnica".

No se puede comprender por qué una organización de combate de la sociedad burguesa debe ser considerada como una "categoría" técnica y no política. Pero entonces, ¿qué es el fascismo? A esta cuestión, respondió indirectamente con estas palabras:

> "La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo".

Se puede decir que la socialdemocracia es el ala izquierda de la sociedad burguesa; esta definición es absolutamente correcta, con la única condición de no comprenderla de una manera demasiado simplista; no hay que olvidar que la socialdemocracia continúa dirigiendo a millones de obreros, por lo que se ve obligada a tener en cuenta, dentro de ciertos límites, no sólo la voluntad de su patrón burgués sino también los intereses de su mandante proletario, al que estafa. Pero sería absurdo definir a la socialdemocracia como "ala moderada del fascismo". ¿Dónde se ubica en todo esto la sociedad burguesa? Para orientarse en política, incluso de manera elemental, no hay que amontonar todo, se debe distinguir y ver que la socialdemocracia y el fascismo constituyen los polos del frente burgués; pueden estar unidos en el momento del peligro, pero igualmente son dos polos. ¿Hay que insistir en

49 Adelantada por primera vez en 1924-25, esta concepción se realizaría y serviría de base a la política de la Internacional en el curso del "tercer período" que siguió poco después del VI Congreso. En ese momento, Trotsky desarrolló y enriqueció los argumentos aquí expuestos [NdEF].

esto después de las elecciones de mayo de 1928, caracterizadas a la vez por la decadencia del fascismo y el crecimiento de la socialdemocracia (a la que, dicho sea de paso, el Partido Comunista proponía una vez más formar el frente único de la clase obrera)?

> "Segundo –dice el artículo–, es falso que hayan pasado ya las batallas decisivas, que el proletariado haya sido vencido en ellas y que, por consiguiente, la burguesía se haya consolidado. No ha habido aún combates decisivos, sólo (?) porque aún no existieron verdaderos partidos bolcheviques de masas".

La burguesía no ha podido consolidarse porque no hubo batallas; y no se han entablado batallas "sólo" porque no había partido bolchevique. Así, pues, lo que impide a la burguesía reforzarse... es la ausencia de un partido bolchevique. En realidad, es precisamente porque no había, no un partido, sino más bien una *dirección* bolchevique por lo que la burguesía ha podido consolidar sus posiciones. Si un ejército en situación crítica capitula ante el enemigo sin combatir, este hundimiento reemplaza perfectamente a una "batalla decisiva", tanto en política como en la guerra. Ya en 1850, Engels enseñaba que un partido que deja escapar una situación revolucionaria desaparece durante mucho tiempo de la escena. Pero, ¿quién ignora que Engels, que vivió "antes del imperialismo", en la actualidad está perimido? Esto es lo Stalin escribe:

> "Es imposible, bajo el imperialismo, entablar combates por el poder si no existen tales partidos (bolcheviques)".

Hay que creer que esas batallas eran posibles en la época de Engels, cuando la ley del desarrollo desigual no había sido descubierta todavía.

Todo este encadenamiento de disertaciones está coronado, como conviene, con un pronóstico político:

> "Finalmente, es falso también… que a través del 'pacifismo' se pueda consolidar el poder de la burguesía y aplazar la revolución por un tiempo indeterminado".

Sin embargo, el aplazamiento se produjo, no según los pronósticos de Stalin, sino según los de Engels. Un año más tarde, cuando incluso los ciegos vieron claramente que la posición de la burguesía era más fuerte y que la revolución había retrocedido por un tiempo indeterminado, Stalin nos acusó de... no admitir la estabilización. Esta acusación se hizo particularmente enérgica cuando la "estabilización" comenzaba a tambalearse nuevamente bajo el choque de la nueva ola revolucionaria que avanzaba en Inglaterra y China. Hay que remarcar que la definición del fascismo y de sus relaciones con la socialdemocracia tal y como se hace en el proyecto (capítulo II), a pesar de los equívocos que voluntariamente se han tolerado para conservar un lazo con el pasado, es más razonable y correcta que el esquema stalinista citado más arriba, que era en el fondo el del V Congreso. Pero este ligero progreso no resuelve la cuestión. Un programa de la IC no puede, después

de la experiencia de la última década, caracterizar la situación revolucionaria, mostrar cómo se forma y desaparece, sin señalar los errores clásicos cometidos en el análisis de esta situación, sin explicar cómo el maquinista debe conducir en las curvas, sin inculcar a los partidos esta verdad: que hay momentos en los que el éxito de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

7. Política ultraizquierdista y levadura de derecha

Después del período de flujo violento llegó, en 1923, el largo reflujo, que en el lenguaje estratégico significaba: retirada ordenada, batallas de retaguardia, atrincheramiento en las organizaciones de masas, examen detallado, pulido y afilado de las armas políticas y teóricas. Se calificó esta actitud de espíritu de liquidación. En el curso de los últimos años se cometieron con esta noción –como con otras que pertenecían al vocabulario bolchevique– groseros abusos; no se enseñaba ni se educaba; se creaba confusión y se inducía al error. El espíritu de liquidación es renunciar a la revolución, es la sustitución por el reformismo a través de sus caminos y sus métodos. La política leninista no tiene nada en común con este espíritu, pero tampoco tiene nada que ver con la actitud que consiste en no prestar atención a las modificaciones de la situación objetiva, en mantener verbalmente la orientación hacia la insurrección cuando la situación ya cambió, cuando es preciso tomar nuevamente el camino del trabajo entre las masas, trabajo largo, tenaz, sistemático, minucioso, para preparar al partido para una nueva revolución.

El hombre necesita cierto tipo de movimientos cuando sube una escalera, y de otros cuando la baja. La posición más peligrosa es la del hombre que, después de haber apagado su vela, levanta sus pies para subir, cuando ante él los escalones bajan. Las caídas, los chichones, las luxaciones son entonces inevitables. La dirección de la IC ha hecho todo lo posible en 1924 por impedir la crítica de la experiencia del Octubre alemán y, en general, toda crítica. Y repetía obstinadamente: los obreros van directamente a la revolución; la escalera va hacia arriba. No tiene nada de sorprendente entonces que las directivas del V Congreso, aplicadas durante un reflujo revolucionario, hayan conducido a tan crueles caídas y luxaciones políticas.

El número 5-6 del *Boletín de Información de la Oposición alemana* del 1 de marzo de 1927, decía:

> "El error más grande de la izquierda en el Congreso del Partido [el de Francfort, en la primavera de 1924, en el que la dirección pasó a la izquierda. NdLT] consistió en que *no dijo al Partido de una manera suficientemente vigorosa la gravedad de la derrota de 1923, no extrajo las conclusiones necesarias, no explicó al Partido con sangre fría y sin ningún embellecimiento las tendencias de la estabilización relativa del capital y, por consiguiente, no formuló ni el programa ni las consignas a*

seguir en el período inmediatamente posterior; habría sido perfectamente posible hacerlo, siempre estigmatizando brutalmente, razonable y necesariamente, las tesis del programa" (Subrayado por nosotros. NdLT).

Estas líneas nos demostraron entonces que una parte de la izquierda alemana, que en el V Congreso había participado en la lucha contra nuestro supuesto "espíritu de liquidación", había comprendido las enseñanzas de 1923-24. Esta evolución hizo posible, más tarde, un acercamiento sobre una base de principios.

El verdadero año del cambio de la situación fue 1924. Sin embargo, recién un año y medio más tarde se admitió esta variación brusca ("estabilización"). No hay entonces que extrañarse de que 1924-25 fueran años de errores de izquierda y de experiencias *putschistas*. La aventura terrorista búlgara, así como la trágica insurrección de diciembre de 1924 en Estonia, fueron estallidos de desesperación correspondientes a una falsa orientación. Estas tentativas destinadas a violentar el proceso histórico siguiendo la ruta del *putschismo* llevaron a una desafortunada reincidencia en Cantón a fines de 1927, ya que no fueron sometidas a la crítica. Ni siquiera los pequeños errores quedan impunes en política, con más razón los errores grandes. Pero la mayor falta es disimular los errores cometidos, oponerse mecánicamente a la crítica e impedir que se formule sobre ellos un juicio marxista acertado.

No escribimos la historia de la IC en el curso de estos últimos cinco años. No hacemos más que ilustrar con hechos, a propósito de los acontecimientos esenciales de este período, las dos líneas estratégicas; señalamos, así, al mismo tiempo, la falta de vitalidad del proyecto de programa para el cual no existen todas estas cuestiones. No podemos, pues, describir aquí, ni siquiera limitándonos a sus rasgos principales, el cuadro de las dificultades insuperables en que se debatieron los partidos de la IC, atrapados entre las directivas del V Congreso, de una parte, y la realidad política, de otra. Ciertamente, esta contradicción no provocó en todas partes convulsiones tan funestas como en Bulgaria y en Estonia en 1924. Pero en todas partes los partidos se sentían impotentes, no podían responder a las aspiraciones de las masas, tenían los ojos vendados y perdían el paso. En su agitación y propaganda, en la actividad sindical, en la tribuna parlamentaria, en todas partes los comunistas cargaban con la cruz de la falsa posición del V Congreso. Cada partido, víctima en un grado más o menos elevado de la falsa orientación de partida, perseguía fantasmas, se desentendía de los procesos reales, transformaba las consignas revolucionarias en frases rimbombantes, se comprometía ante los ojos de las masas y perdía equilibrio. Para colmo de males, entonces como ahora, la prensa de la IC no podía agrupar y publicar hechos y cifras concernientes a la actividad de los partidos comunistas en el curso de los últimos años. Después de las derrotas, los errores y los fracasos, la

dirección de los epígonos prefiere batirse en retirada y castigar ciegamente. Como los hechos reales le infligían siempre desmentidas más crueles, la dirección debía poner en primera fila cada vez más los hechos imaginarios. Haciendo cada vez menos pie, el CE de la IC se veía obligado a descubrir fuerzas y emanaciones revolucionarias donde no existían, y a aferrarse a sogas podridas para mantenerse en equilibrio.

Como en el proletariado se producían manifiestos desplazamientos hacia la derecha, la IC entró en una fase de idealización de los campesinos, exagerando, sin criticarlos, todos los síntomas de su "ruptura" con la sociedad burguesa, coloreando vivamente toda clase de organizaciones campesinas efímeras y adulando francamente a los "demagogos campesinos". Se sustituía cada vez más la *tarea* de la vanguardia proletaria, que es luchar larga y tenazmente contra la burguesía y la demagogia seudocampesina para influir en la parte más desheredada de las aldeas, con *la esperanza* de que los campesinos desempeñarían un papel revolucionario, directo e independiente, nacional e internacionalmente.

Durante 1924, es decir, durante el año fundamental de la "estabilización", la prensa comunista estaba llena de datos completamente fantasiosos sobre la fuerza de la Internacional Campesina, que acababa de ser fundada. Su representante, Dombal, decía en un informe que, seis meses después de su creación, esta organización agrupaba ya a varios millones de miembros. Entonces surgió el escandaloso asunto Raditch, el jefe del partido "campesino" croata, que para aumentar sus posibilidades de ser ministro en la Belgrado blanca hizo pasar su ruta, que venía de la verde Zagreb, por la roja Moscú. El 9 de julio de 1924, Zinoviev cuenta su nueva "victoria" en un informe sobre el balance del V Congreso, presentado a los militantes activos de Leningrado:

> "Actualmente se producen desplazamientos importantes en el campesinado. Probablemente todos han escuchado hablar del partido campesino croata de Raditch, quien se encuentra actualmente en Moscú. Es un verdadero jefe popular... Los campesinos pobres y medios de Croacia le siguen unánimemente... Ahora, Raditch ha decidido adherirse, en nombre de su partido, a la Internacional Campesina. Consideramos este acontecimiento como capital. La fundación de la Internacional Campesina es un hecho de gran importancia. Algunos camaradas no querían creer que se convertiría en una gran organización... Ahora acude a nosotros una gran masa auxiliar: el campesinado..." (*Pravda*, 22 de julio de 1924).

Y así sucesivamente y del mismo estilo.

Haciendo simetría con Raditch, el "verdadero jefe popular", del otro lado del Océano estaba el jefe La Follette. Con el objetivo de hacer avanzar más rápidamente a la "masa auxiliar" de los campesinos norteamericanos, Pepper, el delegado de la IC, condujo al joven y débil Partido Comunista

norteamericano a una aventura absurda y vergonzosa, creando en torno a La Follette el Workers and Farmers Party[50], para derribar más rápidamente al capitalismo norteamericano.

La buena nueva de la proximidad de una revolución en los Estados Unidos, que se apoyaría en los campesinos, ocupaba en esta época todos los discursos y artículos de los líderes oficiales del CE de la IC. En su informe, en una sesión del V Congreso, Kolarov declaraba:

> "En los Estados Unidos, los pequeños granjeros han formado un partido de granjeros y campesinos que se radicaliza cada vez más, que se acerca a los comunistas y que se impregna de la idea de la creación en los Estados Unidos de un gobierno obrero y campesino" (*Pravda* N.º 151, 6 de julio de 1924).

¡Ni más ni menos!

Green, un militante de la organización de La Follette de Nebraska, vino al Congreso campesino de Moscú y también adhirió a algo; después, como de costumbre, en la conferencia de Saint-Paul ayudó a derrotar al Partido Comunista cuando este intentó débilmente comenzar a poner en práctica las grandiosas intenciones de Pepper, consejero del conde Karoly, ultraizquierdista del III Congreso, reformador del marxismo, uno de los que asesinaron la revolución húngara.

El 29 de agosto de 1924, *Pravda* se lamentaba:

> "El proletariado norteamericano en su conjunto no se ha elevado aún a la comprensión de la necesidad de un partido, ni siquiera de uno tan colaboracionista como el Labour Party inglés".

Sin embargo, casi un mes y medio antes, Zinoviev declaró en su informe a los militantes de Leningrado:

> "Varios millones de campesinos, de buen o mal grado (¡!), se ven directamente empujados por la crisis agraria hacia la clase obrera" (*Pravda*, 22 de julio de 1924).

¡Y directamente hacia el gobierno obrero y campesino!, añadía Kolarov. La prensa repetía que se crearía pronto en los Estados Unidos un Workers and Farmers Party que no sería puramente proletario, pero que sería igualmente un partido de clase "para derribar al capital". Lo que significa un carácter de clase que no es, sin embargo, puramente proletario. Ningún astrólogo, ni de este ni del otro lado del océano, podría explicarlo. A fin de cuentas, ésta era sólo la forma *pepperizada* de la idea de los "partidos obreros

50 El Federal Farmer-Labor Party fue formado en junio de 1924 en Saint-Paul (Minnesota) con la ayuda de los partidarios del senador La Follette, de Wisconsin. En esta asamblea, dos candidatos no comunistas fueron designados para la elección presidencial del mismo año pero no el senador La Follette. Sus partidarios también se retiraron. En julio de 1924 la experiencia había terminado. En la elección presidencial, el Partido Comunista presentó su candidato, W. Foster. La Follette también fue candidato. El primero obtuvo 33.300 votos, y el segundo, 4.825.000 [NdEF].

y campesinos bipartitos', de los que hablaremos más en detalle a propósito de las lecciones de la Revolución China. Aquí bastará señalar que la concepción reaccionaria de partidos no proletarios que serían sin embargo partidos de clase se ha desarrollado enteramente basándose en la política llamada de "izquierda" de 1924, que para ocultar sus derrotas se aferraba a Raditch, La Follette y a las cifras infladas de la Internacional Campesina.

> "Actualmente asistimos –declara Miliutin, académico de los lugares comunes– a un acontecimiento sumamente significativo e importante: la autonomía de las masas campesinas que se separan de la burguesía, la intervención de los campesinos contra el capitalismo y el fortalecimiento cada vez mayor del frente único de los campesinos y de la clase obrera que luchan en los países capitalistas contra el sistema social" (*Pravda*, 27 de julio de 1924).

Durante todo el año 1924, la prensa de la IC no se cansa de hablar de la "radicalización" general "de las masas campesinas". ¡Como si de esta radicalización de los campesinos pudiese esperarse un resultado digno en un período en el que, manifiestamente, los obreros van hacia la derecha, en el que la socialdemocracia se fortalece y se consolida la burguesía!

Volvemos a encontrar el mismo error de visión política a fines de 1927 y a principios de 1928 con respecto a China. Cada vez que una profunda crisis revolucionaria termina en una grave derrota del proletariado, decisiva para todo un período, aún se ve, mucho tiempo después, estallar, en las masas atrasadas y semiproletarias de las ciudades y del campo, sobresaltos de indignación, así como se forman ondas circulares después de la caída de una roca en el agua. Si la dirección concede a esas ondas un valor propio, interpretándolas, sin tener en cuenta los procesos en curso en la clase obrera, como signos de que la revolución se aproxima, sépanlo bien, este es un síntoma que anuncia aventuras semejantes a las de 1924 en Bulgaria y Estonia o 1927 en Cantón.

Durante este mismo período de ultraizquierdismo se obligó al Partido Comunista chino a entrar, por algunos años, en el Kuomintang al que el V Congreso proclamó "partido simpatizante" (*Pravda*, 25 de junio de 1924), sin intentar seriamente definir su carácter de clase[51].

---

51 Después de la derrota de la Revolución de 1911, hubo un despertar el 4 de mayo de 1919. En el mismo año estallaron huelgas obreras. El Partido Comunista fue fundado en 1920. Su primer congreso se realizó en Shangai en 1921. En 1922, el delegado de la IC, Maring (Sneevliet), propuso la entrada individual en el Kuomintang. En 1925 este se instaló en el poder en la provincia de Cantón, con la ayuda de los obreros y cadetes de la academia militar de Whampoa (cerca de Cantón), fundada en 1924 con la ayuda de los soviéticos y dirigida por Chiang Kai-shek. En el mismo año hubo una nueva oleada de huelgas en China, especialmente en Shangai y con el boicot de Hong Kong. En enero de 1926 el Congreso del Kuomintang era dominado por su ala izquierda, dirigida por Wan Tin-wei. El 6 de marzo de 1926, Chiang Kai-shek dio el primer golpe de fuerza, deteniendo a numerosos comunistas y simpatizantes. Wan Tin-wei se retiró. Estos hechos fueron ocultados por el CE de la IC; por el contrario, se le dio un gran lugar a los propósitos antiimperialistas de Chiang Kai-shek durante el Congreso del Trabajo en mayo de 1926. En julio del mismo año las tropas del Kuomintang comenzaron su marcha hacia el

A medida que pasa el tiempo más se desarrolla la idealización de la "burguesía nacional revolucionaria". Así es como el falso curso de izquierda en Oriente también, cerrando los ojos sobre la realidad y ardiendo de impaciencia, echa las bases del oportunismo que le sucederá. Para codificarlo se recurrió a Martinov; era para el proletariado chino un consejero más seguro aún ya que durante las tres revoluciones rusas corrió tras los pasos de la pequeñoburguesía.

Buscando acortar artificialmente los tiempos, la dirección no solamente se aferró a Raditch, La Follette, a los millones de campesinos de Dombal y a Pepper, sino que se elaboró también una perspectiva radicalmente falsa para Inglaterra. La debilidad del Partido Comunista inglés hizo surgir la necesidad de sustituirlo lo antes posible por alguna fuerza más impresionante. Entonces apareció una apreciación errónea de las tendencias del tradeunionismo inglés. Zinoviev dio a entender que él consideraba que la revolución no pasaría a través de la estrecha puerta del Partido Comunista inglés sino por el ancho portal de los sindicatos. Se sustituyó la lucha que el Partido Comunista debía dar para conquistar a las masas organizadas en los sindicatos por la esperanza de utilizar lo antes posible el aparato de estas organizaciones con fines revolucionarios. Gracias a esta manera de abordar el problema se desarrolló después la política del Comité

---

norte, lo que sirvió de pretexto para detener las huelgas en Cantón, Hong Kong, etc. Las victorias militares fueron acompañadas por un flujo hacia las organizaciones de masas, del crecimiento del movimiento campesino. Hacia fines de 1926 y principios de 1927, el poder se trasladó a Yang-tsé. Se organizó un Gobierno de Chiang Kai-shek y el ala derecha en Nanchang, mientras que en Han-keu se organizaba un Gobierno del ala izquierda dirigido por Wan Tin-wei, el que incluía a dos comunistas (en Trabajo y Agricultura). Cuando se aproximaron las tropas hubo sublevaciones en Shangai: la primera del 19 al 24 de febrero; la segunda (que fue victoriosa), el 21 de marzo. Las tropas de Chiang Kai-shek recién entraron en Shangai el 26 de marzo. El 3 de abril, Trotsky escribió una advertencia contra el "Pilsudsky chino". El 5 de abril, Stalin declaró que "Chian Kai-shek está sometido a la disciplina, que el Kuomintang es un bloque, una especie de parlamento revolucionario". El 12 de abril Chiang Kai-shek da un golpe; una manifestación es ametrallada, hay miles de víctimas. Luego de estos acontecimientos, la delegación de la IC, el 17 de abril apoya en Wuhan al centro del "Kuomintang de izquierda", en el que participan ministros comunistas. Allí, el 15 de julio se produce una repetición del golpe de Shangai. La victoria de la contrarrevolución está completamente asegurada. Le sigue un período de masacres sistemáticas, en el que se evalúa como mínimo que veinticinco mil comunistas fueron asesinados. En agosto de 1927, la dirección de Moscú dio un giro, declarando que la burguesía había traicionado. Una nueva dirección sustituye a la de Chen Du-xiu, declarado culpable de la derrota. El 1 de agosto en Nanchang se sublevan tropas del Kuomintang influenciadas por comunistas, terminando en un fracaso. En septiembre de 1927 se levanta la consigna de los soviets. La nueva dirección del Partido Comunista quiere explotar las disputas que habían estallado en el Kuomintang de Cantón (una fracción dio un golpe de Estado en noviembre). Pone fecha a la insurrección para el 13 de diciembre (el día de apertura del XV Congreso del PCUS de Moscú). Se forma un soviet desde arriba. La insurrección se adelanta para el 10 de diciembre. El 13 es reprimida totalmente. La segunda Revolución china es definitivamente aplastada (Cf. Harold Isaacs, *La tragedia de la revolución china 1925-27*) [NdEF].

anglo-ruso[52], que asestó un rudo golpe tanto a la Unión Soviética como a la clase obrera inglesa; golpe superado sólo por la derrota sufrida en China. Las *Lecciones de Octubre*, escritas en el verano de 1924, refutan de la siguiente manera la idea de adelantar la marcha de los acontecimientos, apoyándose para ello, en caso de necesidad, como demuestran los posteriores desarrollos, en un Purcell o un Cook[53]:

> "La revolución proletaria no puede triunfar sin un partido, por fuera de un partido, contra un partido o con un sustituto para un partido. Esta es la principal enseñanza de los diez últimos años.
> Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, convertirse en una palanca poderosa de la revolución proletaria; pueden, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto período, reemplazar a los mismos soviets obreros. Pero no lo conseguirán sin el apoyo de un partido comunista, ni mucho menos contra él, y estarán imposibilitados de desempeñar este rol hasta que en su seno prepondere la influencia comunista. Harto cara hemos pagado la lección sobre el rol y la importancia del partido en la revolución proletaria como para no retenerla integralmente"[54].

En el libro *¿Adónde va Inglaterra?* planteamos el mismo problema de una manera más extensa. Desde la primera hasta la última página, todo el libro está consagrado a demostrar que la revolución inglesa tampoco puede pasar sólo por la puerta comunista; pero practicando una política correcta, valiente, desprovista de toda ilusión, el Partido Comunista inglés puede crecer y madurar a saltos y elevarse en algunos años al nivel de las tareas que le incumben.

Las ilusiones izquierdistas de 1924 se han desarrollado gracias a una concepción de derecha. Para ocultar a los otros y a sí mismos la amplitud de los errores y derrotas de 1923, se negó que el proletariado se orientara hacia la derecha y se exageró de una manera optimista los procesos revolucionarios que se producían en otras clases. Así comenzó el desplazamiento que con-

52 Luego de las visitas recíprocas entre una delegación de los sindicatos británicos dirigida por Purcell a Moscú y una delegación de los sindicatos soviéticos dirigidos por Tomsky en mayo de 1925 al Congreso de las Trade Unions se firmó un protocolo que creaba un Comité anglo-ruso de los sindicatos para favorecer la unidad sindical. Estos estaban entonces divididos internacionalmente entre la Federación Sindical Internacional, con sede en Ámsterdam, y la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú. Cuando en 1926 los dirigentes de los sindicatos torpedearon la huelga general y la huelga de los mineros, Trotsky exigió al Buró Político y al CE de la IC que los sindicatos soviéticos se retiraran de este comité para no cubrir con su autoridad la acción de los dirigentes sindicales británicos. Esta exigencia fue rechazada. Los sindicatos británicos fueron los que tomaron la iniciativa de la ruptura, invocando la injerencia de los sindicatos soviéticos en sus asuntos internos debido al apoyo financiero que habían acordado con los huelguistas [NdEF].

53 Purcell, Hicks y Cook eran funcionarios sindicales de "izquierda" de Gran Bretaña. Albert A. Purcell y George Hicks estaban en el Consejo General del Congreso Sindical. A. J. Cook era secretario de la Federación Minera [NdE].

54 León Trotsky, *La teoría de la revolución permanente*, op. cit., p. 159 [NdE].

dujo de una posición política proletaria a la del centrismo, es decir, a la de la pequeñoburguesía. Con el afianzamiento de la estabilización, sus partidarios debían, en un segundo momento, tirar su máscara ultraizquierdista y revelarse como groseramente colaboracionistas en la URSS, China, Inglaterra, Alemania y en todas partes.

8. Período de desplazamiento hacia la centroderecha

La política de los partidos comunistas más importantes, establecida según la orientación decidida en el V Congreso, demostró pronto su completa ineficacia. Los errores del "seudoizquierdismo", que retrasaron el desarrollo de los partidos comunistas, condujeron a un nuevo cambio empírico, a saber, un desplazamiento acelerado hacia la derecha. Los comités centrales de "izquierda" de numerosos partidos fueron destronados tan abusivamente como se les había instalado antes del V Congreso. El izquierdismo de los aventureros cedió su lugar a un oportunismo hecho público abiertamente, del tipo de centroderecha. Para comprender el carácter y el ritmo del giro hacia la derecha en las organizaciones es preciso recordar que, en septiembre de 1924, Stalin, que presidía este cambio, estimaba que el paso de la dirección de los partidos a manos de Maslov, Ruth Fischer, Treint, Suzanne Girault, etc., significaba la bolchevización de los partidos y respondía a las reivindicaciones de los obreros bolcheviques que van hacia la revolución y "quieren tener jefes revolucionarios".

> "El último semestre –escribía Stalin– es notable porque en él se ha producido una modificación radical en los partidos comunistas de Occidente: la liquidación resuelta de las supervivencias socialdemócratas, la bolchevización de los cuadros del partido, el aislamiento de los elementos oportunistas" (*Pravda*, 20 de septiembre de 1924).

Aproximadamente diez meses después, los "bolcheviques" auténticos, los "jefes revolucionarios", eran tildados de socialdemócratas y de renegados y eran separados de la dirección y se los echaba del Partido.

A pesar de que este cambio de dirigentes, realizado frecuentemente a través de medidas mecánicas, groseras y desleales del aparato del Partido, tomó un carácter de pánico, es imposible trazar una línea precisa de demarcación ideológica entre la fase de la política ultraizquierdista y el período de orientación oportunista que la siguió.

Sobre los problemas de la industria y de los campesinos en la URSS, de la burguesía nacional, de los partidos "campesinos" en los países capitalistas, del socialismo en un solo país, del papel del partido en la revolución proletaria, las tendencias revisionistas estaban en pleno desarrollo en 1924-25, disimulándose tras el estandarte de la lucha contra el "trotskismo". Estas tendencias

encontraron una brillante expresión oportunista en las resoluciones de la Conferencia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS de abril de 1925. Considerada en su conjunto, la orientación a derecha fue un intento de adaptación medio ciego, empírico y tardío al retraso que la derrota de 1923 hizo sufrir al desarrollo de la revolución. Primitivamente, Bujarin abordaba la cuestión considerando el desarrollo "permanente" de la revolución en el sentido más directo y mecánico de esta palabra. Bujarin no admitía ni "pausa" ni interrupción ni retirada; consideraba como un deber revolucionario proseguir "la ofensiva no importa bajo qué condiciones".

El artículo de Stalin –"De la situación internacional"– citado más arriba, que es, en cierto modo, un programa (se puede decir que fue la primera intervención general de Stalin en los problemas internacionales), demuestra que también el segundo autor del proyecto, en el curso del primer período de lucha contra el "trotskismo", se esforzó por admitir la concepción mecánica de la "izquierda" según la cual sólo se manifestaba siempre e invariablemente la "descomposición" de la socialdemocracia, la "radicalización" de los obreros, el "crecimiento" de los partidos comunistas, la "proximidad" de la revolución. Aquel que mira en torno suyo y hace distinciones es un "liquidador".

Después de la ruptura que se produjo en la situación europea en 1923, esta "tendencia" necesitó un año y medio para experimentar una sensación nueva y, en pleno pánico, transformarse radicalmente. Carente de toda comprensión sintética de nuestra época y de las tendencias que la animan, la dirección se orienta a tientas (Stalin) o completando sus conclusiones fragmentarias con esquemas escolásticos que son siempre renovados (Bujarin). En su conjunto, la línea de conducta política constituye, por esta razón, un encadenamiento de zigzags. Su línea ideológica es un calidoscopio de esquemas que tienden a llevar al absurdo cada elemento de los zigzags stalinistas.

El VI Congreso obraría juiciosamente si decidiera la creación de una comisión especial encargada de reunir en un solo conjunto todas las teorías que Bujarin ha inventado para edificar sobre ellas su argumentación, en cada etapa, por ejemplo, del Comité anglo-ruso; sería necesario disponerlas cronológica, sistemáticamente, si se quiere trazar el diagrama febril del pensamiento que contienen. Sería un diagrama estratégico, rico en enseñanzas. Otro tanto podría hacerse en lo que concierne a la Revolución china, para el desarrollo económico de la URSS y para todas las otras cuestiones de menor importancia. *Un empirismo ciego multiplicado por la escolástica*, tal es la orientación que aún no ha sido despiadadamente condenada. Este empirismo se ha manifestado de la manera más fatal en los tres problemas capitales: la política interna de la URSS, la Revolución china y el Comité anglo-ruso. También se manifestó, pero de una forma menos clara y con resultados inmediatos menos funestos, en todas las cuestiones de la política de la IC.

Con respecto a los problemas internos en la URSS, el desplazamiento fue caracterizado de una manera suficientemente completa en la plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición): nos vemos obligados aquí a limitarnos a referirnos a ella. Esta Plataforma recibe actualmente una confirmación por demás inesperada: todas las tentativas de la dirección actual del Partido Comunista de la URSS (bolchevique) de escapar a las consecuencias de la política de 1923-28 se basan en argumentos extraídos casi textualmente de la Plataforma, cuyos autores y partidarios están dispersos por las prisiones y los lugares de destierro. El hecho de que los dirigentes actuales utilicen fragmentos de la Plataforma, sin ningún espíritu de continuidad en su actos, vuelve extremadamente inestable e incierto el nuevo giro hacia la izquierda; pero, al mismo tiempo, confirma sobradamente que la Plataforma en su conjunto expresa la política de Lenin.

En cuanto a la cuestión china, nos vemos obligados a someterla a un análisis más minucioso en un capítulo especial (el tercero), dada la importancia decisiva de este problema para la IC y porque en la Plataforma es presentada bajo una perspectiva extremadamente insuficiente, incompleta y a veces incluso inexacta debido a Zinoviev[55].

En cuanto al Comité anglo-ruso, tercera etapa por orden de importancia en la experiencia estratégica adquirida por la IC en el curso de los últimos años, después de todo lo dicho por la Oposición en una serie de artículos, discursos y tesis, sólo nos queda establecer aquí un breve balance.

---

55 La plataforma de la Oposición de Izquierda aconsejaba un acuerdo sobre la cuestión china. Trotsky nunca había sido partidario de la entrada del Partido Comunista chino en el Kuomintang. Esto es lo que escribió más adelante sobre este tema: "Personalmente, desde el inicio, es decir desde 1923, me opuse resueltamente a que el Partido Comunista se una al Kuomintang, así como a la aceptación del Kuomintang en la IC. Radek siempre estuvo junto a Zinoviev, contra mí, Los miembros más jóvenes de la Oposición estaban conmigo unánimemente. Rakovsky, que se encontraba en París, no estaba suficientemente informado. Hasta 1926 siempre he votado en el Buró Político de forma independiente sobre esta cuestión, contra todos los demás. En 1925, al mismo tiempo que las tesis sobre el ferrocarril del este chino que cité en la prensa de la Oposición, propuse una vez más que el Partido Comunista abandonara inmediatamente el Kuomintang. Esta propuesta fue unánimemente rechazada y sirvió más tarde, muy ampliamente, de pretexto para los ataques. En 1926 y 1927 tuve conflictos ininterrumpidos con los zinovievistas sobre esta cuestión. Dos o tres veces estuvimos al borde de la ruptura. Nuestro centro de dirección estaba compuesto por un número sensiblemente igual de miembros de las dos tendencias aliadas, ya que después de todo era un bloque. En el voto, la posición de la Oposición de 1923 fue traicionada por Radek, por principios, y por Piatakov, por falta de principios. Nuestra fracción (la de 1923), muy irritada por estas actitudes, exigió que Radek y Piatakov fueran separados del centro. Pero como sobre este problema la escisión con los zinovievistas no dejaría de producirse, por decisión general se me pidió que renunciara públicamente a mi punto de vista e informara de ello por escrito a la Oposición. Y es así como pasó que el pedido de retiro fue dejado por nosotros para tan tarde, aunque el Buró Político y el CC hubiesen opuesto siempre mi punto de vista al punto de vista oficial de la Oposición. Desde ahora, puedo decir con certeza que cometí un error cediendo formalmente a esta cuestión" (escrito el 10 de diciembre de 1930) [NdEF].

El punto de partida del Comité anglo-ruso fue, como ya hemos visto, una aspiración impaciente a pasar por encima del joven Partido Comunista inglés, que se desarrollaba muy lentamente. Esto daba a la experiencia, ya antes de la huelga general, un carácter erróneo.

El Comité anglo-ruso no era considerado como una coalición temporal, entre esferas superiores, que debería romperse y lo sería de una manera demostrativa a la primera prueba seria con el fin de poner en peligro al Consejo General. No, se le consideraba –y no sólo Stalin, Bujarin, Tomsky, etc., sino también Zinoviev– como un "bloque amistoso" de larga duración, como un instrumento destinado a "revolucionar" sistemáticamente a las masas obreras inglesas; se veía en este Comité, si no la puerta, al menos un acceso a la puerta por donde debería pasar la revolución del proletariado inglés. Cada vez más, el Comité anglo-ruso, que era un acuerdo circunstancial, se transformaba en un organismo intangible colocado por encima de la lucha de clases, como se vio claramente durante la huelga general.

La entrada de las masas en una fase abiertamente revolucionaria lanzó al campo de la reacción burguesa a los políticos laboristas liberales que habían ido un poco hacia la izquierda. Consciente y abiertamente traicionaron la huelga general; después socavaron y traicionaron la huelga de mineros. El reformismo contiene siempre la posibilidad de una traición. Pero esto no significa que reformismo y traición se identifiquen en cualquier momento. Puede haber acuerdos provisorios con los reformistas cuando estos dan un paso adelante. Pero cuando, asustados por el movimiento de masas, lo traicionan, mantener la coalición con ellos equivale a tolerar a los traidores y disimular la traición.

La huelga general tenía como objetivo ejercer, a través de la fuerza de cinco millones de obreros, una presión unificada contra los industriales y el Estado, ya que la administración de la industria carbonífera era el problema más importante de la política del Estado. Gracias a la traición de la dirección, la huelga fue saboteada desde su primera etapa. Creer que después de esta derrota la huelga económica de los mineros sola, aislada, obtendría lo que la huelga general no había logrado era una gran ilusión. *En esto residía la fuerza del Consejo General.* A través de un cálculo frío llevó a los mineros a la derrota. ¡Y numerosas masas de obreros debían convencerse de que las directivas de los Judas del Consejo General eran "justas" y "razonables"! El mantenimiento de la coalición amistosa con el Consejo General y la ayuda dada al mismo tiempo a la huelga económica de los mineros contra la cual este intervenía parecían maniobras calculadas para que los que se encontraban a la cabeza de las *trade unions* puedan salir con las menores pérdidas posibles de las pruebas más difíciles.

Los sindicatos rusos, desde el punto de vista revolucionario, jugaron un rol muy perjudicial y lamentable. Evidentemente era un deber ayudar a la huelga económica, incluso cuando estuviese aislada; entre revolucionarios

no puede haber opiniones diferentes sobre esto. Pero esa ayuda no debía haber tenido sólo un carácter financiero, sino también un carácter revolucionario y político. La dirección sindical rusa debió haber dicho abiertamente a la Federación de los Mineros y a toda la clase obrera inglesa que la huelga de mineros sólo tenía serias probabilidades de triunfar en el caso de que por su obstinación, su tenacidad, su extensión, estuviese en condiciones de abrir el camino *a una nueva explosión de huelga general.* Sólo se podía llegar a ello luchando directa y abiertamente contra el Consejo General, agencia del Gobierno y de los patrones del carbón. La lucha por transformar la huelga económica en huelga política debería haber significado una guerra furiosa contra el Consejo General tanto en el terreno de la política como en el de la organización; por ello, el primer acto debía ser la desaparición del Comité anglo-ruso, que se había convertido en un obstáculo reaccionario, como una bola de hierro que se arrastra con el pie.

Ningún revolucionario que mida sus palabras afirmará que por este camino la victoria estaba *asegurada.* Pero sólo por este camino era *posible.* El fracaso eventual habría sido una derrota soportada en un camino que podía *más adelante* llevar al triunfo. Una derrota semejante instruye, es decir, fortalece las ideas revolucionarias en la clase obrera. Por el contrario, sosteniendo sólo financieramente una huelga corporativista, que se arrastra en el tiempo y termina por aparecer como sin salida (corporativista en sus métodos; era revolucionaria y política por sus objetivos), únicamente se lleva agua al molino del Consejo General, que esperaba tranquilamente que la huelga acabase por agotamiento para demostrar que tenía "razón". Evidentemente no era fácil esperar durante varios meses jugando abiertamente el rol de rompehuelgas. Precisamente en este período tan crítico el Consejo General necesitaba un camuflaje político frente a las masas: eso fue el Comité anglo-ruso. Así, las cuestiones que realzaban la lucha de clases a muerte entre el capital y el proletariado ingleses, entre el Consejo General y los mineros, parecían transformarse en problemas que dan ánimo a una discusión amistosa entre aliados de una misma coalición (Consejo General y dirección sindical rusa) sobre el mejor camino a seguir en el momento presente: el del acuerdo o el de la lucha económica aislada. La huelga se terminó inevitablemente a través de un acuerdo, es decir, cortó trágicamente la "discusión" amistosa en beneficio del Consejo General.

Desde el principio hasta el fin, toda la política del Comité anglo-ruso, debido a su falsa orientación, sirvió para ayudar, para sostener y fortalecer al Consejo General. Aunque durante mucho tiempo el espíritu de sacrificio de los obreros rusos permitió sostener la huelga financieramente, esto no sirvió a los mineros ni al Partido Comunista inglés, sino siempre al mismo Consejo General. Luego del más grande movimiento revolucionario que Inglaterra haya conocido después del cartismo, el Partido Comunista inglés apenas ha crecido, mientras que el Consejo General es más sólido que antes de la huelga general.

Tales son los resultados de esta "maniobra estratégica", única en su género.

Para justificar la obstinación que se manifestó en mantener la coalición con el Consejo General (incluso arrastrándose ante él en la vergonzosa conferencia de Berlín en abril de 1927) se recurre, ahora y siempre, a la "estabilización". Si la revolución tarda en llegar, uno debe agarrarse incluso a un Purcell. Este argumento, que le parece extraordinariamente profundo a un funcionario soviético o a un tradeunionista del tipo de Melnichansky, es en realidad una perfecta muestra de ciego empirismo agravado, además, por la escolástica. ¿Qué significa "estabilización" cuando se aplica esta expresión a la economía y la política inglesas, sobre todo en 1926-27? ¿Desarrollo de las fuerzas productivas? ¿Mejoramiento de la situación económica? ¿Esperanzas crecientes en el futuro? ¿Relativo bienestar y calma de las masas obreras? Nada, absolutamente nada. Toda la supuesta estabilización del capitalismo británico se basa en la fuerza conservadora de las viejas organizaciones obreras, en todas sus tendencias y matices, frente a la debilidad e indecisión del Partido Comunista inglés. La revolución está completamente madura en el plano de las relaciones económicas y sociales en Inglaterra. La cuestión se plantea únicamente desde el punto de vista político. Las bases principales de la estabilización son las esferas superiores del Labour Party y de los sindicatos, que en Inglaterra constituyen un todo, pero practican la división del trabajo. Teniendo en cuenta el ánimo de las masas obreras durante la huelga general, no son Mac Donald y Thomas quienes ocupan el lugar principal en el mecanismo de la estabilización capitalista, sino Pugh, Purcell, Cook y compañía. Estos actúan y Thomas completa su trabajo. Sin Purcell, Thomas pierde todo punto de apoyo, y Baldwin al mismo tiempo que Thomas. El "izquierdismo" de Purcell es falso, diplomático, carnavalesco, que fraterniza sucesiva o simultáneamente con la gente de la Iglesia y con los bolcheviques, que está siempre dispuesto a batirse en retirada, pero también a traicionar: este es el principal freno de la revolución en Inglaterra. *La estabilización es el purcellismo.* Se ve allí qué absurdo teórico expresa el ciego oportunismo cuando justifica a través de una ilusoria "estabilización" su bloque político constituido con Purcell. Para quebrantar la "estabilización" era necesario, en primer lugar, derrotar al purcellismo. En estas condiciones, conservar ante las masas obreras aunque sólo fuese una sombra de solidaridad con el Consejo General era el crimen más grande, la vergüenza más profunda.

Incluso la estrategia más correcta no siempre conduce a la victoria. Se comprueba si un proyecto estratégico es correcto examinando si sigue la línea del verdadero desarrollo de las fuerzas de clase y si aprecia de manera realista los elementos de este desarrollo. La derrota más penosa, vergonzosa y funesta para un movimiento –la derrota típicamente menchevique– es la que proviene de un falso análisis de las clases, una subestimación de los factores revolucionarios y una idealización de las fuerzas enemigas. Nuestras

derrotas en China y en Inglaterra fueron de este tipo.

¿Qué se esperaba del Comité anglo-ruso para la URSS? En julio de 1926, Stalin nos enseñaba lo siguiente en la reunión plenaria del CC y de la Comisión Central de Control:

> "La tarea de este bloque [Comité anglo-ruso. NdLT] es organizar un vasto movimiento de la clase obrera contra nuevas guerras imperialistas y, en general, contra toda intervención en nuestro país y en particular si viene de alguna de las grandes potencias imperialistas de Europa, más especialmente de Inglaterra".

Enseñándonos a nosotros, miembros de la Oposición, que hay que "tener la preocupación de defender a la primera República obrera del mundo contra la intervención" (en esto de aquí arriba teníamos, ciertamente, necesidad de ser instruidos), Stalin agregaba:

> "Si los sindicatos reaccionarios ingleses están dispuestos a formar con los sindicatos revolucionarios de nuestro país una coalición contra los imperialistas contrarrevolucionarios del suyo, ¿por qué no aprobaríamos este bloque?".

Si los "sindicatos reaccionarios" eran capaces de luchar contra sus imperialistas, no serían reaccionarios. Stalin ya no reconoce la línea de demarcación que separa las nociones de *reaccionario* y *revolucionario*. Por rutina, califica a los sindicatos de Inglaterra de reaccionarios, pero se hace piadosas ilusiones sobre su "espíritu revolucionario".

Después de Stalin, el Comité de Moscú de nuestro partido daba lecciones a los obreros de esta ciudad:

> "El Comité anglo-ruso puede y debe jugar, y sin ninguna duda jugará, un papel enorme en la lucha contra toda clase de intervenciones dirigidas contra la URSS y se convertirá en el centro de organización de las fuerzas internacionales del proletariado, que luchan contra toda clase de tentativas de la burguesía internacional de provocar una nueva guerra" (Tesis del Comité de Moscú).

¿Qué respondía a esto la Oposición?

> "Cuanto más tensa sea la situación internacional, más se transformará el Comité anglo-ruso en instrumento del imperialismo británico e internacional".

Tal crítica de las esperanzas stalinistas puestas en Purcell, considerado como el ángel guardián del Estado obrero, fueron caracterizadas por Stalin en el mismo Pleno como el "paso del leninismo al trotskismo".

> "Vorochilov: Es correcto.
> Una voz: Vorochilov ha puesto en ello su sello.

Trotsky: Felizmente, todo esto se encontrará en las actas taquigráficas".

Sí, todo esto está en las actas taquigráficas del pleno de julio, donde oportunistas ciegos, groseros y desleales tuvieron la audacia de lanzar contra la Oposición la acusación de "derrotismo". Todo este diálogo, que me veo obligado a reproducir de mi antiguo artículo "¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido?", ofrece una lección de estrategia infinitamente más rica de enseñanzas que el texto para seminarios dedicado a la estrategia en el proyecto de programa. La pregunta "¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido?" es, en general, el criterio principal en estrategia. Es preciso aplicarlo en el VI Congreso a todos los problemas que estuvieron a la orden del día durante los últimos años. Se verá entonces, de una manera indiscutible, que la estrategia del CE de la IC, particularmente a partir de 1926, es la de las cantidades imaginarias, de los falsos cálculos, de las ilusiones respecto al enemigo, de la persecución de los militantes más seguros y firmes; es, en una palabra, la estrategia del centrismo putrefacto.

9. Sobre el carácter de las maniobras y de la estrategia revolucionaria

A primera vista, no se puede comprender por qué el proyecto de programa ignora totalmente el problema de la "maniobra" y de su "flexibilidad" en la estrategia bolchevique. De toda esta inmensa cuestión sólo se aborda un único punto: los acuerdos con la burguesía nativa de las colonias.

Sin embargo, el oportunismo, en el curso del último período, describiendo zigzags cada vez más acentuados a derecha, se cubrió sobre todo con la bandera de la maniobra en la estrategia. El rechazo a cualquier compromiso sin principios fue calificado de falta de "flexibilidad". La mayoría proclamó que su principio fundamental era la maniobra. Zinoviev, desde 1925, maniobraba con Raditch y La Follette. Stalin y Bujarin maniobraron después con Chiang Kai-shek, con Purcell, con el kulak. El aparato maniobró todo el tiempo con el Partido. Zinoviev y Kamenev maniobran ahora con el aparato.

En la vida cotidiana del burocratismo ha surgido todo un ejército de especialistas de la maniobra, compuesto por hombres que nunca fueron militantes revolucionarios y que ahora se inclinan frente a la revolución después de conquistado el poder. Borodin maniobra en Cantón; Rafés en Pekín; D. Petrovsky, en torno a la Mancha; Pepper, en los Estados Unidos, pero puede hacerlo también en Polinesia; Martinov maniobra a distancia, pero, en cambio, lo hace en todas las partes del mundo. Se han formado equipos enteros de jóvenes académicos de la maniobra, que por flexibilidad bolchevique entienden, sobre todo, la elasticidad de su propio espinazo. La tarea de esta escuela estratégica consiste en obtener a través de la maniobra todo lo que sólo puede dar la fuerza revolucionaria de la clase. Lo mismo que cada alquimista de la Edad Me-

dia, a pesar de los fracasos de los demás, esperaba fabricar oro, los estrategas actuales de la maniobra, cada uno en su puesto, esperan engañar a la historia.

Es evidente que, de hecho, no son estrategas, sino hacedores de artimañas burocráticas de todas las tallas, salvo la grande. Algunos de ellos, después de haber observado cómo el maestro resuelve las pequeñas cuestiones, se han imaginado que poseen todos los secretos de la estrategia. En esto consiste toda la doctrina de los epígonos. Otros, después de haber recibido, de segunda o tercera mano, los secretos de las artimañas y de haberse convencido de que las pequeñas cosas hacen a veces grandes milagros, han llegado a la conclusión de que estas serían tanto más convenientes para los grandes asuntos. Sin embargo, todas las tentativas de aplicar el método burocrático de las artimañas a la solución de las grandes cuestiones, bajo pretexto de que es comparativamente más "económico" que la lucha revolucionaria, han provocado vergonzosas quiebras; la doctrina de las artimañas aplicada por el aparato del Partido y del Estado ha quebrado el espinazo de los jóvenes partidos y de las jóvenes revoluciones. Chiang Kai-shek, Wan Tin-wei, Purcell y el kulak, todos han salido hasta ahora vencedores de todas las tentativas para reducirlos a través del método de las "maniobras". Esto no significa, sin embargo, que en general toda maniobra sea inadmisible, es decir, incompatible con la estrategia revolucionaria de la clase obrera. Pero es preciso comprender claramente el valor, auxiliar, subordinado, de las maniobras, que deben ser utilizadas estrictamente como medios, en relación con los métodos fundamentales de la lucha revolucionaria. Es preciso comprender de una vez por todas que una maniobra no puede decidir jamás una gran causa. Si las artimañas parecen lograr ventajas en los pequeños asuntos, [esto] es siempre en detrimento de los asuntos importantes. Una maniobra correcta sólo ayuda a la solución permitiendo ganar tiempo u obtener mayores resultados gastando menos fuerzas. No es posible esquivar las dificultades fundamentales por medio de una maniobra.

La contradicción entre el proletariado y la burguesía es una contradicción fundamental. Es por eso que tratar de atar a la burguesía china recurriendo a maniobras de organización o de personas, creer que se la va a obligar a conformarse con planes salidos de artimañas, no es proceder con una maniobra, es engañarse a sí mismo de una manera despreciable, aunque la operación sea importante. No se puede engañar a las clases. Si esto es verdad para todas las clases, desde el punto de vista histórico más amplio, es particularmente cierto para las clases dominantes, poseedoras, explotadoras, instruidas. Su experiencia del mundo es tan grande, su instinto de clase está tan ejercitado, sus medios de espionaje son tan variados, que tratando de engañarlas, simulando ser lo que no se es, se llega, en realidad, a hacer caer en la trampa, no a los enemigos, sino a los amigos.

La contradicción entre la URSS y el mundo capitalista es una contradicción fundamental que no se puede esquivar a través de maniobras. Se puede, por

medio de concesiones al capital, clara y abiertamente enunciadas, explotando las contradicciones existentes entre sus diversas partes, prolongar una pausa, ganar tiempo, y esto solamente en condiciones bien determinadas y no en cualquier circunstancia. Creer que se puede "neutralizar" a la burguesía mundial antes de construir el socialismo –es decir, que se puede escapar, gracias a algunas maniobras, a las contradicciones fundamentales– es engañarse mucho a uno mismo y arriesgar la cabeza de la República soviética. Sólo la revolución internacional puede liberarnos de las contradicciones fundamentales. Una maniobra de nuestra parte puede consistir ya sea en una concesión al enemigo, en establecer un acuerdo con un aliado provisional y siempre dudoso, en efectuar una retirada calculada en el momento oportuno para no permitir al adversario que nos aplaste, en hacer alternar las reivindicaciones parciales y las consignas destinadas a provocar la escisión en el campo enemigo. Estas son las principales formas de la maniobra. También se pueden mencionar otras, secundarias. Pero toda maniobra, por su naturaleza misma, no es más que un episodio con relación a la línea estratégica fundamental de la lucha. En las maniobras hechas en torno al Kuomintang y al Comité anglo-ruso (hay que tenerlas presentes siempre como muestras acabadas de maniobras mencheviques y no bolcheviques) se produjo precisamente lo contrario: lo que no habría debido ser más que un episodio de táctica se prolongó hasta devenir en línea estratégica, y la verdadera tarea estratégica (la lucha contra la burguesía y los reformistas) se dispersó en una serie de episodios pequeños y secundarios de táctica, de carácter sobre todo decorativo.

Cuando se ejecuta una maniobra hay que prever siempre las hipótesis más desfavorables, tanto respecto al enemigo al que se le hacen concesiones como respecto al aliado poco seguro con el que se establece un acuerdo. Siempre hay que recordar que a partir del día siguiente el aliado puede devenir enemigo. Esto es cierto incluso respecto a un aliado como el campesinado:

> "Desconfiar de los campesinos, organizarse separadamente de ellos, estar dispuesto a luchar contra ellos en la medida en que intervengan de forma reaccionaria o antiproletaria"[56].

Esto no está de ninguna manera en contradicción con la gran tarea estratégica del proletariado que Lenin, en primer lugar, estudió en teoría y realizó en la práctica con tanta profundidad y genialidad: arrancar las capas inferiores de los campesinos explotados a la influencia de la burguesía y atraerlas del lado del proletariado.

Pero la alianza del proletariado y de los campesinos no aparece en la historia bajo una forma definitiva, y no puede realizarse por medio de maniobras dulzonas, de coqueterías triviales y una declamación patética. La alianza del proletariado y el campesinado depende de la relación política

56 V. I. Lenin, *OC*, vol. VI, p. 113 [NdEE].

de fuerzas y, por consiguiente, exige la independencia del proletariado con respecto a todas las clases. Un aliado debe, en primer lugar, ser educado. Se puede educar al campesinado poniendo, por un lado, una atención profunda hacia todas sus necesidades históricas y progresistas y, por otro, manifestándole una desconfianza sistemática, con el objetivo de luchar infatigable e implacablemente contra todas sus tendencias antiproletarias.

El sentido y los límites de la maniobra deben meditarse y determinarse siempre claramente. Una concesión debe llamarse una concesión, y una retirada, una retirada. Es menos peligroso exagerar las concesiones y retiradas a las que se ve uno obligado que subestimarlas. Se debe mantener la vigilancia de clase y la sistemática desconfianza en su propio campo y no adormecerlas. El instrumento esencial de una maniobra, así como de toda acción histórica de la clase obrera, es el partido. Pero éste no es únicamente un instrumento dócil en manos de los "maestros" de la maniobra; es una herramienta consciente, que actúa por sí misma; es, en general, la expresión suprema de la acción propia del proletariado. Cada maniobra debe ser claramente comprendida por el partido en el curso de su elaboración y ejecución. No se trata, evidentemente, de secretos diplomáticos, militares o conspirativos, es decir, de la técnica de la lucha del Estado proletario o del partido proletario bajo el régimen capitalista. Se trata del fondo político de la maniobra. Las explicaciones que se dan rechistando para probar que la política seguida de 1924 a 1928 fue una gran maniobra dirigida hacia el kulak son absurdas y criminales. Al kulak no se lo engaña. Este juzga, no por las palabras, sino por los actos, los impuestos, los precios; calcula en especies. Pero sí se puede engañar a la clase obrera, al partido proletario. Nada corroe tan profundamente el espíritu revolucionario del partido proletario como las maniobras sin principios y efectuadas a sus espaldas.

Esta es la regla más importante, inquebrantable e invariable que debe aplicarse en toda maniobra: no te permitas jamás fundir, confundir o entrelazar tu organización de partido con la de otro, por "amistoso" que este sea hoy. No te permitas jamás hacer gestiones que, directa o indirectamente, abierta o secretamente, subordinen tu partido a otros o a organizaciones de otras clases, que limiten la libertad de tu acción o que te hagan responsable, aunque sólo sea en parte, de la línea de conducta política de otros partidos. No te permitas jamás confundir tu bandera con las suyas, y aún menos, sobra decirlo, no te arrodilles ante la bandera de otro.

La peor y más peligrosa de las maniobras es aquella que obedece a la impaciencia oportunista, al deseo de adelantar el crecimiento del partido, de saltar por arriba las etapas inevitables de su desarrollo (este es, justamente, el caso en que no se las debe saltar), y que se realiza ligando de manera artificial, hipócrita, diplomática, mediante artimañas y estafas, organizaciones y elementos que se lanzan en direcciones opuestas. Semejantes experiencias, peligrosas siempre, son fatales para los partidos jóvenes y débiles.

En la maniobra como en la batalla, no es la sabiduría estratégica (y menos aún el ardid de las artimañas) lo que decide el resultado: es la relación de fuerzas. Generalmente, el peligro que una maniobra –incluso conducida juiciosamente– hace correr a un partido revolucionario es más grande cuanto más joven y débil es respecto a sus enemigos, aliados o semialiados. Es por ello que –y aquí abordamos el punto más importante para la IC– el Partido Bolchevique no comenzó haciendo maniobras; no las consideraba como una panacea y sólo recurrió a ellas cuando había echado raíces profundas en la clase obrera, cuando se fortaleció políticamente y maduró ideológicamente.

El mal radica, precisamente, en que los epígonos de la estrategia bolchevique presentan a los jóvenes partidos comunistas el espíritu de maniobra y la flexibilidad como la quintaesencia de la estrategia, arrancándolos así de su eje histórico y de sus principios fundamentales, y, con demasiada frecuencia, realizan artimañas que se parecen a la carrera de la ardilla en su rueda. La flexibilidad no fue la característica fundamental del bolchevismo (y en la actualidad tampoco debe serla), sino su firmeza de acero. Precisamente esta cualidad –de la que estaba legítimamente orgulloso– es la que le reprochaban sus enemigos y adversarios. No un "optimismo" beato, sino intransigencia, vigilancia, desconfianza revolucionaria, lucha por cada centímetro de su independencia: esos son los rasgos esenciales del bolchevismo. Es por ahí por donde deben comenzar los partidos comunistas de Occidente y de Oriente. Tienen aún que conquistar el derecho a ejecutar grandes maniobras, preparando primero las posibilidades materiales y políticas para realizarlas: la fuerza, la solidez y la seriedad en la elección de los medios utilizados por su propia organización.

Las maniobras mencheviques realizadas en torno al Kuomintang y al Consejo General son aún más criminales porque han recaído sobre los hombros, frágiles aún, de los comunistas de China e Inglaterra. No solamente provocaron la derrota de la revolución y de la clase obrera, sino que han debilitado, han saboteado el instrumento esencial de la lucha futura: los jóvenes partidos comunistas. Al mismo tiempo, han introducido elementos de desmoralización política en el más viejo partido de la IC: el Partido Comunista de la URSS (bolchevique).

El capítulo del proyecto que trata sobre la estrategia no dice ni una palabra respecto a las maniobras, es decir, al caballo de batalla que se ha montado con predilección en el curso de los últimos años. Algunos críticos indulgentes dirán que este silencio es ya un bien. Pero cometerán un grave error. Como lo hemos demostrado ya en una serie de ejemplos, y como lo probaremos más adelante, el proyecto de programa tiene también carácter de maniobra, en el sentido peyorativo del término. El proyecto maniobra en torno al partido. Disimula algunos de sus puntos débiles disfrazándose "tras Lenin", y esquiva otros mediante el silencio. Así es como elude la cuestión de la estrategia de las maniobras. Actualmente, no es posible abordar ese tema sin evocar la experiencia reciente de China y de Inglaterra. El solo hecho de mencionar las

maniobras evocará las imágenes de Chiang Kai-shek y de Purcell. Esto es lo que los autores no quieren. Prefieren callarse sobre su tema favorito, dejando las manos libres a la dirección de la IC. Pero no se puede tolerar este silencio. Es preciso atar las manos a los especialistas de la artimaña y a los candidatos a esta especialización. Para esto debe servir el programa; si no, es inútil.

Es preciso que el capítulo sobre la estrategia exponga las reglas fundamentales que definan y delimiten las maniobras, es decir, el procedimiento auxiliar empleado contra el enemigo de clase en la lucha revolucionaria, que sólo puede ser una lucha a muerte. Se puede formular de una forma más concisa y precisa las reglas esbozadas aquí, basadas en las enseñanzas de Marx y Lenin. Pero es preciso introducirlas, a toda costa, en el programa de la IC.

10. La estrategia de guerra civil

Con respecto a la cuestión de la insurrección, el proyecto de programa dice rápidamente:

> "Esta lucha está sometida a las reglas del arte de la guerra; presupone un plan militar, el carácter ofensivo de las operaciones de combate, la abnegación sin reservas y el heroísmo del proletariado".

El proyecto no va más allá; se limita a repetir, de forma resumida, algunas observaciones formuladas por Marx. Sin embargo, tenemos, por un lado, la experiencia de la Revolución de Octubre, y, por otro, la de las derrotas de las revoluciones húngara y bávara, de la lucha en Italia en 1920, de la insurrección en Bulgaria en septiembre de 1923, del movimiento del mismo año en Alemania, del de 1924 en Estonia, de la huelga general inglesa en 1926, de la insurrección de los obreros vieneses en 1927[57], de la segunda Revolución china de 1925-1927. El programa de la IC debe caracterizar mucho más clara y concretamente tanto las premisas sociales y políticas de la insurrección como las condiciones y los métodos estratégicos y militares necesarios para obtener el éxito. Nada desenmascara tanto el carácter superficial y literario del documento como el hecho de que el capítulo consagrado a la estrategia revolucionaria evoque a Cornelissen y a algunos guildistas (Orage, Hobson, G. D. H. Cole, todos nombrados), pero no caracterice en general, desde el punto de vista social, la estrategia del proletariado en la época imperialista y no defina tampoco los métodos de lucha para la conquista del poder, basándose en una documentación histórica viviente. En 1924, después de la experiencia trágica de Alemania, planteamos de nuevo la cuestión, pidiendo que la IC inscribiese en su orden del día y

57 Alusión a una jornada de levantamiento de los obreros de Viena luego de una decisión provocadora de la Justicia [NdEF].

examine los problemas de la estrategia y de la táctica de la insurrección y de la guerra civil en general.

"Es preciso reconocer que muchos comunistas occidentales, que no siempre se han liberado de su manera fatalista y pasiva de abordar los principales problemas de la revolución, no conceden importancia al problema de la insurrección. Rosa Luxemburgo representa aún esta manera de ver de una forma particularmente clara y con mucho más talento que nadie. Su actitud es, desde el punto de vista psicológico, fácilmente comprensible. Se formó, por decirlo así, en la lucha contra el aparato burocrático de la socialdemocracia y de los sindicatos alemanes.

Sin tregua, demostró que este aparato ahogaba la iniciativa del proletariado. No veía otra salida a esta situación, no veía la solución más que en un alza irresistible de las masas que derribarían todas las barreras y defensas edificadas por la burocracia socialdemócrata. La huelga general revolucionaria, desbordando los límites de la sociedad burguesa, era para Rosa Luxemburgo sinónimo de revolución proletaria. Sin embargo, cualquiera que sea su potencia, la huelga general no resuelve el problema del poder, no hace más que plantearlo. Para tomar el poder es preciso, apoyándose en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo permite pensar que habría acabado por admitirlo. Pero cuando fue arrancada de la lucha no había dicho todavía su última ni su penúltima palabra. Sin embargo, recientemente existía en el Partido Comunista alemán una corriente muy fuerte de fatalismo revolucionario: viene la revolución, se acerca –se decía–, nos traerá la insurrección y nos dará el poder. En cuanto al partido…, su rol es, en ese momento, hacer agitación y esperar los efectos. En estas condiciones, plantear resueltamente la cuestión de la insurrección es arrancar al partido de la pasividad y del fatalismo, es ponerle frente a los principales problemas de la revolución, especialmente de la organización consciente de la sublevación para echar al enemigo del poder. Consagramos mucho tiempo y muchos esfuerzos a estudiar en el campo teórico a la Comuna de París de 1871, y dejamos completamente de lado la lucha del proletariado alemán, que ha adquirido ya una preciosa experiencia acerca de la guerra civil; apenas nos ocupamos, por ejemplo, de la experiencia de la insurrección búlgara del mes de septiembre último, y en fin, lo que es más sorprendente, hemos, en cierto modo, guardado en los archivos la experiencia de Octubre… Es preciso estudiar de manera más minuciosa la experiencia del golpe de Estado de Octubre, la única revolución en la que el proletariado ha triunfado hasta ahora. Es preciso establecer un calendario estratégico y táctico de Octubre. Es preciso demostrar cómo los acontecimientos, oleada tras oleada, se volvían cada vez más importantes, y qué repercusión tenían en el Partido, en los soviets, en el CC, en la organización militar. ¿Qué significaban las vacilaciones que se manifestaban en el Partido? ¿Cuál era su

importancia relativa en el marco general de los acontecimientos? ¿Cuál era la función de la organización militar? Este es un trabajo de una importancia inapreciable. Sería un verdadero crimen dejarlo para más tarde.

¿En qué consiste entonces esta tarea? Se trata de componer un formulario universal, o bien una guía o un manual, o estatutos concernientes a los problemas de la guerra civil, por consiguiente, ante todo, de la insurrección considerada como el momento clave de la guerra civil. Es preciso hacer el balance de la experiencia adquirida, analizar las condiciones circundantes, examinar los errores, poner de manifiesto las operaciones más correctas, sacar las conclusiones necesarias. ¿Enriqueceremos así la ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la evolución histórica, o el arte, como conjunto de las reglas de acción deducidas de la experiencia? Creo que una y otra ganarán. Pero nuestro objetivo es estrictamente práctico: enriquecer el arte militar revolucionario.

Necesariamente, 'estatutos' militares de este tipo tendrán una construcción muy compleja. Es preciso, ante todo, presentar los rasgos característicos de las premisas indispensables para la conquista del poder por el proletariado. Esto pertenece todavía al campo de la política revolucionaria; la insurrección es la continuación de la política, pero por medios particulares. El análisis de las premisas de la insurrección debe tener en cuenta los diversos tipos de países. Hay países en que la mayoría de la población es proletaria y otros en que el proletariado es una minoría insignificante y donde los campesinos predominan de una manera absoluta. Entre estos dos polos se sitúan los países de tipo intermedio. Sería, entonces, necesario poner en la base de un estudio de este tipo al menos tres 'tipos' de países: industrial, agrícola e intermedio. La introducción (que trata sobre las condiciones previas a la revolución) debe justamente estudiar las particularidades de cada uno de estos tipos de países considerados desde el ángulo de la guerra civil. Consideramos la insurrección desde un doble punto de vista: por un lado, como una etapa bien definida del proceso histórico, como una refracción bien determinada de las leyes objetivas de la lucha de clases; por el otro, desde el punto de vista subjetivo o activo: cómo preparar y realizar la insurrección para asegurar con mayor determinación la victoria" (Trotsky, discurso pronunciado ante la dirección de la Asociación Científica Militar, 29 de julio de 1924; *Pravda*, 6 de septiembre de 1924).

Un numeroso grupo de personas, reunido en torno a la Sociedad de Ciencias Militares, emprendió en 1924 un trabajo colectivo para elaborar directivas para la guerra civil, es decir, una guía marxista consagrada a los problemas de los choques directos entre clases y de la lucha armada por la dictadura. Sin embargo, este trabajo chocó pronto con la resistencia de la IC (esta resistencia formaba parte del sistema general de lucha contra el llamado trotskismo); después esta actividad fue completamente interrumpida. Es difícil concebir una conducta más a la ligera y más criminal. En la época de los

cambios bruscos, las reglas de la guerra civil, comprendidas en el sentido que exponemos más arriba, deben formar parte del inventario de todo cuadro revolucionario y ni que decir de los dirigentes de los partidos. Estas reglas deben ser estudiadas continuamente por todos y cada uno debe confrontarlas con la experiencia de su propio país. Sólo este estudio puede prevenirlos tanto contra el pánico y la capitulación en los momentos que exigen valor y espíritu de decisión como contra las piruetas de aventureros en los períodos que exigen prudencia y reserva.

Si estas reglas figurasen en los libros que un comunista debe estudiar seriamente, del mismo modo que conoce las ideas fundamentales de Marx, Engels y Lenin, derrotas como las que se han producido en los últimos años, que no eran para nada inevitables, no se habrían producido (en particular el golpe de Estado de Cantón, ejecutado con una pueril imprudencia). El proyecto de programa trata estas cuestiones en algunas líneas, casi con tanta parsimonia como la del gandhismo en la India. Es evidente que un programa no puede entrar en detalles. Pero debe plantear el problema claramente, y presentar sus datos fundamentales, refiriéndose a los éxitos y a los errores más importantes. Independientemente de esto, en nuestra opinión, el VI Congreso debe, en una resolución especial, encargar obligatoriamente al CE estudiar las reglas de la guerra civil para identificar y resumir directrices basadas en la experiencia pasada de victorias y derrotas.

11. Las cuestiones del régimen interno del Partido

Los problemas de organización para el bolchevismo están íntimamente ligados a los del programa y la táctica. Pero este tema sólo está tomado al pasar en el proyecto, cuando se evoca la necesidad "del orden revolucionario más estricto en el centralismo democrático". Es la única fórmula que define el régimen interior del Partido, y es, además, una fórmula absolutamente nueva. Sabíamos que este régimen se basaba en los principios del centralismo democrático. Estos principios aseguran teóricamente al Partido (y así ocurrió en la práctica) la completa posibilidad de discutir, criticar, expresar sus desacuerdos, elegir y destituir, al mismo tiempo que garantizan una disciplina de acero y aseguran plenamente órganos de dirección elegidos y revocables. Si se entiende por *democracia* la soberanía del Partido sobre todos sus órganos, el *centralismo* se corresponde con una disciplina consciente, juiciosamente establecida, que preserva la combatividad del Partido. Ahora, por encima de esta fórmula que definió el régimen interno del Partido, justificada por todo el pasado, se coloca una nueva adición: "El orden revolucionario más estricto". Así, el Partido necesita no sólo el centralismo democrático, sino también determinado *orden revolucionario* en el centralismo democrático. Esta fórmula atribuye a la nueva idea un valor

propio y la ubica por encima del centralismo democrático, es decir, por encima del Partido.

¿Qué significa entonces este orden revolucionario –y el más "estricto"– *dominando* a la democracia y al centralismo? Corresponde a un aparato del Partido, que se volvió independiente o tiende a serlo, a una burocracia que encuentra su objetivo en su propia existencia, que vela por el "orden" sin ocuparse de la masa del Partido, que elimina su voluntad y a la oposición si el "orden" lo exige, que pisotea los estatutos, que aplaza los congresos, los transforma en una ficción.

Desde hace mucho tiempo, y por diferentes caminos, el pensamiento del aparato se orientaba hacia esta fórmula del "orden revolucionario". Desde hace dos años, los representantes de mayor responsabilidad de la dirección del Partido han propuesto toda una serie de definiciones nuevas de la democracia en este, que se reducen en el fondo a decir que democracia y centralismo significan simplemente sumisión a los órganos jerárquicamente superiores. Toda la práctica se ha desarrollado fuertemente en este sentido. Pero un centralismo acompañado de una democracia estrangulada y vacía es un centralismo burocrático. Un "orden" de este tipo está evidentemente obligado a ocultarse tras las formas y los ritos de la democracia, a exaltarla en innumerables circulares que llegaban desde arriba, a ordenar la "autocrítica" bajo la amenaza del artículo 58, a demostrar que los ataques de la democracia emanan, no del centro dirigente, sino de los llamados "ejecutores". Pero, ¿qué se les puede exigir a estos últimos, si cada "ejecutor" es el dirigente de todos sus inferiores?

Así, la nueva fórmula, absolutamente inconsistente desde el punto de vista teórico, demuestra por su novedad y su incoherencia que tiene por función satisfacer ciertas aspiraciones ya maduras. Consagra al aparato burocrático que la ha engendrado.

Esta cuestión está indisolublemente ligada a la de las fracciones y los agrupamientos. Ante todo problema que se presta a la discusión, ante toda divergencia de opiniones, la dirección y la prensa oficial, no sólo del Partido Comunista de la URSS, sino también de la IC y de todas sus secciones, hacen desviar inmediatamente el debate al plano del problema de las fracciones y de los agrupamientos. *La vida ideológica en el Partido no puede concebirse sin agrupamientos provisorios en el terreno ideológico.* Hasta ahora nadie ha descubierto otra manera de proceder. Quien ha ya intentado hacerlo sólo pudo demostrar que su receta únicamente servía para ahogar la vida ideológica del Partido.

Naturalmente, los agrupamientos son un "mal" tanto como las divergencias de opiniones. Pero este mal constituye un componente tan necesario de la dialéctica que dirige la evolución de partido como las toxinas para la vida del organismo humano.

La transformación de los agrupamientos en fracciones organizadas y encerradas sobre sí mismas es un mal aún mayor. El arte de dirigir el partido

consiste precisamente en prevenir esta transformación, que no se logra por la simple prohibición. La experiencia del Partido Comunista de la URSS es el mejor testimonio. En el X Congreso, mientras resonaba la insurrección de Kronstadt y las revueltas de los kulaks, Lenin hizo adoptar una resolución que prohibía las fracciones y los agrupamientos. Se entendía por agrupamientos, no las tendencias provisorias que se constituyen inevitablemente en el curso de la vida del partido, sino a las fracciones cuando se hacían pasar por agrupamientos. La masa del Partido comprendió claramente el peligro mortal del momento; sostuvo a su jefe, adoptando una resolución ruda e implacable en su forma: prohibición de las fracciones y los agrupamientos[58].

Pero el Partido sabía que era el CC, dirigido por Lenin, quien interpretaría esta fórmula y que de esta forma no habría abuso de poder (ver el *Testamento* de Lenin. NdLT). El Partido sabía que exactamente un año después, en el Congreso siguiente, e incluso un mes después, si un tercio del Partido lo deseaba, se verificaría la experiencia adquirida y se harían las correcciones necesarias. La decisión del X Congreso fue una medida filosa, impuesta por la situación crítica del partido gubernamental cuando efectuaba un giro peligroso para pasar del comunismo de guerra a la NEP. Esta medida aguda estuvo enteramente justificada más adelante, porque completaba una política correcta y perspicaz que quitó toda base a los agrupamientos constituidos antes del paso a la Nueva Política Económica.

Pero la resolución del X Congreso sobre las fracciones y agrupamientos, que incluso entonces exigía una interpretación y una aplicación juiciosas, no constituía un principio absoluto que dominaría todas las demás necesidades del Partido en el curso de su desarrollo, independientemente del país, la situación y la época.

58 La resolución del X Congreso, que prohibía las *fracciones organizadas* en el seno del Partido Bolchevique y que sirvió luego a Stalin para reprimir toda oposición, fue una medida excepcional tomada en circunstancias graves: se acababa de producir la revuelta de Kronstadt y el Partido tendía a convertirse en una federación de agrupamientos ideológicos que funcionaban independientemente unos de otros. No significaba de ninguna manera la prohibición de las oposiciones. Esta decía especialmente: "Es necesario que cada organismo del Partido vele para que las críticas absolutamente necesarias de sus debilidades, los análisis de su dirección general, todas las apreciaciones de su experiencia práctica, todo examen de la ejecución de sus decisiones y medios para corregir sus errores, etc., se lleven adelante, no en agrupaciones separadas que tengan una 'plataforma', sino más bien en las reuniones de todos los miembros del Partido. Con esta intención, el Congreso decide publicar un Boletín de discusión y periódicos especiales…".

Por otro lado, Lenin combatió en los siguientes términos una enmienda presentada por Riazanov que quería prohibir "las elecciones al Congreso sobre la base de las plataformas": "Si los desacuerdos fundamentales existen sobre determinada cuestión, no podemos privar a los miembros del CC del derecho de dirigirse al Partido… El Congreso actual no puede de ninguna manera y bajo ninguna circunstancia decidir sobre las elecciones al próximo Congreso. ¿Y si, por ejemplo, asuntos como la paz de Brest-Litovsk fueran cuestionados? ¿Podemos garantizar que no sucederá? No podría afirmarse esto. Es posible que, en un caso semejante, sea necesario recurrir a las elecciones en base a las plataformas" [NdEF].

Después de la muerte de Lenin, la dirección del Partido se apoyó desde un punto de vista formal en la resolución del X Congreso referente a las fracciones y agrupamientos con el objetivo de defenderse contra toda crítica; estranguló cada vez más la democracia en el Partido, y al mismo tiempo perdió de vista cada vez más el objetivo inmediato: la supresión del espíritu de fracción. En efecto, la tarea no es prohibir las fracciones, sino obtener su desaparición. Sin embargo, jamás el espíritu de fracción ha devastado tanto al Partido, ha quebrantado tanto su unidad como después de que Lenin abandonó la dirección. Nunca ha reinado tanto como ahora el falso monolitismo del 100%, que sirve simplemente para disimular los métodos de estrangulamiento de la vida del Partido.

La fracción del aparato oculta para el Partido se formó en el Partido Comunista de la URSS (bolchevique) ya antes del XII Congreso. Más tarde, adoptó un tipo de organización a la manera de los *carbonari*[59], con su CC ilegal (el "*septumvirato*[60]"), sus circulares, sus agentes, su lenguaje cifrado, etc. El aparato del Partido creó en su seno un orden encerrado en sí mismo e incontrolable, que dispone de los recursos excepcionales no sólo de este aparato, sino también del Estado, que transforma un partido de masas en un instrumento encargado de esconder todas las maniobras de los intrigantes.

Pero cuanto más esta fracción del aparato, encerrada en sí misma, esquiva el control de la masa del Partido, más grave y violento se vuelve el proceso de disgregación en fracciones, no sólo en la base sino también en el seno mismo del aparato. Dado que la dominación del aparato sobre el Partido, ya consumada en la época del XII Congreso, se ha vuelto total y sin límites, las divergencias que nacen en el seno del aparato mismo no pueden resolverse: llamar al Partido para que proporcione la verdadera solución sería subordinarlo nuevamente al aparato, resolver la cuestión en litigio recurriendo a los métodos de la democracia en *el aparato*, es decir, interrogando a los miembros de la fracción secreta; sólo el agrupamiento que se crea seguro de disponer de la mayoría en el aparato puede adoptar esta solución. El resultado es que nuevos grupos se forman en la fracción reinante; se esfuerzan menos en obtener la mayoría en el seno del aparato que en encontrar puntos de apoyo en las instituciones del Estado. Se asegura automáticamente la mayoría en el Congreso del Partido, ya que lo puede convocar en el momento más favorable y prepararlo como quiera. Así es como se agrava la *usurpación* del poder por el aparato; constituye el peligro más terrible, tanto para el Partido como para la dictadura del proletariado.

---

59 Se refiere a los carboneros (o carbonarios), una sociedad secreta de principios del siglo XIX en Italia [NdE].

60 En el curso de la lucha contra Trotsky, seis miembros del Buró Político (Zinoviev, Kamenev, Stalin, Bujarin, Vorochilov, Kalinin) constituyeron una fracción con el presidente de la Comisión Central de Control, Kuibishev. La existencia de este grupo de siete personas, de este "septumvirato", fue revelada por Zinoviev y Kamenev en la sesión del CC de julio de 1926 [NdEF].

Después de que la primera campaña "antitrotskista" de 1923-24 se llevó hasta el final por medio de las fracciones y del aparato se produjo una profunda grieta en la fracción secreta dirigida por el "septumvirato". Su causa principal era el descontento de la vanguardia proletaria de Leningrado frente a la desviación que comenzaba a producirse en los problemas de la vida interna del país y en las cuestiones internacionales. Los obreros avanzados de Leningrado continuaban en 1925 la obra comenzada por los proletarios de vanguardia de Moscú en 1923. Pero estas profundas tendencias de clase no pudieron manifestarse abiertamente en el Partido; se reflejaron solamente en la lucha sorda que se desarrolló en el seno de la fracción del aparato. En abril de 1925, el CC propagó, a través de todo el país, una circular que desmentía los rumores supuestamente esparcidos por los "trotskistas" (¡!), según los cuales habría existido en el núcleo de los "leninistas" (es decir, del "septumvirato" fraccional) ciertas divergencias de opiniones sobre los campesinos. Fue sólo por esta circular que numerosos cuadros del Partido se enteraron de la existencia real de tales divergencias, lo que no impidió de ninguna manera que los dirigentes continuasen engañando al Partido al afirmar que "la oposición" atentaba contra el monolitismo de "la guardia de Lenin". Esta propaganda estaba en su apogeo cuando el XIV Congreso precipitó sobre el Partido las diferencias existentes entre las dos partes de la fracción reinante, diferencias amorfas y confusas, pero sin embargo profundas debido a sus *orígenes de clase*. Las organizaciones de Moscú y de Leningrado, es decir, las fortalezas principales del Partido, adoptaron en sus conferencias, en vísperas del Congreso, resoluciones *directamente opuestas*. Una y otra lo hicieron, evidentemente, por unanimidad. Moscú explicaba este milagro del "orden revolucionario" por la opresión del aparato en Leningrado, en tanto que este volvía esta acusación contra Moscú. ¡Como si existiese una muralla infranqueable entre las organizaciones de estas dos ciudades! En los dos casos, el aparato decidía, demostrando a través del monolitismo al 100% que el Partido estaba ausente cuando se trataban las cuestiones fundamentales de su propia existencia.

El XIV Congreso se vio obligado a superar las nuevas divergencias surgidas ante los problemas esenciales y a establecer la nueva composición de la dirección, a espaldas del Partido, que no había sido consultado. El Congreso no pudo hacer otra cosa que dejar inmediatamente la tarea de esta solución [librada] a una jerarquía cuidadosamente escogida de secretarios del Partido. El XIV Congreso ha colocado un nuevo jalón en el camino de la liquidación de la democracia del Partido gracias a los métodos del "orden", es decir, al capricho de una fracción oculta del aparato. Las formas de la lucha posterior datan sólo de ayer. El arte de la fracción reinante consistió entonces en colocar cada vez más al Partido en presencia de una resolución ya adoptada, de una situación irreparable, de un hecho consumado.

Esta nueva fase, más avanzada, del "orden revolucionario", no significó de ninguna manera la liquidación de las fracciones y de los agrupamientos.

Por el contrario, estos se desarrollaron extraordinariamente y sus relaciones recíprocas fueron infinitamente más tensas, tanto en la masa del Partido como en el aparato mismo. Con respecto al Partido, el castigo burocrático aplicado a los "agrupamientos" se hizo cada vez más severo; la burocracia se rebajó incluso hasta la infamia del oficial de Wrangel y del artículo 58[61]. Al mismo tiempo seguía el proceso de una nueva división de la fracción reinante, que continúa ahora.

Tampoco faltan en la actualidad las falsas manifestaciones de monolitismo y las circulares que manifiestan la unanimidad completa de las esferas directivas. En realidad, la lucha sorda, encarnizada, sin salida, que se desarrolla en los aparatos cerrados de las fracciones, ha tomado, a juzgar por diversos síntomas, un carácter extremadamente tenso, conduciendo al Partido a no se sabe qué explosión.

Tales son la teoría y la práctica del "orden revolucionario" que, inevitablemente, se transforman en teoría y práctica de la usurpación.

Desde hace mucho tiempo, sin embargo, estas cosas no se limitan a la Unión Soviética. En 1923, la campaña dirigida contra el espíritu de fracción se basaba sobre todo en el argumento consistente en decir que las fracciones son embriones de partidos; ahora bien, en un país en que los campesinos son una mayoría aplastante y que está cercado por los capitalistas, la dictadura del proletariado no admite la libertad de partidos. En sí, esta tesis es absolutamente correcta. Pero exige también una política correcta y un régimen apropiado en el partido. Sin embargo, es evidente que al plantear así la cuestión se renunciaba a extender las resoluciones del X Congreso del Partido Comunista de la URSS (partido gubernamental) a los partidos comunistas de los Estados burgueses. Pero el régimen burocrático tiene su lógica, que le devora a sí mismo. Si no admite un control democrático en el partido soviético, no lo tolera tampoco en la IC, que, desde el punto de vista formal, domina al Partido Comunista de la URSS. Es por ello que la dirección ha transformado en un principio universal su manera grosera y desleal de aplicar la resolución del X Congreso, resolución que correspondía a las condiciones bien determinadas de la URSS en el momento en que fue adoptada, y ha extendido este principio a todas las organizaciones del globo terrestre.

El bolchevismo fue siempre fuerte porque elaboraba sus formas de organización teniendo en cuenta la situación histórica concreta: nada de esquemas áridos. Al pasar de una etapa a la otra, los bolcheviques modificaban radicalmente la estructura de su organización. Sin embargo, ahora, un solo y mismo principio del "orden revolucionario" se aplica a la vez

---

61 Poco antes del XV Congreso, la Oposición de Izquierda fue denunciada por estar relacionada con un antiguo oficial del ejército del general de las Guardias Blancas Wrangel. La Oposición pudo todavía imponer sobre esta acusación la apertura de una investigación, que condujo al jefe de la GPU de la época, Menjinsky, a reconocer que este hombre era un agente de la GPU enviado como provocador en un grupo oposicionista [NdEF].

al poderoso partido de la dictadura del proletariado, al Partido Comunista alemán, que constituye una fuerza política seria, al joven Partido Comunista chino, bruscamente arrastrado por el torbellino de la lucha revolucionaria, a la pequeña sociedad de propagandistas que es el Partido Comunista de los Estados Unidos. Es suficiente que en este último surjan dudas sobre la justeza de los métodos impuestos por el Pepper del momento para que se castigue a los "escépticos" por espíritu de fracción. Un joven partido, que es un organismo político completamente embrionario, sin relación verdadera con las masas, sin experiencia de dirección revolucionaria, sin firmeza teórica, está ya enteramente revestido de todos los atributos del "orden revolucionario", que le sientan como los trajes del padre al hijo de seis años. El Partido Comunista de la URSS tiene, en el plano ideológico, una de las más ricas experiencias revolucionarias. Pero, como lo han demostrado los últimos años, tampoco se puede vivir impunemente un solo día limitándose a consumir ampliamente los intereses de su capital; debe constantemente reconstituirlo y aumentarlo: esto sólo es posible por el trabajo colectivo del pensamiento del Partido. ¿Qué decir entonces de los partidos comunistas de los otros países, nacidos hace sólo algunos años, que atraviesan aún su período primario de acumulación de conocimientos teóricos y de los métodos de acción? Sin libertad verdadera en la vida del partido, sin libertad de discusión, sin libertad de determinación colectiva (y particularmente en agrupamientos) de los caminos a seguir, estos partidos no constituirán jamás una fuerza revolucionaria decisiva.

Antes del X Congreso, del que data la prohibición de fracciones, el Partido Comunista de la URSS vivió dos décadas sin conocer esta prohibición. Son justamente esas dos décadas las que le han educado y preparado bastante bien como para que frente a un giro de los más difíciles sepa aceptar y soportar las resoluciones severas del X Congreso. Ahora bien, los partidos comunistas de Occidente comienzan directamente por ahí.

Lenin, y nosotros con él, temíamos ante todo que el Partido Comunista ruso, disponiendo de los poderosos recursos de un Estado, ejerciese una influencia excesiva, aplastante sobre los jóvenes partidos de Occidente, que acababan de organizarse. Lenin multiplicaba incansablemente las advertencias al Partido contra un acrecentamiento prematuro del centralismo, contra todo avance exagerado del CE y del Presídium en este sentido y, sobre todo, contra las formas y métodos de ayuda, que se transformarían en órdenes directas, no admitiendo ningún recurso de apelación.

La ruptura se produjo en 1924 bajo el nombre de "bolchevización". Si se entiende por bolchevización la depuración del Partido a través de la eliminación de elementos y costumbres heterogéneos, de los funcionarios socialdemócratas aferrados a sus puestos, de los francmasones, de los demócratas pacifistas, de los confusionistas espiritualistas, etc., entonces esta tarea se realizó desde el primer día de la existencia de la IC; en el IV Congreso

tomó formas muy activas respecto al Partido Comunista francés. Pero esta bolchevización verdadera se unía indisolublemente, en otros tiempos, a la experiencia propia de las secciones nacionales de la IC, y se extendía a partir de esta experiencia; su piedra de toque eran las cuestiones de la política nacional, que se elevaban hasta convertirse en problemas internacionales. La "bolchevización" de 1924 sólo fue una caricatura; se apoyó el revólver en la sien de los organismos directivos de los partidos comunistas, exigiendo de ellos que, sin informes ni debates, tomasen inmediata y definitivamente posición ante las divergencias existentes en el interior del Partido Comunista de la URSS; sabían por adelantado que las posiciones tomadas determinarían su permanencia o no en la IC.

Sin embargo, en 1924 los partidos comunistas de Europa no tenían los medios suficientes para resolver los problemas planteados en la discusión rusa, en la que se esbozaban apenas dos tendencias de principios en la nueva etapa de la dictadura del proletariado. Claro está que después de 1924 todavía continuaba siendo indispensable el trabajo de depuración; en muchas secciones fueron eliminados con razón elementos heterogéneos. Pero, considerada en su conjunto, la "bolchevización" consistía en desorganizar cada vez más las direcciones que se formaban en los partidos comunistas de Occidente utilizando como cuña las diferencias rusas que el aparato del Estado hacía entrar a martillazos. Todo esto se ocultaba bajo el estandarte de la lucha contra el espíritu de fracción.

Si en el seno del partido de la vanguardia proletaria cristalizasen fracciones que amenazasen convertirlo por mucho tiempo en inepto para el combate es evidente que el partido necesitaría tomar una decisión: ¿es preciso dejar al tiempo la posibilidad de hacer una prueba suplementaria o bien reconocer inmediatamente que es inevitable la escisión? Un partido de combate no puede jamás ser una suma de fracciones que tiran a diestra y siniestra. En general, esta idea es indiscutible. Pero emplear la escisión como un medio preventivo contra las divergencias de opiniones, amputar todo un grupo o agrupamiento que hace oír la voz de la crítica es transformar la vida interna del Partido en un encadenamiento de abortos en la organización. Semejantes métodos, lejos de contribuir a la perpetuación y al desarrollo de la especie, sólo ahogan al organismo que le dio existencia, es decir, al Partido. La lucha contra el espíritu de fracción se convierte en infinitamente más peligrosa que este espíritu.

En la hora actual, los primeros fundadores de casi todos los partidos comunistas del mundo han sido echados de la Internacional, sin exceptuar a su ex presidente. En casi todos los partidos, los grupos que guían el desarrollo durante *dos* períodos consecutivos son excluidos o dejados al margen. En Alemania, el grupo de Brandler sólo mantiene un pie en el Partido; el grupo de Maslov no atravesó su umbral. En Francia, los antiguos grupos de Rosmer-Monatte, Loriot, Souvarine han sido excluidos; otro tanto le ha ocurrido al grupo de Girault-Treint, que estuvo en la di-

rección durante el período siguiente. En Bélgica se ha excluido al grupo de Van Overstraeten. Si el grupo de Bordiga que dio nacimiento al Partido Comunista italiano sólo está excluido a medias, esto se explica por las condiciones del régimen fascista. En Checoslovaquia, Suecia, Noruega, Estados Unidos, en una palabra, en casi todos los partidos del mundo, han ocurrido acontecimientos más o menos análogos luego de la muerte de Lenin. Es indudable que muchos de los excluidos han cometido enormes errores; no nos hemos quedado atrás para señalarlos. No se puede tampoco negar que muchos de los excluidos han vuelto en gran parte a sus posiciones de partida, a la socialdemocracia de izquierda o al sindicalismo. Pero la tarea de la IC no consiste en conducir automáticamente a un callejón sin salida a los jóvenes dirigentes de los partidos nacionales y condenar así a algunos de los que representan la degeneración ideológica. El "orden revolucionario" de la dirección burocrática se ha convertido en un obstáculo terrible que se alza en el camino del desarrollo de todos los partidos de la Internacional.

Las cuestiones de organización son inseparables de las del programa y de la táctica. Es preciso ver claramente que una de las fuentes más importantes del oportunismo en la IC es el régimen burocrático de su aparato y de su partido dirigente. Después de la experiencia de los años 1923-28 nadie puede negar que en la Unión Soviética la burocracia sea la expresión y el instrumento de la presión que las clases no proletarias ejercen contra el proletariado. El proyecto de programa de la IC presenta una fórmula correcta cuando dice que las depravaciones burocráticas "surgen inevitablemente cuando las masas carecen de cultura y se manifiestan influencias de clase extrañas al proletariado". Esta es la clave que permite comprender, no solamente a la burocracia en general, sino su crecimiento extraordinario en el curso de los cinco últimos años. Si el grado de cultura de las masas, aunque sea insuficiente, ha aumentado en el curso de este período (esto está fuera de duda), sólo se puede entonces buscar la causa del *ascenso* de la burocracia en *el crecimiento* de las influencias de las clases no proletarias. Los partidos comunistas de Europa, es decir, sobre todo sus centros dirigentes, copian sus organizaciones de los impulsos y reagrupamientos que se operan en el Partido Comunista de la URSS; así, la burocracia de los partidos comunistas extranjeros sólo fue, en gran parte, el reflejo y el complemento de la del Partido Comunista de la URSS.

La selección de los dirigentes de los partidos comunistas se ha realizado y se realiza aún según sus aptitudes para aceptar y aprobar el más reciente reagrupamiento en el aparato del Partido Comunista de la URSS. Aquellos que tenían más autonomía y mayor sentido de las responsabilidades, que no aceptaban someterse a cambios realizados de una manera estrictamente administrativa eran expulsados del partido, o bien empujados a entrar en el ala derecha (con frecuencia *supuestamente* de derecha), o bien entraban en las filas de la Oposición de Izquierda. Así, el proceso orgánico de selección, que

permite la cohesión de los cuadros revolucionarios sobre la base de la lucha proletaria, es interrumpido, modificado, desfigurado; se lo sustituye a veces abiertamente por una selección administrativa y burocrática hecha desde arriba. Se comprende que los dirigentes comunistas más dispuestos a aceptar las decisiones adoptadas de antemano y a firmar cualquier resolución hayan triunfado frecuentemente sobre los elementos mejor dotados del espíritu del partido y del sentimiento de la responsabilidad revolucionaria. La mayoría de las veces, en lugar de elegir revolucionarios estoicos y rigurosos, se seleccionó a los que como buenos burócratas sabían adaptarse.

Todos los problemas de la política interna e internacional nos llevan invariablemente a las cuestiones del régimen interno del Partido. Es evidente que las desviaciones que nos han alejado de la línea de clase en los problemas de la Revolución china, del movimiento obrero inglés, de la economía de la URSS, de los salarios, de los impuestos, etc., constituyen en sí mismas un peligro muy serio. Pero ese peligro se decuplica por la imposibilidad en que se encuentra el Partido de corregir, siguiendo los caminos normales, la línea decidida por las esferas superiores, ya que tiene los pies y los puños atados por el régimen burocrático. Otro tanto se puede decir de la IC. La resolución del XIV Congreso del Partido Comunista de la URSS sobre la necesidad de establecer una dirección más democrática y más colectiva de la IC ha sido prácticamente ridiculizada. Un cambio en el régimen interno de la IC es una cuestión de vida o muerte para el movimiento revolucionario internacional. Este cambio se puede obtener de dos maneras: o bien por una transformación del régimen interno del Partido Comunista de la URSS, o bien luchando contra el rol dirigente jugado por dicho partido en la IC. Hay que hacer todos los esfuerzos posibles por llegar a ello a través del primer camino. La lucha por el cambio de régimen del Partido Comunista de la URSS es una lucha por el saneamiento del régimen de la IC; también se propone asegurar en la dirección de nuestro partido el salvataje de nuestras ideas.

Es preciso echar implacablemente del programa la idea de que partidos vivos, activos, puedan ser subordinados al control del "orden revolucionario" impuesto por la burocracia del Partido y del Estado. Es preciso entregar al Partido sus propios derechos. Es preciso que el Partido vuelva a ser un partido. Es preciso afirmar estas necesidades en el programa de manera que haga imposible una justificación teórica de la burocracia y de las tendencias a la usurpación.

12. Causas de las derrotas de la Oposición y perspectivas

A partir del otoño de 1923, el ala izquierda proletaria del Partido, que expuso sus puntos de vista en toda una serie de documentos, de los cuales el principal es la "Plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición)", fue

sistemáticamente sometida, en tanto organización, a la destrucción. Los procedimientos de represión estaban determinados por el carácter del régimen interno del Partido, cada vez más burocrático a medida que aumentaba la presión ejercida por las clases no proletarias contra el proletariado.

El carácter general del período permite el éxito de estos métodos: es efectivamente el momento en el cual el proletariado ha sufrido graves derrotas y en el que la socialdemocracia recupera vigor, en tanto que en el seno de los partidos comunistas las tendencias centristas y oportunistas se fortalecieron, y que el centrismo, hasta estos últimos meses, se orientaba sistemáticamente hacia la derecha. La primera represión contra la Oposición se produjo inmediatamente después de la derrota de la revolución alemana y fue, en cierto modo, su complemento. Esto habría sido imposible si el triunfo del proletariado alemán hubiera podido aumentar la confianza en sí mismo del proletariado de la URSS y, por consiguiente, su fuerza de resistencia ante la presión de las clases burguesas del interior y del exterior y también ante su correa de transmisión, la burocracia del Partido.

* * *

Para esclarecer el significado general de los reagrupamientos que se han producido en la IC desde fines de 1923 sería sumamente importante examinar paso a paso cómo el grupo dirigente, en las diversas etapas de su orientación, explicaba sus victorias "de organización" sobre la Oposición. No nos es posible hacer ese trabajo en el marco de nuestra crítica del proyecto de programa. Pero para alcanzar nuestro objetivo bastará examinar cómo fue comprendida la primera "victoria" contra la Oposición, en septiembre de 1924, según el artículo con el que Stalin debutó en las cuestiones de la política internacional:

> "Hay que considerar la victoria decisiva lograda en los partidos comunistas por el ala revolucionaria como el síntoma más seguro –escribía Stalin– *de los procesos revolucionarios más importantes que se producen en las profundidades de la clase obrera*…".

Y en otra parte del mismo artículo:

> "Si se agrega a esto el total aislamiento de la tendencia oportunista en el seno del Partido Comunista ruso, el cuadro que se obtendrá será completo. El V Congreso de la IC no ha hecho más que consolidar la victoria del ala revolucionaria en las secciones fundamentales de la IC" (*Pravda*, 20 de septiembre de 1924).

Así, la derrota de la Oposición del Partido Comunista ruso fue presentada como el resultado de la orientación *hacia la izquierda* del proletariado marchando directamente a la revolución, y prevaleciendo el ala izquierda sobre la derecha en todas las secciones. Ahora, cinco años después de la

mayor derrota del proletariado internacional, la del otoño de 1923, *Pravda* se ve obligada a reconocer que sólo actualmente se comienza a remontar "el vacío de la oleada, la apatía y la depresión que comenzaron después de la derrota de 1923 y que permitieron al capitalismo alemán fortalecer sus posiciones" (*Pravda*, 28 de enero de 1928). Pero entonces se plantea un interrogante que es nuevo para los dirigentes actuales de la IC, aunque no para nosotros: ¿debe explicarse, entonces, el fracaso de la Oposición, en 1923 y en los años siguientes, por un desplazamiento de la clase obrera *hacia la derecha* y no *hacia la izquierda*? La respuesta a este interrogante decide todo.

La que fue dada en 1924 en el V Congreso de la IC y más tarde en discursos y artículos era clara y categórica: fueron el fortalecimiento de los elementos revolucionarios del movimiento obrero de Europa, la nueva oleada revolucionaria ascendente y la proximidad de la revolución proletaria las causas de la "debacle" de la Oposición.

Pero ahora la ruptura política duradera, brutal, que después de 1923 se produjo hacia la derecha y no hacia la izquierda es un hecho establecido e indiscutible. Por consiguiente, es claro que el desencadenamiento de la lucha contra la Oposición y su intensificación, que condujo a exclusiones y deportaciones, está ligado íntimamente al proceso político de la estabilización de la burguesía en Europa. Es verdad que este proceso ha sido interrumpido en el curso de los últimos cuatro años por acontecimientos revolucionarios importantes. Pero nuevos errores de la dirección, más crueles aún que en 1923 en Alemania, dieron cada vez más la victoria al enemigo en las peores condiciones para el proletariado y el Partido Comunista e hicieron aparecer nuevos factores favorables para la estabilización burguesa. El movimiento revolucionario internacional ha sufrido derrotas, y con él el ala izquierda proletaria del Partido Comunista de la URSS (bolchevique) y la IC.

La explicación sería incompleta si no tenemos en cuenta las condiciones en las que se desarrollaban los procesos internos de la economía y de la política de la URSS: nacidas de la NEP, las contradicciones se agravaban porque la dirección comprendía mal los problemas de la alianza económica entre las ciudades y el campo, subestimando el desequilibrio que padecía la industria y las tareas que de ello derivaban en una economía planificada.

El aumento de la presión económica y política ejercida por los círculos burocráticos y pequeñoburgueses en el interior del país, en el marco de las derrotas de la revolución proletaria en Europa y en Asia: he aquí el encadenamiento histórico que durante estos cuatro últimos años se cerró como un nudo corredizo alrededor de la garganta de la Oposición. El que no comprenda esto, no comprende nada.

En esta exposición, debimos, casi en cada etapa, confrontar la línea política seguida con la que fue descartada bajo el nombre de "trotskismo". El sentido de esta lucha, en su aspecto general, aparece frente a los ojos de un marxista con una claridad perfecta. Si las acusaciones episódicas o parciales

de "trotskismo", apoyadas en una acumulación de citas reales e imaginarias correspondientes a un período de veinticinco años, podían antiguamente desconcertar, por el contrario, un juicio coherente sobre el conjunto de la lucha ideológica durante los cinco últimos años demuestra que hubo dos líneas de conducta. Una fue consciente y metódica. Fue la prolongación y el desarrollo de los principios estratégicos leninistas, aplicados a los problemas internos de la URSS y de la revolución mundial: es la línea de la Oposición. Y la otra, inconsciente, contradictoria, vacilante, zigzagueante, se aleja del leninismo bajo la presión de las fuerzas de la clase enemiga en un período de reflujo político en el plano internacional: es la línea de la dirección oficial. A menudo, ante grandes puntos de inflexión los hombres frecuentemente abandonan más fácilmente las concepciones que las palabras a que están habituados. Es la ley general de todo cambio en el terreno ideológico. En casi todas las cuestiones fundamentales, la dirección practicaba una revisión de Lenin, pero hacía pasar esta revisión por un desarrollo del leninismo, mientras que a su esencia revolucionaria internacional la calificó de trotskismo con el objetivo de camuflarse no sólo en la superficie, sino incluso engañarse a sí misma para adaptarse más fácilmente al proceso de su propia desviación.

El que quiera comprender esto no nos hará el reproche ridículo de haber utilizado la crítica del proyecto de programa para poner al desnudo la leyenda del trotskismo. El presente proyecto ha sido elaborado en una época que estuvo impregnada de esta leyenda. Fueron sobre todo los autores del proyecto los que la alimentaron, la tomaron como punto de partida y juzgaron todo según ella. Por lo tanto, estas circunstancias se reflejan en el proyecto.

Un nuevo capítulo instructivo acaba de agregarse a la historia de la política. Se puede decir que ese capítulo prueba la fuerza que puede tener la creación de mitos o, para hablar más simplemente, la calumnia utilizada como arma política en el terreno de las ideas. Como la experiencia lo demuestra, no se debe subestimar el valor de esta arma. Estamos todavía lejos del "salto que hará pasar del reino de la necesidad al de la libertad"; vivimos en una sociedad de clases que es imposible concebir sin oscurantismo, prejuicios y supersticiones. Un mito que corresponde a ciertos intereses o costumbres tradicionales puede siempre, en una sociedad dividida en clases, adquirir una gran fuerza. Sin embargo, basándose solamente en un mito, incluso organizado según un plan y disponiendo de todos los recursos del Estado, no es posible elaborar una política amplia, sobre todo una política revolucionaria, y más particularmente en nuestra época. Inevitablemente, la creación de mitos se enreda en sus propias contradicciones. Sólo hemos citado una pequeña parte, aunque sea acaso la más importante. Estamos convencidos firmemente de que el análisis objetivo, en el que operan los acontecimientos, vendrá en apoyo de nuestro análisis subjetivo, independientemente de que las circunstancias externas nos permitan o no continuarlo hasta el final.

La radicalización de las masas obreras de Europa es un hecho indiscutible que se ha manifestado en el curso de las últimas elecciones parlamentarias. Pero esta radicalización sólo atraviesa su fase primaria. Factores como la reciente derrota de la Revolución china la contrarrestan y preparan el terreno, en gran parte, de la socialdemocracia. No queremos predecir aquí a qué velocidad se efectuará este proceso. En todo caso, está claro que la radicalización sólo será el signo precursor de una situación revolucionaria nueva a partir del momento en que crezca la atracción ejercida por el Partido Comunista en detrimento de las grandes reservas de la socialdemocracia. Aún no estamos en ese momento; pero lo alcanzaremos debido a una necesidad rigurosa.

La orientación incierta seguida actualmente por la dirección de la IC, que se esfuerza por hacer cambios bruscos hacia la izquierda, no concuerda con la política interna de la URSS, y se efectúa sin modificar completamente el régimen ni detener la lucha contra los elementos revolucionarios, que han sabido resistir todas las pruebas. Su aspecto contradictorio es el resultado no sólo de las dificultades económicas internas en la URSS (lo que confirma enteramente las previsiones hechas por la Oposición), sino que corresponden perfectamente a la primera etapa de la radicalización de las masas obreras de Europa. El eclecticismo de la política seguida por la dirección de la IC, el eclecticismo del proyecto de programa constituyen en cierto modo una instantánea del estado actual de la clase obrera internacional, orientada hacia la izquierda por la marcha de los acontecimientos, pero que todavía no ha determinado su camino y que ha dado más de nueve millones de sufragios a la socialdemocracia alemana.

El futuro ascenso revolucionario corresponderá a un inmenso reagrupamiento que se producirá en la clase obrera, en todas sus organizaciones, incluida la IC. No se percibe claramente cuál será el ritmo de este proceso, pero los caminos de su evolución concreta son claros. Las masas obreras, capa por capa, pasarán de la socialdemocracia al Partido Comunista. El eje de la política comunista se desplazará de derecha a izquierda. La línea bolchevique del grupo que, desde 1923, desde la derrota del proletariado alemán, supo remontar la corriente bajo un alud de acusaciones y persecuciones, recogerá una simpatía cada vez mayor.

Los métodos de organización gracias a los cuales triunfarán en la IC, y por consiguiente en el conjunto del proletariado internacional, las ideas del verdadero leninismo, que no se pueden falsificar, dependen en gran parte de la dirección actual de la IC y, por consiguiente, directamente, del VI Congreso.

Sin embargo, cualesquiera sean las decisiones de este congreso –estamos preparados para lo peor–, el juicio general que resulta de la época presente y de sus tendencias internas, cuya causa fue instruida en particular por la experiencia de los cinco últimos años, nos dicen que las ideas de la Oposición no necesitan seguir otro canal que el de la IC. Nadie nos apartará de él. Las ideas que defendemos pasarán a ser sus ideas. Ellas encontrarán su expresión en el programa de la IC.

III. Balance y perspectivas de la Revolución china; sus enseñanzas para los países de oriente y para la Internacional Comunista

Fue mediante el análisis de la experiencia, de los errores y de las tendencias de la Revolución de 1905 como se constituyeron definitivamente el bolchevismo, el menchevismo y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana e internacional. El análisis de la experiencia de la Revolución china tiene hoy la misma importancia para el proletariado internacional.

Sin embargo, este análisis, lejos de haber comenzado, es prohibido. La literatura oficial se ocupa de ajustar inmediatamente los hechos a las resoluciones del CE de la IC, cuya inconsistencia se ha manifestado plenamente. El proyecto de programa redondea todo lo posible las aristas vivas del problema chino, pero, en lo esencial, avala la política funesta seguida por el CE de la IC. Se sustituye el análisis de uno de los más grandes procesos de la historia por un alegato literario en defensa de los esquemas que han fracasado.

1. Sobre la naturaleza de la burguesía colonial

El proyecto de programa dice:

> "Los acuerdos provisorios [con la burguesía nativa de los países coloniales] sólo son admisibles en la medida que no sean un obstáculo para la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y que lleve [la burguesía] una lucha efectiva contra el imperialismo".

Esta fórmula, aunque está intercalada a sabiendas dentro de una proposición subordinada, es una de las tesis fundamentales del proyecto, al menos para los países de Oriente. La proposición principal habla, evidentemente, de "liberar [a los obreros y los campesinos] de la influencia de la burguesía nativa". Sin embargo, no juzgamos desde lo gramático sino desde lo político; utilizando nuestra propia experiencia, decimos: la proposición principal sólo tiene aquí un valor secundario, mientras que la proposición subordinada contiene lo esencial. Considerada en su conjunto, la fórmula es el clásico nudo corredizo menchevique, que se cierra aquí alrededor del cuello de los proletarios de Oriente.

¿De qué "acuerdos provisorios" se habla? En política, como en la naturaleza, todo es "provisorio". ¿Quizás se trata aquí de "ententes" circunstanciales estrictamente prácticas? Es evidente que no podemos, para el futuro, renunciar a acuerdos semejantes, rigurosamente limitados y sirviendo cada vez a un objetivo claramente definido. Este es el caso, por ejemplo, cuando se trata de un acuerdo con los estudiantes del Kuomintang para la organización de una manifestación antiimperialista, o bien de la ayuda prestada por los

comerciantes chinos a los huelguistas de una empresa concesionaria extranjera. Tales fenómenos no pueden ser excluidos de ninguna manera para el futuro, ni siquiera en China. Pero entonces qué hacen aquí condiciones políticas de orden general: "En la medida en que [la burguesía] no se oponga a la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y lleve una lucha efectiva [¡!] contra el imperialismo". La única "condición" de todo acuerdo con la burguesía, acuerdo separado, práctico, limitado a medidas definidas y adaptado a cada caso, consiste en no mezclar las organizaciones ni las banderas, ni directa ni indirectamente, ni por un día ni por una hora, en distinguir el rojo del azul, y en no creer jamás que la burguesía será capaz de llevar una lucha real contra el imperialismo, que no será un *obstáculo* para los obreros y los campesinos o que no esté dispuesta a serlo. La otra condición nos resulta absolutamente inútil para los acuerdos prácticos. Por el contrario, sólo podría ser dañina, al quebrar la línea general de nuestra lucha contra la burguesía, lucha que no cesa durante el breve período del "acuerdo". Desde hace mucho tiempo se ha dicho que los acuerdos estrictamente prácticos, que no nos atan de ninguna forma y no nos crean ninguna obligación política pueden, si ello resulta ventajoso en el momento considerado, ser efectuados con el mismo diablo. Pero sería absurdo exigir al mismo tiempo que en esta ocasión el diablo se convirtiese totalmente al cristianismo, y que se sirviese de sus cuernos, no contra los obreros y los campesinos, sino para hacer obras piadosas. Al plantear semejantes condiciones, actuaríamos ya, en el fondo, como los abogados del diablo, pidiéndole que nos dejase convertir en sus padrinos.

Planteando estas condiciones absurdas, embelleciendo de antemano a la burguesía, el proyecto de programa dice, con una nitidez y una claridad perfectas (a pesar del carácter diplomático subordinado de la proposición), que se trata precisamente de coaliciones políticas duraderas y no de acuerdos ocasionales concluidos por razones prácticas. Pero entonces, ¿qué significa esa exigencia de que la burguesía luche "efectivamente" y "no sea un obstáculo..."? ¿Imponemos esas condiciones a la misma burguesía y exigimos que haga públicamente una promesa? Hará todo lo que queramos. Incluso enviará sus delegados a Moscú, se adherirá a la Internacional Campesina, se unirá como simpatizante a la IC, guiñará el ojo a la Internacional Sindical Roja; en una palabra, prometerá todo aquello que le permita (con nuestra ayuda) engañar mejor, más fácil y más completamente a los obreros y los campesinos, echándoles arena a los ojos... hasta la próxima ocasión (siguiendo el modelo de Shangai).

¿Tal vez no se trata aquí de promesas políticas de la burguesía que, repitámoslo, las hará inmediatamente, asegurándose de este modo nuestra garantía ante las masas obreras? ¿Es posible que se trate de una valoración "objetiva", "científica", referida a la burguesía nativa, de una especie de medición "sociológica" de las aptitudes de esta burguesía para combatir y "no ser un obstáculo"? Pero, ¡lamentablemente!, como lo testifica la experiencia más

reciente, habitualmente resulta de tales mediciones que los expertos quedan como unos imbéciles. Esto no sería nada si sólo se tratase de ellos…

Pero no cabe la menor duda: en el texto se trata precisamente de bloques políticos de larga duración. Sería superfluo incluir en un programa el problema de los acuerdos prácticos circunstanciales; sería suficiente con una resolución sobre la táctica "en el momento actual". Pero se trata de justificar y consagrar la orientación seguida hasta ayer con respecto al Kuomintang, que hizo sucumbir a la segunda Revolución china y es capaz de hacerla sucumbir todavía más de una vez.

De acuerdo con el pensamiento de Bujarin, verdadero autor del proyecto, se trata precisamente de una apreciación general de la burguesía colonial, cuya capacidad para combatir y "no ser un obstáculo" debe ser probada, no por su propio juramento, sino por medio de un esquema estrictamente "sociológico", es decir, el mil y un esquema estrictamente adaptados a esta obra oportunista.

Para que la demostración sea más clara citaremos aquí el juicio emitido por Bujarin sobre la burguesía colonial. Después de una referencia al "fondo antiimperialista" de las revoluciones coloniales y a Lenin (totalmente fuera de lugar), Bujarin declara: "La burguesía liberal ha ejercido en China, durante toda una serie de años, y no de meses, un papel objetivamente revolucionario, y después se ha agotado. No se trató de ninguna manera de una 'jornada gloriosa' comparable a la revolución liberal rusa de 1905".

Aquí todo es erróneo desde el principio hasta el final. Efectivamente, Lenin enseñaba que hay que distinguir rigurosamente la nación burguesa oprimida de la que la oprime. De ahí se desprenden dos consecuencias de excepcional importancia; por ejemplo, en el caso de una guerra entre países imperialistas y coloniales. Para un pacifista, esta guerra es como cualquier otra; para un comunista la guerra de una nación colonial contra una nación imperialista es una guerra burguesa-revolucionaria. Lenin elevaba así los movimientos de liberación nacional, las insurrecciones coloniales y las guerras de las naciones oprimidas al nivel de las revoluciones democráticoburguesas, en particular el de la rusa de 1905. Pero Lenin no planteaba de ninguna manera, como lo hace en la actualidad Bujarin, después de su giro de ciento ochenta grados, a las guerras de liberación nacional por encima de las revoluciones democraticoburguesas. Lenin exigía distinguir entre la burguesía del país oprimido y la del país opresor. Pero en ninguna parte ha presentado Lenin este problema (y no hubiera podido hacerlo) afirmando que la burguesía de un país colonial o semicolonial, en la época de la lucha por la liberación nacional, fuera más progresista y más revolucionaria que la burguesía de un país no colonial en el período de la revolución democrática[62]. Nada exige que sea así en el plano

62 "Existen en los países oprimidos dos movimientos que se separan cada vez más: el primero es el movimiento burgués democrático y nacionalista, que tiene un programa de independencia

teórico; la historia no lo confirma. Por muy digno de lástima que sea el liberalismo ruso, aunque su mitad de izquierda –la democracia pequeñoburguesa, los socialistas revolucionarios y los mencheviques– haya resultado un aborto, no es posible demostrar que el liberalismo y la democracia burguesa chinos hayan mostrado más altura y capacidad revolucionarias que sus homólogos rusos.

Presentar las cosas como si el yugo colonial asignase necesariamente un carácter revolucionario a la burguesía colonial es reproducir al revés el error fundamental del menchevismo, que creía que la naturaleza revolucionaria de la burguesía rusa debía desprenderse de la opresión absolutista y feudal.

La cuestión de la naturaleza y de la política de la burguesía está determinada por toda la estructura interna de las clases en la nación que lleva a cabo la lucha revolucionaria, por la época histórica en que se desarrolla esta lucha, por el grado de dependencia económica, política y militar que liga a la burguesía nativa al imperialismo mundial en su conjunto, o a una parte de este, y finalmente (esto es lo principal), por el grado de actividad de clase del proletariado nativo y el estado de sus relaciones con el movimiento revolucionario internacional.

Una revolución democrática o la liberación nacional pueden permitir a la burguesía profundizar y extender sus posibilidades de explotación. La intervención autónoma del proletariado sobre la arena revolucionaria amenaza con arrebatarle todas las posibilidades.

Veamos los hechos de cerca. Los dirigentes actuales de la IC repiten sin descanso que Chiang Kai-shek hizo la guerra al "imperialismo", mientras que Kerensky marchó mano a mano con los imperialistas. Conclusión: había que entablar una lucha implacable contra Kerensky, pero había que apoyar a Chiang Kai-shek.

La ligazón entre el kerenskismo y el imperialismo es indiscutible. Nos podemos remontar más lejos y señalar que la burguesía rusa "destronó" a Nicolás II con la bendición de los imperialistas ingleses y franceses. No solamente Miliukov y Kerensky apoyaron la guerra de Lloyd George y Poincaré, sino que Lloyd George y Poincaré apoyaron la revolución de Miliukov y Kerensky, primero contra el zar y después contra los obreros y los campesinos. Este es un hecho indiscutible.

Pero sobre este punto, ¿cómo ocurrieron las cosas en China? La "Revolución de Febrero" se produjo en China en 1911. Esta revolución fue un

---

política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y los obreros, ignorantes y pobres, que luchan por liberarse de todo tipo de explotación. El primero intenta dirigir al segundo y, en cierta medida, lo logra con frecuencia. Pero la IC y los partidos que adhieren a ella deben combatir este intento y buscar desarrollar el sentimiento de pertenencia a una clase independiente en las masas obreras de las colonias. Una de las tareas más grandes para este fin es la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de una república soviética" (*Tesis sobre las cuestiones nacional y colonial*, II Congreso, 1920. Lenin fue el principal redactor de estas tesis) [NdEF].

gran paso adelante, aunque hubiera sido llevada a cabo con la participación directa de los imperialistas. En sus *Memorias*, Sun Yat-sen cuenta cómo su organización obtuvo para todas sus actividades la "ayuda" de los Estados imperialistas (tanto Japón, como Francia, como los Estados Unidos). Si Kerensky, en 1917, continuó participando en la guerra imperialista, la burguesía china, que era "nacional", "revolucionaria", etc., apoyó también la intervención de Wilson en la guerra, a la espera de que la Entente ayudase a liberar a China. Sun Yat-sen, en 1918, se dirigió a los gobiernos de la Entente con sus proyectos de desarrollo económico y liberación política de China. Nada permite afirmar que la burguesía china, en su lucha contra la dinastía Manchú haya demostrado unas cualidades más revolucionarias que la burguesía rusa en su lucha contra el zarismo, o que las actitudes de Chiang Kai-shek y la de Kerensky frente al imperialismo hayan sido diferentes.

Pero Chiang Kai-shek, afirma el CE de la IC, ha hecho también la guerra al imperialismo. Presentar las cosas de esa forma es disfrazar burdamente la realidad. Chiang Kai-shek ha hecho la guerra a los militaristas chinos, agentes de uno de los Estados imperialistas. Esto no es, en absoluto, lo mismo que hacer la guerra al imperialismo. Incluso Tang Ping-sian comprendía esto. En el informe que presentó al VII Pleno del CE de la IC (a fines de 1926) caracterizó así la política centrista del Kuomintang, dirigido por Chiang Kai-shek:

> "En el terreno de la política internacional tiene una actitud pasiva, en el pleno significado de la palabra… Sólo está inclinado a luchar contra el imperialismo inglés; en cuanto a los imperialistas japoneses, está dispuesto a admitir un compromiso con ellos bajo determinadas condiciones" (Actas taquigráficas, vol. 1, p. 406).

La actitud del Kuomintang con respecto al imperialismo desde el principio no fue revolucionaria, sino totalmente colaboracionista: el Kuomintang buscaba derrotar a los agentes de ciertas potencias imperialistas para entablar posteriormente negociaciones con estas mismas potencias o con otras en condiciones más ventajosas. Esto es todo.

Toda esta forma de abordar el problema es errónea. Lo que hay que considerar no es la actitud de cada burguesía nativa respecto al imperialismo en general, sino su posición frente a las tareas históricas revolucionarias que están a la orden del día en su propio país. La burguesía rusa fue la de un Estado imperialista opresor. La burguesía china es la de un país colonial oprimido. El derrocamiento del zarismo feudal fue un factor de progreso en la vieja Rusia. Derribar el yugo imperialista es un factor histórico de progreso en China. Pero la conducta de la burguesía china con relación al imperialismo, al proletariado y al campesinado, no solamente no es más revolucionaria que la conducta de la burguesía rusa con respecto al zarismo y las clases revolucionarias de Rusia, sino que tal vez sea todavía más reaccionaria y cobarde. Esa es la única manera de plantear la cuestión.

La burguesía china es lo bastante realista y conoce bastante bien al imperialismo mundial para comprender que una lucha realmente seria contra él exige una presión tan fuerte de las masas revolucionarias que, desde el comienzo, es la burguesía misma la que va a verse amenazada. Si la lucha contra la dinastía Manchú fue una tarea de menor envergadura histórica que el derrocamiento del zarismo, en cambio, la lucha contra el imperialismo mundial es, históricamente, un problema mayor. Y si, desde nuestros primeros pasos, hemos enseñado a los obreros de Rusia a no creer que el liberalismo estuviera dispuesto a derribar el zarismo y abolir el feudalismo, ni que la democracia pequeñoburguesa fuera capaz de ello, de la misma forma, deberíamos haber inoculado, desde el comienzo, este sentimiento de desconfianza a los obreros chinos. En el fondo, la nueva teoría de Stalin y Bujarin, tan absolutamente falsa, sobre la "inmanencia" del espíritu revolucionario de la burguesía colonial no es más que un menchevismo traducido al lenguaje de la política china; sirve simplemente para hacer de la situación oprimida de China una recompensa política a favor de la burguesía de ese país; pone en el platillo de la balanza, del lado de la burguesía, un suplemento de peso en detrimento del proletariado chino, doblemente oprimido.

Pero, nos dicen Stalin y Bujarin, autores del proyecto de programa, la marcha de Chiang Kai-shek hacia el norte provocó un potente despertar de las masas obreras y campesinas. Esto es indiscutible. Pero, ¿el hecho de que Guchkov y Chulguin llevasen a Petrogrado el acta de la abdicación de Nicolás II no ejerció un papel revolucionario, no despertó a las capas populares más aplastadas, más fatigadas, más tímidas?; pero, ¿el hecho de que el laborista Kerensky se convirtiese en presidente del Consejo de Ministros y Comandante en jefe de las fuerzas armadas no despertó a la masa de los soldados, los empujó a los mítines, levantó a los campesinos de las aldeas contra los propietarios rurales? Se puede plantear también la cuestión de una forma más amplia: en general, toda la actividad del capitalismo, ¿no despierta a las masas, no las arranca, siguiendo la expresión del *Manifiesto Comunista*, de la estupidez de la vida del campo, no lanza los batallones proletarios a la lucha? ¿Un juicio histórico sobre el objetivo del capitalismo en su conjunto, o de ciertas acciones de la burguesía en particular, puede sustituir a nuestra actitud activa de clase revolucionaria hacia el capitalismo y la actividad de la burguesía? La política oportunista siempre se ha basado sobre un "objetivismo" de este tipo, no dialéctico, conservador, seguidista. El marxismo siempre ha enseñado que las consecuencias revolucionarias de ciertos actos que la burguesía está obligada a realizar serán tanto más decisivas, indiscutibles y duraderas cuanto más independiente sea la vanguardia proletaria con relación a la burguesía y esté menos dispuesta a dejarse atrapar por el engranaje burgués, a adornar a la burguesía, sobrestimar su espíritu revolucionario y su capacidad para establecer el "frente único" y luchar contra el imperialismo.

El juicio formulado por Bujarin sobre la burguesía colonial no resiste la crítica en el plano teórico, así como tampoco en los planos histórico y político. Sin embargo, es precisamente a este juicio al que el proyecto de programa se esmera en consagrar, como ya lo hemos visto.

Un error no reconocido ni condenado implica siempre otro posterior o lo prepara.

Si ayer la burguesía china estaba incorporada al frente único revolucionario, hoy se proclama que "se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución". No es difícil ver hasta qué punto estas incorporaciones y estos traspasos efectuados de manera totalmente administrativa, sin un análisis marxista un poco serio, carecen de fundamento.

Es absolutamente evidente que la burguesía no se une al campo de los revolucionarios por azar, por ligereza de espíritu, sino porque sufre la presión de sus intereses de clase. Por temor a las masas, abandona inmediatamente la revolución o manifiesta abiertamente contra ella un odio hasta entonces disimulado. Pero no puede pasarse definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de toda nueva obligación de "apoyar" a la revolución o, al menos, de coquetear con ella más que cuando, por medios revolucionarios o por otros (los de Bismarck, por ejemplo), logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase. Recordemos la historia de los años 1848 y 1871. Recordemos que si la burguesía rusa pudo volver tan resueltamente la espalda a la Revolución de 1905 es porque fue beneficiada con la Duma de Estado, es decir, el medio de actuar directamente sobre la burocracia y de tratar con ella. Pero cuando la guerra de 1914-17 reveló de nuevo que el régimen "renovado" era incapaz de asegurar la satisfacción de los intereses fundamentales de la burguesía, esta giró de nuevo hacia la revolución, y su giro fue más brutal que en 1905.

¿Puede decirse que la Revolución de 1925-27 en China haya satisfecho, siquiera parcialmente, los intereses fundamentales del capitalismo chino? No; China está tan alejada hoy de una verdadera unidad nacional y de la independencia aduanera como antes de 1925. Sin embargo, la creación de un mercado interno único y su protección contra las mercancías extranjeras más baratas constituyen para la burguesía china casi una cuestión de vida o muerte; es la segunda por orden de importancia después de la del mantenimiento de las bases de la dominación de clase sobre el proletariado y los campesinos pobres. Pero para las burguesías inglesa y francesa el mantenimiento de China en el estado de colonia no tiene menos importancia que la autonomía para la burguesía china. Es por ello que habrá todavía muchos zigzags hacia la izquierda en la política de la burguesía china. El futuro reserva muchas tentaciones a los aficionados al frente único nacional. Decir hoy a los comunistas chinos: su coalición con la burguesía fue correcta desde 1924 hasta el final de 1927, pero ahora no sirve para nada porque la burguesía se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución es preparar de

nuevo a los comunistas chinos para nuevas ocasiones de confusión ante los futuros giros objetivos y los zigzags hacia la izquierda que la burguesía china inevitablemente realizará. La guerra que Chiang Kai-shek está llevando contra el norte ya hace caer completamente el esquema mecanicista de los autores del proyecto del programa.

Pero el error de principio cometido en la manera oficial de plantear la cuestión aparecerá de forma aplastante, convincente, indiscutible, si recordamos un hecho muy reciente y de gran importancia: la Rusia zarista fue una combinación de naciones dominantes y naciones oprimidas, las gran-rusas y las "no rusas", muchas de las cuales se encontraban en una situación de colonias o semicolonias. Lenin no solamente exigía que se prestase la mayor atención a la cuestión nacional de los pueblos de la Rusia zarista, sino que también proclamaba contra Bujarin y consortes que el deber elemental del proletariado de la nación dominante era apoyar la lucha de las naciones oprimidas por el derecho a disponer de sí mismas, incluso hasta la separación. ¿El Partido deduce de ello que la burguesía de las nacionalidades oprimidas por el zarismo (polacos, ucranianos, tártaros, judíos, armenios, etc.) era más radical, más progresiva, más revolucionaria que la burguesía rusa? La experiencia revela que la burguesía polaca, a pesar de la combinación del yugo absolutista y el nacional, fue más reaccionaria que la burguesía rusa: en la Duma no se sentía atraída por los kadetes[63] sino por los octubristas[64]. Lo mismo ocurrió con la burguesía tártara. La gravísima privación de derechos que afectaba a los judíos no impidió a la burguesía judía ser todavía más temerosa, reaccionaria y cobarde que la rusa. ¿Los burgueses estonios, letones, georgianos o armenios fueron más revolucionarios que los de la Gran Rusia? ¿Cómo se pueden olvidar semejantes lecciones históricas?

Pero, ¿es posible que debamos reconocer ahora, después de los hechos, que el bolchevismo se equivocaba cuando –contrariamente al Bund, los dachnaks, los miembros del Partido Socialista polaco, los mencheviques georgianos y otros[65]– llamaba, desde los albores de la revolución democráticoburguesa, a los obreros de todas las nacionalidades oprimidas, de todos los pueblos coloniales de la Rusia zarista a reagruparse en una organización

63 Partido Demócrata Constitucional, partido de la burguesía liberal rusa. Su programa no era republicano, sino monárquico constitucional [NdE].

64 Así se llamaba a los miembros del partido monárquico de la gran burguesía industrial, comercial y terrateniente [NdE].

65 Bund: organización socialista que buscaba agrupar a los trabajadores judíos independientemente del POSDR, sobre todo en Polonia y Lituania. En el Congreso del POSDR de 1903 su pedido de adhesión fue rechazado. El Bund existió de manera independiente, a veces colaborando con los mencheviques pero nunca con los bolcheviques. Dachnaks-Tsutiun era una organización armenia nacionalista y pequeñoburguesa.
El Partido Socialista polaco era una organización nacionalista pequeñoburguesa con tinte socialista, violentamente combatido por el Partido Socialdemócrata polaco conducido por Rosa Luxemburgo. Uno de los dirigentes del Partido Socialista polaco era el mariscal Pilsudsky [NdEF].

autónoma de clase, a romper todo lazo organizativo no sólo con los partidos liberales burgueses, sino también con los partidos revolucionarios de la pequeñoburguesía, a conquistar a la clase obrera en la lucha contra estos últimos y, por intermedio de los obreros, a luchar contra estos partidos para influenciar a los campesinos? ¿No hemos cometido aquí un error "trotskista"? ¿No hemos saltado, con respecto a esas naciones oprimidas, algunas de las cuales eran muy atrasadas, por encima de la fase de desarrollo que habría correspondido al Kuomintang? ¡Qué fácil es, efectivamente, edificar una teoría según la cual el Partido Socialista polaco, el Dachnak-Tsutiun, el Bund, etc., fueron las formas "particulares" de una colaboración necesaria entre clases diversas en lucha contra el absolutismo y el yugo nacional! ¿Es que verdaderamente se pueden olvidar semejantes lecciones de la historia?

Antes de los acontecimientos chinos de los tres últimos años estaba claro para un marxista (y ahora debe estar claro incluso para un ciego) que el imperialismo extranjero, al intervenir directamente en la vida interna de China hace, en última instancia, a los Miliukov y a los Kerensky chinos más cobardes todavía que sus prototipos rusos. No es en vano que el primer Manifiesto de nuestro partido había proclamado ya que, cuanto más se avanzaba hacia Oriente, más mezquina y cobarde se volvía la burguesía y más grandes eran las tareas que incumbían al proletariado. Esta "ley" histórica se aplica plenamente a China.

> "Nuestra revolución es burguesa: es por eso que los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los políticos que carecen de toda claridad y provienen del campo de los liquidadores. Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, los marxistas; es por eso que los obreros deben abrir los ojos al pueblo, haciéndole ver los engaños de los políticos burgueses, enseñarle a no creer en las palabras, a no contar más que con sus propias fuerzas, su organización, su unión, su armamento".

Esta tesis de Lenin conserva todo su valor para todo el Oriente; es absolutamente necesario que encuentre un lugar dentro del programa de la Internacional.

2. Las etapas de la Revolución china

La primera etapa para el Kuomintang fue un período de dominación de la burguesía nativa bajo la bandera apologética del "bloque de las cuatro clases". El segundo período, después del golpe de Estado de Chiang Kai-shek, vivió la dominación paralela y "autónoma" del kerenskismo chino. Si los populistas rusos y los mencheviques dieron a su corta "dictadura" la forma de una dualidad de poderes abierta, la "democracia revolucionaria" china, por su parte, no tenía bastante fuerza para llegar a ello. Y como, en

general, la historia no trabaja por encargo, no queda más que comprender que no hay y no habrá otra dictadura "democrática" que la que ejerce el Kuomintang desde 1925. Será así tanto si la semiunidad de China conseguida por el Kuomintang se mantiene en el futuro inmediato como si el país se desmiembra de nuevo. Pero precisamente cuando la dialéctica de clase de la revolución, después del agotamiento de todos los demás recursos, puso a la orden del día la dictadura del proletariado y arrastró a los millones de oprimidos y desheredados de las ciudades y el campo, el CE de la IC colocó en primer plano la consigna de la dictadura democrática (es decir, democráticoburguesa) de obreros y campesinos. La respuesta a esta fórmula fue la insurrección de Cantón, que, a pesar de su carácter prematuro y de su dirección aventurera, muestra que la nueva etapa, la tercera, será la futura revolución china. Es necesario insistir en ello.

Buscando un seguro contra los pecados del pasado, la dirección, hacia finales del año anterior, imprimió de forma criminal un ritmo forzado a la marcha de los acontecimientos que desembocó en el aborto de Cantón. Pero incluso un aborto puede enseñarnos mucho sobre el estado de la madre y el proceso del embarazo. Desde el punto de vista teórico, la importancia enorme, decisiva, de los acontecimientos de Cantón con relación a los problemas esenciales de la revolución china, es que nos encontramos en presencia de un hecho extremadamente raro en historia y en política: una experiencia de laboratorio a una escala gigantesca. La hemos pagado cara; esto nos obliga todavía más a asimilar bien las enseñanzas.

Según la información de *Pravda* N.º 31, una de las consignas del combate en Cantón fue el grito: "¡Abajo el Kuomintang!". Después de la traición de Chiang Kai-shek y después de la de Wan Tin-wei (que no traicionaron a su clase, sino nuestras ilusiones), el CE de la IC hizo solemnes promesas: "¡No cederemos la bandera del Kuomintang!" Sin embargo, los obreros de Cantón prohibieron al Kuomintang y proclamaron fuera de la ley a todas sus tendencias. Esto significa que para realizar las tareas nacionales fundamentales, la burguesía (no solamente la grande, sino también la pequeña) no presenta una fuerza política, de partido, de fracción, junto a la cual el partido del proletariado pueda resolver los problemas de la revolución democráticoburguesa. El problema de la conquista del movimiento de los campesinos incumbe ya enteramente al proletariado y directamente al Partido Comunista. Ahí se encuentra la clave que permitirá tomar la posición. Para que pueda haber una solución verdadera a los problemas democráticoburgueses será necesario que todo el poder se concentre en las manos del proletariado.

Con respecto al efímero poder soviético de Cantón, *Pravda* comunica:

> "En interés de los obreros, el Soviet de Cantón ha decidido... el control sobre la producción por los obreros y la realización de este control por los comités de fábrica..., la nacionalización de la gran industria, de los transportes y la banca".

Más adelante se citan medidas de este tipo:

"Confiscación de todas las viviendas de la gran burguesía en provecho de los trabajadores".

Así, pues, los obreros de Cantón estaban en el poder y el poder estaba de hecho en manos del Partido Comunista. El programa del nuevo poder comprendía no solamente la confiscación de las tierras de los terratenientes, por mucho que hubieran pertenecido al Kuomintang, el control obrero de la producción, sino también la nacionalización de la gran industria, los bancos, los transportes e incluso la confiscación de las viviendas de la burguesía y de todos los bienes de esta en beneficio de los trabajadores. ¡Si estos son los métodos de la revolución burguesa, uno se pregunta a qué se parecerá en China la revolución proletaria!

Aunque las directivas del CE de la IC no hayan hablado jamás de la dictadura proletaria ni de medidas socialistas, aunque Cantón se distinga por su carácter pequeñoburgués de Shangai, Hankow y otros centros industriales del país, el golpe de Estado revolucionario realizado contra el Kuomintang ha llevado automáticamente a la dictadura del proletariado; desde sus primeros pasos, debido a la situación de conjunto, ha debido aplicar medidas más radicales que las que fueron tomadas al principio de la Revolución de Octubre. Y este hecho, a pesar de su apariencia paradójica, se deriva normalmente tanto de las relaciones sociales en China como de todo el desarrollo de la revolución.

La propiedad terrateniente (grande y mediana, tal como se encuentra en China) se mezcla de la manera más íntima con el capitalismo de las ciudades, e incluso con el capitalismo extranjero. No existe en China casta de terratenientes que se oponga a la burguesía. El explotador más común y el más odiado en el campo es el kulak usurero, agente del capitalismo financiero de las ciudades. También la revolución agraria tiene un carácter tanto antifeudal como antiburgués. En China no habrá, o no habrá apenas, una etapa parecida a la primera etapa de nuestra Revolución de Octubre, durante la cual el kulak marchaba con los campesinos medios y pobres, y a menudo a su cabeza, contra el propietario terrateniente. La revolución agraria en este país significa y significará, de ahora en adelante, la insurrección no solamente contra el reducido número de propietarios y burócratas verdaderos, sino también contra el kulak y el usurero. Si, entre nosotros, los comités de campesinos pobres sólo intervinieron en la segunda etapa de la Revolución de Octubre, hacia mediados de 1918, por el contrario, en China aparecerán en escena, sea bajo el aspecto que sea, tan pronto como renazca el movimiento agrario. La "deskulakización" será, en China, el primero, y no el segundo paso del Octubre chino.

Sin embargo, la revolución agraria no constituye el único fondo de la lucha histórica que se desarrolla actualmente en China. La revolución agraria

más radical, el reparto de las tierras (es evidente que el Partido Comunista lo apoyará hasta el final), no permitirán por sí solos salir del *impasse* económico. China necesita igualmente su unidad nacional, su soberanía económica, es decir, la autonomía aduanera o, más exactamente, el monopolio del comercio exterior; pero eso exige que se libere del imperialismo mundial. Para este último, China no es solamente la fuente más abundante de enriquecimiento; garantiza también su existencia, al constituir una válvula de seguridad para las explosiones que se producen hoy en día en el interior del capitalismo europeo y que se producirán mañana en el interior del capitalismo norteamericano. Es esto lo que determina de antemano la excepcional amplitud y la monstruosa aspereza de la lucha que las masas populares chinas deberán sostener, sobre todo ahora que su profundidad pudo ser medida por todos los participantes.

El papel enorme del capital extranjero en la industria china, y la costumbre que ha adquirido para defender sus apetitos de apoyarse directamente sobre las bayonetas "nacionales" hace al programa del control obrero menos realizable de lo que lo fue entre nosotros. La expropiación directa de las empresas capitalistas, en primer lugar las extranjeras, luego de las chinas, será verdaderamente impuesta por el curso de la lucha inmediatamente después de la revolución victoriosa.

Las mismas causas objetivas, sociales e históricas, que determinaron la aparición de Octubre en la Revolución rusa se presentan en China con un aspecto todavía más agudo. Los polos burgués y proletario de la nación están opuestos en China con más intransigencia aún, si es posible, que en Rusia porque, por una parte, la burguesía china ha nacido directamente ligada al imperialismo extranjero y a su aparato militar, y, por otra, el proletariado chino ha tomado contacto, desde el principio, con la IC y la Unión Soviética. Numéricamente, el campesinado chino representa dentro del país una masa mucho más considerable todavía que el campesinado ruso; pero, atenazado por las contradicciones mundiales (su destino depende de su solución, en un sentido o en otro), el campesinado chino es aún más incapaz de jugar un papel dirigente que el campesinado ruso. En la actualidad esto no es ya simplemente una previsión teórica, es un hecho plenamente comprobado en todos sus aspectos.

Estas premisas sociales y políticas, cuya importancia no se puede discutir, muestran que, para la tercera revolución china, no solamente ha caducado definitivamente la fórmula de la dictadura democrática, sino también que, a pesar de su gran atraso, o más bien a causa de ese atraso, China no pasará, a diferencia de Rusia, por un período "democrático", ni siquiera de una duración de seis meses como fue el caso, desde noviembre de 1917 a julio de 1918, de la Revolución de Octubre; desde el principio deberá llevar a cabo una gran transformación y suprimir la propiedad privada en las ciudades y en el campo.

Es cierto que esta perspectiva no concuerda con la concepción pedante y esquemática de las relaciones entre la economía y la política. Pero la responsabilidad de esta discordancia que de nuevo hace conmover los prejuicios arraigados (aunque Octubre les haya asestado ya un serio golpe) no incumbe al "trotskismo", sino a la ley del desarrollo desigual. En este caso es justamente aplicable.

Sería una muestra de pedantería afirmar que si se hubiese seguido una política bolchevique en la Revolución de 1925-27, el Partido Comunista chino se habría adueñado del poder con seguridad. Pero afirmar que esta posibilidad estaba completamente excluida sería algo propio de una ignorancia vergonzosa. El movimiento de masas de los obreros y los campesinos, lo mismo que la separación de las clases dominantes, podía permitir su realización. La burguesía nativa enviaba sus Chiang Kai-shek y sus Wan Tin-wei a Moscú; llamaba a las puertas de la IC por medio de sus Hou Han-min precisamente porque frente a las masas revolucionarias se sentía extremadamente débil: conocía esta debilidad y buscaba protegerse por adelantado. Los obreros y los campesinos no habrían seguido a la burguesía nativa si nosotros no los hubiéramos sujetado con un lazo y arrastrado tras ella. Si la política de la IC hubiera sido algo correcta el resultado de la lucha del Partido Comunista por la conquista de las masas habría estado decidido de antemano: el proletariado chino habría apoyado a los comunistas y la guerra campesina habría apoyado al proletariado revolucionario.

Si desde el comienzo de la marcha hacia el norte hubiéramos comenzado a establecer soviets en las regiones "liberadas" (y las masas aspiraban a ello con todas sus fuerzas), habríamos adquirido la base necesaria y reunido el impulso revolucionario; habríamos concentrado alrededor nuestro las insurrecciones agrarias; habríamos creado nuestro ejército y descompuesto el del enemigo; a pesar de su juventud, el Partido Comunista chino habría podido madurar bajo la dirección juiciosa de la IC en el curso de esos años excepcionales; habría podido llegar al poder, si no en toda China de una sola vez, al menos en una parte considerable de su territorio. Y, lo más importante de todo, habríamos tenido un partido.

Pero precisamente en el terreno de la dirección se ha producido una cosa absolutamente monstruosa, una verdadera catástrofe histórica: la autoridad de la Unión Soviética, del Partido Bolchevique, de la IC, ha servido completamente para apoyar a Chiang Kai-shek contra la propia política del Partido Comunista y, posteriormente, para apoyar a Wan Tin-wei como dirigente de la revolución agraria. Después de haber pisoteado la base misma de la política leninista y haber roto la columna vertebral del joven Partido Comunista chino, el CE de la IC determinó de antemano la victoria del kerenskismo chino sobre el bolchevismo, de los Miliukov chinos sobre los Kerensky, del imperialismo anglo-japonés sobre los Miliukov chinos. Este es el significado –el único significado– de lo que ha sucedido en China en 1925-27.

3. ¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado?

¿Cómo ha juzgado el último Pleno del CE de la IC la experiencia adquirida en la Revolución china, incluso la que ha aportado el golpe de Estado de Cantón? ¿Cuáles son las perspectivas que ha esbozado para el futuro? Con respecto a la Revolución china, la resolución del Plenario de febrero de 1928 permite abordar las partes del proyecto de programa consagradas a este tema. Dice así:

> "No es exacto caracterizar [esta revolución] como una revolución 'permanente' (posición del representante del CE de la IC). La tendencia a saltar [¿?] por encima de la etapa burguesa y democrática de la revolución estimando al mismo tiempo [¿?] que esta revolución es 'permanente' es un error análogo al de Trotsky en 1905 [¿?]".

Desde que Lenin dejó la dirección, es decir, desde 1923, la actividad ideológica de la IC consiste sobre todo en luchar contra el supuesto "trotskismo", y en particular contra la "revolución permanente". ¿Cómo ha sido posible entonces que, sobre el problema fundamental de la Revolución china, no solamente el CC del Partido Comunista chino, sino también el delegado oficial de la IC (es decir, un dirigente que había recibido instrucciones especiales) cometan precisamente el "error" por el que cientos de hombres se encuentran en Siberia o en prisión? La lucha respecto a la cuestión china dura ya dos años y medio. Cuando la Oposición declaró que el antiguo CC (Chen Du-xiu), sufriendo la influencia de las falsas directivas de la IC, practicaba una política oportunista, esta valoración fue tratada de "calumnia". La dirección del Partido Comunista chino fue considerada como irreprochable. El célebre Tan Pin-sian, aprobado por todo el VII Pleno del CE de la IC, juraba:

> "Desde que surgió el trotskismo, el Partido y las Juventudes Comunistas adoptaron por unanimidad una resolución contra él" (Actas taquigráficas, p. 205).

Cuando, a pesar de todas estas "conquistas", los acontecimientos desarrollaron trágicamente su lógica, que condujo al primer desastre de la Revolución y posteriormente al segundo, aún más espantoso, la dirección del Partido Comunista chino, antes ejemplar, fue bautizada de menchevique y destituida en veinticuatro horas. Al mismo tiempo se anunció que la nueva dirección representaba enteramente la línea de la IC. Pero cuando comenzó una nueva etapa seria se acusó al nuevo CC del Partido Comunista chino de haber pasado –como hemos visto, no de palabra, sino con actos– a una postura de supuesta "revolución permanente". El delegado de la IC tomó el mismo camino. Este hecho sorprendente, realmente inconcebible, no puede explicarse más que por la separación abismal que se abre entre las directivas del CE de la IC y la verdadera dinámica de la revolución.

No insistiremos aquí sobre el mito de la "revolución permanente" de 1905, que fue puesto en circulación en 1924 para sembrar confusión y desviar la discusión. Nos contentaremos con examinar cómo se ha reflejado este mito en el problema de la revolución china.

El primer párrafo de la resolución de febrero, del que ha sido tomada la cita reproducida más arriba, da los siguientes motivos sobre su postura negativa hacia la supuesta "revolución permanente":

> "El período actual de la revolución china es el de la revolución burguesa y democrática, que no está acabada ni desde el punto de vista económico (transformación agraria y abolición de las relaciones feudales), ni desde el de la lucha contra el imperialismo (unidad de China e independencia nacional), ni desde el del carácter de clase del poder (dictadura del proletariado y del campesinado)".

Esta exposición de motivos es un encadenamiento ininterrumpido de errores y contradicciones.

El CE de la IC ha enseñado que la revolución china debe asegurar a China la posibilidad de desarrollarse en la vía del socialismo. Sólo se puede alcanzar este objetivo si la revolución no se detiene en las tareas democráticoburguesas, sólo si en su crecimiento, al pasar de una fase a otra, es decir, al desarrollarse sin interrupción (o de una forma permanente), conduce a China a un desarrollo socialista. Esto es precisamente lo que Marx entendía por revolución permanente[66]. ¿Cómo se puede, entonces, hablar por una parte de la vía no capitalista seguida por el desarrollo de China y negar, por otra, el carácter permanente de la revolución en general?

Pero, según replica la resolución del CE de la IC, la revolución no está acabada ni desde el punto de vista de la transformación agraria, ni desde el de la lucha nacional contra el imperialismo. De ahí se deduce el carácter democráticoburgués de la revolución china en el período actual. En realidad, el período actual es el de la contrarrevolución. Sin duda, el CE de la IC quiere decir que la próxima oleada de la revolución china, o, más exactamente, la tercera revolución china, tendrá un carácter burgués democrático, puesto que la segunda Revolución china de 1925-27 no ha resuelto ni la cuestión agraria ni el problema nacional. De todos modos, incluso bajo esta forma enmendada, un razonamiento semejante descansa sobre una total incomprensión de la experiencia y las enseñanzas tanto de la Revolución china como de la Revolución rusa.

La Revolución de Febrero de 1917 había dejado sin solucionar en Rusia todos los problemas internos e internacionales: el feudalismo en el campo, la vieja burocracia, la guerra y el desastre económico. Era partiendo de esta

66 Marx utilizó esta expresión por primera vez en el "Mensaje del CC a la Liga de los Comunistas", en marzo de 1850. Ver León Trotsky, *La teoría de la revolución permanente*, 3º ed., Bs. As., Ediciones IPS, 2011, p. 359 [NdE].

situación como no solamente los socialistas revolucionarios y los mencheviques, sino también muchos responsables de nuestro partido, demostraban a Lenin que "el período actual de la revolución era el de una revolución democráticoburguesa". Sobre este punto esencial la resolución del CE de la IC no hace más que volver a copiar las objeciones que hicieron los oportunistas a Lenin en 1917 con el fin de oponerse a la lucha por la dictadura del proletariado[67].

En el texto, más adelante, se dice que la revolución democráticoburguesa no está terminada no solamente desde el punto de vista económico y nacional, sino tampoco "desde el punto de vista de la naturaleza de clase del poder (dictadura del proletariado y los campesinos)". Esto sólo puede significar una cosa: la prohibición al proletariado chino de luchar por el poder mientras no haya a la cabeza de China un "verdadero" gobierno democrático. Desgraciadamente, no se indica dónde encontrarlo.

La confusión aumentó todavía más desde el momento en que la consigna de los soviets fue rechazada para China en el curso de estos dos últimos años, ya que, según se decía, la creación de los soviets sólo es admisible cuando se da la revolución proletaria ("teoría" de Stalin). No obstante, cuando fue realizada la transformación revolucionaria, cuando los que participaban en ella llegaron a la conclusión de que se trataba precisamente del paso a la revolución proletaria, se les acusó de "trotskismo". ¿Se puede, con semejantes métodos, educar al Partido y ayudarle a cumplir sus grandes tareas?

Con el fin de salvar una posición desesperada, la resolución del CE de la IC (en ruptura con el curso de otras ideas) saca prematuramente su último argumento: invoca al imperialismo. Se encuentra con que la tendencia a saltar por encima de la etapa democráticoburguesa:

> "… es tanto [¡!] más nociva cuanto que al plantear así la cuestión se elimina [¿?] la particularidad nacional más importante de la revolución china, que es una revolución semicolonial".

El único significado que pueden tener estas palabras absurdas es la idea de que el yugo del imperialismo será derribado por una especie de dictadura no proletaria. Es lo mismo que decir que se invoca la "particularidad nacional más importante" en todo momento para embellecer, ya sea a la burguesía china nativa o a la "democracia" pequeñoburguesa de China. Este argumento no puede tener otro sentido. Pero ya hemos examinado de una forma bastante detallada esta concepción en el capítulo que trata "sobre la naturaleza de la burguesía colonial". Es inútil volver sobre ello.

Es preciso que China conozca todavía una lucha gigantesca, encarnizada, sangrienta, prolongada, por conquistas tan elementales como la liquidación de las formas más "asiáticas" de servidumbre, la emancipación y la

---

67 Cuando se dio la discusión de las "Tesis de abril" [NdEF].

unidad del país. Pero como lo ha mostrado el curso de los acontecimientos, es precisamente este hecho el que hace imposible en el futuro la existencia de una dirección, o incluso de una semidirección burguesa de la revolución. La unidad y la emancipación de China constituyen hoy un problema internacional, lo mismo que la existencia de la URSS. Sólo se puede resolver este problema por medio de la lucha encarnizada de las masas populares, masas aplastadas, hambrientas, perseguidas, bajo la dirección directa de la vanguardia proletaria. Lucha no solamente contra el imperialismo mundial, sino también contra sus agentes económicos y políticos en China, contra la burguesía, incluida la burguesía "nativa". Este es el camino de la dictadura del proletariado.

A partir de abril de 1917, Lenin explicaba a sus adversarios, que le acusaban de haberse pasado a la "revolución permanente", que la dictadura del proletariado y del campesinado ya se había realizado, en parte, en la época de la dualidad de poder. Más tarde precisó que esta dictadura había encontrado su prolongación en el primer período del poder de los soviets cuando el campesinado entero realizaba con los obreros la transformación agraria, mientras que la clase obrera no procedía todavía a la confiscación de las fábricas y hacía la experiencia del control obrero. Con respecto a "la naturaleza de clase del poder", la "dictadura" socialista revolucionaria y menchevique dio lo que podía dar: un aborto de dualidad de poder. En lo que se refiere a la transformación agraria, la revolución arrojó al mundo un bebé sano y fuerte, pero fue ya la dictadura del proletariado quien ejerció de partera. En otras palabras, todo lo que la fórmula teórica de la dictadura del proletariado y el campesinado trataba de unir se vio descompuesto en el curso de la lucha de clases. La cáscara vacía del medio poder fue entregada provisoriamente a Kerensky y Tseretelli, mientras que el verdadero núcleo de la revolución agraria y democrática pertenecía a la clase obrera triunfante. Esta es la disociación dialéctica de la dictadura democrática que no han comprendido los dirigentes del CE de la IC. Se han hundido en un *impasse* político, al condenar mecánicamente el procedimiento que consiste en "saltar por encima de la etapa burguesa y democrática", y al intentar dirigir un proceso histórico por medio de circulares. Si se entiende por etapa burguesa y democrática la realización de la revolución agraria por la vía de la dictadura "democrática", entonces es la Revolución de Octubre la que saltó audazmente "por encima" de la etapa burguesa y democrática. ¿Hay que condenarla?

¿Por qué, entonces, lo que fue inevitable históricamente en Rusia, lo que expresó el bolchevismo en su más alto grado, resulta ser ahora "trotskismo" en China? Es evidentemente en virtud de la misma lógica que proclama que la teoría de Martinov, que durante veinte años el bolchevismo ha criticado en Rusia, es conveniente para China.

¿Pero se puede a este respecto, en general, admitir una analogía con la situación en Rusia? Nosotros respondemos que la consigna de la dictadura

del proletariado y el campesinado es lanzada por los dirigentes del CE de la IC basándose solamente en el método de las analogías, pero de las analogías literarias, formales, y no a partir del materialismo histórico. Se puede admitir una analogía entre China y Rusia si se aborda la comparación de una forma correcta. Lenin lo hizo excelentemente, no después de los hechos, sino adelantándose a ellos, previendo los errores futuros de los epígonos. Cientos de veces Lenin tuvo que defender la Revolución proletaria de Octubre, que se atrevió a conquistar el poder aunque los problemas burgueses y democráticos no hubieran recibido todavía solución; Lenin respondía: es precisamente por esta razón y justamente para dársela.

El 16 de enero de 1923 Lenin escribía dirigiéndose a los pedantes que se pronunciaban contra la conquista del poder refiriéndose a un argumento "indiscutible", el hecho de que Rusia no estaba madura:

> "Ni siquiera se les ocurre, por ejemplo, que Rusia, situada en el límite entre los países civilizados y los que la guerra arrastra por primera vez definitivamente hacia la civilización (los países de todo el Oriente, los países situados fuera de Europa), que justamente por esta razón Rusia debía manifestar algunas particularidades que, claro está, no se salen de la pauta general del desarrollo mundial, pero hacen que su revolución se distinga de todas las revoluciones anteriores en los países de Europa Occidental, aporten algunas innovaciones parciales ligadas a su situación intermedia entre Europa y los países orientales"[68].

La "particularidad" que precisamente aproximaba a Rusia a los países de Oriente era, para Lenin, que desde los inicios del movimiento el joven proletariado, para abrir la vía hacia el socialismo, debía barrer la barbarie feudal y todas las demás cosas pasadas de moda.

Si se toma como punto de partida la analogía leninista entre China y Rusia, podemos decir: desde el punto de vista de la naturaleza política del poder, todo lo que podía realizar la dictadura democrática se intentó en China, primero en el Cantón de Sun Yat-sen, después en la marcha de Cantón a Shangai con el golpe de Estado de Shangai como acto final; después en donde el Kuomintang de izquierda apareció en su forma pura, es decir, según las directivas del CE de la IC, como organizador de la revolución agraria y, en realidad, como su verdugo. Las tareas de la revolución burguesa y democrática, deberán cumplir el primer período de la futura dictadura del proletariado y de los campesinos

---

68 Estas líneas son una reproducción del artículo de Lenin "Sobre nuestra revolución", publicado en *Pravda* en mayo de 1923. Es una crítica a las *Memorias sobre la revolución rusa* del socialista de tendencia menchevique Sujanov, que en febrero de 1917 había participado en la formación del Soviet de Petrogrado y que en 1922-23 ejercía funciones en el aparato económico de la URSS. Sujanov defendía en su libro impreso en Moscú en 1922 la postura menchevique al declarar que la Revolución de Octubre era condenable porque Rusia no estaba madura para el socialismo. En tiempos de Lenin, no fue molestado por las opiniones expresadas en su libro. Bajo Stalin, fue arrestado y desapareció [NdEE].

pobres chinos. Cuando no solamente el papel de la burguesía china sino también el de la "democracia" ha podido develarse enteramente, cuando se ha convertido en algo absolutamente indiscutible que, en las batallas futuras, la "democracia" ejercerá sus funciones de verdugo más vigorosamente aún que en el pasado, levantar en este momento la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado es, simplemente, permitir disimular nuevas variedades del Kuomintang, es tender una trampa al proletariado.

Recordemos, para completar, lo que Lenin dijo brevemente respecto a los bolcheviques que continuaban oponiendo la experiencia socialista revolucionaria y menchevique a la consigna de la "verdadera" dictadura democrática:

> "El que no habla más que de 'dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado' marcha con retraso, se pasa de hecho del lado de la pequeñoburguesía contra la lucha de la clase proletaria; debe ser relegado a los archivos de las 'rarezas' bolcheviques de antes de la revolución (podríamos llamarlos los archivos de los 'viejos bolcheviques')" (Estas palabras fueron pronunciadas durante las discusiones de las "Tesis de Abril" en 1917).

Estas palabras suenan todavía hoy como si fueran actuales.

Va de suyo que no se trata en absoluto, en la actualidad, de llamar al Partido Comunista chino a levantarse inmediatamente por la conquista del poder. No se pueden suprimir las consecuencias de una derrota revisando simplemente la táctica. Actualmente, la revolución está en un reflujo. La charlatanería apenas disimulada que contiene la resolución del CE de la IC cuando asegura que la revolución sigue de nuevo su curso ascendente, porque hay en China ejecuciones sin número y una dura crisis comercial e industrial, revela una ligereza de espíritu criminal y nada más. Después de tres derrotas considerables, una crisis económica no estimula al proletariado, sino que lo deprime. Se encuentra ya agotado sin ella, y las ejecuciones están destruyendo al Partido, políticamente debilitado. En China, hemos entrado en un período de reflujo: por lo tanto, hay que profundizar en los problemas teóricos, favorecer la autoeducación crítica del Partido, establecer y consolidar firmes puntos de apoyo en todos los terrenos del movimiento obrero, constituir células en las aldeas, dirigir y unificar los combates parciales, primero defensivos y después ofensivos, de los obreros y los campesinos pobres.

¿Por dónde comenzará el nuevo flujo de las masas? ¿Cuáles son las circunstancias que darán a la vanguardia proletaria, situada a la cabeza de varios millones de personas, el impulso revolucionario necesario? No se puede predecir. Es el futuro el que mostrará si bastarán los procesos internos por sí solos, o si será un choque que llegue desde fuera el que ayude a esto.

Existen razones suficientes para pensar que el desastre de la Revolución china, estrechamente condicionado por una dirección errónea, permitirá a

la burguesía china y extranjera salir triunfante, en cierta medida, de la espantosa crisis económica que asola actualmente al país; no es necesario decir que este resultado será conseguido a expensas de los obreros y los campesinos. Esta fase de "estabilización" agrupará de nuevo a los obreros, les dará cohesión, les devolverá la confianza de clase en sí mismos y los opondrá más brutalmente al enemigo; pero este movimiento se situará en una etapa histórica más elevada. Sólo cuando se levante una nueva oleada ofensiva del movimiento proletario se podrá pensar seriamente la perspectiva de una revolución agraria.

No está excluido que, en el primer período, esta tercera revolución reproduzca, en forma muy abreviada y modificada, las etapas ya atravesadas, presentando, por ejemplo, algunas nuevas parodias de "frente nacional unificado". Pero difícilmente dará este primer período tiempo al Partido Comunista de proclamar ante las masas populares sus "Tesis de abril", es decir, su programa y su táctica para tomar el poder. Ahora bien, ¿qué dice el proyecto de programa a este respecto?

> "La transición que lleva aquí [en China] a la dictadura del proletariado no es posible más que a través de toda una serie de grados preparatorios [¿?], después de todo un período de transformación durante el crecimiento [¿?] de la revolución democrática en revolución socialista".

Con otras palabras, todos los "grados" pasados no cuentan, el proyecto de programa ve por delante lo que ya ha quedado atrás. Esta es una manera conformista de abordar la cuestión. Es abrir en toda su amplitud la puerta a nuevas experiencias del tipo de la del Kuomintang. De esta forma, escondiendo los viejos errores, se prepara inevitablemente el camino a nuevos errores.

Si abordamos el nuevo impulso revolucionario cuyo ritmo, con seguridad, será incomparablemente más rápido que el de los precedentes, conservando el esquema caduco de la "dictadura democrática", podemos estar seguros de que la tercera revolución irá a la ruina igual que la segunda.

4. El aventurerismo como consecuencia del oportunismo

El segundo párrafo de la misma resolución del Pleno de febrero del CE de la IC dice así:

> "La primera oleada del amplio movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos, cuyo curso, en lo esencial, seguía las consignas y en gran parte la dirección del Partido Comunista, ha recaído. Ha terminado, en toda una serie de centros del movimiento revolucionario, con las derrotas más crueles de los obreros y los campesinos, con la destrucción material de los comunistas y, en general, de los cuadros revolucionarios del movimiento obrero y campesino".

En el ascenso, el CE de la IC decía que todo el movimiento marchaba bajo la bandera azul y bajo la dirección del Kuomintang, que sustituía incluso a los soviets. Es por esto que el Partido Comunista se subordinó al Kuomintang. Pero también es precisamente por esta razón que el movimiento revolucionario ha terminado en "las derrotas más crueles". Ahora, habiendo sido reconocidas las derrotas, se intenta borrar completamente al Kuomintang, hacer como si no hubiera existido, como si el CE de la IC no hubiera proclamado que la bandera azul era también su bandera.

Antes se nos decía que no había habido una sola derrota, ni en Shangai ni en Ou Chang; que se trataba de etapas de la revolución, que pasaba a "un estadio más elevado". Esto es lo que nos enseñaban. Ahora se proclama brutalmente que la suma de todas esas etapas se constituye en "las derrotas más crueles". De todos modos, para camuflar en cierta medida este error inaudito de previsión y de valoración, el párrafo con que concluye la resolución declara:

> "El CE de la IC prescribe como un deber para todas las secciones de la IC luchar contra la calumnia de la socialdemocracia y los trotskistas, que afirman que la revolución china está liquidada [¿?]...".

En el primer párrafo de la resolución se nos decía que el "trotskismo" consistía en creer que la Revolución china es permanente, es decir, que se transforma en el curso de su crecimiento, al pasar precisamente ahora de la fase burguesa a la socialista. Leyendo el último párrafo, nos enteramos que, según la concepción de los "trotskistas", "la revolución china está liquidada". ¿Cómo puede una revolución liquidada ser permanente? Esto es puro Bujarin. Hay que ser totalmente irresponsable e irreflexivo para permitirse presentar contradicciones semejantes, que minan en su raíz todo pensamiento revolucionario.

Si por "liquidación" de la revolución se entiende el hecho de que la ofensiva de los obreros y los campesinos ha sido rechazada y ahogada en sangre, que las masas están en un retroceso y un reflujo, que antes de que haya un nuevo ascenso, además de otras circunstancias, deben todavía producirse dentro de las mismas masas procesos moleculares que necesitan una cierta duración imposible de determinar por adelantado; si es esto lo que se entiende por liquidación, entonces no se distingue en nada de las "derrotas más crueles" que el CE de la IC ha debido reconocer finalmente.

¿O quizá debemos entender la palabra "liquidación" literalmente, como el aplastamiento definitivo de la Revolución china, la imposibilidad de su renacimiento en una nueva etapa? Se podría hablar de una perspectiva parecida con seriedad, es decir, no para crear confusión, solamente en dos casos: si China estuviese condenada al desmembramiento y la desaparición completa (pero nada autoriza semejante hipótesis), o bien si la burguesía china se mostrase capaz de resolver los problemas fundamentales de su nación por sus propios medios no revolucionarios. ¿No es esta última variante la que

intentan atribuirnos, ahora, los teóricos del "bloque de las cuatro clases", que han hecho arrodillarse al Partido Comunista bajo el yugo de la burguesía?

La historia se repite. Los ciegos que, durante un año y medio, no comprendieron las proporciones de la derrota de 1923, nos acusaron, a propósito de la Revolución alemana, de ser unos "liquidadores". Pero no han aprovechado esta lección que costó tan cara a la Internacional. En la actualidad retoman sus viejas fórmulas, aplicándolas no a Alemania, sino a China. Es cierto que experimentan con más urgencia que hace cuatro años la necesidad de encontrar "liquidadores". Efectivamente, ahora está claro que si hubo alguien que "liquidó" a la segunda Revolución china fueron precisamente los autores de la alianza con el Kuomintang.

La fuerza del marxismo reside en su capacidad de previsión. En este punto, la Oposición puede subrayar la completa confirmación de sus previsiones por la experiencia: primero con respecto al Kuomintang en su conjunto, después con respecto al Kuomintang "de izquierda" y el Gobierno de Ou Chang, y, en fin, el "anticipo" de la tercera revolución, el golpe de Estado de Cantón. ¿Puede haber una confirmación mejor de la justeza de nuestras opiniones en el plano teórico?

La misma línea oportunista que, a través de una política de capitulación ante la burguesía provocó ya, en las dos primeras etapas, las derrotas más crueles para la revolución, "se transformó, pero para agravarse" durante la tercera etapa, hasta convertirse en una política de incursiones aventureras contra la burguesía, desembocando así en la derrota.

Si la dirección no se hubiese apresurado tanto ayer en olvidar las derrotas que ella misma había provocado, habría comenzado por explicar al Partido Comunista chino que no se consigue la victoria en un abrir y cerrar de ojos, que en el camino que conduce hacia la insurrección hay todavía un período de luchas intensas, incansables, furiosas por la conquista política de los obreros y los campesinos.

El 27 de septiembre de 1927, decíamos al Presídium del CE de la IC:

> "Los diarios de hoy anuncian que el ejército revolucionario ha tomado Swatow. Hace ya varias semanas que avanzan los ejércitos de Ho-lun y Ye-tin. *Pravda* los califica de revolucionarios... Pero yo les pregunto: ¿cuáles son las perspectivas que se abren para la revolución china como consecuencia del avance del ejército revolucionario y de la toma de Swatow? ¿Cuáles son las consignas del movimiento? ¿Cuál es el programa? ¿Cuáles deben ser las formas de organización? ¿Dónde se oculta la consigna de los soviets chinos lanzada repentinamente (por un día) por *Pravda* en julio?".

Sin la oposición previa del Partido Comunista al Kuomintang en su conjunto, sin una agitación llevada a cabo por el Partido entre las masas a favor de los soviets y el poder de estos, sin una movilización de las masas tras las consignas de la revolución agraria y la liberación nacional, sin la creación, la

extensión y el fortalecimiento de los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, la insurrección de Ho-lun y de Ye-tin (incluso dejando de lado su política oportunista) sólo podía ser una aventura revolucionaria, majnovismo seudocomunista[69]; no podía más que estrellarse contra su propio aislamiento. Y se estrelló.

El golpe de Cantón fue una réplica más grave, a mayor escala, de la aventura de Ho-lun y de Ye-tin, y sus consecuencias fueron infinitamente más trágicas.

La resolución de febrero del CE de la IC combate el espíritu *putschista* del Partido Comunista chino, es decir, la tendencia a organizar combates armados. De todos modos, no dice que estas tendencias son una reacción a toda la política oportunista de 1925-27, y la consecuencia inevitable de la orden estrictamente militar, dada desde arriba, de "cambiar de ritmo", sin que hayan habido una valoración sobre todo lo que se ha hecho, sin que se haya revisado abiertamente las bases de la táctica y se haya propuesto una visión clara del futuro. La campaña de Ho-lun y el golpe de Estado de Cantón fueron explosiones de *putschismo* (y en esas condiciones no podía ser de otro modo).

No se puede elaborar un verdadero antídoto para el *putschismo*, ni tampoco para el oportunismo, más que si se comprende bien la siguiente verdad: la dirección de la insurrección de los obreros y campesinos pobres, la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado recaen, de ahora en adelante, con todo su peso, sobre el Partido Comunista chino. Si este se impregna completamente de esta verdad, estará tan poco inclinado a improvisar incursiones militares contra las ciudades, o insurrecciones que en realidad son trampas, como a correr servilmente tras la bandera del enemigo.

La resolución del CE de la IC se condena a sí misma a la esterilidad, aunque no sea más que porque diserta de una forma totalmente arbitraria sobre el carácter inaceptable del salto por encima de las etapas, sobre la

---

69 En referencia a Néstor Ivánovich Majno (1889-1934), dirigente anarquista de las guerrillas de la zona de Ucrania durante la Guerra Civil (1918-1921) que siguió a la Revolución rusa. Tras la derrota de Denikin, general zarista de las tropas "blancas", en 1920, continuaron los enfrentamientos con Wrangel, otro contrarrevolucionario. Allí combatieron las tropas del Ejército Rojo junto a los grupos del movimiento "anarcoinsurreccional" de Majno (quien en un primer momento apoyó a Denikin, para luego combatirlo desde la retaguardia). Luego, la tensión entre el Ejército Rojo y los majnovitas –donde había kulaks y "elementos bandidos"– fue en aumento, hasta que el "antiestatismo" anarquista, que no distingue entre un Estado burgués y otro soviético, obrero y campesino, llevó a la sublevación contra el poder soviético, con la convocatoria a un congreso de unidades militares y de campesinos. Las autoridades centrales, ante esta amenaza, prohibieron el congreso y enviaron unidades militares para poner orden en la zona de los majnovitas. Finalmente, Majno escapó de Rusia en agosto de 1921. Respecto a la relación (tanto política como técnico-militar) entre ejército regular y guerrillas, así como la crítica al movimiento majnovita –donde había un régimen de coerción y compulsión–, ver *Cómo se armó la revolución. Escritos militares de León Trotsky (selección)*, Bs. As., CEIP, 2006, especialmente los artículos "Guerrilla y ejército regular", "¿Cuál es el significado del paso de Majno al lado del poder soviético?", y "¿Cómo está organizada la tropa de Majno?" [NdE].

nocividad del *putschismo* y porque guarda totalmente silencio sobre las profundas causas sociales del golpe Estado en Cantón y del efímero régimen soviético al que dio nacimiento. Nosotros, opositores, estimamos que el golpe de Estado fue una aventura con la que la dirección intentó salvar su "prestigio". Pero para nosotros está claro que incluso una aventura se desarrolla según las leyes que determinan la estructura del medio social. Esta es la razón por la que buscamos descubrir, en la insurrección de Cantón, los rasgos de la futura etapa de la revolución china. Estos rasgos coinciden plenamente con el análisis teórico que habíamos establecido antes de esta insurrección. Pero el CE de la IC, que considera que la sublevación de Cantón fue un episodio correcto y normal del desarrollo de la lucha, tiene también el deber de caracterizar claramente su naturaleza de clase. Sin embargo, la resolución del CE de la IC no dice una sola palabra sobre ello, aunque el Pleno se haya celebrado inmediatamente después de los acontecimientos de Cantón. ¿No es ésta la prueba más convincente de que la dirección actual de la IC, empeñándose en seguir una línea de conducta errónea, deba limitarse a hablar de los supuestos errores cometidos en 1925 o a lo largo de otros años, pero no se atreva a abordar la insurrección de Cantón de 1927, cuyo significado derriba totalmente el esquema de la revolución en Oriente tal como lo había establecido el proyecto de programa?

5. Los soviets y la revolución

La resolución de febrero del CE de la IC hace responsables al camarada N...[70] y a otros del hecho de "que no haya habido de ninguna manera un soviet *elegido* en Cantón" como el órgano de la insurrección (subrayado en el texto de la resolución). Esta acusación encubre en realidad una confesión asombrosa.

El informe de *Pravda* N.º 31, establecido sobre la base de una documentación directa, anunciaba que el poder de los soviets había sido instaurado en Cantón. Pero no contenía ni una sola palabra que indicase que el Soviet de Cantón no había sido elegido, es decir, que no era un soviet (porque, ¿cómo podría no ser elegido un soviet?). Nos hemos enterado de esto gracias a una resolución. Meditemos un poco sobre su significado. El CE de la IC enseña en la actualidad que es necesario un soviet para hacer la insurrección y que no hay ninguna necesidad de él antes de eso. ¡Pero he aquí que la insurrección es decidida por un soviet que no existe! La elección de un soviet no es algo sencillo de obtener: hace falta que las masas sepan por experiencia lo que es un soviet, que comprendan esta institución, que su pasado las haya acostumbrado a elegir una organización soviética. Esto ni siquiera se planteó

70 Esta letra inicial designaba a Heinz Neumann [NdEF].

en China, porque la consigna de los soviets fue calificada de "trotskista" precisamente en el curso del período en el que hubiera debido convertirse en el eje de todo el movimiento. Pero cuando, con toda precipitación, se decidió la insurrección para superar las derrotas, fue necesario también ordenar la formación de un soviet. Si no se ponen totalmente al desnudo las raíces de este error, se puede transformar incluso la consigna de los soviets en un nudo corredizo para estrangular la revolución.

Lenin ya había explicado a los mencheviques que la tarea histórica fundamental de los soviets es la de organizar o ayudar a organizar la conquista del poder; e inmediatamente después de la victoria deben convertirse en el aparato de ese poder. Los epígonos (y no los discípulos) han sacado la conclusión de que no se pueden organizar los soviets hasta que llegue la hora de la insurrección. Transforman posteriormente la generalización leninista, en una breve y pequeña receta que, lejos de servir a la revolución, la pone en peligro.

Antes de la toma del poder en octubre de 1917 por los soviets bolcheviques hubo durante nueve meses unos soviets socialistas-revolucionarios y mencheviques. Los primeros soviets revolucionarios habían existido doce años antes en San Petersburgo, Moscú y docenas de otras ciudades. Antes de que el soviet de 1905 se extendiese a las fábricas y talleres de la capital se había creado en Moscú, durante la huelga, un soviet de diputados de los trabajadores de las imprentas. Varios meses antes, en mayo de 1905, la huelga de Ivanovo-Vozniesensk había hecho surgir un órgano dirigente, que tenía ya los rasgos esenciales de un soviet de diputados obreros. Transcurrieron más de doce años entre el primer ensayo de creación de un soviet de diputados obreros y la gigantesca experiencia que fue el establecimiento del poder de los soviets. Evidentemente, este lapso no se aplica de ninguna manera obligatoriamente a los demás países, entre ellos China. Pero imaginar que los obreros chinos serán capaces de levantar soviets con la ayuda de una pequeña y breve receta con la que se sustituye la generalización leninista es reemplazar la dialéctica de la acción revolucionaria por una ordenanza impotente y tediosamente pedante. No es en la víspera de la insurrección cuando se lanza la consigna de la conquista inmediata del poder, cuando hay que establecer los soviets; efectivamente, si se llega al estadio de la conquista del poder, si las masas están preparadas para la insurrección sin que existan soviets, esto significa que otras formas y otros métodos de organización han permitido efectuar la tarea de preparación que asegurará el éxito de la insurrección; la cuestión de los soviets ya no tiene entonces más que una importancia secundaria, se reduce a un problema de técnica organizativa, o incluso a una cuestión de vocabulario. La tarea de los soviets no consiste simplemente en exhortar a las masas a la insurrección o en desatarla, sino fundamentalmente en conducir a las masas a la sublevación pasando por las etapas necesarias. Al principio, el soviet no gana a las masas mediante la consigna de la insurrección, sino por medio de otras consignas parciales; sólo a continuación, paso a paso, va llevando a las

masas hacia esta consigna, sin dispersarlas por el camino e impidiendo que la vanguardia se separe del conjunto de la clase. Lo más frecuente es que el soviet se constituya principalmente sobre la base de una lucha huelguística, que tiene ante sí una perspectiva de desarrollo revolucionario, pero que se limita por el momento considerado a reivindicaciones económicas. En la acción, las masas deben sentir y comprender que el soviet es su organización, de ellas, que reagrupa sus fuerzas para la lucha, para la resistencia, para la autodefensa y para la ofensiva. No es en la acción de un día ni, en general, en una acción llevada a cabo de una sola vez como pueden sentir y comprender esto, sino a través de experiencias que adquieren durante semanas, meses, incluso años, con o sin discontinuidad. Esta es la razón por la que sólo una dirección de epígonos y burócratas puede contener a una masa que se despierta y se dispone a crear soviets, cuando el país atraviesa una época de sacudidas revolucionarias, cuando la clase obrera y los campesinos pobres del campo ven abrirse ante ellos la perspectiva de la conquista del poder, aunque no sea sino en una de las etapas posteriores, e incluso si en la etapa considerada esta perspectiva sólo aparece ante una minoría restringida. Esa es la concepción que siempre hemos tenido de los soviets. Hemos visto en ellos una forma de organización amplia y flexible, accesible desde los primeros pasos de su ascenso revolucionario a las masas que no hacen más que despertarse, y capaz de unir a la clase obrera en su conjunto, sea cual fuera el número que haya alcanzado un nivel de desarrollo suficiente para comprender los problemas de la conquista del poder.

¿Es necesario todavía citar a este respecto los testimonios escritos? Por ejemplo, esto es lo que escribía Lenin respecto a los soviets en la época de la primera Revolución:

> "El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso [POSDR, denominación del partido en aquella época][71] no ha renunciado jamás a utilizar en un ascenso revolucionario más o menos fuerte ciertas organizaciones de obreros sin partido, del tipo de los soviets de diputados obreros, con el fin de aumentar la influencia de los socialdemócratas sobre la clase obrera y de consolidar el movimiento obrero socialdemócrata".

Los testimonios literarios e históricos de este tipo que podríamos citar son innumerables. Pero la cuestión, parece, está suficientemente clara sin ellos.

Tomando la contracara de esta opinión, los epígonos han transformado los soviets en una especie de uniforme de gala con el que el partido viste simplemente al proletariado en la víspera de la conquista del poder. Pero entonces es cuando no se puede improvisar unos soviets en veinticuatro horas, por encargo, directamente con el objetivo de preparar la insurrección. Las

71 El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) fue formado en 1898 en Minsk para unir a las diversas organizaciones revolucionarias en un solo partido. El POSDR luego se dividió en las fracciones bolchevique y menchevique [NdE].

experiencias de este tipo revisten inevitablemente el carácter de una ficción destinada a ocultar, mediante una apariencia ritual del sistema soviético, la ausencia de las condiciones necesarias para la toma del poder. Esto es lo que se produjo en Cantón, donde el soviet fue simplemente ordenado para respetar el ritual. A esto lleva la manera en que los epígonos plantean la cuestión.

En la polémica que se ha levantado a propósito de los acontecimientos chinos se ha acusado a la Oposición de una contradicción, según parece, flagrante: mientras que a partir de 1926 la Oposición ha propuesto en sus intervenciones la consigna de los soviets en China, sus representantes se han pronunciado contra ella en Alemania, en el otoño de 1923. Quizá no se haya manifestado nunca la escolástica dentro del pensamiento político de una forma tan estridente como por medio de esta acusación. Efectivamente, exigimos que se abordase en China la creación de los soviets, considerados como la organización de los obreros y los campesinos que tenía un valor propio, en el momento del ascenso. La institución de los soviets debería haber tenido como función principal la de oponer a los obreros y los campesinos a la burguesía del Kuomintang y a su agencia, que constituía su izquierda. La consigna de los soviets en China significaba, en primer lugar, la necesidad de romper el vergonzoso "bloque de las cuatro clases" que llevaba al suicidio, y de hacer salir al Partido Comunista del Kuomintang. El centro de gravedad del problema no se encontraba, por lo tanto, en una forma abstracta de organización, sino en una línea de conducta de clase.

En Alemania, en cambio, en el otoño de 1923, sólo se trataba de una forma de organización. Como consecuencia de la pasividad extrema, del retraso, de la lentitud manifestadas por la dirección de la IC y del Partido Comunista alemán, se había dejado pasar el momento favorable para llamar a los obreros a la creación de soviets; gracias a la presión de la base, los comités de fábrica ocuparon por sí mismos dentro del movimiento obrero alemán, en el otoño de 1923, el lugar que habrían tenido los soviets, con un éxito seguramente mayor si el Partido Comunista hubiera llevado a la práctica una política correcta y audaz. En aquel momento, la situación era muy grave. Perder todavía más tiempo era dejar escapar definitivamente una situación revolucionaria. La insurrección fue finalmente concebida, y su desencadenamiento fue previsto en el más breve plazo. Proclamar en tales circunstancias la consigna de los soviets habría sido cometer la mayor necedad teórica que se puede concebir. El soviet no es por sí mismo un talismán dotado de poderes milagrosos. En la situación de entonces, unos soviets creados apresuradamente sólo habrían sido un duplicado de los comités de fábrica; habría sido necesario privar a estos de sus funciones revolucionarias para transmitirlas a unos soviets recién creados y que no gozaban todavía de ninguna autoridad; y eso, ¿en qué momento? Cuando cada día contaba, se habría sustituido la acción revolucionaria por el juego más nefasto, que consiste en distraerse, en el terreno organizativo, con frivolidades.

Es indiscutible que la forma de organización soviética puede tener una importancia enorme, pero solamente cuando expresa en el momento adecuado una correcta línea política. Sin embargo, puede adquirir un significado negativo de amplitud igualmente considerable cuando se transforma en una ficción, en un fetiche, en una cáscara vacía. Unos soviets alemanes creados en el último minuto, en el otoño de 1923, no habrían aportado ninguna novedad política; habrían introducido la confusión en el terreno organizativo. En Cantón fue todavía peor. El soviet creado apresuradamente, para ofrecer un sacrificio ritual, sólo servía para camuflar un *putsch* aventurero. Por eso, nos hemos enterado después de los hechos consumados de que el Soviet de Cantón se parecía a un antiguo dragón chino: estaba dibujado simplemente sobre el papel. La política de las marionetas y los dragones de papel no es la nuestra. Nos opusimos a que se improvisasen en Alemania, en 1923, unos soviets por telégrafo. Nosotros queríamos la creación de soviets en China en 1926. Nos habríamos opuesto a la creación de un soviet de carnaval en Cantón en diciembre de 1927. No existe allí contradicción, sino, por el contrario, una profunda unidad en la concepción de la dinámica del movimiento revolucionario y de sus formas de organización.

La cuestión del papel y del significado de los soviets, que fue desfigurada, embarullada y oscurecida por la teoría y la práctica aplicadas en el curso de los últimos años, no ha sido clarificada de ninguna manera en el proyecto de programa.

6. El problema del carácter de la futura revolución china

La consigna de la dictadura del proletariado, destinada a arrastrar tras de sí a los campesinos pobres, está indisolublemente ligada al problema del carácter socialista de la futura revolución, de la tercera revolución china. Sin embargo, como no es sólo la historia la que se repite y los errores que los hombres oponen a sus exigencias también se renuevan, ya escuchamos hacer la siguiente objeción: China no está madura para la revolución socialista. ¿Es que Rusia, considerada aisladamente, estaba madura para el socialismo? Según Lenin, no. Lo estaba para la dictadura del proletariado, el único método que permite resolver los problemas nacionales urgentes. No obstante, el destino de la dictadura en su conjunto está determinado, en última instancia, por la marcha de la evolución mundial, lo que no excluye, sino que, por el contrario, presupone una política correcta de la dictadura proletaria: consolidación y desarrollo de la alianza de los obreros y los campesinos, recurrir a todas las medidas que favorezcan la adaptación, por una parte, a las condiciones nacionales, y, por otra, al movimiento de la evolución mundial. Estas verdades valen también para China.

En el mismo artículo, "Sobre nuestra revolución" (16 de enero de 1923), en que Lenin establece que los rasgos originales de Rusia reproducen en su desarrollo las particularidades de la evolución de los países orientales, califica de "infinitamente banal" el argumento de la socialdemocracia europea según el cual "no hemos madurado lo suficiente para alcanzar al socialismo; no tenemos –siguiendo la expresión de todos los tipos de señores sabios que hay entre ellos–, los fundamentos económicos objetivos del socialismo". Pero si Lenin se burla de los señores "sabios" no es porque él mismo suponga la existencia de los fundamentos del socialismo en Rusia, sino porque su ausencia, si bien impide que se lo pueda construir con sus solas fuerzas, no implica que haya que renunciar al poder, como lo pensaban y continúan pensando todavía los pedantes y los filisteos. En este artículo, Lenin responde, por centésima o por milésima vez, a los sofismas de los héroes de la II Internacional: "Esta tesis indiscutible que afirma que Rusia no está madura para el socialismo no permite un juicio decisivo sobre nuestra revolución". Esto es lo que no quieren ni pueden comprender los autores del proyecto de programa. Por sí misma, la tesis de la falta de madurez económica y cultural, tanto de China como de Rusia (evidentemente mayor todavía en China que en Rusia) no puede ser discutida. Pero no se puede deducir de esto que el proletariado deba renunciar a la conquista del poder, cuando esta es dictada por todas las condiciones históricas y por una situación revolucionaria en el país.

La cuestión histórica concreta, política, se reduce a saber, no si China está económicamente madura para establecer su propio socialismo, sino más bien si, políticamente, está madura para la dictadura del proletariado. Estas dos cuestiones no son de ninguna manera idénticas. Lo serían si no existiese en el mundo una ley del desarrollo desigual. En el presente caso, esta ley, que se extiende enteramente a las relaciones mutuas entre la economía y la política, es perfectamente aplicable. ¿Está China, entonces, madura para la dictadura del proletariado? Sólo la experiencia de la lucha podrá decirlo de una forma indiscutible. Por esta misma razón, sólo la lucha puede decidir cuándo y en qué condiciones se efectuarán la unificación, la liberación y el renacimiento de China. Quien dice que China no está madura para la dictadura del proletariado afirma con ello que la tercera revolución china está pospuesta por muchos años.

Ciertamente, no quedarían muchas esperanzas si las supervivencias del feudalismo son realmente dominantes dentro de la economía china, como lo afirman los dirigentes del CE de la IC. Pero, afortunadamente, en general, las supervivencias no pueden dominar. Tampoco sobre este punto repara el proyecto de programa los errores cometidos, sino que, por el contrario, los acentúa a través de una escapatoria nebulosa. El proyecto habla del "predominio de las relaciones feudales medievales tanto en la economía del país como en su superestructura política". Es radicalmente falso. ¿Qué significa

"predominio"? ¿Se trata del número de personas afectadas? ¿O de un papel dominante y dirigente en la economía del país? Un crecimiento interno extremadamente rápido de la industria, basado en la importancia del capital comercial y bancario y en la conquista del país, la dependencia completa en la que se encuentran las regiones campesinas más importantes con relación al mercado, el papel enorme y en constante crecimiento del comercio exterior, la subordinación total del campo chino a las ciudades, todos estos hechos afirman el predominio total, la dominación directa de las relaciones capitalistas en China. Ciertamente, las relaciones feudales de servidumbre y semiservidumbre son muy importantes. Por un lado, provienen todavía de la época feudal; por otro, son formaciones nuevas, resurrecciones del pasado debidas al retraso que sufre el desarrollo de las fuerzas productivas, a la sobrepoblación agraria, a la acción del capitalismo comercial y usurero, etc. Pero lo que domina no son las relaciones "feudales" (o más exactamente la servidumbre y, en general, las relaciones precapitalistas), pero sí las relaciones capitalistas. Solamente el papel predominante de las relaciones capitalistas permite, por otra parte, considerar seriamente la perspectiva de la hegemonía del proletariado en la revolución nacional. De otra forma, los extremos no confluirían.

> "La fuerza del proletariado, no importa en qué país capitalista, es infinitamente mayor que la proporción del proletariado con respecto a la población total. Esto es así porque el proletariado domina económicamente el centro y los nervios de todo el sistema de la economía capitalista, y también porque en el terreno económico y político, el proletariado expresa bajo la dominación capitalista los intereses reales de la enorme mayoría de los trabajadores.
> Igualmente, el proletariado, aunque constituya una minoría dentro de la población (o cuando es la vanguardia del proletariado, consciente y verdaderamente revolucionaria, la que constituye esta minoría), es capaz de derrocar a la burguesía y de arrastrar inmediatamente a su lado numerosos aliados provenientes de la masa de los semiproletarios y de pequeñoburgueses, masa que no se pronunciará jamás de antemano por la dominación del proletariado, que no comprenderá las condiciones y las tareas de esta dominación, sino que se convencerá solamente por su experiencia posterior de la ineluctabilidad, de la justicia, de la legitimidad de la dictadura proletaria".

El papel del proletariado chino en la producción ya es considerable. En el curso de los próximos años no hará sino crecer. Como lo han mostrado los acontecimientos, su papel político hubiera podido ser grandioso. Pero toda la conducción de la dirección se orientó en el sentido de reducir a la nada la posibilidad que se le ofrecía al proletariado de asegurarse el papel dirigente.

El proyecto de programa dice que la construcción del socialismo sólo es posible en China "si es apoyada directamente por los países de dictadura proletaria". Así, nos encontramos aquí con respecto a China lo que el Partido

había admitido siempre con respecto a Rusia. Pero si no existen fuerzas suficientes en China para construir por sí mismas la sociedad socialista, entonces, según la teoría de Stalin-Bujarin, el proletariado chino no debería tomar el poder en ninguna etapa de la revolución. ¿O bien el hecho de que exista la URSS resuelve la cuestión de manera inversa? En tal caso nuestra técnica sería suficiente para construir la sociedad socialista, no solamente entre nosotros en la URSS, sino también en China, es decir, en dos grandes países muy atrasados económicamente y que comprenden seiscientos millones de habitantes. ¿O se puede admitir en China el carácter ineluctable de la dictadura del proletariado porque esta dictadura será introducida en el circuito de la revolución socialista mundial y se convertirá, no sólo en un eslabón de ésta, sino también en una de sus formas motrices? Pero es justamente así como planteaba Lenin el problema de la Revolución de Octubre, cuya "originalidad" consiste precisamente en un desarrollo análogo al de los países de Oriente. Vemos así cómo la teoría revisionista del socialismo en un solo país, creada en 1925 para combatir el "trotskismo", siembra desconcierto y confusión cada vez que se aborda un nuevo y gran problema revolucionario.

El proyecto de programa va todavía más lejos en este camino. Opone a China y a India, "la Rusia de antes de 1917", Polonia ("etc." [¿?]), considerados como países que disponen "de un cierto mínimo de industria para construir triunfalmente el socialismo", o bien (como se dice de forma más precisa, y más errónea, en otro contexto) como países que disponen de las "bases materiales necesarias y suficientes para construir el socialismo integral". Se trata aquí, como ya sabemos, de un verdadero juego de palabras con la expresión de Lenin: bases "necesarias y suficientes". Hay ahí una estafa inadmisible, ya que Lenin enumera con precisión las bases políticas y las condiciones de organización, incluidas las que proceden de la técnica, de la cultura y del rol internacional. Pero lo esencial continúa siendo el problema de saber cómo se puede determinar *a priori* el mínimo de industria suficiente para construir el socialismo completo cuando se trata de una lucha mundial entre dos sistemas económicos, entre dos regímenes sociales y que, por otro lado, nuestra base económica en esta lucha es infinitamente más débil.

Si sólo tenemos en cuenta la palanca económica está claro que la nuestra, la de la URSS, y con mayor razón la de China e India, es infinitamente menos poderosa que la del capitalismo mundial. Pero el problema en su totalidad se resolverá por medio de la lucha revolucionaria entre dos sistemas, lucha de envergadura mundial. En la lucha política, la palanca más potente está de nuestro lado o, más exactamente, puede y debe, si practicamos una política correcta, caer en nuestras manos.

Siempre en el mismo artículo, "Sobre nuestra revolución", después de las palabras "para crear el socialismo, es necesario cierto nivel cultural",

Lenin subraya: "aunque nadie pueda decir cuál es este nivel". ¿Por qué nadie puede decirlo? Porque esta cuestión se resuelve por una lucha, por una rivalidad de envergadura mundial entre dos sistemas sociales y dos culturas. Rompiendo completamente con este pensamiento de Lenin, que examina el fondo mismo del problema, el proyecto de programa afirma que la Rusia anterior a 1917 poseía precisamente este "mínimo de técnica" y, por consiguiente, también de cultura, necesario para construir el socialismo en un solo país. Los autores del proyecto intentan decir en el programa lo que *a priori* "nadie puede decir". Es imposible, es absurdo buscar el criterio del "mínimo" suficiente en una estadística nacional ("Rusia antes de 1917") cuando todo el problema se decide en la dinámica revolucionaria. Sobre este criterio erróneo y arbitrariamente aislado para una nación es donde descansa la base teórica del espíritu nacional, que manifiesta sus límites en política y se convierte después en una fuente de inevitables equivocaciones nacional-reformistas y socialpatriotas.

7. Sobre la idea reaccionaria de los "partidos obreros y campesinos bipartitos" para Oriente

Las lecciones de la segunda Revolución china son enseñanzas para toda la IC y, en primer lugar, para todos los países de Oriente.

Todos los argumentos adelantados para defender la línea menchevique en la Revolución china deberían tener (si se les tomase en serio) tres veces más fuerza cuando se los aplica a India. Allá abajo, en esa colonia clásica, el yugo del imperialismo tiene unas formas infinitamente más directas y concretas que en China. Las supervivencias de las relaciones feudales, es decir, de la servidumbre, son en India, por lo demás, mucho más profundas y más considerables. A pesar de ello (o, para hablar con más exactitud, precisamente por esta razón) los métodos aplicados en China, que han arruinado la revolución, tendrían en la India unas consecuencias todavía más funestas. Sólo un movimiento inmenso e incontenible de las masas populares (que, por la misma razón de su envergadura y su invencibilidad, de sus objetivos y sus lazos internacionales, no puede tolerar ninguna medida intermedia por parte de la dirección) podrá derrocar a los terratenientes indios, la burocracia anglo-india y al imperialismo británico.

La dirección de la IC ya ha cometido muchos errores en India, pero las circunstancias no han permitido aún la manifestación de estos errores en una escala tan grande como en China. Podemos entonces esperar que las enseñanzas de los acontecimientos chinos permitirán rectificar, a tiempo, la línea política de la dirección para la India y los demás países de Oriente.

Para nosotros la cuestión central, en todas partes y continuamente, es la del Partido Comunista, de su independencia completa, de su carácter de

clase intransigente. En este camino, el mayor peligro es el de la creación de supuestos partidos "obreros y campesinos" en los países orientales[72].

A partir de 1924, que pasará a la historia como el año en que fueron abiertamente revisadas numerosas tesis fundamentales de Marx y Lenin, Stalin adelantó la fórmula de los "partidos obreros y campesinos bipartitos para los países de Oriente". Esta fórmula se basaba en la existencia de ese mismo yugo nacional que servía en Oriente de camuflaje al oportunismo al igual que la "estabilización" en Occidente. Llegaban telegramas provenientes de la India, así como del Japón, país que no sufre opresión nacional, anunciando con frecuencia en el último período intervenciones de "partidos obreros y campesinos" provinciales. Se hablaba de ellos como de organizaciones próximas, amigas de la IC, casi como de organizaciones "pertenecientes a ella", sin, no obstante, dibujar concretamente su silueta política; en una palabra, como se hablaba y escribía, aún recientemente, con respecto al Kuomintang.

Ya en 1924, *Pravda* anunciaba:

> "Ciertos indicios muestran que el movimiento de liberación nacional en Corea se constituye progresivamente en el terreno organizativo y que adopta la forma de un partido obrero y campesino" (*Pravda*, 2 de marzo de 1924).

Mientras tanto, Stalin enseñaba a los comunistas de Oriente:

> "Los comunistas deben pasar de la política de frente único nacional a la de bloque revolucionario de los obreros y la pequeñoburguesía. En tales países, este bloque puede tomar la forma de un partido único, partido obrero y campesino, del tipo del Kuomintang".

Las pequeñas reservas que seguían con respecto a la autonomía de los partidos comunistas (sin duda semejantes a la "autonomía" del profeta Jonás en el vientre de la ballena) sólo servían de camuflaje. Estamos profundamente convencidos de que el VI Congreso debería decir que, en esta materia, el menor equívoco es funesto y debe ser rechazado. Hay allí una forma completamente nueva, completamente falsa, totalmente antimarxista de plantear el problema fundamental del partido, sus relaciones con la clase y con las clases.

Se defendía la necesidad para el Partido de entrar en el Kuomintang pretendiendo que este último, por su composición social, era el partido de los obreros y los campesinos, que las nueve décimas partes del Kuomintang (esta cifra fue repetida cientos de veces) pertenecían a la tendencia revolucionaria y estaban dispuestos a marchar codo a codo con el Partido Comunista. Sin embargo, en el momento de las sublevaciones de Shangai y Ou Chang, y después, estas nueve décimas de revolucionarios del Kuomintang

72 Stalin y sus sucesores abandonaron la fórmula del "partido obrero y campesino" en los años siguientes. Pero lo esencial de la política abierta por ese término, la colaboración con la burguesía nacional sobre un programa aceptable para esta, no desapareció [NdEF].

desaparecieron como si se hubiesen ido a pique. Nadie encontró sus huellas. Y los teóricos de la colaboración de clases en China, Stalin y Bujarin, no se molestaron siquiera en explicar ¿dónde se habían metido los nueve décimas de miembros del Kuomintang, los nueve décimos de obreros y campesinos, revolucionarios, simpatizantes completamente "cercanos"? Sin embargo, la respuesta que se dé a esta pregunta tiene una importancia decisiva si se quiere comprender el destino de todos estos partidos "bipartitos" predicados por Stalin, e incluso concebir más claramente la idea, que rechazamos por estar muy por detrás, no sólo del programa del Partido Comunista ruso (bolchevique) de 1919, sino incluso del *Manifiesto* del Partido Comunista de 1848.

La cuestión de saber qué ha pasado con esos famosos nueve décimos sólo se nos presentará de forma clara si comprendemos: 1) la imposibilidad de la existencia de un partido bipartito, es decir, de un partido de dos clases que expresan simultáneamente dos líneas históricas contradictorias, la del proletariado y la de la pequeñoburguesía; 2) la imposibilidad de fundar en la sociedad capitalista un partido campesino que tenga un rol independiente, es decir, que exprese los intereses del campesinado y que sea al mismo tiempo independiente del proletariado y de la burguesía.

El marxismo siempre enseñó, y el bolchevismo confirmó esta enseñanza, que el proletariado y el campesinado son dos clases diferentes, que es incorrecto identificar sus intereses, de la manera que sea, en la sociedad capitalista, que un campesino sólo puede adherirse a un partido comunista en la medida en que pase del punto de vista del propietario al del proletariado. La alianza de obreros y campesinos bajo la dictadura del proletariado no contradice esta tesis, sino que la confirma por otras vías y en una situación diferente. Si no hubiese clases diversas, teniendo intereses diversos, no sería un problema de alianza. Esta sólo es compatible con la revolución socialista en la medida en que se la introduzca en el férreo marco de la dictadura proletaria. No es posible, entre nosotros, conciliar la existencia de esta dictadura con la de una liga llamada campesina, precisamente porque toda organización campesina "que tuviera su valor propio", que pretendiese resolver problemas políticos concernientes a toda la nación, terminaría inevitablemente por convertirse en un instrumento en manos de la burguesía.

En los países capitalistas, las organizaciones que se llaman partidos campesinos constituyen, en realidad, una variedad de los partidos burgueses. Todo campesino que no adopte la postura del proletario abandonando el punto de vista del propietario será inevitablemente arrastrado, en las cuestiones fundamentales de la política, por la burguesía. Va de suyo que todo partido burgués que se apoye o quiera apoyarse en los campesinos –y, cuando sea posible, en los obreros– está obligado a camuflarse bajo una mezcolanza de colores. La famosa idea de los partidos obreros y campesinos parece estar especialmente concebida para permitir el camuflaje de los partidos burgueses obligados a buscar un apoyo entre los campesinos, pero deseosos también

de contar con obreros en sus filas. Desde este momento, el Kuomintang ha entrado para siempre en la historia como el ejemplo clásico de un partido de este tipo.

La sociedad burguesa, como se sabe, está constituida de tal forma que las masas no poseedoras, descontentas y engañadas se encuentran abajo, mientras que los tramposos satisfechos que las engañan están arriba. Todo partido burgués se construye siguiendo este principio si es verdaderamente un partido, es decir, si comprende una proporción bastante considerable de las masas. En la sociedad dividida en clases sólo hay una minoría de explotadores, estafadores y parásitos. Así como todo partido capitalista está obligado a reproducir y reflejar de una u otra forma, en sus relaciones internas, las relaciones que existen en la sociedad burguesa en general. Así como en todo partido burgués de masas la base es más democrática, está más "a la izquierda" que las altas esferas. Este es el caso del Centro alemán[73], los radicales franceses y aún más de la socialdemocracia. Por ello, los lloriqueos incesantes de Stalin, Bujarin, etc., quejándose de que la base "de izquierda" del Kuomintang, la "aplastante mayoría", "los nueve décimos", etc., no se reflejan en las esferas superiores, son ingenuos y no tienen ninguna excusa. Lo que se describe en estos lloriqueos bizarros, como un malentendido efímero y fastidioso, que hay que eliminar con medidas organizativas, instrucciones y circulares, es en realidad la característica esencial de un partido burgués, sobre todo en un período revolucionario.

Hay que examinar bajo esta luz el argumento fundamental de los autores del proyecto de programa, destinado a defender todos los bloques oportunistas en general, tanto en Inglaterra como en China. Según ellos, la fraternización con las altas esferas se practica en interés sólo de la base. Como se sabe, la Oposición exigía que el Partido saliese del Kuomintang:

> "Uno se pregunta por qué –dice Bujarin–. ¿Por qué, por arriba, los jefes del Kuomintang vacilan [¿?]? ¿Y la masa del Kuomintang no es más que ganado? ¿Desde cuándo se decide qué actitud tener hacia una organización de masas a partir de lo que pasa en sus 'esferas más elevadas'?" ("El momento actual en la revolución china").

Parece inverosímil que se pueda plantear semejante argumento dentro de un partido revolucionario. "¿Y la masa del Kuomintang, no es más que ganado?", pregunta Bujarin. Naturalmente, es ganado. En todo partido burgués, la masa es siempre ganado, en diversos grados. Pero, finalmente, para nosotros, ¿la masa no es ganado? Efectivamente, y es precisamente por eso por lo que nos está prohibido empujarla en los brazos de la burguesía, camuflando a esta bajo el nombre de partido obrero y campesino. Es justamente por esto por lo que nos está prohibido subordinar el partido del proletariado al de la

73 Zentrum: partido católico anterior a 1933 [NdEF].

burguesía y por lo que debemos, por el contrario, a cada paso, oponer uno al otro. Las altas esferas del Kuomintang de las que habla con ironía Bujarin, como de una cosa secundaria, superpuesta, efímera, son en realidad la esencia del Kuomintang. Desde luego, la burguesía en el partido sólo es una "cúspide", de la misma forma que en la sociedad. Pero estas cúspides son poderosas por su capital, conocimientos, relaciones, la posibilidad que tiene siempre de apoyarse en los imperialistas y, sobre todo, por su poder de hecho en el Estado y el ejército, cuyos cuadros más altos se confunden íntimamente con la dirección del mismo Kuomintang. Son precisamente estas "altas esferas" las que redactan las leyes antihuelga, las que sofocan los movimientos campesinos, las que ponen presos a los comunistas permitiéndoles, como mucho, no ser más que la tercera parte del partido y haciéndoles jurar que pondrán el sunyatsenismo pequeñoburgués por encima del marxismo. La base se aproximaba a estas altas esferas y le servía –como Moscú– de punto de apoyo "por izquierda", mientras que los generales, la burguesía "compradora" y los imperialistas las apoyaban por derecha. Considerar al Kuomintang, no como un partido burgués, sino como una arena neutra en la que se lucha para tener consigo a las masas, poner por adelantado, como un triunfo, las nueve décimas partes constituidas por la base de izquierda para ocultar la cuestión de saber quién es el dueño de la casa, significaba consolidar la fuerza y el poder de las "altas esferas"; ayudarlas a transformar a masas cada vez más numerosas en "ganado" y preparar en las condiciones más favorables para estas altas esferas el golpe de Estado de Shangai. Basándose en la idea reaccionaria del partido bipartito, Stalin y Bujarin se imaginaban que los comunistas y los "izquierdistas" obtendrían la mayoría dentro del Kuomintang y, por eso mismo, el poder en el país, ya que en China el poder está en manos del Kuomintang. En otras palabras, se imaginaban que por medio de simples reelecciones en el Congreso del Kuomintang el poder pasaría de manos de la burguesía a las del proletariado. ¿Se puede concebir una devoción más conmovedora, más idealista a la "democracia en el partido"... cuando se trata de un partido burgués? Ya que el ejército, la burocracia, la prensa, los capitales, están en manos de la burguesía. Es, precisamente, lo que le asegura también la dirección del partido en el poder. Las "altas esferas" de la burguesía sólo toleran (o no han tolerado) "nueve décimas" partes de izquierda (y de izquierda de este tipo) en la medida en que no atenten contra el ejército, la burocracia, la prensa o los capitales. Gracias a estos poderosos medios, la esfera burguesa superior mantiene su poder no sólo sobre los supuestos nueve décimas de los miembros de "izquierda" del partido, sino sobre las masas populares en su conjunto. Ahora bien, la teoría del bloque de las clases, que ve en el Kuomintang un partido obrero y campesino, da así su mejor ayuda a la burguesía. En cambio, cuando seguidamente la burguesía se enfrenta a las masas y las ametralla, no se oye ni siquiera balar, en esta colisión entre dos fuerzas reales, a los famosos nueve décimas. La lamentable ficción democrática desaparece sin dejar huellas, frente a la sangrienta realidad de la lucha de clases.

Este es el verdadero mecanismo político, el único posible de los "partidos bipartitos obreros y campesinos para Oriente". No existe ni existirá ningún otro.

Aunque en su exposición de los motivos de la teoría de los partidos bipartitos cita la opresión nacional, que anula supuestamente la teoría de Marx sobre las clases, ya conocemos abortos "obreros y campesinos" en Japón, el que no sufre opresión nacional. Pero esto no es todo, y el tema no concierne sólo a Oriente. La idea "bipartita" intenta convertirse en universal. En este terreno, la tentativa que más se pareció a una caricatura fue la que hizo el Partido Comunista norteamericano para apoyar la campaña presidencial del senador burgués "antitrust" La Follette, con el fin de llevar así a los *farmers* (granjeros) norteamericanos a la revolución social. Pepper, el teórico de la maniobra, uno de los que hicieron perecer la revolución húngara porque no había prestado atención al campesinado *magyar*, intentó en Norteamérica (sin duda para compensar) destruir al Partido Comunista norteamericano disolviéndolo entre los *farmers*. Según Pepper, la superplusvalía del capitalismo norteamericano transformaría al proletariado de Norteamérica en una aristocracia obrera mundial; en cambio, la crisis agraria arruinaría a los campesinos y los empujaría hacia el camino de la revolución socialista. El Partido, que contaba con algunos miles de miembros, y sobre todo emigrantes, debería, según la concepción de Pepper, "ensamblarse" con los campesinos por intermedio de un partido burgués, y después, tras haber formado un partido "bipartito", asegurar la revolución socialista frente a la pasividad o la neutralidad del proletariado corrompido por la superplusvalía. Esta idea delirante tuvo sus partidarios y semipartidarios en las esferas superiores de la IC. Durante varias semanas, la balanza osciló tanto hacia un lado como hacia otro, hasta que se hizo finalmente una concesión al ABC del marxismo (se decía, en secreto, que a los prejuicios del trotskismo). Fue necesario que el Partido Comunista norteamericano le soltara el lazo al partido de La Follette, que murió con su fundador.

Todo lo que el nuevo revisionismo inventa primero para Oriente es transportado inmediatamente a Occidente. Si Pepper intentó, al otro lado del océano, maltratar la historia con su partido bipartito, los últimos informes recibidos muestran que el ensayo llevado adelante con el Kuomintang ha encontrado imitadores en Italia, donde se intenta, según parece, imponer a nuestro partido la consigna monstruosa de una "asamblea republicana apoyada sobre los comités obreros y campesinos". En esta consigna, el espíritu de Chiang Kai-shek confraterniza con el de Hilferding. Realmente, ¿llegaremos hasta ese punto?

Para concluir, nos queda todavía por recordar que la idea de un partido "obrero y campesino" expulsa de la historia del bolchevismo toda la lucha contra los populistas, sin la cual no habría habido Partido Bolchevique. En el año 1900, Lenin escribía respecto a los socialistas revolucionarios:

"La idea fundamental de su programa no era de ninguna manera la de que fuese necesaria una alianza de fuerzas entre el proletariado y el campesinado, sino que no había un *abismo de clase* entre uno y otro, que no hacía falta trazar una línea de demarcación de clase entre ellos, que la concepción socialdemócrata del carácter pequeñoburgués del campesinado, que le distinguía del proletariado, era radicalmente falsa".

En otras palabras, el partido bipartito obrero y campesino es la idea central del populismo ruso. El partido de la vanguardia proletaria pudo crecer en la Rusia campesina únicamente luchando contra ella.

Con una tenacidad incansable, Lenin repetía en la época de la Revolución de 1905:

"Desconfiar del campesinado, *organizarse independientemente de él*, estar dispuesto a luchar contra él si interviene de una forma reaccionaria o antiproletaria" (subrayado por nosotros. NdLT).

En 1906, Lenin escribe:

"Un último consejo: proletarios y semiproletarios de las ciudades y el campo, organícense separadamente. No confíen en ningún pequeño propietario, incluso pequeño, incluso 'trabajador'... Nosotros apoyamos completamente al movimiento campesino, pero debemos recordar que es el movimiento de otra clase, no el de aquella que puede llevar y llevará a cabo la transformación socialista".

Este pensamiento vuelve a aparecer en centenares de pequeños y grandes trabajos de Lenin. En 1908 explica:

"No se puede concebir en ningún caso la alianza del proletariado y el campesinado como la *fusión de clases diversas o como la de los partidos* del proletariado y el campesinado. No solamente una fusión, sino incluso un *acuerdo duradero* sería funesto para el partido socialista de la clase obrera y *debilitaría* la lucha democrática revolucionaria" (subrayado por nosotros. NdLT).

¿Se puede condenar de una forma más mordaz, más despiadada, más mortal, a la idea misma del partido obrero y campesino?

En cuanto a Stalin, él enseña:

"El bloque revolucionario, antiimperialista puede tomar, pero no debe siempre [¡!], obligatoriamente [¡!], tomar la forma de un partido obrero y campesino único, ligado al punto de vista de su forma [¿?] a través de una plataforma única" (Stalin, "Cuestiones del leninismo", 1928, p. 265).

Lenin enseñaba que la alianza de los obreros y los campesinos no debía, en ningún momento y en ningún caso, conducir a la unificación de los partidos. Stalin sólo le hace a Lenin una concesión: aunque según él el bloque de las clases debe tomar "la forma de un partido único, de un partido obrero y

campesino, del tipo del Kuomintang", la fórmula no es siempre obligatoria. Gracias al menos por la restricción.

Es con la misma intransigencia que Lenin plantea la cuestión en la época de la Revolución de Octubre. Generalizando la experiencia de las tres revoluciones rusas, Lenin, a partir de 1918, no deja escapar ninguna ocasión para repetir que, en una sociedad en la que predominan las relaciones capitalistas, hay dos fuerzas que deciden: la burguesía y el proletariado:

> "Si el campesino no sigue a los obreros, va detrás de la burguesía. No hay y no puede haber término medio".

No obstante, un "partido obrero y campesino" representa precisamente un intento de compromiso.

Si la vanguardia del proletariado ruso no se hubiera opuesto al campesinado, si no hubiese llevado adelante una lucha despiadada contra la confusión pequeñoburguesa y obstructiva de este campesinado, se habría disuelto ella misma inevitablemente entre los elementos pequeñoburgueses, por intermedio del partido socialrevolucionario o de cualquier otro "partido bipartito" que, a su vez, la habría sometido inevitablemente a la dirección de la burguesía. Para llegar a la alianza revolucionaria con el campesinado (y esto no se hace sin dolor), la vanguardia proletaria, y con ella la clase obrera en su conjunto, deben liberarse de las masas populares pequeñoburguesas; esto sólo se logra educando al partido proletario en un espíritu muy enérgico de intransigencia de clase.

Cuanto más joven es el proletariado, cuanto más recientes e íntimos son sus "lazos" de parentesco con el campesinado, cuanto mayor es la proporción de la población que constituye este último, más importancia cobra la lucha contra toda alquimia política "bipartita". En Occidente, la idea de un partido obrero y campesino es sencillamente ridícula. En Oriente, funesta. En China, India y Japón es el enemigo mortal, no sólo de la hegemonía del proletariado en la revolución, sino también de la autonomía más elemental de la vanguardia proletaria. El partido obrero y campesino no puede ser más que una base, una cortina de humo, un trampolín para la burguesía.

Fatalmente, en esta cuestión esencial para todo el Oriente, el revisionismo actual sólo repite los errores del viejo oportunismo socialdemócrata de antes de la revolución. La mayoría de los dirigentes de la socialdemocracia europea creían que nuestra lucha contra los socialistas revolucionarios era un error; recomendaban con insistencia la fusión de los dos partidos, pensando que para el "Oriente" ruso, el partido obrero y campesino vendría justo a medida. Si hubiésemos escuchado estos consejos jamás habríamos realizado ni la alianza de los obreros y los campesinos ni la dictadura del proletariado. El partido obrero y campesino "bipartito" de los socialistas revolucionarios se convirtió entre nosotros, y no podía ser de otra forma, en una agencia de la burguesía imperialista; en otras palabras, intentó en vano ejercer el papel

histórico que el Kuomintang cumplió con éxito de una forma diferente, con "originalidad", y gracias a los revisionistas del bolchevismo. Sin una condena despiadada de la idea misma de los "partidos obreros y campesinos en Oriente", la IC no tiene ni podrá tener un programa.

8. Hay que verificar qué ha proporcionado la Internacional Campesina

Una de las principales, si no la más importante, acusación lanzada contra la Oposición fue la de haber "subestimado" al campesinado. También sobre este punto la vida aportó su confirmación, tanto en el plano interno como a escala internacional. Resulta que los dirigentes oficiales cometieron el error de subestimar en toda la línea el rol y la importancia del proletariado con relación al campesinado. Se pueden registrar los errores más graves en los terrenos económico, político e internacional.

En la base de todos los errores cometidos dentro del país en 1923 se encuentra la subestimación de la importancia de la industria, dirigida por el proletariado, con relación al conjunto de la economía nacional y a la alianza con el campesinado. En China, la revolución se ha perdido debido a la incomprensión del papel animador y decisivo del proletariado en la revolución agraria.

Desde este mismo punto de vista hay que verificar y juzgar toda la actividad de la Internacional Campesina que, desde el comienzo, sólo era una experiencia que exigía la mayor circunspección, la severidad en la elección de los medios y su conformidad a los principios. No es difícil comprender por qué.

Debido a su historia y sus condiciones de vida, el campesinado es la menos internacional de todas las clases. Lo que se denomina la originalidad nacional tiene su fuente principal precisamente en el campesinado. Sólo se le puede conducir por la vía internacional –y únicamente, por otra parte, a sus masas semiproletarias– bajo la dirección del proletariado. Sólo en la medida que, en un país, el campesinado sea arrancado, gracias al proletariado, de la influencia de la burguesía –aprendiendo a ver en el proletariado no sólo a un aliado sino un guía– se le puede guiar por el camino de la política internacional. Los esfuerzos para agrupar al campesinado de los diversos países por sus propias fuerzas en una organización internacional, por encima de la cabeza del proletariado y por fuera de los partidos comunistas, están destinados de antemano al fracaso; en última instancia, sólo pueden perjudicar la lucha del proletariado, que busca extender su influencia entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

En el curso de las revoluciones burguesas, así como durante las contrarrevoluciones, a partir de las guerras campesinas del siglo XVI e incluso antes, el campesinado, representado por sus diversas capas, jugó un papel considerable, a veces decisivo. Pero este papel nunca ha tenido un valor

propio. Directa o indirectamente, el campesinado sostuvo siempre a una fuerza política contra otra. Nunca fue una fuerza con valor intrínseco, capaz de resolver problemas políticos de orden nacional. La distinción entre los diversos componentes de la sociedad capitalista aumentó considerablemente en la época del capital financiero si se la compara con las fases precedentes de la evolución capitalista. Esto significa que, comparativamente, el peso del campesinado ha disminuido en vez de aumentar. En todo caso, en el período imperialista, el campesinado es todavía menos apto para seguir una línea política que tenga su valor específico (incluso en el terreno nacional, por no hablar del internacional) que en la época del capitalismo industrial. En la actualidad, en los Estados Unidos, los campesinos son infinitamente menos capaces de ejercer un papel político autónomo que hace cuarenta o cincuenta años, cuando no pudieron ni supieron, como lo testifica la experiencia del movimiento populista, crear un partido nacional respetable.

La agrarización efímera pero importante de Europa, debido al declive económico como consecuencia de la guerra, alimentó por un momento entre algunos las ilusiones sobre el papel que podrían jugar los partidos "campesinos", es decir, burgueses y seudocampesinos, que se oponían demagógicamente a los partidos de la burguesía. Si aún se podía, durante la efervescencia campesina que siguió a la guerra, arriesgarse a la creación de la Internacional Campesina para verificar experimentalmente las nuevas relaciones entre el proletariado y el campesinado, entre éste y la burguesía, ya sería el momento de establecer el balance de la experiencia de sus cinco años de existencia, de poner al desnudo los aspectos cruelmente negativos y de intentar determinar sus aspectos positivos.

En todo caso, hay una conclusión indiscutible: la experiencia de los partidos "campesinos" de Bulgaria, Polonia, Rumania, Yugoslavia (es decir, de todos los países atrasados), la vieja experiencia de nuestros socialistas revolucionarios y la, muy reciente, del Kuomintang (la sangre de las heridas aún no se ha secado), las experiencias episódicas de los países desarrollados (sobre todo la de La Follette-Pepper en los Estados Unidos), prueban de forma indudable este hecho: en la época del capitalismo decadente es todavía más superficial esperar ver surgir partidos campesinos que tengan su valor específico, que sean partidos revolucionarios, antiburgueses, que en la época del capitalismo ascendente.

> "La ciudad no puede ser igual que el campo. El campo no puede ser igual a la ciudad, en las condiciones históricas de nuestra época. Inevitablemente, la ciudad arrastra tras de sí al campo. Inevitablemente, la ciudad conduce tras de sí al campo. Ineludiblemente, el campo sigue a la ciudad. La cuestión es, simplemente, saber cuál de las clases de la ciudad sabrá conducir tras de sí al campo".

El campesinado jugará aún un papel decisivo en las revoluciones de Oriente. Pero, una vez más, este papel no será dirigente, y tampoco tendrá un valor específico. Los campesinos pobres de Hupé, Kuantung o Bengala pueden ejercer un papel de envergadura nacional e incluso internacional; sin embargo, sólo será así a condición de que apoyen a los obreros de Shangai, Hankow, Cantón o Calcuta. Es la única salida que puede permitir al campesinado revolucionario desembocar en el camino internacional. Todo intento de ligar directamente al campesino de Hupé con el de Galicia o el de la Dobrudja, el *felah* (campesino) egipcio al *farmer* del *Far West* norteamericano, no tiene ninguna esperanza.

Pero está en la naturaleza de la política que todo lo que no sirve directamente a los intereses de una clase se convierta inevitablemente en un instrumento utilizado para otros fines, a menudo totalmente opuestos. ¿No hemos visto a un partido burgués, apoyándose en el campesinado (o aspirando a apoyarse en él), juzgar provechoso asegurarse un lugar en la Internacional Campesina, a falta de poder hacerlo en la IC, contra los golpes que le daba el Partido Comunista de su país (de la misma manera que Purcell, en el terreno sindical, se protegía por medio del Comité anglo-ruso)? Si La Follette no buscó inscribirse en la Internacional Campesina, eso se debe a la extrema debilidad del Partido Comunista norteamericano; además, su dirigente de entonces, Pepper, se abrazaba a pesar de ello a La Follette en un apretón absolutamente desinteresado que aquél no había reclamado. Ya Raditch, dirigente bancario del partido de los kulaks croatas, necesitaba, en el camino que le conducía a una cartera ministerial, dejar su carta de visita a la Internacional Campesina. El Kuomintang fue mucho más lejos: después de haber conservado su lugar en la Internacional Campesina y en la Liga Antiimperialista, golpeó también la puerta de la IC y recibió la bendición del Buró Político del Partido Comunista de la URSS, con la excepción de una sola voz[74].

Es particularmente un símbolo de la política de la dirección durante los últimos años que, mientras se fortalecían las tendencias a la liquidación de la Internacional Sindical Roja (el llamamiento mismo fue borrado de los estatutos sindicales), no se planteaba siquiera en la prensa oficial, si recordamos bien, la cuestión de saber en qué consistían exactamente las conquistas de la Internacional Campesina.

Es necesario que el VI Congreso controle seriamente la actividad de "la Internacional" Campesina a la luz del internacionalismo proletario. Sería el momento de establecer el balance marxista de la experiencia en curso. Hay que introducir este balance, bajo una forma u otra, en el programa: el proyecto actual no dice ni media palabra, ni de los "millones" de adherentes de la Internacional Campesina, ni tan siquiera de su existencia.

74 La de Trotsky [NdEF].

9. Conclusión

Hemos presentado una crítica de algunas de las tesis fundamentales del proyecto de programa; estamos muy lejos de haber extendido esta crítica a todas las tesis, ya que sólo disponíamos de dos semanas. Nos hemos visto en la obligación de limitarnos a los problemas más actuales, los más estrechamente ligados a la lucha revolucionaria y a los que se ha entregado el Partido en el último período.

Gracias a la experiencia de las supuestas "discusiones", sabemos por adelantado que frases arrancadas del contexto, incluso los *lapsus calami*[75], pueden convertirse en la fuente de nuevas teorías destinadas a desacreditar al "trotskismo". Todo un período está lleno de este tipo de histeria triunfante. Esperamos muy tranquilamente las mediocres vociferaciones teóricas que, una vez más, se podrán descargar sobre nosotros.

De todos modos, es probable que los autores del proyecto prefieran servirse para acusarnos, no de nuevos artículos críticos, sino de la extensión del viejo artículo 58. No es necesario decir que este argumento nos parece aún menos convincente.

El VI Congreso debe adoptar un programa. En toda esta obra nos hemos dedicado a demostrar que es absolutamente imposible tomar como base para este programa el proyecto elaborado por Bujarin y Stalin.

El momento actual es el de un giro en la vida del Partido Comunista de la URSS (bolchevique) y de toda la IC. Todos los pasos y las decisiones recientes del CC de nuestro partido y del Pleno de febrero del CE de la IC lo prueban. Estas medidas son absolutamente insuficientes, y las resoluciones son contradictorias (algunas de ellas, como la del Pleno de febrero del CE de la IC sobre la Revolución china, son radicalmente falsas). Sin embargo, a través de todas estas decisiones se esboza una tendencia al giro hacia la izquierda. No tenemos ninguna razón para sobrestimarla, tanto más cuanto tiene lugar en el mismo momento en que se aplasta al ala revolucionaria, protegiendo al ala derecha. Sin embargo, no hemos pensado ni por un solo instante en subestimarla, ya que es impuesta por el *impasse* al que condujo el curso anterior. Todo verdadero revolucionario hará lo que mejor pueda, en su puesto, con los medios de que disponga, para que el giro a la izquierda que se esboza se acentúe con la menor posibilidad de dificultades y choques para el Partido, hasta que se convierta en una orientación revolucionaria leninista. Pero, por el momento, todavía estamos lejos. Actualmente, la IC atraviesa un período de enfermedad, quizás el más difícil de su desarrollo, aquel en el que el viejo curso está todavía lejos de ser totalmente abandonado y donde el nuevo encierra elementos heterogéneos. El proyecto de

---

75 Voz latina que significa "error o tropiezo involuntario e inconsciente al escribir" [NdE].

programa refleja completa y absolutamente este estado de transición. Ahora bien, tales momentos, por su misma naturaleza, son poco favorables a la elaboración de documentos que deban determinar la actividad de nuestro Partido internacional por toda una serie de años. Por muy doloroso que sea, hay que esperar todavía, aunque se haya perdido ya tanto tiempo. Hay que dejar que las cosas se decanten, que pase la confusión, que se anulen las contradicciones y que se precise el nuevo giro.

El Congreso no se ha reunido durante cuatro años.

La IC ha vivido nueve años sin un programa codificado. En este momento sólo hay una forma de abordar la cuestión: decidir que el VII Congreso tenga lugar en un año, y terminar de una vez por todas con las tentativas de usurpación de los derechos de la IC, restablecer en todos los partidos y por tanto en la misma Internacional un régimen normal que haga posible una verdadera discusión del proyecto de programa y que permita oponer al proyecto ecléctico un proyecto distinto, marxista, leninista. Para la IC, para las asambleas y conferencias de sus partidos, para la prensa, no debe haber cuestiones prohibidas. Es necesario, durante este año, surcar profundamente el campo entero con el arado del marxismo. Sólo un trabajo así permitirá dotar al partido internacional del proletariado de un programa, es decir, de un gran faro que iluminará el pasado bajo una luz correcta y proyectará rayos brillantes muy lejos, hacia el futuro.

Alma Ata, julio de 1928

edicions IPS

PARTE IV

¿QUIÉN DIRIGE HOY LA INTERNACIONAL COMUNISTA

ediciones ips

ediciones
ips

PREFACIO A UNA EDICIÓN ALEMANA[1]

Ha transcurrido un año desde que este folleto, consagrado al carácter de la IC, fue redactado. Durante este período relativamente corto hubo cambios considerables en el aparato dirigente de la IC. Sin embargo, este trabajo no ha perdido vigencia. Hubo un agudo viraje a izquierda en la línea política. Las caras han cambiado. Pero el sistema permanece. Además, los aspectos más perniciosos del sistema ahora se han manifestado aún más claramente que hace un año.

Bujarin era formalmente el dirigente del VI congreso de la IC. En nombre del Buró político del PCUS se distribuyó una declaración a todos los delegados del congreso que afirma que no existían desacuerdos dentro del CC ruso. Al mismo tiempo, bajo la cobertura oficial del congreso, se realizaba otro congreso –un congreso servicial o lo que se llama un congreso de "pasillo"– en el que se acababa el trabajo de preparación para la caída de Bujarin y de toda el ala derecha en general. Incluso, cuando tuvo lugar el congreso, el aparato de la mayoría se había asegurado lo que necesitaba para esta operación. Esto no impidió a los órganos de la prensa destacar la tormenta de ovaciones recibida por Bujarin en cada uno de sus innumerables discursos. La hipocresía de la dirección burocrática admitía allí su más alta expresión. La lucha ideológica sólo sirve de acompañamiento musical a la pantomima organizativa. En el congreso se habla, pero en los pasillos se negocia. Bujarin fue eliminado poco después del mismo congreso en el que había anunciado que Stalin y él estaban totalmente de acuerdo. Después de la liquidación organizativa de Bujarin, han comenzado sus funerales "teóricos". Repentinamente se reveló que Bujarin, que había dirigido durante seis años la lucha teórica contra el trotskismo, en realidad, durante su vida sólo había cometido errores. En este momento incluso en Moscú, los jóvenes "profesores rojos" que no valen más que los profesores blancos, negros o amarillos, están por escribir sobre este tema centenares de artículos.

El nuevo golpe político en la IC provocó un reagrupamiento en la dirección de numerosos partidos comunistas y sobre todo en el aparato de la IC. Pepper, que sólo algunos días antes, cercenaba el destino de varios partidos, actualmente fue excluido de la IC como lo fue el norteamericano Lovestone y los dirigentes de ayer de Checoslovaquia, Suecia y otros países. ¿Quién emergió para reemplazarlos? Aquellos que eran zinovievistas

---

1 Este prefacio a una edición alemana, finalmente no fue publicado. Traducción especial del francés para esta edición de www.marxists.org [NdE].

cuando Zinoviev formaba parte de la corte, bujarinistas cuando Bujarin estaba en la misma situación y que se han vuelto molotovistas[2], a su debido momento.

Sí, la actual dirigencia de la IC no es otra que Molotov. Él hizo el discurso programático al X pleno del CE de la IC. Para los que conocen a Molotov, el solo hecho de este nombramiento (que no se puede calificar de otra manera más que de pesadilla) da una imagen completa de la actual dirección. Y los que no conocen a Molotov sólo tienen que leer su discurso.

Molotov es indiscutiblemente la encarnación más perfecta de la burocracia que se levanta sobre la oleada reaccionaria de 1924-29 y está plenamente convencido que todos los problemas pueden ser resueltos a través de medidas financieras y administrativas. Estos señores son no videntes frente a las cuestiones fundamentales del desarrollo mundial. Pero son los maestros de las maniobras de pasillo. Por medio de su ciega potencia administrativa, ya han decapitado a varios partidos y revoluciones.

Después del despido de Bujarin, en la IC no quedó nada, nadie que hubiera tenido que ver con la dirección de la Internacional en la época de su creación y sus cuatro primeros congresos. Lo mismo vale para todas las secciones de la IC sin excepción.

Hubo una renovación del 100% en la dirección.

La filosofía oficial de este reemplazo de los revolucionarios por funcionarios es que, ya que la Unión soviética entró en un período de construcción, se necesitan hombres prácticos, expertos en negocios –no aquellos que viven el sueño de la revolución "permanente" sino quienes se mantienen sólidamente en el terreno del socialismo nacional–. Es la típica ideología reaccionaria siguiendo un turbulento salto hacia adelante. En su espíritu estrecho, los autores de esta filosofía construccionista burocrática sin quererlo, e incluso sin darse cuenta, revelan su profundo desprecio por la IC.

De hecho, si se admite que en la URSS el pasaje de la lucha por el poder al trabajo práctico de construcción reclama un nuevo tipo de dirigentes, ¿como podría esto ser verdad para la IC cuando lo que está a la orden del día no es la construcción socialista sino, precisamente, la lucha por el poder? Peor aún, en todos los países sin excepción, la dirección fue seleccionada durante estos años sobre el modelo de Stalin e incluso de Molotov. Y este proceso de selección fue tan fructífero que los delegados al X pleno del CE de la IC no sólo que no destituyeron a Molotov con desprecio, después de su pretencioso discurso de ignorante sino que, por el contrario, lo recompensaron con aplausos que el periódico, por prudencia, no calificó de ovación.

Las características individuales no eliminan, seguramente, la cuestión de la orientación ideológica. Por el contrario, sólo a la luz de la orientación

2 Viavceslav M. Skriabin, llamado Molotov (1890-1986), antiguo bolchevique, era el alma maldita de Stalin y miembro del Buró político así como del Presídium de la Internacional [NdEF].

ideológica las características de los individuos toman pleno significado. El centrismo burocrático, para proteger su política de zigzags brutales de los conflictos internos y de la oposición, debe elegir sus cuadros entre los funcionarios más obedientes, más complacientes, más desprovistos de columna vertebral y de principios, o entre los cínicos administradores. Las personas que soportan con deferencia y dejadez todos los virajes de la dirección que se están realizando mientras que están al tanto o sin que se enteren, tales personas, hay que comprenderlo, son completamente incapaces de encontrar en sí mismos la capacidad de dirigir el asalto de las masas obreras contra la sociedad burguesa.

El problema de la dirección no es un problema independiente. Está estrechamente ligado a la política y al régimen. Sin embargo, es muy importante. El argumento según el cual la clase obrera debe administrar "sin dirigentes" tiene su origen en una idealización inconsciente del capitalismo, en la medida en que presupone que en una sociedad fundada sobre la esclavitud salarial la clase más oprimida de la población es capaz de elevarse a un nivel tal de independencia política que no necesita ser dirigida por sus elementos más perspicaces, experimentados, valientes y los más templados. Si la sociedad burguesa es capaz de asegura tal nivel de desarrollo político de las masas proletarias, no seríamos sus enemigos mortales. Por otro lado, si el proletariado en su conjunto era capaz de alcanzar bajo el capitalismo tal nivel de conciencia, podría llevar adelante la transformación de la sociedad a través de medios totalmente pacíficos.

La realidad está tan lejos de estos sueños desvelados como la tierra del cielo. La revolución es necesaria precisamente para arrancar a las masas populares del atraso y la ignorancia. Y para que la revolución sea victoriosa, las masas oprimidas deben ligar sus esperanzas y su lucha a un partido probado más de una vez en la acción y provisto de una dirección que, frente a sus ojos, se haya convertido en la personificación de su propia lucha. Ni el partido ni su dirección se improvisan para responder a las necesidades de la revolución. Personas como el cura Gapón o los abogados Khrustalev y Kerensky aparecen y desaparecen como la espuma de las olas. Una dirección revolucionaria real es formada a través de un largo proceso de selección y educación. Es un problema de una inmensa importancia. Sin la solución correcta, el proletariado no puede vencer.

Así, la cuestión del cuadro de dirección está indisolublemente ligada a la cuestión de la orientación política general de la IC y su capacidad de apreciar las circunstancias de prever lo que aportará mañana, de sacar de cada situación el máximo posible para la causa de la liberación de la clase obrera.

Para reconstituir la dirección, hay que cambiar la política. Hay que reemplazar el centrismo por el marxismo. Allí reside la tarea de la Oposición IC de izquierda.

7 de noviembre de 1929

¿QUIÉN DIRIGE HOY LA INTERNACIONAL COMUNISTA?

No hay nada que caracterice mejor la transformación del partido oficial de la Unión Soviética que su actitud con respecto a los problemas de la revolución internacional. Para la mayoría de la gente del aparato, la IC se ha convertido en un departamento del que sólo se ocupan aquellos que están encargados de esa función. En estos últimos años, la dirección desacostumbró al partido en interesarse efectivamente en la vida interna del movimiento obrero internacional, y más en particular de la del Partido Comunista mundial. Hay que decirlo francamente: la información periodística actual de la URSS sobre los movimientos que tienen lugar en el seno de la clase obrera mundial está muy por debajo de la que daban, antes de la guerra, las buenas publicaciones de la socialdemocracia. No se puede creer en la información actual, esencialmente oficial, porque siempre está en función de lo que los medios dirigentes consideran los intereses del momento. Hay que renunciar a seguir día a día el desarrollo del movimiento obrero y la lucha interna que se libra en él. Ciertas manifestaciones son disimuladas, y otras, por el contrario, voluntariamente agrandadas; pero incluso esto es episódico. Después de un largo período, en el que un partido u otro ha desaparecido del campo visual de nuestra prensa, ¡surge imprevistamente un "nuevo peligro", una "nueva desviación", una catástrofe! En todo caso, el lector sólo se entera de esta catástrofe cuando los órganos dirigentes interesados ya hayan tomado "sus medidas". El lector (es decir, el Partido) es simplemente informado de que la catástrofe, cuya amenaza ignoraba completamente, ha sido felizmente conjurada gracias a la decisión tomada en la víspera por el Buró de la Internacional, y que la sección nacional interesada tiene asegurado de nuevo un desarrollo "monolítico". La repetición monótona de este procedimiento embrutece a la gente y la sume en la indiferencia. El militante de base del Partido empieza a ver las catástrofes intermitentes de la Internacional (o las de su propio partido) como ve el campesino el granizo o la sequía: diciéndose que no hay nada que hacer y que hay que tener paciencia.

Es evidente que este fenómeno sólo se explica por las graves derrotas de la revolución mundial, cuyo sentido no ha sido explicado jamás a las masas del partido, con el objetivo de camuflar las carencias de la dirección. La fuerza destructiva de estos métodos es inmensa. Sólo el potente capital ideológico, moral y político heredado del pasado y el hecho mismo de la existencia del Estado obrero permiten a la Internacional agrupar todavía en

el marco de su organización universal (exceptuada la URSS) 400 o 500 mil militantes, como máximo.

La mala fe teórica se ha convertido en una de las armas esenciales de la lucha interna. Este hecho es, por sí solo, el indicio seguro del profundo mal que corroe al organismo de la Internacional. Con la mala fe ideológica de una dirección revolucionaria ocurre lo mismo que con la higiene de un cirujano. Una y otra conducen fatalmente a la gangrena del organismo. Pero la mala fe teórica de la dirección de la Internacional no es un simple azar ni una cualidad que le sea inherente: proviene de la contradicción que existe entre los principios del leninismo y la política efectiva de la fracción stalinista. Cuanta menos autoridad y cohesión, más coerción hay. La disciplina, necesaria como la sal para los alimentos, ha sustituido en estos últimos años a los alimentos mismos. Pero nadie ha logrado hasta ahora alimentarse de sal. La selección se opera conforme a la orientación y los métodos del partido: cada vez más, los combatientes comunistas son reemplazados por el Estado mayor burocrático del comunismo. Esto se constata de la forma más clara y manifiesta en la morada misma de la dirección comunista: el aparato central de la Internacional.

También es muy importante saber a qué clase de elementos, a qué tipo político pertenecen los representantes que, en la actualidad, tienen entre sus manos los mecanismos de mando de la IC. No poseo la estadística general ni las características políticas de la burocracia de la Internacional. Pero, por otra parte, no es necesario. Basta con señalar con el dedo las figuras más "destacadas" que personifican la línea dirigente y el régimen actual.

Como no pretendo dedicarme en estas notas rápidas a un trabajo sistemático, y, sin embargo, tenemos que visitar la galería de la Internacional stalinista empezando por alguno, citaré en primer lugar a Bela Kun, sin pretender con ello exagerar su importancia, ni en el bueno ni en el mal sentido. Con toda justicia, hay que reconocer que Bela Kun no es el peor elemento entre los dirigentes de la Internacional; otros dos comunistas húngaros lo completan: Varga y Pepper. Los tres, que intervienen casi continuamente como profesores y directores espirituales de las secciones nacionales, juegan un papel internacional. Dos de ellos, Kun y Pepper, son dos especialistas altamente cualificados en la lucha contra el "trotskismo". La efímera República Soviética húngara les confiere todavía cierto brillo de autoridad. Sin embargo, no hay que olvidar que estos políticos no llegaron a tomar el poder: les fue puesto ante las narices por una burguesía metida en un impasse. Habiendo tomado el poder sin combate, los dirigentes húngaros mostraron que no estaban a la altura de conservarlo. Su política fue una cadena de errores. Limitémonos a mencionar dos eslabones: en primer lugar, se olvidaron de la existencia del campesinado y no le dieron la tierra; en segundo lugar, alegremente, hicieron fusionar al joven Partido Comunista con la socialdemocracia de izquierda desde que ésta se aferró el poder. Mostraron así (y Bela Kun a la cabeza) que la experiencia rusa no les había hecho comprender ni el

problema campesino ni el papel del partido en la revolución. Naturalmente, estos errores, que costaron la vida a la revolución húngara, se explican por la juventud del partido húngaro y por la extrema falta de preparación política de sus jefes. Pero ¿no es sorprendente que Bela Kun, lo mismo que su sombra socialdemócrata, Pepper, puedan creerse designados para denunciar en nosotros, los oposicionistas, una subestimación de los campesinos y una incomprensión del papel del partido? ¿Dónde se ha visto que un hombre que, por ligereza, haya cortado los brazos y las piernas a sus familiares sea promovido, por ese hecho, al rango de profesor de cirugía?

En el III Congreso, Bela Kun, flanqueado por su complemento indispensable, adoptó una actitud ultraizquierdista. Defendieron la estrategia que fue aplicada en Alemania, en marzo de 1921, y uno de cuyos principales inspiradores era Bela Kun. Partían del punto de vista de que si no se provocaba inmediatamente la revolución en Occidente, la República Soviética estaba condenada a morir. Bela Kun intentó convencerme varias veces de "tentar la suerte" en esta vía. Yo rechacé siempre su "aventurerismo", y en el III Congreso, junto con Lenin, le expliqué que la tarea de los comunistas europeos es "salvar" a la URSS no procediendo a montajes teatrales revolucionarios, sino preparando seriamente a los partidos europeos para la toma del poder. Hoy en día, Bela Kun, junto con los Pepper de todo pelaje, cree poder acusarme de "escepticismo" hacia las fuerzas vivas de la República Soviética; según él, yo especularía únicamente con la revolución mundial. Lo que se llama la ironía de la historia reviste aquí el aspecto de una verdadera bufonada. A decir verdad, no es casualidad que el III Congreso oyese resonar como un *leitmotiv* la fórmula de Lenin: "Todo por la idiotez de Bela Kun". Y cuando, en mis conversaciones privadas con Lenin, yo intentaba tomar la defensa de Bela Kun contra los ataques demasiado crueles, Lenin respondía: "Yo no discuto que sea un hombre combativo, pero en política no vale para nada; hay que hacer que nadie lo tome en serio".

En cuanto a Pepper, es el prototipo del adaptado, del cliente político. Semejantes individuos se han posado y se posarán siempre sobre toda revolución victoriosa, como las moscas sobre el azúcar. Después de la catástrofe de la República Soviética húngara, Pepper intentó entrar en contacto con el conde Karoly. En el III Congreso era ultraizquierdista. En Norteamérica se convirtió en el heraldo del partido de La Follette y metió al joven Partido Comunista en el pantano hasta la cintura. Es inútil decir que se ha convertido en el profeta del socialismo en un solo país y que ha llegado a ser uno de los más feroces antitrotskistas. Esta es hoy su profesión, lo mismo que otros tienen una agencia matrimonial o venden billetes de lotería.

Hay que repetir sobre Varga lo que ya he dicho: que es el tipo acabado de Polonio teórico[3], al servicio de todas las direcciones de la IC. Es cierto

3 Alusión a un personaje de *La tragedia de Hamlet*, de Shakespeare. Polonio era chambelán del reino (un gentilhombre de cámara), padre de Laertes y Ofelia, y opositor a la relación entre ésta y

que sus conocimientos y sus cualidades analíticas hacen de él un militante útil y calificado. Pero no hay en él ni una huella de fuerza de pensamiento ni de voluntad revolucionaria. Era brandleriano bajo Brandler, masloviano bajo Maslov, thaelmanniano bajo ese renegado que se llama Thaelmann. Concienzuda y escrupulosamente, brinda siempre los argumentos económicos de la línea política de otro. En cuanto al valor objetivo de sus trabajos, se limita simplemente a la calidad política del encargo, sobre el que él mismo no tiene ninguna influencia. Defiende la teoría del socialismo en un solo país, como ya he dicho, alegando la falta de cultura política del obrero ruso, que tiene necesidad de perspectivas "consoladoras".

Manuilsky, como Pepper, goza de una reputación suficientemente sólida hasta en el seno de la fracción a la que pertenece actualmente. Estos seis últimos años han pervertido definitivamente a este hombre, cuya cualidad maestra es la versatilidad moral. Hubo un tiempo en que tuvo algún valor no ya teórico ni político, sino literario. Ardía en él una débil llama. No obstante, había una especie de gusano interior que le carcomía sin cesar. Huyendo de sí mismo, Manuilsky estaba siempre buscando a alguien sobre quien apoyarse. Siempre hubo en él algo de "comisionista". Baste con decir que se las ingenió durante mucho tiempo para verse asociado a... Alexinsky. Durante la guerra, Manuilsky no se portó del todo mal. Sin embargo, su internacionalismo fue siempre superficial. El período de Octubre fue para él un período de vacilaciones. En 1918 proclamó de forma absolutamente imprevista (sobre todo para mí) que Trotsky había liberado al bolchevismo de su estrechez nacional. Por lo demás, nadie concedía importancia a sus escritos. Se consumió dulcemente en Ucrania, sin gran utilidad, en calidad de administrador, pero se afirmó, en cambio, como un excelente narrador de anécdotas. Como todos los dirigentes de hoy, no resurgió ni comenzó su ascenso hasta después de la muerte de Lenin. Sus intrigas contra Rakovsky le sirvieron de trampolín. La estima general de que gozaba Rakovsky en Ucrania era tal que, a pesar de las incitaciones que llegaban de Moscú, nadie se atrevía en 1923 a abrir la campaña contra él: Manuilsky se atrevió. En las conversaciones privadas, entre dos anécdotas, confesaba francamente el tipo de tarea que cumplía y mostraba su desprecio por su patrón, y más aún por sí mismo. Su conocimiento del "extranjero" fijó el campo de sus intrigas posteriores: la IC. Si se recogiese lo que han dicho de él Zinoviev y Stalin, se obtendría un tratado muy curioso de cinismo político. Por otra parte, la cosa cambiaría muy poco si se recogiera lo que Manuilsky ha dicho de Zinoviev y Stalin. En el VI Congreso, Manuilsky fue el principal acusador de la Oposición. Para quien conozca el personal dirigente y el pasado del partido, este hecho resuelve por sí solo la cuestión.

Hamlet. Muere asesinado por este último cuando lo confunde con el rey de Dinamarca, Claudio, tío del mismo protagonista [NdE].

En el aparato de la Internacional y en la prensa, Waletsky juega uno de los papeles más visibles. En la IC y en *Pravda*, le toca con frecuencia denunciar al trotskismo desde el punto de vista "teórico" y "filosófico". La naturaleza le ha creado para este tipo de tarea. A los ojos de la generación joven, Waletsky es simplemente un ilustre desconocido. La vieja generación le conoce desde hace mucho tiempo. Al principio del siglo, Waletsky hizo su aparición en Siberia como fanático partidario del Partido Socialista polaco. En aquel momento, su ídolo era Pilsudsky. En política, Waletsky era nacionalista; en teoría, era un idealista y un místico. Fue el propagandista de la teoría de la decadencia y de la creencia en Dios y en Pilsudsky. En nuestra colonia de deportados estaba aislado. En el momento de la escisión del Partido Socialista polaco, provocada por la revolución de 1905, Waletsky se encontró en el ala más "socialista", pero sólo para defender una plataforma de las más mencheviques.

Ya en aquel momento combatía la teoría de la "revolución permanente", considerando no solamente como fantasiosa, sino como insensata la idea de que, en la Rusia atrasada, el proletariado pudiese llegar al poder antes que en Occidente. Durante la guerra estuvo, en el mejor de los casos, a la derecha de Martov. Podemos estar seguros de que cinco minutos antes de la Revolución de Octubre Waletsky era un enemigo feroz del bolchevismo. No tengo información sobre cuándo se hizo "bolchevique", pero de todas formas fue después de que el proletariado ruso hubiera tomado el poder sólidamente en sus manos. En el III Congreso deambulaba entre la línea de Lenin y los ultraizquierdistas. Bajo Zinoviev, fue zinovievista, para convertirse oportunamente y en seguida en stalinista. Su movilidad y elasticidad son inagotables. No llevando más que un equipaje ligero, le resulta fácil cambiar de vagón. Hoy en día, este ex nacionalista, idealista, místico, menchevique, enseña a la clase obrera cómo se toma el poder, aunque él mismo sólo lo aprendiese por primera vez después de su conquista. La gente del calibre de Waletsky no podrá jamás conquistar nada. Pero son perfectamente capaces de perder lo que ha sido conquistado.

El pasado de Warsky es infinitamente más serio. Durante varios años siguió a Rosa Luxemburgo, a la que Waletsky vio siempre con el odio ciego del chovinista polaco. Pero Warsky ha retenido mejor los aspectos débiles de Rosa Luxemburgo que sus aspectos fuertes, el más interesante de los cuales fue su inflexibilidad revolucionaria. En resumen, Warsky ha seguido siendo hasta hoy el viejo socialdemócrata "revolucionario". Eso le aproxima a Clara Zetkin, como lo hemos visto claramente en la actitud que tomaron los dos ante los acontecimientos alemanes de 1923. Warsky no se ha sentido nunca a gusto en el bolchevismo. De ahí viene su "conciliacionismo" momentáneo, basado sobre un malentendido, con respecto a la Oposición en 1923. Pero desde el momento en que se precisaron las líneas, Warsky encontró su lugar natural en las filas oficiales. La lucha de los epígonos contra la "revolución permanente" y la "subestimación" del campesinado llevaron al temeroso Warsky a tomar la insurrección victoriosa de Pildsusky por una especie de

"dictadura democrática del proletariado y de los campesinos" y a empujar a los comunistas polacos a apoyar el golpe de Estado fascista. Este solo ejemplo da la medida de la perspicacia marxista y la firmeza revolucionaria de Warsky. Es inútil decir que, habiendo "reconocido sus errores", es hoy uno de los pilares de stalinismo. ¿Cómo es que el viejo compañero de Rosa Luxemburgo (esa internacionalista cabal) enseña a los obreros polacos la edificación del socialismo en un solo país? Lo ignoro. Pero es muy dudoso que hombres de este tipo puedan enseñar a los obreros polacos la forma de arrancar el poder a la burguesía.

Clara Zetkin es desde hace mucho tiempo una figura meramente decorativa del Buró del CE de la Internacional. Podría no calificársela tan cruelmente, si no fuera patético verla cobijar métodos que no solamente la comprometen, sino que hacen un daño inmenso a la causa del proletariado internacional. La fuerza de Zetkin ha estado siempre en su temperamento. No ha tenido nunca independencia ideológica. Rosa Luxemburgo le sirvió durante mucho tiempo de pivote político. A continuación buscó uno en Paul Levi, y en cierta medida en Brandler.

Después de las jornadas de marzo de 1921, Zetkin no hizo más que levantarse contra las "idioteces de Bela Kun"; en el fondo defendía "la vieja política, que había pasado la prueba", de la acumulación incesante de fuerzas. En una entrevista que tuvimos con ella Lenin y yo, Lenin, delicadamente pero con insistencia, le dijo: "Los jóvenes cometerán muchas tonterías, pero de todos modos harán una buena revolución". Zetkin protestó: "No harán siquiera una mala". Lenin y yo nos miramos y no pudimos evitar reírnos.

Las breves y vagas semisimpatías de Zetkin por la Oposición del 1923 provenían únicamente de que yo me había opuesto a que se hiciera recaer sobre el grupo de Brandler los errores de la Internacional en la catástrofe alemana de 1923. Durante este año, Zetkin manifestó todos los rasgos de la buena vieja socialdemocracia; no comprendió ni el brusco cambio de la situación ni la necesidad de un giro audaz. En el fondo, Zetkin no tomó parte alguna en la solución de los problemas. Pero, como emblema, su autoridad tradicional le es necesaria a los Manuilsky, a los Pepper, a los Heinz Neumann.

Entre las personas que, en el curso de este último período, dirigen la acción de la Internacional desde el fondo del Buró del Ejecutivo, el representante del Partido Comunista checoslovaco, Sméral, convertido también en uno de los caballeros inexorables del neobolchevismo, no ocupa la última fila. Sméral y la inexorabilidad son como Tartufo[4] y la sinceridad, o Shylock[5] y el desinterés. Sméral ha pasado por la fuerte escuela austríaca;

---

4 Alusión al personaje de *Tartufo*, comedia de Molière, que representa al hombre hipócrita y falso [NdE].

5 Alusión al personaje de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, que representa al hombre avaro y egoísta, usurero [NdE].

si se distingue del tipo austro-marxista, no es más que por no haber llegado nunca a su altura. En la vieja socialdemocracia checa, Sméral estaba en una semioposición de una naturaleza tanto más difícil de captar en la medida que sus "ideas" daban siempre la impresión de una mancha de aceite en crecimiento. Podemos decir que al socialnacionalismo checo de Nemets y *tutti quanti*, Sméral oponía un estatismo imperialista austro-húngaro inspirado en Renner, pero con menos conocimientos y talento que éste. La República checa se ha realizado, sin embargo, no como el fruto de la política de Kramarj, Benes y Nemets, sino como el producto bastardo de la acción del imperialismo anglo-francés. Sea como fuera, Checoslovaquia hizo su aparición y el austro-húngaro Sméral se vio metido en un impasse político. ¿A dónde ir? Fueron muchos los obreros que en un principio se dejaron embriagar por el estatismo checoslovaco. Eran todavía muchos más aquellos cuyo corazón latía por la Rusia de Octubre. Pero no había ni uno solo que se entristeciese por el Imperio austro-húngaro. Entre tanto, Sméral hizo su peregrinación a Moscú. Recuerdo cómo le manifesté a Lenin el mecanismo psicológico del bolchevismo de Sméral. Lenin repetía con una sonrisa muy elocuente: "Es probable, ¿sabe?, es muy probable. Nos vendrán ahora muchos como ése. Hay que abrir los ojos. Hay que controlarlos a cada paso".

Sméral estaba profundamente convencido de que el hecho de cambiar el nombre del partido checo por el de Partido Comunista resolvía la cuestión. En resumidas cuentas, hizo todo lo que pudo por su parte para justificar después la afirmación de Otto Bauer sobre los dos buenos partidos socialdemócratas de Europa: la socialdemocracia austríaca y el Partido Comunista checo. La "jornada roja" de este año ha mostrado con una brillantez trágica que cinco años de "bolchevización" zinovievista, bujarinista, stalinista y smeralianista no han servido de nada, absolutamente de nada al partido, lo que quiere decir en primer lugar a su dirección. Pero, sin embargo, Sméral ha echado raíces. Cuanto más ha caído ideológicamente la dirección de la Internacional, más ha ascendido Sméral. Esta clase de elementos constituye un excelente barómetro político. No es necesario decir que para este "bolchevique" patentado, nosotros, los oposicionistas, no somos otra cosa que oportunistas jurados. Pero los obreros checos deben saber bien que Sméral jamás les conducirá a la conquista del poder.

Kolarov es otra variedad de este tipo que se ha formado en estos cinco años en el hotel Lux[6]. Su pasado es más serio porque, durante un largo período, perteneció al partido búlgaro de los "estrechos" (*tiessnaki*), que se esforzó por permanecer en el campo del marxismo. Pero a pesar de su intransigencia aparente, era un marxismo de propaganda expectante, un marxismo pasivo y medianamente inerte. En resumen, en las cuestiones internacionales, los *tiessnaki* se inclinaban mucho más a favor de Plejanov que de Lenin. El

6 El Hotel Lux es la residencia de los comunistas en Moscú [NdLT].

aplastamiento de Bulgaria en la guerra imperialista, y posteriormente la Revolución de Octubre, los empujaron al bolchevismo. Kolarov se estableció en Moscú. En los primeros años de la Revolución nos lanzábamos ávidamente sobre todo marxista extranjero o, más que nada, sobre todo elemento al que supusiéramos marxista revolucionario. Fue por eso que se llamó a Kolarov al aparato de la Internacional en calidad de secretario general eventual. Pero varios meses después tuvimos que, unánimemente, abandonar nuestras esperanzas. Lenin resumió su impresión sobre Kolarov en términos que no quiero reproducir aquí. En 1923, Kolarov dio de nuevo su medida en los acontecimientos búlgaros: el mismo resultado. Ya en vida de Lenin se había decidido apartar a Kolarov de todo papel dirigente en la Internacional. Pero después de la enfermedad y la muerte de Lenin se entabló una enérgica lucha contra el trotskismo. Kolarov se sumergió de buenas a primeras en este baño y salió regenerado. Marchó primero con Zinoviev contra Trotsky, y después con Bujarin contra Zinoviev; hoy marcha con Stalin contra Bujarin. En una palabra, es un bolchevique de "Lux", impermeable, incombustible, insumergible.

Kuusinen es uno de los que mataron a la revolución finlandesa en 1918. Bajo el empuje de los acontecimientos y de las masas, y a pesar de sus sabias intenciones, Kuusinen se vio obligado a aceptar la revolución, pero, como buen filisteo, quiso acomodarla según las mejores recetas vegetarianas. Durante la insurrección, con la elocuencia que le caracteriza, invitó al buen público a permanecer en casa, a fin de que no hubiera víctimas. Si, como en Hungría, los acontecimientos hubiesen arrojado el poder a sus pies, no se habría agachado inmediatamente a recogerlo. Pero nadie le arrojó el poder: había que conquistarlo. La situación era excepcionalmente favorable. Sólo se necesitaban la audacia revolucionaria y disposiciones ofensivas. En otras palabras, eran necesarias las cualidades de las que Kuusinen es la viva negación. Se reveló absolutamente incapaz de tomar la ofensiva contra la burguesía finlandesa, que de esta forma contó con la posibilidad de ahogar en sangre la heroica insurrección. Pero, en cambio, ¡de qué disposiciones ofensivas no dio prueba Kuusinen con respecto al ala izquierda de la Internacional cuando se miró y se dio cuenta de que, según la expresión de Shakespeare, él no valía menos que los que no valían más que él! Ahí no arriesgaba nada. Nadaba entre dos aguas, como los que lo dirigían. El pequeño razonador se convirtió en un gran intrigante. En las mentiras de las que se han servido los epígonos en estos últimos años para intoxicar la conciencia de los obreros de todos los países, podemos decir que Kuusinen se ha llevado la parte del león. Esto puede parecer paradójico. Pero a veces ocurre que la parte del león le toca a una liebre. Como lo muestra el informe colonial que hizo en el VI Congreso, Kuusinen continúa siendo el mismo que cuando ayudó a la burguesía a estrangular al proletariado finlandés y a la burguesía china a aplastar al proletariado chino.

Un personaje como Petrovsky-Bennet ejerce en este momento un papel muy activo dentro de la Internacional. Son los personajes de este tipo los que

deciden hoy en día, puesto que los "jefes oficiales", dejando aparte su competencia, no se ocupan de los problemas de la Internacional. Prácticamente, son los Petrovsky-Bennet los que dirigen, cuidando cubrirse, es decir, consiguiendo en el momento oportuno un sello autorizado. Pero ya veremos eso más adelante.

Petrovsky es un bundista-menchevique, tipo norteamericano, de la peor especie. Durante mucho tiempo, fue uno de los pilares del miserable y lastimoso periódico judío socialista-amarillo de Nueva York, que se entusiasmaba con las victorias de los alemanes antes de lamer las botas de Wilson. Regresado a Rusia en 1917, Petrovsky se dedicó a frecuentar los mismos medios bundista-mencheviques. Como Guralsky y como Rafes, sólo se unió al bolchevismo después de que los bolcheviques hubieran tomado el poder. En el trabajo militar se mostró como un hombre con dotes de ejecución y un hábil funcionario, pero nada más que un funcionario. El difunto Frunze, excelente soldado, pero que no brillaba por un sentido político agudo, me dijo varias veces: "Se desprende de Petrovsky un horrible olor a bundismo."

No solamente en las cuestiones de la administración militar, sino también en las cuestiones políticas, Petrovsky se alineaba invariablemente con sus superiores. Muy a menudo, le dije riendo a mi difunto amigo Skliansky que Petrovsky "buscaba" apoyarme en demasía. Skliansky, que apreciaba las cualidades prácticas de Petrovsky (y que por esta razón lo defendía), respondía en broma a este agravio: "No hay nada que hacer, es su naturaleza". Y, efectivamente, no se trataba de arribismo, en el sentido propio del término, sino de un instinto de adaptación que se bastaba a sí mismo, de un mimetismo profundo, de un oportunismo orgánico.

Rafes, otra variedad del mismo tipo, se ha mostrado tan capaz como ministro de Petliura como consejero de la revolución china. Hasta qué punto contribuyó con su apoyo a la muerte del petliurismo no sabría juzgarlo. Pero cada línea de sus informes y sus artículos prueba que ha hecho todo lo posible para llevar a la perdición a la revolución china.

El elemento natural de los Petrovsky, de los Rafes, de los Guralsky, es el teje y maneje entre bastidores, las mediaciones y las artimañas, los trucos diplomáticos alrededor del Comité anglo-ruso o del Kuomintang, dicho brevemente, las intrigas sobre la revolución. La flexibilidad y las facultades de adaptación de estos individuos tienen un límite fatal: no son orgánicamente capaces ni de dar pruebas de iniciativa revolucionaria en la acción ni de defender sus concepciones en minoría. Y, sin embargo, sólo estas dos cualidades, que se complementan una a la otra, forman al verdadero revolucionario. Si no se es capaz de mantenerse firmemente en minoría, no se podrá reagrupar a una mayoría revolucionaria segura, firme, valiente. Por otra parte, una mayoría revolucionaria, incluso una vez conquistada, no se convierte en absoluto en un patrimonio permanente e intangible. La revolución proletaria atraviesa altos y bajos considerables, atolladeros, túneles y pendientes

escarpadas. Es por lo que la selección incesante de los revolucionarios los templa no solamente en la lucha de masas contra el enemigo, sino también en la lucha ideológica dentro del partido; su capacidad para conservar el control de sí mismos en los grandes acontecimientos y en los cambios bruscos es de una importancia decisiva para el partido. Goethe dijo que una cosa, una vez adquirida, siempre debe ser reconquistada para ser efectivamente poseída.

En la primera depuración del partido, Lenin recomendaba expulsar al 99% de los antiguos mencheviques. Le preocupaba del menchevismo menos la línea conciliadora que el tipo psicológico del adaptado en busca de un color protector y dispuesto a disfrazarse de bolchevique sólo para no luchar contra la corriente. Si Lenin recomendaba eliminar tan despiadadamente a los adaptados, estos elementos, por el contrario, comenzaron después de su muerte a ejercer un papel considerable dentro del partido, y un papel decisivo en la Internacional. Guralsky coronó y descoronó a los dirigentes de los partidos francés, alemán y otros. Petrovsky y Pepper dirigieron el mundo anglosajón; Rafes enseñó la estrategia revolucionaria al pueblo chino; Borodin fue consejero del Estado de la revolución nacional. Todas son variedades de un único y mismo tipo: los "niños de pecho" de la revolución.

Es inútil añadir que el "curso de izquierda" actual de Stalin no ha inquietado en absoluto a este público. Al contrario, todos los Petrovsky propagan hoy alegremente la orientación de izquierda, y los Rafes luchan contra el peligro de derecha. En esta campaña de centroizquierda, inflada y puramente formal en sus tres cuartas partes, los adaptados se sienten como pez en el agua mostrando a bajo precio (a sí mismos y a los demás) qué estupendos revolucionarios son. Al mismo tiempo, y más que nunca, siguen siendo igual a sí mismos. Si hay algo que pueda matar a la Internacional es semejante orientación, semejante régimen, semejante espíritu encarnado en los Petrovsky.

Uno de los inspiradores y de los educadores seguros de la Internacional después de Lenin es Martinov, figura absolutamente simbólica en la historia del movimiento revolucionario. El teórico más consecuente y, por ello mismo, el más bendecido del menchevismo, Martinov se puso pacientemente al abrigo de la revolución y la guerra civil en un confortable refugio, lo mismo que un viajero se pone al abrigo del mal tiempo. No se arriesgó a salir a la luz del día hasta el sexto año de Octubre. En 1923, Martinov reapareció repentinamente al publicar un artículo en la revista *Krassnaia Nov*, de Moscú. En una sesión del Buró Político, en la primavera de 1923, mitad en broma y mitad en serio, pero, a pesar de todo, portador de un mal presagio, declaré al pasar: "Tened cuidado de que Martinov no vaya a escurrirse dentro del partido". Lenin, con las dos manos alrededor de la boca en forma de portavoz, me dijo al oído, aunque se oyó en toda la sala: "Ya se sabe que es un imbécil". Yo no tenía ningún motivo para discutir esta breve definición, dicha en un tono de absoluta convicción. Únicamente hice notar que, evidentemente, no es posible construir un partido solamente con gente inteligente, y

que Martinov podía, por descuido, pasar por otra categoría. Sin embargo, la broma ha tomado un aspecto serio. Martinov no solamente se ha infiltrado en el partido, sino que también se ha convertido en uno de los principales inspiradores de la Internacional. Le han acercado y le han hecho ascender, o, más bien, se han acercado y se han rebajado, únicamente a causa de su lucha contra el "trotskismo". En este aspecto no le ha sido necesaria ninguna reeducación; ha continuado atacando la "revolución permanente" como en los veinte años anteriores. Antes hablaba de mi subestimación del liberalismo burgués y de la democracia burguesa. No ha cambiado de cliché; simplemente, ha intercalado el campesinado.

En las revistas mencheviques de la época de la reacción se pueden encontrar numerosos artículos de Martinov destinados a probar que el "trotskismo ha triunfado, por un momento, en octubre, noviembre y diciembre de 1905" (sic), cuando los elementos se desencadenaron y extinguieron todas las llamas de la razón menchevique. En el punto culminante de la revolución (octubre, noviembre, diciembre de 1905) Martinov veía su decadencia "trotskista". Para él, el punto culminante sólo se alcanzó con las Dumas del Imperio, los bloques con los kadetes y así sucesivamente, es decir, con el comienzo de la contrarrevolución.

Habiendo esperado en su refugio el fin de un nuevo juego, infinitamente más terrible, de los "elementos desencadenados" (la Revolución de Octubre, la guerra civil, la revolución en Alemania y Austria-Hungría, el golpe de Estado soviético en Hungría, los acontecimientos de Italia, etc.) Martinov arribó, en 1923, a la conclusión que había llegado el momento de volver a encender la llama de la razón dentro del Partido Comunista ruso. Empezó por donde se había detenido en la época de la reacción stolypinista. En *Krassnaia Nov* escribió:

> "En 1905, Trotsky razonaba con más lógica y más sistemáticamente que los bolcheviques y los mencheviques. Pero el defecto de sus razonamientos consistía en que Trotsky era 'demasiado consecuente'". El cuadro que bosquejaba daba con anticipación una encantadora idea, muy precisa, de la dictadura bolchevique de los tres primeros años de la Revolución de Octubre que, como ya sabemos, ha terminado por desembocar en un impasse, después de haber separado al proletariado del campesinado, lo que tuvo como resultado obligar al Partido Bolchevique a retroceder profundamente" (*Krassnaia Nov* N.º 2, 1923, p. 262).

Martinov cuenta aquí con toda franqueza qué es lo que le ha reconciliado con Octubre: el gran retroceso de la NEP, necesario por el detenimiento de la revolución mundial. Profundamente convencido de que los tres primeros años de la Revolución de Octubre no habían sido más que la expresión del error "histórico del trotskismo", Martinov se incorporó al partido, y, sin esperar más, tomó su lugar entre la artillería pesada para la lucha contra la Oposición. Con más elocuencia que muchas consideraciones teóricas, este

hecho ilustra por sí solo la evolución profunda que se ha operado en las esferas superiores de la dirección del partido en estos últimos años.

En su obra inédita *Lenin y la dictadura del proletariado y los campesinos* (en la actualidad, los trabajos serios y concienzudos se quedan por lo general en el estado de manuscritos; sobre los asuntos espinosos sólo se imprimen los bajos productos del aparato), el camarada B. Lifchitz ofrece, en una corta nota, un edificante retrato político de Martinov:

> "La biografía política de este hombre reclama, me parece, una atención especial. Se incorpora a los narodnikis cuando comienza su degeneración de epígonos (hacia mediados de 1880). Viene al marxismo y a la socialdemocracia para presidir el deslizamiento de una parte de los socialdemócratas, de la plataforma del grupo de 'La Emancipación del Trabajo' y del grupo de Lenin, la 'Unión de Combate de Petersburgo', a la plataforma del economicismo oportunista. Este adversario en la víspera de los partidarios de la *Iskra* se acerca en seguida a la *Iskra* (de hecho a los nuevos elementos de la *Iskra*), en el momento en que los dirigentes que quedan se desvían de sus posiciones políticas anteriores. Quedando ahí, de alguna forma, para desempeñar papeles de segunda orden (fuera de la redacción de *Iskra*), da prácticamente, en sus 'Dos dictaduras', una plataforma a la táctica oportunista-conciliadora de los mencheviques en la revolución de 1905. Después, este menchevique de ayer, de los más venenosos antibolcheviques, se une de nuevo a los bolcheviques en el momento (1923) en que sus dirigentes, actuando cada vez más como epígonos, se deslizan ya fuera de las posiciones bolcheviques. Manteniéndose ahí todavía en papeles de segundo plano (fuera del Buró Político y del Buró de la Internacional), inspira prácticamente la lucha contra la fracción bolchevique del partido y, en sus artículos y cursos, suministra una plataforma a la táctica oportunista y conciliadora de los stalinistas en la revolución china... Una especie de fatalidad parece acompañar decididamente a esta figura".

La "fatalidad" de la figura de Martinov concuerda excelentemente con su lado cómico involuntario. Lento de paso y pesado de espíritu, creado por la naturaleza para los furgones de la revolución, Martinov está tocado por una noble pasión: unir teóricamente los dos extremos. Partiendo del hecho de que sólo se adhiere a las corrientes ideológicas en decadencia o a las derivaciones decadentes de corrientes sanas, le pasa que, en sus esfuerzos por unir los dos extremos, lleva el error al colmo de la ineptitud. El autor de "Dos dictaduras" ha dado en 1926-27 la definición teórica del "bloque de las cuatro clases", sobreentendiendo por ello que la burguesía china, con la ayuda de la Internacional, se ha montado sobre tres clases: los obreros, los campesinos y los pequeñoburgueses de las ciudades. En marzo de 1927, Martinov preconizaba la consigna de la "transfusión de sangre obrera al Kuomintang", justo en vísperas del día en que Chiang Kai-shek iba a proceder a la

efusión de sangre obrera. Cuando se entablaron en el partido las discusiones "anglo-rusa" y "china", Martinov revivió su juventud trasplantando el viejo menchevismo, sin modificaciones ni adiciones, en la forma más intacta y más estúpida. Mientras que los demás se esforzaban en buscar e inventar una teoría que justificase el deslizamiento político, Martinov sacó una de su bolsillo, concebida desde hacía mucho tiempo, totalmente lista, que sólo había sido ligeramente olvidada. Eso le confirió una superioridad manifiesta.

Ahora bien, este hombre "fatal" es uno de los principales inspiradores de la IC. Enseña a orientarse, a prever la marcha ulterior del desarrollo revolucionario, a elegir a los cuadros, a discernir a tiempo una situación revolucionaria y a movilizar a las masas para el derrocamiento de la burguesía. No se puede imaginar una caricatura más dañina.

En la sección de propaganda de la Internacional opera y, por así decirlo, dirige un tal Lentsner. Sea cual fuere la insignificancia de esta figura, es bueno decir algunas palabras sobre ella, como una parte de un todo que no es accidental. En un momento determinado, Lentsner trabajó en la edición de mis *Obras*. Lo conocí por primera vez como representante del "profesorado rojo". No tenía ningún pasado revolucionario. Después de todo, no se le podía reprochar: era joven. Entró en la política una vez que ya estaba hecha la revolución. Lo peor fue que la demolición caótica que se producía en todos los dominios le permitió, con un mínimo bagaje teórico, hacer su carrera como "profesor rojo". En otras palabras, la revolución fue para él, sobre todo, una carrera. Su ignorancia me sorprendió particularmente. En las anotaciones que escribía había que revisar no solamente el pensamiento, sino también la etimología y la sintaxis del "Señor Profesor". Había que prestar atención sobre todo a sus excesos de celo: Lentsner se parecía menos a un adepto que a un cortesano. En aquel período de 1923 muchos arribistas impacientes y aspirantes no ubicados en el aparato buscaban su oportunidad aquí y allá. De todos modos, había que mostrarse indulgente con los conocimientos superficiales de Lentsner; los militantes más serios estaban sobrecargados de tareas: en aquel momento no se invalidaba todavía a los oposicionistas.

Lentsner me preparó los materiales para las *Lecciones de Octubre*, hizo las verificaciones de los textos, reunió las citas siguiendo mis indicaciones, etc. Cuando la campaña antitrotskista, después de mucho tiempo en gestación, fue desencadenada y ligada abiertamente a las *Lecciones de Octubre*, Lentsner no supo dónde meterse, y, en veinticuatro horas, cambió su fusil de hombro. Para asegurarse más sólidamente, utilizó los materiales que había preparado en un sentido diametralmente opuesto, es decir, contra el trotskismo. Escribió un folleto contra la revolución permanente, como era de esperar; este folleto estaba ya en prensa, pero, en el último momento, por orden del Buró Político, fue destruido: verdaderamente, era demasiado molesto tener relación con ese personaje. No obstante, Zinoviev le mimó y lo ubicó en la Internacional. Al lado de los Kuusinen y los Martinov, Lentsner se convirtió en

uno de los dirigentes de la acción cotidiana de la Internacional. Este profesor rojo escribió artículos de directivas en la revista oficial de la Internacional. Las pocas líneas suyas que he leído me han convencido de que Lentsner no sabe hoy mejor que ayer escribir dos palabras seguidas correctamente. Pero visiblemente no hay nadie en la redacción de la IC no sólo para velar por el marxismo, sino ni siquiera para velar por la gramática. Estos Lentsner dan la fisonomía del aparato de la Internacional.

Lozovsky ocupa en la Internacional Sindical Roja un lugar de dirigente, y en la IC un lugar influyente. Si, al principio, bajo la antigua dirección del partido, su papel era puramente técnico, e incluso como tal seriamente discutido y considerado como temporario, no es menos cierto que en este último período Lozovsky ha pasado a primera fila.

No se le pueden negar a Lozovsky ciertas aptitudes, una facilidad de orientación, un cierto olfato. Pero todas estas facultades tienen en él un carácter muy fugaz y superficial. Empezó, creo, por el bolchevismo, pero se alejó en seguida por largos años. Conciliador, internacionalista durante la guerra, militó conmigo, en París, en *Nache Slovo*, en donde representó siempre la tendencia de extrema derecha. Tanto en las cuestiones internas del movimiento obrero francés como en los problemas de la Internacional y de la Revolución Rusa, se inclinaba invariablemente hacia la derecha, hacia el centrismo pacifista. En 1917 fue el único del grupo *Nache Slovo* que no se unió a los bolcheviques. Fue un gran enemigo de la Revolución de Octubre. Le duró, me parece, hasta 1920, en que movilizó contra el partido a una fracción de los ferroviarios y de los sindicados en general. Se sumó a la Revolución de Octubre antes que Martinov, en todo caso después de que ésta no sólo se había hecho, sino que se había defendido contra los peligros más amenazantes. Su conocimiento de las lenguas y la vida occidental le condujo, en aquellos años en que el reparto de los militantes era todavía muy caótico, a la Internacional Sindical Roja. Cuando, en el Buró Político, nos enfrentamos a este hecho, todos nosotros (y Lenin primero) movimos significativamente la cabeza; nos consolamos diciéndonos que en la primera ocasión habría que reemplazarlo. Pero la situación se modificó. Lenin se enfermó y murió. Comenzaron los desplazamientos, cuidadosamente preparados entre los bastidores del aparato. Lozovsky salió a flote. Siguió la corriente. ¿No había polemizado contra mí durante la guerra para defender el longuetismo y la democracia pequeñoburguesa en Rusia? ¿No había polemizado contra la Revolución de Octubre, el terror rojo, la guerra civil? Después de una breve pausa, reanudó la lucha contra el "trotskismo". Eso reafirmó su situación en la Internacional Sindicalista Roja y enseguida le aseguró un lugar en la IC. En el momento álgido de la orientación martinovista, Lozovsky se encontró incluso, en cierta medida, en el ala izquierda. Pero esto no es peligroso ni para Lozovsky ni para la Internacional, porque, a pesar de toda su precipitación aparente, Lozovsky conoce perfectamente los límites a partir de los

cuales el izquierdismo deja de ser estimulado. Como sucede frecuentemente, un espíritu exaltado se mezcla en Lozovsky con el conservadurismo ideológico. En un artículo mordaz, puede recomendar a los trabajadores de África del Sur y a los nativos de las Islas Filipinas derrocar a su burguesía y, una hora después, olvidar su consejo. Pero en todos los casos serios en los que debe tomar decisiones en las que entra en juego su responsabilidad, Lozovsky se inclina invariablemente a la derecha. No es un hombre de acción, revolucionario, es un pacifista orgánico. El futuro lo demostrará más de una vez.

La forma en que fueron dirigidos los jóvenes partidos de Oriente, que tenían ante sí tareas grandiosas, aparece, por decirlo así, como la página más sombría de la historia de la Internacional después de Lenin.

Baste con decir que el papel dirigente pertenecía a Raskolnikov. A diferencia de los que hemos citado anteriormente, éste es indiscutiblemente un revolucionario combativo, un bolchevique que tiene cierto pasado revolucionario. Pero sólo la espantosa devastación de las filas dirigentes ha podido hacer que Raskolnikov se haya visto ubicado en la dirección... de la literatura proletaria y de las revoluciones de Asia. Es tan incompetente en un terreno como en el otro. Sus actos fueron siempre mejores que sus discursos y sus artículos. Se expresa antes de haber pensado. Ciertamente, no es malo tenerlo cerca en un período de guerra civil. Pero es mucho peor en un período de guerra ideológica. Cuando regresó de Afganistán en 1923, Raskolnikov se lanzó a la batalla al lado de la Oposición. Tuve que moderarlo con mucha insistencia, por miedo a que hiciera más mal que bien. Por esta razón o por otra, se convirtió, pocos días después, en un combatiente activo del otro campo. No sé si ha estudiado mucho el Oriente durante su estancia en Afganistán. En cambio, escribió muchos recuerdos sobre los primeros años de la Revolución y creyó necesario reservar un espacio bastante grande al autor de estas líneas. En 1924 reescribió sus recuerdos (ya publicados), y donde había puesto el signo "más" puso el signo "menos", y viceversa. Esta modificación tiene un carácter tan primitivo e infantil, que no se puede siquiera calificarla seriamente de falsificación. Se basa en una forma de pensar esencialmente primitiva. La actividad de Raskolnikov en el campo de la literatura proletaria constituirá una de las anécdotas más divertidas de la historia de la revolución. Pero, realmente, este aspecto no nos interesa. La obra de Raskolnikov como dirigente de la sección oriental de la Internacional tiene un carácter mucho más trágico. Basta con leer el prefacio de Raskolnikov al informe de Tan Pin-sian para convencerse, una vez más, de la facilidad con la que ciertas naturalezas recaen, cuando las condiciones se prestan a ello, en la ignorancia política. Para el informe menchevique de Tan Pin-sian, Raskolnikov ha escrito un prefacio elogiosamente menchevique. Es cierto que hay que añadir que el informe de Tan Pin-sian ha sido aprobado por la VII sesión del CE de la Internacional. Raskolnikov es más la víctima de este mecanismo que su inspirador. Pero su desafortunada

dirección es, por su parte, una fuente de inmensas desgracias y de numerosas pérdidas.

El movimiento indio está representado en la Internacional por Roy. Es dudoso que se pueda hacer más daño al proletariado indio del que le han hecho Zinoviev, Stalin y Bujarin por medio de Roy. En la India, como en China, se ha llevado y se lleva a cabo una acción que casi siempre tiene como perspectiva al nacionalismo burgués. En todo el período posleninista, Roy ha hecho propaganda a favor de un "partido del pueblo" que, como él mismo ha dicho, "ni por su título ni por su naturaleza" debería ser el partido de la vanguardia proletaria. Es una adaptación del kuomintanguismo, del stalinismo y del lafollettismo a las condiciones del movimiento nacional de la India. Políticamente, esto quiere decir: por medio de Roy, la dirección de la Internacional le tiende una mano a los futuros Chiang Kai-shek indios. En cuanto a las concepciones de Roy, son una mezcla de ideas socialistas-revolucionarias y de liberalismo, con la lucha contra el imperialismo. Mientras los "comunistas" organizan partidos "obreros y campesinos", los nacionalistas indios meten la mano en los sindicatos profesionales. En la India se prepara la catástrofe tan metódicamente como en China. Roy ha tomado como modelo los ejemplos chinos e interviene en los congresos chinos como profesor. Huelga decir que este nacionaldemócrata, intoxicado por un *ersatz*[7] de "marxismo", es un enemigo irreductible del "trotskismo", lo mismo que su hermano espiritual Tan Pin-sian.

En Japón las cosas no van mejor. El Partido Comunista japonés es invariablemente representado en la Internacional por Katayama. A medida que la dirección de la Internacional se ha ido quedando vacía, Katayama se ha convertido en un pilar bolchevique. A decir verdad, Katayama es, por sí mismo, un malentendido total. A diferencia de Clara Zetkin, no se le puede calificar siquiera de figura decorativa, porque está totalmente desprovisto de carácter decorativo. Sus concepciones forman un progresismo coloreado muy ligeramente de marxismo. Por toda su formación, Katayama está mucho más cerca del mundo de las ideas de Sun Yat-sen que de Lenin. Esto no impide a Katayama excluir a los bolcheviques-leninistas de la Internacional y, en general, decidir por medio de su voto el destino de la revolución proletaria. En recompensa por sus servicios en la lucha contra la Oposición, la Internacional apoya en Japón la autoridad ficticia de Katayama. Los jóvenes comunistas japoneses le contemplan con deferencia y siguen sus enseñanzas. ¿Cuáles? Por algo existe este proverbio japonés: "Se puede adorar incluso a una cabeza de sardina; la cuestión es creer".

Entre tanto, en Japón no hay más que una sucesión sin fin de intentos de unión de los diversos "partidos obreros y campesinos" de derecha, de centro, de izquierda, que, todos en el mismo grado, constituyen un atentado

7 Sustituto [NdE].

organizado contra la independencia política de la vanguardia proletaria. Las notas y las contranotas diplomáticas, las conferencias y las contraconferencias de unidad crecen y se multiplican, absorbiendo y pervirtiendo a los poco numerosos comunistas, apartándolos del verdadero trabajo de agrupamiento y educación de los obreros revolucionarios. La prensa de la Internacional no da casi ninguna información sobre la acción revolucionaria actual de los comunistas japoneses, sobre el trabajo ilegal, la organización, las proclamas, etc. En cambio, casi todas las semanas nos enteramos de nuevas iniciativas de un nuevo Comité para la reorganización del partido obrero y campesino de izquierda en el sentido de la unión con el ala izquierda del partido obrero campesino de centro que, por su parte, gira hacia el ala izquierda del partido de derecha, y así sucesiva e indefinidamente. ¿Qué viene a ser aquí el bolchevismo? ¿Qué relación pueden tener que ver Marx y Lenin con este indecente teje y maneje de ratones?

Pero habrá que volver, desde otro punto de vista más a fondo, sobre los candentes problemas de Oriente.

Como se ve, el sentido general de los cambios que se han operado en la dirección de la Internacional aparece con toda claridad cuando desfilan sus responsables. La gente de Martinov, los adaptados de todas clases dirigen la Internacional. Los franceses tienen un término político: *rallié*, que la frecuencia de las revoluciones políticas ha hecho necesario entre ellos. Si los republicanos han tenido que adaptarse al Imperio, los realistas y los bonapartistas han tenido que adaptarse a la República. No lo hicieron de golpe, sino después de estar convencidos de la estabilidad del régimen republicano. No son republicanos que lucharan por la República, sino hombres que caritativamente aceptaron de ella funciones y prebendas. Esto es lo que se llama *ralliés*. Pero no hay que creer que este tipo sea específico de la revolución burguesa. La base del *ralliement* no es la revolución, sino su victoria y el Estado creado por esta victoria.

Es evidente que verdaderos combatientes, sobre todo en los otros países, pertenecientes a las jóvenes generaciones y, en cierta medida, también a las generaciones más viejas, se han unido y se unen a la Revolución de Octubre. Pero el régimen actual de la Internacional no les permite elevarse hasta el nivel de dirigentes independientes, mucho menos al de jefes revolucionarios. Elimina, barre, deforma y pisotea todo lo que es independiente, ideológicamente firme y voluntario. Tiene necesidad de adaptados, los encuentra sin esfuerzo, los agrupa y los arma.

Entre los adaptados se distinguen dos grandes tipos, que van desde los elementos políticamente toscos pero honestos, sin perspicacia ni iniciativa, hasta los arribistas más empedernidos. Pero incluso los mejores entre estos *ralliés* (como lo impone la psicología y como lo prueba la experiencia) muestran ante las nuevas revoluciones los defectos que mostraron antes, incluso en vísperas de Octubre: imprevisión, falta de iniciativa creadora y

de verdadero coraje revolucionario. Los Kolarov, Pepper, Kuusinen, Waletsky, Martinov, Petrovsky, Lozovsky que han hecho fracasar, que han anunciado falsamente o que han matado a una, dos, tres revoluciones, e incluso más, se dicen seguramente: "Que caiga una nueva revolución en nuestras manos, y esta vez demostraremos lo que somos". Lo mismo que el cazador con mala puntería que jura, después de cada tiro fallado, que apuntará mejor a la pieza siguiente. Recordando sus errores e inquietos por la idea de que no han sido olvidados, estos revolucionarios de después de la revolución siempre están dispuestos, a una señal desde arriba, a dar pruebas de audacia en todos los confines de la tierra. Es por ello que las situaciones revolucionarias desperdiciadas se alternan con aventuras revolucionarias no menos trágicas.

Lo mejor que se puede hacer con todas las variedades de Martinov, Kuusinen y Pepper es mantenerlos apartados de los centros en los que se decide el destino de la revolución.

Se puede objetar que todos los personajes que he enumerado no son más que de segundo orden, y que la "verdadera" dirección está concentrada en el Buró Político del Partido Comunista ruso. Pero esto es una ilusión. En tiempos de Lenin, la dirección inmediata de los asuntos de la Internacional había sido confiada a Zinoviev, Radek y Bujarin. En el examen de los problemas de alguna importancia tomaban parte Lenin y el autor de estas líneas. No hay que decir que, en todas las cuestiones esenciales de la Internacional, el diapasón estaba en manos de Lenin. Ninguno de los miembros actuales del Buró Político, con la excepción de Bujarin, tomaba la menor parte en la dirección de la Internacional, y, por supuesto, no se debía simplemente al azar. La naturaleza de este trabajo presupone no solamente un cierto nivel teórico y político, sino también el conocimiento directo de la vida internar de los países de Occidente y el conocimiento de los idiomas que permita seguir continuamente la prensa extranjera. En el actual Buró Político, nadie con la excepción de Bujarin que, en vida de Lenin, no era más que suplente del Buró Político, posee siquiera estas aptitudes formales.

El Testamento de Lenin ofrece una caracterización de Bujarin de alguna forma contradictoria. Por una parte, habla de él como de un "teórico" de los más preciosos y con más porvenir del partido; por otra parte, indica que "es muy dudoso que sus concepciones teóricas puedan ser consideradas como concepciones marxistas, porque hay en él algo de escolástico (no ha comprendido nunca a fondo la dialéctica)". ¿Cómo es que un no-dialéctico, un escolástico, puede ser el teórico de un partido marxista? No me detendré en el hecho de que el Testamento, escrito con un objetivo determinado para el Partido, está impregnado del deseo de "equilibrar", aunque no sea más que en cierta medida, los rasgos característicos de cada militante dirigente del partido: Lenin lima cuidadosamente el elogio demasiado marcado, como suaviza el juicio demasiado duro. No obstante, estas atenuaciones conciernen

a la forma del "Testamento" y no al fondo, y no explican cómo pueden ser "preciosos" los trabajos marxistas de un escritor que no ha asimilado la dialéctica. De todos modos, la caracterización que ofrece Lenin, a pesar de su contradicción aparente, destinada un poco a adular, no es realmente contradictoria, y es profundamente correcta.

La dialéctica no suprime la lógica formal, como la síntesis no suprime el análisis, sino que, al contrario, se apoya en él. La manera de pensar de Bujarin es formalmente lógica, y de un extremo al otro, abstractamente analítica. Sus mejores páginas se relacionan con el campo del análisis formalmente lógico. Allá donde el pensamiento de Bujarin discurre por las líneas trazadas ya por el cincel de Lenin y Marx, puede ofrecer preciosos resultados parciales, en realidad siempre impregnados con un cierto resabio de escolástica. Pero allí donde Bujarin penetra por sí mismo en una esfera nueva, allí donde está obligado a combinar elementos extraídos de diferentes terrenos (económico y político, sociológico e ideológico) manifiesta una arbitrariedad completamente irresponsable e imponderable, multiplicando las generalizaciones abusivas y jugando con los conceptos como si fueran balones. Si se tomara alguien la molestia de reunir y clasificar cronológicamente todas las "teorías" que Bujarin ha servido a la Internacional desde 1919, y sobre todo desde 1923, extraería un cuadro recordando la noche de Walpurgis, donde los espíritus del mal del marxismo temblarían bajo todos los vientos de la escolástica.

El VI Congreso de la Internacional ha llevado las contradicciones del aparato dirigente al paroxismo, y, como consecuencia, al absurdo. En apariencia, la dirección parecía pertenecer a Bujarin: él hizo el informe moral, indicó la línea estratégica, propuso e hizo votar el programa (lo que no es menor), inauguró el Congreso y lo clausuró estableciendo su balance. Su preeminencia parecía absoluta. No obstante, todo el mundo sabe que la influencia real de Bujarin sobre el Congreso era casi nula. Las interminables charlas de Bujarin se parecían a las burbujas que despide un individuo que se ahoga. Durante este tiempo, sin que fuera respetado el espíritu de los informes, o para salir al encuentro de ese espíritu, se operaba el reagrupamiento entre los delegados y se afirmaba su organización fraccional. Esta hipocresía fenomenal reveló qué papel tan accesorio, secundario, decorativo en suma, juega la "ideología" bajo el régimen burocrático del aparato. Pero si no se puede hablar ahora ya de la dirección de Bujarin, puesto que la clave del VI Congreso fue su liquidación, queda Stalin. Pero ahí caemos de una paradoja en otra: al que se llama hoy, con algo de razón, el dirigente de la Internacional no se mostró en el Congreso, y en sus discursos posteriores se desembarazó de los problemas del programa y la estrategia de la Internacional con unas pocas frases que no querían decir nada. De nuevo, no hay en ello nada de fortuito.

No hay necesidad de extenderse sobre el carácter groseramente empírico de la política de Stalin. Con más o menos retraso, no es más que el reflejo pasivo de choques sociales subterráneos. Sin embargo, durante cierto perío-

do y en condiciones determinadas, la fuerza del centrismo del aparato reside en el empirismo de su adaptación. Pero ahí está precisamente su talón de Aquiles.

Los que no le conocen, difícilmente pueden hacerse una idea del nivel de los conocimientos científicos y los recursos teóricos de Stalin. En vida de Lenin, jamás nos pasó a ninguno por la cabeza interesarle en las discusiones de los problemas teóricos o de las cuestiones estratégicas de la Internacional. Lo más que tuvo que hacer fue, a veces, votar sobre tal o cual cuestión si las diferencias de puntos de vista entre los dirigentes rusos de la Internacional hacían necesario un voto formal del Buró Político. En todo caso, hasta 1924, es imposible encontrar un artículo o un discurso de Stalin consagrado a los problemas internacionales. Sin embargo, esta "cualidad" –el hecho de no haber estado ligado personalmente por ninguna obligación o tradición ideológica a los problemas teóricos e internacionales fundamentales– le hizo inmejorablemente apto para dirigir la política de retroceso cuando, dentro del país, las clases aplastadas por la Revolución de Octubre comenzaron a levantarse y presionar sobre el partido. Stalin se convirtió en necesario cuando comenzó a rebobinarse al revés la película de Octubre. "Toda época social –dijo Marx, retomando la expresión de Helvetius– exige sus grandes hombres; cuando no existen, los inventa". De esta forma, Stalin es el gran hombre "inventado" del período de reacción contra Octubre.

Es sabido que el marxismo no "niega" en absoluto el principio personal en la historia; al contrario, es capaz de dilucidar mejor que cualquier otra doctrina la función histórica de una personalidad destacada. Pero el fetichismo del principio personal es totalmente extraño al marxismo. El papel de la personalidad se explica siempre por las condiciones objetivas expresadas en las relaciones entre las clases. Hubo períodos históricos en los que, según la expresión de un enemigo inteligente, Ustrialov "para salvar al país" se reveló necesaria una mediocridad, y nada más. En su *Dieciocho Brumario*, Marx mostró, según sus propias palabras, "cómo la lucha de clases ha creado las circunstancias y las condiciones que han permitido a un personaje mediocre y vulgar ejercer el papel de héroe". Marx pensaba en Napoleón III. El sustrato social del poder de éste fueron los pequeños propietarios campesinos, bajo la neutralización recíproca de la burguesía y el proletariado. Los elementos esenciales de esta situación existen igualmente entre nosotros. Todo reside en su relación de fuerzas y en las tendencias del desarrollo posterior. Para determinar esas tendencias aún tendremos que enfrentarnos a ellas. Pero, mientras esperamos, es indiscutible que cuanto más se avanza, más aparece el régimen stalinista como la preparación del bonapartismo.

El desprecio hacia las cuestiones de principio y la limitación del pensamiento han caracterizado siempre a Stalin. En 1925, el periódico del partido en Tiflis, *Zaria Vostoka*, le hizo un mal servicio al publicar su carta del 24 de

enero de 1911. El bloque de Lenin con Plejanov[8] para la lucha contra los liquidadores y los conciliadores es denominado por Stalin "una tempestad en un vaso de agua" (ni más ni menos), y prosigue:

> "En general, los obreros comienzan a ver a los grupos del extranjero con desdén; que se enfurezcan cuanto deseen; nosotros pensamos que aquel que cree verdaderamente en los intereses del movimiento, trabaja; el resto se va pronto. Mi opinión es que el resultado será mejor así".

Así, pues, en 1911, Stalin dejaba desdeñosamente a Lenin el cuidado de "enfurecerse" en la lucha contra el liquidacionismo. En cuanto al grupo que había formado Lenin sobre problemas ideológicos, Stalin lo llamaba con desprecio "una tempestad en un vaso de agua". ¡Qué repugnante hipocresía impregna hoy la intransigencia retrospectiva de Stalin en lo que concierne a la vieja lucha ideológica!

Pero no se trata solamente de 1911. En la primavera de 1917, Stalin, medio "*jusqu'auboutiste*" [extremista. NdE], estaba de acuerdo en principio en que el partido se uniese al "*jusqu'auboutiste"* Tseretelli. En las actas, hasta hoy mantenidas en secreto, de la Conferencia del partido de 1917, leemos:

> "Orden del día: propuesta de unión de Tseretelli.
> Stalin: Debemos aceptar. Debemos definir nuestra propuesta de realización de la unión. La unión es posible sobre la base de Zimmerwald y Kienthal"[9].

A los temores expresados por ciertos delegados de la Conferencia, Stalin respondió:

> "No se debe adelantar ni prevenir los desacuerdos. Sin desacuerdos, el partido no vive. Dentro del partido, liquidaremos los pequeños desacuerdos".

Los desacuerdos con Tseretelli le parecían a Stalin "pequeños desacuerdos", igual que, seis años antes, la lucha teórica de Lenin contra los liquidadores le parecía "una tempestad en un vaso de agua". En este desprecio cínico de los principios de la política y en este empirismo conciliador, radican en potencia la futura alianza con Chiang Kai-shek, la colaboración con Purcell, el socialismo en un solo país, el partido obrero y campesino bipartito y la unión con los Martinov, Pepper, Petrovsky, para la lucha contra los bolcheviques-leninistas.

---

8 Este bloque se realizó en 1910 en el seno de la socialdemocracia rusa contra los "liquidadores" [NdEF].

9 En Zimmerwald y Kienthal (ciudades suizas), durante los años 1915 y 1916, se reúne un puñado de revolucionarios, entre los que se encontraban Lenin y Trotsky, para sentar una posición, desde el internacionalismo, ante la oleada chovinista que azotaba mayoritariamente a la socialdemocracia europea a partir de la guerra imperialista. Enviaron sus adhesiones a las conferencias Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, presos en Alemania por oponerse a la guerra. El único delegado que plantea en ese momento convertir la guerra imperialista en guerra civil es Lenin, que en Kienthal vuelve a plantear la necesidad de fundar una nueva Internacional [NdE].

Citemos también una carta de Stalin, escrita el 7 de agosto de 1923, a propósito de la situación en Alemania:

"¿Los comunistas debemos intentar (en la fase actual) tomar del poder sin los socialdemócratas? ¿Estamos lo bastante maduros para eso? Creo que todo reside ahí. Al tomar el poder, teníamos en Rusia reservas como: a) el pan; b) la tierra a los campesinos; c) el apoyo de la inmensa mayoría de la clase obrera; d) la simpatía de los campesinos. Los comunistas alemanes no tienen en este momento nada parecido [¿?]. Ciertamente, tienen como vecina a la nación soviética, lo que nosotros no teníamos, pero ¿qué podemos ofrecerles nosotros en el momento actual? Si hoy, en Alemania, el poder, por decirlo así, cayera y los comunistas se apoderasen de él, fracasarían con grandes pérdidas [¿? ¡!]. Eso en el 'mejor' de los casos. Y en el peor, los harían pedazos y los obligarían a retroceder. El problema no reside en que Brandler quiera 'educar a las masas', lo esencial es que la burguesía, más los socialdemócratas de derecha, transformarían con seguridad el curso, la demostración, en una batalla general (en este momento todas las probabilidades están de su lado), y los aplastarían. Es verdad que los fascistas no duermen, pero nos interesa que ataquen primero: eso reagrupará a toda la clase obrera en torno a los comunistas (Alemania no es Bulgaria). Por otra parte, según todas las informaciones, los fascistas son débiles en Alemania. En mi opinión, se debe contener a los alemanes en vez de estimularlos".

Sólo hay que añadir a este pasmoso documento (a cuyo análisis debemos renunciar aquí) que en la primavera de 1917, antes de la llegada de Lenin a Rusia, Stalin no planteaba la conquista del poder de una forma más revolucionaria que en 1923 para Alemania. ¿No es evidente, así, que Stalin es el hombre más calificado para disparar contra Brandler y los derechistas en general?

En cuanto al nivel teórico de Stalin, basta, en suma, con recordar que declaraba (tratando de explicar la razón por la que Marx y Engels rechazaban la idea reaccionaria de la construcción del socialismo en un solo país) que en la época de Marx y Engels "no podía plantearse la ley del desarrollo desigual en los países capitalistas". ¡No podía plantearse! Esto es lo que se escribió el 15 de septiembre de 1925.

¿Qué se diría de un matemático que llegase a afirmar que Lagrange, Gauss o Lobatchevsky no podían conocer todavía los logaritmos? En Stalin no se trata de un caso aislado. Si se examina el eclecticismo de sus discursos y sus artículos, se percibe que se componen casi únicamente de ese tipo de perlas y de diamantes de una ignorancia casi virginal.

En sus ataques, primero contra el "trotskismo", después contra Zinoviev y Kamenev, Stalin golpeaba siempre en el mismo punto: contra los viejos revolucionarios emigrados. Los emigrados desarraigados que no tienen en la cabeza más que la revolución internacional... Sin embargo, hoy son necesarios nuevos dirigentes, capaces de realizar el socialismo en un solo país. La

lucha contra la emigración, que de alguna manera es la continuación de la carta de 1911 contra Lenin, es parte integrante de la ideología stalinista del socialismo nacional. Sólo un desconocimiento completo de la historia le permite a Stalin recurrir a este argumento manifiestamente reaccionario. Después de cada revolución, la reacción ha comenzado por la lucha contra los emigrados y los extranjeros. Si la Revolución de Octubre retrocediese una etapa más en la vía ustrialovista, el equipo siguiente, el tercer equipo de jefes, se pondría, con seguridad, a perseguir en general a los revolucionarios profesionales: ¡Mientras que éstos se han visto aislados de la vida al refugiarse en la acción clandestina, ellos, los nuevos jefes, siempre han estado arraigados!

Nunca la estrechez de espíritu provinciano-nacional de Stalin se había mostrado de forma tan brutal como en este deseo de hacer de los viejos "emigrados" revolucionarios un objeto de terror. Para Stalin, la emigración significa el abandono de la lucha y la vida política. Le resulta orgánicamente inconcebible que un marxista ruso, habiendo vivido en Francia o en los Estados Unidos, se haya vinculado a la lucha de la clase obrera francesa o norteamericana, por no hablar del hecho de que, la mayor parte del tiempo, los emigrados rusos hayan cumplido importantes funciones al servicio de la revolución rusa.

Es curioso que Stalin no se dé cuenta de que al atacar a la vieja emigración "desarraigada", ataca sobre todo al CE de la Internacional, que está compuesto por extranjeros emigrados a la Unión Soviética, donde han sido investidos de la dirección del movimiento obrero internacional. Pero es sobre todo contra sí mismo, como "jefe" de la Internacional, contra quien asesta Stalin los golpes más dolorosos: no es posible imaginar un "emigrado" más perfecto, es decir, más aislado que él con relación a todos los países extranjeros. Sin ningún conocimiento de la historia ni de la vida interna de los países extranjeros, sin un conocimiento personal de su movimiento obrero, incluso sin la posibilidad de seguir la prensa extranjera, Stalin se ve llamado hoy a forjar y a resolver los problemas de la revolución internacional. En otras palabras, Stalin es la encarnación más absoluta de la caricatura de la emigración en la forma en que se la representa su imaginación. Esto es también lo que explica por qué las incursiones en el campo de las cuestiones internacionales a partir del otoño de 1924 (se puede encontrar sin esfuerzo el día y la fecha) tienen siempre un carácter episódico, entrecortado, accidental, sin ser por ello menos nocivas.

No es debido al azar que el empirismo profundamente cínico de Stalin y la pasión de Bujarin por el juego de las generalizaciones hayan marchado juntos durante un período relativamente largo. Stalin actuaba bajo el efecto de los choques sociales directos; Bujarin, con su dedo meñique, removía cielo y tierra para justificar el nuevo giro brusco. Stalin consideraba las generalizaciones de Bujarin como un mal inevitable. Por sí mismo, consideraba como antes que no había razón para inquietarse por "tempestades" teóricas

"en un vaso de agua". Pero, en cierto sentido, las ideas viven su propia vida. Los intereses se adhieren a las ideas. Basadas sobre los intereses, las ideas cimientan a los hombres. Así, sirviendo a Stalin, Bujarin se ha convertido en el teórico que alimenta al grupo de derecha, mientras que Stalin continúa siendo el pragmático de los procedimientos centristas. Ahí está la causa de su desacuerdo. En el VI Congreso, el desacuerdo estalló escandalosamente mientras que había sido disfrazado durante mucho tiempo.

El interés real, y no puramente formal, que lleva a Stalin a la Internacional es recibir de sus cuadros dirigentes el apoyo necesario al siguiente giro de su política interior. En otras palabras, lo que se exige de la Internacional es una docilidad de aparato.

En el VI Congreso, Bujarin leyó a una carta de Lenin a Zinoviev y a él mismo en la que les prevenía de que, si se dedicaban a reemplazar en la Internacional a los hombres inteligentes e independientes por dóciles imbéciles, con seguridad la matarían. Bujarin sólo se ha arriesgado a dar a conocer estas líneas cuando le han sido necesarias para defenderse contra Stalin. En el fondo, la advertencia de Lenin, que resuena tan trágicamente hoy, engloba a la vez el régimen de Zinoviev, el de Bujarin y el de Stalin. También esta parte del Testamento ha sido pisoteada. En el momento actual no solamente dentro del Partido Comunista ruso, sino en todos los partidos comunistas extranjeros sin excepción, todos los elementos que han edificado la Internacional y que la han dirigido en la época de los cuatro primeros congresos, están apartados de la dirección y excluidos del partido. Este relevo general de los cuadros dirigentes no se debe, seguramente, al azar. La línea de Stalin necesita stalinistas, no leninistas.

Por eso los Pepper, Kuusinen, Martinov, Petrovsky, Rafes, Manuilsky y consortes son tan útiles e irreemplazables. Están hechos para adaptarse. Tratando de obtener de la Internacional la obediencia completa, realizan su supremo destino. Para muchos de sus pensionados, el burocratismo se ha convertido en la premisa de una "libertad" individual superior. Están preparados para cualquier cambio radical de opinión, con la condición de tener el aparato detrás de ellos, y al mismo tiempo se creen los herederos directos de la Revolución de Octubre y sus mensajeros en el mundo. ¿Qué más necesitan? A decir verdad, construyen una Internacional a su imagen y semejanza.

Esta "obra" conserva, sin embargo, un defecto fatal: no tiene en cuenta la resistencia de los materiales, es decir, la clase obrera viviente. En los países capitalistas, la resistencia ha aparecido antes, porque no hay entre los comunistas un aparato coercitivo. A pesar de todas sus simpatías por la Revolución de Octubre, las masas obreras no están en absoluto dispuestas a confiar en el primer garrote transformado en jefe y adorar a una "cabeza de sardina". Las masas no pueden y no quieren comprender el mecanismo del aparato. Graves acontecimientos las instruyen. No ven más que errores, confusiones y derrotas. Los obreros comunistas sienten enfriarse la atmósfera

a su alrededor. Sus inquietudes se transforman en un problema ideológico, que se convierte en la base de los agrupamientos fraccionales.

Está claro: la Internacional ha entrado a un período en el que hay que expiar duramente los errores de seis años a lo largo de los cuales se han tratado las ideas como billetes depreciados, a los revolucionarios como funcionarios y a las masas como a un coro dócil. Las crisis más graves están todavía por llegar. Las necesidades ideológicas de la vanguardia proletaria ya se abren paso, haciendo crujir los círculos del aparato. El monolitismo engañoso se desmorona en la Internacional más rápidamente que en el Partido Comunista ruso, en el que, ya desde ahora, la presión del aparato es enteramente reemplazada por la represión económica y estatal.

No hay necesidad de nombrar los peligros del desmembramiento fraccional. Pero hasta la fecha nadie ha logrado vencer el fraccionalismo con lamentaciones. El conciliacionismo, del que se quejan tanto todas las resoluciones, es todavía menos capaz de debilitar al fraccionalismo. Él mismo es un producto semiacabado de la lucha fraccional. El conciliacionismo está inevitablemente llamado a diferenciarse y ser reabsorbido. Toda atenuación o camuflaje de las divergencias de opiniones no haría más que agravar el caos y conferir un carácter más duradero y más doloroso a las formaciones fraccionales. Sólo se puede vencer el problema creciente nacido del fraccionalismo adoptando una clara línea de principio. Desde este punto de vista, el actual período de lucha ideológica declarada es un profundo factor de progreso; basta con compararlo no con el ideal abstracto del "monolitismo", sino con la realidad mortífera de estos últimos años.

Tres líneas esenciales se presentan en el plano internacional: la línea de derecha, que es una tentativa ilusoria de resucitar en las nuevas condiciones la socialdemocracia de antes de la guerra, en el mejor de los casos tipo Bebel (Brandler, etc.); la línea de izquierda, que es la continuación y el desarrollo del bolchevismo y la Revolución de Octubre: es la nuestra; finalmente, la línea de centro, que oscila entre las dos líneas principales, alejándose tanto de una como de otra, desprovista de todo contenido de principio propio y, en definitiva, sirviendo siempre de cortina al ala derecha: son Stalin y sus partidarios.

Van a producirse todavía desplazamientos de tipo personal, incluso en las altas esferas. En cuanto al grueso de las masas comunistas, las masas del partido y las masas sin partido, su autodeterminación está todavía enteramente por realizarse. Se trata, por lo tanto, de conquistar a las masas. La lucha no debe revestir por este hecho sino una intransigencia aún mayor. No se conquista a las masas con alusiones o medias palabras. La dialéctica del desarrollo es tal que sólo se puede salvar a la Internacional del peligro de la descomposición fraccional por medio de un agrupamiento decidido, firme e intransigente de la fracción internacional de los bolcheviques-leninistas.

PARTE III

LA CUESTIÓN CHINA DESPÚES DEL IV CONGRESO

ediciones ips

ediciones
ips

LA CUESTIÓN CHINA DESPUÉS DEL VI CONGRESO

Las lecciones y los problemas de la estrategia y la táctica de la Revolución china constituyen actualmente la mejor de las enseñanzas para el proletariado internacional. La experiencia adquirida en 1917 ha sido modificada, desfigurada, falsificada hasta hacerla irreconocible por los epígonos que han llevado a la clase obrera mundial a derrotas sucesivas. La Revolución china ha verificado a través del absurdo la política bolchevique. La estrategia de la IC en China fue un gigantesco juego de "gana quien pierde". Hay que utilizar la antítesis china, oponerla a la experiencia de Octubre para enseñar el alfabeto del bolchevismo a la joven generación de revolucionarios. Por sí misma, China tiene una importancia mundial. Pero lo que pasa dentro de ese país decide no sólo su suerte, sino también el destino mismo de la IC en el pleno sentido de la palabra. Lejos de sacar un balance correcto y de aportar alguna claridad, el VI Congreso ha consagrado los errores cometidos y los ha completado mediante un nuevo embrollo, colocando al Partido Comunista chino en una situación complicada por largos años. Los rayos burocráticos de la excomunión, evidentemente, no nos harán callar cuando está en juego la suerte de la revolución internacional. Quienes nos excomulgan son los responsables directos de las derrotas sufridas: por eso temen a la luz.

* * *

A lo largo de los cinco últimos años ningún partido ha sufrido tan cruelmente el oportunismo de la dirección de la IC como el Partido Comunista chino. En China hemos tenido un ejemplo perfecto (y que, precisamente por esta razón, llevó a la catástrofe) de la aplicación de la política menchevique a una época revolucionaria. Además, el menchevismo disponía del monopolio, puesto que la autoridad de la IC y el aparato material del poder de los soviets lo protegían de la crítica bolchevique. Tal convergencia de circunstancias es única en su tipo. Ha permitido que una revolución a la que se le presentaba el mejor futuro haya sido confiscada por la burguesía china, ha asegurado el fortalecimiento de la burguesía a pesar de que, según todos los indicios, esto no era de esperar. Incluso hoy mismo los errores del oportunismo no han sido reparados. Todo el desarrollo de los debates del Congreso, los informes de Bujarin y de Kuusinen, las intervenciones de los comunistas chinos, todo esto demuestra que la política seguida por la dirección en China era y es todavía errónea. Partiendo del oportunismo abierto, bajo la forma

de colaboracionismo (1924-27), ha hecho a finales de 1927 un zigzag brusco y se lanza a las aventuras. Después de la insurrección de Cantón rechaza el *putschismo* y pasa a una tercera fase, la más estéril, intentando combinar las viejas tendencias oportunistas con un radicalismo impotente, formal, que durante cierto período se llamó entre nosotros "ultimatismo" y "otsovismo", la peor variedad de ultraizquierdismo.

Todo comunista chino no puede avanzar ahora ni un solo paso sin haber valorado previamente en su justa medida la dirección oportunista que condujo a una aplastante derrota en las tres etapas (Shangai, Ou Chang y Cantón) y sin haber medido plenamente la inmensa ruptura provocada por estas derrotas en la situación social y política, interna e internacional de China.

Los debates del Congreso han mostrado qué ilusiones burdas y peligrosas subsisten todavía en la concepción de los dirigentes comunistas chinos. Para defender la insurrección de Cantón, uno de los delegados chinos se refirió al hecho de que, después de la derrota sufrida en esta ciudad, los miembros del Partido no disminuirían sino que aumentarían. Incluso aquí, a miles de kilómetros del teatro de los acontecimientos revolucionarios, parece increíble que una información tan monstruosa haya podido ser presentada en un Congreso mundial sin causar una indignada refutación. Sin embargo, nos enteramos, gracias a las observaciones presentadas por otro delegado sobre otro punto, que si el Partido Comunista chino ha ganado (¿por mucho tiempo?) decenas de miles de nuevos miembros entre los campesinos, en cambio ha perdido a la mayoría de sus obreros. Este es un proceso amenazante, que marca sin posibilidad de error cierta fase del *declive* del Partido Comunista chino, que los comunistas chinos describían en el Congreso como un signo de crecimiento, de progresión. Cuando la revolución ha sido derrotada en las ciudades y los centros más importantes del movimiento obrero y campesino, hay y habrá siempre, sobre todo en un inmenso país como China, regiones frescas, precisamente porque son atrasadas, que contengan fuerzas revolucionarias intactas. En la periferia lejana los sobresaltos de la oleada revolucionaria durarán aún mucho tiempo. Sin tener datos directos sobre la situación de las regiones chinas y musulmanas del suroeste no se puede hablar con precisión de la probabilidad de una fermentación revolucionaria en esos lugares en un período próximo. Pero todo el pasado de China hace posible esta eventualidad. Es absolutamente evidente que este movimiento no será más que un eco tardío de las batallas de Shangai, Hankow [Wuhan. NdE] y Cantón. Después de la derrota decisiva sufrida por la revolución en las ciudades, el Partido puede todavía, durante algún tiempo, encontrar decenas de miles de nuevos miembros en el campesinado que se despierta. Esto es importante, porque es el signo precursor de las grandiosas posibilidades que encierra el futuro. Pero, en el período actual, no es más que una forma de la disolución y la liquidación del Partido Comunista chino, que al perder su núcleo proletario no responde ya a su destino histórico.

Una época de declive revolucionario, por su misma esencia, está llena

de amenazas para un partido revolucionario. En 1852, Engels decía que un partido revolucionario que deja escapar una situación revolucionaria, o que sufre una derrota decisiva durante esta, desaparece inevitablemente de la escena durante un cierto período de la historia. La contrarrevolución afecta tanto más cruelmente a un partido revolucionario cuando el aplastamiento de la revolución ha sido causado, no por una relación de fuerzas desfavorable, sino por errores evidentes, indiscutibles, de la dirección (como fue precisamente el caso en China). Hay que añadir a esto la juventud del Partido Comunista chino, la ausencia de cuadros fuertemente templados y de tradiciones sólidas; también los cambios efectuados a la ligera en la dirección que, allí como en todas partes, fue considerada como la gerente responsable y tuvo que expiar los errores de la IC. Todo este conjunto crea para el Partido Comunista chino condiciones verdaderamente fatales para la época contrarrevolucionaria, cuya duración no puede ser prevista.

Sólo planteando clara y valientemente todas las cuestiones fundamentales, las de ayer y las de hoy, se puede evitar la suerte evocada por Engels: liquidación política durante un cierto período.

Hemos examinado la dinámica de clase de la Revolución china en un capítulo especial de la crítica a la que hemos sometido las tesis fundamentales del proyecto de programa de la IC. Hoy no vemos la necesidad de añadir nada a ese capítulo, y mucho menos modificarlo. Hemos llegado a la conclusión de que el desarrollo ulterior de la Revolución china sólo puede efectuarse por medio de la lucha del proletariado chino, arrastrando a cientos de millones de campesinos pobres a la conquista del poder. La solución de los problemas fundamentales, burgueses y democráticos, conduce necesariamente en China a la dictadura del proletariado. Oponer a ésta la dictadura democrática de obreros y campesinos sería una tentativa reaccionaria de hacer volver atrás la revolución, a etapas que datan de la coalición con el Kuomintang. Este diagnóstico político general determina la línea estratégica de la etapa siguiente o, más exactamente, de la tercera revolución china; no anula, sin embargo, los problemas de táctica de hoy y de mañana.

I. La revolución permanente y la insurrección de Cantón

En noviembre de 1927, el Pleno del CC del Partido Comunista chino constataba:

> "Las circunstancias objetivas que existen actualmente en China son tales que la duración de la situación directamente revolucionaria se medirá, no en semanas o en meses, sino en largos años. La revolución china tiene un carácter duradero, no se ha detenido. Por su carácter constituye lo que Marx llamaba una 'revolución permanente'".

¿Es esto cierto? Si se comprende bien esta afirmación, es cierta. Pero hay que comprenderla desde la óptica de Marx y no desde la de Lominadzé. Bujarin, que desenmascaró a este último por la utilización que hacía de esta fórmula, no está más cerca de Marx que él. Toda verdadera revolución, en una sociedad capitalista, sobre todo en un gran país y más en particular hoy en día, en la época imperialista, tiende a transformarse en revolución permanente, es decir, a no detenerse en las etapas alcanzadas, a no limitarse a los marcos nacionales, sino a extenderse y profundizarse hasta la transformación total de la sociedad, hasta la abolición definitiva de las diferencias de clase y, por lo tanto, hasta la supresión completa y final de la posibilidad misma de una nueva revolución. Es en esto en lo que consiste la concepción marxista de la revolución proletaria, que se distingue por ello de la revolución burguesa, limitada por su marco nacional y por sus objetivos específicos. La revolución china tiende a convertirse en permanente en la medida en que encierra la posibilidad de la conquista del poder por el proletariado. Hablar de revolución permanente sin hablar de esta posibilidad y por fuera de ella es hablar para no decir nada. Sólo el proletariado, después de haberse apropiado del poder del Estado y de haberlo transformado en instrumento de lucha contra todas las formas de opresión y explotación, tanto dentro del país como más allá de sus fronteras, asegura a la revolución un carácter continuo y la lleva hasta la edificación de la sociedad socialista integral. La condición necesaria de esta edificación es, por lo tanto, una política que prepare al proletariado para tomar el poder en el momento oportuno. Lominadzé ha hecho de la posibilidad de un desarrollo permanente de la revolución (a condición de que la política comunista sea correcta) una fórmula escolástica que garantiza de una sola vez y definitivamente una situación revolucionaria "para largos años". La permanencia de la revolución se convierte así en una ley situada por encima de la historia, independiente de la política de la dirección y del desarrollo material de los acontecimientos revolucionarios. Como siempre sucede en casos similares, Lominadzé y compañía se decidieron a proclamar su fórmula metafísica en cuanto al carácter permanente de la revolución únicamente cuando la dirección política de Stalin, Bujarin, Chen Du-xiu y Tan Pin-sian habían saboteado completamente la situación revolucionaria.

Después de haber asegurado así la continuidad de la revolución por largos años, el Pleno del CC del Partido Comunista chino, liberado de todo tipo de dudas, deducía de esta fórmula que las condiciones eran favorables a la insurrección:

> "No sólo la fuerza del movimiento revolucionario de las masas trabajadoras de China no se ha agotado aún, sino que únicamente ahora empieza a manifestarse por un nuevo ascenso de la lucha revolucionaria. Estos hechos obligan al Pleno del CC del Partido Comunista de China a reconocer que existe actualmente [noviembre de 1927. NdLT] en toda China una situación directamente revolucionaria".

La insurrección de Cantón fue la consecuencia inevitable de esta apreciación. Si la situación hubiera sido verdaderamente revolucionaria, la derrota de Cantón sólo habría constituido un episodio particular y, en todo caso, esta sublevación no habría aparecido como una aventura. A pesar de las condiciones desfavorables en el mismo Cantón, la dirección habría tenido el deber de desencadenar muy rápidamente la insurrección, con el fin de dispersar y debilitar así las fuerzas del enemigo y facilitar la sublevación en otras partes del país.

Sin embargo, varios meses más tarde (y no "largos años") tuvo que confesar que la situación política se había deteriorado bruscamente, y esto desde antes de la insurrección de Cantón. Ya las campañas de Ho-lun y de Ye-tin se desarrollaban en un momento de reflujo revolucionario: los obreros se separaban de la revolución y las tendencias centrífugas se fortalecían. Esto no está en contradicción con la existencia de movimientos campesinos en diversas provincias. Siempre ocurre así.

¡Que los comunistas chinos se pregunten ahora si se habrían atrevido a decidir para diciembre la insurrección de Cantón de haber sabido antes que, para dicho período, ya estaban agotadas las fuerzas principales de la revolución y había comenzado el gran declive! Está claro que si hubiesen comprendido en el momento oportuno este cambio radical de la situación en ningún caso habrían llamado a la insurrección de Cantón. La única forma de explicar la política de la dirección que ha decidido y realizado esta revuelta es que no había comprendido el sentido y las consecuencias de las derrotas de Shangai y Hupé. No puede haber ninguna otra interpretación. Pero la incomprensión puede servir mucho menos de excusa a la dirección de la IC si se tiene en cuenta que la Oposición había advertido en el momento oportuno del cambio de la situación y los nuevos peligros. Los tontos y los calumniadores la habían acusado de derrotismo por esto.

La resolución del VI Congreso confirma que la resistencia insuficientemente opuesta a las "disposiciones *putschistas*" trajo como consecuencia las sublevaciones infructuosas de Hunan, Hupé, etc. ¿Qué hay que entender por "disposiciones *putschistas*"? Conforme a las directivas de Stalin y Bujarin, los comunistas chinos creían que la situación en China era directamente revolucionaria y que los movimientos parciales tenían todas las posibilidades de ampliarse hasta convertirse en una insurrección general. De esta forma, el desencadenamiento de estos manotazos era el resultado de una valoración errónea de las circunstancias en las que se encontraba China hacia el segundo semestre de 1927 como consecuencia de las derrotas sufridas.

En Moscú se podía hablar mucho de la "situación directamente revolucionaria", acusar a los oposicionistas de derrotismo, mientras se precavían contra el futuro –sobre todo después de Cantón– mediante la formulación de reservas con respecto al "*putschismo*". Pero en el teatro de los acontecimientos, en la misma China, todo revolucionario honesto tenía el deber

de hacer, en la medida de sus fuerzas, todo lo que pudiera para acelerar la sublevación, ya que la IC había declarado que la situación general era propicia para una insurrección a escala nacional. Así manifiesta el régimen de hipocresía su carácter abiertamente criminal. Al mismo tiempo, la resolución del Congreso dice:

> "El Congreso considera que es absolutamente incorrecto creer que la insurrección de Cantón fue un *putsch*. Fue una heroica batalla de retaguardia [¡!] del proletariado chino en el curso del período de la Revolución china que acaba de transcurrir; a pesar de los errores de la dirección, este levantamiento permanecerá, para la nueva etapa soviética de la revolución, como un estandarte".

Aquí, la confusión alcanza su grado máximo. Se subraya el heroísmo del proletariado de Cantón, se hace de él una pantalla para ocultar los errores de la dirección, no la de Cantón (que la resolución abandona completamente), sino la de Moscú, que todavía en la víspera, lejos de hablar de una "batalla de retaguardia", hablaba de derrocamiento del Gobierno del Kuomintang. ¿Por qué, después de la experiencia de Cantón, el llamamiento a la insurrección es denunciado como *putschismo*? Porque esta experiencia confirma lo inoportuno del levantamiento. La dirección de la IC necesitaba una nueva lección ejemplar para descubrir lo que ya era suficientemente claro sin la misma. Pero estas lecciones complementarias para deficientes mentales, ¿no le cuestan demasiado caras al proletariado?

Lominadzé (uno de los niños prodigio de la estrategia revolucionaria) juraba en el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS que la insurrección de Cantón era necesaria, correcta y saludable, precisamente porque inauguraba una era de lucha directa de los obreros y los campesinos por la conquista del poder. Estuvieron de acuerdo con él. En el VI Congreso [de la IC. NdE], Lominadzé ha reconocido que la insurrección no inauguraba una era triunfal, sino que clausuraba una era de derrotas. A pesar de ello, se continúa considerando este levantamiento como necesario, correcto y saludable. Simplemente se le ha cambiado el nombre: de un choque entre las vanguardias de las fuerzas presentes ha pasado a ser una "batalla de retaguardia". Todo lo demás continúa igual. El intento que se ha hecho de escapar a la crítica de la Oposición camuflándose detrás del heroísmo de los obreros de Cantón tiene tanto peso como, por ejemplo, el del general Rennenkampf intentando pavonearse con el heroísmo de los soldados rusos que él ahogó, con su estrategia, en los pantanos masurianos. Los proletarios de Cantón son culpables, sin haber cometido ningún error, simplemente por exceso de confianza en su dirección. La dirección de Cantón es culpable de haber tenido una confianza ciega en la política de la IC que combinó la ceguera política con el espíritu de aventura.

Es radicalmente erróneo comparar la insurrección de Cantón de 1927 con la de Moscú de 1905. Durante el año 1905, el proletariado ruso avanzó

paso a paso, arrancando concesiones al enemigo y sembrando la descomposición en sus filas, reuniendo siempre alrededor de su vanguardia una parte cada vez más importante de las masas populares. La huelga de octubre de 1905 fue una victoria inmensa cuyo significado histórico fue mundial. El proletariado ruso tenía su propio partido, que no estaba subordinado a ninguna disciplina burguesa o pequeñoburguesa. El valor propio, la intransigencia, el espíritu ofensivo del Partido aumentaban en cada nueva etapa.

El proletariado ruso había creado soviets en decenas de ciudades, y no en la víspera de la revuelta, sino en el curso del proceso de una lucha de masas por medio de la huelga. A través de estos soviets, el Partido estableció una ligazón con las amplias masas, controló su espíritu revolucionario y las movilizó. Viendo que cada día se modificaba la relación de fuerzas a favor de la revolución, el Gobierno zarista pasó a la contraofensiva e impidió así a la dirección revolucionaria disponer de todo el tiempo necesario para movilizar todas sus fuerzas. Bajo tales condiciones, la dirección revolucionaria debía poner todo en marcha para verificar en la práctica el estado de ánimo del último factor decisivo: el ejército. Ese fue el sentido de la insurrección de diciembre de 1905.

En China, los acontecimientos se desarrollaron de una forma totalmente opuesta. La política stalinista del Partido Comunista chino consistió en una serie de capitulaciones ante la burguesía, acostumbró a la vanguardia obrera a soportar el yugo del Kuomintang. En marzo de 1926, el Partido capituló ante Chiang Kai-shek, cuya posición consolidó debilitando la suya; comprometió la bandera del marxismo y se transformó en un instrumento secundario de la dirección burguesa. El Partido sofocó el movimiento agrario y las huelgas obreras, aplicando las directivas del CE de la IC sobre el bloque de las cuatro clases. El Partido renunció a la organización de los soviets para no complicar, en la retaguardia, la situación de los generales chinos; de tal forma, entregó a Chiang Kai-shek, atados de pies y manos, a los obreros de Shangai. Después del aplastamiento de Shangai, de acuerdo con las directivas del CE de la IC, el Partido depositó todas sus esperanzas en el Kuomintang de izquierda, el supuesto "centro de la revolución agraria". Los comunistas entraron en el gobierno de Ou Chang, que reprimió la huelga y los levantamientos campesinos: preparaban así una nueva y más cruel destrucción de las masas revolucionarias. Después fue lanzada una directiva absolutamente aventurera, ordenando una orientación urgente hacia la insurrección. Ese es el origen, primeramente, de la aventura de Ho-lun y de Ye-tin, y posteriormente del levantamiento, más penoso aún, de Cantón.

No, todo esto no es de ninguna manera comparable con la insurrección de diciembre de 1905.Si un oportunista llama a los acontecimientos de Cantón una aventura es porque fue una insurrección. Si un bolchevique utiliza para esos hechos la misma denominación es porque fue una insurrección inoportuna. No en vano un proverbio alemán afirma que cuando dos hombres dicen lo mismo, esto no significa lo mismo.

Los funcionarios estilo Thaelmann pueden, con respecto a la Revolución china, continuar hablando a los comunistas alemanes de la "deslealtad" de la Oposición. Nosotros enseñaremos a los comunistas de Alemania a darle la espalda a los Thaelmann. En efecto, la apreciación referida a la insurrección de Cantón plantea la cuestión de las lecciones del III Congreso sobre un asunto en el que el proletariado alemán arriesgó su futuro.

En marzo de 1921 el Partido Comunista alemán intentó una insurrección apoyándose sobre una minoría actuante del proletariado, mientras que la mayoría, cansada, desconfiada por las derrotas anteriores, permanecía pasiva. Los que en aquella época dirigieron este intento se esforzaron también en hacerse apreciar por el heroísmo de los obreros en los combates de marzo. Sin embargo, el III Congreso, lejos de felicitarles por esta empresa, condenó su espíritu de aventura. ¿Cuál fue entonces nuestra valoración de los acontecimientos de marzo? "Su esencia –escribíamos– se resume en que el joven Partido Comunista, horrorizado por un declive evidente en el movimiento obrero, hizo un intento desesperado de aprovecharse de la intervención de uno de los destacamentos más activos del proletariado, para 'electrizar' a la clase obrera y llevar las cosas, si era posible, hasta una batalla decisiva"[1]. Thaelmann no ha comprendido nada de todo esto.

Desde julio de 1923 habíamos exigido que se fijase la fecha de la insurrección en Alemania, con gran asombro de Clara Zetkin, Warsky y otros viejos socialdemócratas, muy venerables pero incorregibles. Pero a comienzos de 1924, cuando Clara Zetkin declaró que en aquel momento veía la eventualidad de un levantamiento con mucho "más optimismo" que el año anterior, no podíamos hacer otra cosa que alzar los hombros.

> "Una verdad elemental del marxismo dice que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma en una situación revolucionaria que cuando esta no existe"[2].

Este abecé es admitido verbalmente por todo el mundo hoy en día, pero está muy lejos de ser aplicado en la realidad.

La cuestión no es saber lo que los comunistas deben hacer cuando las masas se levantan por sí mismas. Esa es una cuestión particular. Cuando las masas se levantan, los comunistas deben estar con ellas, deben organizarlas e instruirlas. Pero el problema se plantea de otra forma: ¿qué es lo que la dirección ha hecho y qué es lo que tenía que hacer durante las semanas y los meses que precedieron a la insurrección de Cantón? La dirección tenía el deber de explicar a los obreros revolucionarios que después de las derrotas sufridas como consecuencia de una política errónea la relación de fuerzas había cambiado completamente a favor de la burguesía. Conmovidas por

---

1 León Trotsky, *Los cinco primeros años de la IC*, p. 333 [NdEF].

2 V. I. Lenin, *OC*, vol. XV, p. 499 [NdEF].

el choque, enormes masas obreras, que habían librado inmensos combates, abandonaban el campo de batalla. Es absurdo pensar que se pueda marchar hacia una insurrección campesina cuando las masas proletarias se retiran. Entonces es necesario reagruparse, librar combates defensivos, evitando la batalla general (esta no ofrece ninguna esperanza). Si a pesar de un trabajo así, de esclarecimiento y de educación, despreciando estas explicaciones las masas de Cantón se hubiesen sublevado (lo que era poco probable), los comunistas deberían haberlas encabezado. Pero lo que ocurrió fue justamente lo contrario. La insurrección fue ordenada de antemano, a sabiendas y premeditadamente, a partir de una estimación incorrecta de toda la situación. Un destacamento del proletariado fue arrastrado a una lucha que no tenía ninguna esperanza, que permitió al enemigo aniquilar más fácilmente a la vanguardia de la clase obrera. No decirlo abiertamente es engañar a los obreros chinos y preparar nuevas derrotas. El VI Congreso no lo ha dicho.

¿Significan estas críticas que la insurrección de Cantón fue solamente una aventura y que esta no admite más que una conclusión, es decir, que la dirección fue completamente inepta? No, no es ese su sentido. La insurrección de Cantón ha mostrado que, incluso en una ciudad no industrializada, con las viejas tradiciones pequeñoburguesas del sunyatsenismo, el proletariado se ha mostrado capaz de ir a la insurrección, combatir con valentía y conquistar el poder. Este hecho tiene una importancia enorme. Prueba una vez más cuán grande es el rol político que puede ejercer la clase obrera, incluso si es relativamente débil numéricamente, en un país históricamente atrasado y en el que la mayoría de la población se compone de campesinos y de pequeñoburgueses dispersos. El acontecimiento, una vez más después de 1905 y 1917, ha desmentido completamente a los filisteos estilo Kuusinen, Martinov y compañía, que predican que no se puede pensar con la dictadura del proletariado en la China "agraria". Y, sin embargo, los Martinov y los Kuusinen son actualmente los inspiradores cotidianos de la IC.

La insurrección de Cantón ha mostrado al mismo tiempo que, en el momento decisivo, el proletariado no ha podido encontrar, incluso en la capital pequeñoburguesa del sunyatsenismo, un solo aliado político, ni siquiera entre los residuos del Kuomintang de izquierda o de ultraizquierda. Esto significa que la tarea vital que consiste en realizar la alianza entre los obreros y los campesinos pobres incumbe directa y exclusivamente, en China, al Partido Comunista. Su cumplimiento es una de las condiciones del triunfo de la tercera revolución china, cuya victoria dará el poder a la vanguardia del proletariado apoyada por la unión de los obreros y los campesinos pobres.

Si se quiere hablar de "deslealtad", habremos de decir que los traidores de los héroes y las víctimas de la insurrección de Cantón son aquellos que se niegan a sacar las lecciones de este levantamiento para esconder los crímenes de la dirección. Estas lecciones son las siguientes:

1. La insurrección de Cantón ha mostrado que la vanguardia proletaria es la única capaz en China de sublevarse y conquistar el poder. Después de la experiencia de colaboración entre el Partido Comunista y el Kuomintang, la insurrección ha mostrado la total falta de vitalidad y el carácter reaccionario de la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado, opuesta a la de la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a los campesinos pobres.
2. La insurrección de Cantón ha mostrado que, por ser concebida y ejecutada en un sentido contrario al de la marcha de la revolución, aceleró y profundizó su retroceso, facilitando la aniquilación de las fuerzas proletarias por parte de la contrarrevolución burguesa. Esta catástrofe da al período interrevolucionario un carácter doloroso, que será crónico y duradero. El mayor problema es ahora el renacimiento del Partido Comunista como organización de la vanguardia del proletariado.

Estas dos conclusiones tienen la misma importancia. Sólo considerándolas conjuntamente se puede juzgar la situación y fijar las perspectivas. El VI Congreso no ha hecho ninguna de las dos cosas. Tomando como base las resoluciones del IX Pleno del CE de la IC (febrero de 1928), que afirmaba que la revolución china "continuaba", el Congreso esquivó la verdad; llegó hasta afirmar que esta revolución entraba en una fase preparatoria. Pero esta evasión no servirá de nada. Hay que hablar clara y sinceramente; hay que reconocer neta, abierta, brutalmente la ruptura que se ha producido, ajustar la táctica y, al mismo tiempo, seguir una orientación tal que la vanguardia del proletariado sea llevada a ejercer, por medio de la insurrección, un papel preponderante en la China soviética del futuro.

2. El período interrevolucionario y sus tareas

La política bolchevique se caracteriza no solamente por su envergadura revolucionaria, sino también por su realismo político. Estos dos aspectos del bolchevismo son inseparables. La más importante de las tareas es saber reconocer en el momento oportuno una situación revolucionaria y explotarla hasta el final. Pero no es menos importante ser capaz de comprender cuando esta situación ha pasado y se ha transformado políticamente en su contrario. No hay nada más inútil y más indigno que mostrar el puño después de la batalla. Esta es, sin embargo, la especialidad de Bujarin. Primero ha explicado que el Kuomintang y los soviets eran lo mismo y que, a través del Kuomintang, los comunistas podían conquistar el poder sin batalla. Y cuando el Kuomintang aplasta a los obreros con la ayuda de Bujarin, este amenaza con el puño. Cuando Bujarin no hacía más que corregir o "completar" a Lenin, su aspecto caricaturesco no sobrepasaba ciertos límites modestos. Cuando pretende dirigir por sí mismo, aprovechando la falta total de conocimientos

de Stalin, Rikov y Molotov en las cuestiones internacionales, el pequeño Bujarin se infla hasta convertirse en una caricatura gigante del bolchevismo. La estrategia de Bujarin se reduce a rematar y mutilar, en la época del declive, todo lo que ha quedado vivo de la revolución fracasada y manchada.

Hay que comprender claramente que no hay en la actualidad una situación revolucionaria en China. Es, por el contrario, una situación contrarrevolucionaria la que la sustituyó; comienza un período interrevolucionario de duración indeterminada. Sepárense con desprecio de quienes digan que esto es pesimismo y falta de fe. Cerrar los ojos ante los hechos, ahí está la mala fe más infame de todas.

En China la situación continúa siendo revolucionaria en el fondo en la medida en que todas las contradicciones internas y externas de este país no tienen otra solución que la revolución. Pero en este sentido no hay un solo país en el mundo en el que la situación no deba, algún día, convertirse en abiertamente revolucionaria, a excepción de la URSS, donde, a pesar de cinco años de desplazamiento oportunista, la forma soviética de la dictadura proletaria mantiene todavía la posibilidad de un renacimiento de la Revolución de Octubre por la vía de las reformas.

En ciertos países, la transformación de la revolución potencial en una revolución real es una posibilidad más próxima; en otros es muy lejana. Es muy difícil predecir la mutación debido a que está determinada no solamente por la gravedad de las contradicciones internas, sino también por la intervención de los factores mundiales. Se puede suponer, por muchas razones, que la revolución tendrá lugar en Europa antes que en América del Norte. Pero las previsiones anunciando que la revolución estallará primero en Asia y después en Europa tienen un carácter ya más condicional. Esto es posible, incluso probable, pero no tiene que ser fatalmente así. Nuevas dificultades y complicaciones parecidas a la ocupación del Ruhr en 1923, o bien el agravamiento de la crisis del comercio y la industria bajo la presión de los Estados Unidos, pueden arrojar en un futuro próximo a los Estados europeos a una situación directamente revolucionaria, como en Alemania en 1923, Inglaterra en 1926 o Austria en 1927.

El hecho de que China atravesase todavía ayer una crisis revolucionaria aguda no acerca la revolución, ni la adelanta para hoy o para mañana, sino que, por el contrario, la aleja. El período que siguió a la Revolución de 1905 conoció grandes conmociones revolucionarias y transformaciones en los países de Oriente (Persia, Turquía, China), pero en la misma Rusia la revolución no renació sino doce años más tarde, en relación con la guerra imperialista. Ciertamente, estos plazos no son obligatorios para China. El ritmo general de desarrollo de las contradicciones mundiales se ha acelerado: es todo lo que puede decirse. Pero hay que tener en cuenta el hecho de que, precisamente en China, la revolución ha sido aplazada hasta un futuro indeterminado. Hay algo más grave: las consecuencias de la derrota aún no

han terminado. Entre nosotros, el reflujo se prolongó durante 1907, 1908, 1909 y, parcialmente, 1910, año en que, en gran medida, gracias a la recuperación de la industria, la clase obrera se reanimó. Ante el Partido Comunista chino se abre un barranco mucho más abrupto. Es necesario, en esta situación, saber agarrarse a cada saliente, conservar con tenacidad cada punto de apoyo con el fin de no caerse y romperse el cuello.

El Partido Comunista chino, y para comenzar su vanguardia, debe asimilar la inmensa experiencia de las derrotas y, con métodos de acción nuevos, reconocer la nueva situación; debe reajustar sus filas dislocadas; debe renovar sus organizaciones de masas; debe, más clara y netamente que hasta ahora, precisar su actitud frente a los problemas que se plantean al país: unidad y liberación nacional, revolución agraria.

Por otra parte, la burguesía china tiene que gastar el capital acumulado en sus victorias. Las contradicciones que existen en su seno, así como entre la burguesía y el mundo exterior, deben ser, una vez más, puestas al desnudo y agravadas. Un nuevo reagrupamiento de las fuerzas debe tener una repercusión en el campesinado y reiniciar su actividad. Gracias a estos signos se podrá reconocer que la situación ha vuelto a convertirse en revolucionaria a un nivel histórico más elevado.

> "Los que han tenido que vivir –decía Lenin el 23 de febrero de 1918– los largos años de las batallas revolucionarias, en la época del ascenso de la revolución y en la época de su caída en el abismo, cuando los llamamientos revolucionarios a las masas no encontraban ningún eco, saben que, sin embargo, la revolución siempre vuelve a levantarse"[3].

El ritmo que siga la revolución china "levantándose" dependerá no solamente de las condiciones objetivas, sino también de la política de la IC.

La resolución del Congreso da un rodeo diplomático alrededor de estos problemas esenciales; siembra reservas a derecha e izquierda a fin de salvarse. Podemos decir que, como los abogados, crea de antemano los motivos que permitirán presentar los recursos de casación y apelación.

Es cierto que reconoce que "la consigna del levantamiento de las masas se convierte en una consigna propagandística y sólo en la medida en que se prepare un nuevo flujo de la revolución se convertirá de nuevo en práctica e inmediatamente aplicable". Notemos, al pasar, que en febrero de este año una actitud parecida era todavía denominada trotskismo. Hay que comprender, sin duda, que este término designa la capacidad para tener en cuenta los hechos y sus consecuencias más rápidamente de lo que pueda hacerlo la dirección de la IC.

Pero la resolución del Congreso no va más lejos que esta transformación de la insurrección armada en una consigna de propaganda. Los informes no

---

3 V. I. Lenin, *OC*, vol. XXVII, p. 41 [NdEE].

aportan nada más sobre este punto. ¿Qué debemos esperar en el curso del próximo período? ¿Qué orientación hay que seguir en el trabajo? No hay ninguna perspectiva.

Para captar bien y a fondo las lecciones que se pueden sacar todavía de una reflexión sobre este tema, echemos de nuevo un vistazo a la jornada de ayer, a esta misma resolución del CC chino que ofrece la manifestación más asombrosa de una ligereza de espíritu "revolucionario" agravada por el oportunismo.

El Pleno del CC del Partido Comunista chino, dirigido por los niños prodigio del centrismo de izquierda, adoptaba, en noviembre de 1927, en vísperas de la insurrección de Cantón, la siguiente resolución:

> "Considerando la situación política general creada después del golpe de Estado contrarrevolucionario de Hunan, el CC del Partido Comunista chino ha afirmado ya en sus tesis de agosto que sobre la base de las actuales relaciones sociales, económicas y políticas, la estabilización de la reacción militar burguesa en China es absolutamente imposible".

En esta notable tesis sobre la *estabilización* se ha hecho la misma operación que con respecto a la *situación revolucionaria.* Estos dos conceptos han sido transformados en sustancias irremediablemente opuestas la una a la otra. Si, no importa bajo qué circunstancias, la situación revolucionaria está asegurada para "largos años", está claro que la estabilización, pase lo que pase, es "absolutamente imposible". Una completa a la otra, dentro de un sistema de principios metafísicos. Bujarin y su amigo-enemigo Lominadzé comprenden tan mal, tanto uno como otro, que la situación revolucionaria y su contrario, la estabilización, no son solamente un terreno para la lucha de clases, sino que constituyen también su contenido viviente. Hemos escrito ya una vez que la "estabilización" es un "objeto" de la lucha de clases, y no un terreno fijado de antemano para esta. El proletariado quiere desarrollar y utilizar una situación de crisis, mientras que la burguesía pretende poner fin a esa crisis y superarla por medio de la estabilización. La estabilización es el "objeto" de la lucha de estas fuerzas fundamentales de clase. Bujarin se rió primero burlonamente de esta definición, para introducirla enseguida, textualmente, de contrabando, en un informe impreso presentado a un pleno del CE de la IC. Pero incluso admitiendo nuestra fórmula, especialmente dirigida contra su escolástica, Bujarin no comprendió en absoluto el significado de nuestra definición. En cuanto a los saltos caprichosos que Lominadzé ejecuta hacia la izquierda, su radio es muy restringido, porque el valiente niño prodigio no se atreve a romper la cuerda que le sujeta a Bujarin.

Naturalmente, la estabilización absoluta es algo totalmente opuesto a una situación revolucionaria absoluta. La conversión de uno de estos absolutos en el otro es "absolutamente imposible". Pero si se desciende de esas ridículas cimas teóricas nos encontramos con que antes del triunfo completo y

definitivo del socialismo hay grandes probabilidades de que la situación revolucionaria relativa se convierta, más de una vez, en estabilización relativa (y viceversa). Si todo se mantiene igual, el peligro de transformación de una situación revolucionaria en estabilización burguesa es tanto mayor cuanto menos capaz sea la dirección proletaria de explotar la situación. La dirección de la camarilla de Chiang Kai-shek fue superior a la de Chen Du-xiu y Tan Pin-sian. Pero no es esta dirección la que tomaba las decisiones: el imperialismo extranjero guiaba a Chiang Kai-shek con amenazas y promesas y a través de su ayuda directa. La IC dirigía a Chen Du-xiu. Aquí cruzaron sus espadas dos direcciones de envergadura mundial. La de la IC mostró en todas las etapas de la lucha su perfecta mediocridad, facilitando así al máximo la tarea de la dirección imperialista. Bajo tales condiciones, la transformación de la situación revolucionaria en estabilización burguesa no solamente no es "imposible", sino que es absolutamente inevitable. Más aún: se realiza, y dentro de ciertos límites ya se ha completado.

Para Europa, Bujarin ha anunciado un nuevo período de estabilización "orgánica". Aseguraba que no se debe esperar en Europa, en los próximos años, una repetición de los acontecimientos de Viena ni, en general, sacudidas revolucionarias. No se sabe por qué. La lucha por la conquista del poder pasa al último plano en Europa en beneficio de la lucha que hay que llevar a cabo contra la guerra. En cambio, cuando se trata de China, se niega la estabilización, de la misma forma que el V Congreso la negó para Alemania después de la derrota de 1923. Todo pasa y todo cambia, exceptuando los errores de la IC.

La derrota de los obreros y los campesinos en China corresponde inevitablemente a una consolidación política de las clases dirigentes chinas; ahí está precisamente el punto de partida de la estabilización económica. Cierto ordenamiento de la circulación interna y de las relaciones comerciales externas efectuado después de la pacificación o la limitación del sector en el que reina la guerra civil entraña automáticamente una recuperación de la actividad económica. Las necesidades vitales del país, completamente devastado y agotado, deben satisfacerse en algún grado. El número de los obreros empleados tiene que aumentar.

Sería inútil cerrar los ojos a la existencia de ciertas premisas políticas para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas del país, desarrollo que, naturalmente, tomará formas de sometimiento capitalista. Las premisas políticas no bastan por sí solas. Es también necesario un impulso económico, sin el cual no se lograría el éxito sobre la reorganización más que con una relativa lentitud. Este empujón exterior puede venir a través de la afluencia de capitales extranjeros. En este momento, Norteamérica ya se ha adelantado notablemente a Japón y Europa al consentir, en la forma, la conclusión de un "tratado equitativo". La depresión interna, de cara a los recursos disponibles, hace más que probable una vasta intervención económica de Estados Unidos

en China, manteniéndole al Kuomintang la puerta "abierta". No hay duda de que los países europeos, en particular Alemania, en lucha contra la crisis que se agrava rápidamente intentarán desembarcar en el mercado chino.

Dada la inmensa extensión de China y lo multitudinario de su población, incluso éxitos débiles en la construcción de carreteras o un simple aumento en la seguridad de los transportes, acompañados de cierta regularización del cambio, deben aumentar automáticamente de forma considerable la circulación comercial y, por ello mismo, animar la industria. En la actualidad, los países capitalistas más importantes, entre ellos y lejos de ocupar el último lugar Estados Unidos, preocupados por la salida de sus automóviles están interesados en el establecimiento de rutas de todo tipo.

Para estabilizar el cambio chino y para trazar las rutas es preciso un gran préstamo del extranjero. Se está discutiendo la posibilidad de tal préstamo y se reconoce como absolutamente real en la prensa financiera anglosajona influyente. Se habla de un consorcio internacional bancario para amortizar las deudas de China y concederle nuevos créditos. Ya actualmente la prensa bien informada estima que este futuro negocio es el "más importante de la historia mundial".

En qué medida serán ejecutados estos proyectos grandiosos es algo imposible de decir sin una documentación más abundante; no obstante, esta se refiere, en parte, a operaciones que tienen lugar entre bastidores. Pero no hay duda de que, en un futuro próximo, los acontecimientos seguirán esta dirección. Ahora la prensa da decenas de informaciones mostrando que la pacificación extremadamente relativa de China y su unificación todavía más relativa han provocado ya un progreso en los terrenos más diversos de la vida económica. Una buena cosecha en casi toda China apunta en el mismo sentido. Los diagramas de la circulación interior, de las importaciones, de las exportaciones, evidencian signos de desarrollo.

No se deben, esto no hay ni que decirlo, repetir los errores de ayer al revés. No hay que atribuir a la estabilización semicolonial capitalista no se sabe qué rasgos rígidos, inmodificables, en una palabra, metafísicos. Será una estabilización muy desigual, expuesta a todos los vientos de la política mundial, así como a los peligros internos, que no han sido todavía eliminados. No obstante, esta estabilización burguesa, muy relativa, es algo muy distinto a una situación revolucionaria. Es verdad que, materialmente, las relaciones fundamentales entre las clases continúan siendo las mismas. Pero las relaciones políticas entre sus fuerzas, para el período que estamos considerando, se han modificado radicalmente. El hecho de que el Partido Comunista haya sido casi enteramente obligado a volver a sus posiciones de partida manifiesta también esta modificación. Deberá reconquistar su influencia política partiendo casi desde cero. Lo que se ha adquirido es la experiencia. Pero para que resulte positiva y no negativa esta experiencia debe, esto es absolutamente necesario, ser juiciosamente asimilada. Mientras tanto, la burguesía

actúa con más seguridad, con más cohesión. Ha pasado a la ofensiva. Se fija a sí misma grandes tareas para mañana. El proletariado retrocede, está lejos de resistir siempre los golpes. El campesinado, privado de una dirección poco centralizada, hierve aquí y allá, pero sin posibilidades reales de éxito. No obstante, el capital extranjero viene en ayuda de la burguesía china con la intención de hacer doblegar, por intermedio suyo, a las masas laboriosas chinas. Ese es el mecanismo de la estabilización. Pasado mañana, cuando Bujarin se tope de frente con los hechos, proclamará que hasta entonces se podía considerar la estabilización como "ocasional", pero que, en la actualidad, está claro que es "orgánica". En otras palabras, aquí también saltará por encima de sus huellas pero esta vez partiendo con el pie derecho.

La recuperación económica se corresponderá, por su parte, con la movilización de nuevas decenas y centenares de miles de obreros chinos, con el fortalecimiento de sus filas, con el crecimiento de su peso específico en la vida social del país, y por ello mismo con un aumento de la confianza revolucionaria en sí mismos. La animación del comercio y la industria en China hará que pronto alcance toda su agudeza el problema del imperialismo. Si el Partido Comunista chino, influenciado por la escolástica de Bujarin y Lominadzé, da la espalda al proceso que se desarrolla efectivamente en el país perderá el punto de apoyo económico de la recuperación del movimiento obrero. Al principio, el aumento del peso específico del proletariado y de su confianza de clase se manifestará en un renacimiento de las luchas, en las huelgas y la consolidación de los sindicatos. Es inútil decir que se abrirán así serias posibilidades ante el Partido Comunista chino. Ignoramos cuánto tiempo tendrá que permanecer en la clandestinidad. En cualquier caso, es necesario reforzar y perfeccionar la organización ilegal a lo largo del próximo período. Pero esta tarea no puede ser llevada a cabo al margen de la vida y la lucha de las masas. El aparato ilegal tendrá tantas más posibilidades de desarrollarse cuanto más íntimamente lo envuelvan las organizaciones legales y semilegales de la clase obrera, y cuanto más penetre dentro de ellas. Es necesario que el Partido Comunista chino renuncie a todas las coberturas doctrinales y que esté atento al pulso de la vida económica del país. En el momento oportuno, debe ponerse a la cabeza de las huelgas, tomar la iniciativa del resurgimiento de los sindicatos y de la lucha por la jornada de ocho horas. Sólo bajo estas condiciones puede realizarse sobre una base seria su participación en la vida política del país.

"No puede plantearse –decía en el Congreso uno de los delegados chinos– una consolidación del poder del Kuomintang" (*Pravda*, 28 de agosto de 1928). Esto es falso. Puede perfectamente "plantearse" una consolidación, incluso muy considerable, del poder del Kuomintang, incluso por un período bastante importante.

La burguesía china ha logrado, en el período considerado, victorias muy importantes sobre los obreros y los campesinos con una facilidad que no

preveía. La consecuente recuperación de su conciencia de clase se ha hecho sentir claramente en la conferencia económica que se ha reunido a fines de junio en Shangai, que, de alguna forma, ha sido el preparlamento económico de la burguesía china. Ha mostrado que quiere recoger los frutos de su victoria. En este camino se choca con los militaristas y los imperialistas, con cuya ayuda ha triunfado sobre las masas. La burguesía quiere la autonomía aduanera, este jalón de la independencia económica, y la unificación tan completa como sea posible de China: abolición de las aduanas internas, que desorganizan el mercado; supresión de la arbitrariedad de las autoridades militares, que confiscan el material que circula por los ferrocarriles y atentan contra la propiedad privada; reducción de los ejércitos, que pesan gravemente sobre la economía del país. Es también este objetivo el que persiguen la creación de un valor monetario único y el reordenamiento de la administración. Todas estas exigencias han sido formuladas por la burguesía en su preparlamento económico. El Kuomintang ha tomado nota formalmente, pero, totalmente dividido entre las camarillas militares regionales, es un obstáculo para la realización de estas medidas.

Los imperialistas extranjeros representan otro obstáculo más importante. No sin razón, la burguesía cree que explotará con más éxito las contradicciones interimperialistas y que obtendrá compromisos más ventajosos cuanto mejor haya sabido obligar en su provecho a las camarillas militares del Kuomintang a someterse al aparato del Estado burgués centralizado. En este sentido van las aspiraciones actuales de los elementos más "progresistas" de la burguesía y de la democracia pequeñoburguesa.

La idea de la Asamblea Nacional, coronación de las victorias conseguidas, medio de barrer a los militaristas, representación autorizada de la burguesía china en los negocios a tratar con el capital extranjero, nace de esta voluntad. El progreso económico que se esboza ante nosotros no puede más que envalentonar a la burguesía, y la obliga a ver con una hostilidad particular todo lo que pueda atentar contra la regularidad de la circulación de las mercancías y desorganice el mercado nacional. La primera etapa de la estabilización económica aumentará con seguridad las posibilidades de éxito del parlamentarismo chino y exigirá, como consecuencia, que el Partido Comunista chino dé muestras también de iniciativa política en esta cuestión en el momento oportuno.

Para la burguesía china, después de haber vencido a los obreros y los campesinos, no puede plantearse más que una asamblea ultrarrestringida, que tal vez dará simplemente forma a la representación de las asociaciones industriales y comerciales sobre la base de las cuales fue convocada la conferencia económica de Shangai. La democracia pequeñoburguesa, que inevitablemente comenzará a agitarse contra el declive de la revolución, formulará consignas más "democráticas". Buscará ligarse así a ciertas capas superiores de las masas populares de las ciudades y el campo.

El desarrollo "constitucional" de China, al menos en su próxima etapa, está íntimamente ligado a la evolución interna del Kuomintang, que concentra actualmente el poder del Estado. El último pleno de agosto del Kuomintang ha decidido, por lo que podemos saber, convocar para el 1 de enero de 1929 el congreso del partido, que ha sido retrasado durante tanto tiempo como consecuencia del miedo que tenía el centro de perder el poder (como vemos, la "particularidad" de China no es muy particular). En su orden del día figura el problema de la Constitución china. Ciertamente, cualquier acontecimiento interno o externo puede impedir el congreso de enero del Kuomintang y toda la era constitucional de la estabilización de la burguesía china. Esta eventualidad siempre es posible. Pero si no intervienen nuevos factores, la cuestión del régimen estatal en China, los problemas constitucionales, estarán en el centro de la atención pública en el próximo período.

¿Qué posición tomará el Partido Comunista? ¿Qué opondrá a este proyecto de constitución del Kuomintang? ¿Puede decir el Partido Comunista que, ya que se prepara para crear soviets en el futuro a partir del momento en que se produzca un resurgimiento revolucionario, le es indiferente que exista o no, hasta *entonces*, una Asamblea Nacional en China (poco importa que sea restringida o abierta a todo el pueblo)? Semejante actitud sería superficial, vacía, pasiva.

El Partido Comunista puede y debe formular la consigna de una Asamblea Constituyente con plenos poderes, elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto. Durante la agitación que se desarrolle a favor de esta consigna evidentemente se tendrá que explicar a las masas que es poco probable que sea convocada una asamblea así y que, si lo fuera, sería impotente mientras el poder material continuase en manos de los generales del Kuomintang. Así aparece la posibilidad de abordar de una forma nueva la consigna del armamento de los obreros y los campesinos.

La animación política ligada a la recuperación de la actividad económica hará resurgir como protagonista al problema agrario. Pero durante cierto período este puede verse planteado en el terreno parlamentario, es decir, que puede ser que veamos a la burguesía, y sobre todo a la democracia pequeñoburguesa, intentar "resolverlo" por la vía legislativa. El Partido Comunista no puede adaptarse a la legalidad burguesa, no puede capitular ante la propiedad burguesa. Por lo tanto, puede y debe tener su propio proyecto acabado para dar una solución de conjunto a la cuestión agraria sobre la base de la confiscación de las propiedades terratenientes que sobrepasen cierta extensión (variable según las provincias). En el fondo, el proyecto comunista de ley agraria debe ser la fórmula de la futura revolución agraria. Pero el Partido Comunista puede y debe introducir su fórmula en la lucha por la Asamblea Nacional, y dentro de ésta, si llega a ser convocada.

La consigna de la Asamblea Nacional (o Constituyente) se combina así estrechamente con las otras: la jornada de ocho horas, la confiscación de

tierras y la independencia nacional completa de China. En estas consignas es donde se manifiesta la etapa democrática del desarrollo de la revolución china. En el plano político internacional, el Partido Comunista reivindicará la alianza con la URSS. Combinando juiciosamente estas consignas, avanzando cada una en el momento oportuno, el Partido Comunista podrá salir de la clandestinidad, formar un bloque con las masas, conquistar su confianza y aproximar así el momento de la creación de los soviets y de la lucha directa por el poder.

Esta etapa democrática de la revolución impone tareas históricas muy determinadas. Pero el carácter democrático de estas tareas no determina en absoluto, por sí mismo, las clases que resolverán estos problemas ni fija las condiciones bajo las que lo harán. En el fondo, todas las grandes revoluciones burguesas tenían que resolver problemas del mismo tipo, pero se planteaban con mecanismos de clase diferentes. En la lucha por los objetivos democráticos en China, en el curso del período interrevolucionario, el Partido Comunista reunirá sus fuerzas, controlará sus consignas y sus métodos de acción. Si, por ello mismo, le toca pasar por un período de parlamentarismo (lo que es posible, incluso probable, pero en absoluto inevitable), la vanguardia proletaria podrá reconocer a sus enemigos y adversarios examinándolos a través del prisma del parlamento. A lo largo del período preparlamentario y parlamentario esta vanguardia deberá llevar una lucha intransigente para conquistar la influencia sobre los campesinos, para dirigir políticamente al campesinado de forma directa. Incluso en el caso de que la Asamblea Nacional llegase a constituirse de manera muy democrática los problemas fundamentales no dejarían de tener que ser resueltos por la fuerza. A través del período parlamentario, el Partido Comunista llegará a una lucha directa e inmediata por el poder, pero poseerá una base histórica más madura; la victoria se hará más segura.

Hemos dicho que la etapa parlamentaria era probable, pero no inevitable. Una nueva descomposición del país, así como causas externas, pueden impedirla; de todos modos, en el primer caso podría surgir un movimiento a favor de parlamentos regionales. Pero todo esto no disminuye la importancia de la lucha por una Asamblea Nacional convocada democráticamente que, por sí misma, se introduciría como una cuña entre los agrupamientos de las clases dominantes y ampliaría el marco de la actividad del proletariado. Sabemos de antemano que todos los "dirigentes" que han predicado el bloque de las cuatro clases y las comisiones de arbitraje en lugar de las huelgas, que han ordenado mediante comunicados no extender el movimiento agrario, que han aconsejado no aterrorizar a la burguesía, que han prohibido la creación de los soviets, subordinado el Partido Comunista al Kuomintang, aclamado a Wan Tin-wei como jefe de la revolución agraria, sabemos que todos estos oportunistas culpables de la derrota de la revolución van a intentar engordar a costa del ala izquierda y que ven en nuestra forma de plantear

el problema "ilusiones constitucionales" y una "desviación socialdemócrata". Creemos que es indispensable prevenir a tiempo a los comunistas y a los obreros avanzados chinos contra el falso radicalismo vacío de aquellos que ayer tenían como favorito a Chiang Kai-shek. No es posible desembarazarse de un proceso histórico por medio de citas deformadas, de la confusión, de kilómetros de resoluciones; no se puede, mediante toda clase de trucos burocráticos y literarios, escaparles a los hechos y a las clases. Los acontecimientos llegan y juzgan. Aquellos a quienes no les basta el control del pasado no tienen más que esperar el del futuro. Pero que no olviden en ningún momento que esta verificación se realiza a costa de la vanguardia proletaria.

3. Los soviets y la Asamblea Constituyente

Esperamos que no sea necesario plantear aquí el problema general de la democracia formal, es decir, de la democracia burguesa. Nuestra actitud con respecto a ella no tiene nada en común con la negación estéril del anarquismo. La consigna y las normas de la democracia se presentan bajo formas diversas para los diferentes países según la etapa en que se encuentre la evolución de la sociedad burguesa. Las consignas democráticas contienen durante cierto tiempo ilusiones y engaños, pero encierran en su seno una fuerza histórica estimuladora:

> "Mientras la lucha de la clase obrera por todo el poder no esté a la orden del día, tenemos el deber de utilizar todas las formas de la democracia burguesa"[4].

Desde el punto de vista político, la cuestión de la democracia formal recubre el problema de nuestra actitud no solamente frente a las masas pequeñoburguesas, sino también frente a las masas obreras, en la medida en que estas últimas no hayan adquirido todavía una conciencia revolucionaria de clase. En condiciones en que progresaba la revolución, en el momento de la ofensiva del proletariado, la irrupción en la vida política de las capas de base de la pequeñoburguesía se manifestó en China a través de revueltas agrarias, conflictos con las tropas gubernamentales, huelgas de todo tipo, la masacre de los pequeños administradores. En la actualidad, todos los movimientos de este tipo disminuyen claramente. La soldadesca triunfante del Kuomintang domina la sociedad. Cada día de estabilización producirá choques cada vez más numerosos entre este militarismo y esta burocracia, por una parte, y por la otra no solamente los obreros avanzados, sino también la masa pequeñoburguesa predominante en las ciudades y en el campo e incluso, dentro de determinados límites, la gran burguesía. Antes de que el desarrollo

4 V. I. Lenin, *OC*, vol. XXVIII, p. 435 [NdEE].

de estas colisiones las transforme en una lucha revolucionaria clara, pasarán, según todos los datos, por un estadio "constitucional". Los conflictos entre la burguesía y sus propias camarillas militares se extenderán inevitablemente, por medio de un "tercer partido" o por otras vías, a las capas superiores de las masas pequeñoburguesas. En el plano económico y cultural, estas masas son extraordinariamente débiles. Su fuerza política potencial se reduce a su número. Las consignas de la democracia formal conquistan o son capaces de conquistar no solamente a las masas pequeñoburguesas, sino también a las grandes masas obreras, precisamente porque les ofrecen la posibilidad (al menos aparente) de oponer su voluntad a la de los generales, los terratenientes y los capitalistas. La vanguardia proletaria educa a las masas sirviéndose de esta experiencia y las lleva hacia adelante.

El ejemplo de Rusia muestra que cuando progresa la revolución el proletariado organizado en soviets puede, por medio de una política correcta dirigida hacia la conquista del poder, arrastrar al campesinado, hacerle chocar frontalmente con la democracia formal personificada por la Asamblea Constituyente y empujarle por el camino de la democracia soviética. En cualquier caso, no se llega a estos resultados oponiendo simplemente los soviets a la Asamblea Constituyente, sino arrastrando a las masas hacia los soviets, conservando siempre las consignas de la democracia formal hasta el momento de la conquista del poder e incluso después.

> "Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para aceptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático. Y pese a ello, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como después de la conquista del poder político por el proletariado […].
> Incluso unas semanas antes de la victoria de la República Soviética, e incluso después de esta victoria, la participación en un parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite demostrar con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, facilita el éxito de su disolución, aproxima el momento de 'la caducidad política' del parlamentarismo burgués"[5].

Cuando adoptamos las medidas prácticas directas para dispersar la Asamblea Constituyente recuerdo cómo Lenin insistió especialmente en que se hiciera venir a Petrogrado uno o dos regimientos de cazadores letones, compuestos sobre todo de obreros agrícolas. "La guarnición de Petrogrado es casi enteramente campesina; puede vacilar ante la Constituyente". Así expresaba

5 V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, en *Obras escogidas en doce tomos*, Moscú, Progreso, 1977, tomo XI, pp. 40 y 41 [NdEE].

Lenin sus preocupaciones. En este asunto no se trataba en absoluto de "tradiciones" políticas, porque el campesinado ruso no podía tener tradiciones serias de democracia parlamentaria. El fondo del problema es que la masa campesina, una vez que se ha despertado a la vida histórica, no se siente inclinada de ninguna manera a confiar desde su inicio en una dirección proveniente de las ciudades, incluso si es proletaria, sobre todo en un período no revolucionario; esta masa busca una fórmula política simple que exprese directamente su propia fuerza política, es decir, el predominio del número. La expresión política de la dominación de la mayoría es la democracia formal.

No hay que decir que sería una pedantería digna de Stalin afirmar que las masas populares no pueden y no deben jamás, bajo ninguna circunstancia, "saltar" por encima del escalón "constitucional". En algunos países, la época del parlamentarismo dura muchas décadas, incluso siglos. En Rusia, este período no se prolongó más que durante los pocos años del régimen seudoconstitucional y el único día de existencia de la Constituyente. Históricamente, se pueden concebir perfectamente situaciones en las que no existan siquiera estos pocos años y este único día. Si la política revolucionaria hubiera sido correcta, si el Partido Comunista hubiera sido completamente independiente del Kuomintang, si se hubieran formado soviets en 1925-27, el desarrollo revolucionario habría podido conducir a la China de hoy a la dictadura del proletariado sin pasar por la fase democrática. Pero incluso en ese caso la fórmula de la Asamblea Constituyente que el campesinado no ha ensayado en el momento más crítico, que no ha experimentado y que, por lo tanto, le ilusiona todavía, habría podido, tras la primera diferencia seria entre el campesinado y el proletariado, al día siguiente mismo de la victoria, convertirse en la consigna de los campesinos y de los pequeñoburgueses de las ciudades contra los proletarios. A pesar de todo, los conflictos importantes entre el proletariado y el campesinado, incluso en condiciones favorables a su alianza, son absolutamente inevitables, como lo demuestra la Revolución de Octubre. Nuestra mayor ventaja residía en este hecho: la mayoría de la Asamblea Constituyente se había formado durante la lucha de los partidos dominantes por la continuación de la guerra y contra la confiscación de la tierra por los campesinos; por consiguiente, estaba seriamente comprometida a los ojos del campesinado en el momento en que fue convocada.

¿Cómo caracteriza la resolución del Congreso, adoptada tras la lectura del informe de Bujarin, el período actual del desarrollo de China y las tareas que se desprenden? El párrafo 54 de esta resolución dice:

> "En la actualidad, la tarea principal del Partido –durante el período comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario– es luchar por conquistar a las masas, es decir, que debe realizar un trabajo de masas entre los obreros y los campesinos, restablecer sus organizaciones, utilizar todo descontento contra los terratenientes, los burgueses, los generales, los imperialistas extranjeros".

Aquí hay realmente un ejemplo clásico de doble sentido, del tipo de los más célebres oráculos de la antigüedad. El período actual es caracterizado como "comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario". Esta fórmula nos resulta conocida. El V Congreso la había aplicado a Alemania. Toda situación revolucionaria no se desarrolla uniformemente, sino que conoce flujos y reflujos. Esta fórmula ha sido elegida con premeditación para que no se pueda pensar al interpretarla que confiesa la existencia de una situación revolucionaria, en la cual se produce simplemente una pequeña "calma" antes de la tormenta. Casualmente, se podría creer también que admite que transcurrirá todo un período entre dos revoluciones. Tanto en un caso como en otro, será posible comenzar una futura resolución con las palabras "como habíamos previsto" o "como habíamos predicho".

En todo pronóstico histórico hay, inevitablemente, un elemento condicional. Cuanto más breve es el período considerado, más importante es este elemento. En general, es imposible establecer un pronóstico que evite que los dirigentes del proletariado tengan que analizar más tarde la situación. Un pronóstico no fija una necesidad invariable; es su orientación lo que tiene importancia. Se puede y se debe ver hasta qué punto todo pronóstico es condicional. Se puede incluso, en determinadas situaciones, presentar numerosas variantes para el futuro, delimitándolas de forma reflexiva. Finalmente, en el caso de una situación problemática, se puede, a título provisorio, renunciar totalmente a establecer un pronóstico y aconsejar simplemente esperar y ver. Pero todo eso debe ser hecho clara, abierta y honestamente. A lo largo de los cinco últimos años, los pronósticos de la IC no han sido directivas sino trampas para las direcciones de los partidos de los diversos países. El objetivo principal de estos pronósticos es inspirar la veneración por la sabiduría de la dirección y, en caso de derrota, salvar el "prestigio", ese supremo fetiche de los débiles. Es un método que permite obtener revelaciones de los oráculos y no proceder a análisis marxistas. Presupone, en la práctica, la existencia de "chivos expiatorios". Es un sistema desmoralizante. Los errores ultraizquierdistas de la dirección alemana en 1924-25, justamente, procedían de la misma manera pérfida de formular con doble sentido una opinión sobre las "dos oleadas del ascenso revolucionario". La resolución del VI Congreso puede producir otras tantas desgracias.

Hemos conocido la oleada revolucionaria de antes de Shangai y después la de Ou Chang. Ha habido muchas otras, más limitadas y más localizadas. Todas se basaban en el ascenso revolucionario general de 1925-27. Pero este ascenso histórico ha terminado. Hay que comprenderlo y decirlo con claridad. De ello se desprenden consecuencias estratégicas importantes.

La resolución hace referencia a la necesidad de "utilizar" todo descontento contra los terratenientes, los burgueses, los generales y los imperialistas extranjeros. Esto es indiscutible, pero es demasiado impreciso. ¿Cómo "utilizarlo"? Si estamos entre dos oleadas de ascenso revolucionario, entonces

toda manifestación un poco importante de descontento puede ser considerada como el famoso "comienzo de la segunda oleada" (según Zinoviev y Bujarin). Entonces la consigna propagandística de la insurrección armada deberá convertirse rápidamente en una consigna de acción. De ahí puede nacer un "segundo acceso" de *putschismo*. El Partido utilizará de una forma totalmente distinta el descontento de las masas si lo considera situado en una perspectiva histórica correcta. Pero el VI Congreso no dispone de esta "bagatela" –una perspectiva histórica correcta– en ninguna cuestión. Esta laguna hizo del V Congreso un fracaso. Debido a esto, toda la IC puede quebrarse.

Después de haber condenado de nuevo las tendencias *putschistas* a las que ella misma prepara el terreno, la resolución del Congreso continúa:

> "Por otra parte, ciertos camaradas han caído en un error oportunista: levantan la consigna de la Asamblea Nacional".

En qué consiste el oportunismo de esta consigna es algo que no explica la resolución. Solamente el delegado chino Strajov, en su discurso de clausura sobre las lecciones de la Revolución china, intenta dar una explicación. Esto es lo que dice:

> "Por la experiencia de la Revolución china vemos que cuando la revolución en las colonias [¿?] se acerca al momento decisivo la cuestión se plantea claramente: o bien la dictadura de los terratenientes y de la burguesía, o bien la del proletariado y el campesinado".

Naturalmente, cuando la revolución (y no solamente en las colonias) "se acerca al momento decisivo", entonces toda forma de actuar como se ha hecho con el Kuomintang, es decir, todo colaboracionismo, es un crimen de consecuencias fatales: no se puede concebir entonces más que una dictadura de los poseedores o una dictadura de los trabajadores. Pero como ya hemos visto, incluso en momentos semejantes, para triunfar de forma revolucionaria sobre el parlamentarismo no se lo debe negar estérilmente. No obstante, Strajov va todavía más lejos:

> "Allí [en las colonias. NdLT] la democracia no puede existir: sólo es posible la dictadura burguesa abierta. No puede haber ninguna vía constitucional".

Esto es extender de forma doblemente inexacta una idea correcta. Si en los "momentos decisivos" de la revolución la democracia burguesa se ve inevitablemente torpedeada (y no solamente en las colonias), esto no significa en absoluto que esta sea imposible en los períodos interrevolucionarios. Pero precisamente Strajov y todo el Congreso no quieren reconocer que el "momento decisivo" durante el cual los comunistas se complacían en las peores ficciones democráticas en el seno del Kuomintang ya ha pasado. Antes de un nuevo "momento decisivo" hay que atravesar un largo período durante

el cual se deberá abordar de una forma nueva los problemas viejos. Afirmar que no puede haber en las colonias períodos constitucionales o parlamentarios es renunciar a utilizar unos medios de lucha absolutamente esenciales y es, sobre todo, hacer difícil para uno mismo una orientación política correcta; es empujar al partido a un callejón sin salida.

Decir que para China, como, por otra parte, para todos los demás Estados del mundo, no existe salida hacia el desarrollo libre, dicho de otra forma, socialista, por la vía parlamentaria es algo correcto. Pero decir que en el desarrollo de China o de las colonias no puede haber ningún período o etapa constitucional es algo distinto e incorrecto. En Egipto había un parlamento, ahora disuelto. Es posible que renazca. A pesar de su estatuto semicolonial hay un parlamento en Irlanda. Lo mismo ocurre en todos los Estados de América del Sur, por no hablar de los dominios de Gran Bretaña. Existen "parlamentos" semejantes en la India. Todavía pueden desarrollarse más: en este punto, la burguesía británica es muy hábil. ¿Cómo se puede afirmar que, después del aplastamiento de su revolución, China no atravesará una fase parlamentaria o seudoparlamentaria, o que no será el escenario de una lucha política seria por alcanzar este estadio? Una afirmación semejante no tiene ninguna base.

El mismo Strajov dice que, precisamente, los oportunistas chinos aspiran a sustituir la consigna de los soviets por la de la Asamblea Nacional. Es posible, probable, incluso inevitable. Toda la experiencia del movimiento obrero mundial, del movimiento ruso en particular, prueba que los oportunistas son siempre los primeros en aferrarse a los métodos parlamentarios y, en general, a todo aquello que, de cerca o de lejos, se parezca al parlamentarismo. Los mencheviques se aferraban a la actividad en la Duma, oponiéndola a la acción revolucionaria. La utilización de los métodos parlamentarios hace surgir inevitablemente todos los peligros ligados al parlamentarismo: ilusiones constitucionales, legalismo, tendencia a los compromisos, etc. No se pueden combatir estos peligros, estas enfermedades, más que por medio de una orientación revolucionaria de toda la política. Pero el hecho de que los oportunistas prediquen la lucha por la Asamblea Nacional no es en absoluto un argumento que justifique por parte nuestra una actitud negativa hacia el parlamentarismo. Después del golpe de Estado del 3 de junio de 1907 en Rusia, la mayoría de los elementos dirigentes del Partido Bolchevique eran favorables al boicot de una Duma mutilada y amañada. En cambio, los mencheviques estaban completamente de acuerdo en participar de la Duma. Esto no impidió a Lenin intervenir vigorosamente para que fuese utilizado incluso el "parlamentarismo" del 3 de junio en la conferencia del Partido que unía todavía en aquella época a las dos fracciones. Lenin fue el único bolchevique que votó con los mencheviques a favor de la participación en las elecciones. Evidentemente, la "participación" de Lenin no tenía nada que ver con la de los mencheviques, como lo demostró toda la marcha posterior

de los acontecimientos; no se oponía a las tareas revolucionarias, sino que contribuía a ellas durante la época comprendida entre dos revoluciones. Aun utilizando el seudoparlamento contrarrevolucionario del 3 de junio, nuestro partido, a pesar de su gran experiencia de los soviets de 1905, continuaba llevando la lucha por la Asamblea Constituyente, es decir, por la forma más democrática de la representación parlamentaria. Hay que conquistar el derecho de renunciar al parlamentarismo uniendo a las masas alrededor del partido y llevándolas a luchar abiertamente por la conquista del poder. Es ingenuo creer que se puede sustituir este trabajo por la simple renuncia a la utilización revolucionaria de los métodos y las formas contradictorias y opresivas del parlamentarismo. Ese es el error más burdo de la resolución del Congreso, que hace aquí una vulgar pirueta ultraizquierdista.

Veamos, en efecto, cómo todo está al revés. Siguiendo la lógica de la dirección actual y de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la IC, China no se acerca a su año 1917, sino a su 1905. Por esta razón, concluyen mentalmente los dirigentes, ¡abajo la consigna de la democracia formal! No queda ni una sola articulación que los epígonos no hayan intentado dislocar. ¿Cómo se puede rechazar la consigna de la democracia y sobre todo la más radical: la representación democrática del pueblo, bajo las condiciones de un período no revolucionario, cuando la revolución no ha cumplido sus tareas más inmediatas: la unidad de China y su depuración de todos los residuos feudales, militares y burocráticos?

El Partido Comunista chino, que yo sepa, no ha tenido un programa propio. El Partido Bolchevique llegó a la Revolución de Octubre y la realizó armado con su viejo programa, en el que las consignas de la democracia ocupaban un lugar importante. Bujarin intentó suprimir este programa mínimo igual que intervino más tarde contra las reivindicaciones transitorias del programa de la IC. Pero esta actitud de Bujarin no ha quedado en la historia del Partido más que como una anécdota. Como es sabido, la dictadura del proletariado es la que ha llevado a cabo la revolución democrática en Rusia. Esto tampoco quiere comprenderlo la dirección actual de la IC. Pero nuestro partido sólo ha llevado al proletariado a la dictadura porque defendía con energía, perseverancia y abnegación todas las consignas, todas las reivindicaciones de la democracia, incluidas la representación popular basada en el sufragio universal, la responsabilidad del gobierno ante los representantes del pueblo, etc. Sólo una agitación así permitió al Partido proteger al proletariado de la influencia de la democracia pequeñoburguesa, eliminar la influencia de esta sobre el campesinado, preparar la alianza de los obreros y los campesinos e incorporar a sus filas a los elementos revolucionarios más resueltos. ¿Todo esto sólo era oportunismo?

Strajov dice que nuestra consigna es la de los soviets y que sólo un oportunista puede sustituirla por la de la Asamblea Nacional. Este argumento revela de la manera más ejemplar el carácter erróneo de la resolución del

Congreso. En la discusión nadie contradijo a Strajov; al contrario, su posición fue aprobada y ratificada por la resolución principal sobre la táctica. Sólo ahora podemos ver con claridad cuán numerosos son, en la dirección actual, los que han hecho la experiencia de una, dos e incluso tres revoluciones dejándose llevar por la marcha de los acontecimientos y la dirección de Lenin, pero sin meditar sobre el sentido de los hechos y sin asimilar las más grandes lecciones de la historia. Estamos en gran medida obligados a repetir todavía ciertas verdades elementales.

En mi crítica al programa de la IC he mostrado cómo los epígonos han desfigurado y mutilado monstruosamente el pensamiento de Lenin, que afirmaba que los soviets son órganos de la insurrección y órganos de poder. Se ha sacado la conclusión de que no se pueden crear soviets más que en la "víspera" de la insurrección. Esta idea grotesca ha encontrado su expresión más acabada, como siempre, en la misma resolución del pleno de noviembre último del CC chino, que hemos descubierto recientemente. Dice:

> "Se puede y se deben crear los soviets como órganos del poder revolucionario solamente en el caso en el que nos encontremos en presencia de un ascenso importante, indiscutible, del movimiento revolucionario de las masas, y cuando dicho movimiento tenga asegurado un sólido éxito".

La primera condición, "el ascenso importante", es indiscutible. La segunda, "la garantía del éxito", y, además, de un éxito "sólido", es simplemente una tontería digna de un pedante. En la continuación del texto de esta resolución, no obstante, esta estupidez es ampliamente desarrollada:

> "Evidentemente, no se puede abordar la creación de los soviets cuando la victoria no está totalmente garantizada, porque podría suceder que toda la atención se concentrase únicamente en las elecciones a los soviets y no en la lucha militar, a partir de lo cual podría instalarse el democratismo pequeñoburgués, lo que debilitaría la dictadura revolucionaria y crearía un peligro para la dirección del partido".

El espíritu de Stalin, reflejándose a través del prisma del niño prodigio Lominadzé, planea sobre estas líneas inmortales. Sin embargo, todo esto es simplemente absurdo. Durante las huelgas de Hong-Kong y de Shangai, durante todo el violento progreso posterior del movimiento de los obreros y los campesinos, se podía y se debían crear los soviets como órganos de la lucha revolucionaria abierta de las masas, que tarde o temprano, y de ninguna manera de un solo golpe, llevaría a la insurrección y a la conquista del poder. Si la lucha, en la fase considerada, no se eleva hasta la insurrección, evidentemente los soviets mismos también se reducen a nada. No pueden convertirse en instituciones "normales" del Estado burgués. Pero en ese caso, es decir, si los soviets son destruidos antes de la insurrección, las masas trabajadoras hacen de todos modos una adquisición enorme con el conocimiento práctico

que extraen de los soviets y la familiaridad que adquieren con su mecanismo. En la etapa siguiente de la revolución, su edificación está así garantizada de una forma más fructífera y a una escala más vasta. Sin embargo, incluso en la fase siguiente puede ocurrir que no lleven directamente a la Victoria, ni siquiera a la insurrección. Acordémonos firmemente de esto: la consigna de los soviets puede y debe ser levantada desde las primeras etapas del ascenso revolucionario de las masas. Pero debe ser un ascenso real. Las masas obreras deben afluir hacia la revolución, colocarse bajo su bandera. Los soviets dan una expresión organizativa a la fuerza centrípeta del desarrollo revolucionario. Estas consideraciones implican que durante el período de reflujo revolucionario, en que se manifiestan tendencias centrífugas dentro de las masas, la consigna de los soviets se convierte en doctrinaria, en inerte o, lo que no es mejor, en una consigna de aventureros. No es posible mostrarlo más clara ni más trágicamente que con la experiencia de Cantón.

Ahora la consigna de los soviets no tiene otro valor en China que el de abrir una perspectiva, y en ese sentido tiene un papel propagandístico. Sería absurdo oponer los soviets, la consigna de la tercera revolución china, a la Asamblea Nacional, es decir, a la consigna que es resultado del desastre de la segunda Revolución china. El abstencionismo, en un período interrevolucionario, sobre todo después de una cruel derrota, sería una política suicida.

Se podría decir (hay muchos sofistas en el mundo) que la resolución del VI Congreso no significa abstencionismo: no hay ninguna Asamblea Nacional, nadie la convoca todavía ni promete convocarla, y, como consecuencia, no hay nada que boicotear. Semejante razonamiento sería, sin embargo, demasiado lastimoso, formal, infantil, bujarinista. Si el Kuomintang se viese forzado a convocar la Asamblea Nacional, ¿la boicotearíamos en esta situación? No. Desenmascararíamos sin piedad la falsedad y la mentira del parlamentarismo del Kuomintang, las ilusiones constitucionales de la pequeñoburguesía; exigiríamos la extensión integral de los derechos electorales; al mismo tiempo, nos lanzaríamos a la arena política para oponer, en el curso de la lucha por el Parlamento, en el curso de las elecciones, y dentro del mismo Parlamento, los obreros y los campesinos pobres a las clases poseedoras y sus partidos. Nadie se encargará de predecir cuáles serían para el partido, actualmente reducido a una existencia clandestina, los resultados obtenidos de esta manera. Si la política fuese correcta, las ventajas podrían ser muy importantes. Pero en este caso, ¿no está claro que el Partido puede y debe no solamente participar en las elecciones si las decide el Kuomintang, sino también exigir que impulsen una movilización de masas alrededor de esa consigna?

Políticamente, el problema ya está planteado; cada día que pase lo confirmará. En nuestra crítica del programa hemos hecho referencia a la probabilidad de una cierta estabilización económica en China. Posteriormente, los periódicos han aportado decenas de testimonios sobre el comienzo de una recuperación económica (véase el Boletín de la Universidad china). Ahora ya

no es una suposición, sino un hecho, aunque la recuperación no esté todavía más que en su primera fase. Pero es precisamente al principio cuando hay que percibir el sentido de la tendencia; si no, no se hace política revolucionaria, sino seguidismo. Lo mismo ocurre con la lucha política en torno a los problemas de la Constitución. Ahora ya no es una previsión teórica, una simple posibilidad, sino algo más concreto. No es gratuito que el delegado chino haya vuelto varias veces sobre el tema de la Asamblea Nacional; no es por azar que el Congreso ha creído necesario adoptar una resolución especial (y particularmente falsa) a este respecto. No es la Oposición la que ha planteado este problema, sino precisamente el desarrollo de la vida política en China. Aquí también hay que saber percibir la tendencia desde su inicio. Cuanto más intervenga el Partido Comunista, con audacia y resolución, sobre la consigna de la Asamblea Constituyente democrática, menos espacio dejará a los diferentes partidos intermedios, y más sólido será su propio éxito.

Si el proletariado chino debe vivir todavía varios años (incluso aunque sólo sea un año) bajo el régimen del Kuomintang, ¿va a poder renunciar el Partido Comunista a la lucha por la extensión de las posibilidades legales de todo tipo: libertad de prensa, de reunión, de asociación, derecho de huelga, etc.? Si renunciase a esta lucha se transformaría en una secta inerte. Pero esa es una lucha por las libertades democráticas. El poder de los soviets significa el monopolio de la prensa, de las reuniones, etc., en las manos del proletariado. ¿Es posible que el Partido Comunista saque ahora esta consigna? En la situación que estamos considerando sería una mezcla de infantilismo y de locura. El Partido Comunista está luchando, en la actualidad, no por conquistar el poder, sino por mantener y consolidar su ligazón con las masas en nombre de la lucha por el poder en el futuro. La lucha por la conquista de las masas está inevitablemente ligada a la lucha desarrollada contra la violencia de la burocracia del Kuomintang con respecto a las organizaciones de masas, sus reuniones, su prensa, etc. En el curso del próximo período, ¿va el Partido Comunista a combatir por la libertad de prensa o dejará esta tarea a un "tercer partido"? ¿Se limitará el Partido Comunista a la presentación de reivindicaciones democráticas aisladas (libertad de prensa, de reunión, etc.), lo que equivaldría a un reformismo liberal, o planteará las consignas democráticas más consecuentes? En el plano político, eso significa la representación popular basada en el sufragio universal.

Puede uno preguntarse si la Asamblea Constituyente democrática es "realizable" después de la derrota de la revolución en una China semicolonial rodeada por los imperialistas. Sólo es posible responder a esta pregunta por medio de conjeturas. Pero cuando se trata de cualquier reivindicación formulada en las condiciones generales de la sociedad burguesa o en cierto estado de esta sociedad, el simple criterio de la posibilidad de su realización no es decisivo para nosotros. Es muy probable, por ejemplo, que el poder de la monarquía y la Cámara de los Lores no sean eliminados en Inglaterra

antes de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado. A pesar de ello, el Partido Comunista inglés debe hacer figurar su abolición entre sus reivindicaciones parciales. No son las conjeturas empíricas sobre la posibilidad o imposibilidad de realizar cualquier reivindicación transitoria las que pueden resolver el problema. Es su carácter social e histórico el que decide: ¿es progresiva para el desarrollo ulterior de la sociedad? ¿Corresponde a los intereses históricos del proletariado? ¿Consolida su conciencia revolucionaria? En este sentido, reclamar la prohibición de los trusts es pequeñoburgués y reaccionario; además, como lo ha demostrado la experiencia de Norteamérica, esta reivindicación es completamente utópica. En cambio, bajo determinadas condiciones, es totalmente progresivo y correcto exigir el control obrero sobre los trusts, aunque sea dudoso que se pueda lograr en el marco del Estado burgués. El hecho de que esta reivindicación no sea satisfecha mientras domine la burguesía debe empujar a los obreros al derrocamiento revolucionario de esta. De esta forma, la imposibilidad política de realizar una consigna puede ser no menos fructífera que la posibilidad relativa de realizarla.

¿Llegará China, durante un cierto período, al parlamentarismo democrático? ¿En qué grado, con qué fuerza y duración? A este respecto, sólo podemos entregarnos a las conjeturas. Pero sería fundamentalmente erróneo suponer que el parlamentarismo sea irrealizable en China y que no debemos llevar a las camarillas del Kuomintang ante el tribunal del pueblo chino. La idea de la representación de todo el pueblo, como lo ha mostrado la experiencia de todas las revoluciones burguesas, y en particular las que liberaron a las nacionalidades, es la más elemental, la más simple y la más apta para despertar el interés de amplias capas populares. Cuanto más se resista la burguesía dominante a esta reivindicación "de todo el pueblo", más se concentrará la vanguardia proletaria alrededor de nuestra bandera, más madurarán las condiciones políticas para la verdadera victoria sobre el Estado burgués, sea el gobierno militar del Kuomintang o un gobierno parlamentario.

Se puede replicar: pero sólo se podrá convocar una verdadera Asamblea Constituyente a través de los soviets, es decir, a través de la insurrección. ¿No sería más sencillo comenzar por los soviets y limitarse a ellos? No, no sería más sencillo. Sería justamente poner el carro delante del caballo. Es muy probable que sólo sea posible convocar la Asamblea Constituyente por medio de los soviets, y que así esta Asamblea se convierta en superflua antes de haber visto la luz del día. Esto puede suceder o no. Si los soviets, por medio de los cuales podrá reunirse una "verdadera" Asamblea Constituyente, ya existen, veremos si es todavía necesario proceder a esta convocatoria. Pero en la actualidad no existen soviets. No se podrá comenzar a establecerlos hasta que empiece un nuevo ascenso de las masas, que puede producirse dentro de dos o tres años, dentro de cinco años o más. No existe tradición soviética en China. La IC ha desarrollado en este país una agitación contra

los soviets, y no a favor de ellos. No obstante, mientras tanto, las cuestiones constitucionales salen por todas las grietas.

A lo largo de su nueva etapa, ¿puede saltar la revolución china por encima de la etapa de la democracia formal? De lo que se ha dicho más arriba resulta que, desde un punto de vista histórico, no está excluida esta posibilidad. Pero es absolutamente inadmisible que se aborde el problema limitándose a esta eventualidad, que es la menos probable y la más lejana. Es dar prueba de superficialidad en el terreno político. El Congreso adopta sus decisiones por más de un mes, e incluso, como sabemos, por más de un año. ¿Cómo se puede dejar a los comunistas chinos atados de pies y manos, tachando de oportunismo la forma de lucha política que, en la próxima etapa, puede adquirir la mayor importancia?

Sin duda alguna, al entrar en la vía de la lucha por la Asamblea Constituyente se puede reanimar y fortalecer a las tendencias mencheviques dentro del Partido Comunista chino. No es menos importante combatir al oportunismo cuando la vida política se orienta hacia el parlamentarismo o hacia la lucha por su instauración que cuando se está en presencia de una ofensiva revolucionaria directa. Pero, como ya se ha dicho, esto deriva de la necesidad de no tachar de oportunismo las consignas democráticas, sino de prever garantías y elaborar métodos de lucha bolcheviques a los que sirvan estas consignas. En grandes líneas, estos métodos y estas garantías son los siguientes:

1. El partido debe recordar que, con relación a su objetivo principal, la conquista del poder con las armas en la mano, las consignas democráticas no tienen más que un carácter secundario, provisorio, pasajero, episódico. Debe explicarlo así. Su importancia fundamental reside en que permiten desembocar en el camino revolucionario.
2. El partido debe, en la lucha por las consignas de la democracia, arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas de la pequeñoburguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder dentro del Estado no se obtiene por medio de las formas democráticas del voto, sino por medio de la propiedad y el monopolio de la enseñanza y el armamento.
3. Explotando a fondo las divergencias de puntos de vista que existan en el seno de la burguesía (pequeña y grande) con respecto a las cuestiones constitucionales, franqueando las diversas vías posibles hacia un campo de actividad abierta; combatiendo por la existencia legal de los sindicatos, de los clubes obreros, de la prensa obrera; creando donde y cuando sea posible organizaciones políticas legales del proletariado colocadas bajo la influencia directa del partido; tendiendo donde sea posible a legalizar más o menos los diversos dominios de la actividad del partido (este deberá, ante todo, asegurar la existencia de su aparato ilegal, centralizado, que dirigirá todas las ramas de la actividad del partido, legales e ilegales).

4. El partido debe desarrollar un trabajo revolucionario sistemático entre las tropas de la burguesía.
5. La dirección del partido debe desenmascarar implacablemente todas las vacilaciones oportunistas que tiendan a una solución reformista de los problemas planteados al proletariado de China, debe separarse de todos los elementos que conscientemente se esfuercen en subordinar el partido al legalismo burgués.

Sólo teniendo en cuenta estas condiciones el partido asignará a las distintas ramas de su actividad su justa proporción, no dejará pasar un nuevo cambio de la situación en el sentido de un nuevo reavivamiento revolucionario, entrará desde el comienzo en la vía de la creación de los soviets, movilizando a las masas alrededor de estos, y los opondrá desde su creación al Estado burgués, con todos sus camuflajes parlamentarios y democráticos.

4. Otra vez más sobre la consigna de la "dictadura democrática"

La consigna de la Asamblea Constituyente es tan poco opuesta a la fórmula de la dictadura democrática como a la de la dictadura del proletariado. El análisis teórico y la historia de nuestras tres revoluciones lo atestiguan.

La fórmula de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado fue en Rusia la expresión algebraica o, dicho de otra forma, la expresión más general, la más amplia, de la colaboración del proletariado y las capas inferiores del campesinado en la revolución democrática. La lógica de esta fórmula provenía del hecho de que sus componentes no habían sido juzgados en la acción. En particular, no había sido posible predecir de forma totalmente categórica si, en las condiciones de la nueva época, el campesinado sería capaz de convertirse en una nueva fuerza política más o menos independiente, en qué medida lo sería y qué relaciones políticas recíprocas entre los aliados resultarían de ello dentro de la dictadura. El año 1905 no había llevado la cuestión hasta el punto de una verificación decisiva; el año 1917 demostró que cuando el campesinado levanta sobre sus espaldas a un partido (los socialistas revolucionarios) independiente de la vanguardia del proletariado, este partido está ubicado bajo la total dependencia de la burguesía imperialista. A lo largo del período 1905-17, la transformación imperialista, que trajo consigo el desarrollo de la democracia pequeñoburguesa así como el de la socialdemocracia internacional, se aceleró. Por eso, en 1917 la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado se realizó verdaderamente a través de la dictadura del proletariado, arrastrando consigo a las masas campesinas. Por ello mismo, el "transcrecimiento" de la revolución, pasando de la fase democrática al estadio socialista, se efectuó ya bajo la dictadura del proletariado.

En China, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado habría podido tener cierta lógica política, mucho más limitada y episódica que en Rusia, si hubiera sido formulada en el momento adecuado, en 1925-26, para probar a las fuerzas impulsoras de la revolución; hubiera sido sustituida, igualmente en el momento oportuno, por la de la dictadura del proletariado llevando tras de sí a los campesinos pobres. Todo lo necesario al respecto ha sido dicho en la *Crítica al proyecto de programa.* Queda todavía por preguntarse: ¿no puede el período interrevolucionario actual, ligado a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase, favorecer el renacimiento de la consigna de la dictadura democrática? Más arriba hemos respondido: no, la hace desaparecer definitivamente. El período de la estabilización interrevolucionaria se corresponde con el crecimiento de las fuerzas productivas, con el desarrollo de la burguesía nacional, con el aumento numérico del proletariado y el crecimiento de su cohesión, con la acentuación de las diferencias en el campo y la continuación de la degeneración capitalista en la democracia al estilo Wan Tin-wei o cualquier otro demócrata pequeñoburgués con un "tercer partido", etc. En otras palabras, China pasará por procesos análogos en sus grandes líneas a los que atravesó Rusia bajo el régimen del 3 de junio. Estábamos seguros, en aquel tiempo, de que dicho régimen no sería eterno, ni siquiera de larga duración, y de que desembocaría en una revolución (con la ayuda relativa de la guerra). Pero la Rusia que salió del régimen de Stolypin no era la misma que cuando empezó. Los cambios sociales que el régimen interrevolucionario introducirá en China dependen en particular de la duración de ese régimen. La tendencia general de esas modificaciones no es menos indiscutible desde ahora: acentuación de las contradicciones de clase y eliminación completa de la democracia pequeñoburguesa como fuerza política independiente. Pero esto significa justamente que, en la tercera revolución china, una coalición "democrática" de los partidos políticos tomaría un sentido más reaccionario y más antiproletario todavía de lo que lo fue el del Kuomintang en 1925-27. No queda otra cosa que realizar una coalición de las clases bajo la dirección inmediata de la vanguardia proletaria. Es precisamente el camino de Octubre. Presenta muchas dificultades, pero no existe otro.

Alma Ata, julio-octubre de 1928

5. Apéndice: Un interesante documento sobre la política y el régimen de la IC

Hemos hecho referencia anteriormente a la "interesante" resolución del Pleno del CC del Partido Comunista chino (noviembre de 1927), precisamente la que el IX Pleno del CE de la IC acusó de "trotskista", y a propósito de la cual Lominadzé se justificaba de forma tan variada, mientras que Stalin, con obstinación, se escondía tras el silencio. En realidad, esta resolución combina el oportunismo y una táctica aventurera, y refleja con una exactitud perfecta la política del CE de la IC, antes y después de julio de 1927. Cuando la condenaron, después de la derrota de la insurrección de Cantón, los dirigentes de la IC no solamente no la reprodujeron, sino que no presentaron siquiera ningún extracto. Era demasiado humillante verse a sí mismo en el espejo chino. Esta resolución apareció en una "documentación" especial y difícil de conseguir, publicada por la Universidad china Sun Yat-sen (N.º 10).

El N.º 14 de la misma publicación llegó a nuestras manos cuando nuestro trabajo ("La cuestión china después del VI Congreso") estaba ya terminado; contiene otro documento no menos interesante, aunque de un carácter diferente: es una crítica; se trata de una resolución adoptada por el Comité Provincial de Kiang-su del Partido Comunista chino, el 7 de mayo de 1929, en relación con las decisiones del IX Pleno del CE de la IC. Recordemos que Shangai y Cantón forman parte de la provincia de Kiang-su.

Esta resolución constituye, como ya se ha dicho, un documento interesante, a pesar de los errores de principio y de los malentendidos políticos que contiene. En el fondo, la resolución no hace más que condenar implacablemente las decisiones del IX Pleno del CE de la IC y, en general, toda la dirección de la Internacional en la Revolución china. Naturalmente, de conformidad con el régimen actual de la IC, la crítica dirigida contra el CE tiene un carácter restringido, convencionalmente diplomático. La resolución apunta hacia su propio CC, que desempeña el papel de un ministerio responsable asistiendo a un monarca irresponsable, el cual, como ya se sabe, "no puede equivocarse". Hay incluso amables elogios referentes a ciertas partes de la resolución del CE. Esta forma de abordar las cuestiones por medio de "maniobras" es, en sí misma, una crítica cruel del régimen de la IC: la hipocresía es inseparable del burocratismo. Pero lo que la resolución dice, en el fondo, de la dirección política y de sus métodos constituye una acusación todavía mucho más grave.

> "Después de la Conferencia del 7 de agosto [de 1927] –informa el Comité de Kiang-su–, el CC formuló un juicio sobre la situación que se reducía a decir que, aunque la revolución había sufrido una triple derrota, atravesaba no obstante una fase de ascenso".

Esta apreciación concuerda enteramente con la caricatura que hizo Bujarin de la teoría de la revolución permanente, caricatura que aplicó primero a Rusia,

después a Europa y finalmente a Asia. Los acontecimientos reales de la lucha, es decir, las tres derrotas, deberían haber sido, según parece, considerados todos ellos en sí mismos, y el "ascenso" permanente, separado, también por sí mismo.

De la resolución adoptada por el VII Pleno del CE de la IC (mayo), el CC del partido chino saca la siguiente conclusión:

> "Hay que preparar y organizar inmediatamente insurrecciones en todas partes donde sea objetivamente posible".

¿Cuáles eran, sobre este punto, las condiciones políticas? En agosto de 1927, el Comité de Kiang-su declara:

> "El informe político del CC señala que los obreros de Hunan, después de una cruel derrota, abandonaron a la dirección del Partido, que no estamos en presencia de una situación revolucionaria objetiva... pero, a pesar de ello, el CC dice claramente que el conjunto de la situación, desde el punto de vista económico, político y social [¡justamente! LT] es favorable a la insurrección. Puesto que no es posible ya desatar revueltas en las ciudades, hay que trasladar la lucha armada al campo. Es ahí donde deben estar los focos de la sublevación, mientras que la ciudad debe ser una fuerza auxiliar" (p. 4).

Recordemos que inmediatamente después del Pleno de mayo del CE de la IC, que confió la dirección de la revolución respecto al Kuomintang de izquierda, este se lanzó a destruir a los obreros y los campesinos. La posición del CE se hizo absolutamente insostenible. Eran precisos a cualquier precio, y sin tardanza, actos de "izquierda" en China para refutar la "calumnia" la "calumnia" de la Oposición, es decir, su pronóstico irrefutable. Esta es la razón por la que el CC chino se encontró entre la espada y la pared y fue obligado, en agosto de 1927, a cambiar de arriba a abajo la política proletaria. Aunque no hubo una situación revolucionaria, y a pesar del abandono del Partido por las masas obreras, este CC constató que la situación económica y social era "favorable a la insurrección". En todo caso, un levantamiento victorioso habría sido muy "favorable" al prestigio del CE de la IC. Dado que los obreros abandonaban la revolución, era necesario, según se pretendía, volver la espalda a las ciudades e intentar desencadenar levantamientos aislados en el campo.

Ya en el Pleno de mayo [de 1927] del CE señalábamos que los levantamientos de Ho-lun y Ye-tin estaban marcados por el espíritu aventurero y condenados inevitablemente a la derrota, porque no habían sido suficientemente preparados desde el punto de vista político y no estaban ligados con el movimiento de masas; es lo que ocurrió. La resolución del Comité de Kiang-su dice a este respecto:

> "A pesar de la derrota de los ejércitos de Ho-lun y de Ye-tin en Kuangtung, incluso después del Pleno de noviembre, el CC insiste en atenerse a la táctica de los levantamientos inmediatos y toma como punto de partida la creencia en la marcha directa hacia adelante de la revolución".

Por razones comprensibles, el Comité de Kiang-su deja pasar en silencio el hecho de que esta apreciación fuera también la del mismo CE de la IC, que trataba de "liquidadores" a los que estimaban la situación en su justo término, y que el CC chino fue forzado en noviembre de 1927, bajo pena de ser inmediatamente depuesto y expulsado del Partido, a presentar el declive de la revolución como su ascenso.

La insurrección de Cantón se desarrolló a partir de esta inversión de los términos del problema; por supuesto este levantamiento no fue considerado como una batalla de retaguardia (sólo unos locos rabiosos podrían haber llamado a la insurrección y a la conquista del poder a través de una "batalla de retaguardia"); no, este levantamiento fue concebido como una parte del golpe de Estado general. La resolución de Kiang-su dice sobre este punto:

> "Durante la insurrección de diciembre en Cantón, el CC decidió de nuevo lanzar un levantamiento inmediato en el Hunan, en Hupé, en el Kiang-su, para defender Kuangtung, para ampliar el marco del movimiento dándole una envergadura extendida a toda China (uno puede darse cuenta de esto a partir de las cartas de información del CC, Nº 16 y 22). Estas medidas procedían de una estimación subjetiva de la situación y no correspondían a las condiciones objetivas. Evidentemente, en una posición semejante las derrotas son inevitables" (p. 5).

La experiencia de Cantón horrorizó a los dirigentes no solamente en China, sino también en Moscú. Fue lanzada una advertencia contra el *putschismo*, pero en el fondo la línea política no varió en nada. La orientación continuó siendo la misma: hacia la insurrección. El CC del Partido Comunista chino transmitía esta directiva de doble sentido a las instancias inferiores; también advirtió contra la táctica de escaramuzas, exponiendo en sus circulares definiciones académicas del aventurerismo.

> "Pero, dado que el CC se basaba en su estimación del movimiento revolucionario en un ascenso continuo (como lo decía justamente y con razón la resolución de Kiang-su), no hubo modificaciones esenciales en su actitud. Las fuerzas enemigas son mucho más subestimadas y, al mismo tiempo, no se presta atención al hecho de que nuestras organizaciones han perdido contacto con las masas… Así, aunque el CC envió a todas partes su carta de información número 28 (sobre el *putschismo*), no corrigió al mismo tiempo sus errores" (p. 5).

Una vez más, no se trata simplemente del CC del partido chino. El Pleno de febrero del CE de la IC tampoco aporta cambios en su política. Limitándose a condenar la táctica de las escaramuzas en general, para asegurarse contra toda eventualidad, la resolución de este Pleno se lanza furiosamente contra la Oposición, que mostraba la necesidad de cambiar resueltamente de orientación. En febrero de 1928 se continuaba como hasta entonces, di-

rigiéndose hacia la insurrección. El CC del Partido Comunista chino sólo servía como una máquina para transmitir esta directiva.

El Comité de Kiang-su dice:

> "La circular del CC Nº 38, del 6 de marzo [obsérvese bien: ¡6 de marzo de 1928! LT], muestra muy claramente que el CC mantiene todavía la ilusión estimando que la situación es favorable a la insurrección general en el Hunan, en Hupé, en el Kiang-su, y la conquista del poder como posible en toda la provincia de Kuangtung. La discusión sobre la elección de Chancha o de Hankow como centro de la insurrección continuaba todavía entre el Buró Político del CC y el instructor del CC en el Hunan y en Hupé" (p. 5).

Tal fue el sentido desastroso de la resolución del Pleno de febrero: falsa en el terreno de los principios, ofrece en el aspecto práctico un doble sentido premeditado. La idea de fondo era siempre la misma: si, contra todo pronóstico, la sublevación se extiende, nos referiremos a los pasajes que se dirigen contra los liquidadores; si la insurrección no va más lejos que las refriegas de los rebeldes, señalaremos con el dedo los párrafos que advierten contra el *putschismo.*

Aunque la resolución de Kiang-su no se atreva en ninguna parte a criticar al CE de la IC (todos saben el costo que esto tiene), no obstante, en ninguno de sus documentos ha dado la Oposición unos golpes tan mortales a la dirección de la IC como lo hace el Comité de Kiang-su en esta requisitoria, formalmente dirigida contra el CC del Partido Comunista chino. Después de una exposición cronológica de las manifestaciones del aventurerismo en el terreno de la política, mes tras mes, la resolución se vuelve hacia las causas generales de esta orientación desastrosa.

"¿Cómo explicar –pregunta– esta estimación errónea de la situación por parte del CC, que influyó sobre la lucha práctica y contenía serios errores? De la siguiente manera:

> 1. El movimiento revolucionario fue valorado como un ascenso continuo [¡"revolución permanente" al estilo de Bujarin y Lominadzé! LT].
> 2. No se prestó atención a la pérdida de contacto entre nuestro partido y las masas, ni a la desagregación de las organizaciones de masas cuando la revolución llegó a un giro decisivo.
> 3. No se tuvo en cuenta el nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase que se produjo en el campo enemigo a partir de este giro.
> 4. No se tomó en consideración la dirección del movimiento en las ciudades.
> 5. Se despreció la importancia del movimiento antiimperialista en un país semicolonial.
> 6. En el momento de la insurrección no se tuvieron en cuenta las condiciones objetivas ni la necesidad de adaptar a estas los diversos medios de lucha.
> 7. Se manifestó una desviación campesina.
> 8. El CC, en su estimación de la situación, se dejó guiar por un punto de vista subjetivo".

Es dudoso que el Comité de Kiang-su haya leído lo que había escrito la Oposición sobre todas estas cuestiones. Podemos incluso afirmar con seguridad que no lo había hecho. Porque si lo hubiera leído, tendría miedo de formular con tanta precisión unas consideraciones que coinciden completamente con las nuestras. El Comité de Kiang-su ha utilizado, sin saberlo, nuestros propios argumentos.

Los ocho puntos enumerados anteriormente y que caracterizan la línea errónea de conducta del CC (dicho de otra forma, del CE de la IC) tienen la misma importancia. Si queremos añadir algunas palabras sobre el quinto punto es porque vemos aquí una confirmación particularmente brillante y concreta de lo correcto de nuestra crítica en sus rasgos más esenciales. La resolución de Kiang-su acusa a la política del CC de despreciar los problemas del movimiento antiimperialista en un país semicolonial. ¿Cómo se ha podido llegar a esto? Por la fuerza de la dialéctica de la falsa línea de conducta política; los errores, como todo, tienen su dialéctica. El punto de partida del oportunismo oficial se encontraba en la constatación de que la revolución china es en el fondo una revolución antiimperialista, y que el yugo del imperialismo agrupa a todas las clases, o al menos a "todas las fuerzas vivas del país". Nosotros objetamos que una lucha fructífera contra el imperialismo sólo es posible mediante la extensión audaz de la lucha de clases y, como consecuencia, de la revolución agraria. Nos hemos levantado con fuerza contra el intento de subordinar la lucha de clases al criterio abstracto de la lucha contra el imperialismo (sustitución del movimiento huelguístico por las comisiones de arbitraje, consejos dados por medio de despachos telegráficos de no fomentar la revolución agraria, prohibición de establecer soviets, etc.). Tal fue la primera etapa. Después de la "traición" del "amigo" Wan Tin-wei se produjo verdaderamente un giro de ciento ochenta grados. Ahora se pretende que el problema de la independencia aduanera, es decir, de la soberanía económica (y por lo tanto, política) de China es un problema secundario "burocrático" (Stalin). Lo esencial de la revolución china consistiría en la transformación agraria. La concentración del poder en manos de la burguesía, el abandono de la revolución por los obreros, la ruptura entre el Partido y las masas han sido apreciados como fenómenos secundarios en comparación con las revueltas campesinas. En lugar de una verdadera hegemonía del proletariado, tanto en la lucha antiimperialista como en el problema agrario, es decir, en el conjunto de la revolución democrática, se produjo una capitulación vergonzosa ante las fuerzas elementales campesinas, acompañadas de aventuras "secundarias" en las ciudades. Sin embargo, esta capitulación prepara fundamentalmente el *putschismo.* Toda la historia del movimiento revolucionario en Rusia, así como en los demás países, así lo testimonia. Los acontecimientos de China del año pasado lo han confirmado.

En su estimación y advertencias, la Oposición ha partido de consideraciones teóricas generales apoyadas sobre informaciones oficiales muy

incompletas, a veces conscientemente deformadas. El Comité de Kiang-su ha partido de hechos directamente observados desde el centro del movimiento revolucionario; desde el punto de vista teórico, este Comité se debate todavía en las redes de la escolástica bujarinista. El hecho de que sus conclusiones empíricas coincidan punto por punto con las nuestras tiene, en política, el mismo significado que, por ejemplo, en química, el descubrimiento en los laboratorios de un nuevo elemento simple cuya existencia hubiera sido enunciada sobre la base de deducciones teóricas. Desgraciadamente, el triunfo de nuestro análisis marxista en el plano teórico tiene como corolario político, en el caso considerado, derrotas mortales para la revolución.

El giro que se ha operado en la política del CE de la IC, a mediados de 1927, fue brusco y marcado en su misma naturaleza por el aventurerismo: no podía hacer otra cosa que provocar nocivas heridas en el Partido Comunista chino, que fue tomado de improviso. En este punto, pasamos de la línea de conducta política del CE de la IC al régimen interior de esta Internacional y a los métodos organizativos de la dirección. Esto es lo que dice a este respecto la resolución del Comité de Kiang-su:

> "Después de la Conferencia del 7 de agosto de 1927, el CC debió cargar con la responsabilidad de las tendencias *putschistas*, ya que exigía severamente a los comités locales que la nueva línea de conducta política fuera aplicada; si alguno no estaba de acuerdo con ella, sin más ceremonia no se le permitía renovar su carnet del Partido, y se expulsaba incluso a los camaradas que ya lo habían renovado… En esta época, el estado de ánimo *putschista* se expandió ampliamente dentro del Partido; si alguno expresaba dudas sobre la política de los levantamientos era calificado inmediatamente de oportunista y atacado despiadadamente. Esta circunstancia provocó grandes fricciones en el seno de las organizaciones del Partido" (p. 6).

Estas operaciones se desarrollaban con el acompañamiento de piadosas y académicas advertencias contra los peligros del *putschismo* "en general".

La política de la insurrección brusca, improvisada a las apuradas, exigía una recomposición urgente y un reagrupamiento de todo el Partido. El CC conservó a aquellos que admitían en silencio la orientación hacia la insurrección a pesar de una declinación manifiesta de la revolución. Sería bueno publicar las directivas dadas por el CE de la IC durante este período. Podrían reunirse en un manual para la organización de la derrota. La resolución de Kiang-su expone:

> "El CC sigue sin resaltar las derrotas y el estado de depresión de los obreros; no ve que esta situación es el resultado de los errores cometidos bajo su dirección" (p. 6).

Pero hay más:

> "El CC acusa no se sabe a quién [¡justamente! LT] de que:

a) Los comités locales no han controlado suficientemente bien la reorganización;
b) Los elementos obreros y campesinos no son promovidos para ocupar funciones;
c) Las organizaciones locales no han sido depuradas de los elementos oportunistas".

Todo se hace bruscamente, por medio de telegramas; como sea, hay que cerrar bien la boca a la Oposición. Como de todos modos las cosas no marchan, el CC afirma:

"El estado de ánimo de las masas sería muy diferente si la señal de la revuelta hubiese sido lanzada al menos en una provincia".

Y el Comité de Kiang-su pregunta con razón, guardando silencio prudentemente sobre el hecho de que el CC no hiciese más que ejecutar las directivas del CE de la IC:

"Esta última indicación, ¿no es una prueba del *putschismo* al 100% del propio CC?" (p. 6).

Durante cinco años, se ha dirigido y se ha educado al Partido en un espíritu oportunista. En la actualidad se le exige que sea ultrarradical y que "promueva" a los jefes obreros. ¿Cómo? Muy simplemente, fijando un cierto porcentaje. El Comité de Kiang-su se queja:

"1. No se tiene en cuenta el hecho de que los que son designados para completar los cuadros de dirección deberían ser seleccionados en el curso de la lucha. El CC se limita a fijar formalmente por adelantado un porcentaje de obreros y de campesinos en los órganos dirigentes de las diversas organizaciones.
2. A pesar de los numerosos arrestos, no se examina el grado de recuperación del Partido, sino que se dice solamente, formalmente, que hay que reorganizar.
3. El CC dice simplemente, de forma dictatorial, que las organizaciones locales no destacan nuevos elementos, que no se desembarazan del oportunismo; al mismo tiempo, el CC lanza ataques infundados contra los cuadros y los destituye con ligereza.
4º Sin prestar atención a los errores debidos a su propia dirección, el CC exige, sin embargo, la disciplina de partido más severa a los militantes de base".

¿No parecen haber sido copiados todos estos párrafos de la plataforma de la Oposición? No, los ha dictado la vida. No obstante, como la plataforma también está copiada de la vida, coinciden. ¿Dónde está entonces la "particularidad" de las condiciones chinas? El burocratismo lo nivela todo, todas las particularidades. La política y el régimen interno son determinados por el CE

de la IC, más exactamente por el CC del Partido Comunista de la URSS. El CC del Partido Comunista chino lo hace descender todo hasta las instancias inferiores. Así se lleva a cabo esto, según la resolución de Kiang-su:

> "La siguiente declaración, hecha por un camarada de un Comité regional, es muy característica: 'En la actualidad, el trabajo es muy difícil; no obstante, el CC muestra que hay una forma muy subjetiva de considerarlo. Lanza acusaciones y dice que el Comité provincial no es bueno; este último, por su parte, acusa a las organizaciones de base y afirma que el Comité regional es malo. Este se pone a acusar y asegura que son los camaradas que trabajan sobre el terreno los que no son buenos. Y los camaradas se defienden diciendo que las masas no son revolucionarias'" (p. 8).

Es realmente un cuadro brillante. Únicamente, que no tiene nada particularmente chino.

Cada resolución del CE de la IC al registrar nuevas derrotas declara, por una parte, que todo estaba previsto y, por otra, que los "ejecutores" son los responsables de las derrotas porque no han comprendido la línea que se les había indicado desde arriba. Falta por establecer cómo una dirección tan perspicaz ha podido preverlo todo excepto que los ejecutores no están a la altura de aplicar sus directivas. Para una dirección, lo esencial no consiste en presentar una línea de conducta abstracta, en escribir una carta sin dirección, sino en elegir y educar a los ejecutores. La corrección de la dirección se verifica precisamente en la ejecución. La seguridad y la perspicacia de la dirección sólo se confirman cuando concuerdan las palabras y los actos. Pero si de forma crónica, en cada etapa, a lo largo de varios años, la dirección se ve obligada, *post factum*, después de cada giro que lleva a cabo, a lamentarse de que no ha sido comprendida, que han deformado su pensamiento, que los ejecutores han hecho fracasar su plan, ahí hay un signo seguro de que el error le incumbe completamente. Esta "autocrítica" es más grave ya que es involuntaria e inconsciente. Siguiendo el espíritu del VI Congreso, la dirección de la Oposición debe ser responsabilizada por cada grupo de tránsfugas; por el contrario, la dirección de la IC no tendría que responder en absoluto por los comités centrales de todos los partidos nacionales en los momentos históricos más decisivos. Pero una dirección que no responde por nada es una dirección irresponsable. Ahí está la raíz de todos los males.

Protegiéndose contra la crítica de la base, el CC del Partido Comunista chino se refiere al CE de la IC, es decir, traza sobre el suelo una raya de tiza que no puede ser traspasada. El Comité de Kiang-su tampoco la traspasa. Pero dentro de los límites fijados por esta raya le dice a su CC verdades amargas que, automáticamente, se aplican al CE de la IC. Nos vemos de nuevo forzados a citar un extracto sacado del interesante documento de Kiang-su:

"El CC dice que toda la dirección anterior ha actuado de acuerdo con las directivas de la IC, ¡como si todas las vacilaciones y errores no dependieran más que de los militantes de base! Si se adopta una forma semejante de ver las cosas, el mismo CC no podrá ni reparar sus errores ni educar a los camaradas para el estudio de esta experiencia. No le será posible reforzar su ligazón con el aparato de la base del Partido. El CC dice siempre que su dirección fue correcta; achaca todos los errores a los camaradas de base, señalando siempre de forma especial las vacilaciones de los Comités de base del Partido".

Y un poco más adelante:

"Si la dirección no hace más que atacar con ligereza a los camaradas y a los órganos locales de dirección señalando sus errores, pero sin analizar de hecho las causas de esos errores, esto no puede provocar más que fricciones en el seno del Partido; semejante actitud es desleal ['brutal y desleal'. LT] y no puede ser útil ni a la revolución ni al Partido. Si la dirección misma disimula sus errores y carga con sus faltas a los demás, semejante conducta tampoco será útil ni al Partido ni a la revolución" (p. 10).

Es una forma simple pero clásica de caracterizar la tarea del centrismo burocrático, que descompone y devasta las conciencias. La resolución de Kiang-su muestra de forma absolutamente ejemplar cómo y mediante qué métodos fue conducida la Revolución china varias veces a la derrota, y el Partido chino al borde de la muerte. Porque los cien mil militantes imaginarios que tiene sobre el papel el Partido Comunista chino no representan más que una forma burda de engañarse a sí mismo. Constituirían entonces la sexta parte de los miembros totales de los partidos comunistas de todos los países capitalistas. Los crímenes de la dirección contra el comunismo chino están todavía lejos de estar todos pagados. Nuevas caídas amenazan aún su futuro. Y la recuperación será dolorosa. Cada paso en falso la empujará todavía más abajo. La resolución del VI Congreso condena al Partido Comunista chino a errores y tácticas erróneas. Es imposible la victoria con la orientación actual de la IC, con su actual régimen interno. Hay que cambiar la orientación, hay que cambiar el régimen. Esto es lo que dice, una vez más, la resolución del Comité Provincial de Kiang-su.

Alma Ata, 4 de octubre de 1928

ANEXO

¿SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?

ediciones IPS

ediciones
ips

¿SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?[1]

"Un país industrializado más desarrollado muestra a otro menos desarrollado simplemente la imagen de su propio futuro". Este aforismo de Marx, no basado metodológicamente en la economía mundial en su conjunto, sino en un país capitalista tomado como tipo, era cada vez menos aplicable en la medida que el desarrollo capitalista ganaba todos los países, independientemente de su suerte precedente y de su nivel económico. Inglaterra prefiguró, en su momento, el futuro de Francia, mucho menos el de Alemania, pero de ninguna manera el de Rusia o India. Sin embargo, los mencheviques rusos entendían el aforismo condicional de Marx en un sentido absoluto: la Rusia atrasada no debe tomar la delantera, debe conformarse dócilmente con los modelos fabricados. Con este "marxismo", los liberales también estaban de acuerdo.

Otra fórmula, también conocida, de Marx –"una formación social no perece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas a las que les abre el campo libre"– se funda, por el contrario, no en un país considerado aisladamente, sino en los cambios consecutivos en los regímenes universales (esclavismo, Edad Media, capitalismo). Ahora bien, los mencheviques, que tomaron esta tesis desde el punto de vista de un Estado aislado, concluyeron que el capitalismo ruso aún debía completar su camino antes de alcanzar el nivel europeo o norteamericano. ¡Pero las fuerzas productivas no se desarrollan en el vacío! No se puede hablar de las posibilidades de un capitalismo nacional dejando a un lado, por una parte, la lucha de clases que se desarrolla sobre esta base y, por otra, la dependencia de este capitalismo en relación a las condiciones mundiales. El derrocamiento de la burguesía por el proletariado se derivó de las realidades del capitalismo ruso y por esto redujo a la nada sus posibilidades económicas abstractas. La estructura de la economía, así como el carácter de la lucha de clases en Rusia, estaban determinados, en un grado decisivo, por las condiciones internacionales. El capitalismo había alcanzado en el plano mundial, un punto en el que dejaba de justificar sus costos de producción, no en el sentido comercial, sino desde del punto de vista sociológico: aduanas, militarismo, crisis, guerras, conferencias

1 Artículo s/f traducido especialmente para esta edición, de la edición francesa. Aparentemente es un borrador para la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky. Su fecha no puede trascender a 1930, siendo el año en que se publicó por primera vez la edición francesa [NdE].

diplomáticas y otros flagelos absorben y disipan tanta energía creadora que, a pesar de todos los éxitos de la técnica, ya no queda lugar para el bienestar y la cultura.

El hecho, aparentemente paradójico, de que la primera víctima de los defectos del sistema mundial haya sido la burguesía de un país atrasado, en realidad, está completamente en la lógica de las cosas. Marx ya advertía sobre esto en la explicación para su época: "Las explosiones violentas se producen en las extremidades del organismo burgués antes de tener lugar en su propio corazón, dado que es más fácil regular el centro que las extremidades". Bajo las cargas monstruosas del imperialismo debía caer, ante todo, otro Estado que no podía aún acumular un gran capital nacional pero al que la competencia mundial no le concedía ningún beneficio. El crack del capitalismo ruso fue un desprendimiento local en la estructura social universal. "Sólo se puede juzgar exactamente nuestra Revolución –decía Lenin– desde un punto de vista internacional".

Al fin de cuentas, no hemos explicado de ninguna manera la Revolución de Octubre por el estado atrasado de Rusia, sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce en absoluto Estados pura y simplemente atrasados, tampoco una situación de progreso químicamente pura. Todo consiste en reciprocidades concretas. La historia contemporánea de la humanidad está llena de "paradojas", no siempre tan grandiosas como el nacimiento de una dictadura proletaria en un país atrasado, sino de carácter histórico análogo. El hecho de que los estudiantes y obreros de la China atrasada asimilen ávidamente la doctrina materialista, mientras que los líderes obreros de la Inglaterra civilizada crean en la magia de las fórmulas de conjuración eclesiástica, demuestra indudablemente que, en ciertos terrenos, China ha sobrepasado a Inglaterra. Pero, el desprecio de los obreros chinos por la estupidez medieval de Mac Donald no permite concluir que China, en su desarrollo general, es superior a Gran Bretaña. Por el contrario, la preponderancia económica y cultural de esta última puede expresarse a través de cifras precisas. Sin embargo, por elevadas que éstas sean, no impedirá que los obreros de China puedan estar en el poder más rápido que los de Gran Bretaña. Por otro lado, la dictadura del proletariado chino no significaría de ninguna manera la edificación del socialismo en los límites de la gran Muralla china. Los criterios escolares de un pedantismo obtuso o de un nacionalismo muy estrecho, no valen de nada en nuestra época. Es la evolución mundial la que arrancó a Rusia de su estado atrasado y su barbarie asiática. Si se hace abstracción de sus complicados caminos, no puede comprenderse tampoco su destino último.

Las revoluciones burguesas estaban dirigidas, por igual, contra las relaciones feudales de propiedad y contra el particularismo provinciano. Las banderas de la emancipación anunciaban al nacionalismo junto al liberalismo. Los occidentales hace mucho tiempo que dejaron de usar estas cancio-

nes infantiles. Las fuerzas productivas de nuestra época han sobrepasado no sólo las formas burguesas de propiedad, sino también los límites de los Estados nacionales. El liberalismo y el nacionalismo se convirtieron, en igual medida, en obstáculos de la economía mundial. La revolución proletaria se levanta tanto contra la propiedad privada de los medios de producción como contra la fragmentación nacional de la economía mundial. La lucha de los pueblos de Oriente por la independencia se inserta en este proceso mundial para confundirse luego con él. La creación de una sociedad socialista nacional, si fuera realizable, marcaría una extrema decadencia de la capacidad económica del hombre; pero es precisamente por esto que no es realizable. El internacionalismo no es un principio abstracto, es la expresión de un hecho económico. Así como el liberalismo era nacional, el socialismo es internacional. Partiendo de la división mundial del trabajo, el socialismo tiene como tarea llevar al más alto grado el intercambio internacional de los bienes y servicios.

Nunca y en ninguna parte la revolución coincidió ni puede coincidir íntegramente con la representación que se hacen de ella sus combatientes. Sin embargo, las ideas y objetivos de los participantes de la lucha son un elemento muy importante. Esto es especialmente cierto para la insurrección de Octubre, ya que aún en el pasado la idea que se hacían los revolucionarios de una revolución nunca estuvo tan próxima de la realidad de los acontecimientos como en 1917.

Un estudio de la Revolución rusa seguiría siendo inacabado si no respondiera, con toda la precisión histórica posible, a este problema: ¿cómo el partido, al calor de los acontecimientos, se representaba el posterior desarrollo de la revolución y qué esperaba? La cuestión toma una importancia mayor cuando los días del pasado están más ensombrecidos por el juego de los nuevos intereses. La política busca siempre un apoyo en el pasado y, si no lo obtiene de buenas maneras, se encarga frecuentemente de arrancarlo por la fuerza. La política oficial de la Unión Soviética parte de la teoría del "socialismo en un solo país" como si fuera un punto de vista tradicional del Partido Bolchevique. Las jóvenes generaciones, no sólo las de la IC, sino probablemente también las de todos los demás partidos, están educadas en la convicción de que el poder soviético se conquistó en nombre de la edificación de un régimen socialista independiente en Rusia.

La realidad histórica no tiene nada en común con este mito. Hasta 1917, el Partido no admitía, en general, la idea de que una revolución pudiera llevarse adelante en Rusia antes de que se realizara en Occidente. Por primera vez, en la Conferencia de Abril (1917), bajo la presión imperiosa de las circunstancias, el partido admitió que el problema era conquistar el poder.

Abriendo un nuevo capítulo en la historia del bolchevismo, este reconocimiento no tenía nada en común con la perspectiva de un socialismo independiente. Por el contrario, los bolcheviques rechazaban categóricamente la idea

caricaturesca que los mencheviques querían inculcarles: la idea de edificar un "socialismo campesino" en un país atrasado. La dictadura del proletariado en Rusia era, para los bolcheviques, un puente hacia la revolución en Occidente. El problema de la transformación socialista de la sociedad era declarado, en su misma esencia, internacional.

En 1924 se produjo un viraje sobre esta cuestión esencial. Se declaró por primera vez que la edificación del socialismo era completamente realizable en los límites de la Unión Soviética, independientemente del desarrollo del resto de la humanidad siempre que, al menos, el poder soviético no fuese derrocado por una intervención militar. La nueva teoría de golpe tomó un efecto retroactivo. Si, en 1917, el partido no había creído en la posibilidad de edificar un régimen socialista independiente en Rusia –declaraban los epígonos– no habría tenido el derecho de tomar el poder en sus manos. En 1926, la IC condenó oficialmente a quienes no reconocían la teoría del socialismo en un solo país, extendiendo esta condena a todo el pasado a partir de 1905.

Desde entonces, se reconocieron tres tipos de ideas como antibolcheviques: negar la posibilidad de que la Unión Soviética sobreviviera indeterminadamente en el cerco capitalista (problema de una intervención militar); negar su capacidad de superar, a través de las fuerzas del propio país y en los límites nacionales, el antagonismo de la ciudad y el campo (problema de un Estado económico atrasado y problema del campesinado); negar la eventualidad de la edificación de un régimen socialista cerrado (problema de la división mundial del trabajo). Según la nueva escuela, la inmunidad de la Unión Soviética puede ser asegurada, incluso sin revolución en los otros países a través de la "neutralización de la burguesía". Se debe considerar la colaboración del campesinado en la edificación socialista como algo ya conquistado. La dependencia con relación a la economía mundial es anulada por la Revolución de Octubre y por los éxitos económicos de los soviets. No reconocer estos tres puntos, es adherir al "trotskismo", es decir, a una doctrina incompatible con el bolchevismo.

El estudio histórico llega aquí al problema de una reconstitución ideológica: es indispensable liberar los verdaderos objetivos y opiniones del partido revolucionario de la sedimentación política con las que luego se recubrieron. Sea cual sea la brevedad de los períodos que se sucedieron, este problema adquiere un parecido mucho más grande al desciframiento de los palimpsestos[2], cuanto que las maquinaciones de la escuela de los epígonos no valen mucho más, frecuentemente, que las racionalizaciones teológicas por las que los monjes del siglo VII y VIII estropeaban los papiros y los pergaminos de los clásicos.

Si en general, en todo el curso de esta obra (*Historia de la Revolución Rusa*) hemos evitado obstaculizar la exposición con numerosas citas, el presente

2 Manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada artificialmente [NdE].

capítulo, debido a la naturaleza misma del problema planteado, deberá dar al lector los textos auténticos y en tal medida que se excluya la idea misma de una selección artificial. Es indispensable brindar al bolchevismo la posibilidad de hablar en su propio lenguaje; bajo el régimen de la burocracia stalinista, está privado de esta posibilidad. El Partido Bolchevique fue, desde el día de su fundación, un partido de la revolución socialista. Pero consideró que su tarea histórica, necesariamente, era el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen democrático. El contenido esencial de la revolución debía ser una solución democrática de la cuestión agraria. La revolución socialista se dejaba para un futuro bastante lejano, en todo caso indeterminado. Se creía indiscutible que ésta sólo podría estar a la orden del día prácticamente después de la victoria del proletariado de Occidente. Estas deducciones, forjadas por el marxismo ruso en la lucha contra el populismo y el anarquismo, calaban en el arsenal del partido. Les seguían consideraciones hipotéticas: en el caso en que la revolución democrática alcanzara en Rusia un poderoso ímpetu, podría dar un impulso directo a la revolución socialista en Occidente, y esto permitiría luego al proletariado ruso llegar al poder, a pasos acelerados. La perspectiva histórica general no se modificaba, incluso en este caso más favorable: sólo había aceleración en el desarrollo y los plazos se reducían.

Es precisamente animado por estas consideraciones que Lenin escribía en septiembre de 1905:

> "De la revolución democrática, enseguida vamos a pasar, y justamente en la medida de nuestra fuerza, a la de un proletariado consciente y organizado, hacia una revolución socialista. Estamos a favor de una revolución ininterrumpida (permanente). No nos detendremos a mitad del camino".

Por sorprendente que sea el hecho, Stalin utilizó estas líneas para abandonar el viejo pronóstico del partido sobre la marcha real de los acontecimientos en 1917. Lo que no se comprende es porqué los cuadros del partido fueron tomados de improvisto por las "Tesis de Abril" de Lenin.

En realidad, la lucha del proletariado por la conquista del poder, según la vieja concepción, sólo debía desarrollarse después de la solución de la cuestión agraria en los marcos de la revolución democráticoburguesa. Pero la desgracia era que el campesinado, una vez satisfecha su necesidad de tierra, de ninguna manera hubiera estado a la altura de apoyar una nueva revolución. Y, como la clase obrera rusa, manifiestamente en minoría en el país, no habría podido conquistar el poder por sus propias fuerzas, Lenin estimaba que era imposible hablar de una dictadura del proletariado en Rusia antes de la victoria del proletariado en Occidente, de manera consecuente.

> "La victoria completa de la actual revolución –escribía Lenin en 1905– será la conclusión de la revolución democrática y el inicio de una lucha resuelta por la revolución socialista. La satisfacción de las exigencias del campesinado

contemporáneo, el completo aplastamiento de la reacción, la conquista de la república democrática; este será el final del espíritu revolucionario de la burguesía, incluso de la pequeñoburguesía, será el inicio de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo…".

Por "pequeñoburguesía" se entendía aquí, ante todo, a todo el campesinado. En estas condiciones, ¿desde dónde entonces podía venir la revolución "ininterrumpida"? Lenin respondía a esto:

"Los revolucionarios rusos, que se apoyan en algunas generaciones revolucionarias de Europa, tienen el derecho de 'soñar' con que lograrán realizar todas las transformaciones democráticas, todo nuestro programa mínimo con una plenitud excepcional… Y si existe una victoria en este punto, entonces,… entonces el incendio revolucionario ganará a toda Europa… El obrero europeo se sublevará a su vez y nos mostrará 'cómo se hace esto'; entonces también el levantamiento revolucionario de Europa tendrá su reacción sobre Rusia y cambiará una época de algunos años de revolución por una época de algunas décadas revolucionarias".

El contenido independiente de la revolución rusa, incluso en su más alto grado de desarrollo, no supera aún los límites de una revolución democráticoburguesa. Sólo una revolución victoriosa en Occidente podrá abrir la era de la lucha por la conquista del poder por el proletariado ruso. Esta concepción conservó todo su valor en el partido hasta abril de 1917.

Si se rechazan los aportes episódicos, las exageraciones polémicas y los errores individuales, los debates sobre la cuestión de la revolución permanente, durante los años 1905-1917, no se reducen a saber si el proletariado ruso, habiendo conquistado el poder, podría construir una sociedad socialista nacional (ninguno de los marxistas rusos había aún dicho una palabra sobre esto hasta 1924), sino a saber si en Rusia una revolución burguesa efectivamente capaz de resolver la cuestión agraria aún era posible, o bien si, para llevar adelante esta obra, era necesaria la dictadura del proletariado.

¿Sobre qué parte de las viejas opiniones Lenin realizó una revisión en sus "Tesis de abril"? En ningún momento renunció a la doctrina del carácter internacional de la revolución socialista, ni a la idea de que la Rusia atrasada sólo podía emprender el camino al socialismo con la colaboración inmediata de Occidente. Pero Lenin proclamó entonces, por primera vez, que el proletariado ruso, precisamente como consecuencia del atraso de las condiciones nacionales, podría llegar al poder más rápido que el proletariado de los países avanzados.

La Revolución de Febrero demostró ser impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia, al luchar por las tareas democráticas, tuvieron que apoyar la Revolución de Octubre. Sólo debido a que la democracia pequeñoburguesa rusa no pudo completar la tarea histórica que había desempeñado

su hermana mayor en Occidente, el proletariado ruso tuvo acceso al poder más rápido que el proletariado de Occidente. En 1905, el bolchevismo sólo se disponía a dirigir la lucha por la dictadura del proletariado luego de realizar las tareas democráticas. En 1917, la dictadura del proletariado se instauró porque las tareas democráticas no se habían realizado.

El carácter combinado de la Revolución rusa no se detuvo allí. La toma del poder por la clase obrera suprimía automáticamente la línea de división entre el "programa mínimo" y el "programa máximo". En la dictadura del proletariado –pero sólo en ésta– la transformación de las tareas democráticas en tareas socialistas se vuelve inevitable, aunque todavía los obreros de Europa no hubiesen tenido tiempo para demostrar "cómo se hace esto".

Sin embargo, la inversión de los roles revolucionarios entre Occidente y Oriente, por más importante que sea para los destinos de Rusia y del mundo entero, tiene un significado históricamente limitado. Por más rápido que haya avanzado la Revolución Rusa, su dependencia con respecto a la revolución mundial no desapareció e incluso no disminuyó. Las posibilidades de un transcrecimiento de las reformas democráticas en reformas socialistas están creadas directamente por una combinación de condiciones internas, ante todo por las relaciones recíprocas del proletariado y el campesinado. Pero, en última instancia, los límites de las transformaciones socialistas están determinados por el estado de la política y la economía mundiales. Por grande que sea el impulso nacional, no da la posibilidad de saltar por encima del planeta.

Formulando su condena al "trotskismo", la IC atacó con especial violencia el punto de vista según el cual el proletariado ruso, habiendo tomado la dirección y no habiendo sido apoyado por Occidente, "llegará con ello a conflictos con las amplias masas del campesinado cuya colaboración había estado asegurada durante su ascenso al poder…". Aun cuando se considere que la experiencia histórica desmintió completamente este pronóstico formulado por Trotsky en 1905, mientras que ninguna de las críticas actuales admitía la sola idea de la dictadura del proletariado en Rusia, incluso en ese caso, un hecho sigue siendo irrefutable: el campesinado era considerado como un aliado poco seguro y decepcionante para todos los marxistas rusos, incluido Lenin. La verdadera tradición del bolchevismo no tiene nada en común con la doctrina de una armonía preestablecida entre los intereses de los obreros y campesinos. Por el contrario, la crítica de esta teoría pequeñoburguesa siempre fue un elemento muy importante de la lucha que enfrentó, durante largos años, a marxistas y populistas.

> "La época de la revolución democrática terminará para Rusia –escribía Lenin en 1905–, y entonces será ridículo hablar de 'la voluntad de unidad' del proletariado y el campesinado…". "El campesinado, como propietario de tierras, cumplirá en esta lucha [por el socialismo] el mismo papel traicioneramente inestable que cumple actualmente la burguesía en la lucha por la

democracia. Olvidar esto, es olvidar el socialismo, es engañarse a sí mismo y a los demás sobre los verdaderos intereses y objetivos del proletariado".

Elaborando, hacia fines de 1905, para sí mismo, un esquema de la relación de las clases en el camino de la revolución, Lenin caracterizaba así la situación que debería establecerse después de la liquidación de las propiedades de la nobleza:

"El proletariado ya lucha por conservar conquistas democráticas, en nombre de una revolución socialista. Esta lucha sería casi desesperada para el proletariado ruso solo… si el proletariado socialista europeo no viniera en su ayuda… En esta fase, la burguesía liberal y el campesinado acomodado (junto a una parte del campesinado medio) organizarán la contrarrevolución. El proletariado ruso y el europeo, conjuntamente, organizarán la revolución. En estas condiciones, el proletariado ruso, podrá conseguir una segunda victoria. El asunto no es tan desesperante. La segunda victoria será una insurrección socialista en Europa. Los obreros europeos nos mostrarán 'cómo se hacen estas cosas'".

En esos mismos días, Trotsky escribía:

"Las contradicciones en la situación del gobierno obrero de un país atrasado, en el que la aplastante mayoría de la población se compone de campesinos, sólo podrían encontrar su solución en el plano internacional, en el terreno de una revolución mundial del proletariado".

Stalin citó precisamente estas palabras para demostrar en consecuencia "el abismo que separa la teoría leninista de la dictadura del proletariado de la teoría de Trotsky". Ahora bien, la cita prueba que, a pesar de una indiscutible disimilitud de las concepciones revolucionarias entre Lenin y Trotsky en ese momento, es justamente sobre la cuestión de "la inestabilidad traicionera" del rol del campesinado que, en resumidas cuentas, sus puntos de vista ya coincidían en esos días lejanos.

En febrero de 1906, Lenin escribió:

"Apoyamos el movimiento campesino hasta el final, pero debemos recordar que es el movimiento de otra clase, no el de la que puede completar y completará la revolución socialista". "La revolución rusa –declara en abril de 1906– dispone de las fuerzas necesarias para vencer. Pero no tiene suficientes fuerzas propias para conservar los frutos de esa victoria…, ya que en un país en que la pequeña economía está muy desarrollada, los pequeños productores de mercaderías, y entre ellos, los campesinos, se darán vuelta inevitablemente contra el proletariado cuando el proletariado pase del liberalismo al socialismo… Para impedir una restauración, la Revolución Rusa no necesita una reserva rusa, sino una ayuda que venga de afuera. ¿Existe esta reserva en el mundo? Hay una: el proletariado socialista de Occidente".

Bajo combinaciones variadas en la forma, pero invariables en el fondo, estas ideas atraviesan todos los años de la reacción y de la guerra. No es necesario multiplicar los ejemplos. Las concepciones del partido sobre la revolución debían encontrar su mayor nitidez y claridad al calor de los acontecimientos revolucionarios. Si los teóricos del bolchevismo se inclinaban ya, antes de la revolución, hacia el socialismo en un solo país, esta teoría habría debido alcanzar su completo apogeo en el período de la lucha inmediata por el poder. ¿Fue así en realidad? La respuesta la dará 1917.

Volviendo a Rusia después de la insurrección de febrero, Lenin escribía en su carta de despedida a los obreros suizos: "El proletariado ruso no podrá completar victoriosamente, a través de sus fuerzas, la revolución socialista. Pero puede… facilitar las cosas para la entrada en las luchas decisivas de su principal aliado, el más seguro: el proletariado socialista europeo y norteamericano".

La resolución de Lenin, aprobada por la Conferencia de abril dice lo siguiente: "El proletariado de Rusia, actuando en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una población de pequeño campesinado, no puede darse como objetivo inmediato la realización inmediata de la reforma social".

Sin embargo, relacionándose estrechamente, en sus líneas iniciales, con la tradición teórica del partido, la resolución da un paso decisivo en un nuevo camino. Declara la que la imposibilidad de la transformación socialista independiente de la Rusia campesina de ninguna manera otorga el derecho a renunciar a la conquista del poder, no sólo por objetivos democráticos, sino también por "algunos progresos convertidos en realidad práctica en el sentido del socialismo", como la nacionalización de la tierra, el control de los bancos, etc. Las medidas anticapitalistas podrán tener un desarrollo posterior gracias a las premisas objetivas de la revolución socialista… en los países avanzados más desarrollados. Justamente, es necesario partir de allí. "Es un error hablar sólo de las circunstancias rusas –explica Lenin en su informe–. Cuáles son los problemas que se plantearán frente al proletariado ruso en el caso en que un movimiento mundial nos ubicara frente a la revolución social, esta es la principal cuestión estudiada en esta resolución". La cosa está clara: ¡el nuevo punto de partida del partido en abril de 1917, cuando Lenin consiguió la victoria sobre el limitado espíritu democrático de los "viejos bolcheviques", es tan distante de la teoría del socialismo en un solo país como la tierra del cielo!

En cualquier organización del partido, tanto en la capital como en provincia, de ahora en adelante veremos la misma forma de plantear el problema: en la lucha por el poder, es necesario recordar que la suerte posterior de la revolución, como revolución socialista, estará determinada por la victoria del proletariado de los países avanzados. Esta fórmula no fue negada por nadie; por el contrario, precedió los debates, como un punto de vista admitido por todos.

En la conferencia del partido en Petrogrado, el 16 de julio, Karitonov, uno de los que habían llegado con Lenin en el "vagón blindado" de los

bolcheviques, declara: "En todas partes decimos que si no hay revolución en Occidente, perderemos la partida".

Karitonov no es un teórico; es un agitador medio del partido. En las actas de la misma conferencia, leíamos: "Pavlov recuerda el principio general planteado por los bolcheviques, según el cual la Revolución rusa sólo florecería con la condición de ser apoyada por una revolución mundial que sólo es concebible como revolución socialista…". Decenas y centenares de Karitonov y Pavlov desarrollan la idea esencial de la Conferencia de abril. Nadie piensa contestar sus dichos o corregirlos.

El VI Congreso del partido, que se realizó a fines de julio, definió la dictadura del proletariado como la conquista del poder por los obreros y campesinos más pobres. "Únicamente estas clases… contribuirán efectivamente al ascenso de la revolución proletaria internacional, que debe liquidar no sólo la guerra, sino también la esclavitud del régimen capitalista". El informe de Bujarin se basaba en la idea de que la revolución socialista mundial era la única salida, en la actual situación. "Si triunfa la revolución en Rusia antes de que estalle en Occidente, deberemos… atizar el fuego de una revolución socialista mundial". Stalin se vio obligado, en estos tiempos, a plantear esta cuestión de una forma similar: "Llegará un momento –decía– en que los obreros se sublevarán y se agruparán en torno a las capas pobres del campesinado, levantando el estandarte de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en Occidente".

La Conferencia de la provincia de Moscú, que tuvo lugar a comienzos de agosto, nos permite echar un vistazo en el laboratorio del pensamiento del partido. En el informe esencial en el que se expusieron las decisiones del VI Congreso, Sokolnikov, miembro del CC, dijo: "Hay que hacer escuchar que la revolución rusa debe marchar contra el imperialismo". Con el mismo ánimo se pronunciaron numerosos delegados. Vitolin: "Debemos prepararnos para la revolución social que se propagará en Europa occidental". El delegado Belenky: "Si se quiere resolver la cuestión en los marcos nacionales, no hay salida. Sokolnikov tiene razón cuando dice que la revolución rusa sólo vencerá como revolución internacional… Las condiciones del socialismo en Rusia aún no están maduras, pero si la revolución comienza en Europa, también marcharemos detrás de Europa occidental". Stukov: "El principio de que la revolución rusa sólo vencerá como revolución internacional no puede dejar lugar a ninguna duda… La revolución socialista sólo es posible a escala mundial".

Todos acuerdan en tres puntos: el Estado obrero no podrá mantenerse si no se derroca al imperialismo en Occidente; en Rusia, las condiciones aún no están maduras para el socialismo; la tarea de la revolución socialista es esencialmente internacional. Si, junto a estas opiniones que, siete u ocho años más tarde, serán condenados como una herejía, hubieran existido en el partido los puntos de vista actualmente reconocidos como ortodoxos y

tradicionales, habrían debido encontrar su expresión en la Conferencia de Moscú, así como en el Congreso del partido que la precedió. Pero ni el informante, ni los que participaron en los debates, ni los artículos del periódico dicen una sola palabra que mencione la existencia de opiniones bolcheviques opuestas al punto de vista "trotskista" en el partido.

En la Conferencia de la ciudad de Kiev que antecedió al Congreso del partido, el informante Gorovitz decía: "La lucha por la salud de nuestra revolución sólo puede ser llevada adelante a escala internacional. Frente a nosotros se abren dos perspectivas: si la revolución triunfa, crearemos un Estado de transición que va hacia el socialismo; si no, caeremos bajo el dominio del imperialismo internacional". Después del Congreso del partido, al comienzo de agosto, Piatakov decía en la nueva Conferencia de Kiev: "Desde el principio de la revolución hemos afirmado que la suerte del proletariado ruso depende completamente de la marcha de la revolución proletaria en Occidente… Entramos así en la fase de la revolución permanente…". Con respecto al informe de Piatakov, Gorovitz, del que hemos hablado, declaraba: "Estoy completamente de acuerdo con Piatakov, cuando define nuestra revolución como permanente…". Piatakov: "… La única salud posible para la revolución rusa es una revolución mundial que dará pie a una transformación social". Pero, ¿quizás estos dos informantes representaban a la minoría? No; nadie les hizo ninguna objeción sobre esta cuestión esencial. En las elecciones de Kiev, ambos obtuvieron el mayor número de votos.

De esta forma, se puede considerar totalmente establecido que en la Conferencia general del partido en abril, en el Congreso del partido en julio, en las Conferencias de Petrogrado, de Moscú y Kiev, se exponía y se confirmaba, a través de votos aprobatorios, las mismas ideas que más tarde serán proclamadas como incompatibles con el bolchevismo. Además, en el partido, no se levantó ni una sola voz que se pudiera interpretar como un presentimiento de la futura teoría del socialismo en un solo país, ni siquiera al grado en que, en los salmos del rey David, se descubre una predicción de los sermones de Cristo.

El 13 de agosto, el periódico oficial del partido da esta explicación:

> "El pleno poder de los soviets, sin indicar de ningún modo el advenimiento del 'socialismo', en todo caso quebraría la resistencia de la burguesía y –correlativamente con las fuerzas productivas existentes y la situación en Occidente– conduciría y transformaría la vida económica según el interés de las masas trabajadoras. Desembarazándose de las trabas del sistema capitalistas, la revolución se volvería permanente, es decir, ininterrumpida; emplearía el poder estatal no para consolidar el régimen de explotación capitalista, sino por el contrario, para aplastarlo. Su éxito definitivo en este camino dependería del triunfo de la revolución proletaria en Europa… Ésta era y sigue siendo la única perspectiva real del desarrollo posterior de la revolución".

El autor del artículo era Trotsky, que lo escribía en la prisión de Resty. El redactor en jefe del periódico era Stalin. La importancia de esta cita se ve ya por este solo hecho: que el término "revolución permanente", hasta 1917, era empleado en el partido bolchevique exclusivamente para indicar el punto de vista de Trotsky. Algunos años más tarde, Stalin declarará: "Lenin ha luchado contra la teoría de la revolución permanente, hasta el fin de sus días." En todo caso, el propio Stalin no ha llevado adelante esta lucha; el artículo apareció sin ninguna observación de la redacción.

Diez días más tarde, Trotsky escribía nuevamente en el mismo periódico:

> "El internacionalismo no es para nosotros una idea abstracta... Es un principio director inmediato, profundamente práctico. Un éxito sólido, decisivo para nosotros es inconcebible por fuera de una revolución europea".

Y Stalin tampoco tenía nada que objetar. Más aún, dos días más tarde, repetía: "¡Que lo sepan [los obreros y los soldados] que solamente en unión con los obreros de Occidente, se podrá contar con el triunfo de la revolución en Rusa!" Por "triunfo de la revolución", él no entendía la edificación del socialismo –no se trataba de eso en general– sino solamente la conquista y el mantenimiento del poder.

"Los burgueses claman –escribía Lenin en septiembre– por la inevitable derrota de la Comuna en Rusia, es decir por la derrota del proletariado si llegaba a conquistar el poder. "No hay que asustarse de esos gritos:

> "Al haber conquistado el poder, el proletariado de Rusia tiene todas las chances de conservarlo y de conducir a Rusia hasta la victoria de la revolución en Occidente".

La perspectiva de la insurrección está determinada aquí con una total claridad: conservar el poder hasta que comience la revolución socialista en Europa. Esta fórmula no se lanzó al azar; Lenin la retoma incesantemente. El artículo-programa *¿Los bolcheviques mantendrán el poder?* está resumido por Lenin en estos términos:

> "… No se encontrará fuerza en la tierra que impida que los bolcheviques, si no se dejan intimidar y si saben tomar el poder, lo conserven hasta la victoria de la revolución socialista mundial".

El ala derecha de los bolcheviques reclamaba una coalición con los conciliadores, alegando que los bolcheviques "por sí mismos" no se mantendrían en el poder. Lenin les replicaba el 1 de noviembre, cuando ya se había producido la insurrección: "Nos dicen que nosotros solos no podremos conservar el poder, etc. Pero no estamos solos. Frente a nosotros, está toda Europa. Debemos dar el primer paso". Del diálogo de Lenin con los bolcheviques de derecha, lo que se destaca de una manera muy clara, es que ninguna de las partes que llevan adelante el debate ve la idea de una edificación independiente del socialismo en Rusia.

John Reed cuenta cómo, en un mitin en Petrogrado, en la fábrica Obujovsky, un soldado que regresaba del frente rumano gritaba: "Nos mantendremos con toda nuestra fuerza hasta tanto se subleven los pueblos del mundo entero y nos ayuden". Esta fórmula no caía del cielo y no había sido inventada ni por el soldado anónimo, ni por Reed; se había impregnado en las masas por la labor de los agitadores bolcheviques. La voz del soldado que volvió del frente rumano, era la voz del partido, la voz de la Revolución de Octubre.

La *Declaración de los Derechos del Pueblo trabajador y explotado* –programa de Estado presentado en nombre del poder soviético a la Asamblea Constituyente– proclamaba que la tarea del nuevo régimen era "establecer una organización socialista y llevar a la victoria del socialismo en todos los países… El poder soviético marchará firmemente en este camino hasta la victoria completa de la insurrección obrera internacional sobre el yugo del capital". *La Declaración de los Derechos*, redactada por Lenin, y que hasta ahora no ha sido derogada formalmente, ha transformado la revolución permanente en una ley fundamental de la República de los Soviets.

Si Rosa Luxemburgo, quien, desde su prisión, seguía con una atención apasionada y crítica las obras y las palabras de los bolcheviques, hubiera notado un matiz de socialismo nacional, inmediatamente habría hecho una advertencia. En esos días, ella criticaba muy severamente –en esencia de manera equivocada– la política de los bolcheviques. Y, sin embargo, esto es lo que escribía con respecto a la línea general del partido:

> "Que los bolcheviques hayan orientado enteramente su política en el sentido de la revolución mundial del proletariado, precisamente, es la prueba más aplastante de su perspicacia, de su firmeza en los principios, de la audaz envergadura de su política".

Estos son los verdaderos puntos de vista que Lenin desarrollaba cotidianamente, que se proclamaban en el periódico central del partido (redactor en jefe Stalin), que inspiraban los discursos de los agitadores, grandes y chicos, que eran retomados por los soldados de los sectores lejanos del frente, que Rosa Luxemburgo consideraba como la mayor prueba de la perspicacia política de los bolcheviques –son estos, precisamente, los que la burocracia de la IC ha condenado en 1926–. "Los puntos de vista de Trotsky y de sus partidarios sobre la cuestión fundamental del carácter y de las perspectivas de nuestra revolución –se dice en una decisión del VIII Plenario de la IC–, no tienen nada en común con los puntos de vista de nuestro partido, con el leninismo". Así es como los epígonos del bolchevismo arreglan cuentas con su propio pasado.

Si efectivamente, en 1917, algunos han combatido la teoría de la revolución permanente, esos son los kadetes y los conciliadores. Miliukov y Dan denunciaban las "ilusiones revolucionarias del trotskismo" como la causa

principal de la debacle de la revolución de 1905. En su discurso de apertura a la Conferencia Democrática, Cheidzé estigmatizaba la tentativa hecha para "apagar el incendio de la guerra capitalista dándole a la revolución un carácter socialista mundial". El 13 de octubre, Kerensky decía en el pre-Parlamento: "En la actualidad, no hay enemigos más peligrosos de la revolución, de la democracia y de todas las conquistas de la libertad que los que… tras la aparente voluntad de profundizar la revolución y de transformarla en una revolución social permanente, pervierten y, parecería, ya han pervertido a las masas…". Cheidzé y Kerensky eran adversarios de la revolución permanente por la misma razón que los hacía enemigos de los bolcheviques.

En el II Congreso de los Soviets, en el momento de la toma del poder, Trotsky decía:

> "Si los pueblos de Europa, al insurreccionarse, no aplastan al imperialismo, nosotros seremos aplastados –es indudable–. O bien la revolución rusa levantará un torbellino de luchas en Occidente, o bien los capitalistas de todos los países ahogarán a nuestra revolución…". "¡Hay un tercer camino!", gritaba alguien desde el auditorio ¿Quizás la interrupción la hacía Stalin? No, la hacía un menchevique. Hizo falta que transcurrieran algunos años antes de que los bolcheviques descubrieran el "tercer camino".

Bajo la influencia de innumerables repeticiones en la prensa stalinista mundial, parece casi establecido, para los más diversos círculos políticos, que en la base de los disensos concernientes a Brest-Litovsk habría habido dos concepciones: una, que parte de la posibilidad no solamente de mantener el poder, sino también de edificar el socialismo con las fuerzas internas de Rusia; la otra, que cuenta exclusivamente con la insurrección en Europa. En realidad, esta oposición de tesis sólo se estableció algunos años más tarde, y los autores de este invento ni siquiera se tomaron el trabajo de ponerla de acuerdo, al menos en apariencia, con los documentos históricos. Es cierto que hubiera sido difícil hacerlo: todos los bolcheviques, sin ninguna excepción, estimaban, durante el período de Brest, que si la revolución no estallaba en Europa lo más rápidamente posible, la República soviética estaba condenada a su derrota. Algunos fijaban su estimación en algunas semanas, otros en algunos meses, ninguno pensaba en años.

> "Desde el inicio de la República rusa –escribía Bujarin el 28 de enero de 1918– el partido del proletariado revolucionario declaró: o bien la revolución internacional, desencadenada por la revolución rusa, ahogará a la guerra y al capital, o bien el capital internacional ahogará a la revolución rusa".

Pero Bujarin, que, en esos días, encabezaba a los partidarios de una guerra revolucionaria contra Alemania, ¿no atribuía las opiniones de su fracción a todo el partido? Por natural que sea esta suposición, está totalmente refutada por los documentos.

Las actas del CC de 1917 y comienzos de 1918, publicadas en 1929, a pesar de sus lagunas y su presentación tendenciosa, también dan indicaciones inapreciables sobre este tema: "Sesión del 11 de enero de 1918. El camarada Serguéev (Artem) hace notar que todos los oradores están de acuerdo en este punto: nuestra República socialista está amenazada de desaparecer si no se produce la revolución socialista en Occidente." Serguéev tenía la posición de Lenin, es decir que era partidario de la firma del tratado de paz. A Serguéev no le hicieron ninguna objeción. Los tres grupos en desacuerdo apelaron intensamente a una sola y misma premisa común: sin revolución mundial, no saldremos adelante.

Stalin, es verdad, aporta en los debates una nota particular: incita la necesidad de firmar la paz separada diciendo que "no hay movimiento revolucionario en Occidente, de hecho no hay nada, hay solamente una revolución en potencia y nosotros no podemos tomar en cuenta un acontecimiento potencial". Muy lejos aún de la teoría del socialismo en un solo país, no obstante manifiesta con claridad en estos términos su desconfianza orgánica respecto al movimiento internacional. "¡No podemos tomar en cuenta un acontecimiento potencial!". Lenin inmediatamente se aleja "en algunos puntos" del apoyo que le aporta Stalin: que la revolución en Occidente no haya comenzado todavía, eso es correcto; "sin embargo, si nosotros por eso fuéramos a modificar nuestra táctica, seríamos traidores al socialismo internacional". Si bien Lenin, es partidario de una paz inmediata por separado, no quiere decir de ningún modo que no crea en un movimiento revolucionario en Occidente, y mucho menos que crea en la vitalidad de la revolución rusa aislada:

> "Lo que nos importa, es mantenernos hasta la aparición de una revolución socialista general, y sólo podemos lograrlo después de haber concluido la paz".

El sentido de la capitulación de Brest, Lenin lo resumía en estos términos: "Una pausa para recuperar el aliento". Las actas prueban que después de la advertencia de Lenin, Stalin buscó una ocasión de reajustar su punto de vista.

> "Sesión del 23 de febrero de 1918. El camarada Stalin… Nosotros también apostamos a la revolución, pero ustedes tienen en cuenta semanas y (nosotros) meses".

Stalin retoma aquí literalmente la fórmula de Lenin. La distancia que separa a las dos alas en el CC sobre la cuestión de la revolución mundial es una evaluación de semanas o meses.

Defendiendo la firma de la paz de Brest en el VII Congreso del partido, en marzo de 1918, Lenin decía:

> "La verdad es que si no ocurre una revolución en Alemania, estamos perdidos. Pereceremos quizás, no en Piter [Petrogrado. NdE], no en Moscú, sino

> en Vladivostok, o bien en otros lugares alejados en los que deberemos batirnos en retirada…, pero, en todo caso, sean cuales fueran las posibles vicisitudes que se conciban, si la revolución alemana no ocurre, pereceremos".

Si embargo, no se trata solamente de Alemania. "El imperialismo internacional, que representa una fuerza real gigantesca…, no puede en ningún caso, en ninguna condición, defenderse de la cercanía de la República Soviética… Aquí, el conflicto se manifiesta inevitable. Aquí… [interviene] el mayor problema histórico… la necesidad de provocar la revolución internacional".

En una resolución secreta que se adoptó, se dice: "El congreso sólo ve garantías seguras de la consolidación de la revolución socialista victoriosa en Rusia, si ocurre su transformación en una revolución obrera internacional".

Algunos días después, Lenin hacía un informe al Congreso de los Soviets: "El imperialismo mundial, y a su lado, la marcha victoriosa de la revolución social no pueden ir juntos". El 23 de abril, decía en la sesión del Soviet de Moscú: "Nuestro estado atrasado nos ha empujado hacia adelante y pereceremos si no logramos mantenernos hasta el día que encontremos un poderoso apoyo venido de los obreros insurrectos de los otros países". "… Es necesario batirse en retirada [ante el imperialismo] al menos hasta el Ural –escribe en mayo de 1918–, porque esta es la única oportunidad de ganar mientras que la revolución madura en Occidente…".

Lenin se daba cuenta claramente que los aplazamientos en las negociaciones en Brest agravaban las condiciones de la paz. Pero ponía los problemas de la revolución internacional por encima de los problemas "nacionales". El 28 de junio de 1918, Lenin, a pesar de los desacuerdos episódicos con Trotsky con respecto a la firma de la paz, dice a la Conferencia de los Sindicatos de Moscú:

> "Cuando acontecieron las negociaciones de Brest, las revelaciones del camarada Trotsky fueron conocidas en todo el mundo, y sólo gracias a esta política, en un país hostil… en plena guerra, surgió un inmenso movimiento revolucionario…".

> Ocho días después, en un informe del Consejo de Comisarios del Pueblo al V Congreso de los Soviets, vuelve sobre el mismo tema: "Hemos cumplido nuestro deber frente a todos los pueblos… por intermedio de nuestra delegación en Brest, que encabezaba el camarada Trotsky…". Un año más tarde, Lenin hacía este llamado: "… En la época de la paz de Brest…, el poder soviético ubicó a la dictadura mundial del proletariado y a la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por pesados que fueran".

"¿Qué importancia –se preguntaba Stalin, cuando el tiempo borró de su memoria los contornos de ideas que ya no eran muy claras–, qué importancia puede tener la declaración de Trotsky de que la Rusia revolucionaria no

podría mantenerse frente a la Europa conservadora? Esta no puede tener más que un solo significado: Trotsky no siente la potencia interna de nuestra revolución".

En realidad, todo el partido tenía una convicción unánime de que "frente a la Europa conservadora", la República Soviética no podría mantenerse. Pero esto no era más que el reverso de otra convicción, según la cual la Europa conservadora no podría mantenerse frente a la Rusia revolucionaria. Bajo una forma negativa, se expresaba una fe inquebrantable en la potencia internacional de la Revolución Rusa. Y, en su conjunto, el Partido no se equivocó para nada. En todo caso, la Europa conservadora no resistió íntegramente. Incluso la Revolución Alemana, traicionada por la socialdemocracia, se encontró bastante fuerte para cortar las garras de Ludendorff y de Hoffmann. Sin esta operación, la República Soviética probablemente no habría escapado a su derrota.

Pero incluso luego del hundimiento del militarismo alemán, la apreciación general de la situación internacional no tuvo modificaciones. "Nuestros esfuerzos llevan inevitablemente a la revolución mundial –decía Lenin en una sesión del CE Central, a fines de julio de 1918–. La cuestión se presenta así: saliendo… de la guerra contra una coalición, (nosotros) sufrimos inmediatamente un ataque del imperialismo del otro lado". En agosto, cuando en el Volga se encendía la guerra civil, con la participación de los checoslovacos, Lenin declaraba en un mitin en Moscú: "Nuestra revolución se ha manifestado como un movimiento universal… Las masas proletarias le asegurarán a la República de los Soviets la victoria sobre los checoslovacos y la posibilidad de mantenerse, mientras esperamos que estalle la revolución socialista mundial". Mantenerse mientras que estalle la revolución en Occidente, tal es ahora como antes la fórmula del partido.

En esos mismos días, Lenin escribía a los obreros norteamericanos:

> "Nos encontramos en una fortaleza asediada, esperando que los otros ejércitos de la revolución socialista internacional vengan a socorrernos".

Se expresa más categóricamente aún en noviembre:

> "… Los hechos de la historia mundial han demostrado que la transformación de nuestra revolución rusa en una revolución socialista no es una aventura a recorrer, sino una necesidad, porque no hay otra alternativa: los imperialismos anglo-francés y norteamericano ahogarán inevitablemente la independencia y la libertad de Rusia si no vence la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial".

Ateniéndonos a los términos de Stalin, Lenin, evidentemente, no siente "la potencia interna de nuestra revolución".

El primer aniversario de la insurrección pasó. El partido había tenido bastante tiempo para ver claro a su alrededor. Y sin embargo, en su informe al

VIII Congreso del partido, en marzo de 1919, Lenin declara nuevamente: "No solamente vivimos en un Estado, sino en un sistema de Estados, y la existencia de la República Soviética, junto a los Estados imperialistas, no se puede concebir por largo tiempo. Finalmente, uno u otro elemento triunfará".

En el tercer aniversario, que coincidió con el aplastamiento de los Blancos, Lenin contaba sus recuerdos y generalizaba:

> "Si esa noche [la noche de la insurrección de Octubre], nos hubieran dicho que, en tres años… la victoria sería nuestra, nadie, incluso el optimista más empedernido, nos habría creído. Entonces sabíamos que nuestro triunfo sólo sería tal cuando nuestra causa hubiera vencido en el mundo entero, porque nos hemos lanzado en esta empresa teniendo en cuenta exclusivamente a la revolución mundial".

No se podría pedir un testimonio más irrefutable: durante la insurrección de Octubre, ¡"el optimista más empedernido", lejos de soñar con la construcción de un socialismo nacional, no creía ni siquiera en la posibilidad de una defensa de la revolución sin una ayuda directa del exterior! "Nos hemos lanzado en esta empresa teniendo en cuenta exclusivamente a la revolución mundial". Para asegurar la victoria sobre las legiones de enemigos durante una lucha de tres años ni el partido, ni el Ejército Rojo habían necesitado del mito del socialismo en un solo país.

La situación mundial se presentó más favorablemente que lo que habríamos podido esperar. Las masas manifestaron una excepcional disposición a hacer sacrificios para alcanzar nuevos objetivos. La dirección utilizó hábilmente las contradicciones del imperialismo en el primer período, el más difícil. En resumen, la revolución mostró una estabilidad mayor de la que habían esperado los "optimistas más empedernidos". Además, el partido conservaba íntegramente su posición internacional de antaño.

> "Si no hubiera habido guerra –explicaba Lenin en enero de 1918– constataríamos la unión de los capitalistas del mundo entero: una reunión contra nosotros en el terreno de la lucha". "¿Por qué, durante semanas y meses…, después de Octubre, hubiéramos tenido la posibilidad de ir tan fácilmente de triunfo en triunfo?… –preguntaba al VII Congreso del partido– Solamente porque la conyuntura internacional tan especial que se ha creado nos ha protegido provisoriamente contra el imperialismo". En abril, Lenin decía en una sesión del CE Central: "Hemos obtenido una pausa para recuperar el aliento porque en Occidente la carnicería imperialista continúa y porque en Extremo Oriente van a ampliarse las rivalidades imperialistas; así solamente se explica la existencia de la República Soviética".

La excepcional combinación de circunstancias no podía durar eternamente. "Acabamos de pasar de la guerra a la paz –decía Lenin en noviembre de 1920–, pero no hemos olvidado que la guerra regresará. Mientras subsistan

el capitalismo y el socialismo, no podremos vivir en paz –uno u otro debe triunfar finalmente–. Habrá una misa de réquiem o bien por la República Soviética, o por el imperialismo mundial. Esto es una pausa en la guerra".

La transformación de la "pausa" primitivamente prevista en un período prolongado de equilibrio inestable se hizo posible no solamente por la lucha entre grupos capitalistas, sino también por el movimiento revolucionario internacional. Bajo la influencia de la insurrección de noviembre en Alemania, las tropas alemanas tuvieron que dejar Ucrania, las provincias bálticas, Finlandia. La penetración del espíritu de rebelión entre los ejércitos de la Entente obligó a los gobiernos francés, inglés y norteamericano a retirar sus tropas de las costas meridionales y septentrionales de Rusia. La revolución proletaria en Occidente no había triunfado, pero, en ruta hacia la victoria, le había servido de cobertura, por algunos años, al Estado soviético.

En julio de 1921, Lenin hace un balance: "Hemos llegado a un equilibrio que, aunque sea poco sólido, extremadamente inestable, no deja de ser un equilibrio tal que la república socialista puede subsistir, por supuesto por poco tiempo, en el cerco capitalista". Así, de una semana a la otra, el partido asimilaba, poco a poco, la idea que el Estado obrero podría vivir en paz, por algún tiempo, "por supuesto por poco tiempo, en el cerco capitalista".

Una deducción, no sin importancia, resulta indiscutiblemente de los datos precedentes: según la convicción general de los bolcheviques, el Estado proletario no podía mantenerse por mucho tiempo sin una victoria del proletariado en Occidente; el programa de la edificación del socialismo en un solo país, por lo tanto, estaba prácticamente excluido; ni siquiera se planteaba la cuestión.

Sin embargo, sería completamente erróneo creer, como la escuela de los epígonos ha tratado de sugerir en estos últimos años, que el partido habría visto en los ejércitos capitalistas el único obstáculo en el camino del socialismo nacional. Efectivamente, la amenaza de una intervención armada prácticamente se ponía en primer plano. Pero incluso el peligro de guerra no representaba otra cosa que la expresión más aguda de la preponderancia técnica e industrial de los países capitalistas. Al fin de cuentas, el problema se reducía al aislamiento de la república soviética y a su atraso.

El socialismo es la organización de una producción racional y armoniosa de la sociedad, para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva que se ejerce sobre los medios de producción todavía no es el socialismo; no es más que la condición jurídica previa. El problema del régimen socialista no puede separarse del de las fuerzas productivas que, en la fase actual de la evolución humana es, por esencia, de una amplitud mundial. Este estado, que se vuelve estrecho para el capitalismo, es mucho menos capaz de volverse el terreno de un régimen socialista acabado. Además, la condición atrasada de un país revolucionario aumenta, para él, el peligro de ser arrojado nuevamente hacia el capitalismo. Combatiendo la perspectiva de una revolución socialista aislada, los bolcheviques tenían

en vista, no el problema de la intervención, disociado mecánicamente, sino todo el conjunto de las cuestiones que se relacionaban con la base económica internacional del socialismo.

Lenin decía en el VII Congreso del Partido: "Si Rusia marcha ahora, y marcha indiscutiblemente de su paz 'de Tilsitt'[3] a un auge nacional…, para ella la salida no está junto al Estado burgués, sino junto a una revolución socialista internacional". Tal es la alternativa: o la revolución internacional o un reflujo hacia el capitalismo. "Cuántas etapas transitorias hacia el socialismo habrá, no lo sabemos y no podemos saberlo. Todo depende del momento en que se desencadenará, en su verdadera amplitud, la revolución socialista europea".

Al pedir, en abril del mismo año, que se reagruparan las filas para el trabajo práctico, Lenin escribía: "No aseguraremos una colaboración seria a la revolución socialista occidental, que está retrasada por múltiples causas, más que en la medida en que sepamos resolver la tarea de organización que se nos plantea". La primera empresa de edificación económica está incluida inmediatamente en el esquema internacional: se trata de "colaborar con la revolución socialista en Occidente" y no de crear un reino socialista independiente en Oriente.

Con respecto a la inminente hambruna, Lenin declara a los obreros de Moscú: "En nuestra agitación… es necesario explicar que la calamidad que cayó sobre nosotros es una calamidad internacional para la que no hay otra salida que la revolución internacional". Para vencer la hambruna, hace falta una revolución del proletariado mundial, declara Lenin. Para edificar un régimen socialista, es suficiente con una revolución en un solo país, responden los epígonos. ¡Tal es la amplitud de los desacuerdos! ¿Quién tiene razón? No olvidemos, en todo caso, que a pesar de los éxitos de la industrialización, no se ha vencido a la hambruna hasta el día de hoy.

El Congreso de los Consejos de la Economía Pública formulaba en diciembre de 1918 un esquema de la edificación socialista en los siguentes términos:

"La dictadura del proletariado mundial se vuelve inevitable históricamente… De esta manera está determinado el desarrollo de toda la sociedad en el mundo, tanto como de cada país en particular. La institución de la dictadura del proletariado y de una forma soviética de gobierno en los

3 Alusión al tratado firmado en 1807 entre Napoleón y el zar Alejandro I, tras las victorias de aquél en las batallas de Austerlitz, Jena y Friedland. Se crea una alianza franco-rusa. Se reconocen las conquistas y transformaciones de Napoleón en Europa, mientras el zar se apodera de Finlandia y las provincias turcas. Luego, como el zar no quiere participar del bloqueo a Inglaterra, rompe la paz de Tilsitt. Napoleón decide entonces invadirla. Las tropas llegan fácilmente a Moscú, pero los rusos lo queman todo, dejándolos sin alimentos. Cuando regresan las tropas, maltrechas, se encuentran con un nuevo ejército de aliados formado por España, Rusia, Prusia, Italia, Suecia, Austria, Inglaterra, quienes se enfrentan en la batalla de Leipzig, donde Napoleón es derrotado [NdE].

otros países, hará posible el establecimiento de relaciones económicas muy estrechas entre los países, la división internacional del trabajo en el plano de la producción, finalmente la organización de servicios económicos internacionales". Que semejante resolución haya podido votarse por un Congreso de organismos gubernamentales ante los que se planteaban problemas puramente prácticos (el carbón, la madera, la remolacha), muestra mejor que nadie que, durante este período, la perspectiva de la revolución permanente predominaba sin restricciones en la conciencia del partido.

En el *ABC del comunismo*, manual del partido redactado por Bujarin y Preobrajensky, que ha tenido muchas ediciones, leemos:

> "La revolución comunista sólo puede vencer como una revolución mundial… En una situación en donde sólo hay victorias obreras en un solo país, la edificación económica encuentra dificultades muy grandes… Para la victoria del comunismo, es necesaria la victoria de la revolución mundial".

En el mismo sentido, con las mismas ideas, Bujarin, en un folleto popular que fue reeditado varias veces por el partido y traducido a lenguas extranjeras, escribía:

> "… Ante el proletariado ruso se plantea con más agudeza que nunca el problema de la revolución internacional… La revolución permanente en Rusia se transforma en una revolución europea del proletariado".

En un capítulo del famoso libro de Skvortsov Stepanov, *La electrificación*, dirigido por Lenin y con un prefacio suyo, que recomienda muy especialmente a los lectores, dice:

> "El proletariado de Rusia nunca pensó en crear un Estado socialista aislado. Un Estado 'socialista' independiente en sí mismo, es un ideal pequeñoburgués. Se puede concebir que uno se acerca en cierta medida a esto si hay predominancia económica y política de la pequeñoburguesía; buscando aislarse del mundo exterior, ésta quiere encontrar el modo de consolidar sus formas económicas que, por la técnica y la economía modernas, se han vuelto muy inestables".

¡Estas notables líneas que, indiscutiblemente, fueron corregidas por Lenin, arrojan claridad sobre la evolución posterior de los epígonos!

En las tesis sobre la cuestión nacional y colonial presentadas al II Congreso de la IC, Lenin definió la tarea general del socialismo como superación de las etapas nacionales de la lucha, como "la realización de un plan económico universal cuya aplicación sería controlada por el proletariado de todos los países, tendencia que se ha manifestado notoriamente en el régimen capitalista e indiscutiblemente debe continuar su desarrollo y llegar a la perfección con el régimen socialista". En relación a esta tendencia progresista que hereda el socialismo, la idea de un régimen socialista en un solo país constituye una reacción en sí misma.

Las condiciones de la formación de la dictadura del proletariado y las de la construccion del régimen socialista no son ni idénticas, ni convergentes e incluso, en algunos casos, presentan antagonismos. El hecho de que el proletariado ruso haya llegado primero al poder no significa de ninguna manera que también llegará primero al socialismo. La disparidad contradictoria de la evolución que condujo a la insurrección de Octubre no desapareció con el éxito de esta última; ésta estaba en la propia base del primer Estado obrero.

> "Cuanto más atrasado es el país que, por el curso sinuoso de la historia, tuvo que empezar la revolución socialista –decía Lenin en marzo de 1918– más difícil es para él pasar de las antiguas relaciones capitalistas a relaciones socialistas".

Este concepto reaparece en los discursos y artículos de Lenin, año a año. "Nos es fácil comenzar la revolución y es más difícil continuarla… –dijo en mayo del mismo año–; en Occidente, es más dificultoso iniciar la revolución, pero será más simple continuarla". En diciembre, Lenin desarrolló la misma idea ante un auditorio de campesinos, para quienes lo más difícil es llevar sus puntos de vista más allá de las fronteras nacionales:

> "Allá [en Occidente], el pasaje a la economía socialista… se producirá más fácilmente que aquí… Unido con el proletariado socialista del mundo entero, el campesinado trabajador de Rusia… superará todos los reveses…".
> "Comparativamente a los países avanzados –repitió en 1919–, era más fácil para los rusos emprender una gran revolución proletaria, pero les era más difícil continuarla y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de una completa organización del régimen socialista".
> "Rusia –retomó Lenin con insistencia, el 27 de abril de 1920– pudo comenzar la revolución socialista fácilmente, mientras que continuarla y llevarla hasta el final le será más difícil que para los países europeos. Ya, a comienzos de 1918, tuve que señalar esta circunstancia, y una experiencia de dos años ha confirmado la justeza de este pensamiento…".

Los siglos de la historia muestran diversos niveles de cultura en su desarrollo. Para terminar con el pasado, hace falta tiempo, no nuevos siglos, sino decenas de años. "Dudo de que toda la próxima generación, más desarrollada que nosotros, de un paso completo hacia el socialismo", decía Lenin en la sesión del CE Central, el 29 de abril de 1918. Casi dos años después, en el Congreso de las comunas agrícolas, indicó plazos aún más largos. "No podemos instituir inmediatamente el orden socialista; Dios quiera que se establezca en nuestro país en vida de nuestros hijos o quizás de nuestros nietos".

Los obreros rusos se pusieron en camino antes que los demás, pero llegarán a su objetivo más tarde que los demás. No es pesimismo; es realismo histórico.

"… Nosotros, proletariado de Rusia, superamos a Inglaterra y a Alemania por nuestro régimen político… –escribía Lenin en mayo 1918– y sin embargo estamos más atrasados que el más atrasado de los estados de Europa occidental… en cuanto al grado de nuestra preparación para el establecimiento material y productivo del socialismo". Expresó la misma idea en un paralelismo entre dos Estados: "Alemania y Rusia en 1918 han encarnado muy claramente la realización material de las condiciones de economía, de producción… del socialismo, por un lado, y las condiciones políticas del propio socialismo, del otro". Los elementos de la sociedad futura están dispersos entre diversos países. Reunirlos y subordinarlos unos a otros, ésta es la tarea de una serie de insurrecciones nacionales que se combinan en una revolución mundial.

Lenin ridiculizaba de antemano el concepto del carácter autárquico de la economía soviética:

> "Mientras que nuestra Rusia Soviética siga siendo una provincia limítrofe, apartada de todo el mundo capitalista –decía en diciembre de 1920 al VII Congreso de los Soviets–, sería totalmente ridículo, ilusorio y utópico… pensar en su completa independencia económica". El 27 de marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin hacía esta advertencia: íbamos a pasar "un examen que será instituido por el mercado ruso y el internacional, al que estamos sometidos y ligados, del que no escaparemos. Este examen es serio porque, aquí, podemos aplazar tanto en economía como en política".

Ahora, el concepto de la dependencia de la economía soviética en relación a la economía mundial es considerado como "contrarrevolucionario" por la IC: ¡el socialismo no puede depender del capitalismo! Los epígonos han tenido la mala intención de olvidar que el capitalismo, al igual que el socialismo, se basa en la división mundial del trabajo que, precisamente en el socialismo, debe llegar a su más completa plenitud. La construcción económica en un Estado obrero aislado, por importante que sea en sí misma, quedará truncada, limitada y contradictoria; no puede alcanzar la altura de una nueva sociedad armoniosa.

"Un verdadero crecimiento de la economía socialista en Rusia –escribía Trotsky en 1922– sólo será posible luego de la victoria del proletariado en los países europeos más importantes". Han resaltado estas palabras para ponerlas en un acta de acusación. Ahora bien, en su momento, expresaban la idea común de todo el partido. "La cuestión de la edificación, decía Lenin en 1919, depende totalmente de la rapidez con que triunfe la revolución en los principales países de Europa. Solamente después de semejante victoria, podremos ocuparnos seriamente de la construcción". Estas palabras no expresaban ninguna desconfianza respecto a la Revolución Rusa, sino la creencia en la proximidad de la llegada de la revolución mundial. Actualmente también, después de los grandes éxitos económicos logrados por la Unión

Soviética, sigue siendo correcto decir que "un verdadero crecimiento de la economía socialista" sólo es posible sobre la base internacional.

También bajo este mismo ángulo el partido consideraba el problema de la colectivización de la agricultura. El proletariado no puede construir una nueva sociedad sin llevar hacia el socialismo, a través de una serie de grados intermedios, al campesinado, quien constituye una parte considerable de nuestra población, una parte predominante en muchos países y una amplia mayoría en toda la extensión del globo terrestre. La solución de este difícil problema, al fin de cuentas, depende de las relaciones cuantitativas y cualitativas establecidas entre la industria y la agricultura; el campesinado se comprometerá mucho más fácilmente y con más éxito en el camino de la colectivización si recibe un aporte económico y cultural más rico de la ciudad.

Sin embargo, ¿existe una industria suficiente para la transformación de la aldea? Lenin también volvía a llevar este problema más allá de las fronteras nacionales. "Si se toma la cuestión a escala mundial –decía al IX Congreso de los Soviets–, existe en la tierra una industria bastante floreciente, bastante amplia para suministrarle al mundo todos los productos... Ponemos esto en la base de nuestros cálculos". La relación entre la industria y la agricultura, infinitamente menos favorable en Rusia que en los países de Occidente, sigue siendo hasta hoy la base de las crisis económicas y políticas que, en ciertos momentos, amenazan la estabilidad del sistema soviético.

La política de lo que se llamó "comunismo de guerra", como se deduce de lo que acabamos de decir, no estaba calculada de ninguna manera para la edificación de un régimen socialista en los límites nacionales. Los mencheviques eran los únicos en burlarse del poder soviético, atribuyéndole semejantes planes. Para los bolcheviques, el destino último del régimen espartano impuesto por el desorden y la guerra civil dependía directamente del desarrollo de la revolución en Occidente. En enero de 1919, en pleno comunismo de guerra, Lenin decía: "Mantendremos las bases de nuestra política comunista de abastecimiento y las mantendremos inquebrantablemente hasta el momento en que llegue la victoria completa y mundial del comunismo". Junto con todo el partido, Lenin se equivocaba. Fue necesario modificar la política de abastecimiento. Actualmente, se puede considerar como determinante que aun cuando hubiera ocurrido la revolución socialista en Europa en los dos o tres primeros años que siguieron a Octubre, un retroceso en la vía de la NEP hubiera sido inevitable de todas maneras. Pero si se aprecia retrospectivamente la primera etapa de la dictadura, se ve muy claro hasta qué punto los métodos del comunismo de guerra y sus ilusiones se entremezclaban con la perspectiva de la revolución permanente.

Una profunda crisis interna, a la salida de tres años de guerra civil, indicó la amenaza de una ruptura directa entre el proletariado y el campesinado, entre el partido y el proletariado. Era necesaria una revisión radical de los métodos del poder soviético. "… Debemos satisfacer desde el punto de vista

económico al campesinado medio y volver a la libertad de cambio –explicaba Lenin–; de otro modo, sería imposible conservar el poder del proletariado en Rusia, dado el retraso de la revolución internacional…" Pero, ¿el pasaje a la NEP no se acompañaba con una ruptura de principios entre los problemas internos y los problemas internacionales?

Lenin dio una apreciación de conjunto de la etapa que se abría, en sus tesis para el III Congreso de la IC:

> "… Desde el punto de vista de la revolución proletaria mundial, como proceso de conjunto, el significado de la época vivida por Rusia consiste en experimentar prácticamente y en verificar la política del proletariado que detenta el poder del Estado con respecto a la masa pequeñoburguesa". Ya, la propia definición de los marcos de la NEP suprime pura y simplemente el problema del socialismo en un solo país.
> Muy claros son los apuntes que Lenin ha escrito durante las jornadas en que se discutían y elaboraban los nuevos métodos económicos:
> "Diez a veinte años de relaciones correctas con el campesinado y la victoria garantiza la escala mundial (suponiendo incluso un retraso de las revoluciones proletarias que comienzan a aumentar)".

El objetivo está indicado: adaptarse a nuevos términos, a mayores plazos, que se pueden necesitar para que madure la revolución en Occidente. En este sentido, y solamente en este sentido, Lenin expresaba la seguridad de ver surgir "de la Rusia de la NEP, una Rusia socialista".

No es suficiente con decir que la idea de la revolución internacional no ha estado sujeta a una revisión; en cierto sentido, ésta toma ahora una expresión más profunda y más clara.

> "En los países de capitalismo desarrollado –dice Lenin al X Congreso del partido, para explicar la situación histórica de la NEP– existe una clase de obreros agrícolas que se ha formado durante décadas… En los lugares en que esta clase está suficientemente desarrollada, es posible la transición del capitalismo al socialismo. Hemos señalado en muchas obras, en todas nuestras manifestaciones, en toda la prensa, que esto no es así en Rusia, en donde tenemos una minoría de obreros industriales y una inmensa mayoría de pequeños agricultores. La revolución social en un país así no puede obtener un éxito definitivo más que con dos condiciones: primeramente, que sea apoyada por una revolución social en uno o varios de los países avanzados en el momento oportuno; la otra condición es que exista un acuerdo entre… el proletariado que detenta el poder y la mayoría de la población campesina… Unicamente un acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia entre tanto no se produzca la revolución en otros países".

Aquí están reunidos todos los elementos del problema. La unión con el campesinado es indispensable para la existencia misma del poder soviético;

pero no reemplaza a la revolución internacional que, únicamente, puede crear la base económica de un régimen socialista.

En el mismo X Congreso se presentó un informe especial: *La República Soviética cercada por el capitalismo*, dictado por el retraso de la revolución en Occidente. En calidad de informante, en nombre del CC, habla Kamenev: "… Nunca nos dimos como objetivo –dice, como si se tratara de algo indiscutible– edificar un régimen comunista en un único país aislado. Sin embargo, nos encontramos en una situación tal que nos es indispensable mantener la base del régimen comunista, la base del Estado socialista, la república proletaria soviética, cercada por las relaciones capitalistas por todos los flancos. ¿Resolveremos este problema? Pienso que esta es una pregunta escolástica. Así planteada, no puede recibir respuesta. Se presenta bajo esta forma: en el estado de las relaciones actuales, ¿cómo conservar el poder de los soviets y conservarlo hasta el momento en que el proletariado de tal o cual país venga a nuestra ayuda?". Si las ideas del informante quien, sin ninguna duda, había sometido más de una vez su informe al examen de Lenin, hubieran estado en contradicción con el bolchevismo tradicional, ¿cómo el Congreso no protestó? ¿Cómo no hubo ni un solo delegado que indique que, en la cuestión más esencial de la revolución, Kamenev desarrollaba opiniones que no tenían "nada en común" con las de los bolcheviques? ¿Cómo es que nadie en todo el partido había notado la herejía?

> "Según Lenin –afirma Stalin– la revolución saca sus fuerzas ante todo entre los obreros y los campesinos de la propia Rusia. Según Trotsky, se podría creer que las fuerzas indispensables sólo pueden ser reclutadas en el terreno de la revolución mundial del proletariado".

A estas dos concepciones antitéticas, como a muchas otras, Lenin había respondido antes:

> "No nos hemos olvidado ni un minuto y no nos olvidamos –decía, el 14 de mayo de 1918, en una sesión del CE Central– de las debilidades de la clase obrera rusa comparativamente a los otros destacamentos del proletariado internacional… Pero debemos permanecer en ese puesto en tanto no se presente nuestro aliado, el proletariado internacional…".

En el III aniversario de la insurrección de Octubre, Lenin confirmaba:

> "… Hemos apostado a la revolución internacional, e indiscutiblemente, hemos apostado correctamente… Siempre hemos destacado que una obra tal como la revolución socialista no puede realizarse en un solo país…".

En febrero de 1921, Lenin declaraba en el Congreso de los obreros de la industria de la costura:

> "Siempre y varias veces hemos indicado a los obreros que el problema esencial, fundamental, la condición absoluta de nuestra victoria, era extender la revolución al menos a algunos países más avanzados".

No, Lenin está demasiado comprometido por su obstinación a "sacar" fuerzas del terreno mundial; ¡imposible exculparlo!

Lo mismo que Trotsky fue enfrentado a Lenin, el propio Lenin fue enfrentado a Marx y con mucha razón. Si Marx suponía que la revolución proletaria comenzaría en Francia pero sólo culminaría en Inglaterra, esto se explica, según Stalin, por el hecho de que Marx no conocía todavía la ley de la evolución desigual. En realidad, la previsión de Marx, oponiendo un país en el que empieza la revolución a un país en donde se realiza completamente la obra socialista, está construida totalmente por la ley de una evolución desigual. En todo caso, el propio Lenin, que no admitía reticencias sobre las grandes cuestiones, nunca, en ninguna parte, había marcado un desacuerdo con Marx y Engels respecto del carácter internacional de la revolución. ¡Todo lo contrario!

> Si "las cuestiones han tenido otro giro que el que preveían Marx y Engels –decía Lenin en el III Congreso de los Soviets– es solamente en relación al orden de sucesión histórico de los países: el destino del proletariado ruso ha sido, por la marcha de los acontecimientos, el de tener un honorable papel de vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claramente cómo se desarrollará ulteriormente la revolución: ha comenzado la rusa, rematarán la alemana, la francesa, la inglesa y el socialismo vencerá…".

El argumento que nos espera más adelante, es el del prestigio del Estado: negar la teoría del socialismo nacional, "conduce –según los términos de Stalin– a cercenar a nuestro país". Por sí sola, esta fraseología, intolerable para los oídos de un marxista, traiciona toda la profundidad de la ruptura con la tradición bolchevique. Lo que temía Lenin, no era un "cercenamiento", era una fanfarronada nacionalista.

> "Somos –enseñaba en abril de 1918, en una sesión del Soviet de Moscú– uno de los destacamentos revolucionarios de la clase obrera que se ha puesto adelante, no porque que nosotros seamos mejores que los demás… sino únicamente porque éramos uno de los países más atrasados de todo el mundo… Sólo llegaremos a una victoria completa con todos los obreros de los demás países, con los obreros del mundo entero".

El llamado a una opinión sensata sobre el proletariado ruso se vuelve el *leitmotiv* de los discursos de Lenin.

> "La Revolución Rusa –dice el 4 de junio de 1918–…, no es para nada un mérito particular del proletariado ruso, sino que ella se ha provocado por la marcha… de los acontecimientos históricos; ese proletariado, por la voluntad de la historia, se ha ubicado provisoriamente, en el primer plano, y por un tiempo se ha convertido en la vanguardia de la revolución mundial".

"El primer papel del proletariado de Rusia en el movimiento obrero mundial –dice Lenin en la Conferencia de los Comités de fábricas, el 23 de julio de 1918– se explica no por el desarrollo económico del país, por el contrario: se explica por el estado atrasado de Rusia… El proletariado ruso concibe claramente que la condición indispensable y los preparativos esenciales de su victoria están en la ofensiva unida de los obreros de todo el mundo".

Por supuesto, la insurrección de Octubre no fue provocada sólo por el estado atrasado de Rusia, y Lenin lo entendía muy bien. Pero, conscientemente, doblaba la vara para enderezarla luego.

En el Congreso de los Consejos de la Economía Pública, es decir, el de los organismos llamados especialmente a edificar el socialismo, Lenin dice, el 26 de mayo de 1918:

"No cerramos los ojos ante el hecho de que nosotros solos… con nuestras propias fuerzas, no podríamos completar totalmente la revolución socialista en un solo país, incluso cuando ese país fuera menos atrasado que Rusia".

Adelantando aquí los caminos futuros de la categoría burocrática, el orador agrega esta explicación: "Esto no podría provocar el menor pesimismo porque la tarea que nos hemos asignado es de una dificultad histórica mundial".

En el Congreso de los Soviets, el 8 de noviembre, dice:

"La completa victoria de la revolución socialista es inconcebible en un solo país, y exige al menos la colaboración más activa de algunos países avanzados, entre los que no podemos contar a Rusia…".

Lenin no solamente le niega a Rusia el derecho de tener su propio socialismo, sino que le asigna, de forma convincente, un lugar de segundo orden en la edificación en común del socialismo con los otros países. ¡Qué criminal "cercenamiento" de nuestro país!

En marzo de 1919, en el Congreso del Partido, Lenin fustiga a los que quieren ir demasiado lejos:

"Sabemos por la experiencia práctica cómo dar los primeros pasos hacia la destrucción del capitalismo en un país en el que existen relaciones particulares entre el proletariado y el campesinado. Y nada más. Si quisiéramos imitar a la rana que se esforzaba por ser tan grande como el toro, seríamos el hazmerreír de todo el mundo, no seríamos otra cosa que simples fanfarrones".

¿Quizás alguien se sentirá molesto al escuchar semejantes palabras?

"Pero –dice Lenin, el 19 de mayo de 1921– ¿qué bolchevique ha renegado que la revolución no podría triunfar definitivamente más que después de haber ganado todos los países avanzados, o, al menos, algunos de ellos?". En noviembre de 1920, en la Conferencia del partido de la provincia de Moscú, ya había dicho que los bolcheviques no habían ni prometido ni soñado "transformar el mundo entero con las únicas fuerzas de Rusia…

Nunca llegamos a semejante locura, y siempre hemos dicho que nuestra revolución sería victoriosa cuando fuera apoyada por los obreros de todos los países".

"No hemos terminado de establecer aún –escribe a principios de 1922– los cimientos de una economía socialista. Esto todavía puede ser disputado por las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante. Es necesario concebirlo claramente y reconocerlo francamente, porque no hay nada más peligroso que las ilusiones y el vértigo, sobre todo cuando se está en grandes alturas. Y no hay nada 'terrible', nada que motive legitimamente la menor debilidad, si se admite esta amarga verdad, porque nosotros siempre y en varias oportunidades hemos proclamado esta verdad que es el ABC del marxismo: para la victoria del socialismo son necesarios los esfuerzos conjuntos de los obreros de varios países avanzados".

Dos años y medio más tarde, Stalin exigirá que se renuncie al marxismo en esta cuestión esencial. ¿Por qué motivo? Marx habría ignorado la desigualdad de la evolución, es decir de la ley más elemental de la dialéctica, tanto la de la naturaleza como la de la sociedad. Pero ¿cómo tratar al propio Lenin, quien, según Stalin, habría "descubierto" por primera vez la ley del desarrollo desigual por la experiencia del imperialismo y quien, no obstante, se atenía obstinadamente a "la verdad abecedaria del marxismo"? Es en vano que busquemos una explicación.

"El trotskismo –según la sentencia acusadora de la IC– actuaba y sigue actuando a partir de la afirmación de que nuestra revolución no es en sí [¡!] y en el fondo socialista, que la revolución de Octubre no es más que una señal, un impulso y un punto de partida para la revolución socialista en Occidente".

La transmutación en el sentido nacional se disimula aquí mediante la escolástica pura. La revolución de Octubre "en sí" no existe de ninguna manera. Habría sido imposible sin toda la historia precedente de Europa, y no habría tenido esperanzas si no se hubiera continuado en Europa y en todo el mundo "… La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional" (Lenin). Su fuerza está precisamente allí en donde los epígonos ven su "cercenamiento". Justamente por esto, y sólo por esto, que en lugar de ser un todo triunfando por sí mismo, ella es una "señal", un impulso, un "punto de partida", un "eslabón", y que toma un carácter socialista.

"Por supuesto, la victoria definitiva del socialismo en un solo país es imposible" –decía Lenin en el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918–. Pero, por el contrario, es posible otra cosa:

"Un vivo ejemplo, una puesta en marcha en alguna parte en un país, esto es lo que enciende a las masas laboriosas en todas las regiones".

En julio, en una sesión del CE Central:

"Nuestra tarea es, por el momento… mantener… la llama del socialismo, de manera que ésta proyecte las chispas para encender el fuego cada vez más creciente de la revolución social".

Un mes después, en un mitin obrero:

"La revolución [europea] está en ascenso… debemos mantener el poder soviético hasta que ésta comience. Nuestros errores deben ser una lección para el proletariado de Occidente".

Algunos días más tarde, en el Congreso de los Trabajadores de la Educación:

"La Revolución Rusa no es más que un ejemplo, no es más que un primer paso en una serie de revoluciones…".

En marzo de 1919, en el Congreso del partido:

"En resumen, la revolución rusa era un ensayo general… de la revolución proletaria mundial".

¡No es una pieza que se juega independientemente, es solamente un ensayo general! ¡Qué obstinación y qué crueldad en el "cercenamiento"!

Pero Lenin no se detiene allí. "Si ocurriese, dice el 8 de noviembre de 1918, que nos barriesen de golpe… tendríamos el derecho de decir, sin disimular nuestros errores, que hemos utilizado el período que se nos ha dado en suerte, íntegramente para la revolución socialista mundial". ¡Qué alejadas están estas palabras, tanto por el método de pensamiento como por la psicología política, de la suficiencia arrogante de los epígonos que se han imaginado ser el ombligo del mundo!

El error cometido en una cuestión esencial, si el interés político obliga a atribuirle importancia, conduce a otros innumerables errores y transforma gradualmente a todo el pensamiento.

"… Nuestro partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera –decía Stalin en el pleno del CE de la IC en 1926–, debía decir claramente que, por falta de seguridad en que podría edificar el socialismo en nuestro país, llegaba a rechazar el poder y renunciaba a la dirección para pasarse a la oposición…".

La IC le dio su bendición a este punto de vista en una resolución:

"Negar esta posibilidad [de un régimen socialista en un solo país] como lo hace la Oposición, no es otra cosa que negar la existencia de las condiciones previas de la revolución socialista en Rusia".

¡Las "condiciones previas" no están en esta resolución, ni el estado general de la economía mundial ni las contradicciones internas del imperialismo,

ni las relaciones de clase en Rusia, sino la garantía, dada de antemano, de que existe la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país!

A esta deducción teleológica presentada por los epígonos durante el otoño de 1926, se puede replicar con las mismas consideraciones que les opusimos a los mencheviques en la primavera de 1905:

> "Desde que el desarrollo objetivo de la lucha de clases plantea la alternativa de la revolución ante el proletariado, en un determinado momento: o bien, tomar a cargo los derechos y las obligaciones del poder, o bien abandonar su posición de clase, la socialdemocracia se da como tarea inmediata la conquista del poder. Y, al hacer esto, ésta no ignora de ninguna manera los procesos objetivos del desarrollo que son de un orden más profundo, los procesos de crecimiento y de concentración de la producción: desde el momento en que la lógica de la lucha de clases, apoyándose al fin de cuentas en la marcha de la evolución económica, empuja al proletariado a la dictadura antes que la burguesía haya agotado su misión económica… esto significa solamente que la historia hace recaer sobre el proletariado tareas de una enorme dificultad. Quizás incluso el proletariado quedará extenuado en esta lucha y sucumbirá bajo el peso de sus obligaciones; es posible. Pero no puede negarse a aceptar sus tareas arriesgándose a una descomposición de clase y a un hundimiento de todo el país en la barbarie".

No tendríamos nada que agregar a esto, incluso ahora.

> "… Sería un error irreparable –escribía Lenin en mayo de 1918–, declarar que, desde el momento en que reconocemos la falta de correlación entre nuestras fuerzas económicas y nuestra fuerza política", se derivaría de esto "que no debemos tomar el poder… Así razonan los burócratas olvidando que nunca habrá 'correlación', que ésta no puede existir más que en la evolución natural, no más que en la evolución social, que solamente por aproximaciones sucesivas –en la que cada una tomada aparte será unilateral y contaminada con una cierta disparidad– se constituirá un socialismo integral con la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países".

Las dificultades de la revolución internacional no se superarán mediante una adaptación pasiva, ni por un renunciamiento al poder, ni por la actitud expectante de una nación que espera el sublevamiento universal, sino mediante la acción viva, por la victoria obtenida sobre las contradicciones, por la dinámica de la lucha y por la ampliación de su terreno.

Si se toma en serio la filosofía histórica de los epígonos, los bolcheviques, en las vísperas de Octubre, debían saber de antemano; primeramente, que resistirían contra legiones de enemigos; luego que, del comunismo de guerra, pasarían a la NEP; finalmente, que en caso de necesidad, construirían su socialismo nacional. En una palabra, antes de tomar el poder, debían establecer un balance correcto y anotar el saldo a su activo. Lo que se ha producido, no se parece para nada a esta edificante caricatura.

En un informe al Congreso del partido en marzo de 1923, Lenin decía:

"Tuvimos que andar a tientas constantemente. El hecho se vuelve evidente cuando tratamos de echar una mirada al conjunto de lo que hemos vivido. Pero esto no nos ha quebrado, ni siquiera el 10 de octubre de 1917, cuando se decidió la cuestión de la toma del poder. No dudábamos que tendríamos que experimentar, hacer ensayos, como decía el camarada Trotsky. Nos lanzábamos a una empresa a la que nadie en el mundo se había arriesgado todavía a una escala semejante".

Y más adelante:

"¿Quién entonces ha podido hacer la mayor revolución sabiendo de antemano como llevarla adelante hasta el final? ¿De dónde se podría sacar semejante conocimiento? No está en los libros. No existen libros de este tipo. Solamente de la experiencia de las masas ha podido nacer nuestra resolución".

Los bolcheviques no buscaban la certeza de poder construir en Rusia un régimen socialista, no tenían necesidad de ello, no tenían más que hacerlo; ésta era contraria a todo lo que les había enseñado la escuela del marxismo. "La táctica de los bolcheviques… –escribía Lenin contra Kautsky– era exclusivamente una táctica internacionalista, porque no se basaba en una actitud cobarde ni en la incredulidad pequeñoburguesa ante la revolución mundial…". Los bolcheviques "tendían a lo máximo que era realizable en un país para el desarrollo, el apoyo, el despertar de la revolución en todos los países". Con semejante táctica, no se podía trazar un itinerario infalible y mucho menos se podía tener garantías de una victoria nacional. Pero los bolcheviques lo sabían: el peligro es un elemento tanto de la revolución como de la guerra. Tenían los ojos bien abiertos ante los peligros.

Dando como ejemplo y prueba al proletariado mundial la valentía con la que la burguesía corre riesgos de guerra por su interés, Lenin estigmatiza con aversión a aquellos socialistas que "tienen miedo de entablar el combate en tanto no se les garantice 'un éxito fácil'… Se merecen tres veces el desprecio, esta gentuza del socialismo internacional, estos sirvientes de la moral burguesa". Lenin, lo sabemos, no se molestaba en seleccionar expresiones cuando la indignación lo sofocaba.

"¿Pero cómo hacer –preguntó con insistencia Stalin– si la revolución mundial está condenada al retraso? ¿Hay en vista algo claro para nuestra revolución? Trotsky no propone ninguna claridad".

Los epígonos exigen para el proletariado ruso privilegios históricos: para él, debe haber rieles listos para un movimiento ininterrumpido hacia el socialismo, independientemente de lo que pueda pasar con el resto de la humanidad. ¡Qué lástima! La historia no fabrica esos rieles.

"Si se miran las cosas en el plano histórico mundial –decía Lenin al VII Congreso del partido–, no hay dudas de que no se puede esperar la victoria definitiva de nuestra revolución, en el caso en que permanezca aislada…".

Pero, incluso en ese caso, ella no sería estéril.

"Aún cuando mañana el poder bolchevique fuese derrocado por los imperialistas –decía Lenin en mayo de 1919 en el Congreso de la Educación–, no nos arrepentiríamos ni un segundo de haberlo tomado. Y ni uno solo de los obreros conscientes… se arrepentirá de ello, no pondrá en duda que nuestra revolución ha representado una victoria".

Porque Lenin sólo se representaba la victoria en la continuidad internacional de la evolución y de la lucha. "La nueva sociedad… es una abstracción que no puede hacerse carne de otra manera que con diferentes ensayos, incompletos, concretos, para crear tal o cual Estado socialista". La diferencia clara y, en cierto sentido, la oposición del "Estado socialista" y de la "nueva sociedad" dan la clave de los innumerables abusos cometidos por la literatura de los epígonos sobre los textos de Lenin. Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique, después del quinto año transcurrido tras la toma del poder.

"Cuando inauguramos, en nuestro tiempo, la revolución internacional, actuábamos así no porque estuviéramos persuadidos de poder determinar el movimiento de antemano, sino porque muchas circunstancias nos empujaban a emprender esta revolución. Pensábamos: o bien la revolución internacional llegará para socorrernos, y entonces nuestras victorias están completamente aseguradas, o bien llevaremos a cabo nuestro modesto trabajo revolucionario, entendiendo que, en caso de derrota, habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia seguro sería útil para otras revoluciones. Para nosotros estaba claro que, sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria era imposible. Hasta la revolución, e incluso después de ella, pensábamos: enseguida, o al menos pronto, estallará la revolución en otros países, en los que son más desarrollados en el plano capitalista; o entonces, en el caso contrario, deberemos sucumbir. Aunque hayamos concebido así las cosas, hemos hecho todo para salvaguardar, en todas las circunstancias y a todo precio, el sistema soviético, sabiendo que trabajamos no solamente para nosotros, sino también para la revolución internacional. Nosotros lo sabíamos, hemos expresado más de una vez esta convicción antes de la Revolución de Octubre, lo mismo que inmediatamente después de ella y que en el momento en que se debatía y se firmaba la paz de Brest-Litovsk. Y en resumidas cuentas, esto era correcto".

Los plazos se trasladaron, la trama de los acontecimientos se presentó, en muchas relaciones, de una manera imprevista, pero la orientación esencial permaneció sin cambios. ¿Qué puede agregarse a estas palabras?

"Emprendíamos… la revolución internacional". "Si la insurrección en Occidente no se produce 'enseguida, o al menos muy rápidamente', estimaban los bolcheviques, deberemos sucumbir". "Pero, incluso en este caso, la conquista del poder estará justificada; gracias a la experiencia de los que habrán sucumbido, otros aprenderán". "Militamos no solamente por nosotros, sino también por la revolución internacional". Estas ideas de Lenin, profundamente imbuidas de internacionalismo, fueron expuestas por él en Congreso de la IC. ¿Alguien lo contradijo? ¿Alguien hizo alusión a la posibilidad de un régimen socialista nacional? ¡Nadie dijo ni una palabra!

Cinco años después, en el VII pleno del Ejecutivo de la IC, Stalin desarrollaba consideraciones de un carácter totalmente opuesto. Nosotros ya las conocíamos. Si falta "la certeza de la posibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país", el partido debe transformarse de "partido dirigente en partido de oposición...". Era necesario haber tenido la seguridad del éxito antes de tomar el poder; sólo estaba permitido buscar esa seguridad en el marco nacional; había que estar seguro de poder construir el socialismo en la Rusia campesina; por el contrario, podemos obviar perfectamente una victoria del proletariado mundial. ¡Cada uno de los eslabones de esta cadena lógica golpea en pleno rostro a la tradición del bolchevismo! Para disimular su ruptura con el pasado, la escuela stalinista trató de utilizar algunas líneas de Lenin, las que le parecían las más utilizables. El artículo de 1915 sobre los Estados Unidos de Europa hace esta observación al pasar: que la clase obrera debe, en cada país, conquistar el poder y emprender la edificación socialista sin esperar a nadie. Si, tras estas líneas indiscutibles, se hubiera disimulado la idea de un régimen socialista nacional, ¿cómo Lenin habría podido olvidarlas en el curso de los años siguientes y contradecirlas con tanta obstinación y a cada paso? Pero es inútil recurrir a argumentos indirectos cuando se tienen argumentos muy directos. Las tesis-programas, elaboradas por Lenin en ese mismo año 1915, responden a la pregunta exacta y directamente:

> "La tarea del proletariado de Rusia es llevar hasta el final la revolución burguesa democrática en Rusia para encender el fuego de la revolución socialista en Europa. Esta segunda tarea se mantiene muy cercana a la primera, pero sin embargo sigue siendo una tarea particular y de segundo plano, porque se trata de clases diferentes que colaboran con el proletariado de Rusia; para la primera, el colaborador es el campesinado pequeñoburgués de Rusia; para la segunda, es el proletariado de los otros países".

No se puede exigir una claridad mayor.

La segunda referencia a Lenin no está mejor fundada. Un artículo suyo sin terminar, sobre la cooperación, dice que, en la República soviética, se posee "todo lo que es indispensable y suficiente" para realizar, sin nuevas revoluciones, la transición hacia el socialismo: se trata, como lo muestra muy claramente el texto, de condiciones previas políticas y jurídicas. El autor no olvida

destacar la insuficiencia de las bases de la producción y de la cultura. Lenin expresó este mismo pensamiento más de una vez. "Lo que nos falta –escribía en un artículo del mismo período, a principios de 1923– es una cultura que permita pasar directamente al socialismo, aunque tengamos las condiciones políticas previas para esto". En este caso, como en todos los demás, Lenin partía del hecho que, marchando junto al proletariado ruso y precediéndolo, el proletariado de Occidente iría al socialismo. El artículo sobre la cooperación no indica de ningún modo que la República soviética pueda crear, de manera reformista y armoniosamente, su socialismo nacional en lugar de integrarse, por medio del proceso de los antagonismos y de las revoluciones, en un régimen socialista mundial. Las dos citas, incluidas en el texto del programa de la IC, están explicadas hace mucho tiempo en nuestra *Crítica al Proyecto de Programa*, y nuestros adversarios no trataron de defender ni una sola vez sus elucubraciones y sus errores. Por otra parte, semejante intento hubiera sido desesperado.

En marzo de 1923, es decir en el último período de su trabajo creativo, Lenin escribía:

> "… En el momento actual, nos enfrentamos a la siguiente pregunta: ¿lograremos mantenernos con nuestra escasa producción rural, y ante nuestras ruinas, hasta que los países capitalistas de Europa occidental lleven adelante su revolución hacia el socialismo?".

Lo vemos nuevamente: los plazos se alejaron, la trama de los acontecimientos fue modificada, pero la base internacional de la política permanece inmutable. La creencia en la revolución internacional –según Stalin, la "falta de fe" en las fuerzas internas de la revolución rusa– acompañó al gran internacionalista hasta la tumba. Solamente enterrando a Lenin en un mausoleo, los epígonos tuvieron la posibilidad de "nacionalizar" sus opiniones.

* * *

De la división mundial del trabajo, de la desigualdad del desarrollo de las diversas naciones, de su interdependencia económica, de la desigualdad de la cultura en sus distintos aspectos según los países, se deduce que el régimen socialista sólo puede construirse según el sistema de una espiral económica que trasladará las incompatibilidades internas de tal o cual país sobre todo un grupo de otros países y los compensará por los servicios recíprocos y por los complementos mutuos de las economías y de las culturas, es decir, al fin de cuentas, en el terreno mundial.

El viejo programa del partido adoptado en 1903 comienza con estos términos:

> "El desarrollo de los intercambios ha establecido una ligazón tan estrecha entre todos los pueblos del mundo civilizado que el gran movimiento emancipador del proletariado debía volverse y se ha vuelto internacional desde hace mucho tiempo…".

La preparación del proletariado para la próxima revolución social es definida como la tarea de la "socialdemocracia internacional". Sin embargo, "en el camino que lleva a su objetivo final común… los socialdemócratas de los diversos países están forzados a considerar tareas inmediatas, que no son las mismas para unos que para otros". En Rusia, la tarea es derrocar el zarismo. La revolución democrática se considera de antemano como una etapa nacional hacia la revolución socialista internacional.

La misma concepción se puso en la base del nuevo programa adoptado por el partido, cuando se tomó el poder. En una discusión previa sobre el proyecto de programa para el VII Congreso, Miliutin aportó una enmienda a la resolución de Lenin: "Propongo, dijo, insertar las palabras 'revolución socialista internacional' allí donde se hable de ´la era iniciada de la revolución socialista'…". "Pienso que una exposición de los motivos es inútil… Nuestra revolución social sólo puede vencer como revolución internacional. No puede vencer únicamente en Rusia dejando subsistir el régimen burgués en los países circundantes… Propongo introducir esta enmienda para evitar todo malentendido". El presidente Sverdlov: "El camarada Lenin acepta la enmienda; por lo tanto, no es necesario votar". ¡Este pequeño episodio de técnica parlamentaria (¡"una exposición de los motivos es inútil", y "no es necesario votar"!) derrumba la historiografía mentirosa de los epígonos de una manera quizás más convincente que el estudio histórico más cuidadoso! El hecho de que el propio Miliutin, así como Skvortsov-Stepanov nombrado más arriba, así como centenares y miles de otros, condenaron pronto sus propias opiniones bajo la denominación de "trotskismo", este hecho no cambia en nada la naturaleza de las cosas. Los grandes torrentes históricos son más fuertes que las vértebras del hombre. El ascenso de la oleada subleva a generaciones políticas enteras y el reflujo las arrastra. Por otra parte, las ideas son capaces de vivir incluso después de la muerte física o espiritual de sus propagadores.

Un año más tarde, en el VIII Congreso del partido, que confirmó el nuevo programa, la misma cuestión fue dilucidada nuevamente en un intercambio de vivas réplicas entre Lenin y Podbelsky. El delegado de Moscú protestaba contra el hecho de que, a pesar de la revolución de Octubre, se siguiera hablando en futuro de la revolución social.

> "Podbelsky –dijo Lenin– ha desaprobado que, en uno de los párrafos, se trate de la *próxima* revolución social... Semejante argumento no se sostiene en pie porque, en nuestro programa, se trata de la revolución social a escala mundial".

En verdad, ¡la historia del partido no le ha dejado a los epígonos ni un solo rincón en que no esté aclarado!

En el programa adoptado en 1921 por las Juventudes Comunistas, la misma cuestión se presentó bajo una forma muy simple y popular.

"Rusia, aunque posee inmensas riquezas naturales –dice uno de los párrafos–, es un país atrasado desde el punto de vista industrial, donde predomina una población pequeñoburguesa. Sólo podrá llegar al socialismo por medio de una revolución proletaria mundial: hemos entrado en la época de este desarrollo".

Aprobado en su momento por el Buró Político, con la participación no solamente de Lenin y Trotsky, sino también de Stalin, este programa conservaba aún todo su valor en el otoño de 1926, cuando el CE de la IC consideraba como un pecado mortal la negativa de reconocer el socialismo en un solo país.

Sin embargo, en los dos años siguientes, los epígonos se vieron forzados a archivar los documentos-programas de la época de Lenin. Un nuevo documento, hecho de fragmentos ensamblados, fue llamado por ellos el programa de la IC. Si, para Lenin, en el programa "ruso", era necesaria la revolución internacional, para los epígonos, en su programa internacional, importaba el socialismo "ruso".

¿Cuándo y cómo se reveló abiertamente, por primera vez, la ruptura con el pasado? Es fácil marcar la fecha histórica, ya que corresponde a un momento significativo en la biografía de Stalin. A partir de abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin exponía modestamente los puntos de vista tradicionales del partido: "… Derribar el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado en un solo país –escribía en su libro *Las cuestiones del leninismo*–, esto no significa todavía la garantía de una completa victoria del socialismo. La tarea principal del socialismo –la organización de la producción socialista– sigue estando todavía por delante. ¿Se puede resolver ese problema, se puede llegar a una victoria definitiva del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjugados de los proletarios de varios países avanzados? No, no se puede. Para el derrocamiento de la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país –esto está demostrado para nosotros por la historia de nuestra revolución–. Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados…". Stalin termina esta exposición con las siguientes palabras: "Tales son en su conjunto los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria".

Hacia el otoño del mismo año, bajo la influencia de la lucha contra el "trotskismo", se reveló de golpe que precisamente Rusia, a diferencia de otros países, podía, por sus propios medios, construir un régimen socialista si no era estorbada por una intervención… "Habiendo consolidado su poder y arrastrando tras de sí al campesinado –escribía Stalin en una nueva edición de la misma obra–, el proletariado del país vencedor puede y debe construir un régimen socialista". ¡Puede y debe! Solamente, para "proteger totalmente al país contra una intervención…, es necesaria una victoria de la revolución

al menos en varios países…". La proclamación de esta nueva concepción, que reserva al proletariado mundial el papel de guardián de frontera, se termina con las mismas palabras: "Tales son en su conjunto los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria". En menos de un año, Stalin le atribuye a Lenin dos puntos de vista diametralmente opuestos sobre la cuestión esencial del socialismo.

En el pleno del CC, en 1927, Trotsky declaraba respecto a los dos puntos de vista opuestos de Stalin: "Se puede alegar que Stalin se equivocaba y que enseguida se corrigió. Pero ¿cómo pudo equivocarse a *tal punto* sobre *semejante* cuestión? Si es correcto decir que Lenin, a partir de 1915, ha empleado la teoría de la edificación del socialismo en un solo país (que es totalmente falso); si es verdad que, en consecuencia, Lenin no ha hecho más que desarrollar y fortalecer ese punto de vista (que es radicalmente falso), ¿cómo entonces, nos preguntamos, Stalin, sobre esta cuestión de primer orden, pudo elaborar él mismo, en vida de Lenin y en el último período de su existencia, este punto de vista que ha encontrado su expresión en la fórmula de Stalin en 1924? De esto se deduce que, en esta cuestión capital, Stalin siempre ha sido trotskista y que solamente en 1924 dejó de serlo… No sería malo que Stalin encontrara en sus propios textos al menos un pasaje que demostrara que, desde antes de 1924, había hablado de la edificación del socialismo en un solo país. ¡No lo encontrará!" No hubo ninguna respuesta a este desafío.

Sin embargo, no hay que exagerar la profundidad efectiva de la evolución stalinista. Tanto en las cuestiones concernientes a la guerra y la actitud hacia el gobierno provisional, o en la cuestión nacional, Stalin tenía dos actitudes sobre las perspectivas generales de la revolución: una independiente, orgánica, que no siempre expresaba y, en todo caso, nunca expresaba hasta el final; la otra convencional, fraseológica, adaptada a Lenin. En la medida en que se trata de hombres pertenecientes a un solo y mismo partido, no se puede representar un abismo más profundo que el que separa a Stalin de Lenin, tanto en las cuestiones esenciales de la concepción revolucionaria como en la psicología política. La naturaleza oportunista de Stalin está enmascarada porque se apoya en una revolución proletaria que ha triunfado. Pero hemos visto la posición independiente de Stalin en marzo de 1917: teniendo detrás de él una revolución burguesa ya consumada, proponía como tarea al partido "frenar la disyunción" de la burguesía, es decir que se oponía de hecho a la revolución proletaria. Si ésta se cumplió, no fue culpa suya. Con toda la burocracia, Stalin se ubica en el terreno de los hechos. Desde el momento en que hay una dictadura del proletariado, también debe haber un socialismo. Habiendo retomado los argumentos de los mencheviques contra la revolución proletaria en Rusia, Stalin, mediante la teoría del socialismo en un solo país, se pone en guardia contra la revolución internacional. Y como nunca ha meditado hasta el final las cuestiones de principios, no pudo hacer otra cosa que imaginar que "en resumidas cuentas" siempre pensó como

durante el otoño de 1924. Y como, por otra parte, nunca contradijo la opinión dominante del partido, no pudo disculparse de imaginar que, "en resumidas cuentas", éste pensaba como él.

Al principio, la sustitución fue inconsciente. No se trataba de una falsificación sino de una degradación ideológica. Sin embargo, a medida en que la doctrina del socialismo nacional se chocaba con una crítica bien armada, fue necesaria la intervención organizada, principalmente quirúrgica, del aparato. Se decretó la teoría del socialismo nacional. Se demostró por el método del contrario: mediante el arresto de los que no la admitían. Al mismo tiempo, se abrió la era de un travestismo sistemático del pasado del partido. Su historia se volvió un palimpsesto. Los pergaminos se siguen desnaturalizando hasta ahora, y esto, con una virulencia cada vez más empedernida.

Sin embargo no fueron las medidas de represión y las falsificaciones las que tuvieron una importancia decisiva. El triunfo de las nuevas opiniones que respondían a la situación y a los intereses de la burocracia, se basaba en circunstancias objetivas, transitorias, pero muy poderosas. Las posibilidades que se habían abierto ante la República soviética resultaron, tanto en política exterior como interna, mucho más importantes de lo que nadie hubiera podido esperar antes de la insurrección. El Estado obrero aislado no solamente se mantuvo entre las legiones de enemigos, sino que se puso de pie económicamente. Estos hechos al desnudo moldearon la opinión pública de la joven generación, que todavía no había aprendido a pensar en sentido histórico, es decir, a comparar y a prever.

La burguesía europea se había quemado demasiado los dedos en el curso de la última guerra para decidirse fácilmente a hacer una nueva. Hasta ahora, el temor a las consecuencias revolucionarias ha paralizado los planes de intervención militar. Pero el temor no es un factor seguro. La amenaza de la revolución nunca ha reemplazado todavía a la propia revolución. Un peligro que tarda en realizarse pierde su valor operativo. Al mismo tiempo, el antagonismo irreductible entre el Estado obrero y el mundo del imperialismo tiende a estallar. Los acontecimientos de estos últimos tiempos son tan elocuentes que las esperanzas puestas en una "neutralización" de la burguesía mundial hasta la culminación de la edificación socialista ahora son abandonadas por la fracción dirigente; en cierto sentido, incluso se convierten en su contrario. El éxito obtenido en la industria durante los años de paz sigue siendo una prueba definitiva de las ventajas incomparables que tiene una economía planificada. En este hecho, no hay ninguna contradicción con el carácter internacional de la revolución: el socialismo no podría realizarse en la arena mundial si sus elementos y sus bases no estaban preparados en diversos países. No es casual que los adversarios de la teoría del socialismo nacional han sido, precisamente, los protagonistas de la industrialización, del principio de un plan económico, del Plan Quinquenal en particular y de la colectivización. Tanto Rakovsky y con él, miles de otros bolcheviques, pagan los costos

de la lucha por una iniciativa económica audaz con años de deportación y de prisión. Pero ellos, por otra parte, han sido los primeros en levantarse contra la sobrestimación de los resultados obtenidos y contra la suficiencia nacional. Por el contrario, los "pragmáticos" desconfiados y miopes, que antes creían que el proletariado de la Rusia atrasada no podría tomar el poder y que, después de la conquista del poder, negaban la posibilidd de una amplia industrialización y de la colectivización, enseguida ocuparon la posición totalmente opuesta: los éxitos obtenidos contra sus propias previsiones, los han multiplicado simplemente para hacer de ellos los supuestos resultados de una serie de planes quinquenales, sustituyendo la perspectiva histórica por una tabla de multiplicar. Esta es la teoría del socialismo en un solo país.

En realidad, el crecimiento actual de la economía soviética sigue siendo un proceso contradictorio. Al consolidar el Estado obrero, los logros económicos no conducen automáticamente a la creación de una sociedad armoniosa. Al contrario, preparan, a un nivel más elevado, el aumento de las contradicciones que revela una construcción socialista aislada. La Rusia rural sigue necesitando un plan económico general construido con la Europa urbana. La división mundial del trabajo se eleva por encima de la dictadura del proletariado en un solo país y le prescribe imperiosamente los caminos a seguir. La insurrección de Octubre no excluyó a Rusia de la evolución del resto de la humanidad; al contrario, la ligó más estrechamente a ésta. Rusia ya no es el gueto de la barbarie, pero todavía no es la Arcadia[4] del socialismo. Es el país con la situación más transitoria en nuestra época de transición. "La Revolución Rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional". El estado actual de la economía mundial permite decir sin vacilación: el capitalismo se ha acercado mucho más a la revolución proletaria que lo que la Unión Soviética se acercado al socialismo. La suerte del primer Estado obrero está indisolublemente ligada a la del movimiento emancipador en Occidente y en Oriente. Pero esto es un tema importante, que demanda ser estudiado aparte. Esperamos poder hacerlo.

4 Alusión a una provincia de la Grecia antigua, transformada en diversas obras del Renacimiento y el Romanticismo como un lugar donde reina la felicidad, la paz y la prosperidad, donde hay armonía entre el hombre y la naturaleza [NdE].

BREVES NOTAS BIOGRÁFICAS

ADLER, Friedrich (1879-1960): Secretario del Partido Socialdemócrata de Austria desde 1911 hasta 1916, cuando asesinó al premier austríaco y fue a la cárcel. Liberado por la Revolución en 1918, estuvo entre los fundadores de la Internacional II y media, a la que en 1923 hizo volver a la II Internacional, convirtiéndose en secretario del organismo unificado.

ALEXINSKI, Gregori (1879-?): Diputado bolchevique a la segunda Duma y más adelante adversario de Lenin en cuestiones filosóficas y organizativas. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial rompió con los bolcheviques para defender la guerra y en 1917 participó activamente de su difamación como agentes alemanes. Apoyó a las Guardias Blancas durante la Guerra Civil, abrazó el monarquismo y el antisemitismo y emigró a París. Sus relaciones con Manuilsky datan del período de preguerra.

BAUER, Otto (1881-1938): Uno de los principales dirigentes y teóricos del Partido Socialdemócrata austríaco luego de la Primera Guerra Mundial y uno de los ideólogos del austromarxismo. Ministro de Relaciones Exteriores de la República austríaca en 1918-19. Fue un tenaz opositor a la Revolución Bolchevique.

BEBEL, August (1840-1913): Uno de los cofundadores, junto con Wilhelm Liebknecht, del Partido Socialdemócrata alemán. Bajo su dirección llegó a ser un partido poderoso; formalmente rechazaba el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que terminaron por apoderarse del Partido poco tiempo después de su muerte.

BENES, Eduard (1884-1948): Nacionalista checo. Presidente de Checoslovaquia desde 1935 hasta 1938 cuando los alemanes ocuparon los Sudetes, exiliándose. Lo sucedió el general Jan Syrovy, quien le cedió los Sudetes a Alemania y otras zonas a Polonia y Hungría. Benes fue reelecto como presidente en 1945 y dimitió bajo la presión de un levantamiento obrero en 1948 dirigido por el PC.

BORDIGA, Amadeo (1899-1970): Fue expulsado de la IC en 1929 acusado de "trotskista", dirigente de Fracción de Izquierda Italiana o Grupo Prometeo (por su periódico *Prometeo*). Fue el primer grupo italiano que adhirió a la Oposición de Izquierda Internacional, pero su inveterado sectarismo los llevó a separarse de ella a fines de 1932.

BORODIN, Mijail (1884-1953): Consejero militar y diplomático enviado de la IC ante el gobierno nacionalista chino a mediados de la década de 1920. Su misión fundamental consistía en impedir que los comunistas chinos se apartaran del Kuomintang y se dieran una política independiente contra Chiang Kai-shek. Lo

sacaron de China en 1927 cuando el Kuomintang "de izquierda" expulsó de sus filas a los comunistas.

BRANDLER, Heinrich (1881-1967): Fundador del PC alemán. Se unió a la Oposición de Derecha dirigida por Bujarin en la URSS. En 1929 fue expulsado del PCA y de la IC. Los brandleristas tenían lazos internacionales con el grupo norteamericano de Lovestone y otros antiguos colaboradores de Bujarin y continuaron como organización independiente hasta la Segunda Guerra Mundial.

BUJARIN, Nikolai (1888-1938): Antiguo dirigente y economista bolchevique. Miembro del CC desde 1917. Animador de los comunistas de izquierda en 1918 se pronunció en contra de los Tratados de Brest-Litovsk. Después de 1923 se convirtió en portavoz de la teoría del desarrollo gradual de la NEP hacia el socialismo, transformándose en el defensor de los kulaks. En 1928 se convirtió en el dirigente de la fracción del ala derecha de la IC. Excluido del Buró Político en 1929 y expulsado del Partido en 1937. En 1938 fue condenado en el Segundo Juicio de Moscú y fusilado.

CACHIN, Marcel (1869-1958): Dirigente comunista francés. Fue diputado socialista y socialpatriota en 1914. Posteriormente, director de *L'Humanité* (desde 1918), miembro del CE de la IC, senador y diputado del Parlamento francés y jefe del Partido Comunista hasta su muerte.

CHAMBERLAIN, Austen (1863-1937): Conservador inglés, fue ministro de Asuntos Exteriores entre 1925-29. Junto a ministros alemán Gustav Stresemann, el francés Aristide Briand y Benito Mussolini firmaron el Pacto de Locarno en 1925.

CHEIDZÉ, Nikolai (1864-1926): Menchevique georgiano. Centrista durante la guerra. Presidente del CC de los Soviets de toda Rusia y de la Asamblea Constituyente de Georgia en 1918. Emigró en 1921.

CHEN Du-xiu (1879-1942): Uno de los fundadores y dirigentes del PC Chino, adhirió en 1929 a la Oposición de Izquierda. Entre 1932 y 1937 estuvo preso por orden de Chiang Kai-shek; abandonó el movimiento trotskista mientras estaba en prisión. Al recobrar la libertad no realizó más actividad política y dedicó sus últimos años al trabajo literario; escribió una autobiografía que trata sólo de los años previos a la fundación del PC. En los números del 15 de noviembre de 1930 y 1 de febrero de 1931 de *The Militant* se reprodujo una larga carta de Chen Du-xiu, *A todos los militantes del Partido Comunista chino*, con fecha del 10 de diciembre de 1929.

CHIANG Kai-shek (1887-1975): Principal dirigente militar del Kuomintang (partido nacionalista chino) desde marzo de 1925. Stalin lo transformó en miembro honorario de la IC. Organizó un golpe en Cantón (marzo de 1927). Desde el gobierno enfrentó la invasión japonesa, a la vez que llevaba adelante, con el apoyo norteamericano, una dura represión contra los comunistas. Luego del triunfo de la Revolución china en 1949 debió exiliarse en la isla de Formosa (Taiwán).

COOK, Arthur (1883-1931): Secretario general del sindicato de los mineros ingleses en 1924.

CORNELISSEN, Christiaan (1864-1942): Escritor holandés, economista y sindicalista anarco-comunista. Durante la Primera Guerra Mundial, Cornelissen apoyó activamente la *Unión sacrée*, una tregua patriótica entre el Estado francés y el movimiento socialista. Escribió varios folletos antialemanes en apoyo de la guerra, adhiriendo al Manifiesto de los sesenta. Su apoyo a la guerra lo distanció de muchos de sus compañeros sindicalistas y anarquistas.

FRUNZE, Mijaíl (1885-1925): Ocupó cargos militares importantes durante la Guerra Civil y sucedió a Trotsky como presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República en 1925.

GAPON, Georgi (1870-1906): Sacerdote ortodoxo ruso, impulsor de los sindicatos "amarillos", dirigió hacia el palacio imperial la manifestación del "Domingo rojo" del 9 de enero de 1905. Era un informante de la policía

GIRAULT, Suzanne (1882-1973): Dirigente de la Juventud del Partido Comunista francés junto a Albert Treint (aliado a Zinoviev) en 1923-25. Fue desplazada junto a este último por Maurice Thorez (impulsado por Manuilsky).

GUCHKOV, Alexander (1862-1936): Dirigente de los octubristas, partido monárquico de la gran burguesía industrial, comercial y terrateniente.

GURALSKY, August (1890-1960): Militó en el Bund hasta 1919, cuando se unió a los bolcheviques. Fue enviado a Francia y Alemania en marzo de 1921, donde parece haber inventado la teoría de la "provocación". Fue enviado a América Latina, llegando a Buenos Aires en junio o julio de 1930 como parte del Buró sudamericano, "descubriendo" al brasileño Prestes.

HERRIOT, Edouard (1872-1957): Dirigente del burgués Partido Radical, fundamentalmente identificado en la década del '20 con la política de buscar alianzas con el Partido Socialista, primera aproximación al Frente Popular. Trotsky escribió un folleto sobre él: *Edouard Herriot, el político del justo medio*.

HILFERDING, Rudolf (1877-1941): Dirigente y teórico socialdemócrata austríaco. En 1917 se unió al Partido Socialdemócrata Independiente pasando a ser el director editorial de *Freheit* (Libertad) durante 1918-22. Opositor al bolchevismo y a la IC, en 1922 regresó al Partido Socialdemócrata. Fue ministro de Finanzas de Alemania en 1923 y entre 1928-29. Su trabajo más famoso es *Das Finanzkapital* (*El Capital Financiero*).

HOU Han-min (1879-1936): Una de las grandes fortunas de la burguesía cantonesa, apoyó a Sun Yat-sen. Formó parte del Consejo de la Krestintern. Hasta 1931 dirigió el Gobierno de Nanjing, en la extrema derecha del Kuomintang.

KATAYAMA, Sen (1860-1933): Veterano del socialismo japonés en su país y en EE. UU. Se instaló en la URSS en 1921, convirtiéndose en un viajero de la IC por toda Asia.

KAMENEV, Lev (1883-1936): Antiguo bolchevique. Director de *Pravda* y de la fracción bolchevique de la Duma en 1914. En 1917, miembro del CC, año en que se opuso inicialmente a las *Tesis de Abril* y a la insurrección de Octubre. Presidente

del Soviet de Moscú en 1918. Luego de la muerte de Lenin se alió con Stalin y Zinoviev contra Trotsky hasta finales de 1925. En 1926, él y Zinoviev se unieron con Trotsky para formar la Oposición Unificada. Expulsado del Partido en diciembre de 1927, capituló y fue readmitido en 1928. En 1932 vuelve a ser expulsado. Condenado a muerte y ejecutado en el Primer Juicio de Moscú.

KAROLY, Mihail, conde (1875-1955): En 1916 fundó el "Partido Unido de la Independencia y de 1848" de Hungría durante 1918-19. Asumió el gobierno luego de la Revolución de los Crisantemos de 1918. Fue primer ministro entre el 1 de noviembre de 1918 y el 16 de noviembre de 1918 y presidente entre el 16 de noviembre de 1918 y el 21 de marzo de 1919.

KAUTSKY, Karl (1854-1938): Dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la IIº Internacional. Enfrentó las posiciones revisionistas de Bernstein en la década de 1890. Giró hacia posiciones reformistas años después. Frente a la Primera Guerra Mundial, adoptó una posición primeramente pacifista y luego, socialchovinista. En 1917 fundó junto a Hilferding y Otto Bauer el Partido Socialdemócrata Independiente, oponiéndose abiertamente a la Revolución de Octubre y la dictadura del proletariado, abogando por la vía parlamentaria. Por esta razón fue combatido por Lenin en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. En 1922 regresó al Partido Socialdemócrata.

KERENSKY, Alexander (1881-1970): Socialista revolucionario ruso. Era primer ministro del Gobierno Provisional cuando este fue derrocado por los bolcheviques. En 1918 huyó al extranjero, desde donde comenzó una campaña de propaganda antisoviética.

KHRUSTALEV (seud. de Georgi Possar, 1879-1919): Abogado socialista revolucionario (SR), fue presidente del Soviet de Petrogrado en 1905 (Trotsky era vicepresidente y lo sucedió luego de su arresto de diciembre).

KOLAROV, Vassil (1877-1950): Exiliado búlgaro, miembro del CE de la IC (1922-43) y presidente de la Krestintern (1928-39). Alto dirigente del gobierno búlgaro después de la Segunda Guerra Mundial, participó en la organización de lo que fue en Sofía el equivalente de los Juicios de Moscú.

KUN, Bela (1886-1939): Uno de los dirigentes de la revolución húngara de 1919, dirigió la República soviética húngara, de corta duración. Se trasladó a Moscú y fue funcionario de la IC, con una inclinación hacia el ultraizquierdismo. Rabioso antitrotskista desde el III Congreso. Según se informa, fue fusilado por el régimen stalinista durante la purga de los exiliados comunistas, a fines de la década del '30.

KUUSINEN, Otto (1881-1964): Uno de los fundadores del Partido Comunista de Finlandia. Dirigente de la revolución finlandesa de 1918 y miembro del Gobierno revolucionario. Miembro del CE de la IC de 1921 a 1929. En 1957 fue elegido secretario y miembro del Presídium del CC del PCUS.

LA FOLLETTE, Robert (1895-1953): Senador de Wisconsin, heredero político e hijo de Robert La Follette (1855-1925). Dirigente de los republicanos "progresistas". Candidato presidencial en 1924.

LENSCH, Paul (1873-1926): Dirigente del Partido Socialdemócrata alemán. Votó a favor de los créditos de guerra en 1914 apoyando la Primera Guerra Mundial. Consideraba a Alemania como un factor "revolucionario" frente a la Inglaterra "contrarrevolucionaria".

LEVI, Paul (1883-1930): Abogado socialdemócrata. Partidario de Spartakusbund y luego dirigente del Partido Comunista alemán, eliminando brutalmente a los "izquierdistas", ya que se opone a la IC luego de la acción de marzo de 1921. Es excluido por indisciplina y retorna al SPD.

LOMINADZÉ, Vissarion (1897-1934): Georgiano, favorito de Stalin, le fue encargado una misión a China junto a Neumann para organizar la insurrección de Cantón. En los '30 formó un grupo de oposición. Convocado por la GPU en 1934, después de la muerte de Kirov, se suicidó.

LORIOT, Ferdinand (1870-1932): Sindicalista y socialista francés. Uno de los organizadores de la lucha contra la guerra, se encuentra en Suiza con Lenin. Llegó a dirigir el PCF, aunque luego volvió al sindicalismo revolucionario.

LOZOVSKY, Salomón (Dridzo) (1878-1952): Obrero bolchevique. En 1909 se une a la fracción de los conciliadores; milita en el movimiento obrero francés hasta 1917. Apoya la coalición con los mencheviques y funda el Partido Socialista Obrero. Como dirigente de obreros textiles, preside una acción sindical de la oposición. Se reintegra en 1919. Preside la Internacional Sindical Roja en 1921-37. Vicecomisario de Asuntos Exteriores. En 1944 es subjefe del Buró de Información. Es depurado en 1949 y "rehabilitado" en 1956.

LUXEMBURGO, Rosa (1871-1919): Gran teórica del comunismo alemán y autora de varios libros sobre economía, política y otras cuestiones. Nació en Polonia y debió emigrar a Suiza por sus actividades revolucionarias. En 1893 fundó el Partido Socialdemócrata polaco. En 1897 comenzó a participar en el movimiento socialista alemán. Inició, junto a Mehring y Plejanov, la lucha contra el revisionismo en la II Internacional. En el Congreso de 1907 del partido ruso apoyó a los bolcheviques contra los mencheviques en todos los problemas claves de la Revolución Rusa. Propuso junto a Lenin la resolución revolucionaria contra la guerra en el Congreso de Stuttgart de la II Internacional. En prisión desde 1915 colaboró en el trabajo de la Liga Espartaco. Fue liberada en 1918, luego de la revolución y participó en la creación del Partido Comunista. Fue arrestada y asesinada junto a Liebknecht en enero de 1919.

LLOYD GEORGE, David (1863-1945): Dirigente del Partido Liberal inglés, fue ministro en varios gobiernos ingleses y primer ministro durante los años 1916-22. Coautor del Tratado de Versalles y uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia soviética. Derrotada la intervención, se convirtió en uno de los impulsores del restablecimiento de relaciones comerciales con la URSS.

MAC DONALD, James (1866-1937): Dirigente laborista inglés desde 1911. Durante la Primera Guerra Mundial pasó de una posición pacifista al franco apoyo a la política imperialista de la burguesía inglesa. Primer ministro del primer y

segundo gobiernos laboristas en Inglaterra (1924,1929-31). En 1931-35 presidió un gobierno de colaboración de clases.

MAJNO, Néstor (1884-1934): Encabezó las bandas campesinas que lucharon contra los reaccionarios ucranianos y las fuerzas de ocupación alemana en la Guerra Civil de Rusia, pero luego se volvió contra los soviets; fue finalmente derrotado en 1921.

MANUILSKY, Dimitri (1883-1959): Miembro del Partido desde 1905, cercano a Trotsky durante en la emigración. Había trabajado en Ucrania; a partir de 1922 en la IC y hasta el VI Congreso era miembro de su Presidencia.

MARTINOV, Alexei (1865-1935): Hijo de comerciantes, se afilia a "La voluntad del pueblo" en 1884. Es expulsado de la Universidad en el '86. Condenado a cuatro años de cárcel en el '87. Se afilia al Partido Socialdemócrata en 1899. Líder de los "economistas", polemiza con Lenin y el equipo de *Iskra*. Uno de los portavoces de los "liquidadores". Internacionalista durante la guerra. Se mantiene completamente al margen durante la Guerra Civil, se afilia al Partido Bolchevique en 1925 y posteriormente permanecerá hasta su muerte en el aparato de la IC, cuya política china defiende de los ataques de la Oposición.

MARTOV (seud. de Tsederbaum, Yulii, 1873-1923): Nació en Estambul. Uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa y socio cercano de Lenin hasta 1903, cuando se transformó en uno de los dirigentes de los mencheviques. Emigró a Berlín en 1920 y fundó el periódico de los mencheviques exiliados: *Sotsialistichesky Vestnik*.

MASLOV, **Arkadi** (1891-1941): Uno de los líderes centrales del Partido Comunista alemán hasta 1924. Amigo de Paul Levi y Ruth Fischer. Dirigente de la IC, apoyó a la Oposición Unificada y fue expulsado en 1926. Exiliado en París, luego del ascenso de Hitler colaboró entre 1934 y 1936 con Trotsky. Rompió con este y formó un nuevo grupo junto a R. Fischer hasta 1939. En 1940 huyó a Cuba donde apareció muerto (se sospecha que por el stalinismo) en 1941.

MIKOYAN, Anastas (1895-1978): Bolchevique armenio. En el CC desde 1923 fue, desde los inicios, un seguidor de Stalin. Suplente del Buró Político, era comisario de Comercio Interior y Exterior. Fue uno de los primeros líderes soviéticos que viajó a los EEUU para impulsar la cooperación económica. Luego de la muerte de Stalin fue un aliado de N. Krushev.

MILIUKOV, Pavel (1859-1943): Historiador y líder del Partido Kadete, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Provisional ruso entre marzo y mayo de 1917. Destacado adversario de la Revolución Bolchevique.

MOLOTOV, Viaceslav (1890-1986): Bolchevique desde 1906. Miembro del CC desde 1920 y del Politburó desde 1925. Presidente de la IC en 1930-31. Ministro de Asuntos Exteriores de 1940 a 1949. Uno de los principales lugartenientes de Stalin.

MONATTE, Pierre (1881-1960): Sindicalista revolucionario, fundó el grupo Vie Ouvrière en 1909. Uno de los primeros en oponerse a la Primera Guerra Mundial. Se unió al Partido Comunista Francés en 1923, para dejarlo un año más tarde.

Fundó La Revolution Prolétarienne en 1924, publicando un periódico del mismo nombre y fundó la Liga Sindicalista en 1926.

NEUMANN, Heinz (1902-1937): Miembro desde su juventud del KPD, deslumbró a sus dirigentes por sus dotes intelectuales, gozó especialmente de los favores de Stalin. Se ubicó detrás de Thaelmann aunque en 1932 formó un grupo para combatirlo. Fue denunciado y ejecutado en Moscú.

NICOLÁS II (1868-1918): Zar de Rusia desde 1894 hasta 1917, cuando lo derrocó la Revolución de Febrero.

NOSKE, Gustav (1868-1946): Socialdemócrata de derecha alemán, fue ministro de defensa en 1919 y dirigió la represión de la insurrección espartaquista. Ordenó el asesinato de Rosa Luxemburgo y otros espartaquistas.

ORDJONIKIDZE, Grigori (1886-1937): Antiguo bolchevique y uno de los principales organizadores y dirigentes de la fracción stalinista. Dirige en 1922 la "rusificación" de Georgia, por lo cual Lenin pide su expulsión (que no se llevó a cabo). Fue jefe de la Comisión Central de Control en 1926 y responsable de las acusaciones contra la Oposición Unificada. Comisario de la Industria Pesada en 1928. Se suicida, tras intentar en vano salvar a su hermano, antiguo bolchevique, y a su adjunto Piatakov, de la persecución de Stalin.

PEPPER, John (seud. de Joseph Pogany, 1886-1937): Dirigente del PC norteamericano que estuvo a cargo (junto a Lovestone) de la expulsión de los partidarios de Trotsky en 1928. Fue expulsado en 1929, por orden de Stalin, debido a su simpatía por la Oposición de Derecha. Era húngaro y jugó un rol secundario en la revolución húngara de 1919; en 1922 llegó a Estados Unidos acompañando a una delegación húngara; aprovechó las ventajas de esta situación para maniobrar hasta que consiguió que lo nombraran miembro del CC del PC. Fue arrestado y ejecutado en las purgas de la década del '30.

PILSUDSKY, Jozef (1867-1935): Dirigente del Partido Socialista polaco después de la Primera Guerra Mundial, cuando Polonia fue declarada Estado independiente por los Aliados, llegó a la jefatura del Gobierno mediante un golpe de Estado. Siendo gobernante de Polonia, actuó como agente ejecutor del imperialismo francés.

PLEJANOV, Georgii (1856-1918): Fundador en 1883 de la primera organización marxista rusa, el grupo Emancipación del Trabajo. Después de colaborar con Lenin en el exilio en la redacción de *Iskra* adhirió al menchevismo, apoyó al gobierno ruso en la Primera Guerra Mundial y fue adversario de la Revolución de Octubre.

POINCARÉ, Raymond (1860-1934): Presidente de Francia (1913-1920) y primer ministro (1912, 1922-24, 1926-29). Con su nombre se bautizó la reforma monetaria de 1928, que redujo el franco a un quinto de su valor de 1911, aproximadamente cuatro centavos de dólar.

PREOBRAJENSKY, Evgueni, (1886-1937): Bolchevique desde 1904. Economista sobresaliente. Miembro del CC desde 1917 a 1920. Fue el encargado de presentar las tesis de la Oposición en 1923. Mantuvo una polémica con Bujarin,

convirtiéndose en un defensor de la industrialización. Dirigente de la Oposición Conjunta, fue expulsado en 1927. Disiente con Trotsky en lo referente a la teoría de la revolución permanente. Finalmente capituló ante el stalinismo en 1929. Fue nuevamente expulsado en 1931 y nuevamente rehabilitado poco después. Apareció en público por última vez en el XVII Congreso del Partido (1934). Durante las purgas siguientes se negó a firmar una confesión y fue fusilado sin juicio previo.

PURCELL, Arthur (1872-1935): Laborista de izquierda británico, uno de los líderes del Consejo General del Trades Union Congress (TUC) durante la huelga general. Fue miembro del Parlamento inglés.

RADEK, Karl (1885-1939): Influyente revolucionario en los partidos socialdemócratas ruso, polaco y alemán antes de 1917. Ingresa al bolchevismo en 1918. Miembro del CC desde 1919 a 1924. Designado Secretario de la IC en 1920, tiene responsabilidad particular sobre Alemania y China. Firmante de la "Declaración de los 46" en 1923. Miembro de la Oposición Unificada, fue lentamente separado de la dirección de la IC. Expulsado del Partido en 1927 y deportado a Ishim. Capituló en 1929. Luego de ser expulsado nuevamente en 1936, fue condenado a diez años de cárcel en el Segundo Juicio de Moscú. Fue muerto en prisión.

RADITCH, Stefan (1871-1928): Dirigente del Partido Campesino croata, fue súbitamente ascendido por Moscú al rango de "verdadero líder del pueblo", cuando concurrió, en 1924, a un congreso de la Krestintern (Internacional Campesina).

RAFÉS, Moisei (1883-1942): Miembro del CC del Bund (1912-19), participó en el gobierno anticomunista de Petliuria en Ucrania (1917-18). Entró al Partido Comunista en 1919 y trabajó en la IC dirigiendo al PC chino en los '20.

RAKOVSKI, Christian (1873-1941): Influyente revolucionario en los Balcanes antes de la Primera Guerra Mundial. En 1916 participó de la Conferencia de Zimmerwald y en 1917 ingresó al Partido Bolchevique ruso. De 1919 a 1923 presidió el Consejo de Comisarios del Pueblo de la República Socialista de Ucrania. Miembro del CC de 1919 a 1925. Ataca la política de "rusificación" de Stalin siendo uno de los pocos oradores que se atreve a criticarlo en el XIII Congreso. Es apartado de Rusia por un nombramiento de Embajador en París entre 1925 y 1927. Se une a la Oposición Unificada. En el XV Congreso se pone al lado de los irreconciliables agrupados en torno a Trotsky, siendo expulsado del Partido en 1927. Fue uno de los dirigentes de la Oposición de Izquierda. Exiliado en Kazajstán, sufriendo condiciones climáticas terribles. Capituló en 1934, siendo poco después detenido y condenado a la cárcel por el Tercer Juicio de Moscú.

RASKOLNIKOV, Fedor (1892-1939): Bolchevique desde 1910. Periodista, movilizado por la Marina, fue secretario del Partido en Kronstadt. Comisario general de la flota de guerra en 1917. Abandona muy rápido la Oposición y se ocupa por algún tiempo de China, especialmente en el V Congreso de la IC.

REED, John (1887-1920): Periodista, poeta y activista norteamericano, conocido por su testimonio de la Revolución Rusa de 1917, *Diez días que estremecieron el mundo*, publicado en 1919 y que, tras su aparición, tuvo un breve prólogo de Lenin. Otros

trabajos conocidos son: *México Insurgente: la Revolución de 1910* e *Hija de la revolución*. Su compañera fue la escritora feminista Louise Bryant.

RIKOV, Alexei (1881-1938): Bolchevique desde 1903. Miembro del CC en 1905 y desde 1917 a 1929. Miembro del Soviet de Moscú en 1917. Ataca las *Tésis de Abril* de Lenin. Fue presidente del Consejo Supremo de la Economía Nacional desde 1924. Junto a Bujarin y Tomsky fue uno de los ideólogos del ala derecha del Partido durante la NEP, hasta su capitulación a Stalin en 1929. Es acusado y sobreseído en el Primer Juicio de Moscú. Detenido en 1937, condenado y ejecutado en el Tercer Juicio de Moscú al igual que Bujarin.

ROY, Manabenbra Nath (1887-1954): De origen indio, se unió a la IC en 1919. Representó a esta en China (mayo de 1927). Simpatizante de la Oposición de Derecha Rusa, fue expulsado de la IC en 1929.

ROSMER, Alfred (1877-1964): Originalmente anarquista, luego socialista, militó contra la Primera Guerra Mundial. Miembro fundador del Partido Comunista Francés, fue elegido al CE de la IC. Expulsado del Partido Comunista en 1924, miembro de la Oposición de Izquierda desde sus inicios hasta su renuncia en 1930. Fue amigo personal de Trotsky y de Natalia Sedova (segunda esposa de Trotsky).

SMÉRAL, Bohumir (1880-1941): Líder del Partido Comunista checoslovaco, socialpatriota durante la guerra. Es separado de la dirección a partir de 1926 pero continúa cumpliendo funciones en la IC hasta 1935, con numerosas misiones al extranjero.

SMILGA, Iván (1892-1938): Bolchevique desde 1907. Responsable de las organizaciones del Partido en la flota del Báltico, presidente del Soviet Regional del ejército, la flota y los obreros de Finlandia. Confidente y emisario de Lenin en la etapa anterior a la insurrección. Comisario durante la Guerra Civil, miembro del Consejo para la Guerra y de la Comisión del Plan. Economista, rector del Instituto Plejanov de Economía. Miembro de la Oposición Conjunta, pasa del bando de Zinoviev al de Trotsky. Es expulsado y deportado en 1927, capitula en 1929, desaparece durante la gran purga.

SNEEVLIET, Hendrikus (Maring) (1883-1942): Ferroviario holandés, militante sindicalista, miembro del SPD en 1902. Bajo el nombre de Maring, vivió en China casi tres años y convirtiéndose en un experto de la IC de ese país. Se encuentra con Sun Yat-sen y con la idea de hacer entrar a los comunistas en el Kuomintang. Luego volvió a los Países Bajos, se aproximó a Trotsky, fundó el RSP (luego RSAP). En la clandestinidad, bajo la ocupación alemana, fue detenido y fusilado en junio de 1942.

SOKOLNIKOV, Grigori (1888-1939): Bolchevique desde 1905. Miembro del CC de 1917 a 1927. Jugó un papel muy importante en la Guerra Civil. Fue comisario de Finanzas entre 1922 y 1926. Presidente de la delegación rusa en Brest-Litovsk. Antes de la formación de la Oposición de Leningrado, de la cual era miembro, fue uno de los voceros destacados de las políticas económicas de la mayoría. Detenido en 1936, es condenado a diez años de cárcel en el Segundo Juicio de Moscú. Desaparecido en prisión.

SOUVARINE, Boris Lifchitz (1895-1984): Impulsor de la izquierda del Partido Socialista francés, luego Partido Comunista. Miembro de su Ejecutivo y del Presídium, fue expulsado en 1924 por su defensa de Trotsky. Editó el *Bulletin communiste* pero no se organizó junto a Trotsky.

STALIN, Josef (1879-1953): Bolchevique desde 1903 y miembro de su CC desde 1912. Comisario del Pueblo para las Nacionalidades luego de la Revolución de Octubre. Fue nombrado secretario general del CC del Partido Comunista ruso en 1922. Artífice de la degeneración burocrática del PC ruso y de la IC. Fue el creador de la teoría antileninista del "socialismo en un solo país". Organizó los Juicios de Moscú, en la década del '30, liquidando a la mayoría de los líderes de la época de Lenin. Disolvió la IC como gesto político de amistad hacia los aliados imperialistas en 1943.

STAMBUILSKY, Alexandre (1879-1923): Profesor búlgaro, dirigente del Partido campesino, hostil a la guerra, pasa tres meses en prisión. En 1920 toma el poder apoyado en los campesinos. Luego de una insurrección fascista en junio de 1923 es masacrado.

SUN Yat-sen (1868-1925): Padre del movimiento nacionalista chino. En 1894 funda la Asociación para la Resurrección de China, que se convierte en la "Liga de la Unión" y posteriormente en el Kuomintang (1912). Presidente de la República China después del triunfo de la Primera Revolución hasta que el futuro dictador Yuan Shi-kai le obliga a retirarse y marchar al destierro. En 1921 ocupa la presidencia de la República de Cantón.

TAN Pin-sian (Cheng Zhai) (1887-1956): Dirigió el grupo comunista en Cantón antes de la fundación del Partido. Responsable del trabajo en el Kuomintang y miembro de su Ejecutivo. Al mismo tiempo forma parte del Presídium de la IC. Ministro de Agricultura en el Gobierno de Wuhan, frena al movimiento campesino. Excluido del PC chino, intenta crear un "tercer partido".

THAELMANN, Ernst (1886-1945): Dirigente y candidato presidencial, del PC alemán, partidario de la política del Kremlin que permitió la victoria de Hitler. Fue arrestado por los nazis en 1933 y ejecutado en el campo de concentración de Buchenwald.

TREINT, Albert (1889-1971): Principal dirigente de la Juventud del Partido Comunista francés, junto a Suzanne Girault, entre 1923-25. Tuvo contactos con la Liga Comunista trotskista en los '30 (Cf. Trotsky, *Escritos*, "Carta a Treint", 1931). Luego ingresó a la SFIO (Partido Socialista francés).

TSANKOV, Alexandre (1879-1959): Dirigente del gobierno búlgaro en 1923, en el que tomó el poder a través de un golpe de Estado y en el que se sostuvo por un terror blanco feroz hasta 1926.

TSERETELLI, Iraklii (1882-1959): Menchevique georgiano, diputado a la segunda Duma. Después de la Revolución de Febrero fue uno de los dirigentes de los llamados "defensistas revolucionarios" e ingresó como ministro de Correos y Telégrafos en el Gobierno Provisional.

USTRIALOV, Nikolai (1890-1937): Ex kadete y ex guardia blanco que más tarde fundó el "nacionalbolchevismo", un intento de fusionar stalinismo y fascismo en una nueva corriente nacionalista e "imperialista" para la URSS. Murió durante las purgas de los Juicios de Moscú.

VARGA, Jenö (Eugen) (1879-1964): Profesor universitario húngaro de economía. Se unió al Partido Social Demócrata húngaro en 1906 y al Partido Comunista de este país en febrero de 1919. Comisario del Pueblo para la Economía de la República soviética de Hungría. Exiliado junto a Bela Kun en Rusia luego de la derrota de la misma. Jugó un papel muy importante en la IC después de 1920. Devino un economista soviético destacado, a la vez que un cercano colaborador de Stalin.

VOLLMAR, Geor von (1850-1922): Socialdemócrata bávaro y diputado por Munich al Reichstag. En 1879 publicó un artículo titulado *El Estado socialista aislado*, en el que presentó y defendió la concepción del "socialismo en un solo país". Fue un pionero del reformismo y antecesor de Eduard Bernstein.

VOROCHILOV, Klement (1881-1969): Bolchevique desde 1903. Luego de la Revolución de Octubre hizo la carrera militar ligándose a Stalin durante la guerra civil. Es quien avala la masacre de los jóvenes dirigentes del Ejército Rojo realizada por Stalin durante la dédaca de 1930.

WAN Tin-wei (1884-1944): Dirigente del ala izquierda del Kuomintang. Luego de ser partidario de la alianza con la IC lanzó la "gran purga anticomunista" en julio de 1927 que terminaría con la masacre de insurrección de Cantón en de diciembre de ese año. Luego fue colaboracionista de los japoneses y adhirió al fascismo.

WARSKY, Adolf (seud. Michalek) (1868-1837): Pionero del movimiento socialista y sindical en Polonia, internacionalista durante la guerra, presente en Zimmerwald y Kienthal, fundador del PC polaco, fue separado dos veces de su dirección por la IC. Se refugió en la URSS, pero en agosto de 1937 fue detenido y ejecutado.

WILSON, Woodrow (1856-1924): Presidente de los Estados Unidos por el Partido Demócrata durante 1913-17 y 1917-21. Decidió la entrada de EEUU en la Primera Guerra Mundial (6 de abril de 1917). Después de la Revolución de Octubre fue uno de los organizadores de la intervención militar contra la Rusia soviética. Con los catorce puntos que presentó en enero de 1918 como propuesta para terminar la Primera Guerra Mundial pretendió contrarrestar la propaganda antibélica de los bolcheviques, que en ese momento negociaban la paz con los alemanes en Brest-Litovsk. Premio Nobel de la Paz en 1919.

YAKOVLEV, Iakov (1896-193?): Integrante del ala derecha del PC de Ucrania, después de la revolución fue un ferviente partidario de Stalin contra la Oposición de Izquierda y nombrado comisario de Agricultura. Desapareció, junto con muchos otros stalinistas, durante las purgas.

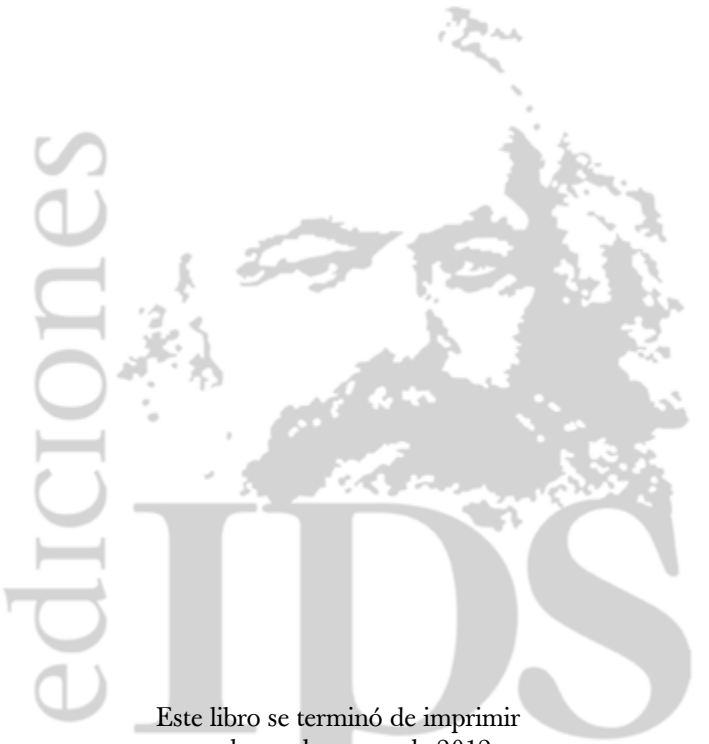
ZETKIN, Clara (1857-1933): Militante socialdemócrata, organizadora de las mujeres socialistas, ligada a Rosa Luxemburgo. Se unió al KPD poco después de su

formación, formando parte de su ala derecha, apoyando a Paul Levi e intentando impedir las exclusiones de los "derechistas".

ZINOVIEV, Grigori (1883-1936): Bolchevique desde 1903. Miembro del CC desde 1907 hasta su expulsión. Luego de su emigración desde 1908, llegó a Rusia junto a Lenin en marzo de 1917. Con Kamenev se opuso a la insurrección armada en octubre de 1917. Luego rectificó su actitud. Presidente del Soviet de Petrogrado. Presidente de la IC desde 1919 hasta 1926. Luego de la muerte de Lenin forma la *troika* junto a Kamenev y Stalin. En 1925 forma la nueva Oposición. En 1926 reconoce la falsedad de las acusaciones lanzadas contra Trotsky años antes. A partir de aquí se une a Trotsky en la Oposición Unificada. Fue excluido del Partido en 1927, readmitido en 1928, nuevamente expulsado en 1932 y readmitido en 1933. En 1935 es condenado a diez años de cárcel tras el asesinato de Kirov. En 1936 es condenado en el Primer Juicio de Moscú y fusilado.

ediciones IPS

ediciones
ips



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 2012
en Martínez Impresores,
Camila Quiroga 870, Burzaco,
Pcia. de Buenos Aires, Argentina.